

A. J. KAZINSKI



LA SANTA ALIANZA

Las monarquías de Europa se unen contra la democracia en un *thriller* de vértigo.



A stylized logo consisting of two interlocking, curved lines that resemble the letters 'de'.

La vida de la periodista Eva Katz da un vuelco cuando pierde su trabajo en un gran periódico danés. Tiene treinta y cinco años, vive sola en una casa que necesita grandes reformas, y además arrastra una pena devastadora que no comparte con nadie.

Cuando consigue un trabajo en una guardería infantil, se siente más esperanzada. Sin embargo, el encuentro con un niño de cinco años pondrá su existencia patas arriba, pues tiene motivos para sospechar que este ha sido testigo del asesinato de un familiar.

La Santa Alianza es un thriller trepidante y muy bien documentado que escenifica la lucha entre la democracia y la monarquía, y conduce al lector tras la fachada glamurosa de las casas reales europeas para revelar lo que realmente son: una familia grande y poderosa cuyos miembros están estrechamente

emparentados y que luchan juntos por conservar y ampliar sus privilegios.



A. J. Kazinski

La santa alianza

ePub r1.0

ramsan 14.01.16

Título original: *En Helling Alliance*

A. J. Kazinski, 2013

Traducción: Sofía Pascual

Editor digital: ramsan

ePub base r1.2



Introducción

«Cuando uno se encuentra en medio de una catástrofe hay tres cosas que puede hacer: lo acertado, lo equivocado o nada. Las dos primeras opciones posiblemente te salvarán la vida. No hacer nada sin duda te la costará».

¿Lo había leído en alguna parte? ¿Era algo que había dicho algún presidente de Estados Unidos o se había topado con ello en un libro sobre los supervivientes del *Titanic*? En plena catástrofe, el cerebro reptiliano se hace con el mando. En su mente surgió la imagen de un animal huyendo: un ratón corriendo en la casa de veraneo; huyendo de los gritos de la madre y de la escoba que blande el padre. El ratón escapó, aunque recordaba que, al principio, se había equivocado al meterse en un rincón, debajo de una cómoda que su padre retiró con suma facilidad. Dejó luego caer la escoba sobre

la alimaña. Sin embargo, el ratón sobrevivió, se encogió formando una bola capaz de soportar el golpe y, en cuanto su padre aflojó su presa, dio un brinco y salió corriendo, esta vez en la dirección correcta, hacia la cocina, de donde había salido. ¿Por qué se acordó del ratón precisamente en ese momento? Porque tenía que hacer algo: lo acertado o lo equivocado, pero no podía quedarse de brazos cruzados, sin hacer nada. Nada era lo que hacían los pájaros cuando se golpeaban contra los cristales de su casa de veraneo italiana. Recordó el mirlo que había quedado paralizado, con la mirada perdida, mientras trataba de encontrar la manera de escapar de la catástrofe, cómo su corazón latía con violencia bajo las plumas.

—¿Qué hacemos? —preguntó una voz del presente.

Quien hablaba era uno de los guardaespaldas que no había visto.

—No puede quedarse aquí tirado —intervino otro.

Él, mientras tanto, intentó balbucear «socorro».

—Está diciendo algo.

Pasos mullidos sobre la alfombra. Abrió los ojos, lo justo para ver los zapatos negros junto a su cabeza.

—¿Decías algo?

—Ayudadme.

—Te ayudaremos. Saldrás de esta, ya verás.

Volvió a cerrar los ojos. No estaba seguro de quién se había sentado a su lado. ¿Lo que estaba notando era una mano que le pasaba los dedos por el pelo? Sí, una mano cálida. Una mano que le acariciaba la cabeza cariñosamente. Pensó en su madre, de nuevo en la casa de veraneo, en las baldosas, en los pies que las pisaban, silenciosos, esmalte de uñas rojo, la amaba tanto... La mano

siguió moviéndose, del pelo a la mejilla, hasta meterse en su boca. Sabor a sangre, a su propia sangre. No era una mano lo que lo acariciaba sino lo que fluía de su cabeza. Tenía que hacer algo, tenía que intentar ponerse de pie. ¿Por qué tenía tan poco control sobre sí mismo? De nuevo la imagen del mirlo: el pico abierto, la mirada de terror en los ojos desorbitados, ni un movimiento salvo el del corazón desbocado. Al igual que él ahí, en la alfombra, incapaz de conectar con sus músculos. Lo mismo debió de experimentar el mirlo después de estrellarse contra el cristal: percibía todo lo que sucedía a su alrededor, veía a los niños que se acercaban corriendo, a la niña que lo cogió con la mano. ¿Fue su hermana o fue Claudia? La bella Claudia, sí, y la pequeña criatura oyó que su madre decía que debían devolverlo al jardín, pero a un lugar donde ni el gato ni las serpientes pudieran alcanzarlo.

—Si no hacemos algo ahora mismo, morirá.

Una voz susurrante que se inmiscuyó en sus recuerdos. En la voz de su hermana insistiendo en sostener el mirlo entre sus manos. Él también quiso hacerlo, pero ella no se lo permitió.

—No deben venir médicos ni policías.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—La prensa está a la que salta —intervino una tercera voz—. Es lo que esperaban para rematarnos.

¿Había alguien llorando o era él? Recordó cómo Claudia y él habían preparado un nido en un árbol para el mirlo. Con mucho cuidado y esmero, para que estuviera cómodo. Allí el gato no lo alcanzaría.

—No podemos hacer nada, al menos de momento.

—Entonces morirá.

Y ya no dijeron nada más. Como si estuvieran especulando acerca de su muerte. El significado que tendría. Quién lo echaría de menos. Su hermana. Sus

padres habían fallecido hacía mucho. Volvió a evocarlos. Días dorados. La casa de veraneo. El Mediterráneo. Calor, paraíso, Claudia. «No, todavía no».

—No quiero morir —musitó.

—Dice algo.

—Háblale.

Pasos. Alguien se detuvo cerca.

—¿Decías algo?

—No quiero morir.

—Claro que no morirás.

Volvió a abrir los ojos y vio brevemente a otro hombre que intentaba agacharse a su lado, en el suelo, pero que al final desistió o cambió de opinión. Miró los zapatos. Pasos que se alejaban. Le parecieron irremediabilmente lejanos. No tenían la mínima intención de ayudarlo. Si al menos pudiera

ponerse de pie, pedir ayuda. Su hermana dejó el mirlo en el nido que él había construido, le pusieron en él semillas y agua. Claudia rezó por él.

Por fin volvía a notarse las piernas, tal vez fuera lo único que hacía falta: tenía que sincronizarse con el mirlo.

—Criatura alada, haz que levante el vuelo — susurró.

No, si quería sobrevivir lo que tenía que hacer era cerrar el pico. Obligó sus piernas a moverse. Eran los movimientos de un bebé, arriba y abajo, como dos pequeños émbolos flexibles. Ahora lo único que le quedaba por conseguir era que los brazos lo acompañaran. «Sí, así». Empezó a gatear en dirección opuesta. Si lograba salir al pasillo, habría otros dispuestos a ayudarlo. Miró hacia atrás; tenía que enjugarse la sangre que le cubría el rostro. Todavía no lo habían visto; seguramente no había llegado demasiado lejos. «Levántate, venga».

—¿Y no podríamos llevarlo al hospital?

—¿Y qué diríamos?

—Que ha sido un accidente.

Estaba de pie. Por fin. Se limpió la sangre de los ojos. Solo tenía que llegar a la puerta, situada al otro lado de la habitación, salir al pasillo y pedir ayuda. La gente lo oiría.

—Se ha levantado.

—Tenemos que ayudarlo.

Voces que susurraban, superponiéndose. Cruzó la habitación corriendo. Se le doblaron las piernas, miró hacia atrás por encima del hombro. Alguien cerró la puerta. ¿Se habían ido los demás? ¿Estaban solos?

—Ahora no vayas a hacer ninguna tontería — dijo una voz sosegada, avanzando hacia él.

Hizo caso omiso y siguió hacia la puerta.

—Te he dicho que no hagas tonterías.

Sintió una mano que lo detenía.

—¡Socorro! —gritó. Volvió a gritar—: ¡Socorro!

Otra mano le tapó la boca. Los dos estaban de pie. La sangre seguía manándole de la cabeza, lo notaba. El otro estaba detrás de él. Le tapaba la boca firmemente con una mano y con la otra le retorció el brazo. Con profesionalidad, fríamente. Intentó liberarse en vano; no podía, se sentía como un saco de grano, como miles de granos incapaces de coordinarse hasta que no los aplastaran en el molino y formaran un todo. Eso le pasaría en breve: sería aplastado, molido. Rojo. El hombre lo arrastró por el suelo. La presión de la mano con que le tapaba la boca disminuyó momentáneamente.

—Ahora te quedarás aquí, ¿me has entendido? Todo irá bien, ya verás —dijo, y lo dejó solo un instante.

Pasó a la habitación donde estaban los demás. Cuchicheos. Oyó alguna frase suelta:

—No podemos hacerlo, ahora no. No, nada de ambulancias.

Iba a morir. La única manera que tenía de salir de aquel lugar era como un cuerpo exangüe. Ahora se daba cuenta. Con la certeza llegó la calma. No permitiría que se salieran con la suya, sin embargo. ¡Si al menos pudiera llamar a alguien! Enviar un SMS. No, tenía el móvil en el bolsillo de la americana, apagado. No conseguiría cogerlo. Lo verían, se lo impedirían. Apenas le quedaban unos segundos, allí echado en el suelo. Había una cómoda antigua al lado de su cabeza. Miró debajo. ¿Le daba tiempo a escribir su nombre en el suelo? No, lo descubrirían. Lo borrarían. ¿Tal vez en la parte inferior de la cómoda? Pero ¿quién lo vería? ¿Quién iba a mirar ahí alguna vez? Tal vez algún día, al cabo de muchos años, un ebanista le diera la vuelta al mueble. Al fin y al cabo, antes o después hay que

repararlo todo, en especial lo que es digno de ser conservado. Y entonces el ebanista lo vería. ¿Ver qué? Algo escrito por él en aquel preciso momento. Se llevó el dedo a la cabeza. Un mensaje para la posteridad. La sangre seguía manando y a su mente acudió la imagen de una cámara de bicicleta pinchada en un barreño de agua. De nuevo la casa de veraneo de su infancia, el aroma del romero y la lavanda: su paraíso.

—¿Cómo lo sacaremos de aquí?

—Déjamelos a mí —dijo el que le había tapado la boca.

Tenía que darse prisa. ¿Qué podía escribir? ¿Su nombre? Tardaría demasiado. Debía escribir lo sucedido. La sangre se coagularía pero seguiría conteniendo su identidad, su ADN. Primera letra: «A». Luego mojar la pluma en el tintero de su cabeza, más sangre. «... S... E... S... I... N... A... T...». El otro estaba a punto de llegar a su lado. Rápido, la

última letra: «O».

Alguien se agachó.

—Ahora relájate —dijo el hombre que quería acabar con su vida.

—Te lo ruego.

—Tranquilo, no te pasará nada —le susurró el otro, volviendo a taponarle la boca con una mano mientras con los dedos índice y pulgar de la otra le pinzaba la nariz, impidiéndole respirar—. Será cuestión de segundos.

Estaba muy cerca de su rostro. Todavía oía voces en algún lugar. ¿Sabrían los demás lo que estaba sucediendo? Daba igual, la posteridad lo sabría. Un buen día, un operario o cualquier otra persona encontraría su mensaje. De nuevo la voz en su oído:

—¡Eh, tranquilo! No queda más remedio, tiene que acabar así. Ya lo sabías. Esto nos sobrepasa.

Nos sobrepasa con creces. Siempre lo hemos sabido. Si no, no estaríamos aquí. Ahora te ha tocado a ti y algún día me llegará a mí la hora. Tal vez muy pronto, ¿quién sabe? Es el precio que hay que pagar y siempre hemos estado dispuestos a pagarlo.

El hombre le oprimió la nariz y la boca. Tal vez dijera algo más, pero ya no tenía ganas de seguir escuchándolo. En lugar de a él oyó a su hermana, de vuelta en la casa de veraneo.

—¡Ha desaparecido! —gritó una mañana tras subirse al árbol. Saltó a su cama, se lanzó a sus brazos, lo despertó. Demasiado temprano—. ¿Has oído lo que te he dicho? Se ha ido, ha salido volando.

Claudia. Tan bella. El pájaro. La huida. Oscuridad.

I

LA INSTITUCIÓN

8 de abril de 2013

Roskilde

07.58

Clic. El cerrojo de la verja se abrió y Eva se metió en el parque infantil. Estaba colocado en alto, para que los niños no pudieran alcanzarlo.

—¡Hola! ¡Eh, tú!

Eva se volvió. La voz, que procedía de la acera de enfrente, pertenecía a una mujer joven. ¿Estaría dirigiéndose a Eva?

—¡Sí, tú! ¿Vas a entrar en la guardería? — preguntó la mujer.

—Sí —contestó Eva.

La joven tenía unos veinticinco años y un bello rostro, aunque en ese instante, colérico o enfurruñado, por lo que Eva pudo apreciar.

—¿Podrías transmitir un mensaje de mi parte en

cuanto entres? A Anna.

—Es mi primer día —repuso Eva.

—Vaya.

—Trabajaré en la cocina.

—Ah, ya. ¿Inge?

—Eva.

—Ah, sí, es verdad. Te mencionaron en la reunión de personal. Me llamo Kamilla. Soy educadora del aula Roja.

—Hola.

—¿Podrías decirle a Anna que no pienso entrar hasta que hayan atado concienzudamente el perro al gancho de la pared o se lo hayan llevado lejos de la parcela de la institución?

Eva miró al perro sentado a un lado de la entrada principal. En la calle, una madre que acababa de llegar en bicicleta estaba quitándole el

casco a su hija.

—¿El perro es peligroso, Kamilla? —preguntó la mujer.

—Es un perro de pelea —contestó la educadora—. No pinta nada en una guardería llena de gente.

Hablaba con autoridad, como un político, pensó Eva.

La niña parecía estar a punto de ahogarse con el enorme casco. Eva volvió a mirar al perro del parque infantil: una bestia fiera con las orejas recortadas y la cola muy corta y extraña. Estaba estoicamente sentado frente a la entrada principal de la guardería.

—¡Inge! —Kamilla volvía a dirigirse a Eva.

—Me llamo Eva —contestó, ligeramente disgustada. Su ex suegra se llamaba Inge y no guardaba precisamente un buen recuerdo de ella.

—Sí, disculpa, qué tonta soy. ¡Eva! No te

preocupes, a partir de ahora me acordaré. Supongo que es porque tengo miedo. Solo dile a Anna que me he presentado al trabajo como corresponde, pero que por razones de seguridad me ha sido imposible entrar en esta institución.

—Es mi primer día —dijo Eva—. Antes tendré que...

—¡Y yo tengo que trabajar! Dile eso a Anna, nada más. No puedo quedarme esperando. Tienen que llevarse ese perro cuanto antes, y punto.

—¿Ya vuelve a estar aquí ese chucho? —preguntó un padre, que llegó montado en una bicicleta negra de reparto, cabeceando.

Su hijo miró el animal con curiosidad.

—Eso digo yo. —Kamilla lanzó una mirada de reproche a Eva—. Esto no puede ser. Vamos a tener que hablar de nuevo con dirección.

Kamilla y los dos padres se pusieron a charlar,

momento que Eva aprovechó para avanzar hacia la entrada principal y el perro que miraba fijamente al frente. Fuera como fuese, aquel animal no podía estar allí de ninguna manera. Su primer día de trabajo y ya tenía que hacer frente a un problema, pensó. Alzó la vista hacia el letrero del dintel de la entrada, «El Manzanal», escrito con letras de trazo infantil de todos los colores imaginables. No cabía duda: había llegado al lugar correcto. Al lugar al que la habían enviado desde la oficina de empleo. Al lugar en el que podía empezar como ayudante de cocina, treinta horas a la semana con un sueldo subvencionado por el Ayuntamiento, o bien desaparecer del sistema público y hundirse hasta el fondo de la sociedad como una piedra en el agua. Pero no era momento de pensar en ello. Tenía que seguir adelante, como había acordado con su psicóloga. Dejar de pensar en Martin, en la casa, en la mezquina madre de Martin. Pensar en lo que tenía por delante. Ese era el primer día del resto de su

vida. La psicóloga, que también le pagaba el Ayuntamiento, se lo había explicado de una manera muy sencilla: «Si te has caído en un pozo, de nada te sirve quedarte pensando en todo lo que te llevó a caer en él». Se trataba de salir primero y, una vez fuera, no antes, empezar a pensar en las razones que le habían llevado a uno a la caída. Debía invertir todos sus recursos en la supervivencia. «Hacia delante». Miró otra vez el letrero. El manzanal. Eso era ir hacia delante. Lo único que debía hacer era superar al perro de pelea.

—Venga, Eva —se dijo en voz alta—. Primero un pie y luego el otro.

El animal seguía sin advertir su presencia; miraba fijamente al frente, inmóvil, como una esfinge.

«Sobre todo, no le demuestres que tienes miedo».

Cuando pasó por su lado, el perro emitió un

gruñido, profundo pero apenas perceptible. Eva probó la puerta. Estaba cerrada con llave. En el muro había una cerradura con código de seguridad. Por el cristal vio a educadores y niños en el pasillo. Echó una última ojeada a su reflejo antes de llamar a la puerta. Cuando era más joven y salía de marcha solían decirle con cierta frecuencia que se parecía a Meg Ryan. Sobre todo en los ojos y la boca. Ya nadie se lo decía, tal vez porque también Meg Ryan había envejecido y ya no se parecía a sí misma; al igual que al resto de las mujeres de Hollywood, las operaciones la habían vuelto irreconocible, la habían convertido en otra. ¿Debería Eva haberse hecho algo, haberse convertido en otra? Cogió aire.

—Venga, Eva, ¡ahora! —susurró.

Llevaba bastante tiempo estudiando su aspecto, ahora que ya no podía hacer nada más. El pelo estaba más o menos bien; se lo había teñido el día anterior, de castaño, y combinaba estupendamente con sus ojos verdes, o eso pensaba ella, a pesar de

que los primeros días siempre parecía un poco demasiado teñido, por mucho que se lo lavara hasta tres veces. Además, mejor un poco oscuro que con canas. Era demasiado joven para lucir canas: solo tenía treinta y cuatro años. La gente se preguntaría: «¿Qué pasa con la canosa? ¿Quién es? ¿Qué hace aquí? ¿Cuál es su historia?». Entonces ella respondería que era periodista y había trabajado en el diario *Berlingske*, pero que la habían despedido en la última tanda de recortes por culpa de la crisis financiera. Nada más. Una versión abreviada, no del todo cierta. Pero, ¿qué derecho tenían los demás a exigirle que dijera toda la verdad? Cuando era periodista seguramente hubiera contestado que sí, que tenían derecho a conocerla, pero ya no estaba tan segura.

Eva esperó un momento antes de llamar con unos golpecitos en el cristal. Nadie advirtió su presencia. En la calle, los dos padres y la educadora seguían quejándose del perro de pelea suelto. Volvió a

llamar.

Una educadora abrió la puerta.

—Mil doscientos sesenta y seis.

—¿Mil doscientos sesenta y seis?

—Sí, el código.

—Me llamo Eva. Parece ser que empiezo a trabajar en la cocina hoy.

—Tienes que hablar con Anna, nuestra subdirectora. El director, Torben, está en un cursillo. Soy Mie.

Eva entró y quiso estrecharle la mano a la mujer.

—¡Vaya! —Mie miró la mano de Eva con una sonrisa en los labios, le dio un rápido y fofo apretón y añadió—: Aquí no solemos ser tan formales.

Eva se ruborizó; tal vez teñirse el pelo también había sido un error, tal vez se había esforzado demasiado por mejorar su aspecto. La educadora

llevaba el cabello corto y alborotado, como si acabara de salir de la cama, descuidado, como las malas hierbas que brotan caprichosamente, sin concesiones a la estética. Hasta entonces Eva no había reparado en el olor, un olor penetrante que le daba náuseas. Se limitó a respirar por la boca. A lo mejor con tantos niños juntos sencillamente olía así: a deposiciones, pañales empapados de orina, cuerpos desaseados, comida, calcetines sucios, mocos, babas, lágrimas. También había otro olor mezclado con el resto: un olor dulzón, tal vez a bollos recién horneados.

—No es por meterme donde no me llaman, pero hay una educadora ahí fuera que me ha pedido que os diga que...

Eva calibró si transmitirle el mensaje con exactitud u ofrecerle una versión abreviada. Optó por reproducirlo palabra por palabra; por lo visto todavía le quedaba algo de la periodista que había sido.

—Ha llegado a su hora, pero no puede entrar en la institución por razones de seguridad.

Mie la miró como si no entendiera nada.

—El perro de pelea —añadió Eva.

—¡Ah, vale! De acuerdo. Ese animal otra vez. Será mejor que se lo digas a Anna. Sígueme.

Eva siguió a Mie recorriendo la guardería. Pasó por delante de una hilera de pequeñas taquillas con los nombres de moda escritos en las puertas: «Karla» y «Esther», «Storm» y «Linus».

—¿Te ha costado encontrarnos?

—No, qué va.

—Pues la verdad es que a la gente suele costarle la primera vez que viene. Pasan de largo el sendero en el cruce y acaban en la rotonda.

—Ah, ya entiendo —dijo Eva, y asintió con la cabeza, sin saber muy bien a qué se estaba refiriendo

Mie.

La puerta que había al final del pasillo se abrió y el padre de antes entró. Estaba visiblemente enfadado. Se había quitado el casco y llevaba el pelo aplastado y grasiento. «A lo mejor este es el aspecto de Dinamarca tan temprano por la mañana», pensó Eva. En el periódico, antes de que la despidieran, el personal nunca llevaba esas pintas cuando entraba a trabajar, pero quizá también habían pasado por la guardería antes, con el pelo revuelto, como recién salidos de la cama, con el aliento fétido y en pantalones de chándal. Al fin y al cabo ella no podía saberlo porque nunca había estado en una guardería. Lo único que sabía era lo que en su día había leído en el diario, y solo lo había hojeado, sin demasiado interés. Eva recordaba vagamente algo acerca de plazas garantizadas. Algo así como que los padres tenían derecho a una plaza una vez que el niño hubiera cumplido los doce meses y que, aunque pagaban parte de la mensualidad, el Estado se hacía

cargo del grueso de su coste.

El hombre llevaba a su hijo en brazos.

—Acabo de hablar con Kamilla. Esto no puede ser. ¡Es una bestia peligrosa!

—Te recomiendo que vayas directamente al despacho de Anna —le dijo Mie, y miró a Eva.

El padre le alzó la voz a Mie.

—¿Has entendido lo que te acabo de decir?

—Un momento. Tranquilízate. Precisamente estaba dándole la bienvenida a nuestra nueva empleada.

—Tengo una reunión dentro de veinte minutos —dijo el padre, y se golpeó la muñeca con dos dedos allí donde podría haber llevado un reloj de pulsera pero lucía una tira de cuero con un colgante asiático.

Eva miró a ambos interlocutores.

—Tienes que subir estas escaleras y luego

doblar a la izquierda —le explicó Mie en voz baja—. Ve al despacho de Anna. Es la subdirectora. Ella te ayudará a instalarte. ¿Te parece bien?

—De acuerdo, gracias.

Eva abrió la puerta y enfiló un pasillo estrecho de techo alto. El suelo de linóleo fue sustituido por otro de madera lacada. El hedor dulzón fue reemplazado por un olor seco a fotocopidora, impresoras y artículos de oficina, más parecido al tipo de olores a los que Eva estaba acostumbrada. Dobló a la izquierda. La puerta estaba entreabierta. Alguien tecleaba. Por el resquicio Eva vio a una mujer de mediana edad sentada de perfil escribiendo en el ordenador. No miró hacia la puerta cuando Eva llamó.

—Dos segundos y estoy contigo. —Se ajustó las gafas y releyó rápidamente lo que acababa de escribir—. ¡Enviar! —masculló, antes de mirarla.

—¿Eres Eva?

—Sí. —Sonrió.

La mujer se levantó. Era más robusta de lo que Eva esperaba.

—Anna Lorentzen, la subdirectora —se presentó, y se empujó las gafas hasta el puente de la nariz.

—Eva Katz.

—Bienvenida a El Manzanal, Eva Katz. Desgraciadamente, nuestro querido líder, como dirían en Corea, asiste hoy a un cursillo, pero nos alegramos de que estés aquí. Y créeme, hay unos cuantos pequeñajos en las aulas esperando a saludarte.

—Suena bien —dijo Eva.

—¿Has venido del centro de Copenhague?

—De Hareskoven.

—Llevas en el paro un tiempo, ¿verdad?

Eva bajó la mirada. Estaban llegando al pasado, a todo aquello que la psicóloga le había insistido una y otra vez que ignorara. Eva sabía que tenía razón. Esa era su última oportunidad; no debía mirar atrás, tal como el Señor le dijo a Lot: «No mires hacia atrás... hacia Sodoma». Sin embargo, la esposa de Lot lo hizo y se convirtió en una estatua de sal. Eva simplemente se hundiría, desaparecería.

—¿Eva? —Anna la miraba con una leve sonrisa.

—Sí —contestó, y añadió—: Un año.

—¿En qué trabajabas?

—Soy periodista. —Se apresuró a corregirse—:

Lo era.

—Periodista —repitió Anna—. Torben no me dijo nada.

Eva miró a Anna. Todo rastro de entusiasmo protector había desaparecido, una mancha encarnada afloró en su cuello. Eva bajó la mirada.

—Pero... —Anna se atascó, carraspeó—. ¿Ya no eres periodista?

Eva la miró, confundida.

—No, ya te he dicho que estoy en el paro.

—Pero ¿te gustaría volver a serlo?

—Espero volver, sí, pero hay muy poco trabajo y, si lo que te preocupa es que me largue dentro de dos semanas, puedo asegurarte que...

—Te lo digo ya: no puedes escribir sobre El Manzanal —la interrumpió la subdirectora—. La relación entre niños, padres e institución es confidencial. No puedes escribir nada acerca de lo que veas aquí.

Las palabras quedaron colgadas en el aire un instante. Eva no sabía qué decir.

—Por supuesto que no —dijo finalmente—. Jamás se me ocurriría. Además, ¿qué iba a escribir? Quiero decir, al fin y al cabo no es más que una

guardería. —Miró a la subdirectora y se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de decir—. No es que no sea importante la labor que desarrolláis. Me refiero simplemente a que no hay gran cosa que revelar, ya me entiendes.

Anna carraspeó.

Eva se sentía incómoda.

—De todos modos, no soy de esa clase de periodistas —prosiguió sin embargo—. Escribo sobre moda y tendencias.

Sonrió mientras recordaba lo último en que había estado trabajando aquella noche de hacía ya casi un año. Era un gran artículo sobre Helena Christensen, acerca de la vida de la supermodelo en Nueva York, con fotografías exquisitas, donde revelaba cómo solía echarse en el suelo para escuchar jazz cuando necesitaba inspirarse.

Inspiró profundamente. En cuanto los recuerdos

se le agolpaban tenía que hacer algo, cambiar de rumbo, *back to the future*, «volver al futuro», como solía llamarlo su psicóloga. Eso debía repetirse una y otra vez, a poder ser en voz alta y clara, tal como la había aleccionado la psicóloga, pero en lugar de aquello Eva se oyó a sí misma decir:

—Anna, sinceramente, no es ningún problema. Te lo aseguro. Tengo muchas ganas de meterme en la cocina.

La subdirectora se la quedó mirando un instante y bajó la mirada a sus papeles. Las manchas rojas de su cuello no habían desaparecido. Eva lo había experimentado un par de veces con anterioridad. Había quienes reaccionaban negativamente cuando les hablaba de su trabajo, que se comportaban como si fueran culpables de algo, al igual que Eva cuando oía la sirena de un coche patrulla.

—De acuerdo —dijo Anna tras una pausa incómoda—. No sé lo que le dio tiempo a contarte

por teléfono a nuestro director.

—No gran cosa, creo. Me dijo que trabajaría en la cocina y, bueno, poco más.

—Ayudarás a Sally, nuestra jefa de cocina.

—Muy bien.

—Y, para serte sincera, tendrás más que suficiente. Al fin y al cabo, es una casa grande. ¿Estás acostumbrada a cocinar?

—Anna, ¿tienes un segundo? —Mie se había asomado a la puerta—. Es lo del perro.

—¿Otra vez?

—El padre ese. ¿Cómo se llama? Está totalmente fuera de sí. Amenaza con llamar a la policía. Y Kamilla no quiere entrar a trabajar hasta que se hayan llevado al animal.

—¡Menuda...! —Anna cabeceó.

—Se ha quedado en la calle.

—¿Dónde está el propietario del perro? ¿No se llama Frank?

—Está en el aula Verde.

—Muy bien. —La subdirectora asintió con la cabeza y miró a Eva—. Vamos a cambiar un poco el orden y empezaremos la visita guiada por el aula Verde. Se ve que hay alguien que se niega a seguir las reglas.

—Por supuesto. —Eva dejó que Anna la precediera.

La voluminosa mujer se movía sorprendentemente rápido. La siguió, no sabía qué otra cosa hacer. Tenía que preguntarle algo, tratar de parecer interesada.

—Entonces, ¿cuántos niños tenéis aquí en total?

—Hay una cosa que necesitas saber antes que nada: no los llamamos «niños».

—Ah, vale.

—Los llamamos «pequeños» —dijo Anna, y se hizo a un lado para dejar pasar a una niña que salió corriendo del aula Roja—, pero tenemos cerca de ciento treinta pequeños. Hay una sección para los de menos edad, aproximadamente la mitad de las plazas, y otra de preescolar, para los mayores.

Eva intentó seguirla mientras pensaba qué más podía preguntarle. Tal vez a qué edad pasaban los niños de una sección a otra, pero no le dio tiempo porque Anna abrió la puerta del aula Verde.

—¿Frank?

El joven se volvió y miró a Anna. Llevaba el pelo rapado y tenía los ojos muy juntos en un rostro desmejorado y bronceado artificialmente. No dijo nada.

—Buenos días, Frank. Creía que ya habíamos hablado de lo de tu perro.

Frank se levantó. Un tatuaje le reptaba por la

espalda y por su cuello asomaba la punta de la cola de un escorpión, de los que pican. Eva se imaginó que el resto del escorpión estaría bajo la sudadera con capucha.

—Tu perro de pelea. Está sentado frente a la verja.

—¿Qué problema hay? —Miró a Anna a los ojos sin pestañear.

Eva dio un pasito atrás, hacia la puerta.

—Ya lo hemos hablado. Los perros tienen que estar atados y no pueden, de ninguna de las maneras, permanecer dentro de los límites de la guardería.

—No es un perro de pelea. *Señor Hansen* no hace nada si no lo provocan.

—Tu perro debe estar atado y fuera del terreno de la guardería —repitió Anna, impávida, a pesar de que Frank había invadido su espacio de intimidad.

—¿Cuál es el problema? ¿Ha mordido a alguien?

—Sencillamente, es así. Ya te lo he explicado varias veces. Los pequeños se asustan. Los adultos se asustan. Yo también le tengo miedo a tu perro, Frank.

El hombre no dijo nada. Durante un par de segundos la miró fijamente, con semblante frío e inexpresivo. Anna desvió la mirada hacia Eva y encontró fuerzas para esbozar una sonrisa. Eva no estaba segura, pero posiblemente había miedo en su mirada, o al menos inseguridad.

—Quiero que te lleves el perro de inmediato. Si no...

El bufido reprobatorio de Frank la interrumpió. Fue el único sonido que salió de la boca del hombre del escorpión antes de darle una palmadita a su hija en la cabeza y abandonar el aula. Mie cogió a la niña en brazos e intentó consolarla, pero no sirvió de nada. Anna tuvo que levantar la voz para que la oyeran por encima del barullo.

—Bueno, como te decía, esta es el aula Verde, y ya conoces a Mie. Y luego está Kasper. ¿Dónde se ha metido, por cierto? Hace rato que no lo veo.

—Acaba de salir para cambiar pañales —dijo Mie, plantando así una terrible duda en Eva. ¿También le tocaría cambiar pañales? ¿No le había anunciado ya Torben que tendría que echar una mano en las aulas?

—Ahora te enseñaré la cocina —dijo Anna, pero fue interrumpida por un portazo.

Kamilla, la que se había negado a entrar a trabajar hasta que se llevaran al perro, hizo acto de presencia. Se detuvo ante la puerta del aula Verde y miró a Anna con frialdad.

—Me ha empujado, Anna —dijo.

—¿Frank?

—He llamado a la policía.

—No, Kamilla, te has pasado.

—Tú eres la delegada de prevención de riesgos, Anna. Solo tienes que llamar y decir que no hace falta que vengan, es tu decisión. Pero me la apunto. Hoy uno de los pequeños podría haberse quedado sin cara de un mordisco. No puede haber perros sueltos en las inmediaciones de la guardería. La seguridad tiene que estar garantizada. ¿Queda claro?

Anna miró a Eva, que miró al suelo; se sentía fuera de lugar, como si un par de ojos condenatorios se hubieran puesto a mirarla fijamente en mitad de un conflicto que se arrastraba desde hacía tiempo.

—Pero Kamilla, ¿no crees que deberíamos darle un poco de tiempo a Frank para ver si lo ha entendido? —preguntó Anna—. Quiero decir, la policía... Vamos a asustar a los pequeños.

—Ha intentado pegarme.

—¿Pegarte?

—O me ha empujado. Sí, me empujó. Me ha

dado en el hombro.

—¿Le habías dicho algo?

—Disculpa, Anna. —Kamilla dio un paso adelante—. ¿A qué te refieres con que si le había dicho algo? ¿Qué puedo haberle dicho yo que justifique la violencia?

Anna pareció titubear un instante, pero se rehízo enseguida. Se oyeron sirenas a lo lejos.

—Parece que la policía está a punto de llegar —dijo Kamilla.

Anna reflexionó. Luego miró a Eva.

—¿Qué te parece si te quedas aquí mientras yo hablo con la policía? —le preguntó.

Fue embarazoso hasta que Eva comprendió que Anna acababa de dirigirse a ella.

—No te preocupes, también estará Kasper. Así lo ayudas un poco, ¿te parece bien? Y de paso

aprovechas para conocer a los pequeños.

La subdirectora miró a su alrededor. Kasper seguía sin aparecer.

—Claro que sí —respondió Eva.

—Yo misma suelo echar una mano en esta clase de situaciones.

Anna se vio interrumpida por unos gritos de júbilo procedentes del pasillo. La policía acababa de llegar y algunos niños se habían congregado en la ventana que daba a la calle.

—Ya nos encargaremos de la cocina un poco más tarde —dijo la subdirectora.

—Está bien.

—Ya sé que el recibimiento está siendo un poco duro. Llámame si pasa cualquier cosa. Encontrarás mi número en esa agenda.

Se acercó a un escritorio que había al lado de la

puerta. Eva la siguió.

—Aquí es donde los padres deben inscribir a los pequeños, tanto al traerlos como al recogerlos, indicando la hora. También pueden dejarnos mensajes breves. Por ejemplo, si es la abuela quien los recogerá hoy o si su hijo puede irse a casa con el padre de uno de los otros pequeños. Piojos, impétigo, enfermedades diversas. A veces anotan si su hijo se fue a dormir tarde la noche anterior, para que sepamos que puede estar un poco más susceptible de lo habitual. Esa clase de cosas.

—De acuerdo —dijo Eva.

—También pueden decírnoslo directamente, por supuesto, pero es una institución grande y sabemos por experiencia que, sobre todo por la mañana, puede haber cierto descontrol. Si un mismo educador recibe diecisiete mensajes a la vez a las siete y media de la mañana, es fácil cometer fallos. Los evitamos utilizando la agenda.

Anna miró a Kamilla, que la observaba expectante.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo, y se fue.

Eva se había quedado sola con quince niños en el aula. Hasta el momento, ninguno la había mirado siquiera. Tal vez lo mejor que podía hacer era quedarse quieta, esconderse hasta que se presentara un educador de verdad. En el pasillo, cerca de la entrada principal, vio a Anna discutiendo con Kamilla en susurros. A saber por dónde tendría Kamilla pillada a Anna, pensó Eva. Algo debía de haber, de lo contrario Anna la habría puesto en su sitio. Incluso ahora, cuando recibió a los dos agentes de policía en la puerta, Kamilla miraba a su subdirectora con los brazos cruzados y casi con desprecio. La subdirectora miró atrás brevemente, hacia Eva, que se apresuró a prestar atención a los niños y las mesitas de madera pintadas de rojo con las sillas a juego. En la pared había una lámina con

recortes de la familia real. «La reina Margarita II cumplirá setenta y tres años el 16 de abril —habían escrito con ceras de color—. ¡Hurra!». En la mesa había pequeños lápices de colores y papel grueso.

—¿Hay formación?

La voz procedía de abajo. Eva miró al suelo. Una niña tiraba de sus pantalones.

—¿Formación?

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Eva.

—¿Cuántos años tienes?

Eva la miró; no tenía ganas de hablar de sí misma.

—Treinta y cuatro —respondió, con cierta reticencia.

—¿Qué hacemos? —quiso saber una de las niñas.

—Sí, ¿qué podríamos hacer? —dijo Eva, pensando en voz alta.

¿Cuánto hacía que no pasaba un rato a solas con un niño, que le dedicaba más de tres minutos a una persona de ese tamaño? Si no recordaba mal, desde que ella misma era una niña. Más le valía acordarse de algo. ¿Qué le gustaba entonces?

—¿Qué os parece si dibujáis algo que hoy os haya impresionado? —propuso. A ella le había gustado dibujar hasta que aprendió a escribir; a partir de entonces había dedicado prácticamente todo su tiempo a leer y a escribir.

—No lo entiendo —dijo la niña, y miró al suelo.

—A ver —le explicó Eva—, tenéis que dibujar algo que hayáis visto esta misma mañana.

Quizá no sabía hablarles debidamente. No tenía ni idea.

—¡La policía! —gritó uno de los niños.

—Sí. Dibuja a la policía.

—Mi perro —dijo la niña.

—Buena idea —dijo Eva.

—¿Tienes novio? —preguntó la niña.

—¿Estáis dibujando? Muy buena idea. —Un joven de barba cerrada que vestía una camisa ligeramente arrugada entró y le estrechó la mano a Eva—. Tú debes de ser Eva. Yo soy Kasper.

Eva sonrió. Sintió cierto alivio al ver que ya no estaba sola con los niños.

—Hola, Kasper.

—¿Estáis dibujando a Sus Majestades? Estamos trabajando un tema: el cumpleaños de la reina es la semana que viene.

—No, solo algo que les haya pasado esta mañana.

—Perfecto —dijo el joven, y sonrió.

Eva lo miró. A causa de la barba resultaba difícil determinar su edad.

—¿Sois novios? —preguntó uno de los pequeños.

—No, yo ya tengo novio —dijo Eva—. Y ahora, a dibujar.

—¿Cómo se llama?

—Martin.

—¿Estáis casados? —preguntó un niño.

Eva observó al grupo de críos que tenía delante. Casi todos se habían puesto a dibujar. Aquel niño tenía una mirada muy intensa, su rostro reflejaba cierta insolencia.

—¿Estáis casados? —preguntó de nuevo.

—No, pero... —Reparó en que le temblaba ligeramente la voz, como si de pronto hubiera una especie de eco en cada palabra que escapaba de su

boca. No estaba preparada para que los niños hurgaran en su pasado. Precisamente contaba con que el trato con los niños fuera más inmediato, centrado en el aquí y ahora.

Kasper le sonrió.

—Lo preguntan todo, ya te puedes ir acostumbrando. ¡Todo!

—¿De veras? —preguntó Eva.

—¿Qué hace tu novio? —insistió el niño.

—Ahora estamos dibujando —dijo Kasper.

—¿Folláis?

Volvía a ser el mismo crío. Los demás niños rieron, las niñas bajaron la mirada y ocultaron la sonrisa.

Eva miró a Kasper, que levantó un dedo y alzó la voz:

—¡Adam! No quiero volver a oírte. ¿Me has

entendido?

Eva se sentó al lado de una de las niñas.

—¿Qué dibujas? Parece interesante.

Eva se dio cuenta de lo forzadas que sonaban sus palabras.

—Es mi madre. ¿Te das cuenta de lo enfadada que está?

Eva contempló el dibujo de una mujer que parecía un emoticono de mal humor.

—Sí, es posible.

—Con mi padre, esta mañana —añadió.

Eva no supo qué decir.

Kasper se sentó a su lado.

—Lo preguntan todo —le susurró—. Y lo cuentan todo.

Eva lo miró. Tenía un agradable aliento de café

mezclado con regaliz. Descubrió a un niño sentado solo en un rincón. Se acercó a él, alejándose de Adam, que hacía demasiadas preguntas, y de la niña que contaba demasiadas cosas.

—¿Qué has dibujado?

—Nada —dijo el niño, y cubrió su dibujo con las manos. Era un niño muy mono, moreno. Tendría unos cinco años, pero su mirada le hacía parecer mayor.

—No importa. —Eva se levantó—. Está bien.

El niño apartó las manos para que Eva pudiera ver lo que había dibujado: dos personas; dos hombres; uno le clavaba algo en la espalda al otro. Tal vez un cuchillo. ¿O lo estaba empujando? ¿Era aquello una mano? Unas grandes gotas de sangre saltaban por el aire. Un charco de sangre llenaba la parte inferior del dibujo.

—¿Qué es? —preguntó Eva.

—Nada.

—¿Un hombre que está siendo malo con otro? —
Se inclinó hacia delante para ver mejor. La víctima era pelirroja. Detrás del asesino, el niño había dibujado una cara, tal vez, o un animal.

El pequeño también miraba el dibujo con mucho interés.

—Es muy violento —dijo Eva—. ¿Por qué lo has dibujado?

El niño no despegó los labios, con los ojos fijos en la mesa que tenía delante.

—¿Es algo que has visto en la tele? Teníais que dibujar algo que hubierais vivido esta mañana.

El pequeño la miró y asintió con la cabeza.

—¿Y tú has visto esto?

De nuevo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza.

—¿En la tele?

El niño sacudió la cabeza.

—¿En un cómic o algo así?

Por fin un leve sonido escapó de la boca del niño:

—No.

El teléfono de Eva vibró en su bolsillo apenas medio segundo antes de resonara el impetuoso tono de llamada por toda el aula. «Papá», apareció en la pantalla. Cortó la llamada, se metió el móvil en el bolsillo y volvió a sentarse con el crío, que tenía lágrimas en los ojos. ¿Las había tenido todo el tiempo? No estaba segura.

—¿Es algo que has visto en una película?

De pronto el llanto del niño se volvió sonoro.

—¿Qué te pasa?

—Tratamos de tener los teléfonos apagados aquí

dentro. —Kasper se encogió de hombros, como disculpándose—. Será mejor que no me ande con rodeos: Anna y Torben se ponen...

—Claro. Disculpa.

En esto el niño se levantó y salió corriendo del aula. Llevaba el dibujo en la mano. Por el camino le propinó una patada a una silla que le obstaculizaba el paso.

—¡Malte! —gritó Kasper—. ¿Qué te pasa?

La puerta del aula se cerró con estruendo.

Parque forestal de Dyrehaven

08.53

¿El anciano había visto el cadáver? ¿Era posible que solo hubiese oído el disparo, visto las palomas zuritas levantar el vuelo y decidido echar un vistazo por si había pasado algo? En cualquier caso, aunque no hubiera visto el cadáver, aunque solo hubiese visto a Marcus, había visto demasiado. La policía no tardaría en presentarse en el lugar. Los vecinos serían interrogados: «¿Han visto algo?». «¿Vio a alguien en el bosque esta mañana?». Eso preguntarían los agentes, y al final la policía daría con el anciano, que les contaría: «Sí. Vi a un hombre. Oí un disparo cuando salí a ver el pájaro carpintero y la garza, y a admirar la luz del alba. Decidí adentrarme un poco más en el bosque. Al fin

y al cabo, no estamos en temporada de caza. Quería decirle al cazador que abandonara su propósito inmediatamente, que se arriesgaba a disparar a una de las hembras que buscan alimento para sus crías, pero no encontré a ningún cazador. En cambio, vi a otro hombre. Vestía traje de chaqueta negro. Parecía una especie de guardaespaldas, de esos que ves por la tele. Pelo corto, en buena forma física, jersey negro de cuello alto bajo la chaqueta. Y bueno, la verdad es que me pregunté qué andaría haciendo en el bosque tan temprano y además vestido de aquella manera. Creo que llevaba un perro, aunque no vi ninguno».

Eso diría el viejo, y entonces la policía estaría sobre la pista. Marcus se alejó del sendero del bosque y se desplazó hasta un tronco caído y un zarzal. Todavía veía al viejo a lo lejos, en la cima de la loma. David estaba justo detrás de Marcus, jadeando.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó.

—Sí. A mí al menos —contestó Marcus.

—*Fuck*. ¿Te ha dicho algo?

—Yo le he dado los buenos días.

—Y él, ¿qué ha dicho?

—Buenos días. Y luego he llamado al perro.

—¿Al perro?

—Ya sabes. Soy un tipo trajeado de camino al despacho que antes ha salido a pasear al perro por el bosque.

—¿Crees que se lo ha tragado?

—No. Y mucho menos cuando encuentren el cadáver.

—Entonces... ¿qué?

—Que no cunda el pánico. Lo seguiré. Tú vuelve.

—¿En qué estás pensando?

—Ya se me ocurrirá algo.

David cabeceó.

—No es más que un anciano.

—Exacto. Así que no importa demasiado. Ya ha vivido su vida.

David volvió a suspirar. Marcus lo miró. David llevaba demasiado tiempo alejado del campo de batalla. Eso les sucedía a casi todos los soldados, antes o después. Si llevas demasiado tiempo lejos del campo de batalla te cuesta cada vez más aceptar la idea de la violencia. «Porque la violencia es algo que requiere mantenimiento», pensó Marcus. Como todo lo demás en la vida: la forma física, el amor, la casa y las vías públicas. Había que cuidarlo todo. Y la violencia es una condición fundamental del ser humano, es un hecho; todo aquel que intenta convencerse de lo contrario es porque pretende vivir en un mundo imaginario. Así pues, si no cultivas la

violencia, antes o después te hundes. Es así de sencillo. Los españoles son los únicos europeos que lo saben, por eso conservan sus corridas de toros.

—¡David!

Marcus lo agarró del brazo, con suavidad.

—¿Qué?

—Procura que nadie te vea, ¿de acuerdo?

—Yo... —David no terminó la frase.

—¿Qué querías decir?

—No me siento cómodo con todo esto.

—Es que la situación, ahora mismo, no es cómoda. Hay muchas incógnitas. El viejo. Si alguien más nos ve cuando salgamos del bosque. Demasiados testigos. ¿Era esto en lo que estabas pensando?

—Sí.

—¿Qué hacemos? ¿Nos rendimos? —Miró a David.

David sonrió fugazmente y volvió a cabecear. Ambos sabían que Marcus estaba siguiendo el manual punto por punto: cuando tu compañero o tus hombres son presa del pánico debes procurar que miren hacia delante, que piensen en lo siguiente que va a pasar y luego en lo que viene a continuación. Tienes que conseguir que se enfrenten a la situación, por desesperada que parezca.

—No te oigo, soldado —susurró Marcus, a pesar de que David no había dicho nada.

—No. No debemos rendirnos.

—Muy bien. Tú vuelve. Procura que no te vean. Deshazte de la americana. Corre por la linde del bosque, mantente alejado de todos. ¿Tienes dinero?

—Sí.

—Cuando salgas del bosque intenta coger un

taxi. Siéntate detrás del taxista, oculta la cara, pero sin que sea demasiado evidente. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Y ahora, vete.

David se alejó corriendo, casi sin hacer ruido, con el cuerpo ligeramente echado hacia delante. «De nuevo como un soldado», pensó Marcus. Sin duda conseguiría que no lo viesan. Era a Marcus a quien habían visto, a quien había sorprendido un anciano. Miró hacia el sendero. El viejo ya estaba muy lejos. ¿Andaría buscando setas? En cualquier caso, no sospechaba nada de él. Había visto a Marcus, eso sí, pero no podía saber nada de lo sucedido aquella mañana en el bosque. Aunque pronto lo sabría: se enteraría de lo del cadáver en cuanto lo encontraran, al igual que todos los demás. Y entonces hablaría, y eso lo estropearía todo. Por eso el viejo era un enemigo no muy distinto de todos los enemigos de una guerra. Al fin y al cabo, no tenías nada personal

contra el individuo que casualmente se encontraba cerca del depósito de municiones que había que bombardear desde el aire; pero si no se lanzan bombas se pierde la guerra, y la vida, y todo lo demás por lo que se lucha.

Marcus corrió tras él. El viejo había abandonado el sendero y se dirigía hacia los chalés blancos. Ahora Marcus lo veía mejor. La luz del sol le daba de lleno. Estaba casi calvo; apenas una fina capa de pelo canoso le cubría en semicírculo la parte inferior de la coronilla. Marcus esperó un poco. Era importante que el viejo no volviera a verlo. La próxima vez que lo hiciera sería en el instante inmediatamente previo a su muerte. Una pena. Marcus estaba convencido de que era uno de los «suyos». Lo sabía por los zapatos, por su forma de andar, por su alianza de oro en el dedo, por el viejo Mercedes estacionado en el garaje de la casa en la que en ese mismo instante entró. Sí, incluso era posible que fuera jurista, alguien que conoce el

precio que hay que pagar por la sociedad en la que vivimos.

Se detuvo a cierta distancia de la casa, de manera que no lo vieran desde las ventanas del chalé. ¿Había alguien más en la casa? Eso no le facilitaría las cosas, desde luego. Por un breve instante, consideró la posibilidad de hablar con él, de explicarle la gravedad de la situación, lo que había sucedido en el bosque aquella mañana y por qué, que lo que estaba en juego era, en esencia, el modo en que nosotros, los daneses, nos habíamos organizado. No se trataba de dinero ni de avaricia, se trataba de la monarquía, de la misma subsistencia del país. El viejo lo entendería. Tal vez sí o tal vez no. En cualquier caso, era demasiado lo que estaba en juego para correr tal riesgo.

Marcus esperó hasta que estuvo seguro de que no había nadie que pudiera verle, se escurrió por un lado del Mercedes negro y recorrió la casa pegado a los muros. Llegó a ver dos nombres en el buzón que

daba a la calle: «Ellen Blikfeldt y Hans Peter Rosenkjær». Había una esposa en la casa. Eso no era bueno. «Pero no tienes prisa, Marcus», se dijo para tranquilizarse. «Siempre y cuando nadie haya encontrado el cadáver en el bosque, Hans Peter Rosenkjær no tendrá motivos para pensar, ni mucho menos para comentarle a nadie que esa misma mañana ha visto a un hombre bien vestido en el bosque». Un hombre que lo había saludado y le había sonreído. Que le había dado los buenos días y después había llamado al perro.

Vio a Hans Peter Rosenkjær dentro de la casa, en albornoz. Cruzó el salón con una pipa en la boca y desapareció. Marcus lo oyó por una ventana abierta: se estaba duchando. Vio el vaho que se filtraba por la ventana y ascendía hacia el cielo, como una nube que ha estado atrapada en las tuberías y por fin encuentra el camino a casa. El viejo canturreaba «Everybody Loves Somebody». El sol brillaba, el baño era un lugar perfecto. Hans Peter se caería al

salir, se golpearía la cabeza, se desangraría. Sin embargo, antes Marcus tendría que asegurarse de que su esposa no estuviera en casa. Se acercó a las puertas que daban a la terraza. Echó un vistazo al interior: muebles antiguos de diseño danés, de Børge Mogensen y Arne Jacobsen. Una larga mesa de comedor sobre la que se amontonaban los libros. No se veía a nadie por ningún lado. Probó la puerta. La que daba a la terraza estaba cerrada con llave. Utilizó un pañuelo para limpiar el pomo y eliminar las huellas dactilares; el asesinato debía ser perfecto, el definitivo, no como el de anoche y el de esa mañana: chapucero, repentino y desesperado. No. Habría que hacerlo bien, por el país.

Rodeó la casa hasta la puerta de servicio. La hiedra trepaba por los muros del viejo chalé de ladrillo. Marcus probó la puerta. Estaba abierta, ¿por qué no iba a estarlo? Allí, al norte de Copenhague, reinaban la paz y el orden. Cerró tras de sí y se quedó quieto en el gran lavadero,

escuchando. Hans Peter seguía en el baño. Marcus oía el sonido del agua cayendo desde el calentador. Olía ligeramente a tabaco. Se quitó los zapatos con mucho cuidado. Por si acaso, echó un vistazo a su móvil: totalmente apagado; ya se había asegurado en Copenhague de que así fuera, antes de salir en el coche con el cadáver.

Volvió a aguzar el oído antes de entrar en el salón. Ni rastro de Ellen Blikfeldt. A lo mejor estaba en el piso de arriba. Tenía que asegurarse antes de meterse en el baño con el viejo. Subió las escaleras de cuatro sigilosas zancadas. Ya estaba en el primer piso. Echó un vistazo al dormitorio. Había marcas de que esa noche había dormido alguien en un lado de la cama únicamente. Ellen Blikfeldt no estaba en casa. Estaban solos, nunca habría mejor momento.

Bajaba las escaleras cuando llamaron a la puerta. Se detuvo. Oyó cómo llamaban de nuevo.

—¡Voy! —gritó Hans Peter.

Marcus volvió a subir los escalones a toda prisa. El dormitorio daba a un balcón. Miró hacia abajo. Un salto de unos pocos metros; nada, no le supondría ningún problema. Oyó voces que provenían del lavadero. El momento había pasado. Tenía que salir de allí. Abrió la puerta del balcón y aguzó el oído. Seguían hablando en el lavadero. Podía saltar a la terraza sin que lo vieran. Sacó las piernas por el borde del balcón, se agarró a la antigua reja de forja y se descolgó. En la caída pensó en librarse de todo, de las obligaciones y de la responsabilidad; la responsabilidad de todo cuanto le rodeaba. A lo mejor fue el instante que estuvo colgado en el aire lo que hizo que se le ocurriera aquella estúpida e inesperada idea... En cualquier caso, estuvo listo para asumir su responsabilidad en cuanto volvió a tener los pies firmes en las duras baldosas de la terraza. El anciano debía morir. No quedaba más remedio.

Bosque de Hareskoven

18.30

Eva acababa de salir de la estación y se dirigía a su casa cuando le sonó el móvil. Era Pernille, la nueva mujer de su padre. Bueno, no tan nueva: su padre se había casado con ella cinco años después de que el cáncer le arrebatara la vida a su madre. Rechazó la llamada. Sabía lo que quería Pernille: saber cómo le había ido el primer día en la guardería, el primer día del resto de su vida. Esa noche sería la primera que dormiría sola en casa. Llevaba durmiendo en casa de Pernille y de su padre desde que se había quedado sola. No se le daba bien estar sola, y ahora ellos querían asegurarse de que se sentía cómoda estándolo. Y de alguna manera siempre conseguían recordarle el pasado, todo aquello a lo que no debía dedicar tiempo. Eva sabía perfectamente que era injusto por su parte pensar de

esta manera. Pernille y su padre siempre habían sido compasivos y habían estado dispuestos a echarle una mano, pero también formaban parte del pasado que debía evitar. Eva había llegado a pensar que tal vez le conviniera marcharse lejos, afincarse en Marrakech, en Marruecos, o en un pueblecito de América del Sur para poder ser la dama misteriosa, la que no hablaba de su pasado. Podría echarse un joven amante. Pero ¿a qué dedicaría su tiempo en Argentina o en Uruguay? Lo único que sabía hacer era escribir, y en cuanto se sentara frente al teclado el pasado empezaría a revolotear en su cabeza. Al fin y al cabo, esa era precisamente la esencia del oficio de la escritura: los hechos pasados.

Todavía tendría que haber habido luz; era por la tarde temprano de un día del mes de abril. Eva alzó la mirada en busca de algo que pudiera explicar que la primavera se hubiera visto interrumpida. Una solitaria gota de lluvia, pesada y lenta, la alcanzó a modo de respuesta. A esta la seguirían otras, solo

era cuestión de tiempo. Le convenía apretar el paso. Por otro lado, no debía darse demasiada prisa en volver a casa. Había dedicado parte de la tarde a ir de compras por el centro de la ciudad, sobre todo para matar el tiempo. Se había probado ropa que no podía pagar, había tomado café solo en la biblioteca. Las noches eran lo más difícil de superar. Lo había intentado con los somníferos de su padre, pero sabía muy bien que ese no era el camino adecuado, así que mejor con vino. *Wein macht müde*, ¿no era lo que solían decir los alemanes? El vino da sueño. Había comprado una botella en Netto y la había dejado en la cinta de la caja, junto al muesli, la leche y la fruta, esperando que la cajera no la mirara mal. ¡Como si ella supiera lo que se siente estando sola! Era la primera noche.

La lluvia arreció y apretó el paso. Los últimos cien metros los recorrió a la carrera. Las gotas le golpeaban la cara. Abrió la puerta y dejó el bolso en la entrada. Sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo. Una

vez más, Pernille.

—Pernille —dijo, intentando no parecer demasiado hastiada.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó esta sin un hola, sin preámbulos.

—Bien. Aunque me temo que tendré que tomarme una copita de vino para recuperarme. ¿Te importa esperar un momento?

—No, claro que no. Estamos muy ansiosos por saber qué tal te ha ido todo.

—Pongo el altavoz. —Dejó el teléfono en la mesa y el bolso en la encimera de la cocina—. ¿Me oyes?

—Te oímos, cariño —dijo Pernille.

—Un segundo. —Sacó la botella. Había un folio en el fondo de su bolso. Lo sacó con cuidado. Era el dibujo del niño, ¿cómo se llamaba?, Malte. El dibujo de un hombre que le hacía daño a otro, que

empujaba o pinchaba con algo a un hombre pelirrojo por la espalda.

—¡Qué extraño! —dijo en voz alta, y dejó el dibujo en la mesa mientras buscaba el sacacorchos.

—¿Decías algo?

Eva oyó la voz de Pernille por el móvil a pesar de que el aparato estaba sobre la mesa.

—Es un dibujo que ha hecho uno de los niños. Ha acabado en mi bolso.

—¡Qué mono!

—¿Ah, sí? Tal vez. ¿Qué hace en mi bolso?

Eva oía a su padre al fondo.

—¿Cómo ha ido? —le oyó susurrar.

—Bien. Uno de los niños le ha regalado un dibujo.

Eva rebuscó en los cajones medio vacíos en

busca del único utensilio de cocina del que no podía prescindir. Allí estaba, con los cuchillos, todavía con el corcho de la noche en que abandonó la casa hacía ya tanto tiempo. Lo sacó con tres profesionales giros de muñeca, o eso le pareció a ella, abrió la botella y dejó a un lado el sacacorchos, que cayó al suelo con un ruido desproporcionadamente fuerte para algo tan pequeño.

—¿Qué pasa? —preguntó Pernille.

—¿Pernille?

—¿Sí?

—Si mañana por la noche no encuentro el sacacorchos, recuérdame que se me cayó al suelo y se me escurrió debajo de la cocina.

—Lo haré, no te preocupes.

Eva se fue al salón con el dibujo, una copa, la botella y el móvil entre la oreja y el hombro.

—Ya está. Estoy sentada.

—¡Cuenta!

—Eran todos muy monos. Unos niños muy monos. También los adultos —dijo, y pensó en Kamilla, la que no había querido entrar a trabajar hasta que no se llevaron al perro.

—¿Papá me puede oír?

—No. Ahora mismo está en la cocina.

—Pernille... —Se atascó. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Estás llorando, cariño?

—No se lo digas. —Intentó sofocar el sonido de su llanto.

—No se lo diré.

—¡Se preocupa tanto! Es solo que...

—Ya lo sé. Es duro.

—Mi vida es una mierda —dijo, y se enjugó las

lágrimas con la manga ya húmeda de lluvia.

—No digas eso.

—Sí, cuando me siento aquí y miro el salón, lleno de tableros de fibra y tornillos y cachivaches...

—Ya vuelve —le susurró Pernille, refiriéndose a su padre.

—De acuerdo. —Eva se enderezó, como si este pudiera verla por el teléfono—. Dile que todo es fantástico y que esta noche salgo con una amiga.

—Eva...

—*Please*, Pernille.

Silencio en la línea. Oyó a su padre trajinando al fondo. Pernille carraspeó:

—Pues qué bien, suena fantástico —dijo, y luego —: Pásatelo bien esta noche.

—Gracias, Pernille. Eres la mejor.

—Y recuerda que el sacacorchos está debajo de la cocina.

Eva se rio en medio del llanto.

—Te quiero, cariño. Tu padre también te quiere.

—Lo mismo digo.

Dejó el teléfono de cualquier manera en el sofá. Cerró los ojos para no tener que ver los suelos que había que raspar, las paredes desconchadas, los paneles todavía sin montar, los cables que colgaban del techo...

Abrió los ojos y miró la lluvia. «Lluvia tropical», pensó. En el jardín, debajo del cobertizo, había unas planchas que había comprado su padre. No lo recordaba muy bien, pero por lo visto había que aislar la casa por fuera. Ella y su padre solían ir cada fin de semana que él tenía libre a trabajar en las obras. Luego Eva se iba con él a casa, donde Pernille les tenía la cena preparada, y se quedaba

allí a dormir. El domingo volvían para seguir trabajando todo el día. «Pronto habremos acabado», solía decirle su padre para animarla, pero Eva se daba cuenta de que estaba cansado. Les había repetido a él y a Pernille una y otra vez que lo más fácil era dejar que la casa acabara en subasta. Así podría declararse insolvente, vivir de alquiler y salir adelante con el mínimo imprescindible. Sin embargo, cada vez que lo mencionaba su padre cabeceaba. No quería ni oír hablar de ello. «Habremos acabado antes de Navidad», le decía, pero lo hacía todo solo, con la única ayuda de Eva, e iba tremendamente lento. Siempre les faltaba algo que Eva tenía que ir a buscar al almacén de materiales de construcción: brocas, material de aislamiento de Rockwool y herramientas cuyo nombre nunca lograba recordar. En un momento dado, se había puesto a calcular el tiempo que en realidad tardarían si seguían a ese ritmo, fin de semana tras fin de semana, solos ella y su padre con

martillo y clavos. Había contado todas las planchas y los tornillos que habían comprado y las había dividido entre la cantidad que su padre llegaba a utilizar en un fin de semana. El resultado había sido de ciento cincuenta y cuatro. Ciento cincuenta y cuatro fines de semana equivalían a tres años. Para entonces su padre sería un anciano. No le había comentado nada acerca de sus cálculos, pero a Pernille sí que llegó a sugerirle que la situación era insostenible, que esa maldita casa también estaba a punto de destrozarles la vida.

Posó la mirada en el dibujo en lugar de hacerlo en el proyecto de construcción inacabado. Eran dos hombres, no cabía duda. Uno asesinaba al otro. No era fácil adivinar cómo. ¿De un empujón? ¿Con un cuchillo? ¿Qué era lo que había dicho Kasper acerca de los pequeños? «Lo cuentan todo, y lo preguntan todo». En la parte inferior del dibujo había un charco de sangre. Malte había intentado dibujar algo detrás de los dos hombres. ¿Una cara, o una especie

de animal? Un rostro extrañamente distorsionado, tétrico. Se preguntó por qué se había llevado el dibujo a casa. No, esa no era la pregunta correcta. La pregunta adecuada era por qué no recordaba haberlo hecho. ¿Alguien le había metido el dibujo en el bolso? ¿El niño, tal vez? Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Uno de los adultos, quizá? ¿Qué era lo que el niño pretendía contarle? Desde luego, difícilmente un asesinato, pero quizás otra cosa. ¿Que alguien le había hecho daño a otra persona? ¿Por eso Anna había reaccionado de una manera tan extraña al decirle ella que era periodista? ¿Estaría pasando algo turbio en la institución?

Intentó reconstruir el resto del día en El Manzanal después de que Malte hubiera hecho el dibujo: la policía se había marchado y Anna había vuelto a tener tiempo para dedicárselo. Le había enseñado la institución. Eva todavía llevaba el bolso a cuestas, estaba segura. ¿Y Malte? Se había quedado en el aula, tal vez en el parque infantil, pero

nadie había tenido acceso a su bolso. Además, Malte llevaba el dibujo cuando se había levantado de la mesa y salido corriendo. Sí, se había echado a llorar y había salido corriendo del aula con el dibujo en la mano. Anna había vuelto, Eva había cogido la chaqueta y el bolso para seguirla. Había mirado a su alrededor, buscando al niño. Había intentado prestar atención a lo que le decía Anna, pero le había hablado de materiales sostenibles, de la política de reciclaje de El Manzanal, una institución con principios claros. Luego había estado en la cocina, y allí había colgado chaqueta y bolso. Era ahí donde iba a trabajar.

Detuvo la reproducción de su primer día en la institución, se sirvió más vino y miró el dibujo, la sangre, el hombre pelirrojo a quien clavaban algo en la espalda, cuya cabeza sangraba. ¿Estaba completamente segura de no haberlo cogido ella? Por otro lado, ¿por qué iba a hacerlo? Sí, es cierto, hablaba consigo misma y con Martin, pero era

precisamente para evitar volverse loca. Era muy consciente de ello. Y sí, había visto a Malte levantarse de la mesa y salir corriendo con el dibujo en la mano. De acuerdo, muy bien. Pero entonces, ¿cómo demonios había acabado el dibujo en su bolso?

Un nuevo trago de vino antes de retomar el repaso de los acontecimientos del día. Había trabajado unas horas en la cocina. Su jefa, Sally, era una africana que llevaba doce años en el jardín de infancia, sin tomarse un solo día de baja por enfermedad. Aquella era su cocina: Eva no tenía ningún inconveniente en reconocerlo y lo respetaba. Sally tenía manchas oscuras en los brazos y en la cara. Si esas mismas manchas hubieran cubierto la suya, Eva habría tenido un aspecto espantoso, pero en la cara casi negra de Sally formaban un interesante dibujo, se convertían en algo que la hacía aún más bella. Además, tenía un estilo de lo más elegante. Llevaba un vestido de seda con estampado

rojo, azul y violeta, todo muy salvaje. Había que ser africana para poder llevar algo así.

Los niños no entraban en la cocina; estaba terminantemente prohibido. En ella había cuchillos y hornos y fogones calientes. Por eso estaba tan segura de que nadie se había acercado a su bolso durante las horas que había estado amasando y cociendo bollos y familiarizándose con los hornos y los utensilios. Incluso diría que había llegado a pasar unos minutos sin pensar en Martin. ¿Era eso bueno?

«Volvamos a mi jornada laboral», se dijo. Debía averiguar por qué aquel dibujo había terminado en su bolso. Sally y ella habían servido el almuerzo: albóndigas con salsa de curry y bollos de trigo con cardamomo y otras especias. Eva se había comido una ración enorme. Sabía fenomenal, exótico. Pensaba en Madagascar mientras comía, en amplias playas de arena blanca y una vida sin preocupaciones. «Así es como sabe una vida sin preocupaciones», pensó. Una vida llena de

preocupaciones sabía a copos de avena, lechuga iceberg y vino barato de Netto.

Luego había despejado las mesas y Sally le había enseñado cómo funcionaba el lavaplatos. De pronto ya era la una, hora de irse a casa. Habían dispuesto el resto de los bollos con higos, compota, paté y mantequilla en bandejas. Así los educadores se podrían encargar de la merienda. Eva había cogido la chaqueta y el bolso. Incluso había sacado el móvil y lo había encendido, y en ese momento no había ningún dibujo en el bolso, de eso estaba completamente segura.

Había querido despedirse de la subdirectora, Anna, pero no estaba en su despacho. La había buscado en las aulas Azul y Roja. Kamilla le había sonreído. «Mañana me gustaría hablar contigo de una cosa», le había dicho esta en voz baja al pasar por su lado. No había esperado a que le respondiera. Como una agente secreta, se lo había susurrado de pasada y se había apresurado a seguir su camino

como si nada. Finalmente Eva había encontrado a Anna. Había visto por la ventana que estaba fuera con los niños. Entonces sí que había dejado la chaqueta colgada del respaldo de la única silla para adultos del aula, la del escritorio donde dejaban la agenda en la que había que registrarse por la mañana. El bolso lo había dejado en el asiento. Todavía quedaban un par de niños en el aula. Kasper se ocupaba de su salida. ¿Estaba Malte entre ellos? Luego había salido al parque infantil. «Hace calor», había pensado. Anna le había preguntado qué tal la jornada y si Sally no le parecía fantástica. Eva se sentía muy cansada, a punto de desmayarse, tal vez por eso no lograba recordar con claridad lo que había pasado durante esa parte del día. «Dormiré en el tren», había pensado mientras Anna le decía algo más, algo sobre el día siguiente. Ella le había dicho que sí y que casi no podía esperar a que llegara. Luego había vuelto al aula para coger el bolso. ¿Estaba en el suelo? Sí, pero entonces no le había

prestado mayor atención; simplemente lo había recogido junto con la chaqueta y se había ido. Si rebobinaba mentalmente la película, sin embargo, tal como debía hacer siempre una periodista, ¿había alguien más en el aula? No, sin duda. Todos habían salido a jugar al sol. Un momento. Está hablando con Anna en el parque infantil. La subdirectora dice algo elogioso acerca de Sally. Un poco apartado, en la estructura con cabeza de dragón, está sentado Malte. Ahora lo recuerda. Recuerda que él la mira. La suya es una mirada cómplice, como si quisiera decirle algo, llamarla. Ella le sonríe, o lo intenta, porque tal vez está demasiado cansada, vuelve a mirar a Anna y contesta algunas preguntas.

Se habían dicho «adiós» y «hasta mañana». Eva se había vuelto. Sí, Malte había desaparecido. «Había desaparecido». Al volver al aula, él había salido corriendo por la puerta. Había estado en el aula, apenas unos segundos pero los suficientes para que le diera tiempo a coger su dibujo y metérselo en

el bolso. «Lo cuentan todo —le había dicho Kasper aquella mañana, y le había susurrado—: ¡Todo!».

¿Qué era lo que Malte quería contarle a Eva?

Barrio de Klampenborg

21.05

Marcus no había encontrado dónde cobijarse bien de la lluvia. Las hojas de los árboles todavía no se habían desplegado, así que decidió apretarse contra la fachada, al menos lo protegería un poco. Asomó la cabeza por la esquina con cuidado y miró hacia el salón de Hans Peter Rosenkjær. Desde que había anochecido le resultaba más fácil seguir la rutina del anciano. Hans Peter Rosenkjær había encendido las luces en los salones de la casa, y Marcus sabía que prácticamente podía colocarse delante de las ventanas y mirar hacia el interior sin arriesgarse a que el viejo lo viera. Hans Peter Rosenkjær era viudo. Ahora Marcus lo sabía, después de haber seguido sus idas y venidas de cerca. Había salido de casa a mediodía. Para suerte de Marcus, había dejado el coche y se había

acercado a pie a la tienda de comestibles; luego había seguido, también a pie, hasta el cementerio. Una vez allí se había quedado sentado en un banco casi dos horas, leyendo el periódico y fumando en pipa antes de, finalmente, volver a casa. Marcus había visto la lápida: «Ellen Blikfeldt. Nacida en 1923, fallecida en 1987». Hans Peter llevaba años viudo, estaba listo para reunirse con su esposa.

Marcus estaba preparado para esperar a que se acostara. Entonces se colaría en la casa, tal vez por el sótano, cuyas puertas había detectado que tenían los goznes más que sueltos. Una vez dentro, se despojaría de la ropa mojada. Subiría al salón y seguiría escaleras arriba. Encontraría a Hans Peter en el dormitorio. Una almohada con la que taparle la cara, ni blanda ni dura, no dejaría ni una sola marca, parecería una parada cardíaca. Ahora mismo el viejo estaba cenando en la cocina. Sin duda pasarían unas horas hasta que decidiera irse a la cama. Era mucho tiempo para quedarse bajo la lluvia. Hacía

frío, pero en cuanto hubiera superado aquel trance, los demás podrían prescindir de él un par de días si al final resultaba que su cuerpo reaccionaba a las muchas horas a la intemperie. Pensó en David. Se preguntó si habría llegado a casa, si alguien habría encontrado el cadáver. Debía llamar a David, pero no quería arriesgarse a encender el móvil allí. Lo primero que haría la policía sería investigar los teléfonos móviles; hoy en día es posible rastrear su posición exacta. Una vez muerto el viejo, no debía quedar nada que pudiera despertar sospechas. No debía quedar ni rastro de que hubiera forzado la entrada, no debía poderse rastrear ninguna llamada efectuada desde los alrededores de la casa. Si quería llamar a David, tendría que hacerlo lejos de allí.

Marcus echó otro vistazo al interior de la casa. Hans Peter estaba sentado frente al televisor con su cena. Era un buen momento. Salió a la calle, donde la lluvia parecía caer con mayor intensidad que en el

jardín, tal vez porque las gotas golpeaban el asfalto con mucha fuerza. Después de asegurarse de que no hubiera nadie, se alejó calle arriba. Cuando estuvo a quinientos metros de la casa, se atrevió a encender el teléfono. Hizo su llamada.

—¿Sí?

Era la voz de David. Parecía haber estado durmiendo.

—¿Llegaste bien a casa? —preguntó Marcus.

—Nadie me ha visto en el bosque.

Marcus miró atrás, hacia la casa del viejo.

—¿Estás ahí? —le preguntó David.

—Sí.

—He dicho que nadie me vio.

—Bien. ¿Lo han encontrado?

—No han dicho nada en la tele.

—¿Has comprobado nuestros canales de la policía?

—Sí. No lo han encontrado.

—Y ahora está lloviendo. Eso nos conviene. Si alguna vez hubo huellas, a estas alturas habrán desaparecido.

—¿Dónde estás?

—Cerca de su casa —contestó Marcus.

Oyó a David suspirar levemente.

—¿Es necesario...?

—Te necesito aquí —lo interrumpió Marcus.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Coge el coche. Dirígete al norte. Dentro de un rato te enviaré un SMS con la dirección.

David no contestó.

—¿Me oyes?

—No lo sé. ¿No podrías pedírselo a Trane?

—David...

—Lo de ayer es una cosa. Esto ya es otro asunto.

—Esto es exactamente lo mismo, David.

Marcus echó un vistazo a la casa. Había un coche aparcado no muy lejos. Un hombre se apeó y entró en un edificio a toda prisa, huyendo de la lluvia, sin mirar a un lado ni a otro. En cierto modo, el aguacero era una maravillosa cobertura; no había mejor camuflaje, a nadie le apetecía aquel frío chaparrón primaveral.

—¿Entiendes lo que te digo? —preguntó Marcus, y prosiguió—: ¿Qué pasará cuando encuentren el cadáver? ¿Realmente crees que el viejo no dirá nada? Pues no, dirá que vio a un hombre. Distribuirán una descripción. Investigarán el asunto. ¿De veras fue un suicidio? Eso es lo que se

preguntarán.

—Dijiste que la policía estaba controlada.

—Sí, siempre y cuando no se vea sometida a la presión de la prensa.

—¿Cómo va a pasar tal cosa?

—David, no discutamos eso ahora. Te enviaré un SMS con la dirección.

Silencio. Solo el sonido de la lluvia contra el pavimento.

—No pienso ir —dijo David.

Marcus había enviado el SMS a David, únicamente con la dirección. Nada más, sin ninguna amenaza advirtiéndole de lo que podía pasarle si no obedecía. No quería llamar a Trane. No habría servido de nada involucrar a demasiada gente. Por mucho que Trane fuera un buen ejemplo del soldado perfecto, solía ser muy cargante. De una manera distinta a David, se revolvía más.

Apagó el teléfono antes de volver corriendo a la casa. Hans Peter Rosenkjær había abandonado su sillón frente al televisor. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? Afortunadamente, volvió con una toalla de baño en la mano. ¿Pensaba ducharse otra vez? En lugar de sentarse, se acercó a la puerta de la terraza y la abrió. Marcus se apartó y se pegó a la fachada. Oía al anciano que, en la terraza cubierta, murmuraba mientras encendía su pipa.

—Menudo chaparrón. No pienso coger la bicicleta —mascullaba.

Marcus miró hacia la calle. Estaba demasiado cerca de Rosenkjær. Se escurrió cautelosamente a lo largo de la fachada, en dirección a la calle. En ese mismo instante oyó las sirenas. No estaban lejos y se acercaban. Si el viejo miraba hacia la calle vería a un hombre vestido de negro pegado a su fachada.

Se apartó de la casa a toda prisa. Pasaron dos coches patrulla y una ambulancia camino del bosque

situado al final de la calle, por donde había llegado él aquella misma mañana persiguiendo al viejo. Habían encontrado el cadáver.

Enfiló la calle para alejarse un poco de la casa, por si también a Rosenkjær se le ocurría asomar la cabeza para seguir los acontecimientos. Contempló cómo los de la ambulancia preparaban una camilla sin ninguna prisa. El mal tiempo era una bendición para Marcus y David. A la policía le sería imposible asegurar las huellas en el escenario del crimen. Las botas pisotearían la tierra y, en un abrir y cerrar de ojos, las hojas marchitas del suelo del bosque se habrían convertido en un barrizal; todas las huellas desaparecerían en un lodazal de primavera. Solo quedaba una pista, un cabo suelto: Hans Peter Rosenkjær.

Los destellos azules iluminaron brevemente las gotas de lluvia. Pronto más vecinos desafiarían el mal tiempo y se asomarían. Los niños curiosos llegarían al igual que el camión de TV2 News. En

menos de treinta minutos el primer reportaje televisivo aparecería en las pantallas. Marcus miró hacia la casa. Pensó que la policía no tendría tiempo de interrogar a los vecinos aquella noche, pero que si Rosenkjær veía la tele y hablaba con un vecino o con un hijo o una hija por teléfono... «Sí, lo he visto. También a un hombre extraño, esta misma mañana, en el bosque». Algo así, no haría falta mucho más.

Volvió a la casa. Los primeros niños con chubasquero habían empezado a llegar. Tenía que actuar inmediatamente. Asomó la cabeza por la esquina con mucha cautela y echó un vistazo al salón. Rosenkjær se paseaba por la habitación. Estaba a punto de morir. Marcus repasó las posibilidades. Seguía teniéndose que quitar la ropa y los zapatos, de lo contrario dejaría demasiadas pistas. Y ¿cómo lo haría? Asfixiándolo sin usar una almohada le quedarían marcas en el cuello. Tal vez con un objeto contundente. Luego podía arrastrar al

viejo hasta el baño y golpearle la cabeza una vez más contra el suelo, dejar correr el agua de la ducha. Sería preferible, tal vez, que estuviera dormido, pero no le quedaba tiempo. Tenía que actuar cuanto antes. Miró el salón una última vez mientras se preparaba mentalmente. Para su horror, vio a Rosenkjær en el centro de la habitación con el chubasquero puesto. Quizás estuviera a punto de salir al encuentro de la policía, solo para ver lo que estaba pasando, con la misma curiosidad que los niños. Y hablaría, contaría lo que había visto. Por eso tenía que hacerlo inmediatamente.

Los pensamientos le martilleaban la cabeza. ¿Cómo? ¿Debía llamar a la puerta, hacerse pasar por policía, pedirle permiso para entrar? No, eso podría degenerar rápidamente en una pelea, antes de que le diera tiempo a tumbar al viejo. Podría romperse algo. Oyó que la puerta se cerraba. Miró hacia el otro lado de la fachada. El viejo estaba en el jardín de delante con el paraguas en la mano. Cerró la

puerta con llave, fue hacia su coche, que estaba aparcado en el camino de acceso, lo abrió, cerró el paraguas y se subió a él.

—¿Adónde vas, viejo? —susurró Marcus cuando el coche salió del camino marcha atrás. Durante un breve instante, Hans Peter Rosenkjær se quedó parado en la calle, como si hubiera olvidado lo que se proponía hacer. Luego metió la primera y arrancó en sentido contrario a la ambulancia y los coches patrulla. Marcus salió detrás de él mientras repasaba mentalmente las diferentes posibilidades. Iba a visitar a alguien. Los de TV2 News todavía no habían llegado. La noticia todavía no había salido, el viejo seguía sin tener ninguna razón para contar que aquella mañana había visto a un hombre trajeado en el bosque, un hombre que había llamado a su perro. A lo mejor al final las cosas no irían tan mal como Marcus había temido. Podía esconderse en la casa y esperar a que el viejo volviera. Acabar con él de noche, con la almohada, tal como había decidido

hacer en un primer momento. Todavía veía el coche, pero también vio otra cosa: la furgoneta negra. David le hizo señas encendiendo y apagando los faros. Corrió hacia él y abrió la puerta de un tirón.

—Sigue a ese coche.

—¿Qué?

Marcus alzó la voz, casi nunca lo hacía:

—¡Venga! No podemos perderlo.

Bosque de Hareskoven

21.10

La primera noche sola en casa. Ya era hora. ¿Ya era hora? ¿Acaso alguna vez era momento de estar sola?

Eva miró por la ventana. Era demasiado temprano para acostarse. Todo el mundo seguía levantado. Sin embargo, ella estaba allí, echada. El vino la había vencido tal como debía hacer, la había paralizado. Sentía cómo la pesadez se había instalado en su cuerpo, solo sus pensamientos se resistían a calmarse. Hizo dos cosas a la vez: encendió el televisor y pensó en Martin, por mucho que lo tuviera prohibido. A lo mejor debía retirar los últimos vestigios: el libro de la mesilla de noche, su lectura favorita, la obra de Sun Tzu, un chino de la antigüedad que escribió sobre la guerra. Miró el libro, pero pensó en el cuerpo de Martin.

Durante los primeros meses, después de que muriese, no pensó en sexo ni una sola vez, pero con la primavera llegó el deseo, así que ahora pensaba en Martin mientras se procuraba placer. Se puso a zapear, se saltó un par de programas de debate mientras se imaginaba a Martin encima de ella, detrás de ella. Evocó su olor, su sabor. Volvió a cambiar de canal, se saltó una serie policíaca británica o dos mientras fantaseaba con el amor que habían compartido. Por ejemplo, la segunda vez que tuvieron sexo; era su fantasía preferida, pero un retazo del pasado del que no debía ocuparse.

—*Back to the future*—susurró, pero de nada le sirvió.

Había demasiadas cosas que reprimir: el pasado y su necesidad de sexo, todo a la vez. Al día siguiente se lo contaría a su psicóloga. Le contaría que necesitaba sus fantasías, aunque pertenecieran al pasado. Siguió zapeando y acabó en TV2 News. Soltó el mando para disponer de las dos manos. No

quería fantasear con la primera vez que estuvieron juntos, porque los dos estaban demasiado borrachos para que fuera digna de recordar. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando despertaron en su piso, cuando notó la mano de Martin sobre su vientre... La había movido, le había tocado el pecho con suavidad. Con el dedo índice y el pulgar le había estrujado el pezón unos segundos, lo había soltado y había continuado la exploración de su cuerpo. «Vuélvete», le había ordenado. La había sorprendido que dijera aquello. Nada de «buenos días» ni de «gracias por lo de ayer». Sin embargo, obedeció. Obedeció. Sus manos habían explorado su espalda, cada centímetro de ella, la nuca, habían viajado por sus curvas, le habían hecho cosquillas sin que ella se moviera. Entonces las manos de Martin encontraron su trasero, el arco de sus nalgas, se deslizaron por sus muslos, volvieron a subir. «Abre las piernas», le había susurrado. «Sí», había contestado ella, y había separado las piernas

ligeramente. «Más», dijo él. Ella obedeció.

Ahora ya no la tocaba. Estaba sola, echada boca abajo, con las piernas abiertas para aquel práctico desconocido que había encontrado apenas ocho horas antes.

«Sepáralas todo lo que puedas», susurró Martin.

Así fueron los preámbulos hacía tres años, cuando todo iba bien. Luego Martin se había echado encima de ella y el resto fue menos imaginativo, más de manual. Sin embargo, Eva nunca llegaba tan lejos. Se satisfacía a sí misma con el recuerdo de sus manos, con el de las diez palabras que él le había susurrado al oído entonces. Todavía estaba echada boca abajo, sola, con las noticias de TV2 puestas, que vivían su propia vida, relegadas a un segundo plano.

—*Back to the future*—dijo, abrió los ojos y contempló la pantalla.

Ese era el aspecto que tenía el futuro, pensó: ambulancias y policía en un bosque; un periodista bajo un paraguas en medio de la lluvia. Lo conocía un poco. Iba un curso por delante de ella cuando estudiaba en la facultad de periodismo. Ahora estaba allí, con un aspecto de lo más estiloso. Se había teñido el pelo, tal vez incluso las cejas. Eva subió el volumen del televisor.

—«Todavía no sabemos de cuántos se trata, algunos dicen que de dos, otras fuentes afirman que de un solo hombre encontrado muerto en el bosque esta misma noche».

Barrio de Klampenborg

21.20

David apagó el motor. Por la ventanilla vieron a Hans Peter Rosenkjær abandonar el aparcamiento y cruzar la calle.

—¿Adónde va?

—A los baños públicos.

—¿Están abiertos a esta hora?

—Para los socios, sí, todo el año hasta medianoche, o eso creo —contestó Marcus.

Sus ojos siguieron al viejo mientras abría la verja de los baños, entraba y volvía a cerrarla con llave tras de sí. Los baños habían sido construidos sobre pilotes en el agua. Cuando no llovía se solían ver las luces de Suecia al otro lado del estrecho.

—Es de los que se bañan en invierno —dijo

David.

—Quizá no sea un mal sitio.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto salga de la sauna...

—¿Quién dice que vaya a meterse en la sauna?

—Lo sé. Estuve allí una vez, hace muchos años.

Primero se meten en la sauna y luego saltan al agua.

Y allí estaré yo, esperándolo.

—No quiero participar.

—Lo único que tienes que hacer es esperarme aquí.

—Entonces seré cómplice.

Marcus lo miró. ¿Acaso no había entendido nada?

—A estas alturas, ya lo eres.

—Eso fue otra cosa muy distinta.

—¿Otra cosa?

Marcus estaba a punto de estallar, pero se contuvo. Tenía que llegar a David por otros caminos. Le notaba en la mirada la desesperación, el miedo. Había detectado muchas veces lo mismo antes de salir a patrullar en Irak. Como superior, era importante explicar la misión a los soldados. La idea, la idea que subyacía era lo único capaz de apaciguar el miedo, de conseguir que volvieran a creer en la misión. Carraspeó.

—Se trata de la Institución. Lo sabes, ¿verdad?

David no contestó.

—¿Qué es la Institución?

—¿A qué te refieres?

—Tú contesta. ¿Qué es la Institución y por qué la tenemos?

—Orden —repuso David. Una única palabra, no tenía ganas de decir nada más.

—Echa un vistazo a los baños. Venga, David, hablemos de ello. Esta vez y nunca más. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Echa un vistazo a los baños públicos.

David miró el viejo edificio de madera pintado de azul, del color que el mar nunca tiene en Dinamarca.

—También es una institución. Algunos de los usuarios son socios, otros no. Tiene un reglamento y estatutos; los socios cuidan del lugar, por eso solo tienen llaves ellos, y los que tienen la llave asumen a su vez obligaciones. Estos baños existen desde hace muchos, muchos años, y seguirán aquí mucho tiempo. ¿Por qué?

—Ya sé lo que pretendes decir.

—¿Cuál es la alternativa? Que cualquiera pueda entrar y salir. ¿Quién cuidaría entonces de la

Institución? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el lugar acabara destrozado, descuidado?

—Siempre se te han dado bien las palabras — dijo David, y bajó la mirada.

—Nosotros cuidamos de la Institución, David. Lo hacemos ahora, lo hicimos en el Ejército. Tú y yo hemos estado en muchos países. Sabemos por experiencia que los países que funcionan son los que tienen instituciones que funcionan, ¿no es así?

—Tal vez.

—Tal vez, no. Eso está por encima de un «tal vez». Es un hecho. ¿Cuánta gente muere en un país cuyas instituciones no funcionan? ¿Y si el organismo que debe distribuir la comida no funciona, o algo tan sencillo como las vías públicas, las infraestructuras? Es imprescindible que las carreteras estén en buen estado, porque si no la comida no puede llegar a su destino, los pacientes no pueden ser trasladados a los hospitales a tiempo... ¡David! ¡Mírame!

David miró a Marcus.

—La Institución es el entramado de la sociedad —prosiguió este último—: Lo que hicimos anoche fue apagar un incendio, un fuego que podría haber calcinado el entramado. ¿Cuántas vidas hemos salvado, tú y yo? ¿Te acuerdas de Irak, justo después de la guerra?

—¿Qué pasa con Irak?

—¿Qué misión nos encargaron?

—Defender el Parlamento.

—Sí. Defender la Institución.

—Esto es otra cosa —dijo David, señalando hacia los baños públicos.

—¿En qué sentido?

—Él es inocente.

—Déjame que recuerde. ¿Cómo fue en Irak, o en Afganistán? Herimos a inocentes mientras

intentábamos defender sus instituciones...

—No lo puedes comparar. Estábamos en guerra.

—Todo es una guerra. El género humano siempre ha aceptado la pérdida de algunos inocentes para defender a la mayoría.

David resopló, cabeceando.

—Sinceramente, ¿tú te crees lo que estás diciendo?

Marcus lo miró. No contestó hasta que David se volvió hacia él.

—Sí, realmente lo creo. Lo creo porque he sido testigo de primera mano. He visto lo que sucede cuando las instituciones se derrumban, cuando desaparecen. Tú también fuiste testigo de ello. —Abrió la puerta y cogió aire—. Ahora voy a bajarme del coche, David. Si sigues aquí cuando vuelva, será porque estás conmigo. Si no, estarás fuera. ¿De acuerdo?

No esperó a que su amigo respondiera.

En cuanto hubo cruzado la calle miró atrás. La furgoneta seguía aparcada. Marcus no estaba seguro de si seguiría allí cuando hubiera cumplido su misión. Trató de orientarse. No había nadie en la pasarela ni tenía a nadie detrás.

Apoyó un pie en el tirador de la puerta de la verja, la escaló y aterrizó en la pasarela. La puerta del vestuario se abrió, salieron dos mujeres. Marcus empezó a silbar, dirigiéndose hacia el vestuario de caballeros y pasó de largo. La mayor de las mujeres lo saludó con un simple gesto de cabeza desde debajo del paraguas. Marcus entró en el vestuario. Había alguien dentro.

—Buenas noches —saludó en voz alta al otro. No era Hans Peter Rosenkjær.

—¡Menudo tiempo de perros!

—Desde luego —dijo Marcus, yendo hacia el

fondo del vestuario.

El hombre estaba acabando. Se peleaba con los botones de la camisa. No se había secado bien la espalda y la tela se le pegaba a la piel. Marcus miró a su alrededor. Allí estaba la caja de los objetos perdidos. Encontró una toalla a rayas de los colores de Estados Unidos. Se desnudó, colgó la ropa del gancho y se envolvió en la toalla.

—¡Buen provecho!

—Gracias. Buenas noches —dijo Marcus, y salió. Se quedó quieto un instante, para adaptarse a la oscuridad. La sauna estaba a unos pasos de allí. Por el camino estuvo a punto de resbalar en el suelo mojado. Por un momento se sintió frágil, algo infrecuente en él que no le disgustó del todo. Se quedó allí de pie, con los pies descalzos, sobre los tablones, bajo la lluvia, hasta que lo abandonó aquella sensación. Echó un vistazo por la ventanita y pudo apreciar que la sauna estaba bastante llena.

Tenía dos opciones: o entraba para vigilar al viejo o lo esperaba fuera, en la oscuridad. No, era demasiado peligroso. Despertaría sospechas si lo veían allí fuera, ocultándose detrás de la pared. Lo mejor sería mimetizarse con el entorno de una forma natural, decidió. Además, tenía frío.

Todos lo miraron brevemente cuando abrió la puerta de la sauna. Eran cinco mujeres y tres hombres, con pechos viejos y pesados y vientres gruesos que colgaban. Las mujeres le sonrieron, los ojos de Marcus se cruzaron con los de Hans Peter, que estaba sentado en el banco superior. No lo reconoció. ¿Por qué iba a hacerlo? El anciano lo había visto de lejos por la mañana, cuando llevaba traje. Se sentó en el asiento que quedaba libre, al lado de las dos mujeres de antes. Miró el termómetro: noventa grados. Al lado del termómetro había un reloj de arena que caía por el cuello en un fino chorro. Se preguntó si sería Hans Peter quien le había dado la vuelta al entrar. Pronto se agotaría el

tiempo y el anciano saldría y saltaría al agua. La puerta se abrió. Entró una mujer, que se tapó los pechos con las manos en un gesto protector hasta que se hubo sentado.

—Menudo jaleo —dijo.

Los demás la miraron.

—¿No habéis visto las ambulancias y la policía frente a Dyrehaven, justo allí arriba? —preguntó ella.

La mujer sentada a su lado carraspeó:

—¿En el parque de atracciones de Bakken?

—¿En Bakken? No, han encontrado a alguien muerto en el bosque.

Marcus miró por encima del hombro con cautela a Hans Peter. Se lo notó al viejo, intuyó en qué estaba pensando: en el bosque, en el tipo del traje de aquella mañana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hans Peter.

—No sabría decirlo. Simplemente lo he visto de pasada en la tele, antes de salir de casa. Han encontrado a un hombre muerto en el bosque, asesinado. Dicen que lleva tiempo allí.

Marcus le echó otra mirada furtiva al viejo. No debía hablar. No debía decir que había visto a un hombre en el bosque aquella misma mañana. Eso no le convenía. Sobre todo si luego lo encontraban ahogado, porque entonces la policía interrogaría a los de la sauna y la mujer diría: «Estuvimos hablando del cadáver del bosque y Hans Peter nos comentó que había visto a un hombre, a lo mejor al asesino».

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó el viejo.

—Por lo que tengo entendido, en Ulvedalene —dijo la mujer.

—¿En Ulvedalene? He estado allí esta mañana
—dijo Hans Peter.

Marcus carraspeó. Hans Peter se disponía a volver a abrir la boca.

—He oído decir que se trata de un jinete —se le adelantó.

—¿Un jinete?

Las otras dos mujeres miraron a Marcus, que estaba sentado de espaldas a Hans Peter.

—Sí, de un jinete que se ha caído del caballo. Por lo visto se rompió el cuello.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Quién lo ha dicho?

—Me he encontrado con mi vecino por el camino. Por lo visto, acababa de hablar con uno de los de allí arriba.

—Pobre hombre.

Marcus miró el reloj de arena. A esas alturas, casi toda la arena se había escurrido. Lo único que tenía que procurar era que el viejo mantuviera la boca cerrada unos minutos más.

—No suele haber muchos jinetes en Ulvedalene —dijo Hans Peter.

Marcus no se volvió.

—Eso mismo le he dicho —se limitó a decir—. Ha salido un caballo corriendo del bosque a eso de las doce del mediodía, sin su jinete, y entonces ha sido cuando han iniciado la búsqueda.

—¿Y están seguros de que está muerto? —preguntó una de las mujeres. Marcus no vio cuál de ellas porque tenía los ojos puestos en el reloj de arena.

—He estado allí esta mañana —insistió Hans Peter.

Marcus se levantó.

—¿Os parece bien si echamos un poco de agua?

Nadie contestó. Marcus echó tres cucharones de agua. El vapor se propagó por la sauna mientras seguía hablando en un intento de mantener callado al viejo:

—En Finlandia siempre mantienen la sauna a cien grados —dijo.

Uno de los hombres tomó la palabra.

—A ciento diez grados —dijo.

—No, eso es demasiado —dijo la última mujer en llegar.

—¿Vemos hasta dónde somos capaces de aguantar? —preguntó Marcus, y vació otros dos cucharones de agua. Echó una breve ojeada al viejo, que se lo quedó mirando fijamente de una manera extraña. ¿Lo había reconocido, a pesar de todo? La arena se agotó. Hans Peter se levantó.

—Disculpad —dijo, y salió.

Marcus lo siguió con la mirada por la ventanita unos segundos. Vio cómo Hans Peter colgaba su toalla al lado de la escalera de madera que conducía al agua. Había llegado la hora.

—Hace demasiado calor —dijo.

Los oyó reírse cuando cerró la puerta tras de sí. Hans Peter ya casi se había metido en el agua. Marcus se acercó a la escalera y dejó la toalla al lado de la del viejo, que se lanzó al agua. Una mirada rápida a la sauna. Seguían todos sentados. Marcus saltó al agua. Estaba helada. Tenía a Hans Peter justo delante, de camino de vuelta a la escalera tras haber dado dos valientes brazadas.

—¿Me dejas pasar? —preguntó.

Marcus no le contestó. Se limitó a cerrarle el paso, preparándose para lo que tenía que pasar.

—¿Nos hemos visto alguna vez en otro lugar? —le dio tiempo a preguntar a Hans Peter antes de que

Marcus le agarrara la cabeza y se la hundiera bajo el agua.

El viejo agitó los brazos desesperadamente, luchó, arañó a Marcus, incluso intentó morderle. Marcus oyó risas que provenían del interior de la sauna. Poco a poco, el anciano fue perdiendo las fuerzas. Marcus notaba cómo el vigor y la voluntad se le agotaban. La puerta de la sauna se abrió. Hans Peter todavía no estaba muerto, pero ya apenas luchaba.

—¿Nos bañamos?

Voces acercándose desde la sauna. Estaban de camino. Sin soltarle la cabeza, arrastró al viejo por debajo de la estructura de madera de los baños al aire libre, cerca de los pilotes sobre los que descansaba todo. Hans Peter ya no se resistía en absoluto, había muerto. Con mucho cuidado, sin hacer demasiado ruido, Marcus se fue desplazando de pilote en pilote con el viejo cogido del cuello.

Oyó a las mujeres saltar al agua. Oyó sus chillidos. También las vio a la luz de la sauna, desde allí debajo, pero ellas no podían verlo. Encontró una cuerda atada entre dos pilotes. Rodeó el cadáver con ella. Así había acabado su vida. Había saltado al agua, había sufrido un calambre o un paro cardíaco, se había ahogado y la corriente había arrastrado hasta allí el cadáver. Nadie lo pondría en duda ni por un instante. Ni siquiera le realizarían la autopsia. De pronto Marcus sintió un calambre en la pierna. Se agarró al pilote y reprimió el dolor. Se arrastró lentamente hacia la pasarela, pilote tras pilote, hasta que llegó a la escalera. Aguzó el oído un instante. Las voces de las mujeres estaban lejos, posiblemente ya habían vuelto al vestuario.

Salió del agua con mucha cautela, como un animal, a gatas, prácticamente sin hacer ningún ruido. Los pensamientos no lo dejaban en paz. Pensó en la última mirada de Hans Peter Rosenkjær en el agua; pensó en salir del agua tal como había hecho

en su día, hacía miles de millones de años, algún organismo primitivo; pensó en la Institución que habíamos creado y que la naturaleza no nos había dado, en aquello que hacía que nos alzáramos por encima de esa naturaleza y no fuéramos a la caza los unos de los otros en la orilla del mar, como depredadores; pensó en la Institución que acababa de salvar.

9 de abril

Roskilde

07.55

Eva respiró hondo antes de entrar en El Manzanal.

—Día dos del resto de mi vida —dijo en voz alta. Agarró el pomo de la puerta y pensó hacia delante: esa tarde tenía cita con la psicóloga. Le apetecía mucho; por alguna extraña razón se había convertido en su punto de referencia de la semana. El perro no estaba, en cambio llevaba un dibujo en el bolso, el dibujo de un asesinato.

«Los niños lo cuentan todo», le había dicho Kasper. A Anna le salía urticaria solo de pensar que había una periodista en su institución. ¿Tendría una cosa que ver con la otra o estaba exagerando?

En la cocina, Sally estaba poniéndose el delantal.

—Buenos días, Eva —dijo con una sonrisa de evidente alegría por volverla a ver.

—Buenos días.

—Torben está en su despacho. Me ha dicho que subas a verlo —dijo.

—¿Ahora?

—Sí, eso creo.

Eva colgó su abrigo en el pequeño armario ropero. Consideró si llevarse el dibujo, pero fue incapaz de decidirse y cogió el bolso. Así podría decidirlo sobre la marcha.

Buscó a Malte con la mirada de camino a la escalera. Kasper estaba sentado en el aula Roja, pero no vio al niño por ningún lado. Subió las escaleras hasta el pasillo de administración. La puerta del despacho de Torben estaba cerrada. Oyó gente discutiendo a voces tras ella.

—Parece que están en mitad de algo importante.

Se volvió. Kamilla estaba sentada en el despacho de Anna, en la silla de Anna, detrás del escritorio. Parecía muy cómoda.

—Pues entonces volveré más tarde —dijo Eva.

—Están a punto de acabar.

—¿Te importa decirles que he estado aquí?

Kamilla ladeó la cabeza. Llevaba el pelo recogido, mientras que el día antes lo llevaba suelto, recordó Eva. El moño en la nuca le confería un aire más autoritario. Tenía un aspecto menos sensual, pero en fin: si uno quiere progresar debe ocultar la sensualidad. Cuando Eva echaba la vista atrás, una cosa quedaba clara: todas sus colegas, consciente o inconscientemente, habían tenido que elegir entre irse a la cama con los hombres o mandar sobre ellos. No podían hacer ambas cosas a la vez. Disfrutabas de sus manos sobre tu cuerpo, de su lujuria incondicional, o gozabas de su respeto.

Kamilla todavía no se había decidido por una de las dos opciones.

—Anna dice que eres periodista.

Eva suspiró. Miró al suelo, tras la puerta cerrada del director oyó a Anna, que decía: «Es una situación realmente complicada».

—¿No existe una especie de modo de protección o algo parecido? —le preguntó Kamilla.

—¿Te refieres al secreto profesional de los periodistas?

—Sí.

—Eso solo es aplicable si escribo un artículo.

—¿Sabes guardar un secreto, a pesar de todo? —le dijo Kamilla—. ¿Quieres saber de qué están discutiendo?

La puerta se abrió. Anna salió y se sorprendió al ver a Eva.

—Sally me ha dicho que subiera a ver a Torben —se apresuró a decirle.

—¿Es Eva? —gritó Torben desde su despacho —. ¡Nuestra nueva amiga de la cocina! ¡Adelante, entra!

Eva entró. Tanto Anna como Kamilla la miraron. Torben se levantó enseguida. Le sacaba casi dos cabezas a Eva.

—¡Eva!

—Sí. —Sonrió y le tendió la mano.

Torben enseñó una dentadura que llevaba la palabra «fumador» escrita. Llevaba una camisa vaquera pasada de moda encima de una camiseta blanca arrugada y un colgante alrededor del cuello, probablemente el hueso de algún animal exótico.

—Entra y toma asiento —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

—Gracias.

Eva se sentó en la única silla que había aparte de la de oficina del escritorio, una desvencijada pieza del diseñador y arquitecto Arne Jacobsen. La papelería estaba pidiendo a gritos que la vaciaran. Había una bolsa de deporte en el suelo. Parecía que era una raqueta de bádmin-ton lo que asomaba.

—Desgraciadamente, no pude estar aquí ayer para darte la bienvenida. —Sonrió y se rascó la cabeza. Barrió con la mirada el escritorio lleno a rebosar de tazas de café, carpetas de anillas, pilas de documentos. Había también en él una botella de agua mineral con gas medio llena. Se oía el suave zumbido del ordenador encendido—. El Ayuntamiento —explicó— me convocó a un cursillo sobre la manera en que debemos vigilar la presencia de alcohol en los hogares. —Cabeceó—. Pretenden que olisqueemos el aliento a los padres por la mañana, que nos fijemos en los ojos inyectados en sangre y las narices azuladas. —Esbozó una sonrisa sarcástica y se inclinó ligeramente hacia delante.

Hojeó los papeles. Por lo visto encontró lo que buscaba. Sacó uno y lo leyó por encima con los ojos entornados.

No le faltaba atractivo, pensó Eva. Sin duda, algunas mujeres sucumbirían a su aspecto juvenil, relajado y poco autoritario, de hombre todavía capaz de sacarle provecho al festival de música de Roskilde. A ella se le ocurrían al menos un par de su círculo de amistades que lo encontrarían interesante.

—¿Qué tal ayer? Tengo entendido que hubo una especie de batalla por culpa del perro. —Torben solo apartó la mirada del papel un instante.

—Bien. Eché una mano en una de las aulas. Estuvimos dibujando. —Titubeó. ¿Debía mostrarle el dibujo? En cierto modo, era el momento adecuado para hacerlo—. Ese Malte —dijo, e intentó establecer contacto visual con Torben.

—¿La armó ayer? A veces entra en conflicto con William.

—No. Al contrario, estuvo muy callado. Parecía un poco triste.

—Muchos no duermen todo lo que deberían. ¿Había algo anotado en la agenda?

—No lo sé —dijo Eva, enfadada consigo misma por no haberla mirado—. Pero ¿está bien en su casa?

—En muchos sentidos, Malte es un niño muy privilegiado que proviene de una familia especial. También es muy sensible, sin embargo, y tiene mucha imaginación. —Por fin Torben dejó a un lado el papel—. Pero ¿todo fue bien en la cocina?

—Sí. Sally es muy amable y muy simpática.

—Es fantástica. Conozco un poco su historia y solo puedo decir que está hecha de una pasta especial.

Eva sonrió y asintió con la cabeza, sobre todo porque no sabía qué decir. Bajó la mirada. El bolso

con el dibujo dentro estaba en el suelo. ¿Era prudente sacarlo? ¿Ahora, después de lo que Torben acababa de decir acerca de la fantasía desbordada del niño? «No», le dijo una voz mental. Sin embargo, otra le dijo: «Sí, sácalo. Ahora». Eva carraspeó.

—Por cierto, hay algo que me gustaría enseñarte.
—Fue una frase extrañamente torpe. Ella misma se dio cuenta. Solemne y rígida.

—¿Sí?

—No es más que... —Titubeó. Tal vez porque de pronto leyó su nombre en la parte superior del papel al que Torben acababa de echar un vistazo. Trataba de ella. ¿De quién sería? ¿De su asistente social? ¿De la psicóloga?

—¿Sí? —repitió Torben.

«¿Qué pondrá sobre mí? ¿Que soy una pobre enferma mental? ¿Mencionará mi trauma infantil, el

alivio que sentí cuando mi madre murió? —pensó Eva, incapaz de apartar la mirada del papel. Todo lo que le había contado a la psicóloga. Ahora se arrepentía—. Como mínimo constará en él que los servicios sociales me pagan la psicóloga, que si no me las apañó como ayudante de cocina entraré en caída libre hasta acabar en lo más bajo de la sociedad». Llamaron a la puerta y Anna asomó la cabeza.

—¿Tienes dos minutos, Torben?

—Sí, un momento... —Miró a Eva.

—No, está bien. Puede esperar, no te preocupes.

—Trató de sonreír.

Torben miró a Anna. A su espalda, en el pasillo, vio a Kamilla con otra educadora, una de las aulas de los más pequeños, si no recordaba mal. Miró visiblemente inquieto a la joven que asomaba detrás de Kamilla.

—De acuerdo.

El director se levantó y se llevó el papel: el papel con su nombre. Eva se preguntó por qué no le dejaba verlo. ¿Cuánta información intercambiarían en la administración pública? ¿De dónde sacaban los datos?

—Ni un solo día de tranquilidad nunca —dijo Anna, y sonrió a Eva a modo de excusa. A continuación susurró—: A veces es casi como si estuviéramos en guerra.

Se rio y cerró la puerta tras de sí.

Guerra.

Qué termino más raro. ¿Fue por eso por lo que Eva pensó sin quererlo en la madre de Martin? ¿Realmente solo hacía falta que alguien pronunciara la palabra «guerra»? Le pareció una idea aterradora y paseó la mirada por el despacho vacío.

Inge también era, en muchos sentidos, una figura

aterradora. Eva lo había pensado ya la primera vez que ella y Martin habían ido de excursión al Mar del Norte, cuando ella todavía creía que nunca lo perdería, que tenían por delante una larga vida juntos. Había sentido que Inge le hacía la guerra con sus palabras, con sus miradas, con sus sarcasmos, con sus pequeñas insinuaciones amargas que silbaban cerca de la cabeza de Eva como balas. Era la primera vez que visitaban a los padres de Martin. Eva sería «presentada», como Martin lo había definido con una sonrisa irónica. Y la había prevenido de antemano: su madre podía parecer una mujer dura, por mucho que estuviera en los huesos. La primera vez que se saludaron y sostuvo la mano seca de Inge en la suya, Eva no pudo evitar pensar en el cadáver momificado encontrado en Grauballe. Fueron apenas unos segundos. Un esqueleto con piel y nada de carne, de cuya boca solo salían cosas muertas, frases que ponían el punto final a cualquier conversación, palabras que cortaban toda

comunicación. Sin embargo, Martin la amaba, como todos los niños aman a su madre, así que Eva intentó guardarse los comentarios. Además, Inge tampoco estaba especialmente loca por Eva. No era lo bastante buena para su hijo, como daba a entender siempre. De hecho, Inge había planteado un montón de dudas y críticas acerca del trabajo de Eva.

—Martin sostiene que eres periodista —le había dicho, entre otras cosas, sin darle siquiera tiempo a Eva a contestar apropiadamente.

—Soy redactora, de *Berlingske* —había contestado.

—Aquí, en Jutlandia, leemos *Jydske Vestkysten* —había sostenido Inge de un modo que no dejaba lugar a dudas que ponía punto final a la conversación.

Sin embargo, Eva insistió:

—Bueno, pues entonces habrás leído algo de lo

que he escrito. *Jydske Vestkysten* es propiedad de *Berlingske*. Muchos de nuestros artículos también se publican en vuestro diario.

Martin le había lanzado una mirada de alarma a Eva.

—Solo leo noticias de ámbito local.

—¿De veras?

—Por aquí no nos interesa el gran mundo, y al gran mundo no le interesamos nosotros. —De nuevo pareció dar por terminada la conversación.

—Pues te diré una cosa, Inge —dijo Eva, intentando suavizar la situación con una sonrisa desarmante y una risita—: El año pasado publicamos toda una serie de artículos sobre el Mar del Norte. Sobre la pesca, la lucha por las cuotas, la vida cerca del mar y las tradiciones...

—Nadie conoce el mar —la interrumpió la madre de Martin. De camino a la cocina, añadió—:

Hay café para los que quieran.

Más tarde, en la playa, cuando Martin y Eva salieron a dar un paseo, discutieron. Eva le había dicho a Martin que era un ingenuo porque se resistía a darse cuenta de qué iba la conversación en realidad, porque no iba de periódicos, desde luego. Cuando Inge decía que «aquí no nos interesa el gran mundo», lo que en realidad quería decir era que «no nos interesas lo más mínimo» o que «a mí, Inge, no me interesas, Eva». Martin se había reído y le había dicho que debería haber prestado más atención a la frase posterior, es decir, a que «al gran mundo no le interesamos nosotros».

—¿A qué te refieres? —le había preguntado Eva.

—Que teme no caerte bien, que la juzgues, que no te intereses por ella.

—No lo creo.

—Pero yo lo sé —había dicho Martin, y había

añadido—: Cuando mañana cojamos el coche para irnos, no dejará pasar ni diez minutos antes de llamarme para preguntarme si te ha caído bien, o incluso menos diría yo.

Tal vez Martin tuviera razón aquel día en el Mar del Norte, pero por mucho que Eva fingiera interesarse por sus padres, una cosa tenía por cierta: para Inge, aquello era una lucha por Martin; una guerra por quién amaba más a Martin, en definitiva por a quién le debía este lealtad, si a Eva o a Inge. Inge la ganó, a Eva le había quedado dolorosamente claro. A juzgar por todos los parámetros medibles, Eva había perdido. Estaba sola, desprotegida, era todo lo que siempre había temido ser. Si alguna vez se le ocurría ponerlo en duda, no tenía más que preguntárselo a su psicóloga o volver a casa con su vino blanco barato y su destartalado hogar de Hareskoven, sin conexión a Internet y con una pésima certificación técnica.

—*¡Toc-toc!* —dijo Anna, y asomó la cabeza.

Eva alzó la mirada.

—Torben me ha pedido que te diga que ya acabaréis el papeleo más tarde y que *sorry*.

Después de una hora y media de trabajo en la cocina, a Sally le pareció que Eva debía tomarse un descanso.

—¿Y tú, qué?

—Ya voy. Tú sal y disfruta un poco del sol — dijo.

Eva echó una mirada al parque infantil. Buscaba a Malte. «¿Dónde está?», pensó. Eran demasiados, no veía al niño por ningún lado. A lo mejor todavía no había bajado al parque infantil, pero tenía que estar en alguna parte.

El sol la cegó. Se arrepentía de no haberse puesto las gafas de sol y estaba sudando, pero no le gustaba quitarse el jersey de lana, porque encontraba el top que llevaba debajo demasiado ceñido y

provocador. De pronto vio a Malte. Estaba sentado en el balancín, de lado, removiendo la arena con los pies desasosegadamente, trazando pequeños círculos, como si estuviera esperando que se acercara alguien para columpiarse con él. «Ahora o nunca», pensó Eva, y cruzó el parque infantil.

—¿Tienes un momento?

Eva se volvió. Kamilla estaba detrás de ella.

—Sí. Solo dos minutos —dijo, mirando a Malte, que en ese mismo instante también la miró.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Ahora? No sé...

—Solo será un minuto. ¿Nos sentamos al sol? —le preguntó Kamilla, e hizo algo muy sorprendente: la cogió de la mano. El primer impulso de Eva fue apartarla, pero no se atrevió. A lo mejor era lo que se solía hacer en una guardería, tanto con los pequeños como con los adultos: agarrarse,

desplazarse cogidos de la mano. Kamilla la volvió a soltar cuando se sentaron en el banco que había pegado al muro sur. Se inclinó hacia delante y la miró.

—Lo que ahora te voy a decir es algo que los demás educadores de la guardería no saben, solo los del grupo de los pequeños.

—Kamilla, no soy más que una ayudante de cocina. Estoy en el programa de reincorporación al mercado laboral.

—Estudiaste periodismo.

—De eso hace muchos años.

—Lo dices como si tuvieras setenta. Me gustaría que me dieras una opinión profesional de lo que ahora pienso contarte.

—¿Estás hablando de...?

—Sí, Eva —la interrumpió Kamilla—. Hablo del secreto.

Eva cogió aire. Malte seguía allí sentado, solo.

Kamilla se lanzó.

—Escúchame. La semana pasada los del grupo de los más pequeños fueron de excursión al bosque. En el camino de vuelta a la guardería, los educadores se dieron cuenta de que se habían dejado a un niño.

—¡Es terrible! —exclamó Eva, de todo corazón. Se enderezó. Tal vez después de todo valiera la pena escuchar la historia de Kamilla—. ¿Fue Malte?

—¿Malte? Pero si está con los mayores. —Kamilla miró a Eva como si fuera una completa idiota—. Se trata de un niño de las aulas de los pequeños, de veintidós meses. Bueno, el caso es que volvieron atrás y lo encontraron. Había estado llorando, pero por lo demás estaba bien.

—¿Cuánto tiempo estuvo solo?

—Apenas una hora y media. Cuando volvieron a

la guardería tomaron una decisión... conjuntamente con Torben —se apresuró a añadir Kamilla.

—No decir nada —dijo Eva.

—Exacto. Ni a los padres ni al resto del personal.

—Entonces, ¿cómo es que lo sabes? ¿Estuviste allí?

—¿Allí?

—¿En el bosque?

—Soy educadora. Lo sé porque mi amiga me lo contó. Ella sí que estuvo. Desde entonces la pobre está de baja.

—Lo más importante es que no pasó nada —dijo Eva.

—No. Lo más importante es que no vuelva a suceder —dijo Kamilla con solemnidad.

—Sí, claro. Pero ¿no crees que habrán

aprendido la lección después de esto?

—O sea, ¿que a ti no decir nada te parece bien?

—No lo sé. Si lo contaran, no cabe duda de que a muchos padres les costaría dejar aquí a sus niños. Significaría el fin de la institución. Además, los padres del niño... No sé qué decirte, Kamilla. Sí y no. Al fin y al cabo, no soy una experta en estos temas.

—Pero sabes algo: cuándo hay que callar y cuándo hay que hablar.

Eva reflexionó. ¿De verdad lo sabía?

—Una carretera bordea el bosque y hay un lago profundo a menos de cuarenta metros. Es un milagro que no pasara nada.

—Eso parece.

—¿Y qué pasará si el niño empieza a dar muestras de sufrir un trauma, si de pronto tiene ataques de ansiedad y pesadillas?

Eva pensó en el miedo y en los traumas, en la sangre del dibujo y en el niño que habían olvidado en el bosque. No conseguía que encajara.

—¿No sería preferible que los padres supieran a qué se deben? —preguntó Kamilla.

—Sí, desde luego. Pero...

Eva no sabía qué decir. ¿Era mejor que supieran la terrible verdad o, para que la vida les resultara más fácil, era preferible mentir un poco? Una sombra tapó el sol. Eva levantó la mirada. Era Anna. También Torben había salido al sol. Intentaba organizar un partido de fútbol con dos niños poco entusiastas.

—Vaya. De modo que aquí estáis, sentadas y charlando —dijo la subdirectora.

—Pues sí. ¿Es algo malo, Anna? —El tono de voz de Kamilla era duro y retador.

Eva se levantó.

—Bueno, yo ya me iba —dijo, y dejó a las dos mujeres para acercarse a Malte, que seguía solo en el balancín.

»Hola, Malte —lo saludó, sonriente.

El niño no dijo nada.

—¿Qué tal va todo?

El pequeño hundió el dedo índice en la arena y lo arrastró lentamente, trazando un sinuoso dibujo.

—¿Estás dibujando un sol?

—No.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada.

—¿Nada? —Eva se inclinó hacia la arena—.
Hola, nada. ¿Qué tal estás?

El niño esbozó una sonrisa, para volver a adoptar de inmediato una actitud distante.

—¿Te gusta dibujar?

—Un poco.

—¿Te acuerdas del dibujo que hiciste ayer?

—Mmm.

—¿Lo metiste en mi bolso?

Malte miró hacia otro lado.

—¿Lo recuerdas?

Alguien se rio a lo lejos.

—¿Recuerdas el dibujo, Malte? ¿Por qué lo metiste en mi bolso?

Ningún contacto visual. Eva miró su mano bronceada, delicada, con un pequeño lunar en un nudillo. Posó la suya sobre la del niño y la mantuvo allí un instante, hasta que consiguió por fin que volviera la cabeza.

—Malte. —Eva acercó su cara a la del pequeño

—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? Si quieres, podemos echar un vistazo al dibujo juntos...

El niño se puso de pie. Por un instante, Eva creyó que le echaría los brazos al cuello y se pondría a llorar, pero se volvió y miró a una mujer que en ese momento se abría paso entre la chiquillería para llegar hasta Torben. Su rostro estaba casi completamente oculto tras unas grandes gafas de sol negras.

—Es mi madre —dijo Malte.

—¿Tu madre? ¿Tan pronto?

Malte corrió hacia la mujer, que lo cogió en brazos. El niño se apretó contra su cuerpo mientras ella hablaba en voz baja con Torben. Era una conversación seria, de eso Eva no tenía ninguna duda. Torben, con la cabeza levemente ladeada, estuvo escuchando muy atento a la mujer hasta que los dos se apartaron un poco para seguir hablando sin ser molestados. ¿Qué se estarían diciendo?, se

preguntó Eva, y se levantó. Se acercó lentamente con la esperanza de captar aunque fueran unas pocas palabras, pero el alboroto generalizado ahogaba sus voces. Observó a la mujer. Llevaba el pelo rubio recogido en una larga trenza prieta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Su piel, delicada y blanca, con un poco de maquillaje en los pómulos, le recordó a Eva la porcelana. ¿Dónde la había visto? ¿En la facultad de periodismo? Vestía ropa de diseño cara. Fue incapaz de determinar la marca de la túnica de seda roja, pero desde luego no era barata. Sin embargo, lo más elegante eran sus movimientos. Incluso con el semblante desencajado y evidentes muestras de haber llorado, había una sutil arrogancia en la manera en que levantó al niño del suelo, en el movimiento con el que posó su mano sobre el hombro de Torben y la dejó allí un instante, y, sobre todo, en su forma de andar cuando, poco después, salió de la guardería con su hijo de la mano.

Una niña pelirroja tiró de la mano de Eva.

—¿Por qué ha tenido que irse a casa Malte?

—No lo sé —contestó Eva.

—¿Está enfermo?

—Puede ser.

Mie se acercó a Eva. La curiosidad brillaba en sus ojos mientras observaba a Torben, que estaba hablando con Anna.

—¿Te has fijado en que la madre de Malte había llorado? ¿Qué está pasando?

—Eso me pregunto yo —dijo Eva.

—¿Tiene algo que ver con Malte?

Eva se encogió de hombros mientras observaba a Torben y a Anna, que se habían apartado un poco.

—Tiene que haber pasado algo —dijo Mie—. Si no, ellos no... Bueno, pronto lo sabremos.

Anna se les acercó. Seguramente solo quería hablar con Mie, pero Eva estaba allí y Anna también la miró a ella cuando anunció que habría una reunión de urgencia en el despacho de Torben después del almuerzo, y que se trataba de Malte.

Centro de la ciudad

10.40

«*Lobbies*», pensó Marcus. Una palabra que afortunadamente provocaba el bostezo de la mayoría de las mujeres (lo que implicaba que al menos la mitad de la población pasaba del tema). Por eso casi nadie escribía sobre ellos. ¿Qué diario se arriesgaría a escribir sobre temas que llevaban a las mujeres a desconectar? Grupos de presión; decisiones susurradas en el vestíbulo de un hotel; legislación sobre la que se intenta influir en los pasillos del Parlamento; presión que se ejerce en las antecámaras de los despachos donde se concentra el poder. Así se podía describir el trabajo de Marcus. Así lo describía él.

Acababa de sentarse en un banco. No solía hacerlo nunca; no recordaba cuándo se había sentado por última vez en el centro de una ciudad, en el

meollo, en plena jornada laboral. Estaba orgulloso del *lobby* para el que trabajaba; estaba más que orgulloso. ¿Ebrio? No. Prefería llamarlo «espiritualmente embriagado». Otros pertenecían a *lobbies* de verdaderas mierdas, como el tabaco, las armas, el petróleo, las cuotas de CO2 y los paraísos fiscales. Marcus defendía un producto sin el cual no podríamos vivir: la Institución.

Un sentimiento que más bien hubiese definido como de amor a la humanidad le recorrió cuando estiró las piernas y miró a su alrededor para contemplar la Institución. La gente salía del metro; los autobuses recorrían las calles; luz roja, los coches se detenían; luz de peatones verde, los ciudadanos cruzaban; nadie se quejaba; los aviones sobrevolaban la ciudad y nos trasladaban de un lugar pacífico a otro lugar pacífico de Europa, donde las cosas también funcionaban. También nos trasladaban a otros países donde las cosas no funcionaban. Por ejemplo, a Estados Unidos, un país que había

empezado a inmolarse desde dentro, un país en el que unas cuarenta mil personas perdían la vida anualmente en fortuitos y arbitrarios tiroteos, por no hablar del gran número de heridos que estos dejaban. Estaban en guerra consigo mismos, una guerra civil en toda regla... ¿Por qué pensaba en ello ahora? ¿Porque tenía mala conciencia o porque sabía que acababa de salvarlos a todos? Había salvado a la Institución, a cuantos lo rodeaban, a la madre con la niña sentadas a su lado en el banco. Un pequeño paso en falso y su seguridad se habría visto comprometida. Las calles se habrían vuelto inseguras como en Grecia y en Estados Unidos, donde no había manera de que el ciudadano de a pie supiera lo que le deparaba el mañana: ¿Sobrevivirían a un nuevo día en la escuela? ¿Tendrían comida? La madre y su hijita se levantaron. La mujer sonrió a Marcus.

Marcus se levantó, cruzó la calle y reparó con fuerzas renovadas en lo que le rodeaba, como si la

larga noche y todo el día anterior le hubieran abierto los ojos y aguzado los demás sentidos. Había hecho algo por defender la Institución, había derramado sangre para salvarla. Sí, era cierto, había dormido mal, sobre todo por culpa del viejo. Al fin y al cabo era inocente, tal como había dicho David, pero estaba dispuesto a pagar ese precio de buen grado. Podía soportar el peso de haberle quitado la vida a un inocente con tal de defender la perfección. Echó la vista atrás por última vez y vio a los jardineros que podaban los árboles para que las ramas no colgaran sobre la calle, para que los autobuses o los camiones no chocaran con ellas y se rompieran y cayeran sobre el paso de peatones. Perfección. Estética y funcionalidad. A saber si alguien sospechaba siquiera lo que exigía obtenerla.

Así fue como Marcus dio por terminados sus pensamientos íntimos aquella mañana, antes de llegar a la entrada principal, situada en una calle lateral de la plaza de Kongens Nytorv. Los letreros

de latón del portero automático estaban recién lustrados. «Systems Group», un rótulo discreto con logo dorado: dos flechas entrecruzadas; ningún arco, ningún arma, solo las dos elegantes flechas con emplumado, la única munición estéticamente bella que había creado la humanidad. Balas, bombas, proyectiles y minas terrestres, ¿quién querría que aparecieran en su logo? En cambio las flechas estaban cargadas de espiritualidad.

Pulsó el timbre. La puerta se abrió. Una vez dentro oyó la voz de David antes incluso de verlo:

—¿Lo has visto?

Marcus se volvió. David que se le acercaba.

—¿Me has oído?

—Te he oído.

—¿Has visto las noticias?

—He estado durmiendo —dijo Marcus, incapaz de ocultar su irritación. Los muchos sentimientos que

percibía en la voz de David estaban fuera de lugar.

El otro insistió en sus preocupaciones:

—Lo han publicado en los periódicos. Han encontrado a un hombre en el bosque.

—¿Quién lleva el caso?

—¿A qué te refieres?

—En la policía.

—Un tal Jens Juncker, de la policía de Copenhague.

—¿Estás seguro? ¿No le corresponde a la policía del norte de Selandia?

—No. ¿Por qué?

¿Por qué estaría la policía de Copenhague implicada en el asunto? Normalmente, la policía del norte de Selandia era perfectamente capaz de manejar un sencillo suicidio. El Departamento de Homicidios de la Jefatura de Policía solo se

incorporaba a la investigación si...

—¿Es para preocuparse que no lleve el caso la policía del norte de Selandia? —preguntó David.

—Investiga lo que tengamos sobre Jens Juncker. Lo hablaremos después de la reunión en mi despacho.

—También se ha difundido la noticia sobre el anciano.

El ordenador arrancó con lentitud, porque tenía que cargar el *software* antipiratería antes de que algo tan sencillo como Google pudiera siquiera aparecer en la pantalla. Entró en las noticias. Lo vio enseguida: «Muerte accidental por ahogamiento en Klampenborg. Un hombre de setenta y ocho años se ahoga en los baños públicos». Leyó por encima el resto del artículo: ni una sola palabra sobre asesinato. Alguien comentaba que debería haber vigilancia permanente en los baños. Un político local ya se estaba haciendo el listo a costa de la

vida de Hans Peter Rosenkjær.

Los lectores podían escribir sus comentarios al artículo en el blog de debajo. «Pobre hombre», había escrito un idiota. Marcus se enderezó y escribió: «Terrible accidente que podría haberse evitado si el Estado y el Ayuntamiento hubieran asumido su responsabilidad como es debido. Hay demasiados muertos en el agua cada año».

Sonrió. Así los políticos locales estarían entretenidos durante el resto de la mañana debatiendo acerca de la muerte del viejo.

Tres golpes en la puerta.

—Adelante.

David, Trane y Jensen entraron en el despacho. Trane cerró la puerta. Tomaron asiento. Marcus los miró. A partir de ahora él sería su jefe. Las primeras palabras desde su nueva posición debían ser acertadas. Miró por la ventana mientras los demás

se acomodaban alrededor de la mesa.

—A partir de hoy las cosas cambiarán.

Miradas curiosas.

—Y desgraciadamente por motivos un tanto enojosos —añadió Marcus, y decidió continuar rápidamente—: Esta noche Christian Brix se ha suicidado. Es una noticia triste, soy consciente de ello.

Les concedió unos segundos para que digirieran el dato. Tanto Trane como David eran antiguos soldados, ninguno de los dos tenía por qué mortificarse con la muerte, no les era tan ajena. Jensen tampoco parecía estar a punto de derrumbarse.

Trane fue el primero en abrir la boca.

—¿Cómo?

—Con su rifle de caza. En el bosque. Antes envió un SMS a su hermana. Aparecerá en las

noticias más tarde.

—¿Por qué? —le tocó decir a Jensen.

—Su divorcio, una depresión, ¿quién sabe? Sea como fuere, ha elegido una manera honorable de hacerlo. A veces hay que seguir adelante. Las cosas son así, ni más ni menos. —Oportuna pausa teatral—. Y nosotros debemos hacer lo mismo. De momento, nuestros socios europeos han decidido que yo asuma el mando de este tinglado. —Marcus estudió sus miradas. Sobre todo la de Trane, pues sabía perfectamente que no le caía bien y que con mucho gusto habría vestido el maillot de líder—. Vamos a tener que tratar con la prensa y manejarla. Es posible que surja cierto interés por la persona de Brix: quién era y para quién trabajaba, esa clase de cosas. Eso los conducirá hasta nosotros. ¿Qué es Systems Group?, se preguntarán. Debemos atenernos a lo que solemos contestar en estos casos, tranquilamente: que somos un centro de estudios, un *think tank* —empresa dedicada al *lobbysm* como

tantas otras. Tenemos oficinas en ocho países. Trabajamos por la paz y la seguridad en Europa. Tenemos clientes cuyos intereses representamos, tanto aquí como en...

—Los periodistas preguntarán quién nos paga — lo interrumpió Trane.

—¿Quiénes son los contribuyentes del Partido Liberal Venstre? —preguntó Marcus retóricamente—. ¿De dónde procede el dinero de la Protectora de Gatos? —Se levantó; se le habían pegado hasta cierto punto muchas de las maneras y de las expresiones de Brix—: Es evidente que cualquier organización no gubernamental protege a sus inversores. Hay mucha gente interesada en influir en el desarrollo del mundo, pero son pocos los que necesitan la atención de los medios. Por eso existen organizaciones como la nuestra.

Silencio.

Trane carraspeó.

—Pues yo no le había notado nada —dijo. A juzgar por la expresión de su rostro, Jensen estaba de acuerdo con él.

—Nosotros somos así. La procesión va por dentro. ¿No es cierto?

Un solitario gesto de aprobación de Jensen. Trane se mostraba algo más porfiado. Marcus percibía cómo se agolpaban las preguntas en su cabeza. Tenía que despachar aquella reunión cuanto antes.

—¿Trane?

—Sí.

—Tú te encargarás de la prensa. Yo me encargaré de los aspectos oficiales...

Trane volvió a interrumpirlo.

—He recibido una petición esta mañana. No creo que tenga nada que ver.

—¿De quién?

—De un periodista alemán muy agresivo. Preguntaba por nuestros clientes. Está escribiendo un artículo sobre los *lobbies* europeos.

—¿Para quién lo escribe?

—Es lo que estoy intentando averiguar.

—La última vez que alguien se molestó en contar el número de *lobbies* en Bruselas, hace quince años, llegó a casi dieciséis mil antes de rendirse. Yo diría que desde entonces el número se ha doblado.

—Como mínimo —dijo Trane.

—Entonces pongamos que son treinta mil. Cinco mil organizaciones de intereses, más o menos el mismo número en cada uno de los países del continente. Se podría poblar un país europeo de tamaño mediano exclusivamente con sus miembros. ¿Por qué se ha interesado precisamente por nosotros?

—No lo sé.

—De acuerdo. Infórmame en cuanto tengas algunas respuestas. ¿Algo más?

Había mucho más, se notaba en sus miradas y en sus cuerpos inquietos. ¿Por qué se había quitado la vida? ¿Realmente lo había hecho por culpa del divorcio? ¿Qué había ocurrido entre bastidores? ¿Qué sabía Marcus que ellos no supieran?

—Reunámonos al final de la jornada —dijo Marcus. Las sillas fueron retiradas de la mesa con sincronía casi militar.

—David, ¿puedes quedarte un momento?

La puerta se cerró. Estaban solos.

—¿No podrías poner otra cara? —le preguntó Marcus—. Pareces muy preocupado. Es inevitable que los demás se den cuenta.

—Dos asesinatos, una misma zona. ¿No crees que la policía...?

—Un suicidio y una muerte por ahogamiento — lo interrumpió Marcus—. Entierran a unas ciento cincuenta personas al día en Dinamarca, una tercera parte en el área metropolitana un martes cualquiera. El hombre de la guadaña está muy ocupado, David. La policía también. ¿Cómo van a relacionar las dos muertes? ¿Qué tal si dejas de tener miedo durante un par de minutos e intentas pensar con claridad? Te necesito. Necesito al verdadero David. ¿Qué has averiguado con respecto a Juncker?

David le pasó un folio: Juncker era padre de tres hijos, todos empleados en el sector público, antiguo jefe del Departamento contra el Fraude.

—Está complicado —dijo Marcus.

—¿En qué habías pensado?

—Conozco a uno de los jefes de policía. Se llama Hartvig.

—¿Lo conoces bien?

—Lo suficiente para intentarlo. Estuvo en Irak. Formó a policías iraquíes. Un buen hombre. He coincidido con él un par de veces.

—¿Y por qué iba a ayudarnos?

—Porque representamos a la familia, y porque la familia sufre y no desea una larga autopsia, sino que quiere que se le entregue el cuerpo cuanto antes para poder celebrar el funeral y seguir adelante con su vida. Solo la prensa podría sacar provecho del tiempo de espera.

—¿Y qué me dices de su hermana? Me refiero a la hermana de Brix, claro.

Marcus bajó la mirada. Sí, ¿qué pasaba con la hermana?

—Es nuestro único elemento de incertidumbre —dijo David.

Marcus pensó: por primera vez en mucho tiempo David había dicho lo correcto. Hans Peter

Rosenkjær nunca hablaría. La hermana del difunto era el único eslabón débil.

—¿Estás pensando o qué?

—Tendremos que vigilarla durante el próximo par de días —dijo Marcus—, para asegurarnos de que no se derrumba, de que no se va de la lengua.

—¿Y si se niega?

—No lo hará. Tendrás que averiguar cómo está el ambiente, si su animadversión por nosotros crece o si acepta el estado de las cosas. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien. Ahora vete.

David obedeció. Iba hacia la puerta cuando Marcus lo llamó.

—¿David?

David se volvió.

—Estuviste bien ayer. Ha sido un honor servir a tu lado, soldado.

El otro esbozó una sonrisa, una sonrisa de oreja a oreja, y cerró la puerta tras de sí. Marcus se quedó sentado un instante con los ojos cerrados. Tal vez porque sabía que no dormiría bien hasta que el difunto hubiera sido incinerado. No se le practicaría ninguna autopsia, pensó. No. Hasta que Brix hubiera pasado por el horno crematorio la Institución no volvería a estar segura. Luego ya no tendrían por qué temer que se reprodujeran la situación griega, el caos y la inseguridad. Abrió los ojos. Escribió «Hartvig» y «policía» en el buscador Google. Apareció una fotografía. Parecía mayor de como Marcus lo recordaba. Pronto se jubilaría. ¿Era probable que allí hubiese algo? A los policías se les daba francamente mal asumir que tenían que jubilarse. Se deprimían. El trabajo de proteger a la ciudadanía les causaba tal subidón que les costaba mucho sentarse en una tumbona a contemplar cómo

crecían las malas hierbas. Para ellos era preferible tener algo que hacer, un poco de trabajo extra de la clase que Marcus y Systems Group podían ofrecerles.

Guardería El Manzanal

13.30

Eran catorce en el pequeño despacho de Torben, y la mayoría tuvo que quedarse de pie. Eva seguía sin saber si la habían convocado o no, pero puesto que nadie dijo nada se colocó entre los demás. Se instaló un extraño silencio entre los presentes, solemne y expectante. Por lo visto no pasaba todos los días que se convocara una reunión de urgencia en el despacho del jefe. La temperatura en la sala era de poco menos de veinticinco grados y el sol primaveral se filtraba por las finas cortinillas. Anna intentó distender el ambiente y desbloquear la situación con una sonrisa, pero sus brazos cruzados y las mandíbulas tensas la hacían parecer todo menos relajada. Como un fiel escudero, se había situado justo al lado de Torben. Kamilla se había sentado en la silla del despacho, justo delante de

Torben.

—¿Serías tan amable de abrir la ventana? — Torben miró a uno de los educadores de más edad —. Si no, creo que en pocos minutos habremos muerto. —Se secó el sudor de la frente y tomó un sorbito de agua de un vaso.

—¿Deberíamos salir? —preguntó Mie.

Torben no le hizo caso y miró apesadumbrado al grupo.

—No es que se vaya a prolongar demasiado la reunión —dijo, y alzó un poco la voz—. Pero me pareció que debía convocaros para...

Se vio interrumpido por el ruido de la puerta que en ese mismo instante abría la joven educadora del grupo de los pequeños, la misma a quien Eva había visto hablando con Torben, Anna y Kamilla aquella mañana. La mujer esbozó una sonrisa de disculpa y se colocó al lado de Eva. Fue entonces cuando esta

pudo verla bien por primera vez. Tendría unos treinta y pocos años, y los labios finos y pálidos hacían que pareciese ligeramente malhumorada.

—¿Habéis empezado? —susurró.

Eva se limitó a encogerse de hombros y notó cómo el aroma del perfume de la educadora se propagaba por la habitación lentamente y se mezclaba con el olor a sudor. Gucci Guilty. Reconoció la fragancia de inmediato. Su antigua jefa en *Berlinske* lo utilizaba. También lo llevaba el día que despidió a Eva.

—Bien —dijo Torben, ahora en un tono impaciente—. Empecemos. A ver, como seguramente todos sabréis se trata de Malte.

Eva casi lo sintió físicamente cuando el nombre del niño fue pronunciado en voz alta.

—Sin duda visteis que la madre de Malte pasó a recogerlo esta mañana. Lo hizo porque ha habido

una tragedia en la familia. Parece ser que su tío materno se ha suicidado. —Hizo una pausa teatral de muy mal gusto, cogió aire y soltó un sonoro suspiro dramático, como si la palabra «suicidio» requiriera un momento de silencio.

—¡Es horrible! —exclamó Mie finalmente.

—Sí —dijo Torben, y toqueteó el borde de su vaso de agua vacío.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Gitte—. El que se quitó la vida.

—No lo sé. —Cabeceó. A lo mejor le parecía que la edad era irrelevante dada la magnitud de la tragedia.

—Pero ¿se sabe por qué? —insistió Gitte—. ¿Tenía hijos?

Anna carraspeó.

—Solo sabemos lo que Torben os acaba de contar, que el tío de Malte se ha suicidado —dijo—

y que la familia está profundamente afligida. Por eso pensamos... —Se atascó, como si de pronto fuera consciente de que estaba a punto de decir lo que se suponía que Torben debía contarles.

El director volvió a tomar la palabra.

—El Ayuntamiento ha elaborado un protocolo que debemos seguir como institución a la hora de manejar el fallecimiento de un familiar cercano. No es que pretenda leéroslo en voz alta aquí y ahora, tranquilos, pero cabe subrayar que deberéis prestarle especial atención a Malte durante una temporada. Tiene necesidades específicas. Si intuís que...

—Laura perdió a su padre el año pasado —lo interrumpió Kamilla—. Laura, la del aula Roja.

—A su padrastro —la corrigió Mie—. Era arquitecto.

—Pero llevaban viviendo bajo el mismo techo

casi toda su vida —dijo Kamilla—. Laura lo consideraba su padre.

—Exactamente —dijo Torben—. Estas cosas nos pueden pasar a todos. Enfermedades, accidentes... Por eso nosotros, como institución...

—Entonces no celebramos una reunión como esta —volvió a interrumpirlo Kamilla—. Entonces nos enviasteis un correo electrónico a todos y luego, bueno, pues eso, nada más.

—¿Qué pretendes decir? —preguntó Anna.

—Pues eso. ¿Acaso cabe hacer distinciones, pregunto yo?

Agitación. Eva la notó enseguida. No la oyó, porque nadie dijo nada, pero algo le llamó la atención: todos parecieron aprovechar el momento para cambiar de postura, para meterse las manos en los bolsillos o poner los brazos en jarras, o para cambiar el peso de una pierna a otra.

—No se trata de eso —dijo Torben, a todas luces irritado—. Y la verdad es que creía que ya lo habíamos discutido ayer, cuando insinuaste algo parecido, si bien en otro contexto, pero aun así...

—Al fin y al cabo era de nuestra comisión de arte. La diferencia de trato puede tener muchos rostros y ninguno de ellos resulta especialmente bonito. —Kamilla dio un paso adelante y logró parecer aún más amenazadora—. Para serte sincera, si quieres mi opinión, todo esto huele a que la madre de Malte trabaja para la princesa consorte y, por lo tanto, es más importante que los otros padres.

Torben se enfureció visiblemente. Luchaba por reprimir el enfado, pero las manchas rojas en el cuello y su dificultad para mantener las manos quietas lo delataban.

«La princesa consorte», pensó Eva. Tal vez por eso tenía la sensación de haber visto antes a la madre de Malte, en una revista o quizás en la

televisión, al lado de la princesa consorte.

—Escúchame bien, Kamilla —dijo Torben, aunque se arrepintió de inmediato—. No, escuchad todos, porque es importantísimo para mí que entendáis lo que os voy a decir. Estas Navidades hará doce años que soy director de esta guardería. Llevo trabajando con niños en instituciones toda mi vida adulta...

Kamilla lo interrumpió:

—Con pequeños.

—Sí, *sorry* —dijo Torben irritado, y prosiguió —: En lo más profundo de mi ADN, en lo más íntimo de los genes de esta institución, subyace una verdad indiscutible: nosotros o, mejor dicho, yo no hago distinciones entre los pequeños. Todos son iguales para mí, todos deben tener las mismas oportunidades, todos deben recibir nuestra ayuda cuando tienen problemas.

—Muy bien. Entonces no entiendo por qué no nos esmeramos más en el caso de Laura. —Kamilla se encogió resignada de hombros y miró al grupo. Estableció contacto visual con uno de los presentes, incluso cosechó un gesto de aprobación.

Torben hizo caso omiso y retomó su discurso.

—No estoy diciendo que seamos infalibles —prosiguió—. No soy capaz, así, a bote pronto, de determinar si hemos actuado correctamente en situaciones similares que hayan podido darse en el pasado, pero en el caso de Malte estamos hablando de un tío suyo que, según la madre, estaba muy unido al niño, y por eso...

—¿Y no crees que Laura también estaba muy unida a su padre? Pregunto, vamos.

—Y por eso —insistió Torben, y alzó la voz un poco más sin mirar a Kamilla— es importante para mí que celebremos esta reunión y que acordemos prestar especial atención a Malte, a su estado de

ánimo, comprometiéndonos a fijarnos en las pequeñas señales, a ayudarlo lo mejor que podamos.

La mayoría asintió con la cabeza. También Kamilla.

—Por supuesto que sí —dijo—. Sin duda. Solo quería asegurarme de que estamos de acuerdo en que la gente no es más importante solo porque trabaje de dama de compañía de la Casa Real.

Anna asintió con la cabeza, no respondiendo a Kamilla sino más bien para dar a entender que la reunión estaba a punto de concluir.

—Bueno, pues entonces creo que ya hemos acabado —remachó la subdirectora—. ¿Alguna pregunta antes de terminar?

Eva titubeó. ¿Había llegado el momento de mostrarles el dibujo? ¿Debía advertirlos de la extraña circunstancia de que el niño hubiera metido un dibujo tan inquietante en su bolso el día antes del

suicidio de su tío? La puerta se abrió y los primeros empezaron a abandonar la sala. Kamilla se quedó esperando mientras Torben consultaba su iPhone.

—¿Sí? —dijo este, y la miró

«No», pensó Eva, y salió con los demás. Lo último que oyó fue el sonido de un teléfono. ¿La dama de compañía, tal vez? Dama de compañía, princesa consorte. Eva volvió a evocar el alarmante dibujo, la sangre que fluía del hombre pelirrojo y formaba un charco. Torben lo había llamado suicidio, pero en el dibujo de Malte era evidente que se trataba de un asesinato.

Hauser Plads

15.50

Eva lo vio antes de que la viera. Llevaba demasiada ropa para la estación, y sin embargo parecía tener frío. En cualquier caso, temblaba. ¿Cuántos años debía de tener? Tal vez treinta y pocos. El pelo negro y grasiento le colgaba en mechones hasta los hombros. Llevaba gafas redondas. ¿Lo había visto antes, allí, frente a la consulta? Dio un respingo y miró a Eva a los ojos. Ella apartó la mirada, se acercó a toda prisa a la consulta y llamó a la puerta. «Centro de Psicología», rezaba el letrero. Reflejado en el cristal de la puerta vio que el hombre se levantaba, le miraba la espalda y avanzaba hacia ella. Eva volvió a llamar a la puerta. El hombre se disponía a cruzar la calle. Un coche se interpuso entre ambos. La puerta se abrió y se apresuró a cerrarla tras de sí.

Empezaba a estar muy familiarizada con la sala de espera. «Tal vez esta habitación sea la que mejor conozco, con mayor detalle, de todas las habitaciones en las que he estado». Eso fue lo que pensó. Llevaba casi medio año sentándose allí una vez por semana, y siempre llegaba un poco antes, por miedo a retrasarse, por miedo a perderse algo, quizás unos minutos de su tiempo en compañía de Henriette Møller. Se sentaba allí a esperar junto a otros hombres y mujeres, casi todos un poco entrados en años. Solo en una ocasión había visto a una mujer de veintitantos, y solo una vez a un niño al que acompañaban tanto su madre como su padre. Por lo demás, todos tenían al menos treinta, y la mayoría eran mujeres mayores de cincuenta. «¿Es posible que a la psique le pase lo mismo que a los coches y a todo lo demás?», se preguntó. La compleja maquinaria, los muchos y pequeños engranajes que movían nuestra maquinaria discursiva se oxidaban y se gastaban y, de pronto, ya no podían más. «Los

tornillos se sueltan —sonrió al pensarlo—; sí, los tornillos están sueltos, las ruedas se atascan, nos deprimimos y parecemos tristes, al igual que todo lo que se estropea».

Eva repasó su plan. ¿Debía contarle a Henriette Møller cómo le había ido en la guardería? ¿Debía hablarle de Malte, del dibujo, del asesinato, del suicidio? ¿O mejor debía decirle que casi había conseguido mirar hacia delante, pero que aún tenía fantasías eróticas en las que Martin aparecía?

Miró la pila de revistas de la mesa. *Billedbladet*, *Kig Ind*, *Se og Hør*, *Alt for damerne*, *Femina*, *Woman* y, tremendamente fuera de lugar en aquel contexto, *Båndmagasinet*, la revista dedicada a embarcaciones de recreo. Si la madre de Malte era la niñera o la dama de compañía de la princesa consorte, cabía la posibilidad de que apareciera en las revistas, ¿no? Cogió la primera del montón. Un número navideño de *Billedbladet*. Había en él mucho acerca del rey sueco, de su presunta relación

con los bajos fondos serbios, con prostitutas. En las páginas interiores encontró unas fotografías de la princesa consorte entrando en una iglesia. El príncipe heredero le lanza una mirada cariñosa; ella mira al frente. Ninguna imagen de la madre de Malte. Otra revista, esta más sobada, tal vez porque se trataba de un número especial dedicado a la boda del príncipe heredero. El rey Constantino de Grecia saludando a la princesa consorte. Eva se sorprendió. ¿En Grecia todavía tenían rey? Desde los años setenta, o eso creía recordar, no. ¿Se puede ser rey y reina sin reino? El pueblo griego había manifestado claramente que no los quería. Eva cogió una revista más reciente, de verano. Bodas reales en Luxemburgo, un vestido de novia con bordados de hilo de plata con cristales y cincuenta mil perlas. Una boda de casi cuatro millones de coronas, leyó, pagada por los contribuyentes. También en estas fotografías el príncipe heredero miraba a su esposa enamorado, más que al revés. ¿Era posible que en

esa clase de situaciones tuviera más energía y fuera más capaz de relajarse que su esposa? Otra revista del verano. Fotografías del príncipe Jorge Federico de Prusia, tataranieta del emperador Guillermo II, heredero histórico de la corona prusiana. ¿Prusia? Eva se sentía estúpida. ¿Dónde estaba Prusia? ¿No formaba actualmente parte de Alemania? Alemania era una república. Entonces, ¿cómo podía haber un príncipe? También aparecía un primerísimo plano del príncipe Joaquín de Dinamarca. «Es injusto fotografiar a alguien tan de cerca», pensó Eva. Se le veían los poros de la piel, los capilares rotos, las impurezas que todos tenemos. ¿Bebía?

Pensó en todos los rumores que había oído en *Berlinske*. Nadie como los periodistas para los chismes, y la Casa Real era uno de sus mayores proveedores. Uno de los más recurrentes era que Joaquín tenía problemas con el alcohol y que había pegado a su mujer, Alexandra, que por eso se habían divorciado. También se decía que ella lo había

encontrado en la cama con un joven oficial o un húsar de la guardia real. Se rumoreaba que el príncipe consorte disponía de un piso en la ciudad donde se encontraba con sus amantes masculinos. Lo más remarcable de este rumor era que solo la historia del piso era falsa. Ningún danés ponía en duda que al esposo de la reina le fueran los hombres. Lo característico de todos los rumores: nunca eran de primera mano, siempre de alguien que conocía a alguien. Todos los daneses conocen a alguien que se ha reunido, ha hablado o cenado con algún miembro de la Casa Real, pero nunca es alguien que pueda considerarse una auténtica fuente. Así pues, podían sospecharse muchas cosas, pero no creer nada.

Allí: en una de las últimas páginas de un número de otoño de *Billedbladet*. La madre de Malte aparecía andando detrás de la princesa consorte, con los niños de la mano. Leyó el texto: «Mary se divierte en el Tívoli con su dama de compañía». El

pie de foto explicaba: «El viernes por la tarde, la princesa consorte Mary y su dama de compañía, Helena Brix Lehfeltd, tuvieron tiempo para divertirse en el Tívoli». Eva volvió a mirar la foto. Helena era si cabe aún más guapa que la princesa consorte, parecía una auténtica reina. Llevaba un traje sastre crema y un par de discretos zapatos de tacón de aguja. En todos los sentidos era una mujer más joven que la que había visto Eva hacía apenas unas horas en la guardería, aunque había que tener en cuenta que estaba conmocionada, se recordó Eva. Por un suicidio en la familia más cercana, el de su propio hermano.

Eva alzó la mirada y vio a la mujer que en ese instante entraba en la sala de espera. La había visto antes, se llamaba Merete. Lo sabía porque los psicólogos siempre llamaban por su nombre a los pacientes al abrir la puerta. Merete llevaba una melena corta y recta, teñida de oscuro. Las canas solían acechar junto al cuero cabelludo, pero aquel

día no. Aquel día se acababa de teñir y se había perfilado las cejas y pintado las uñas además. «Debe de estar mejor», pensó, con una punzada de envidia.

—Hola.

—Hola —susurró Eva, y volvió a bajar la mirada a la revista. Siguiendo página: más fotos, esta vez de un acto benéfico en la Ópera, al que la princesa consorte asistía con sus hijos. La madre de Malte siempre estaba en segundo plano, lista para hacerse cargo del pequeño Christian y de su hermana. Eva había olvidado el nombre de la niña. Se habían producido muchos nacimientos reales en los últimos años y ese nunca había sido su ámbito periodístico. No es que tuviera nada en contra de la Casa Real, sencillamente solo se mantenía al día en lo que a su propia sección se refería. En la fotografía, la madre de Malte, Helena, hablaba con un hombre que estaba a su lado, de su misma edad, que apoyaba una mano en su hombro. ¿Su hermano?

¿El que había muerto?

—¿Merete?

Uno de los otros psicólogos había abierto la puerta. Eran tres los que compartían consulta. Merete se levantó y se arregló la falda al entrar. El psicólogo cerró la puerta y Eva volvió a quedarse sola. La irritaba ser incapaz de recordar el nombre del segundo vástago del matrimonio real, ya no digamos el del tercero y el cuarto.

—¿Eva?

Alzó la mirada. La psicóloga Henriette Møller la miró extrañada.

—¿He dicho algo?

—No, pero es la tercera vez que te llamo.

—¡Dios mío, perdona! Estaba totalmente distraída.

Henriette Møller sonrió.

Eva se levantó y pensó en Merete, que estaba sentada en la habitación de al lado, en cómo se había arreglado la falda por detrás para no llevar arrugas en el trasero. Ella llevaba tejanos y no se acomodó nada al sentarse en el sofá. Henriette Møller cerró la puerta. Se quedó de pie frente a su mesa, anotando algo en un trozo de papel. Siempre lo hacía cuando Eva llegaba y cuando se marchaba. ¿Seguramente anotaba algo acerca de su psique? Tenía ganas de preguntarle a la psicóloga qué escribía sobre ella. Tal vez algo de lo que Torben había leído, de lo que tenía negro sobre blanco acerca de Eva.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó la psicóloga sin volverse.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Dices que estabas completamente distraída.

Eva se dio cuenta de que se había ruborizado.

—No era capaz de recordar el nombre del segundo hijo de Mary. El nombre de la niña.

—¿Y era en eso en lo que estabas pensando? ¿En los hijos de la princesa consorte?

Eva asintió con la cabeza:

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Henriette Møller, y se sentó frente a ella.

Eva consideró por un instante si debía contárselo.

—Un niño de la guardería hizo un dibujo de un hombre siendo asesinado por otro. Y hoy... —Miró a la psicóloga.

—¿Sí?

—Resulta que hoy su tío se ha suicidado.

Henriette sonrió y juntó las manos.

—¿Por eso pensabas en los hijos de la princesa consorte? —preguntó.

—Ese niño es hijo de su dama de compañía, de la dama de compañía de la princesa consorte.

Un segundo de silencio. ¿Por qué la psicóloga la miraba con cara de preocupación?

—¿Y qué piensas de ello?

—No pienso nada —contestó Eva con cierta aspereza—. Sencillamente, me parece curioso.

—¿Por qué curioso?

—Bueno, pues eso, que hiciera un dibujo y al día siguiente encontrarán a su tío muerto... —Recogió el bolso del suelo, lo abrió y sacó el dibujo—. Aquí está.

—¿Te lo has llevado a casa?

—No. Él me lo metió en el bolso —se apresuró a contestar Eva, como justificándose.

Henriette la miró a los ojos.

—Ahora cuéntame cómo te sientes al haber vuelto a empezar —dijo.

Eva miró el dibujo. Se sentía rechazada. Henriette Møller siempre cambiaba de rumbo cuando pensaba que Eva no iba bien.

—No lo sé. Lo de Malte ha ocupado buena parte de mi atención.

—¿Malte?

—El niño que ha hecho el dibujo.

—Cuando los servicios sociales quisieron obligarte a volver a trabajar —dijo Henriette, y le sostuvo la mirada antes de proseguir—, te dieron varias opciones, ¿verdad?

—Sí. Jardinería y cosas así.

—¿Cosas así?

—Toda clase de trabajos.

—Pero escogiste una guardería.

—Sí.

—¿Te has planteado por qué?

Eva se encogió de hombros. ¿Lo había hecho?

—¿Recuerdas lo primero que me contaste?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Que mis padres me perdieron una vez en Roma.

—Así es. Tenías seis años, ¿verdad?

—Cinco.

—Cinco. ¿Recuerdas lo que me contaste?

—Que quise ir por unas monedas. Lo único que quería era volver al coche y coger unas monedas, porque mi madre no había querido darme ninguna. Fue en la Fontana di Trevi.

—Sí. ¿Y qué más?

Eva trató de encontrar la respuesta en los ojos de Henriette, que a menudo pretendía conducir a Eva hacia un lugar concreto, hacia la conclusión a la que la psicóloga ya había llegado.

—¿Qué más sucedió?

—No encontré el coche. Entonces intenté regresar sobre mis pasos, pero no encontré a mis padres. Me había perdido.

—¿Te habías perdido?

—Habían desaparecido... No sé qué intentas sonsacarme.

—Lo que me contaste entonces. La policía te recogió. Te llevaron a un hogar infantil.

—Sí. Fue por la tarde, o por la noche. Creo que se hizo de día. Hasta que la embajada abrió y todo se arregló.

—Estuviste sola mucho tiempo.

—Sí.

—¿Toda una noche?

—Sí.

—Con cinco años, sola en un país extranjero toda una noche. ¿Había alguien que hablara danés?

—No.

—Entonces no pudiste hablar con nadie.

—No, pero...

—¿Sí?

—Fueron muy cariñosas. Recuerdo sus manos.

—¿Sus manos?

—Las manos de las mujeres adultas, las monjas. Unas manos cálidas, bronceadas por el sol. Me abrazaron. Me acariciaron la mejilla.

—¿Te consolaron?

—Sí.

—¿Y qué pensaste?

—No lo recuerdo.

—¿No? ¿Estás segura?

—Sí. Tenía cinco años.

—Pues fue lo primero que me contaste, y estuve a punto de no creérmelo. Era un pensamiento demasiado elaborado para una niña de cinco años.

—¿Qué fue?

Henriette contempló a Eva como se suele mirar a una niña adorable pero difícil.

—De acuerdo. Cierra los ojos un instante. No hay nada que estimule tanto la memoria como un poco de oscuridad.

Eva obedeció, cerró los ojos y se hundió un poco más en el sofá.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó la psicóloga.

—Así, un poco... Ya sabes.

—¿Incómoda?

—Nunca me ha gustado tener los ojos cerrados si alguien puede verme —contestó Eva.

—Como durmiendo en un avión.

—Del todo imposible —dijo Eva.

—Entonces haré girar mi silla —dijo Henriette.

Eva oyó que la silla giraba, y cuando Henriette volvió a hablar fue como si su voz le llegara de muy lejos.

—¿Mejor así?

—Sí.

—Entonces volvamos a aquella noche. Trata de describir el hogar infantil de Roma.

—Es difícil. Supongo que entremezclo imágenes

de lo que he visto.

—¿Que has visto?

—Hace un par de años lo busqué en Google, para pasar el rato. Está cerrado.

—Muy bien. ¿Qué recuerdas?

—Que estaba en un dormitorio con un montón de niños.

—¿Niñas y niños?

—Solo niñas.

—¿Pudiste dormir?

—No.

—¿Estabas triste?

Eva intentó recordar sus sentimientos de entonces. No le vino nada a la mente. Fue como si se diera de bruces contra un muro.

—¿Eva? Vamos a intentar otra cosa.

—De acuerdo. Ahora no lo recuerdo.

—No te preocupes por eso. Sigue con los ojos cerrados. Demos un enorme salto en el tiempo, hacia delante, hasta la muerte de tu madre.

—¿Por qué? —Eva se dio cuenta del tono de irritación de su voz. No tenía ganas de hablar de aquello—. Quiero decir... ¿No podríamos hablar de Martin? Al fin y al cabo es por su culpa que he estado mal.

—De hecho, es más fácil superar el dolor de lo que solemos creer.

—Por lo visto, en mi caso no.

—A no ser que se trate de otra cosa, Eva. Ahora me gustaría que te centraras en el día en que tu madre falleció. Ya me has hablado de ese día otras veces.

—Entonces esperemos que lo recuerde.

—¿Cómo son las últimas horas de tu madre?

—Está preocupada.

—¿Por la muerte?

—No. Por mí. Por cómo me irán las cosas. No para de hablar.

—¿Qué dice?

—Ya sabes, lo típico que dicen las madres. Las cosas con las que tengo que andar con cuidado.

—¿Siempre era así?

—Desde lo de Roma, sí.

—¿Sufrió un trauma con lo de Roma porque creyó haberte perdido para siempre?

—No sé si yo lo diría así. Simplemente, no quería perderme de vista nunca.

—Así pues, tu madre te vigilaba.

—Cuidaba de mí.

—¿Hasta qué punto?

—Me llamaba cada día, varias veces al día.

—¿Y qué te decía?

—Quería saber si estaba todo bien.

—Y la noche que murió... ¿Qué sentiste?

Eva notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Abrió la boca, tratando de hablar. Eso sí que lo recordaba.

—¿Eva? Dilo sin más, aunque tengas que llorar.

Y eso fue lo que hizo, contarle mientras luchaba contra el llanto.

—Me sentí aliviada. ¡Tan aliviada...! Me sentí libre y, al mismo tiempo, fatal por sentir lo que sentía.

—De acuerdo. Trata de detenerte aquí.

Eva inspiró hondo. Se enjugó las lágrimas con dos rápidos manotazos, como si el llanto fuera un

grifo que se puede abrir y cerrar sin más.

—Ahora volvamos al hogar infantil. A algo que sentiste entonces, estando sola, quizá. Fue fabuloso lo que me contaste.

—Sentí que...

Eva se vio interrumpida por un enorme estruendo que se había producido en la escalera. La psicóloga se levantó. De nuevo otro estampido, como si alguien intentara entrar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Eva.

—Es un antiguo cliente de uno de mis colegas.

—Creo que lo he visto en la calle. Moreno, totalmente destrozado.

—Es él. Tranquila. No pasa nada.

La psicóloga cogió el teléfono móvil que había dejado en la mesa y salió de la consulta. Dejó la puerta abierta. Los otros dos psicólogos también

habían abandonado sus despachos. Eva los oyó hablar en voz baja de la policía y de que no podían seguir así. Uno dijo: «¡Por el amor de Dios, esto no es un dispensario de urgencias psiquiátricas!».

Otro cerró la puerta principal con llave y Henriette Møller la de la sala de espera sin mirar a Eva.

Eva se levantó. Todavía podía oírlos. Henriette dijo que lo mejor sería dejarlo entrar y hablar con él hasta que llegara la policía. Si no, se pondría aún más agresivo. Eva se alejó de la puerta. No le concernía a ella. No tenía miedo. Su historial estaba sobre la mesa. ¿Podía echarle un vistazo o estaba prohibido? De pronto oyó una nueva voz en la sala de espera, de un hombre que hablaba alto, muy disgustado.

—¡Solo quiero hablar con vosotros, maldita sea!

La psicóloga contestó que no podía irrumpir de esa manera en la consulta. Eva abrió la carpeta. Si Torben podía leer y compartir su contenido con

todos, entonces ella también tenía derecho a hacerlo. Su nombre aparecía en la parte superior, junto a su fecha de nacimiento. La primera página parecía más que nada un resumen de su vida: la muerte de su madre; esa vez que, a los cinco años, había estado perdida toda una noche en Roma; la compra de la casa; Martin; el despido; la depresión. La siguiente contenía sobre todo anotaciones sueltas, la mayoría ilegibles salvo para Henriette.

—¡Solo quiero hablar, joder! —volvió a gritar el hombre en la sala de espera.

Eva miró por la ventana. Dos coches patrulla se detuvieron frente al edificio. Siguió leyendo: «Ojo con la percepción de la realidad de Eva. Posible psicosis aguda provocada por un trauma infantil».

Jefatura Superior de Policía

15.55

Marcus apagó el motor. A partir de este momento solo habría tiempo de espera. Todo se andaría, se dijo. Se mostrarían comprensivos con su petición. El jefe superior era un hombre que ponía la calma y la seguridad por encima de todo, precisamente lo que había irradiado la última vez que se vieron. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Siete años? ¿Un poco menos? No lo recordaba. En cambio recordaba que había sido en el vestíbulo de un hotel de Bagdad con sofás de terciopelo rojo. Un oficial británico se comportaba como un idiota. La gente no entendía lo que decían los demás. Recordaba lo que pensó entonces: que aquel era un hombre en quien se podía confiar, un hombre que comprendía que el caos y la inestabilidad eran la madre de todos los males. ¿Había sido acaso por ese carisma que le había

costado tan poco pasar de jefe de formación de policías a jefe superior de la policía de Copenhague? Hartvig era la personificación de un agente del orden. De despertarlo alguien en plena noche, lo primero que diría sería «tranquilícense».

Y eso hizo Marcus, tomárselo con calma. Pensó en... el amor. ¿Por qué pensaba, precisamente en aquel momento, en el amor? Seguramente se debía a que era primavera. Con los sonidos del Tívoli al fondo, comprobó en su teléfono el flujo constante de noticias, por si ya había alguien que hubiera escrito sobre Brix. Nada. En cambio, una zorra política de izquierdas había escrito una crónica en la que abogaba por la supresión de la Casa Real. Marcus la leyó por encima mientras vigilaba la Jefatura Superior de Policía. No, no estaba de acuerdo con la rabia que sentía aquella mujer contra la Casa Real, por supuesto que no. ¿Acaso no comprendía que la monarquía protege a su pueblo de los peligros externos? A cambio, los ciudadanos honran a su rey.

Ese era el acuerdo. ¿Acaso no fue Christian X quien se paseó a caballo entre sus súbditos cuando Hitler ocupó el país? Sí, y los ataques no habían terminado. Ahora eran distintos y a menudo había que repelerlos lejos de Dinamarca. También fuera de Dinamarca había coincidido Marcus con la reina, cuando esta visitó la base militar de Camp Bastion, en Afganistán. Bueno, quizá fuera un poco exagerado decir que habían coincidido. Más bien fue allí donde la vio por primera vez. Y había pensado: «Estoy aquí por ella. Por ella». Todo cuanto hicieron en Afganistán, aquella defensa encarnizada por la seguridad de Dinamarca, Marcus jamás lo hubiera hecho por un político, por algún cacique socialdemócrata o por un granjero gordo del Partido Liberal que se hubiera abierto camino a través de reuniones sindicales y viajes de negocios con la patronal Dansk Industri, que se hubiera abierto paso lentamente en cenas y cócteles hasta ocupar un puesto en las altas esferas del sistema político. Sí,

esta clase de gente también había visitado a las tropas en la árida y polvorienta meseta de la provincia de Helmand. Como, por ejemplo, el ministro de Defensa: Marcus jamás sacrificaría su vida por un ministro cualquiera. En el caso de la reina era distinto. Era una cuestión de titularidad, de asumir la titularidad. En el fondo eso era lo que habían hecho reyes y reinas: asumir la titularidad de sus países. Y un propietario defiende su propiedad, si hace falta se sacrifica por ella. La reina había dedicado su vida a la defensa de Dinamarca. ¿Quién hacía eso sino ella? ¿Los políticos? ¿La izquierdosa que había escrito la crónica? En cuanto sus posibilidades de hacer carrera se agotaban, se largaban de buen grado para ocupar un alto cargo en el extranjero. Para ellos solo se trataba de poder. Nada más. Ninguno de ellos actuaba por amor a la patria. Ninguno de ellos asumía la titularidad. Marcus cabeceó. Periodistas. Políticos. Como Churchill dijo en su día: «El mejor argumento contra

la democracia es una conversación de cinco minutos con un elector medio». No, Marcus no tenía duda alguna: el día menos pensado, cuando las cosas volvieran a ponerse feas, el príncipe heredero sería el último en abandonar el campo de batalla. Para entonces, los políticos haría tiempo que estarían en el exilio, en algún lugar con campo de golf de dieciocho hoyos y un bar bien surtido. Solo tenían ojos para su propia carrera. Sin embargo, Hartvig no era de esos. Marcus estaba seguro. Era un fiel servidor, con veinticinco años en el cuerpo; él entendía el significado de las palabras «orden» y «estabilidad». Sonó su móvil.

—¿Trane?

—¿Molesto? —preguntó Trane.

—Desembucha.

—He encontrado al periodista alemán que pregunta por nuestro trabajo. Trabaja para *Der Spiegel*. Es uno de los pesos pesados.

—¿Qué quiere saber?

—Para quién trabajamos.

—¿Crees que podrás entretenerlo?

—Es muy perseverante. Dice que pronto colgará un artículo en su página. Depende de nosotros, de si estamos dispuestos a colaborar o no.

—¿Tiene algo?

—Nada que me haya revelado, pero yo recomendaría que colaborásemos con él, que le diéramos algo.

—No —se opuso Marcus—. Deja que escriba lo que le dé la gana. No tiene nada. De tenerlo nos habría apretado más.

Había salido el sol. Marcus se apeó del coche, se apoyó en él, cerró los ojos y dejó que lo bronceara. Pronto aparecería Hartvig. La suya sería una conversación breve. Marcus la había repasado varias veces mentalmente. Había mantenido la

conversación, palabra por palabra, conocía los desafíos que encerraba. En esto consistía el *lobbyism* clásico, en contactar con una persona y convencerla de que hiciera algo que en un principio no tenía intención de hacer. Debía persuadir a Hartvig de que hiciese algo que no le apetecía. Hartvig reaccionaría mal, como todos solían hacer, sobre todo los que trabajaban para la Administración: empleados del Estado, funcionarios. A diferencia del Servicio de Inteligencia, que estaba acostumbrado a operar en la zona gris, era casi imposible influir en la policía y en la administración de justicia. Sus miembros eran íntegros. Marcus no disponía de gran cosa con que recompensarlo, pero tendría que utilizar lo que tenía (la promesa de algunos trabajos interesantes de consultoría que estarían esperándolo en cuanto Hartvig se jubilara) con sensatez. Siempre había algún que otro contrato que cerrar en Tanzania o Mali, alguna conferencia que organizar durante un fin de semana largo por ciento cincuenta mil

coronas.

Así pues, la medicina consistiría en una mezcla de dinero y de oportunidades de futuro, bien ligada y con sentido común. En esos casos contribuía mucho la psique humana. Una vez plantada la semilla del dinero y la prosperidad, el cerebro era capaz de convencerse a sí mismo de muchas cosas. En el fondo, el ser humano es una criatura racional, de eso Marcus estaba seguro. La idea de una buena vida casi siempre vence al idealismo. Por lo tanto, el jefe superior de policía se mostraría abierto a aceptar unos argumentos racionales, asegurándose mejores oportunidades a sí mismo y a sus hijos. Menos trabajo y más tiempo libre, tiempo para las cosas que son importantes en la vida: la familia, el amor, los hijos. ¿Quién no lo vería razonable? Por eso Marcus estaba tranquilo y convencido de que Hartvig se mostraría comprensivo con su humilde deseo. Si hacía falta se reuniría con Jens Juncker y entonces aseguraría un flanco decisivo: el cadáver

de Christian Brix. No haría falta autopsia, solo que el pobre fuera enterrado, incinerado a poder ser, y el asunto cerrado cuanto antes.

Estación de Hareskoven

18.33

Eva se bajó del tren junto con los oficinistas: hombres cansinos trajeados, mujeres que seguían trabajando de camino a casa, de la clase a la que ella había pertenecido hacía ya mucho tiempo, antes de que tuvieran que vigilar su percepción de la realidad, antes de sufrir una posible psicosis aguda, fuera lo que fuese eso; en los tiempos en que formaba parte del motor del mundo, en que era uno de los que mantenían en funcionamiento los engranajes de los que tanto hablaban los políticos. Ahora era ayudante de cocina. Era la que cocinaba para los hijos de los que mantenían los engranajes en funcionamiento. Y, en realidad, ¿qué tenía eso de malo? ¿Quién era, a la hora de la verdad, más imprescindible?

Se dejó llevar por el torrente de personas que se

bajaron del tren y se metieron en el túnel para cruzar al otro lado de las vías, donde estaba el aparcamiento y donde sus cónyuges esperaban en el coche. Allí debería haber estado Martin, en un Volvo o un Volkswagen, listo para llevar a Eva a una casa caldeada con pruebas de vida por doquier: sábanas usadas, tazas de café en el alféizar de la ventana, flores en jarrones de cristal; al lugar donde creyó que se sentarían juntos a contemplar el jardín, la luz que caía sobre el césped, la ropa de correr de Martin en el lavadero. Eva se acercó a la parada de bus y se consoló con que había otros a los que tampoco recogía nadie. Algunos tomaban el autobús como ella, otros cogían la bicicleta en el aparcamiento y se marchaban al pueblo. Pensó en Malte, en el miedo que denotaba su mirada, en el dibujo de un hombre que asesinaba a otro, y luego en ese mismo día, en la madre de Malte que recogía al chico por culpa de un repentino suicidio en la familia.

Miró hacia las casas a las que ya habían llegado sus habitantes, donde ya habían encendido los televisores y había discusiones con los niños que no querían irse a la cama y a los que tampoco les gustaba la cena. «Psicosis aguda». Pensar que se podía reducir a un ser humano a estas dos palabras, a dos palabras de muy pocas letras. Pero eso era ella, eso era ella: «Psicosis aguda provocada por un trauma infantil». ¿Debería investigarlo, quizá? Sí, sin duda sería muy razonable hacerlo, se dijo. Entre los derechos humanos está el de saber quién es uno.

En realidad podía acceder a Internet con su teléfono, pero se tardaba mucho, la pantalla era pequeña y casi cada vez que pinchaba un enlace la enviaban hacia una página indeseada: un anuncio de vacaciones o de coches o de otras cosas que en ningún caso se podía permitir. Pensaba que el teléfono había empezado a mofarse de ella. Por eso se había sentado en la pequeña biblioteca, no muy lejos de las pistas de tenis. Por la ventana abierta

oyó a un hombre que jadeaba, casi gemía, cuando se disponía a darle a la pelotita amarilla. El ordenador tardó un rato en arrancar y emitió un zumbido enfermizo, no muy distinto del de un motor averiado. Se había acumulado una fina capa de polvo en la superficie de la pantalla, que limpió con la manga al tiempo que se comprometía consigo misma a contratar un acceso fijo a Internet en cuanto cobrara su primer sueldo. Aparte de un hombre que carraspeaba, reinaba el profundo silencio que solo puede haber una tarde cualquiera en una biblioteca de las afueras.

Por fin pudo conectarse y tecleó «psicosis aguda» en Google. «Repentino estado mental que conlleva delirios y alucinaciones, caracterizado por una percepción de la realidad desajustada. Incapacidad para orientarse en el tiempo, el espacio o las circunstancias propias —leyó en una página—. Puede deberse a experiencias vividas en la infancia».

Eva titubeó. ¿Realmente estaba tan mal? Delirios y alucinaciones. Incapacidad para orientarse en las circunstancias propias. Podía traducirse por más o menos «loca de remate». No quiso seguir leyendo ni una palabra más. Tecleó «trauma infantil». Una oleada de ofertas terapéuticas apareció en la pantalla. «El cuerpo recuerda los traumas de la infancia», leyó Eva, y solo al llegar al final del texto comprendió que había aterrizado en la página de un masajista que se ofrecía para eliminar los traumas del cuerpo de la gente mediante masajes (con té gratis en la sala de espera y descuentos por los bonos de diez sesiones).

—Avísame si puedo ayudarte en algo.

El bibliotecario sonrió tímidamente y se recolocó un flequillo un poco demasiado largo.

—Gracias, pero no hace falta —repuso sorprendida. En la puerta había leído que ese día la biblioteca estaría desatendida, pero por lo visto

había un bibliotecario trabajando.

Ya podía levantarse y volver a casa, y de hecho estuvo a punto de hacerlo. Podía volver a casa, al vino y el sonido de sus pasos resonando en el salón vacío o dedicar tiempo a...

Facebook. Llevaba siglos sin entrar. ¿Tendría la dama de compañía un perfil? ¿Podría acercarla ese perfil a la respuesta que estaba buscando? ¿Quién era el difunto tío? ¿Qué circunstancias habían rodeado su muerte? Antes Eva tendría que superar su propio perfil y la conmoción de ver su foto. En ella parecía tan joven y alegre y llena de... vida. Mejillas rechonchas, energía, ojos brillantes, el pelo ligeramente revuelto. Todavía recordaba el momento en que se había hecho la foto, en el dormitorio de su antiguo piso del barrio de Vesterbro. De eso haría unos seis meses, a lo sumo. Acababa de hacer el amor con Martin y, de pronto, él se había puesto a sacarle fotos mientras todavía iba desnuda. Se habían reído. La situación era cómica pero también

un poco picante y, por alguna extraña razón, una de las fotografías había acabado en Facebook, probablemente porque le había parecido divertido tenerla como su pequeño secreto, sabiendo que de hecho la foto de su perfil era un desnudo aunque no se viera.

Había toneladas de mensajes de antiguas amigas que, en la mayoría de los casos, habían ido desapareciendo de su vida poco a poco. Rikke le había escrito que esperaba que Eva la llamara pronto. Eva miró la fecha. El mensaje era de hacía más de cuatro meses y tuvo que hacer memoria para acordarse de que Rikke era una chica con la que había estudiado en la facultad de periodismo y que había dejado la carrera pocos meses después de empezarla. «¿Debería escribirle un mensaje a Martin?». Al fin y al cabo, seguía siendo un «amigo». ¿O debía «rechazarlo» como tal?

Back to the future, pensó, a pesar de lo cual le escribió el mensaje. «¡Cómo te echo de menos,

cabron!»). Luego se quedó sentada un rato sin hacer nada, pensando en su psicosis aguda. ¿Qué quería decir eso? ¿Que se lo había inventado todo, incluido lo de Malte? Sacó el dibujo del bolso. Era real. Por el momento, todo bien. ¿Y el tío del chico? ¿Tendría un perfil en Facebook? Escribió el nombre de la madre de Malte en el buscador: «Helena Brix Lehfeltdt». La fotografía de Helena que apareció en la pantalla no era buena, sino un tanto borrosa y fortuita, pero simpática, pensó Eva. La mayoría de la gente hacía todo lo que estaba en sus manos para embellecerse en Facebook, para presentarse y presentar su vida como un rotundo éxito de principio a fin. Y allí, de pronto, había una persona más bella que la mayoría que no tenía necesidad de exhibir su belleza. Era un perfil cerrado, con muy poca información. «Casada con Adam Lehfeltdt, vive en Copenhague, estudió el bachillerato en Herlufsholm, se graduó en 1998». Nada más. Nada acerca de la cantidad de amigos que tenía. Nada acerca del

número de hijos. Ninguna otra fotografía, aparte de la del perfil, que podían haberle sacado en cualquier lugar. Ni una sola palabra sobre un hermano, el tío fallecido de Malte.

Eva tecleó «dama de compañía» y «suicidio». Nada. Tecleó «Helena Brix Lehfelddt» y «Herlufsholm». Aparecieron un par de artículos. Un breve retrato superficial del *Jyllands Posten* con motivo de su treinta cumpleaños hacía unos años. Nada acerca de su hermano. Aparecía su marido, sin embargo: Adam Lehfelddt, empresario. «Empresario», pensó Eva. Esa definición, oportunamente vaga, podía significar cualquier cosa. A lo mejor sería una buena idea volver a jugar a ser periodista. El tiempo pasaba más rápido, aunque de hecho no fuera más que una simple ayudante de cocina y nunca se hubiera dedicado al periodismo de investigación. Se acordó de cuando los había visitado en la facultad un viejo y curtido periodista que les había impartido un curso de periodismo de

investigación. Eva no recordaba su nombre, pero por lo visto era una especie de celebridad en los círculos periodísticos. No le había caído demasiado bien. Era descuidado y desaliñado, y se había pasado dos horas sin parar gritando a los estudiantes; sin embargo, su mensaje había sido muy claro: no había que escatimar ningún medio para llegar a la verdad. Había que mentir, robar, hacer cualquier cosa, y estar dispuesto a ir a prisión por proteger las fuentes si hacía falta. ¿Qué más había dicho? Ah, sí, que al final casi todos los delitos de cuello blanco de Dinamarca tenían que ver con la compraventa de inmuebles.

Eva volvió a Facebook. Buscó «Herlufsholm». Se metió en el perfil. Había un montón de información acerca del instituto de bachillerato. Datos prácticos, la historia de la escuela, un sinfín de actualizaciones. Antiguos alumnos habían escrito sobre sus experiencias en la escuela. Nada que le sirviera. Desde algunos de los campos para

comentarios la remitían a otras páginas oficiosas de Herlufsholm: «Herlufianos de sangre», «Los maestros del tiro al pichón». Eva miró el reloj de pared. ¿Debía volver a casa ya?

Una pareja de mediana edad había entrado en la biblioteca. Oyó sus voces, el trato sorprendentemente descortés que a menudo los matrimonios de larga duración se brindan. ¿O tal vez llevaban todo el tiempo allí? No estaba segura. La mujer parecía muy interesada en la estantería de novela negra que había justo al lado de Eva. Entró en una página de Facebook para alumnos de Herlufsholm con antiguas fotografías de clase y, allí, sentada en primera fila, con una pierna cruzada sobre la otra un poco desaliñadamente y la gorra de bachiller ligeramente ladeada, estaba Helena Brix Lehfeltdt.

«Está igual», fue lo primero que pensó Eva.

Los años no habían hecho mella en su rostro.

Eva echó un vistazo a las demás fotos, pero a primera vista no encontró a ningún hermano. ¿Era posible que no hubiese asistido a Herlufsholm?

—¿Puedo preguntar una cosa?

Pasaron unos segundos hasta que Eva comprendió que la pregunta iba dirigida a ella.

El matrimonio estaba justo a sus espaldas.

—¿Eres tú quien vive en el número doce?

—Sí.

—Nosotros vivimos en el diecinueve, casi enfrente. Solo queríamos saludarte. —El marido le tendió la mano a Eva—. Tom.

—Eva.

—Yo soy Lone —dijo la mujer, que se limitó a saludar con un gesto de cabeza porque iba cargada de novelas negras.

—Bienvenida a Hareskoven —dijo Tom—. Ya

verás. Te gustará vivir aquí. Seguimos la mudanza desde la ventana de la cocina. ¡Vaya si cargaste cosas!

Tom se rio.

—Sí, la verdad es que sí, tenía mucho que trasladar. —Volvió a mirar el reloj de pared. Posiblemente el matrimonio notó su impaciencia, en cualquier caso se despidió. La pareja se disponía a marcharse cuando de pronto Tom, el marido, pareció cambiar de idea.

—Por cierto.

—Sí. —Eva se volvió una vez más.

—No es que pretenda meterme donde no me llaman, pero según las normas de la comunidad de propietarios la acera debe estar despejada. Todavía hay en ella un montón de grava, y la verdad es que deberíamos poder transitar sin obstáculos.

—De acuerdo —dijo Eva—. Lo recordaré.

El hombre asintió con la cabeza y sonrió. Luego se dirigió hacia la puerta donde lo esperaba su mujer.

«Mierda», pensó Eva, y le entraron unas ganas terribles de volver a casa, abrir una botella de vino, olvidar que ya le había dado tiempo a hacerse impopular en el barrio. ¡Ese montoncito de grava ridículo! Poco más de una carretilla. ¿Suponía realmente un problema tan grande? Fabian Brix. El nombre aparecía en un campo para comentarios, debajo de una actualización del año anterior referente a una fiesta de antiguos alumnos. Brix. Solo podía tratarse de un hermano de Helena, tal vez del que había muerto. Eva examinó la foto. Un retrato de perfil, con gafas de esquí en la frente, tomada en una escapada a la nieve. El sol brillaba en las montañas cubiertas de nieve. A juzgar por la fotografía, la edad coincidía más o menos, se dijo. No. Tenía que ser mayor que Helena, unos cinco o seis años. ¿Se parecían? Posiblemente. Fabian tenía

el cabello algo más oscuro, pero quizás ella se lo tiñese. Su nariz era más ancha, su mentón más afilado: no, no se parecían. Además, él no era demasiado guapo. Sin embargo, los ojos... Había algo en aquellos ojos. Volvió al perfil de Helena en Facebook y comparó ambas imágenes. Sí, Eva estaba casi segura. Tenían la misma expresión de seguridad. Podían perfectamente ser hermanos.

«Fabian Brix», buscó en Google. Obtuvo un montón de resultados. Ya en uno de los primeros artículos encontró algo: una fotografía de Fabian Brix con su hermana Helena, tomada un par de años antes con motivo de algún proyecto de comercio justo en Namibia. Por lo visto, Fabian era jefe de desarrollo en Danida, la agencia danesa para el desarrollo internacional. Estaba junto a un hombre africano de sonrisa amplia que le pasaba un brazo por los hombros. Eva entró en el Quién es Quién de Krak y encontró a Fabian Brix. Vivía en Snekkersten y solo aparecía de él el número de un teléfono

móvil. Marcó ese número. A juzgar por el tono de llamada, parecía que Eva estuviera llamando al extranjero. Al cabo de un instante, oyó una refinada y débil voz masculina en la línea.

—Aquí Fabian.

—¿Hola? —Eva sentía cierta decepción. En cualquier caso, no era Fabian Brix quien había muerto.

—Disculpe, ¿con quién hablo? —preguntó el hombre.

—¿Eres Fabian?

Eva había vuelto a la página de Facebook con las fotos de las antiguas clases de Herlufsholm.

—Sí.

—Soy Monika. Monika Bjerring.

Eva vio en la foto que Monika Bjerring, de la última fila, era tan alta como los chicos de la clase.

Guapa, estilosa, una de las chicas más atractivas del curso de Helena.

—¿Sí? —Fabian parecía impaciente. Se oían voces al fondo—. Estoy en Tanzania, a punto de embarcar. ¿De qué se trata?

Eva se arriesgó:

—De tu hermano.

—Christian. —Algo en su voz cambió, su tono se volvió más grave—. Es terrible lo que ha sucedido. Todavía no consigo entenderlo.

—Por eso llamo. Para darte el pésame.

—¿Monika? —Por el tono de voz parecía haberla reconocido, Eva se dio cuenta enseguida—. Me acuerdo de ti. Estabas en la clase de Helena.

—En el mismo curso, pero no en la misma clase. Sí, hace mucho tiempo de eso —dijo Eva, y cruzó los dedos porque al hombre no le extrañara su voz. No, no tenía ningún motivo para preocuparse, podían

haber pasado muchos años desde la última vez que habían hablado los dos, eso si se conocían personalmente. A lo mejor Fabian y Monika solo sabían de la existencia del otro.

—No sabía que veías a Christian.

—Solíamos hablar de vez en cuando —dijo Eva, y se apresuró a añadir—: Pero nunca presentí nada, ya sabes...

Silencio en el otro extremo de la línea. Eva escribió en el buscador: «Christian Brix». Casi no apareció nada. Algo relacionado con Bruselas, por lo que pudo deducir. ¿Miembro de un *lobby*, Systems Group?

—¿Te refieres a una depresión? —le preguntó Fabian Brix.

—Sí.

—Para mí también ha sido un terrible golpe. Estoy completamente destrozado.

La voz se le quebró. «Rápido, Google: “Systems Group”». Aparecieron varios resultados. Un fabricante de *software* de Ginebra y de nuevo algo de Bruselas. Ninguna página web, solo referencias de otros. «Systems Group+Brix». Eva pinchó en «Imágenes». Aparecieron varias fotografías en la pantalla. En una tomada frente a Herlufsholm, Brix se bajaba de un coche y era recibido por un hombre con traje de etiqueta. Eva se miró la mano con la que manejaba el ratón. Le temblaba levemente. Recordó el dibujo de Malte del hombre asesinado, con el pelo rabiosamente rojo. En la foto, Christian Brix tenía el mismo color de pelo, como una llamarada.

Fabian Brix carraspeó.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha contado?

¿Había desconfianza en su voz? Algo había cambiado. De pronto parecía receloso. Eva decidió hacerse la tonta.

—Todavía estoy conmocionada —dijo—. Me he pasado todo el día buscando una explicación, o al menos algo que me acercara al porqué de un acto tan drástico.

—¿Eres periodista?

—¿Cómo? —dijo Eva, y se sintió como una niña a la que pillan mintiendo.

—Contesta. ¿Eres periodista?

Pasos aproximándose. De pronto Eva vio al bibliotecario ir hacia ella.

—Aquí no puedes hablar por teléfono —le dijo, visiblemente irritado—. Tengo que pedirte que cuelgues.

Eva no le hizo caso.

—No, solo quería darte el pésame y...

—Tú no eres Monika. ¿De qué publicación eres? ¿Del *Ekstra Bladet*, ese periódico sensacionalista?

No quiero hablar contigo.

—Escúchame...

—Adiós. —Cortó la comunicación.

—Está prohibido hablar por teléfono en la biblioteca.

—De acuerdo —convino Eva, sonriendo inocentemente al bibliotecario—. Por supuesto.

El otro se alejó. Eva volvió a evocar el dibujo, con el pelo rojo, la sangre, el cuchillo, y luego la fotografía de Christian Brix. «Qué extraño —pensó—. Un hombre que apenas existe en la Red». Buscó en las Páginas Amarillas. Encontró una dirección de Christian y Merete Brix. ¿Su mujer? «Los delitos de cuello blanco a menudo tienen que ver con la compraventa de inmuebles», había gritado aquel curtido periodista en la facultad de periodismo. Introdujo la dirección en Google. La cadena de agencias inmobiliarias Home apareció

inmediatamente. La casa de Christian Brix estaba en venta. Echó un vistazo a las fotografías de una casa recién reformada en el barrio de Kartoffelrækkerne. Pinchó en «ampliar fotos». Estudió la cocina y la nevera de doble puerta con máquina de hielo. La decoración del salón era minimalista, apenas había nada en las paredes, solo un cuadro antiguo, un retrato, parecía que de Mozart.

Eva se volvió. Miró al bibliotecario y le sonrió.

—¿Se puede imprimir en la biblioteca?

—Hoy no es un buen día. Estoy solo y la impresora está en la primera planta.

—Me hace realmente falta imprimir una cosa.

—Pero...

—Por favor. Pagaré con mucho gusto diez coronas por página —dijo Eva, consciente de que había gastado toda su munición: zalamería y dinero bajo cuerda. Sin embargo, detectó una leve sonrisa.

Jefatura Superior de Policía

19.10

Por fin Marcus vio al jefe superior de policía abandonar la jefatura en compañía de una mujer. ¿Una secretaria? ¿Una amante? El viento agitó ligeramente la melena rubia de la mujer en un movimiento ondulante que llevó a Marcus a seguir mirándola, aunque solo un instante. Consideró la opción de seguirlos. No estaría mal tener algo con lo que apretar al jefe superior de la policía de Copenhague. No, lo mejor sería ir al grano cuanto antes. Salió del coche y lo cerró de un portazo. El jefe superior de policía seguía hablando con la mujer. Ella lo abrazó rápidamente, él aceptó el abrazo y sacó un teléfono. La mujer desapareció.

—¿Hartvig? —dijo Marcus, antes de que le hubiera dado tiempo a hacer la llamada.

El jefe superior de policía se volvió. Miró a Marcus y trató de ubicarlo en su memoria.

—¿Irak?

—Primavera de 2005, si no me falla la memoria —dijo Marcus, y avanzó un paso—. Menos mal que ya pasó. Menudo lío.

—¿Eres Marcus?

—Sí.

—Me gustaría charlar contigo, pero la verdad es que tengo un poco de prisa —dijo, y levantó el teléfono.

—Solo será un segundo —dijo Marcus—. En realidad solo quería saludarte y hablar contigo de Christian Brix.

La mirada del jefe superior de policía cambió. ¿Fue por el nombre? En cualquier caso, se metió el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué pasa con él?

—Tengo entendido que el caso está en manos de un tal Juncker. ¿Es correcto? Jens Juncker.

Antes de que le diera tiempo a contestar, Marcus le había ofrecido a Hartvig su tarjeta de visita de Systems Group.

El jefe superior de policía se quedó un buen rato mirando la tarjeta con las dos flechas doradas sin arco en ligero relieve sobre el papel mate de la tarjeta. Se advertían con los dedos al pasarlos con cuidado por la superficie, tal como estaba haciendo en ese momento el jefe de policía.

—De Systems Group —dijo—, como Brix. Es una especie de Blackwater europeo, ¿no es así?

Marcus sonrió y cabeceó, no de forma condescendiente, sino con amabilidad.

—Blackwater es un ejército privado al que puedes contratar para hacer cualquier cosa a cambio

de dinero, todo el trabajo sucio que nadie más está dispuesto a aceptar. Systems Group es más o menos todo lo contrario. Trabajamos por la paz y la seguridad en Europa. Somos un centro de estudios...

Hartvig lo interrumpió con una breve carcajada.

—¿Un centro de estudios? Tal como yo lo recuerdo, aparecéis constantemente en la lista de empresas privadas que compran más equipamiento de vigilancia que el mismísimo Servicio de Inteligencia. Además, ¿por qué contratáis básicamente a antiguos militares como tú? ¿Para que piensen? —Hartvig volvió a reírse.

«Maldito payaso despectivo». Un impulso violento estuvo a punto de hacer presa en Marcus, que no obstante acabó esbozando una sonrisa controlada.

—No creas que solo contratamos a militares, ni mucho menos —dijo—. También nos gustaría contratar a un hombre como tú, cuando hayas

terminado aquí.

—No vas a poder presionarme.

—Por supuesto que no. Solo estamos hablando.

—¿De qué?

—De oportunidades económicas, de libertad. Y en este punto es posible que la gente que yo represento pueda echarte una mano.

Sus palabras impresionaron al jefe superior de policía más de lo que a este le hubiera gustado.

—También hay un futuro después de la policía. ¿Has empezado a pensar en él? La semana pasada echamos una mano con una conferencia sobre la paz y el progreso en los Balcanes. Contratamos al antiguo ministro de Justicia para que ejerciera de moderador. Pasó una semana en Sarajevo y cobró trescientas mil coronas. Al fin y al cabo, nadie dice que tenga que ser gratis ayudar al mundo. Tú también cobras por ser agente de policía.

Marcus esbozó una leve sonrisa.

Silencio.

—Muy bien —convino Hartvig, rompiéndolo—.

Un centro de estudios, un *think tank*. ¿En qué estáis pensando, pues?

—Pensamos en la manera de asegurar la paz y la estabilidad y...

—Pamplinas —el jefe superior de policía se rio—. Venga, al grano.

Marcus le sostuvo la mirada lo justo para que Hartvig lo encontrara desagradable.

—Vas a tener que ayudarme. ¿De qué va esto exactamente? —inquirió Hartvig—. Como ya te he dicho, tengo prisa.

—De Christian Brix. —Marcus extendió el brazo y cogió la tarjeta de visita, con una sonrisita. Quería recuperar el control de la conversación.

—El caso de Christian Brix está en manos de la policía del norte de Selandia —dijo Hartvig a la defensiva—. Solo participamos porque Brix tenía fijada su residencia en Copenhague.

—Eso fue lo que pensé, y también por eso he venido a verte. Y porque somos viejos amigos.

—¿Qué más habías pensado?

—Sobre todo pienso en la familia. En lo difícil y desgraciada que es la situación por la que están pasando.

El jefe superior de policía lo miró brevemente.

—Sí, su hermana es dama de compañía.

—Es una terrible desgracia. He hablado con ella —dijo Marcus, y cabeceó—. Está totalmente destrozada.

—Es comprensible.

—Como ya he dicho —prosiguió Marcus—, soy

amigo de la familia, y para nosotros es mejor cerrar el caso cuanto antes. Ha sido un suicidio, desgraciadamente. No hay ningún motivo para realizar una autopsia. Al fin y al cabo, es evidente que no se trata de un crimen. Cuanto antes sea enterrado Brix, antes dejará la prensa de ocuparse del caso.

Hartvig cambió el peso de una pierna a otra.

—Por desgracia no puedo controlar a la prensa. Ya sabes cómo son: cuando huelen la sangre no cejan hasta tener el cadáver sobre la mesa.

—Pero ¿podrías quizá considerar qué trozos de carne les echas? —Esta vez su sonrisa fue más generosa.

Hartvig le lanzó una mirada porfiada y sonrió. Su sonrisa era la misma que tanto había impresionado a Marcus en Irak, pero en aquel momento lo irritaba. Dio un pasito atrás. Había que concederle espacio al jefe superior de policía.

—Solo espero que hagas lo mejor para todos. Quizá podrías tener una charla con Juncker.

—¿Sobre qué?

Marcus suspiró.

—Escúchame. La familia está destrozada. Su mayor deseo es que se cierre el caso inmediatamente. Quieren que la prensa haga el menor ruido posible, y no desean que se realice una autopsia.

—¿Me estás diciendo que representas a la familia?

—Creo que sabes perfectamente de qué va la cosa. Se trata de hacerle un favor a un viejo amigo, es todo lo que te pido. No pretendo inmiscuirme en tu trabajo. —Marcus hizo una breve pausa teatral antes de recurrir a la pieza más importante del juego: la compasión—. Hay un marido que se ha suicidado. La familia está destrozada, el dolor se ha

instalado para siempre en sus corazones y me han pedido que los ayude a cerrar este capítulo cuanto antes. Por eso estoy aquí. No creo que tenga nada de malo. ¿Acaso los ciudadanos ya no pueden implorar la compasión de la policía?

—Pero si no es de eso de lo que estamos hablando.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

Hartvig observó a Marcus, que se dio cuenta de que quería decir algo. Se dio cuenta de las vueltas que le estaba dando al asunto. Estaba librando una batalla consigo mismo: las leyes combatían contra la idea de asegurarse un futuro. Llegar a una conclusión le costó algo más de lo que Marcus estaba acostumbrado.

—Veré qué puedo hacer —dijo, y le tendió la mano a modo de punto final.

10 de abril

En el tren a Copenhague

07.20

Hacía meses que Eva no había dormido tan bien, tal vez porque se había entretenido hasta tarde mirando las fotos de la vivienda del tío fallecido y recordando lo que les había gritado aquel viejo periodista: que en la Brigada de Delitos Económicos andaban escasos de luces; que los delincuentes en casos de fraude relativos a bienes inmuebles casi siempre resultaban ser más listos que la policía; que los bienes inmuebles eran ideales para blanquear dinero, para sacar grandes sumas libres de impuestos. «Antes que nada debéis investigar las propiedades de la gente», había dicho. Eso era lo que estaba haciendo Eva. La única fotografía que no había imprimido era la de la vista exterior de la casa vista. Tenía el tiempo justo para verla en el móvil antes de que el tren llegara a la estación central,

donde tenía que cambiar de línea. Entró en la página web del agente inmobiliario. Escribió el número de referencia en el buscador. Apareció el inmueble. Eva repasó las fotografías, las que había estado revisando la noche anterior en la cama. Pero... Volvió atrás. Algo parecía haber cambiado. La foto del dormitorio, quizá. No, la del salón. Estaba tomada desde otro ángulo. Sacó los papeles del bolso: las fotos impresas y el dibujo de Malte. La foto del salón tomada desde la cocina hacia la elegante zona de la ventana, como un cuadro... Un cuadro. Eso era lo que había cambiado, el lienzo. El antiguo retrato de Mozart o de quien fuese ya no estaba. Lo habían quitado.

Volvió a comprobarlo. Examinó la fotografía que había imprimido el día anterior. Sí. Allí estaba. Tal vez no fuera de Mozart, pero era de su mismo estilo, con la nariz afilada, la mirada picarona del Renacimiento y una chaqueta color verde inglés (aunque seguramente no lo llamaban así entonces),

con terciopelo rojo. Elegancia, un imponente marco dorado. Eva miró la nueva foto del agente inmobiliario en su teléfono. No cabía duda. Habían quitado el cuadro. Comparó las demás fotografías. Era lo único que había cambiado.

Eva bajó en la estación central y subió las escaleras a toda prisa.

—¡Eh, mira por dónde vas!

La que le había gritado era una mujer de la edad de Eva, que contestó con un «perdón» que sin duda la otra no oyó. Para llegar a Roskilde debía cambiar del tren de cercanías al regional. Saltó los últimos peldaños de las escaleras mecánicas y recorrió los metros que la separaban de la vía cinco al trote. El tren estaba parado en el andén. Faltaban dos minutos para la salida. Subió al vagón, se sentó, reflexionó. ¿Por qué habrían cambiado una foto? ¿Por un cuadro? Fue entonces cuando vio la pantalla. Estaban dando las noticias en TV2. La pantalla

colgaba entre los dos compartimentos y Eva no oía nada, solo veía la espalda del periodista que entrevistaba a un jefe de policía frente a la Jefatura. En la parte inferior de la pantalla corría la habitual línea de texto con las últimas noticias: «Un empresario encontrado muerto en Dyrehaven...». Se levantó. Abandonó el compartimento y se acercó a la pantalla.

—«Lo único que de momento podemos decir es que la familia ha sido informada y que la policía del norte de Selandia se ha hecho cargo del caso» — declaró el jefe de policía Jens Juncker, cuyo nombre aparecía en un faldón, debajo de su imagen.

—«Pero ¿pueden decirnos algo acerca de la naturaleza del fallecimiento? ¿Sospechan que pueda tratarse de un crimen?» —preguntó el periodista, al que Eva no veía, puesto que la cámara únicamente enfocaba al director de policía.

—«No hay nada que indique que pueda tratarse

de un crimen. Lo único que podemos decir es que...».

Eva se quedó mirando fijamente la pantalla mientras el periodista seguía hablando. «En directo», ponía en la esquina superior izquierda. Al fondo se veía la Jefatura Superior de Policía, que estaba a la vuelta de la esquina de donde se encontraba ella en ese momento. Oyó el aviso electrónico de las puertas del vagón. Dentro de un segundo se cerrarían y el tren se pondría en movimiento y la llevaría a Roskilde para que siguiera adelante con su vida... Ni siquiera le dio tiempo a llegar al final de su reflexión. Era ahora o nunca. Saltó del tren.

Eva vio el coche de TV2. Los técnicos estaban recogiendo. El periodista cuya espalda acababa de ver en la pantalla hablaba por teléfono mientras tomaba café. ¿Cuál iba a ser su entrada? Al fin y al cabo, ella también era periodista. Miró en su bolso y encontró la cartera. Sí, allí seguía su carné

de prensa, si bien había caducado. ¿Eso importaba algo? Se acercó a la Jefatura Superior de Policía a paso lento. Hacía mucho que no había estado allí. La última vez fue mientras todavía estudiaba y estaba haciendo prácticas en *Ekstra Bladet*. Muchos de sus compañeros de curso habían terminado en diarios locales y en pequeños canales de televisión. Sin embargo, Eva se había tragado el orgullo y había adjuntado una fotografía suya para el redactor jefe de *Ekstra Bladet* y escrito que le interesaban el destino de la gente, la vida, sobre todo la íntima: el amor, el sexo, los sueños, las ambiciones, las tragedias. Eso fue lo que escribió y, una semana más tarde, la secretaria del redactor jefe la llamó para ofrecerle un puesto. Había empezado con uno de los periodistas viejos y curtidos, uno de los que llevaban trabajando toda la vida en sucesos. Juntos habían visitado los juzgados de guardia en la Jefatura Superior de Policía, y esa había sido la última vez que la había pisado. De eso pronto haría

diez años.

—¡Hola!

El periodista de TV2 había visto a Eva. Sonrió. Un poco más joven que ella, a lo mejor habían coincidido en la facultad y se acordaba de ella. Eva de él no.

—De *Berlingske*, ¿verdad?

—Sí —contestó Eva, y se le acercó.

—¿También es por Brix? —le tendió la mano.

—Sí, por Christian Brix —respondió, estrechándosela.

—No parecen dispuestos a decir gran cosa. Por lo visto se pegó un tiro.

—No me digas.

—Bueno, a ver, no está confirmado.

—¿De dónde lo has sacado?

Él respondió con una pregunta:

—¿Tú sabes quién era?

—Sí, alguien de Bruselas —respondió Eva.

El reportero asintió con la cabeza y se encogió de hombros:

—Es muy extraño. Resulta casi imposible enterarse de algo sobre este hombre. —Miró a Eva a los ojos antes de proseguir—: Sin embargo, se nota que era importante.

—¿Quién dice que se trata de un suicidio?

El reportero sonrió, cabeceando. Poseía cierto encanto. Tenía los ojos un poco demasiado juntos, tal vez, pero su aspecto juvenil quedaba bien ante las cámaras.

—Mis fuentes en la policía. Se disparó con un rifle de caza de doble cañón en la boca. No debió de quedar demasiado de él.

—¡Uf! —exclamó Eva, y pensó qué pregunta formularle a continuación.

El periodismo de investigación nunca había sido lo suyo. Era algo completamente distinto de lo que había hecho como redactora de tendencias en *Berlingske*. Había conseguido el puesto de redactora apenas un par de años después de acabar la carrera, consciente de que muchos de sus antiguos compañeros de estudios lo despreciaban y lo llamaban periodismo de revista femenina en formato diario. Pero a Eva le daba igual. Le encantaba su sección y no pensaba enojarse por ello. Como solía decir: «Los lectores también necesitan relajarse, conocer a un político en una entrevista que no esté centrada en la política sino en la vida, en la cercanía».

—A lo mejor tienes algo con lo que negociar —dijo el joven periodista de la televisión.

—¿Negociar?

—Bueno, ya sabes. Yo te doy cierta información y tú, a cambio, me das otra.

Eva miró hacia la Jefatura Superior de Policía que, por lo que tenía entendido, era el último edificio de estilo neoclásico construido en el Norte de Europa. ¿Qué tenía ella que pudiera compartir con el joven periodista? Al fin y al cabo, no sabía nada.

—Su casa está en venta.

—Sí, se encontraba en medio de un proceso de divorcio. Suele ser en esta clase de situaciones que a la gente se le ocurre levantarse los sesos de un tiro.

—¿Sabes a qué se dedica su hermana? —preguntó.

—¿Te refieres a dama de compañía?

—Sí.

—¿Qué pasa con ella?

Eva tenía que ser rápida. Se sentía estúpida, tenía que decir algo, cualquier cosa.

—Ella ya lo sabía ayer. Recogió a su hijo en la guardería a toda prisa a eso de las once.

—Muy bien. ¿Cómo lo sabes?

—Te toca a ti.

El periodista soltó una carcajada.

—¿Cómo? ¿Es eso todo lo que puedes ofrecerme?

—Tengo acceso directo a un miembro del círculo más íntimo de la familia —dijo Eva, pensando en el pequeño Malte, en sus manitas bronceadas, en el lunar de su nudillo.

—¿Y quién es?

Eva contestó con una pregunta.

—¿Por qué crees que se pegó un tiro?

—No tengo ni idea. No soy ni policía ni psicólogo. Lo único que sé es que lo encontré ayer un corredor, en Dyrehaven.

—¿Y eso quién lo dice?

Eva ya se sentía más cómoda. Lo único que debía hacer era mostrarse enigmática.

—¿Quién es tu fuente en la familia?

—Tú primero.

El periodista se quedó mirando a Eva. Se inclinó hacia delante con una mueca que podía muy bien interpretarse como una risa o como todo lo contrario.

—¡Pero si no tienes nada, tía! Aunque estás buena. Con eso se suele llegar lejos. A los demás no nos queda más remedio que currarnos la información.

El reportero se marchó. Eva se había equivocado. Su encanto añorado solo aparecía

cuando se encendía el piloto rojo de la cámara. Era duro, igual que todos los sabuesos ávidos de noticias.

Eva se acercó al mostrador donde estaba sentado un agente uniformado, uno de los más veteranos. A saber cuántas veces había que meter la pata para acabar encerrado en una jaula de cristal, pensó. ¿Tantas como ella? «Seguramente algunas más, y no seas tan dura contigo misma», se dijo mientras se acercaba al agente a paso lento. ¿Qué era lo que le había dicho el joven periodista hacía un rato? «Estás buena... tía». ¿Cuánto hacía que no se lo decía nadie? El agente la miró. Eva fingió que sonaba su móvil. Lo sacó del bolso.

—¿Sí? Puedo estar de vuelta en la redacción dentro de veinte minutos —dijo, y miró al agente con una sonrisa, que él le devolvió.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Tenía que conseguir hablar con el jefe de policía al que acababa de ver

por la tele, el tal Juncker, a poder ser de manera un poco informal, por ejemplo, como si se lo encontrara casualmente por los pasillos, y después conseguir que le contara alguna cosita que en el fondo él no tuviera ganas de contarle. Pero ¿cómo? ¿Cómo sortear al vigilante? Si llamaba a Juncker le dirían que previamente debía concertar una cita y en tal caso él dispondría de tiempo para preparar la entrevista y estaría a la defensiva.

—Venga —susurró. Devolvió el teléfono al bolso y se acercó al agente sin tener ni idea de lo que le diría. El policía abrió la ventanilla de cristal.

—¿Qué decías?

—He dicho buenos días. —Eva le sonrió.

—Buenos días —dijo él, con una sonrisa torcida.

Sacó el dibujo de Malte del bolso.

—Le he prometido a Jens Juncker que me

pasaría por su despacho para dejarle esto en cuanto acabáramos.

El agente miró el dibujo. No entendía nada.

—Es un dibujo infantil de su despacho. Lo utilizamos en el reportaje —dijo Eva, y señaló el coche de TV2. El agente seguía mirando el dibujo del terrible asesinato, la sangre...—. ¿No te lo ha dicho?

—No.

—Le prometí que me pasaría en cuanto acabáramos —insistió Eva.

—De acuerdo.

—También te lo puedo dejar a ti. Tienes que prometerme que se lo llevarás enseguida.

—¿Sabes dónde está su despacho?

—Por supuesto.

El agente apretó el botón y la puerta se abrió.

Eva entró con paso firme y decidido, o eso le pareció a ella, como alguien que sabía dónde ir. Abrió la primera puerta que encontró.

—¡Eh!

Eva se volvió. El agente salió de su jaula.

—Llegarás antes si cruzas el patio y luego subes por la escalera de la izquierda.

«El de la Jefatura Superior de Policía es un trabajo muy tranquilo», pensó Eva mientras avanzaba por los pasillos abovedados y echaba un vistazo al interior de un par de despachos en los que había hombres callados y serios, inclinados sobre sus ordenadores; uno hablaba por teléfono. Eva pensó un instante en El Manzanal. Llegaría tarde. ¿Qué diría? Se sacudió de encima las preocupaciones y se dirigió a un tipo joven que en ese momento salía de uno de los despachos.

—Perdón...

El joven levantó la vista.

—Me temo que me he perdido. ¿Jens Juncker?

—El despacho del final del pasillo.

—Gracias.

Más que un pasillo era una nave. Eva se sentía pequeña, como si se encontrara en un templo o una iglesia. Reinaba la misma atmósfera sombría. Se detuvo frente al despacho de Juncker. Estaba con una señora de cierta edad, ¿una secretaria, tal vez? Eva decidió esperar. Sería mejor que lo pillara cuando saliera. ¿Eso también era algo que el airado docente les había enseñado en la facultad? ¡Ojalá hubiese podido recordar su nombre! Lo que sí recordaba era que había llegado tarde a varias de sus clases y que él había levantado la cabeza cada vez y había cabeceado. En un par de ocasiones había dicho algo así como que ahí tenían a una estudiante que llegaba tarde a las únicas clases importantes que jamás recibiría en la facultad de periodismo. Los demás se

habían reído, convencidos de que se trataba de una broma, pero una sola mirada al hombre le había dejado bien claro que lo decía muy en serio. Eva había decidido en el acto que el tipo era un payaso amargado.

Tomó asiento en una de las sillas, frente al despacho de Juncker. ¿Qué diría al llegar a la guardería? ¿Que había ido al médico? ¿Debía llamar y decir que estaba enferma? Cogió el teléfono, pero en lugar de llamar a la guardería buscó a Jens Juncker en Google. Encontró un montón de entradas. Jens Juncker aparecía a menudo en los medios de comunicación. A causa de un caso de sus tiempos en la Brigada de Delitos Económicos había sido blanco de la prensa. Estudió las páginas. La policía había sido muy criticada. En un editorial del *Børsen* incluso habían tachado a Juncker de «completo incompetente». Jens Juncker se había defendido, y a Eva no le dio tiempo a leer más, porque en ese mismo instante salió de su despacho. No la vio y

enfiló el pastillo. Eva corrió tras él.

—¡Hola, Jens!

Se volvió y la miró, intentando recordar de qué la conocía.

—Acabo de estar con tu jefe —dijo Eva, sin darle tiempo a abrir la boca.

—¿Ah, sí? No sé quién...

—Hemos estado hablando de Brix —lo interrumpió Eva—, el pobre hombre que se ha pegado un tiro.

—Disculpa, ¿nos conocemos?

—Era uno de esos tipos de Bruselas —dijo Eva, buscando una reacción de Juncker—. Aparentemente todo le iba bien. Tenía dinero en la cuenta, los amigos adecuados... ¿No te parece un poco prematuro descartar la posibilidad de que su muerte sea fruto de un acto criminal? Hay una gran casa en venta que vale muchos millones.

Jens Juncker la miró sin responder, gélidamente.

—¿Y tú eres...?

Eva sacó su carné de prensa. Se lo tendió en un movimiento rápido y profesional.

Él leyó el nombre.

—De acuerdo, Eva. Te voy a decir dos cosas. En primer lugar, que tu carné de prensa caducó hace tres meses y, en segundo lugar, que puedes llamar a mi secretaria para que te informe de que no tengo ganas de hablar contigo.

—No escribiré nada —dijo Eva.

—Me da exactamente igual lo que escribas.

—No escribiré nada hasta que me hayas dado tu conformidad. Pero a lo mejor tengo una información que podría interesarte.

—Si me disculpas.

Dio media vuelta y se alejó.

Eva lo alcanzó.

—Espero que esto no acabe como el caso de la Brigada de Investigación de Delitos Económicos, porque entonces tendremos que volver a revisar los documentos.

Jens Juncker se detuvo. Le dirigió una mirada fría.

—¿Me estás amenazando?

—Estoy intentando ayudarte, Jens —repuso Eva—. Y de paso ayudarme a mí misma. Si no quieres cooperar y resulta que te equivocas, lo escribiré. Debo hacerlo, es mi obligación.

—¿Que me equivoco? Yo no he dicho nada.

—Pues a mí me parece que ya has dicho que no hay nada que rascar.

—Y es que no lo hay. Claro que fue un suicidio.

Incluso envió un SMS antes de matarse.

—¿Envió un SMS?

—Sí.

—¿A su hermana?

—Y a su hermano. Además, el caso está en manos de la policía del norte de Selandia. Has venido al lugar equivocado.

—No me digas que no es un poco curioso. —
Eva sintió que el cerebro se le había ido calentando. Era una sensación de lo más agradable y que no experimentaba desde hacía tiempo.

—¿Qué?

—Que me digas que el caso está en manos de la policía del norte de Selandia, pero que por lo visto seas tú quien responde a las preguntas. ¿Cómo ha acabado el caso sobre tu mesa? ¿En qué momento alguien dijo: «Tendrá que ser la jefatura central quien tome una decisión respecto a este suicidio,

nosotros no nos atrevemos a tocarlo»? Bruselas, la hermana es la dama de compañía de la princesa consorte..., un montón de implicaciones. Así que le pasan el marrón a Jens Juncker, para que él comparezca ante la prensa y declare que todo está perfectamente.

Jens Juncker seguía contemplando a Eva fríamente, respirando por la nariz como un toro enfurecido. Y entonces se fue.

Roskilde

09.47

Un SMS de suicidio. Eva pensó en el concepto al tiempo que aceleraba el paso hasta echar a correr. Para ella tenía mucho sentido. ¿Por qué malgastar los últimos momentos de la vida en redactar largas y rebuscadas cartas de suicidio con las que los familiares no podían hacer otra cosa que llorar y guardarlas en una polvorienta cajonera? Las larguísimas explicaciones a nadie servían. Un SMS era otra cosa. Era breve, claro, preciso. «Siempre te amaré». «No es culpa tuya». «Sigue adelante con tu vida». Sin embargo, ¿por qué el dibujo de un asesinato? ¿Por qué cambiar en una fotografía la disposición realizada por un agente inmobiliario?

Eva se dio aún más prisa cuando vio la guardería. Quería estar un poco sofocada al llegar, para que los demás vieran que no le daba igual

llegar tarde. Afortunadamente tenía vía libre, salvo por un padre que en ese momento salía.

—Hola —se limitó a decir Eva, y recibió un gruñido a modo de respuesta.

Se apresuró a subir a la cocina. ¿Cuánto retraso llevaba? Lo comprobó consultando su teléfono móvil. Poco más de hora y media. La puerta de la cocina estaba abierta. Sally se encontraba de espaldas a ella.

—Buenos días —dijo Eva.

—¡Ah, aquí estás! Pensaba que estabas enferma.

Sally le echó un rápido vistazo. Tenía las manos llenas de masa de pan.

—¿Ha preguntado Anna por mí?

—Sí, un par de veces. Me parece que está un poco... ya sabes.

—¿Enfadada? —propuso Eva.

La cocinera se encogió de hombros.

—Un poco.

—¿Tú también lo estás?

—¿Yo? Yo soy de África.

Eva sonrió.

—Lo siento —dijo, y se puso el delantal. Se quedó un momento considerando sus posibilidades —. Sally, será mejor que baje y le diga a Anna que he llegado.

Sally sonrió, como si ya hubiera olvidado que Eva había llegado tarde. «¿Realmente los africanos dejan atrás sus problemas, preocupaciones y enfados tan rápido?», pensó Eva. Ojalá pudiera aprender de ella. Así no habría tenido que pasar muchos meses de su vida viviendo en una oscuridad constante. Así habría olvidado su dolor al día siguiente, como Sally.

Dejó la cocina, atravesó la guardería a toda

prisa y dejó atrás las pequeñas taquillas con zapatos, guantes y chaquetas en miniatura. La puerta del pasillo estaba cerrada. La abrió y encendió la luz. Torben y Anna estaban justo delante de ella.

—Hola —dijo, sorprendida. ¿Por qué no habían encendido la luz? ¿Acaso estaban...? No, Eva se quitó la idea de la cabeza o al menos lo intentó, aunque no lo consiguió del todo. Estaban muy cerca cuando había encendido la luz. Parecía una situación muy íntima. A lo mejor se equivocaba; en cualquier caso, no era su problema.

—Buenos días —dijo Anna sin que Eva fuera capaz de decidir si con sarcasmo.

—Hola, Eva —dijo Torben, y volvió a mirar a Anna—. Llegará dentro de un momento.

—Pero ¿no dijo que vendría a las diez?

—Son casi las diez.

Torben desapareció escaleras abajo y Eva se

quedó sola frente a frente con Anna en el estrecho pasillo.

—Solo quería decirte...

Bueno, hablemos en el despacho —dijo la subdirectora.

Eva la siguió y se sentó en el pequeño sofá rinconero.

Anna agitó un termo, pero por lo visto estaba vacío.

—Tendremos que contentarnos con soñar con el café —dijo.

—Solo quería disculparme por haberme dormido —dijo Eva—. No suelo hacer estas cosas. —Se sentía molesta por la situación, por tener que sentarse ahí y dejarse humillar como una colegiala cualquiera que ha llegado tarde a clase.

—También tiene que haber sido un enorme cambio para ti —dijo Anna, que seguía sin sentarse,

lo que contribuyó a que la situación resultara extrañamente incómoda—. Lo entiendo.

—¿Un cambio?

—Sí, en tu vida. De pronto vuelves a trabajar, tienes que llegar a una hora determinada, comprometerte.

—Eso no supone ningún problema para mí.

Se vio interrumpida por unas voces que provenían del pasillo, de un hombre y una mujer. La puerta no estaba cerrada y vislumbró a Torben con una mujer de cabellera rubia que llevaba zapatos de tacón, tal vez unos Louboutin. Era Helena, la dama de compañía. Eva se inclinó levemente hacia delante para ver mejor. Helena llevaba un bolso en la mano. Miró hacia el despacho de Anna y primero vio a esta y luego a Eva. Sus ojos parecían cansados, llorosos; no era de extrañar, su hermano había muerto el día antes, o hacía dos, y ella había recibido un SMS de suicidio. ¿Llevaría encima el teléfono?, pensó, y se

dio cuenta al instante de que una idea estaba tomando forma en su cabeza, un plan. Claro que la dama de compañía llevaba el teléfono encima. A lo mejor podría...

—Supongo que también debe de ser muy distinto de lo que estás acostumbrada a hacer —dijo Anna—. Quiero decir, en *Politiken*...

—*Berlingske*.

—Ah, sí, es verdad, *Berlingske* —se corrigió Anna—. También me gustaría hablar de eso contigo. No sé lo que te habrá podido contar Kamilla. —La subdirectora carraspeó.

—Escúchame —dijo Eva—. Eso no tiene nada que ver conmigo. Además, no es algo sobre lo que suelen escribir los diarios.

—O sea, que ha hablado contigo.

—No lo sé. Yo estoy aquí para trabajar en la cocina y reincorporarme al mercado laboral, ¿de

acuerdo? Vuestros conflictos no tienen nada que ver conmigo.

Anna la miró. Cruzó los brazos un instante, pero se arrepintió y los dejó caer.

—Muy bien, pero tienes que comprender que en una institución como esta son todo rutinas. Hay un guion que seguimos religiosamente de principio a fin, que con muy pocas y programadas excepciones es el mismo un día tras otro. Por eso llegamos a nuestra hora, porque así los pequeños se sienten seguros, porque es así como funciona mejor la institución. Al fin y al cabo, no eres la única parada en reinserción que hemos recibido. De hecho suelo decirles unas palabras el primer día, pero resulta que tú eres periodista y lo consideraré innecesario. Pero ahí van, a pesar de todo: no todo el mundo está hecho para trabajar en una guardería. No puedes ser tú misma, ir y venir como te dé la gana. Y eso es aplicable tanto a nosotros como a los pequeños. Ellos también tienen sus horarios fijos: para dormir,

para almorzar, para las actividades en grupo. Todos vamos de la mano, nos acoplamos los unos a los otros, estamos juntos en esta comunidad.

Se oyó a un niño llorar, pero a lo lejos. El discurso de Anna había concluido.

—Por supuesto —dijo Eva—. Te prometo que no volverá a suceder.

—Está bien, Eva —dijo la subdirectora, y asintió con la cabeza—. Entonces cuento contigo.

—Sí.

Eva consideró si levantarse, pero Anna seguía allí de pie, como si no hubiera terminado. Seguían oyendo llorar al niño, tal vez gritar.

—¿Tú y Sally os lleváis bien? —preguntó—. ¿Hay química entre vosotras?

Eva asintió con la cabeza.

—Sí, es muy simpática y buena a la hora de

enseñarme cómo hay que hacer las cosas. Buena para...

La puerta se abrió. Era Torben, absolutamente fuera de sí. Helena estaba justo detrás de él. El llanto del niño se intensificó, ahora gritaba.

—Ha sido un accidente —dijo Torben.

—¿Un accidente?

Anna salió al pasillo, dejando a Eva en el despacho.

—Creo que se trata de Esther. Está sangrando. ¿Coges el botiquín de primeros auxilios?

Anna echó una mirada rápida a Eva antes de salir corriendo detrás de Torben.

Eva se quedó sentada un instante, dejando que la abandonara la preocupación instintiva por la niña, sustituida por una sensación egoísta de alivio. Al menos no la habían despedido. Seguía teniendo un empleo. Oyó cómo Anna y Torben desaparecían

pasillo abajo y vio que Helena se iba detrás de ellos, sin el abrigo y sin el bolso. Esther había dejado de gritar. Oyó el sonido de unas tuberías oxidadas debajo del techo, un ligero zumbido, voces infantiles procedentes de las aulas. La puerta del despacho de Torben estaba cerrada. ¿Con llave también? Eva agarró el pomo. La puerta se abrió con elegancia, silenciosamente, con facilidad, casi como si estuviera invitando a Eva a entrar. El bolso de Helena estaba sobre una silla. Era un Birkin de piel de serpiente. Solo había visto uno igual una vez en su vida, cuando entrevistó a Janni Spies pocas semanas después de haber empezado a trabajar en *Berlingske*. Si era auténtico, podía fácilmente costar más de cien mil coronas. Eva lo abrió. ¿Estaba el teléfono dentro? No. Sintió la decepción como algo físico. Y entonces escuchó algo. ¿Qué diría si la descubrían? Buscó rápidamente una explicación que pudiera justificar el hecho de que estuviera en el despacho de Torben hurgando en un bolso que no era

suyo, pero no encontró ninguna. Bueno, sí, tal vez una: que se lo merecía. Después de todo lo que había tenido que soportar, la caída que había experimentado en los últimos meses la había llevado hasta allí, hasta ese bolso que valía más de cien mil coronas. Era una oportunidad y hacía mucho que la vida no le brindaba una, maldita sea. ¿Una oportunidad? ¿Para hacer qué? Miró por la ventana, hacia el parque infantil. Había revuelo. Un par de pequeños vertían lágrimas. Centró de nuevo la atención en el bolso. Sí, era una oportunidad, concluyó, en el sentido más amplio de la palabra: la oportunidad de averiguar lo que le había sucedido al tío de Malte antes de que se metiera un rifle de caza en la boca y se pegara un tiro; la oportunidad de que la despidieran; la oportunidad de dar con una historia. Se fijó en el compartimento lateral del bolso. Abrió la cremallera. Allí estaba el móvil. Eva cogió el nuevo iPhone de acero frío. «Introduzca clave de acceso».

—*Fuck* —susurró, y luego pensó: «Evidentemente está bloqueado, como suelen estar la mayoría de los teléfonos de la gente y, sin duda, los que pertenecen a damas de compañía y tienen los números privados de Sus Altezas en la memoria». ¿Qué demonios se había imaginado? «Introduzca clave de acceso». Eva volvió a ver las irritantes palabras. Oyó voces en las escaleras, las de Torben y Anna. Se metió el teléfono en el bolsillo y se apresuró a salir y cerrar la puerta. Fue en el último momento.

—¿Cuánto han dicho que tardarían? —preguntó Torben, fuera de sí.

—Llamaron hace tres minutos, deben de estar al caer —contestó Anna.

—¿Y quién la acompañará?

—Mie.

Entraron en el despacho de Torben.

Eva bajó las escaleras y Helena pasó por su lado en sentido contrario, de camino al despacho de Torben. Ahora lo descubrirá —pensó Eva—. Muy pronto descubrirá que he estado hurgando en su bolso y que le he robado el teléfono.

Sirenas, altas e inquietantes. Oyó cómo se acercaban. Luego se detuvieron. Por la ventana de las escaleras Eva vio que la ambulancia se detenía frente a la guardería y a dos camilleros saliendo de ella. Torben había vuelto. Bajó las escaleras corriendo con Anna pisándole los talones y adelantaron a Eva, que los siguió hasta el parque infantil, donde una niña lloraba sentada en el regazo de Mie, que la consolaba. Un hilillo de sangre le caía por la frente y le bajaba por la cara. Eva no pudo determinar si también se había roto los dientes o si era la sangre de la frente que se le metía en la boca.

—Ayúdanos a alejar un poco a los niños —dijo Anna.

—Por supuesto. —Eva se puso a arrear a los niños para que se alejaran de los camilleros—. Venid aquí —les gritó, pero solo unos pocos le prestaron atención.

Kamilla le echó una mano.

—Hacedles sitio a los señores amarillos —gritó.

La niña subió a la ambulancia por su propio pie. Mie la tenía cogida de la mano. No pusieron las sirenas cuando se marcharon.

—¡Madre mía! —dijo Kamilla, y soltó una carcajada de alivio—. Menudo drama, casi he llegado a creer que...

—¿Se ha muerto Esther? —preguntó un niño, y se echó a llorar.

—No —dijo Kamilla, y lo cogió en brazos—. Solo se ha caído del columpio y se ha hecho daño en la cabeza. Todo irá bien, ya verás. Ven, entremos.

Eva acompañó a Kamilla y a los niños hasta el aula. Un par de ellos seguían llorando, pero la mayoría encontraban aquello muy emocionante. Kamilla volvió a pedirles que se calmaran; no había terminado de tranquilizarlos cuando Torben y Helena entraron en el aula. Torben se colocó en la puerta, como si fuera a encargarse personalmente de que nadie se escapara. Eva supo enseguida de qué se trataba y notó que se le ruborizaban las mejillas y el cuello.

—Tenemos un nuevo problemilla —anunció el director con los brazos en jarras.

—¿Ah, sí? —dijo Kamilla.

—Por lo visto, el iPhone de uno de los padres ha desaparecido.

Torben miró a Helena, que asintió con la cabeza. Eva se sorprendió por su manera torpe de expresarse. ¿Por qué no decía de una vez por todas

de quién se trataba?

—¿Puede haber sido uno de los críos? — preguntó Kasper. ¿Había estado allí todo el tiempo? —. A lo mejor creen que el teléfono es un juguete.

—Estaba en mi bolso —dijo Helena, con una voz más profunda de lo que Eva esperaba. Se dio cuenta de que era la primera vez que oía hablar a la dama de compañía.

—¿Y dónde estaba el bolso? —quiso saber Kamilla.

Torben no contestó. Era evidente para Eva que Torben solo la miraba a ella. Las cosas no harían más que empeorar si bajaba la mirada. Resultaría más sospechoso si cabe. Notaba el teléfono en el bolsillo. Sentía que todo el mundo podía verlo, como si fuera una extraña excrecencia que de pronto crecía en su cuerpo. Un cuerpo extraño. Entonces se despertó dentro de Eva una especie de cabezonería. Ese maldito hijo de puta no iba a juzgarla sin

pruebas.

—¿Dónde estaba tu bolso cuando desapareció el teléfono?

Por lo visto Kamilla había renunciado a recibir una respuesta de Torben y se había dirigido directamente a Helena.

—En el despacho de Torben.

—¿Y cuánto tiempo has estado fuera? —dijo, y volvió a mirar al director.

—A lo sumo diez minutos. Durante ese tiempo alguien ha debido de entrar y se lo ha llevado.

Eva lo miró a los ojos. Se mantuvo fría como un témpano, absolutamente convencida en ese momento de que aquello no tenía nada que ver con ella, de que Torben estaba a punto de cometer una injusticia.

—También puede ser que alguien haya confundido dos teléfonos —propuso Kasper—. Al fin y al cabo, esos iPhones se parecen todos.

Torben no le hizo caso, sin apartar los ojos de Eva.

—Tú estabas allí arriba —dijo Helena.

Eva hizo ver durante unos segundos que no creía que estuvieran hablando de ella, pero al final le resultó imposible.

—Yo no he...

—¿Tienes tu bolso? —le preguntó Torben.

—Sí. Lo dejé en la cocina.

—¿Puedo verlo?

—¿Qué?

—¿Puedo ver tu bolso?

Eva no sabía qué decir.

—¿Has sido tú quien lo ha cogido? —preguntó Torben.

—No.

—Entonces, ¿por qué no puedo ver tu bolso?

—Ya basta. —Kamilla se colocó delante de Eva, como un escudo humano—. ¿Qué está pasando aquí, Torben? —Lo miró con desprecio.

—¿Que qué está pasando? Pues que intento esclarecer un robo.

—¿Y qué? No puedes pretender registrar el bolso de otra persona a la fuerza. Es propiedad privada y tú no eres policía.

—Pero, si ha robado un teléfono, me imagino que tendrá... —Torben se atascó. La voz empañada lo delató. Había ido demasiado lejos y lo sabía—. Disculpa —dijo, mirando a Eva—. No pretendía culparte de nada. Supongo que simplemente... Primero lo de Esther y ahora un robo...

—Está bien —dijo Eva quedamente.

—No, no está bien, ¡joder! —protestó Kamilla—. ¿Cuántos días llevas aquí? ¿Dos? ¿Tres? Y de

pronto aparece el jefe y te acusa de haber robado sin tener siquiera una mísera prueba. No es precisamente un clima en el que podamos trabajar a gusto.

—Pero era la única que estaba allí arriba —dijo Helena.

—¿Y qué? Puede que hubiera también niños en el piso de arriba. ¿Te acuerdas, Torben? —dijo Kamilla, y su voz, llena de indignación, subió de tono cuando prosiguió—: Del año pasado, cuando de pronto desapareció Jonas y lo encontramos debajo del sofá de la sala de personal, allí donde los niños no deberían tener acceso. ¡No! —añadió, e hizo algo que los sorprendió a todos, y tal vez también a ella. Dio una patada en el suelo con el pie derecho, no fuerte, más bien discreta, una patada suave que sin embargo tuvo el efecto deseado: fue como si pusiera punto final a la situación, una especie de tope que detuvo la locura, una raya dibujada en la arena que nadie debía siquiera

intentar cruzar.

Torben se limitó a asentir con la cabeza y miró a Helena a tientas, como intentando recabar su comprensión por el repentino repliegue. Pero Helena miraba a Eva. Incluso cuando Eva no la miraba a ella sentía su mirada.

—De acuerdo —dijo Torben finalmente—. Tengo que subir a llamar al hospital para interesarme por Esther. Helena, creo que deberíamos... —Se volvió y miró a la dama de compañía—. Creo que deberíamos tomarnos un poco de tiempo y ver si el teléfono aparece. Si no, tendremos que seguir el procedimiento habitual en caso de robo. Es decir, denunciarlo a la policía y, bueno, ya sabes, todo lo demás.

Helena no dijo nada. De nuevo esa mirada clavada en Eva. Y de nuevo Eva la sintió como un hormigueo en la piel. Luego la dama de compañía abandonó el aula.

Eva cerró la puerta del baño del personal cuidadosamente y sacó su propio teléfono. Sabía quién podía ayudarle con el iPhone bloqueado de la dama de compañía. Al menos tenía un buen candidato para hacerlo. La cuestión era si accedería. Rico Jacobsen era un viejo amigo. No, un amigo no, se corrigió. Sin duda era más acertado decir que un conocido. Habían pertenecido a la misma pandilla en la facultad, él probablemente un poco en la periferia; habían asistido a las mismas fiestas, frecuentado los mismos bares, hablado entre ellos. Tenía un par de años más que ella y fama de ser uno de los perros más duros de la prensa sensacionalista. Había escrito mucho acerca de las bandas de motoristas y por lo visto había vivido bajo protección policial. Era más inteligente que la mayoría, a veces divertido, a veces desagradable, para ser sincera, bastante atractivo. Había mucha gente a quien caía mal, pero no parecía importarle demasiado, o eso daba a entender. En cualquier

caso, no hacía ningún esfuerzo por ser popular. Encontró rápidamente un número de teléfono de *Ekstra Bladet*. Preguntó por Rico Jacobsen. Una joven casi le susurró al teléfono y Eva consideró por un instante recordarle que no era la telefonista de un burdel. Luego esperó apenas un segundo, hasta que Rico contestó.

—Rico —dijo, en un tono de voz que no era ni amable ni lo contrario.

Primer impulso: colgar. Detenerse antes de llegar a aguas más profundas donde ya no pudiera hacer pie.

—Soy Eva Katz —dijo sin embargo—: Compartimos una asignatura en la facultad de periodismo.

—¿Eva?

Eva presintió dos cosas en su voz: asombro y reconocimiento. Esto último facilitó las cosas

considerablemente y le dio ánimos para seguir adelante.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Y por qué no iba a acordarme de ti?

—¿Podrías echarme una mano con una cosa?

—¿Con qué?

Voces al otro lado de la puerta. Torben estaba poniendo a Anna al día.

—No tendrá secuelas permanentes, pero probablemente haya sufrido una conmoción cerebral.

—¿Están los padres con ella?

Las voces se apagaron.

—¿Con qué tengo que ayudarte?

Rico no era de los que gustaban de las pausas largas.

—No te lo puedo decir ahora —dijo Eva—.

¿Podríamos vernos?

Rico profirió un ruido irritante. Eva sintió unas ganas tremendas de colgar.

—De acuerdo —dijo de pronto él—. Nos encontraremos donde los periodistas de verdad suelen reunirse. ¿Entiendes lo que te digo? A las siete menos cuarto.

Systems Group

12.30

Marcus posó la mano en el antiguo radiador barnizado de negro. Todavía estaba caliente. Tal vez el largo día bajo la lluvia y los minutos pasados en el frío mar se habían asentado en su cuerpo. Temblaba. Se puso el abrigo. A veces solo necesitaba echarse una siesta y volvía a estar bien. Se sentó de espaldas contra el radiador. Cerró los ojos.

Sonó el teléfono. ¿Había dormido? Quizá. David... Dejó de sonar. Se sentía indispuerto. La siesta no le había servido de nada, seguía sintiendo aquel frío en los huesos. Cerró los ojos un rato más, hasta que volvió a sonar el teléfono.

—¿David?

—Tenemos un problema.

—¿Y?

—Le han robado el teléfono.

—¿A quién?

—A la dama de compañía, la hermana de Brix.

—¿Dónde?

—En una guardería.

Marcus se incorporó.

—¿En la guardería de su hijo?

—Sí.

—¿Está segura?

—Eso dice. Completamente segura.

—¿Tú la crees?

—Sí, está consternada. Dice que sabe quién lo ha cogido.

—¿Quién? No, espera un momento. ¿Hay algo de

interés en el teléfono?

—Están los SMS.

—¿Entre?

—Entre ella y sus hermanos, y el SMS de despedida.

—¿Algún contenido peligroso?

—No lo podemos descartar.

—De acuerdo. ¿Quién cree que se lo ha robado?

—Una ayudante de cocina recién contratada.

—Eso suena bastante posible.

—La he investigado.

—¿Y?

—Es periodista.

Marcus se levantó, tal vez un poco demasiado rápido; sintió cómo la sangre le abandonaba la cabeza y apoyó una mano en la mesa.

—¿Para quién escribe? ¿Qué hace en una guardería?

—No lo sé.

—¿Dónde estás ahora?

—He llevado a la dama de compañía a casa.

—¿Estás en Roskilde?

—En las afueras.

—¿Y la periodista?

—Sigue en la guardería.

—David, debemos recuperar el teléfono. ¿Tiene clave de acceso?

—Sí.

—Estupendo. Eso nos da un par de horas.

—A no ser que la periodista haya adivinado el código.

—¿Cómo?

—La dama de compañía no recuerda si lo utilizó en el despacho. La periodista puede haber visto el código.

—¿El despacho?

—Estuvo reunida con el director de la institución para valorar cómo debían tratar al niño después de la muerte de su tío. El director salió del despacho. Ella envió un SMS. Volvió a meter el teléfono en el bolso. Salió al parque infantil. Cuando volvió, el teléfono había desaparecido. Solo el teléfono, ni el monedero ni otra cosa.

—¿Tiene idea del porqué?

—¿Qué?

Marcus pensó si no sería una casualidad. También podía tratarse de un robo común, pero en ese caso el ladrón también se habría llevado el dinero.

—Vuelve a la guardería. Encuéntrala. ¿Tienes su nombre?

—Eva Katz.

Los dedos de Marcus deletrearon furiosos el nombre de Eva en el teclado. Apareció una foto en Facebook de una mujer atractiva. «Son las peores — pensó Marcus—. Las guapas siempre han sido las más ambiciosas. Podrían relajarse un poco estando bendecidas con un físico privilegiado». No lograba dejar de mirarla. Ella lo miraba fijamente a los ojos, como si lo conociera. Tenía algo..., pero ¿qué era? Marcus renunció a comprender sus propios sentimientos para concentrarse en la misión. La periodista era un pequeño obstáculo en el camino, nada más: una enemiga. Una que acababa de declararle la guerra.

—¿David?

—Te escucho.

—Voy de camino.

Marcus colgó, puso el altavoz y pulsó el número tres.

—Trane —dijo una voz grave por el pequeño altavoz, tal como le gustaba a Marcus: breve, serio, alerta.

—Ha aparecido una lucecita en el radar.

—¿Qué puedo hacer?

—Eva Katz —dijo Marcus, y oyó los dedos de Trane tecleando.

En ese preciso instante Marcus se arrepintió. Nunca salía gratis involucrar a Trane. Se metería donde no lo llamaban. Cuestionaría las decisiones. Ya era demasiado tarde, sin embargo.

—La tengo —dijo Trane—. Eva Katz. No está mal del todo.

—Debemos seguirla en todo lo que haga.

—¿Escucha telefónica?

—Sí. Y averigua para quién está trabajando.

Marcus se quedó un momento mirando por la ventana hacia Kongens Nytorv, que se había convertido en una gigantesca obra, pensando en la situación. Ahora Trane estaba implicado. Trane, que se consideraba a sí mismo el número dos de la jerarquía, el que algún día asumiría el mando. Estaba bien, pero por ello evaluaba a Marcus constantemente, calibrando si sería capaz de hacerlo mejor que él. Marcus era consciente de ello a cada momento. Por tanto, Trane no podía enterarse de lo sucedido el día anterior. Habría que limitarlo a Eva Katz, a un teléfono que le habían robado a la dama de compañía.

Universidad de Copenhague

14.47

Eva estuvo a punto de chocar con dos viajeros de Interrail italianos en la salida del metro. Uno se estaba comiendo un bocadillo, el otro se había sentado encima de la mochila, que llevaba una enorme bandera italiana cosida. Primero sonrió a Eva, luego se levantó y soltó un silbido a su paso. Ella se volvió. Ahora los dos estaban de pie, el descarado con los brazos abiertos, invitándola. Eva sacudió la cabeza y siguió adelante en dirección a la universidad. ¿Por qué eran los italianos los únicos hombres en Europa que todavía no habían entendido nada? Las mujeres no se dejan engañar por la galantería callejera. No se vuelven y se echan en brazos de los hombres, tal como el joven viajero esperaba. El amor de las mujeres se reparte de acuerdo con un sistema basado en los méritos, el

estatus y otras mil cosas más de un hombre, en cualquier caso demasiado complejas para dirimir las en unos breves segundos en la calle, con un silbido y una sonrisa. Echó un último vistazo atrás. El joven viajero la miraba abatido. Subió los hombros hasta las orejas con los brazos todavía abiertos, como un jugador de fútbol que ha recibido injustamente una tarjeta roja.

—Disculpa. —Eva sonrió a la señora de mediana edad que en ese momento salía.

—¿Sí?

—¿El Instituto de Ciencias del Arte y la Cultura?

El término «instituto» tal vez les quedaba grande a los pequeños despachos y aulas de aquel edificio de hormigón. Eva sacó la página impresa del bolso, con la fotografía del sitio web del agente inmobiliario, la fotografía de un salón de Kartoffelrækkerne, un lugar en el que había que ser feliz. No bastaba con eso para serlo, sin embargo.

Christian y Merete Brix se hallaban en medio de un proceso de divorcio cuando él había muerto.

La puerta de uno de los despachos estaba abierta. Había un hombre sentado de espaldas a ella con un teléfono apretado contra la oreja y las piernas sobre la mesa, encima de dos montones de papeles. Un rótulo ponía: «D. A. Weyland». Eva llamó a la puerta.

—Disculpa. ¿Estás hablando por teléfono?

El hombre se volvió.

—Te volveré a llamar, cariño —dijo al teléfono.

Eva sintió un pinchazo de dolor. Esa palabra... Era a ella a quien debían llamar cariño en una tarde de primavera cualquiera; ella tendría que haber estado pensando solo en compras y otras trivialidades. De pronto se desanimó, el proyecto le pareció absurdo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Eva volvió a la realidad.

—¿Eres historiador del arte?

—Me parece que la última vez que le eché un vistazo a la nómina ponía algo por el estilo. Estás en tercero, ¿verdad?

Eva dejó el papel delante de él, que lo miró.

—Menudas vistas. ¿Me lo quieres vender? No creo que me lo pueda permitir.

—El cuadro de la pared.

—¡Ah! Ya estamos.

—¿Qué es?

—¿Forma esto parte del nuevo test de calidad de ministerio? —dijo el historiador del arte, que por lo visto era un gracioso.

—Soy periodista. Solo quería saber qué es este cuadro.

Weyland miró a Eva y luego el cuadro.

—Evidentemente es un retrato. Puede ser de cualquiera. Se hicieron muchos retratos en el siglo

XIX

Centro de la ciudad

16.12

Marcus aparcó el coche justo en el momento en que Trane lo llamaba.

—¿Trane?

—¿Molesto?

—Nunca.

—He conseguido pinchar su teléfono. Por lo que he podido averiguar, no tiene Internet en casa.

—¿Qué has podido averiguar por su teléfono?

—Ha buscado en Google a Juncker, a Brix y la vivienda de este.

—¿Algo más?

—Sí.

—Cuéntame.

—Ha buscado a Metternich.

—¿De veras?

—Sí.

Marcus pensó que era rápida, competente, aunque seguramente había empezado sus pesquisas antes de la muerte de Brix. Nadie era capaz de averiguar tanto en tan poco tiempo. Apagó el motor del coche. Vio a David en la acera de enfrente. Se disponía a cruzar la calle, puntual como siempre.

—¿Estás ahí, jefe? —preguntó Trane.

—¿Dónde está ahora la chica?

—Acaba de meterse en el metro. Va hacia el centro.

—Tenme al corriente de adónde.

—Por supuesto. Te enviaré un LiveLink. Así podrás seguir sus movimientos a través de tu

teléfono.

—Gracias.

Marcus colgó. David abrió la puerta del coche, dejando entrar el ruido y el polvo de la calle. Marcus sintió irritación y desasosiego.

—¿Ha aparecido el teléfono de la dama de compañía? —preguntó.

—No.

—¿Sigue convencida de que se lo han robado?

—Absolutamente convencida. ¿Ahora qué hacemos?

—Lo recuperamos, David. O eso o...

—¿Qué?

—Pues será cuestión de salir corriendo y alistarnos en la Legión Extranjera —dijo Marcus, y sonrió.

David cabeceó.

—Menos mal que eres capaz de verle el lado cómico.

—¿Estás listo, soldado?

—Sí.

—Haremos esto juntos. Juntos somos más rápidos y fuertes que la Legión, ¿no es así?

David sonrió y asintió con la cabeza. El teléfono de Marcus dio señales de vida. Pulsó la pantalla una sola vez y apareció en ella un plano de un sector de Copenhague: Kongens Nytorv. Un puntito rojo que se movía lenta y plácidamente por él, como la presa que ni siquiera sospecha, que vive y pasta al final de la trayectoria que el cazador ha determinado para el proyectil.

Klareboderne

18.45

El bar Bo-bi a Eva nunca le había gustado, por mucho que fuera el más antiguo de la capital. Ni aunque hubiera sido el bar más antiguo del mundo. Humo, cerveza embotellada y lo único que podías comer eran huevos duros. Sus colegas de los tiempos en que trabajaba en Sværtegade tenían una idea de lo más romántica del lugar. Decían que acudías a él si eras un periodista de verdad. Allí te juntabas con poetas y escritores, artistas y gente que pretendía cambiar la sociedad. Lo único que Eva veía era gente que disfrazaba su alcoholismo de romanticismo beodo, de algo así como que vivir al límite, fumar y beber favorecía la creatividad.

El camarero interrumpió sus avinagrados pensamientos.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Podrías ponerme una ensalada de queso de cabra con piñones y una copa de Chardonnay? —dijo Eva con un semblante de lo más serio.

Por un instante, el camarero la miró con desconfianza y acto seguido rompió a reír a mandíbula batiente, enseñando una lengua casi negra. «Teñida de cerveza negra y una mezcla de tabaco de mascar y cigarrillos», pensó Eva, y se rindió con una sonrisa.

—No, ahora en serio. ¿Habéis evolucionado lo suficiente como para que se os pueda pedir una copa de vino blanco o es demasiado gay?

—Una copa de vino para la dama —dijo él.

Eva buscó a Rico con la mirada. Aunque hacía muchos años, estaba convencida de que le sería fácil reconocerlo por la seguridad en sí mismo que reflejaban sus ojos, por la mirada que irradiaba «yo-

contra-el-resto-del-mundo». Eva había estado a punto de acostarse con él cuando estudiaban, y él había insistido. ¿Fue por eso que ella se había echado atrás?

Había dos hombres sentados a una mesita, justo al lado de la puerta. ¿Por qué se fijó en ellos? ¿Porque uno había levantado la vista y la había mirado al entrar? No. Eso era lo que la mayoría de hombres del bar hacían, mirarla furtivamente. Se había fijado en ellos debido a su aspecto: el pelo extremadamente corto, la piel sana y cuidada, los cuerpos entrenados. Parecían soldados. No tenían aspecto de frecuentar el Bo-bi, o a lo mejor la clientela había cambiado desde la última vez que había estado allí. El camarero dejó la copa de vino en la barra.

—Gracias —dijo Eva.

Sacó el teléfono. Ningún mensaje de Weyland. Le había prometido que averiguaría algo acerca del

cuadro y que la llamaría o le escribiría para contarle si era robado, si valía mucho dinero. ¿Se trataba de una verdadera obra de arte? Todo el mundo sabía la gran cantidad de dinero que algo así podía valer. En el divorcio, ¿quién se llevaba el dinero del arte colgado en las paredes? Eva se lo podía imaginar, las desavenencias, todo el lío. Sonrió, cabeceando. ¿Realmente podía ser algo tan sencillo? Tomó un sorbo de vino blanco y se puso a leer acerca de Metternich en el móvil, del hombre retratado en el cuadro que habían descolgado en casa de Christian Brix. Se trataba de un estadista austriaco del siglo XIX

Estación central

19.53

Eva saltó al tren todavía pensando en Rico, en cómo su mano le había rozado la nalga, en lo que había dicho acerca de Martin. Las lágrimas amenazaban con volver, pero luchó por reprimirlas. ¡Maldito cerdo! «¿Qué demonios sabe él de Martin?», pensó, al tiempo que encontraba un asiento libre en el compartimento del tren de cercanías. ¡Claro que su novio no era un idiota loco por disparar! Martin era un oficial, un hombre de elevada moralidad, que realmente creía que el mundo podía ser mejor si se hacía algo para que así fuera, si se actuaba. Creía en la justicia, en que por desesperada que pudiera parecer una situación siempre había una luz al final del túnel. Si no, uno mismo tenía que encenderla. Eso le había escrito en la última carta que le había mandado. Al día

siguiente lo mató una mina. No, ojalá eso hubiera sido cierto. Al día siguiente su vehículo blindado pisó una mina. Martin murió dieciocho horas más tarde en una mesa de operaciones. ¿Por qué? ¿A qué precio?, preguntaba Eva, aunque sabía muy bien la respuesta: por un millón doscientas setenta y nueve mil coronas. Ese precio acordaron en Defensa, en la Guardia Real. Había sido el precio por Martin, la indemnización. ¿Cómo se llega a esa cantidad? ¿Cómo se calcula que este es el precio de un soldado muerto?

—¿Eva?

Había estado sumida en sus pensamientos, al igual que ahora, cuando él la llamó. Estaba sentada en Kastellet, en Copenhague. Sí, ahora lo recordaba todo, por mucho que susurrara «*back to future*», Rico había abierto las esclusas y había dejado fluir todo aquello en lo que no debía pensar: en el millón doscientas setenta y nueve mil coronas; en una tarde de hacía mucho tiempo; en cómo había levantado la

vista cuando entró el militar. Contaba con que iría de uniforme, que todos irían vestidos de verde oscuro con medallas y estrellas brillantes en los hombros. Sin embargo, llevaba tejanos y una chaqueta deportiva azul con una camisa blanca.

—Hablamos por teléfono, ¿verdad? Me llamo Asger Christensen.

—Sí —dijo Eva, aliviada de volver a oír su propia voz. Recordaba que aquella mañana no había dicho ni una sola palabra a nadie. Era la una. Un solitario «sí» en las siete horas que llevaba despierta.

—Adelante. ¿Café?

Lo había seguido hasta el despacho. En realidad había creído que las instalaciones parecerían más antiguas, que los suelos crujirían de vejez y que haría frío tras los gruesos muros.

Al cruzar el foso por la pasarela y entrar en

Kastellet donde Defensa tenía sus cuarteles, pensó en la guerra, en lo anticuada que es, en lo increíble y espantoso que resulta que sigamos lanzándonos de cabeza a ella. La fortaleza había sido construida hacía varios siglos, con fosos y cañones, y parecía un vestigio de un pasado lejano. Sin embargo, nada había cambiado. El campo de batalla había sido trasladado de Copenhague al desierto de un país lejano; el foso había sido sustituido por una alambrada; los enemigos ya no eran los suecos sino unas tribus. Por lo demás, todo era lo mismo. El centinela, los cañones, la prisión, los desfiles, los honores y «a sus órdenes».

—No he oído si querías café o no —le dijo Asger Christensen.

—Solo si tú quieres también.

Él la había mirado brevemente y le había sonreído.

—Dos minutos. Ahora mismo vuelvo.

Eva había mirado las fotografías de la reina y el príncipe consorte Enrique. Estaban separados, cada uno en su retrato. Eran fotografías antiguas. El príncipe llevaba un uniforme repleto de medallas. ¿Habría servido alguna vez en el Ejército, como sus hijos? Había mirado a su alrededor. Todo estaba recién restaurado y recordaba más un despacho moderno que un vetusto alto mando militar. Debían de haberse gastado mucho dinero, recordó que había pensado. Tal vez por eso habían llegado a la cifra de un millón doscientas setenta y nueve mil coronas. Seguramente era lo que se podían permitir pagar. La suma aumentaba si el soldado tenía hijos, pero Martin no los tenía. Tendría que haberlos tenido. Querían tener hijos.

Cuando Asger Christensen volvió, dejó una bandeja frente a Eva.

—Normalmente trabajamos en otros locales, pero como ya estaba en la ciudad y de todos modos teníamos que cerrar este asunto... —dijo.

—¿Has hablado con los padres de Martin?

Él se había sentado. Sirvió café caliente en las dos tazas antes de contestar.

—Sí, he estado en contacto con ellos.

—¿Qué dicen?

—Están impacientes. Les gustaría pasar página.

—¿Pasar página? —Eva cabeceó—. Solo hace medio año que Martin fue asesinado.

Asger carraspeó.

—Que murió.

—¿Cuál es la diferencia?

—Es grande. Hay una gran diferencia entre «asesinado» y «muerto». «Asesinado» implica que alguien concreto ha atentado contra tu vida. «Muerto» quiere decir, en el caso de Martin, que has fallecido por una causa.

—¿Una causa? —dijo Eva, con la rabia a flor de piel, y volvió a mirar a la reina.

—Eva, comprendemos tu ira.

—¡No! No la comprendes —dijo en voz alta, más alta de lo que había pretendido.

Él la miró, sorprendido.

—No puedes entender cómo me siento. Nadie que no haya perdido a un ser querido puede entenderlo. —Él se sonrojó pero ella no apartó la mirada—: Escúchame. Lo he perdido todo. He perdido a mi marido.

—A tu novio —se apresuró a corregirla Asger Christensen. El color de sus mejillas estaba disminuyendo.

—¡Nos compramos una casa, maldita sea!

—Lo sé. Y solo con que os hubierais ido a vivir juntos...

Ella lo interrumpió.

—Había que arreglarla. ¿Cuál es el problema?

—¿Comprendes por qué las reglas son como son? La indemnización se abona al cónyuge, a la pareja de hecho o a los familiares más cercanos. Tú no eres ni lo uno ni lo otro.

—Habíamos comprado una casa juntos. Habíamos rescindido nuestros contratos de alquiler.

—Eva... —Asger Christensen suspiró. Se reclinó en la silla—. Imagínate que cualquier mujer pudiera venir a reclamar cuando un soldado muere en acto de servicio.

—No. —Calló y se miró los puños apretados, listos para el combate—. Habíamos comprado una casa —siguió, más o menos serena—. Yo no soy cualquier mujer. Los dos firmamos el contrato de compraventa. Encontramos la casa tres días antes de que él se fuera. ¡Era la casa de nuestros sueños,

maldita sea!

—Ojalá os hubierais casado.

El tren de cercanías entró en el túnel y Eva atrapó su propio reflejo en la ventana. ¿Qué vio? Una mujer airada. Sí, eso fue lo que vio. Una mujer herida, pero que al mismo tiempo irradiaba determinación y fuerza de voluntad. ¿Qué más había dicho Rico? Que era bonita pero carecía de talento. «¡Que le jodan! Joder...».

Alzó la mirada y los vio enseguida. Los mismos dos hombres que había visto en Bo-bi, los soldados o lo que fueran. No subieron al tren sin más y se sentaron, como cualquier otro pasajero. No, recorrieron los vagones casi vacíos y, en cuanto vieron a Eva, se apresuraron a apartar los ojos y tomaron asiento no muy lejos de ella. Eran los mismos, estaba segura, ¿o acaso imaginaba que había alguien que la seguía, tal como había escrito su psicóloga? «Psicosis aguda provocada por un

trauma infantil». Dolor, depresión, estrés postraumático, todo eso. Era del todo normal, del todo normal de una manera anormal.

Estación de Østerport. Eva se levantó. Aún faltaban muchas paradas para que tuviera que bajarse. Se colocó frente a la puerta. Uno de los hombres alzó la vista, miró a Eva y a los demás pasajeros. Iba casi completamente rapado, al igual que su compañero o colega. Conocía a estos tipos. Eran militares. Los había visto un sinnúmero de veces en los últimos años, cuando visitaba a Martin en el cuartel. Las puertas se abrieron. Eva se bajó. Siguió mirándolos. Ellos no la miraron. Tal vez fuera una casualidad. En cualquier caso, no la siguieron a la estación, ni tampoco estaban en el siguiente tren cuando finalmente llegó.

Hareskoven

20.35

—¿Disculpa?

Acababa de introducir la llave en la cerradura cuando oyó la voz que provenía de algún punto detrás de ella. Un hombre de pelo canoso y entrado en años se había parado en la acera. Llevaba un perro salchicha de la correa.

—Me parece que nunca nos habíamos presentado —dijo con un acento elegante, un poco afectado, perteneciente a una época en que las cosas estaban perfectamente en orden.

—No. —Eva dejó el bolso en el suelo.

El hombre hacía tiempo que estaba jubilado, pero era atractivo, estaba en forma; lo estaban todos en la zona, pensó Eva. Así se había imaginado la

vida con Martin, como una vida ordenada, sana, bella.

—Jørgen Lauritsen —dijo el hombre—. Vivo en el número dieciséis. Soy el de todos esos rododendros.

—¡Ah, sí! —dijo Eva, y se presentó.

—¿Ya te has aclimatado? —le preguntó él, y la miró con sincera curiosidad.

—Bueno, más o menos. Hay muchas cosas que hacer. —Eva miró hacia la casa—. No sé qué más decir. Hay muchas cosas.

—¿Hay algo en lo que te pueda ayudar? Solo tienes que decírmelo.

—Es muy amable por tu parte, pero no puedo...

—¡Sí, sí! Por favor. Podría... —Parecía no saber muy bien qué, pero fue solo unos segundos—. Si quieres —le propuso finalmente—, podría retirar la grava de la acera, cuidarte el jardín. Seguro que

estás muy ocupada. Recuerdo cómo era mi vida cuando tenía tu edad. No paras ni un momento, intentando conciliar la vida familiar con la carrera. ¿No es cierto?

—Tal vez —se limitó a decir Eva.

—Lo he pensado a menudo. Es que Dios lo ha organizado todo mal. —El hombre soltó una carcajada.

La suya fue una risa falsa. De pronto estaba nervioso, se había dado cuenta de que Eva lo había calado. No se trataba de prestarle ayuda, se trataba de que sus vecinos no soportaban que su casa estuviera hecha un asco.

—Dios debería haberlo organizado de manera que no pudieras tener hijos hasta que tu carrera estuviera bien encarrilada. ¿No te parece?

—Tendrás que disculparme. Ha sido un día muy largo.

—Bueno, pues quedamos así —dijo el hombre, y lo intentó con una nueva sonrisa.

Eva abrió la puerta, dejó el bolso en la entrada y respiró hondo.

—No encajo aquí, Martin —dijo—. No estando sola, no sin ti. Juntos tal vez podríamos habernos reído, pero...

Calló, de pronto consciente de que estaba hablando en voz alta, como una vieja chalada. «Este lugar me vuelve loca». Haberlo reconocido fue tal vez lo que la impulsó a bajar directamente al sótano, porque tenía que salir de allí, tenía que volver a sacar las cajas de la mudanza, sacarlas a la calle, llamar a una compañía de mudanzas o, mejor todavía, prender fuego a toda esa mierda. «En esta casa no hay más que desgracia y dolor —pensó—. Voy a dejar que las malas hierbas y los dientes de león me releven. Las flores y la hierba no conocen el dolor ni la soledad».

Encendió la luz de las escaleras. Había polvo en el aire. Sus cajas con libros y ropa de invierno estaban amontonadas. ¿Qué estaba haciendo allí? No había bajado para mudarse, ni para darle algún tijeretazo más al uniforme de gala de Martin, como había hecho una noche que estaba realmente furiosa, semanas después de su muerte (lo tenía colgado de una percha, totalmente destrozado). No. No había bajado al sótano para echarle un vistazo al uniforme. Lo había hecho por algo que tenía que ver con la Facultad de Periodismo, con algo que habían aprendido entonces, algo que Rico sabía hacer muy bien. Recordaba que a él le había encantado aquel curtido y airado periodista, el mismo al que Eva había detestado desde el primer día, a pesar de lo cual había tomado apuntes. De eso estaba segura. Primera caja: vestidos de verano. Segunda caja: ropa de invierno. Patines, pantalones de esquí y recuerdos de los Alpes, crepes y chocolate caliente. Allí estaba: una caja, solo una; por lo visto cuatro

años de carrera no daban para más. La abrió y encontró sus viejos libros de texto: *Retórica aplicada*, *Escribe para ser escuchado*, *Teoría social*. No era lo que estaba buscando. Tres carpetas de apuntes. Pasó las páginas hasta que lo encontró. «Periodismo de investigación», había escrito en la parte superior de la hoja. Eva leyó:

Nunca seré una periodista como tú. Eres un hombre amargado, irascible y viejo. Sentiste necesidad de humillarme cuando entré en el aula. Me sonrojé, tú lo viste, seguiste dándome caña. «La hermosa chica», me llamaste, la que no necesita aprender bien la profesión. Eres un mierda, un malvado, un acomplejado. Descargas tu cólera sobre los demás. Se trata de «cargarse a los cerdos», dices. Has dividido tu mundo en buenos y malos, y en este mundo tú eres el único bueno y los demás son, o bien ignorantes que solo piensan en barrer para casa, o bien malos, malos, MALOS

Autopista de Helsingør

21.46

—A lo mejor seguimos a la persona equivocada —dijo David. Iba al volante como de costumbre, una rutina con la que se habían sentido cómodos desde la época pasada en Irak.

—Era ella —contestó Marcus, y se acordó de la mano. No había vuelto a pensar en el mordisco desde que habían salido de la casa. Había pensado en ella, en la periodista, en los libros que había visto en el sótano. *Periodismo de investigación*. Pensó en su sexo, en que le había palpado la entrepierna. Nunca antes había hecho algo así. Nunca. Aquella mujer tenía algo, algo que él no comprendía. Se quitó el guante. Estaba empapado de sangre. Se lo tenía merecido, pensó. No por haberla atado; incluso podría haberle quitado la vida sin por ello sentirse tan mal como se sentía por lo de su

sexo, por haberle tocado la entrepierna caliente con el dedo. ¿Por qué? Porque era poco profesional. Levantó la cinta adhesiva con cuidado. La sangre empezó a correr. Por un instante fue como si la sangre de ella saliera de su mano, sangre procedente de su interior, como si ella estuviera dentro de él. Todavía era capaz de evocar el aroma de su piel.

—No parece que la cinta americana vaya a parar la hemorragia —dijo David.

—Iremos a tu casa. Tú me coserás la herida.

—No soy muy bueno cosiendo. ¿Qué me dices de ir a urgencias?

—Da igual. Ya lo haré yo. Ahora no vamos a ir al hospital.

—No es más que la mordedura de un perro, ¿no?

—David, me temo que todavía no lo entiendes. Si tú hubieras acabado mortalmente herido en la casa, si ella te hubiera atravesado el pulmón con un

cuchillo y ahora mismo estuvieras echado en la parte de atrás y solo te quedarán tres minutos de vida, seguiría sin querer ir a urgencias. ¿Lo entiendes? Todos somos prescindibles. Nadie está por encima del motivo de nuestra lucha.

David cabeceó imperceptiblemente. Miraba al frente, hacia la calzada. Marcus volvió a taparse la herida con la cinta. Muy pocas mujeres lo hubieran mordido. Esta tenía algo especial, algo que Marcus solo había visto en quienes no tenían nada que perder: soldados que habían perdido el alma; gente que había perdido a su familia, esa clase de temerarios. Marcus miró fijamente por la ventanilla, tal como llevaba haciendo desde que se habían marchado de Hareskoven.

—El hombre al que abrazó.

—El del bar.

—¿Pudo darle el teléfono a él?

—O haberlo dejado en la guardería.

—Tal vez.

—O no ser siquiera quien lo robó.

—¡David! —gritó Marcus, algo que hacía muy pocas veces—. ¿Cuándo vas a despertar?

—¿A qué te refieres?

—¡Es la guerra! ¿Lo has entendido? Nos encontramos en mitad de una guerra. Estamos tú y yo, nadie más. ¿Quieres dejarlo? ¿Es eso?

David no contestó.

—Párate aquí —le ordenó Marcus. David obedeció, puso el intermitente y se metió en el arcén.

—Nos han abandonado detrás de las líneas enemigas, ¿lo comprendes? Estamos tú y yo y lo que tú y yo compartimos. Eso es lo único, soldado, lo único que nos sacará de esta situación con vida. Y estamos aquí. Tenemos las manos manchadas de

sangre. Hagamos lo que hagamos, solo saldremos de esta luchando. Si nos rendimos, si nos sentamos en el arcén o nos vamos a casa, el enemigo nos encontrará.

David parecía a punto de decir algo, pero desistió.

—¿Y quién es el enemigo? Ahora mismo es ella. Si ella le ha dado el teléfono a alguien ya tenemos dos. Si han conseguido desbloquearlo y se lo han mostrado a alguien más, ya tenemos varios. ¡David! Mírame.

David obedeció.

—¿A cuántos enemigos estás dispuesto a enfrentarte por sobrevivir?

—No lo sé.

—¿Y de la supervivencia de qué estamos hablando?

—De la Institución.

—De la Institución y de la nuestra. Nosotros y ella. ¿A cuántos enemigos? Solo dímelo, para que yo lo sepa. ¿A ninguno? ¿A uno, dos, cinco?

David hizo un gesto de desaliento.

—¿Incluimos a los dos primeros?

—Sí, inclúyelos. ¿De cuántos enemigos estás dispuesto a deshacerte para sobrevivir? Tengo que saberlo.

Silencio en el coche. Marcus podía oír su propia respiración.

—Sal del coche —le ordenó a David. Contempló a su viejo amigo. Sabía que había llegado al punto en que prefería perder la vida que quitársela a otro. Marcus lo había observado antes, en el desierto, en soldados que se hundían bajo el peso de la responsabilidad, de la responsabilidad por la vida y la muerte que uno ha asumido, literalmente, a fin de cambiar el mundo. Posó una

mano en el hombro de David.

—Lo digo en serio. Sal del coche, soldado.

—No, puedo hacerlo.

—No lo creo.

—Sí. Puedo hacerlo —insistió David, y miró la mano de Marcus—. Venga, tenemos que cosértela.

Volvió a poner el coche en marcha. Marcus sabía que David estaba roto, que ya casi no podía más. En circunstancias normales habría enviado a un hombre así de vuelta a casa, pero no tenía a nadie más y no le apetecía quedarse solo. Marcus sintió un temblor en el cuerpo, un repentino miedo a la soledad, como si algo se hubiera abierto en su interior. ¿De dónde provenía? ¿De la periodista? Marcus se lo quitó de la cabeza. Llevaba toda la vida solo, también en las relaciones que había mantenido. No había compartido sus interioridades con una mujer, no era propio de él, él no era de esos. Sabía cómo soportar

el dolor, se le daba bien manejarlo, deshacerse de él y mirar hacia delante. A menudo solo se trataba de conseguir distanciarse de los problemas. Solía bastar con una sola noche. Casi todo parecía más sencillo a la mañana siguiente; era lo que siempre les había dicho a sus hombres. Eso era lo que debía hacer ahora. Solo necesitaba dormir una noche entera, algo que no había conseguido desde la noche en que mató a Christian Brix.

Hareskoven

23.12

Uno de los agentes, el mayor, había salido para asegurar las pistas en el jardín. ¿Había más técnicos de camino? Eva no lo sabía, no hacía más que mirarse las manos temblorosas y luego mirar al joven agente que tenía delante y que la contemplaba con auténtica conmiseración. Estaban sentados en el salón. Eva en el sofá, con las piernas recogidas y una manta de punto encima.

—¿Estás segura de que no quieres llamar a nadie? —dijo.

—Totalmente segura.

—Creo que estás conmocionada.

—Sin duda —dijo Eva, y lo miró. ¿Eran de la misma edad? Tal vez él tuviera un par de años más.

—¿Eva?

—¿Sí?

—¿Recuerdas cómo me llamo?

—¿Me lo has dicho?

—Dos veces.

—¡Ah, sí! Peter.

Él sonrió.

—No, Søren. ¿De acuerdo?

—Søren. El agente Søren. Es fácil de recordar

—dijo Eva con una sonrisa forzada.

Él se la devolvió antes de incorporarse en la silla, que crujió.

—Cuéntamelo todo desde el principio.

—¿Desde el principio?

—Estás sentada en el sótano. Has bajado para buscar algo.

—¿De veras?

—Eso me has dicho.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo. Unos viejos apuntes.

—¿Y entonces has oído voces en el exterior?

—Sí. He subido las escaleras y ellos estaban en el salón, justo delante de mí, como salidos de la nada. Me han atacado, me han atado y han registrado la casa.

—¿Los oías hablar?

—No. Sí. Cuchicheaban.

—¿Pudiste oír lo que decían?

—Sí, al final.

—¿Cuándo han vuelto?

—Sí, hablaban en voz baja de si yo seguía aquí o me había escapado.

—¿Tenían acento?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí. Eran daneses.

El agente de mayor edad volvió a entrar.

—Hay marcas en la puerta del jardín —dijo—.

La madera es muy porosa. Es una casa vieja...

Eva asintió con la cabeza. No sabía con certeza si esto último había sido una pregunta velada. Le sorprendió que el agente hubiera utilizado la palabra «porosa».

—No lo sé —dijo—. Es de 1978. Tiene casi mi misma edad. Entonces yo también soy vieja.

—Todos lo somos —dijo el agente mayor, y los dos se rieron. Volvió a ponerse serio—. Es una puerta de jardín vieja, solo pretendía decir eso. La madera está ligeramente podrida. Es fácil entrar a

robar.

—¿Vives sola? —intervino Søren, el más joven.

—Sí. Mi marido murió.

—Lo siento mucho. Hoy no es tu día, ¿verdad?

Eva se rio. Con una risa demasiado sonora y prolongada, lo sabía, pero así es la conmoción, llega un momento en que no te queda otra que reír para no llorar. Y no tenía ninguna necesidad de llorar, llevaba haciéndolo demasiados meses.

—¿Tienes algún...? —El agente mayor titubeó. Luego decidió plantear la pregunta tal cual—. ¿Tienes algún enemigo?

—No.

—Entonces, ¿por qué dices que estaban buscando algo en concreto?

—No lo sé. Solo sé que en cierto modo todo me pareció tan... profesional.

—Los ladrones suelen serlo —dijo Søren—. Los asaltadores de casas viven de ello. Vigilan casas de parejas ancianas o mujeres solteras y a veces las que están un poco apartadas. El año pasado... —Miró a su colega—. El año pasado hubo cinco asaltos a casas en Hareskoven.

—¿Cinco? —dijo Eva, sin saber muy bien si eran muchos o pocos.

—¿Dices que crees que volvieron porque habían olvidado algo?

—Sí. Uno dejó algo en la mesita de centro. Algo pesado.

Los dos agentes miraron la mesita.

—Tal vez una linterna —propuso Eva.

—¿Y crees que volvieron por ella?

—Sí.

Los agentes volvieron a mirarse. Eva se maldijo

a sí misma. ¿Por qué había dicho que parecían buscar algo en concreto? Søren carraspeó. De pronto parecía cansado.

—Eva...

—Sí.

—Creo que se trata de un simple robo.

—Sí.

—Pero también creo que hay algo que no me quieres contar.

Miró a Eva a los ojos, preocupado, como un amigo, como alguien que quería ayudarla. Luego miró al otro agente. Silencio. Eva miró por la ventana.

—¿Qué hora es? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta—. No falta mucho para que tenga que ir a trabajar.

—Claro que no tienes que ir a trabajar —dijo

Søren—. ¡Después de todo lo que has tenido que pasar!

Eva cabeceó. «Ni hablar», pensó, pero no le quedaban fuerzas para decirlo, para explicarles que el asalto había tenido el efecto opuesto en ella. Los psicópatas que habían irrumpido en su casa, esos asquerosos cerdos que la habían manoseado, no iban a asustarla.

Se miró las manos. Le temblaban una barbaridad; ojalá dejaran de hacerlo antes de que tuviera que trabajar en la cocina. No podía cortar los pepinos y las zanahorias para los pequeños si no controlaba las manos.

—¿Eva?

—¿Sí?

Volvía a ser el agente joven.

—Vamos a tener que enviar a los técnicos aquí y, es mejor que te lo advierta, abultan un montón con

todo su equipo. Luego vendré a recogerte. Tenemos que levantar acta, pero a lo mejor te gustaría echarte un rato antes. ¿Quieres que un médico le eche un vistazo a tu cuello? Sí, lo mejor será llevarte al hospital para que te examinen. También podemos ofrecerte ayuda psicológica.

—No, no. Estoy bien, de veras —dijo Eva, y pensó en Martin, en el día que fue asesinado, en sus compañeros, en el soldado que iba sentado al lado de Martin en el carro blindado y al que la explosión partió la columna vertebral por la mitad, pero que había sobrevivido y estaba sentado en alguna residencia sin poder mover nada más que los músculos faciales. Ella estaba bien. En comparación con ellos, estaba bien. Atrapó la mirada de Søren y se la sostuvo.

—Decías que tienes que levantar acta. Preguntalo que quieras.

11 de abril

En el tren a Roskilde

07.32

Eva Katz estaba sentada en el vagón hojeando un diario gratuito y casi se olvidó de cambiar de tren. El pañuelo de seda que llevaba alrededor del cuello estuvo a punto de quedársele enganchado en la puerta cuando saltó al andén. ¡Qué bonito si el pañuelo que se había puesto para ocultar las marcas del cuello le hubiera causado la muerte! Se echó a reír: primero casi asfixiada, luego colgada de un tren regional con destino a Næstved, arrastrada del cuello como un perro por las vías de tren. Eva reía y la gente que pasaba por su lado debía de pensar que no estaba en sus cabales. Un hombre le sonrió. Su risa desenfundada no tenía visos de parar. Sacó el teléfono entre hipos y se lo acercó a la oreja. Así parecía que se estaba riendo de algo que alguien le había dicho. Enseguida empezó a recibir miradas

más comprensivas. «Si ellos supieran». Estaba realmente loca. Lo sabía. Era capaz de verse a sí misma desde fuera, tal como le pasa a la gente que ha sufrido un accidente de tráfico: hay tres personas destrozadas en el coche y la superviviente anda a gatas por el asfalto con sangre en la cara y sin parar de decir: «No encuentro el pasador del pelo». Sufría esta clase de locura, de conmoción, de colapso. Muchos nombres para una misma cosa.

Cuando Eva atravesó la guardería en dirección a la sala de personal, volvió a pensar en un accidente. Había sucedido algo terrible y todos corrían de un lado para otro, sumidos en su propia confusión, tal como se sentía ella.

—¿Eva?

Se volvió. Era Kamilla, con una mirada triunfante.

—Sí. Quiero decir, hola —dijo Eva.

Kamilla cerró la puerta de la sala. Estaban solas.

—He decidido que no puedo vivir con ello.

—¿Con qué?

—Con la decisión de mantener la boca cerrada.

—¿Acerca del niño en el bosque?

—Sí. Tanto acerca de eso como de lo tuyo de ayer, la manera en que te acusaron. Le he dicho a Torben que subiremos a hablar con él.

—¿Subiremos?

—Sí, tú y yo.

—Preferiría no hacerlo —dijo Eva, y se aclaró la garganta—. No creo que lo del bosque tenga nada que ver conmigo, y lo del teléfono de ayer...

—¡Claro que no puedes vivir con ello! —la interrumpió Kamilla—. Si no te rebelas, pensaremos que fuiste tú quien lo cogió, y no fuiste tú, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

—Exacto. ¿Y por qué crees que Anna está de baja por enfermedad hoy?

—¿Porque no se encuentra bien?

—Porque no se quiere pegar demasiado a Torben en este asunto. Torben se ha aislado. Ocultar lo del bosque estuvo mal. No podemos vivir con ello.

—¿Quiénes?

—Nosotros, en la guardería —dijo Kamilla—. Los empleados. No podemos vivir con ello.

A Torben no le gustaba la situación. No parecía capaz de tener las manos quietas. Además, estaba lo de su sonrisa. «Demasiado ancha y forzada», pensó Eva. Kamilla no sonreía. Simplemente se sentó al lado de Eva y miró expectante a Torben, que echó la silla de oficina ligeramente hacia atrás, tal vez para crear más distancia con las dos mujeres que tenía

enfrente. Un par de manchas de sudor se extendían en sus axilas.

—Bueno, teníamos que hacer un seguimiento del episodio de ayer —dijo, y fijó la mirada en un punto entre ambas—. Fue un día algo turbulento, creo que estaremos de acuerdo en eso.

—¿Ha aparecido el monedero? —preguntó Kamilla.

—El teléfono —la corrigió Torben—. No, que yo sepa, no. Creo que piensa denunciarlo a la policía.

—Pero ¿está segura de que fue aquí donde desapareció? —dijo Kamilla—. A lo mejor ya lo había perdido cuando llegó.

—Lo rechaza de lleno. Dice que sabe que lo tenía cuando entró en la guardería. Pero es posible que se equivoque, claro, y también es por eso que me gustaría disculparme.

Torben miró a Eva. Por un instante dejó que sus dedos toquetearan el colgante que llevaba alrededor del cuello, el diente de un animal marino, pensaba Eva.

—Por haber sospechado de ti de esa manera...
—Se interrumpió a sí mismo—. Pero supongo que estaba un poco estresado.

Eva lo miró. Intentó concentrarse en la situación. Todavía le daba vueltas en la cabeza la imagen de sí misma llegando a la estación de Næstved arrastrada por un pañuelo de seda. También le pareció que su voz sonaba extraña cuando finalmente dijo algo, aunque los demás no lo notaran.

—¿Cómo está la niña?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, Esther está bien —dijo Torben, a todas luces encantado de poder hablar de otra cosa que no fuera el teléfono desaparecido—. Esta noche ha estado en observación en el hospital, pero ya ha vuelto a casa.

Es posible que venga mañana. Sus padres vendrán hoy para celebrar una reunión...

—Sencillamente no entiendo cómo pudo suceder —lo interrumpió Kamilla. Su tono de voz era ligeramente acusador, una impresión que reforzó su mirada, que no le otorgaba ni la más mínima oportunidad a Torben de zafarse.

—Al fin y al cabo son muchos niños en un lugar muy pequeño —dijo este—. Y donde hay gente suceden los accidentes.

—Pero es que no se trata solo de la seguridad de los niños. También es muy violento para los empleados. Si le ocurre algo a uno de los pequeños que se podría haber evitado...

—Kamilla. Esto no hay quien lo aguante. —Torben se inclinó ligeramente sobre la mesa en un intento de acrecentar su autoridad. Eva no estaba segura de que lo hubiera logrado—. Sé muy bien que últimamente me tienes ojeriza, pero escúchame:

hemos tenido un accidente. De acuerdo, estas cosas pasan, la niña volverá pronto, no hay razón alguna para dar a las cosas más importancia de la estrictamente necesaria. Al contrario, creo que deberíamos olvidar el asunto cuanto antes y seguir adelante, por el bien de todos.

—Pero podría haber muerto. Al igual que... Bueno, ya sabes de lo que estoy hablando. Hay decisiones con las que no podemos vivir.

Silencio. Torben miró por la ventana. Eva notó la vibración de su teléfono en el bolsillo. Lo sacó, lo mantuvo oculto bajo la mesa. Era Rico. La había llamado dos veces.

—¿Os parece bien si respondo?

Nadie contestó. Kamilla miró a Torben, que seguía mirando por la ventana. Parecía un jugador de ajedrez cuyo contrincante acabara de anunciar jaque mate.

Cuando Eva salió, oyó que Kamilla decía en un tono de voz imperioso que no podía ser, que la decisión era catastrófica para todos. Mientras bajaba las escaleras en dirección a los baños, Eva pensó que tal vez Kamilla estaba equivocada, que la decisión era la mejor para la mayoría, pero que Torben había dado un arma cargada a sus adversarios. Recordaba las luchas por el poder en la redacción. Se le había dado bastante bien manejarse en ellas, aunque no tan bien como se le daba a Kamilla.

—Ya estamos dentro —dijo Rico con teatralidad.

«Dentro». A Eva le sorprendió la expresión. Parecía de película de acción. Consideró contarle lo del asalto que había sufrido.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Por lo visto, el último SMS que envió fue un mensaje de despedida. ¿Quieres oírlo?

Eva titubeó un instante, como si tuviera que vencer una barrera moral antes de acceder. Se reclinó, apoyando la espalda en las frescas baldosas. Atrapó su propia mirada en el espejo y pensó lo significativo que resultaba que las conversaciones con Rico tuvieran lugar a escondidas en los baños del personal. Rico no tenía ganas de esperar a que le diera su consentimiento y empezó a leer sin más:

—«Estimada Helena, hermanita. No puedo más. No quiero seguir. Te quiero. Para siempre».

Había leído el mensaje con una indolencia pasmosa, pero tal vez precisamente por eso las palabras impactaron a Eva con tanta dureza. Todo era tan sobrio, tan frío... Pensó en Martín, en la muerte. Así era la muerte, lo sabía: breve, precisa, sencilla. La noche que recibió la llamada

anunciándole la muerte de Martin fue igualmente sencillo.

—Y *¡bang!* —dijo Rico—. Se metió el fusil en la boca y disparó. Sin más florituras. Lo envió a las 08.52.

—¿Y de eso estás completamente seguro? ¿Se envió el SMS el 8 de abril, a las 08.52?

—Absolutamente.

—Pero... De acuerdo, gracias. ¿Algo más?

—Tal vez. Incluso algo muy grande.

—¿Qué?

—¿Qué me dices del pago?

—¿Qué es eso tan grande?

—Tendrás que venir esta noche a mi casa.

—Rico, ¿así es como quieres que sean las cosas?

—Escúchame bien, guapa —dijo Rico, en un tono de pronto amenazador—. No sé si eres consciente de ello, pero esto no es fácil para mí, ni está exento de riesgo. Tengo un contacto que utilizo, un...

—¿Un contacto? —lo interrumpió Eva.

—También puedes llamarlo un ayudante devoto. Y mi devoto ayudante tampoco es gratis. Nada es gratis, y sabes muy bien a qué me refiero. ¿Sabes lo que Henrik Nordbrandt dijo en una ocasión?

—Henrik...

—El poeta. Dijo, y cito de memoria: «He tenido a muchas calientapollas en mi vida, y me gustaría tener más». ¿Por qué crees que siempre pienso en esa frase cuando oigo tu voz?

Eva reflexionó un instante. Necesitaba la información. Era lo único que significaba algo para ella.

—¿Dónde vives?

—No por teléfono, Eva.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo dije la última vez. Nunca se es demasiado prudente. Motoristas, delincuencia de bandas, todo a lo que yo me dedico... Disponen de equipos mucho más sofisticados de lo que suponemos, créeme, contactos por todos lados. En el mismo lugar que la última vez.

—¿En el bar?

—No por teléfono. Recuerdas muy bien dónde estuvimos. Empezaremos por ahí. Misma hora, mismo lugar, y entonces ya te diré dónde iremos. — Se rio—. ¿Decías que te quedarías desnuda en mi salón o lo he soñado? —Rico colgó sin despedirse.

«A las 08.52 —dijo Eva para sí—. El momento en que un suicida envía un último saludo a su hermana antes de volarse la cabeza». Pero había

algo que no encajaba, o esa era la sensación que tenía, como cuando sientes que has olvidado algo, pero no recuerdas qué.

Se metió en el aula Verde, donde estaba la agenda. Encontró la libreta forrada en la que los padres registraban a sus hijos cuando llegaban por la mañana. Hojeó el libro. Buscó algo sobre Malte, algo sobre...

Faltaba una página: la del lunes. El primer día de Eva. El día en que Malte había hecho el dibujo. El borde estaba ligeramente deshilachado. Alguien la había arrancado. ¿Por qué? Eva volvió las hojas hacia atrás. Era la única que faltaba. ¿Por qué habían arrancado precisamente aquella página? ¿Para que nadie supiera cuándo había entrado Malte aquella mañana? Pero ¿por qué era eso tan importante?

«A las 08.52», volvió a oír la voz de Rico, la hora en que fue enviado el último mensaje, las últimas palabras de Brix en esta vida. Pero ¿cuándo

hizo Malte el dibujo? ¿Cuándo detectó Eva el miedo en su mirada? ¿Cómo encajaba...?

La llamada de su padre. De pronto lo recordaba. Eva se apresuró a consultar las llamadas perdidas de su teléfono. Su padre la había llamado y le había dejado un mensaje justo después de que el niño hubiera hecho el dibujo. Eva se acordaba. Se acordaba de que no había cogido el teléfono. Se acordaba de que Kasper le había recordado que no podía tener el teléfono encendido en las aulas. Las 08.46; el momento en que la había llamado su padre; el momento en que el dibujo estuvo terminado: el dibujo que mostraba al muerto, al tío pelirrojo.

—¿Eva?

Una niña pequeña con pecas se acercó a Eva y tiró de su manga.

Tal vez la niña también dijo algo más, pero Eva no lo oyó. En cambio, oía sus propios pensamientos. ¿Cómo podía el niño conocer la muerte de su tío si

este había enviado su SMS seis minutos más tarde,
tras lo cual se había pegado un tiro?

Systems Group

14.30

—¡Adelante!

La voz de Marcus sonaba ronca, no le quedaba mucho volumen con el que compensar la afonía. Por la mañana, la mujer de la cafetería le había preguntado si no prefería una manzanilla. Marcus le había dicho que no. La manzanilla era una pequeña señal de debilidad, al igual que lo eran la sémola de trigo, el kéfir, la espelta y cuatrocientos productos más que Marcus y los suyos nunca debían ingerir, cosas propias de un campamento en una isla para madres solteras o de cafeterías ecológicas del barrio de Østerbro. Allí no.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Adelante, he dicho.

Trane abrió.

—No te había oído.

—¿Qué querías?

—Sé para quién trabaja.

—¿Y?

—Esta mañana recibió una llamada de *Ekstra Bladet*.

—Claro —dijo Marcus, y sacudió la cabeza—.

¿Con quién habló?

—Era un número fijo de la redacción. La llamaron a ella.

—¿Sabes quién?

—No.

—¿Tienes el número?

—Sí.

—¿Has intentado llamar?

—Antes quería comentártelo.

—¿Cuál es el número?

Trane consultó los papeles. Marcus puso el altavoz y tecleó el número que Trane le leyó. Se miraron cuando el teléfono empezó a sonar.

—Jacobsen —dijo una voz en el otro extremo de la línea.

Marcus cogió el auricular.

—Perdón. ¿Con quién hablo?

—Tú primero —dijo el otro.

Un momento de silencio y Marcus colgó.

—¿Jacobsen? —dijo, para que Trane pudiera oír tanto la pregunta como la orden solapada de averiguar quién era ese tal Jacobsen. Por eso Trane tardó doce segundos en encontrar la respuesta. Marcus lo cronometró con su viejo reloj de submarinista.

—Jacobsen, Rico —dijo Trane, y prosiguió—: Premio Cavling por su trabajo con la delincuencia de bandas. Dirección secreta. Han atentado contra él. Los motoristas...

Marcus acercó su silla.

—¿Hay una foto?

Trane le dio la vuelta a la pantalla. Rico Jacobsen aparecía sonriente en la fotografía. El día antes, al abrazar a Eva frente a la estación de Nørreport, no sonreía. «Hay algo extraño en este abrazo», había pensado Marcus mirando a los dos jóvenes de lejos.

—¿Ha llegado David?

—No. ¿Quieres que lo llamemos?

—Ya lo haré yo. Buen trabajo, Trane. Empezaré por ahí.

Bar Bo-bi

18.50

«Aire fresco», pensó Eva, antes de coger aire y llenarse los pulmones durante unos largos y gozosos segundos. Luego empujó la puerta y entró en el bar lleno de humo. Eva se sentó a la barra, como la última vez. Nueva camarera. Louise, oyó que la llamaba uno de los clientes habituales.

—¿Qué decías?

—Vino blanco, gracias.

Eva intentó tranquilizarse, relajarse, pero su mirada se negaba a obedecer y seguía buscando rostros, buscando otras miradas, gente que la mirara. ¿Alguien la perseguía? ¿Alguien la vigilaba? «No», pensó. No se veía a ningún soldado por ningún lado. Estaba casi segura. ¿Y Rico? ¿Qué había sido de él? Había llegado un poco tarde a propósito,

precisamente para evitar parecer una soltera desesperada. ¿Qué habían acordado, en realidad? ¿Que se verían o que le dejaría un recado? Eva esperó hasta que la camarera pasó por su lado.

—Disculpa.

La camarera la miró.

—¿Alguien me ha dejado un recado?

—No.

—¿Estás segura? Para Eva.

—Segurísima. *Sorry*.

Pensó en la promesa que le había hecho a Rico: que se acostaría con él. Eso le había exigido y, además, quería parte de su exclusiva o algo así. Una exclusiva. Entonces, algo había. No era solo que Eva padeciera una psicosis aguda. ¡Maldita psicóloga! No pensaba volver a su consulta jamás. ¡Uf!, los pensamientos le daban vueltas en la cabeza, ¿por qué no llegaba Rico?

—¿Puedo sentarme aquí un rato?

Miró al joven. Tenía la piel muy blanca, el pelo negro y fino, como un vampiro.

Eva se levantó, se colgó la chaqueta del hombro y fue hacia la salida. No soportaba estar allí. Alguien se rio a sus espaldas.

Una vez fuera, sacó su teléfono y llamó a *Ekstra Bladet*. Preguntó por Rico, pero no estaba, le explicó una secretaria de redacción.

—¿Y dónde dices que vive? —preguntó Eva.

—No te lo puedo decir —fue la respuesta.

—Venga. Soy una vieja amiga. Trabajo en *Berlingske*. Eva Katz. Puedes buscarme en Google.

—Lo siento, Eva.

—De acuerdo, gracias —dijo, y colgó. Luego se preguntó si se había rendido con demasiada facilidad. «No», pensó. Tenía que haber otra manera

de dar con él. Cruzó la calle, se alejó del bar. Seguía sintiendo la mirada del vampiro, triste y hambrienta. Buscó en su teléfono, aunque apenas le quedaba batería. La dirección de Rico no aparecía en el callejero de Krak. Buscó su perfil en Facebook, pero no aparecía su dirección. Dio unos pasos hacia un lado, porque una rejilla había soltado un poco de vapor. A lo mejor fue el metro bajo sus pies lo que la indujo a pensar en Nueva York y en Tim. Tim, que era medio estadounidense y que también había estado matriculado en la facultad de periodismo, uno de los pocos a los que Rico había respetado realmente. ¿Seguirían en contacto? Fue fácil encontrar a Tim en la Red, asociado a dos números de teléfono. Eva marcó el primero y esperó.

—Aquí Tim —oyó decir a un hombre que no había dedicado los años a deshacerse del acento estadounidense.

—Hola, Tim —dijo Eva, esperando poder evitar demasiada cháchara—. Soy Eva Katz. ¿Te acuerdas

de mí?

—¿Eva?

—Fuimos juntos a la universidad.

—¡Ah, esa Eva!

—Eso es. Esa Eva. Eras amigo de Rico. ¿No tendrás por casualidad su dirección?

El inmueble de la plaza de Gråbrødretorv estaba siendo restaurado y apenas era visible tras los andamios.

Solo aparecía su apellido en el portero automático. Eva llamó al timbre y esperó. A lo mejor no funcionaba. De pronto dudó. ¿Habían quedado otro día, tal vez al día siguiente?

—¿Vas a entrar? —Una joven abrió la puerta desde dentro—. ¿Qué tal llevas el desorden? —preguntó.

Eva sonrió.

—Gracias —dijo, y dejó que saliera.

—Vamos a hacer una cosa —dijo la chica, y quitó el seguro de la puerta—. Solo voy al quiosco, ya la cerraré luego. —Se fue sin mirar a Eva.

Bártulos de pintor y cubos, una carretilla apoyada contra la pared, partes del suelo y de las escaleras cubiertas de plástico, olor a masilla y pintura, productos de limpieza, revoque y polvo suspendido en el aire. Lo notaba en los ojos y en los pulmones.

Cuarta planta. Los andamios tapaban las ventanas y dejaban fuera la luz del atardecer. No había ningún nombre en la puerta, pero puesto que vivía una mujer al lado, Eva aplicó el método de eliminación y llamó a ella. Nada. Posó la mano en el picaporte y lo bajó. La puerta se abrió.

—¿Rico?

¿Oyó algún ruido en el interior? ¿Estaría echado

en la cama esperando? ¿Formaba eso parte de su juego, de su venganza por lo calientapollas que según él había sido? ¿O pasaba algo? «No. Ahora no te vuelvas paranoica», se dijo.

—Rico —volvió a decir. Ya sonaba mejor, más relajada.

Sobre la mesa del comedor había pequeños montones de papeles ordenados. «Privado», leyó Eva en la carpeta de encima. Un MacBook abierto, tazas de café, vasos de agua, carpetas de anillas, una botella de vino tinto abierta sin acabar.

—¿Rico?

Tal vez debiera esperar allí a que volviera. Dejó su bolso. Intentó imaginar cómo sería acostarse con él. ¿Debía sorprenderlo? Quitarse la ropa, tal como él deseaba que hiciera, y quedarse desnuda esperándolo. ¿Realmente era lo que quería? ¿Y si se llevaba un susto y se arrepentía? «No, gracias, creía que tenía ganas de ti, pero ahora ya te he visto sin

ropa...». ¡Sería muy humillante! Entró en el dormitorio. La cama estaba sin hacer, con el edredón tirado en el suelo. Miró las sábanas. Algo la empujaba a echarse, a sentir sus sábanas contra la piel desnuda. Se dio asco.

—No —dijo, y miró a su alrededor. Un armario ropero, una mesita de noche, un par de zapatos, un libro con el lomo hacia arriba, una servilleta que hacía las veces de punto, seguramente del Bo-bi. Además podía oler su loción para después del afeitado. ¿Era eso lo que la animaba a sentir algo que hacía tiempo que no sentía? El sentimiento seguía allí cuando cogió un vaso de agua en la cocina y se miró en el espejo del baño. ¡Qué extraño, olía a vómito!

Se quitó la chaqueta en el salón. Se quedó unos minutos sentada en una silla. Tenía ganas como mínimo de seguir quitándose la ropa, de esperarlo en la cama como alguien a quien se lo han ordenado. Un intercambio de favores. Una cosa a cambio de la

otra. Sí, si realmente quería follarla cuando volviera a casa, al menos tenía que saber que era una puta, porque eso era realmente lo que era. A lo mejor no importaba. El amor era algo que había perdido. Estaba por los suelos, como un gran valor interior, algo que sin duda estuvo allí, pero que se había roto. Entonces, ¿por qué no un poco de sexo? Al menos podría dar placer a los demás. Se quitó los pantalones y la blusa. Apenas alcanzaba a comprender que estuviera de pie en el suelo recién pulido de Rico, en bragas y sujetador. Se sentía ligeramente enferma, quizá con un poco de náuseas, un poco asqueada de sí misma, de no entenderse a sí misma.

—Todo... —susurró, y se acordó de un libro que había leído sobre una mujer francesa a la que ataban y azotaban, y que lo disfrutaba. Eva se sentía como si la sangre hubiera abandonado su cabeza; estaba mareada cuando se agachó para quitarse las bragas. Había dejado que el vello de su pubis creciera. No

se había preparado. Ya era demasiado tarde para lamentarlo. Se quitó el sujetador. Ya estaba lista.

—¿Era así como lo querías?

Se acercó a la ventana, echó un vistazo a la plaza. No veía a Rico por ningún lado. Entonces notó que el cristal inferior de la ventana estaba roto. Había pequeñas manchas de sangre en el alféizar. Eva pasó el dedo por ella. Era sangre fresca. Rico se había cortado. A lo mejor estaba en Urgencias. Fue lo que pensó por unos segundos. Luego lo comprendió, la certeza la golpeó de lleno. Habían estado allí. Ellos. Miró al suelo. También había manchas de la sangre de Rico. Lo habían acarreado por el salón, como habían hecho con ella. Siguió el rastro de las manchas de sangre. Acababan en el dormitorio, bajo el edredón del suelo.

—¡Dios mío! —musitó. Avanzó dos pasos, agarró el edredón y tiró de él.

El sonido de un cubo volcado. Lo registró sin

entender que había sido ella quien lo había volcado. Las escaleras bajo sus pies estaban vivas, dientes de un depredador que la había elegido como presa. Comprendió que estaba en el rellano de la escalera. De alguna manera había conseguido vestirse. Seguía sin ver otra cosa que los ojos de Rico, muertos, la entrada de la bala en su frente, como un tercer ojo. Se precipitó escaleras abajo, lejos, lejos de la sangre en el suelo y el ojo entre sus ojos. Llegó a la calle principal de Strøget sin detenerse.

—Para, Eva —dijo en voz alta—. ¿Qué estás haciendo?

El teléfono, el iPhone de Helena, ¿estaba sobre la mesa? Eva cerró los ojos e intentó reconstruir el escenario, pero lo único que vio fue a Rico echado en el suelo, la sangre debajo de su cabeza, el ojo. Debía volver cuanto antes y buscar el teléfono. Eso era lo que tenía que hacer. Dar con el teléfono, examinarlo, encontrar lo que Rico pensaba que era importante que viera. Volver.

Enfiló Klosterstræde. Volvió a la plaza. Le sorprendió que el portal estuviera abierto, pero entonces recordó que la chica le había quitado el seguro a la puerta. Entró. No vio a nadie. Subió las escaleras a toda prisa y volvió al piso. Voces en el hueco de la escalera. Más que oírlas las intuyó y se apresuró a cerrar la puerta. Se adentró en el silencio. Ahora podía oler la sangre, ¿o era simplemente que sabía lo que había en el dormitorio? Entró en el salón. «¿Dónde está?», se preguntó. No estaba en la mesa. Bueno, tal vez debajo... No, nada. ¿En la estantería? Tampoco. ¿Lo había escondido en algún lugar? ¿En un cajón? En algún cajón del dormitorio, por ejemplo. Entró rápidamente en el dormitorio y se quedó un instante mirando el cadáver de Rico. Había conseguido que lo asesinaran. ¿Alguien había dicho calientapollas? Pobre hombre. Se sentó en el borde de la cama. Menos mal que había vuelto. Había imágenes e impresiones tan terribles que no podías soportar

verlas o tenerlas una sola vez. Una paradoja. Hay que mirar fijamente, hay que llegar a un acuerdo con el horror, el odio y el miedo. Mirarlo, asimilarlo del todo, y luego darle la vuelta. Lo sentía dentro de sí: la muerte de Rico la endurecía, le exigía algo.

—Venga a Rico —masculló. Él no dijo nada, simplemente miraba al techo. Consideró cerrarle los ojos, le hubiera gustado hacer algo por él. Lo mejor sería no dejar rastro de su presencia. Secó el vaso del que había bebido. Recorrió el piso, intentó recordar dónde había estado, qué había tocado. No es que importara demasiado; ya puestos, podría haber visitado a Rico la semana anterior. ¿Y la mujer que la había visto de pasada, cuando entraba? Podría decir que había estado allí, pero que Rico no le había abierto la puerta. Nadie sospecharía de ella. No tenía ningún móvil.

Revolvió los cajones. Miró debajo de la cama. Nada. A lo mejor se habían llevado el teléfono los que habían asesinado a Rico. Lo habían sorprendido

en su casa y él se había resistido. Tal vez había escapado a la cocina, donde habían llegado a las manos, y Rico había conseguido zafarse y huido al baño, o lo habían arrastrado hasta allí, y allí era donde le habían disparado a quemarropa. El asesino había huido, pero antes había corrido hasta el salón, donde estaba el teléfono, encima de la mesa, y se lo había llevado. ¿Era una posibilidad realista? Reflexionó. Sí, era probable. «Sal de una vez».

Voces en el rellano. Oyó que la puerta del piso se abría mientras corría hacia la cocina. Una voz susurró:

—Hay alguien dentro.

Otra contestó, pero para entonces Eva ya había abierto la puerta de la escalera de servicio y estaba bajando. La escalera estaba desvencijada. No había luz y Eva tuvo que abrirse paso a oscuras. Oyó ruidos a su espalda. ¿La perseguían los hombres? Tal vez. ¡Sigue! Los últimos escalones y estaría

fuera. Aire.

Miró a su alrededor. El patio estaba en penumbra. Había varias salidas. Corrió hacia la más próxima. Sintió un instante de pánico al pensar que tal vez los hombres la esperaban, pero no había nadie. Salió del patio. Se hallaba en una calle cuyo nombre desconocía. Dobló una esquina, siguió recto y, poco después, salió a Købmagergade. Una escalinata.

«¿Qué hago ahora?». La frase daba vueltas en su cabeza. «¿Qué hago ahora?». No se atrevía a volver a casa, hasta allí atinaba a pensar. Seguramente volverían por ella. Pero ¿dónde podía ir y quiénes eran ellos? Los que habían asesinado al tío de Malte. Los que habían atado y casi matado a Eva. Los que habían asesinado a Rico. Y todo eso, ¿por qué?

Centro de la ciudad, una noche cualquiera. No había mucha gente. ¿Qué hora era? Eva se compró un

café en un 7-Eleven, solo por hacer algo.

—¿Estás bien? —le dijo el joven que había detrás del mostrador.

—Estoy perfectamente.

—¿Seguro?

Se le notaba. Naturalmente que se le notaba el miedo que tenía. Cruzó la Rådhuspladsen. Consideró meterse en un taxi. ¿Para ir adónde? «¿Qué hago?».

Se sentó en un banco e intentó pensar. Miró su teléfono. No le quedaba batería y, además, ¿para qué lo quería? No la iba a ayudar. No surgían ideas de él, al menos nada que le sirviera a nadie. Tenía solo preguntas, muchas preguntas: ¿Debía acudir a la policía? Entonces, ¿qué diría con respecto al robo del teléfono? «¿Irán por mí los asesinos? ¡Yo qué sé! Sé que Malte lo sabía, con toda seguridad. Sabía que su tío estaba muerto antes de que este le enviara su último SMS a su hermana. Es decir, que no fue el tío

quien envió el SMS. Que no se pegó un tiro, como tampoco lo había hecho Rico». ¿Qué más sabía? Todo giraba en torno a Brix. ¿Podía siquiera estar segura de ello? ¿Y quién era Brix en realidad?

Se levantó, reunió fuerzas y se obligó a pensar en distintas posibilidades hasta el final, mientras se limitaba a andar sin rumbo.

«No —se dijo—. Piensa con claridad». ¿Qué pasaría si acudía a la policía? Si simplemente lo contaba todo tal como era: que le había robado el teléfono a Helena y luego había intentado desbloquearlo, y que cuando fue a casa de su ayudante se lo encontró con una bala en la frente debajo de un edredón. En muchos sentidos sería sin duda lo más correcto. Poner las cartas sobre la mesa. Por otro lado, ¿cómo se tomarían en su nuevo puesto de trabajo el robo? Una pregunta carente de sentido, puesto que ya conocía la respuesta: la despedirían. Por supuesto. En una guardería no se puede tener personal que roba a los padres.

¿También la condenarían por ello? ¿Le pondrían una multa? No tenía ni idea, pero sabía que lo último que necesitaba eran antecedentes penales para acompañar el perfil, ya de por sí cargado, que había hecho la psicóloga de ella. Psicosis aguda. Ladrona. ¿Cómo iba a conseguir alguna vez un trabajo?

Paseó por la orilla de los lagos, dobló a la izquierda y cruzó el puente de Dronning Louise, sin rumbo, sin otro objetivo que el de evitar volver a casa. Nørrebrogade. Más taxis. Un borracho cantando en mitad de la calle. Empezaba a notar el frío. Entró en un bar. Pidió una cerveza y se sentó a una mesa. La confortó un poco. Tenía que desaparecer. Era la idea que tenía más presente en su cabeza. Sabían dónde vivía. Volverían. Por eso se quedaría unas horas más sentada donde estaba. Esperaría a que amaneciera. Entonces cogería el primer tren de cercanías a Hareskoven. Volvería a casa, haría la maleta y se iría a toda prisa. Lejos. Ese era el plan. ¿Y luego? ¿Qué haría luego? ¿Cómo

podría avanzar? ¿Qué tenía?

—Malte.

Se sorprendió al oír su propia voz. Pero la voz había hablado y había dicho la verdad: Malte, un niño de solo cinco años, era lo único que tenía. Sus ojos toparon con un reloj de pared. Era muy tarde, o muy temprano, según se mirara. Tenía que ir a trabajar. Al lugar donde estaba Malte. No podía llegar demasiado tarde, no podía permitirse perder el puesto de trabajo que era su único acceso a las respuestas que buscaba.

12 de abril

Nørrebro

05.40

El proyectil. Marcus lo lavó bajo el grifo de agua caliente. Oía a David en el salón contiguo. Respiraba pesadamente, como un toro malherido antes de que el matador entre a matar y le clave el estoque en el hoyo de las agujas. David no sobreviviría a aquello, pensó Marcus. Tal vez físicamente sí, pero su alma estaba dañada. Marcus llevaba horas únicamente dedicado a tranquilizar a su amigo. Se miró en el espejo. ¿Sentía algo? Hacía casi diez horas que había sujetado la cabeza del periodista contra el suelo, con una almohada debajo, y lo había ejecutado. David había vomitado en el baño. Durante unos minutos todo había sido un terrible caos, pero luego habían encontrado el teléfono móvil y David había vuelto a vislumbrar la luz. A lo mejor salían de esta indemnes. Marcus

miró el proyectil. Había atravesado el hueso frontal del periodista, su masa encefálica y había salido por el hueso occipital; la almohada había amortiguado su velocidad y había acabado en el suelo de madera. No es que se notara en la forma, estaba casi intacto. Los fabricantes eran capaces de hacerlos increíblemente sólidos: eran bombas que atravesaban el hormigón y el metal, el desierto y la piedra, proyectiles capaces de traspasar a cuatro hombres adultos como si fueran bidimensionales, meras dianas de cartón.

David estaba en el salón, inclinado sobre su flor del desierto, que acababa de regar. Había gotas de agua en el alféizar. Marcus había estado presente el día en que David se había hecho con un pedacito de la flora de Helmand. La chica de la aldea la había arrancado de raíz. Avanzó hacia ellos. Marcus quitó el seguro del arma automática. A los talibanes les daba igual sacrificar a una cría de cinco años, envolverla con explosivos y enviarla contra

soldados occidentales con una flor o un poco de pan, algo inocente, una trampa de miel. Luego detonaban la bomba a distancia. Daban gritos de júbilo desde la loma donde se habían escondido y desde donde podían ver a todos los soldados muertos con unos prismáticos, como si fuera un videojuego. Marcus había advertido del peligro a David cuando este fue al encuentro de la niña. Pero a David le dio igual. Aceptó la flor. Ella lo abrazó. Hablaron sin entenderse. Nadie saltó por los aires. No hasta el día después, cuando pereció un grupo de soldados ingleses, y la niña.

Marcus se sentó frente a David. Dejó el proyectil sobre la mesa de cristal. La bala rodó tranquilamente por la superficie hacia David. Marcus cerró los ojos y escuchó el tintineo inocente. Metal contra cristal; podría haberse tratado de una moneda, de una de cinco coronas que pasaba de mano en mano. Durante un instante pensó en helados y chucherías, en cosas que se podían comprar con

cinco coronas cuando era niño. Luego abrió los ojos y miró a David.

—No hay nada que nos señale a nosotros. Hemos asegurado el lugar. Fue un buen trabajo —dijo.

David sacudió la cabeza.

—Trabajo —repitió.

—Tal vez deberías tomarte un par de días de vacaciones. Darte de baja por enfermedad.

—¿Y ella qué? Eva Katz.

Marcus lo miró. Sabía muy bien lo que quería oír: que no era necesario que perdiera la vida, que ya podían dejar de asesinar. Sonrió a su viejo amigo.

—Veo en ti que te resulta difícil. Ahora mismo solo eres capaz de ver lo que hicimos ayer. La última mirada del periodista. No fue nada divertido, desde luego.

—Nunca había visto a nadie que tuviera tanto miedo de morir. ¿Y tú?

—Un par de veces. Y ayer evitaste muchas muertes, evitaste que muchos jóvenes pierdan la vida antes de tiempo. ¿Me oyes?

David se enderezó. Se apretó los párpados como si pudiera devolver las lágrimas al lugar de donde venían. Sin embargo, se deslizaron por debajo de sus manos y aterrizaron en el cristal de la mesa.

Marcus se levantó, se sentó a su lado, posó una mano sobre su hombro.

—Ahora te voy a decir un par de cosas, ¿de acuerdo? Te parecerán tópicas, ¿qué le vamos a hacer? Es lo que pasa con las verdades cuando se repiten como hacemos nosotros. Porque nos toca encargarnos de la parte difícil. Porque soportamos mucho peso sobre nuestros hombros, mucho más que cualquier otro en el reino de Dinamarca. ¿David? ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Los dos periodistas dirigieron sus cañones contra nosotros y punto. Así de sencillo. Nos habrían alcanzado.

—No hace falta que...

Marcus lo interrumpió:

—Sí, sí que hace falta. Vamos a hablar de ello como hemos hecho siempre al volver de un reconocimiento. Damos parte cuando hemos tenido una experiencia desagradable, cuando hemos recibido una cicatriz en el alma. Entonces nos sentamos en la tienda de campaña, tras la alambrada, mientras sopla el viento del desierto, y lo hablamos. Es lo que hacemos ahora. Estamos en la tienda, ha sido una mala noche. Porque sabemos lo que está bien hemos actuado sin perder la cabeza, hemos asegurado la situación y conseguido lo que fuimos a buscar. Hemos protegido la Institución. ¿Soldado?

—Sí.

—Mira Grecia, manifestantes muertos en las calles. Mira Egipto, Siria, un sinfín de muertes. Pueblos divididos que vuelven a enfrentarse. Eso es lo que tú has evitado. Hay quien diría que eso es hipotético. Pero ¿lo es?

—No lo sé.

—¿Es hipotético?

—¿Y qué me dices de ella?

—Te he hecho una pregunta.

—Lo sé, jefe.

Marcus se levantó. Apartó la mano del hombro de David, que alzó la vista.

—¿Qué pasa con ella?

—No tienes que pensar en eso. Procura dormir un poco. Tómate unos días de permiso.

—¿Qué pasará con ella?

—No pienses en ello —contestó Marcus. Ya lo hacía él, constantemente, no sabía muy bien por qué.

Marcus celebró poder irse, salir del salón de David. Se dirigió hacia su coche mientras le daba vueltas a lo de tener la valentía suficiente para pensar lo que la población no osa pensar. Ni tiene por qué hacerlo. Lo único en lo que debe pensar es en cómo ser feliz. No existe una nación feliz sobre la faz de la tierra en la que la población común tenga que cavilar sobre las decisiones desagradables. Al fin y al cabo, hay muchos lugares donde la gente vive así: se levanta y piensa si tendrá que matar para sobrevivir, tal vez ir a la guerra, robar, huir o rendirse. Aquí no. Nunca. Aquí solo unos pocos piensan en estas cosas. La familia, Marcus y sus hombres, un par de generales y dos o tres políticos, nadie más. El resto no tiene por qué pensar en Eva, tal como hacía Marcus en aquel momento. Pensaba en sus pómulos y en sus cejas, y en la manera en que

lo había mirado mientras estaba echada en el suelo, justo antes de que le taparan los ojos. Sí, eran unos ojos llenos de temor, pero también de algo que quizá solo había visto en Irak, en los niños, un cierto abandono que le daba ganas de proteger, de abrazar. No, debía apartar ese pensamiento de su cabeza. Debía olvidarla, por difícil que le resultara. No, no era a ella a quien tenía que proteger, era al reino, se dijo. Y ella sería la última. Así recuperarían la tranquilidad. Era inútil hacer lo que David se imaginaba que podían hacer: dejarla escapar. Siempre vuelven si no se hacen bien las cosas. Como los hijos de los guerreros talibanes muertos. Si matas al padre debes matar también al hijo, aunque solo tenga cinco años o se trate de un bebé. Así era, así es la realidad de la que un ciudadano de a pie nunca debería tener que ocuparse. La realidad de Marcus. En unos días habría desaparecido, Marcus podía soportar perfectamente esa carga sobre sus hombros. La policía lo achacaría a los

motoristas y a que se acostaba con Rico, que ambos hechos estaban relacionados entre sí.

Hareskoven

05.50

Eva había vigilado la casa desde la linde del bosque durante casi una hora. No había ninguna furgoneta oscura en la calle, pero podían perfectamente seguir en la casa. Solo había una manera de averiguarlo: entrando.

Optó por el sendero que discurría por la orilla del lago y que la condujo hasta la parte trasera de la casa. La cancela estaba abierta. No recordaba haberla abierto. No pasaba demasiado tiempo en el jardín. Los jardines no eran cosa de mujeres solteras. Los jardines eran algo que Dios había reservado para la familia, y para lo que viene justo antes de la familia: los amantes, los novios. Apretó las manos contra el cristal y miró al interior del salón. No había nadie. La puerta estaba cerrada. Pensó: «Puedo mirar en todas las habitaciones de la

primera planta salvo en el dormitorio». Se deslizó a lo largo de la casa y miró por la ventana de la cocina. Por la del sótano vio sus cajas de la mudanza y sus viejos apuntes, que seguían abiertos por donde había escrito mal de ese viejo periodista. Él también le había hablado mal a ella. Seguía sin recordar su nombre. ¿Bergstrøm? No, no era ese, pensó, y miró por la ventana de la fachada. Hacia el interior del monstruo. «Las casas son monstruos — pensó—. Sí. Nos enjaulamos con todas las esperanzas que tenemos puestas en la vida, con nuestras ideas fijas de cómo deben ser las cosas, y allí nos quedamos». Tal vez ese pensamiento la impulsó a meter la llave en la cerradura, la cerradura del monstruo. A saber en qué se habrían convertido ella y Martin allí dentro. Seguramente habrían tenido hijos, tal como habían acordado. ¿Qué les habrían dado Martin y Eva? Una mezcla de la firme visión del mundo de Martin y el constante miedo de Eva. ¡Habría tenido tanto miedo de que les

pasara algo a los niños! El mismo que había tenido su madre y que no hizo más que empeorar después de que Eva se perdiera cerca de la Fontana di Trevi, en Roma. ¿Por qué pensaba en eso ahora que había introducido la llave en la cerradura?

La llave en la cerradura.

Todas las moneditas en el agua.

Hay que arrojarlas al agua si deseas volver a Roma, según el folclore, y sus padres se lo habían explicado allí, junto a la fuente celestial. Eva se había soltado de la mano de su madre, que no quería lanzar más monedas en la fuente. Ella quería lanzar mucho dinero, quería asegurarse de que volvería.

Volvió la espalda a la puerta.

Había vuelto por donde habían venido. Así lo recordaba ella, con solo cinco años y el montón de personas que le tapaban la vista. No encontraba el coche, no recordaba dónde estaba aparcado, pero sí

que tenía unas moneditas en el asiento de atrás. Así que siguió adelante. ¿Tal vez por aquella bocacalle?

Eva miró por encima del hombro. La llave seguía en la cerradura. Por un instante se sintió como la niña pequeña que se había perdido en Roma y a la que nunca encontraron.

—¿Qué puedo perder? —se preguntó antes de girar la llave.

Al principio se quedó quieta en el vestíbulo, escuchando. Así sonaba Hareskoven a las seis de la mañana: un tren lejano que viajaba a través del bosque; un ciclista que se acercaba traqueteando desde algún lugar; el canto de los pájaros, y su propia respiración, cada vez más fuerte a medida que subía las escaleras. Iba desarmada. Si resultaba que estaban en la casa, un cuchillo de cocina no supondría ninguna diferencia, ahora lo sabía. El dormitorio estaba vacío. Estaba sola. Volvió sobre sus pasos, al vestíbulo, cerró la puerta.

Dos paracetamoles. Eva los encontró en un cajón del cuarto de baño y se los tragó con un vaso de agua y un poco de vino blanco.

«Siéntate un momento, solo un momento». Se acomodó en el sofá y bebió a traguitos rápidos. La débil luz del alba. Tenderse. Solo un momento. Echarse en el sofá. Únicamente cerrar los ojos.

Se despertó cuando sonó el timbre. A continuación una mano golpeó la puerta. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Las siete y media. Llegaría tarde. Notaba el sabor a alcohol en la boca, podía oler su propio sudor. ¿Quién podía buscarla a esas horas de la mañana? ¿Podría ser...?

—¿Quién es? —gritó.

—Policía. ¡Abra!

Esa voz... La reconoció. ¿Dónde la había...?

—¡Abra!

Eva obedeció. Abrió la puerta de un tirón y se

encontró con el semblante airado de Jens Juncker, el policía al que había ido a ver en la Jefatura Superior de Policía. ¿Inspector de policía, tal vez? No recordaba su rango exacto, pero sí la animadversión entre los dos, su manifiesta antipatía por la manera en que ella lo había abordado. Con el pelo húmedo y peinado hacia atrás en un rostro fornido y cuadrado, parecía cansado. A su izquierda había otro agente, un joven uniformado de ojos muy juntos. El agente tampoco se presentó.

—¿Qué pasa? —dijo Eva, y miró expectante a Juncker.

—No hace falta que preguntes nada. Solo debes concentrarte en responder. ¿Podemos entrar?

Una pregunta retórica, concluyó Eva cuando pasaron sin que ella hubiera dicho nada.

Luego, un sentimiento sorprendente: se avergonzaba de su casa, de todo el material de construcción, del caos.

—Estamos reformándola —dijo, y añadió—: Un segundo, solo quiero quitar esto.

Cogió la manta que había en el sofá y la arrojó sobre una silla. Nadie se sentó.

—Anoche Rico Jacobsen fue encontrado muerto —dijo Juncker, y examinó el rostro de Eva, su reacción—. No pareces sorprendida.

—¿Quién lo encontró?

—¿Que quién lo encontró? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—No lo sé.

—La pregunta debería haber sido quién lo hizo. —Juncker la miró, vigilante—. ¿Eva?

—¿Sí?

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Estuviste con Rico ayer?

Eva pensó un buen rato, demasiado. ¿Qué sabían?, se preguntaba.

—Solo hablamos —dijo finalmente.

—No has contestado a mi pregunta.

Perdería su trabajo si lo decía todo. A lo mejor podía limitarse a contar parte de lo que sabía, pero ¿qué? ¿Qué debía decir y qué callar?

—Sabemos que estuviste en su piso ayer. Tenemos un testigo y la información de las antenas repetidoras de telefonía móvil te sitúan allí.

—De acuerdo —lo interrumpió Eva—. Ahora mismo... —Alzó las manos en un gesto de rendición, tal vez para ganar tiempo. Tenía que dejar que las últimas ideas se ordenaran en su cabeza—. He estado en contacto con Rico Jacobsen. Es una historia muy larga, pero ante todo quiero decir que yo no lo maté. Ni siquiera... —Estuvo a punto de

decir «entiendo de estas cosas», pero se dio cuenta a tiempo de lo estúpido que sonaba.

—Adelante, cuéntanoslo todo.

—Voy a sentarme, entonces —dijo Eva, y retiró una silla de la mesa de comedor—. Ahora trabajo en una guardería, El Manzanal, en Roskilde. Un día un niño hizo un dibujo.

—¿Un dibujo? —dijo Juncker, impaciente.

—Sí, un dibujo de un hombre que estaba siendo asesinado. La víctima era el tío del niño, que se suicidó pocos minutos después de que el niño dibujara el asesinato. ¿No les parece una extraña coincidencia?

—¿Christian Brix? —preguntó Juncker.

—Exacto. Casi fue como si el niño hubiera predicho la muerte de su tío. Y entonces...

—Clarividencia —la interrumpió Juncker con sarcasmo.

Eva lo ignoró.

—Tú me contaste que Brix había enviado un SMS a su hermana poco antes de pegarse un tiro —continuó—. Y un día... —Titubeó una última vez, pero de pronto una voz interior le dijo: «sigue»—. Y un día tuve la ocasión de coger el teléfono al que había sido enviado ese SMS.

—¿El teléfono de Helena Brix?

—Sí. Estuvo en la guardería y tuve acceso a su bolso.

—¿Lo robaste? —dijo Juncker con brusquedad.

—Coraje cívico —dijo Eva.

—Las palabras estrambóticas no te servirán de nada.

—¿Como «clarividencia»?

Juncker hizo un gesto de impaciencia. Parecía tener ganas de pegar. Eva lo ignoró.

—No pude desbloquearlo —prosiguió—, así que me puse en contacto con un viejo amigo de la facultad de periodismo, que tal vez podría echarme una mano.

—Rico.

—Y, en efecto, me podía ayudar. Le di el teléfono, lo desbloqueó y se puso en contacto conmigo.

—¿Y luego fue asesinado?

Por un instante, Juncker pareció reflexionar, como si tuviera que digerir las palabras de Eva antes de rechazarlas.

—Fueron los mismos que entraron en mi casa a la fuerza. Tuvo que ser eso lo que pasó. Se trata de Brix, del misterioso Brix del que no hay manera de saber nada...

—¿A qué hora estuviste en el piso de Rico? —la interrumpió Juncker.

—No lo sé. Supongo que sabrás deducirlo por los repetidores de telefonía móvil. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque apagaste el teléfono al entrar.

—¡No! —Eva negó con la cabeza, sacó el teléfono y de pronto vislumbró una escapatoria—. Mira. Está muerto. No tiene batería.

—¿Qué viste?

—Llamé a la puerta. Nadie me abrió.

—Un testigo habla de dos hombres que fueron vistos en la escalera. ¿Tú los viste?

—¿Quizá los mismos que me atacaron a mí? ¿O es que tú no ves ninguna relación entre un suceso y otro?

—Rico Jacobsen tenía una vida peligrosa. ¿Has seguido sus artículos sobre la delincuencia organizada y la guerra de bandas?

—Sí —mintió Eva.

—Rico Jacobsen recibía amenazas de muerte cada semana, amenazas que se pueden relacionar directamente con su trabajo. Hace menos de un mes recibió dos cartuchos por correo, enviados a la redacción. En los círculos pandilleros eso significa que ya puedes empezar a buscarte una lápida para tu tumba. Tal como veo yo la situación, una de estas amenazas al final ha acabado materializándose.

—Pero, ¿qué me dices entonces del teléfono y del dibujo?

—Eva, —Juncker volvió a suspirar—, ¿no te das cuenta?

—¿De qué?

—De que me estás hablando de dibujos infantiles y teléfonos. —Juncker miró al otro agente antes de seguir, como si se preguntara si aquello era más de lo que sus jóvenes oídos podrían soportar oír

—: ¿Sabes lo que creo?

—Sí. Que fueron los motoristas.

—Esta mañana he estado leyendo un poco tu expediente. —Retiró una silla un par de centímetros de la mesa. Se arrepintió y siguió de pie—. Tu marido... —Volvió a atascarse.

—Mi marido ha muerto. Sí. Mi prometido. Eso no tiene nada que ver con nada.

—Yo creo que sí.

—Se trata de Brix y de su hermana, la dama de compañía. —Eva había alzado la voz.

—Sí. En tu mundo es lo que parece, pero solo en el tuyo. He estado leyendo tu historial.

Eva se levantó. Tenía ganas de gritar. Antes de que llegara tan lejos, Juncker retomó su discurso con imperiosa seguridad en sí mismo.

—Pero detengámonos un momento más en Rico

—dijo—. Dices que te encontraste con él. ¿Dónde?

Eva vaciló.

—En el Bo-bi.

—¿Qué impresión te dio? ¿Parecía asustado? ¿Se sentía perseguido o estaba excitado? ¿Tienes la sensación de que alguien lo seguía?

—No lo creo.

—¿Te dijo algo? ¿Te mencionó a alguien que...?

—Se trata del teléfono.

Eva se dio cuenta de que había vuelto a levantar la voz cuando el agente le pidió que se calmara.

—Ahora, tranquila —dijo, y parecía querer ponerle las esposas en el acto.

—El dibujo. El SMS. El teléfono. Alguien que allana mi casa. Alguien que asesina a Rico. ¿No te das cuenta de que es imposible que no esté relacionado?

—Me parece que no nos estamos entendiendo, Eva. Eso es lo único de lo que me doy cuenta.

Jens Juncker miró a su alrededor: el taladro, aislante Rockwool, maderos.

—Ahora tengo que ir a trabajar —dijo Eva.

—Volveremos a hablar.

—Ya te lo he contado todo. —Sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Ya, pero a veces nos gusta que nos repitan las cosas —dijo el jefe de policía—. Podríamos considerarlo una enfermedad profesional. Yo, personalmente, prefiero considerarlo minuciosidad. Ven. —Esto último iba dirigido al joven agente, que pasó por delante de Eva sin mirarla—. Y, por favor, llámame si se te ocurre algo que no nos hayas contado —fueron sus últimas palabras.

Guardería El Manzanal

08.27

¿Habría hablado Juncker con la dirección de la guardería? ¿Habría llamado para hablarles de Eva, y habría intercambiado información con ellos? De ser así, la despedirían inmediatamente. Eso significaba que tenía que dar con Malte antes que nada. Tal vez fuera su última oportunidad de hacerlo. Necesitaba un testigo si quería avanzar, si pretendía encontrar al asesino de Rico. Miró el reloj. Las ocho y media. Sally la esperaba en la cocina, llegaba tarde, pero era el momento de hacerlo. Echó un vistazo al aula Verde. No vio al niño por ningún lado.

—¿Lo has oído?

Eva se volvió. Kasper estaba detrás de ella, expectante.

—¿Si he oído qué, Kasper?

—Han convocado una reunión para dentro de diez minutos —dijo.

—¿Una reunión? ¿Sobre qué?

—Creo que alguien está a punto de dejarnos.

Kasper no fue capaz de reprimir una sonrisita. ¿Dejarlos? ¿Sería ella? ¿Pretendían celebrar una reunión y contarle a todo el mundo que estaba mal de la cabeza y que había robado el teléfono?

Aquella mañana, la tensión se mascaba en toda la guardería, el personal cuchicheaba y nadie miraba a Eva. Evitaban su mirada. Era ella quien se iría. Qué repugnante celebrar una reunión con todos presentes. Al menos en *Berlingske* se la habían llevado aparte. Aquí pretendían que los niños la vieran llorar, irse de allí humillada. Estaba en la sala de personal, considerando si marcharse corriendo inmediatamente, registrar sus chaquetas y carteras enseguida y robarles todo lo que pudiera. Si de todos modos la consideraban una ladrona, ¿por

qué no llevárselo todo y desaparecer? Por el cristal de la puerta vio que Kamilla estaba a punto de entrar.

—¿Eva? —Cerró la puerta tras de sí. Estaban solas en la sala del personal.

—Ya sé lo que vas a decirme —dijo Eva.

—¿Has hablado con Anna?

—No. Pero...

Eva titubeó. ¡Ojalá le diera tiempo a hablar con Malte a solas antes de que la echaran!

Kamilla la contempló con aire de preocupación.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

—¿Qué te pasa?

—Es por todo en general —contestó Eva.

—Sí, han sido unos días bastante turbulentos,

pero ahora las cosas mejorarán.

Eva la miró.

—Eva... —Kamilla dio un paso adelante y bajó la voz—. Lo que te conté el otro día... Supongo que puedo confiar en ti.

—Sí, por supuesto.

—Les he dicho a Torben y a Anna que no puedo vivir con la decisión que se tomó en su día. Que o bien lo cuento, o bien cambian las cosas.

—¿Contar qué?

—Que han mantenido en secreto que se dejaron al niño. Que su vida corrió peligro. Torben sería despedido. Tal vez también Anna.

—Vale.

—Así que Torben finalmente ha decidido hacer algo sensato —dijo Kamilla, segura de sí misma.

Eso significaba que, a pesar de todo, Eva no

sería despedida. Era lo único en lo que era capaz de pensar mientras Kamilla le seguía hablando de lo importante que era que los padres confiaran en la institución.

—Tal vez debería ir a la cocina. Sally está sola con todo —dijo Eva a modo de respuesta.

—Ya le diré yo a Sally que teníamos algo de lo que hablar. Además, creo que en el futuro seré yo la encargada de estos asuntos.

—¿De qué asuntos, Kamilla?

—De los problemas del personal. Hoy mismo me nombrarán subdirectora interina. Eres la primera a quien se lo cuento.

—¿Y Anna?

—Será nombrada directora de El Manzanal. Y Torben... —dijo Kamilla, y ladeó la cabeza ligeramente—. Lo llamamos estrés. De este modo le brindamos la oportunidad de que se vaya sin que se

monte un jaleo. La verdad es que creo que es la mejor solución.

—¿A qué?

—A lo que sucedió aquel día en el bosque, lo del niño que se dejaron, y su decisión equivocada al insistir en mantenerlo en secreto.

—¿De eso trata la reunión que han convocado?

—Sí.

—Entonces, ¿se lo diréis a todo el mundo en la reunión?

—¿Decir qué?

—Lo del niño que se dejaron en el bosque.

—¡No! —Kamilla miró a Eva casi con enojo—. Es precisamente lo que te acabo de decir. Partimos de cero. No se volverán a repetir esta clase de incidentes en la guardería: nada de niños olvidados, nada de ocultaciones.

—Nada de ocultaciones —repitió Eva, todavía insegura de si había entendido la lógica de todo aquello.

—Entonces nos vemos en la reunión. Confío en ti.

—Gracias.

Kamilla salió y dejó a Eva con un montón de incógnitas, pero sobre todo aliviada porque no iban a despedirla, al menos todavía no. Luego pensó que de esa manera el sistema se autoprotegía. Sí, es posible que haya jefes que toman decisiones tan equivocadas que llegan a poner en tela de juicio el propio sistema. ¿Realmente es razonable trasladar la responsabilidad de unos niños pequeños a desconocidos, a un sistema? Todos los sistemas tienen fallos, antes o después, cualquier institución se olvida de alguien, pero algunas verdades son tan embarazosas que no podemos vivir con ellas. Entonces es mejor deshacernos del síntoma, del

líder, y dejar que subsista la raíz del problema, junto con nuestra fe ciega. Cabeceó, pensando en Rico. ¿Él qué hubiera dicho?

El comienzo de la gran reunión se retrasaba. Era complicado meter a tantos niños y adultos en el aula común. Algunos auxiliares se habían quedado en las aulas con los más pequeños: eran los objetores de conciencia, los que ocupaban el escalafón inferior de la guardería. Así era: si no quieres defender a tu país, tendrás que cuidar bebés. Como si eso fuera un castigo. Luego podías dejarte a los niños en un bosque.

Hacía calor, el olor que tanto le había costado soportar a Eva el primer día había vuelto, el olor a muchos niños juntos. ¿Por qué participaban los niños?, se preguntó Eva mientras buscaba a Malte con la mirada. Kasper estaba sentado con los críos del aula Verde. A lo mejor podía colarse entre ellos. Anna se colocó frente a los demás. Kamilla se quedó en segundo plano, todavía no en el centro.

—¡Hola a todos! —gritó Anna. Se le quebró la voz, parecía estar igual que Eva por dentro: nerviosa, como alguien que ha perdido algo—. Escuchadme. Lo haré lo más breve que pueda para que podáis aprovechar el buen tiempo y salir a jugar. En realidad se trata de algo que más bien va dirigido a los adultos.

Kamilla sonrió. Eva se puso al lado de Malte. «Va muy elegante hoy», pensó. Con camisa, pantalones recién planchados y raya a un lado, parecía un principito.

—¿Puedo sentarme aquí? —le susurró al niño.

Él no contestó. Miró a Anna.

—Desgraciadamente, se trata de una noticia un poco triste —continuó Anna—. Torben ha optado por... —Miró a Kamilla—. Bueno, sufre una especie de estrés y estará de baja por enfermedad por tiempo indefinido.

—¿Se va a morir? —dijo uno de los pequeños.

—No. Torben no se va a morir.

Algunos de los adultos se rieron. Varios de los pequeños tenían preguntas que hacer. Anna se tomó su tiempo para contestarlas, por lo visto era importante que los niños también se enterasen.

—Malte... —volvió a susurrar Eva a Malte—. ¿Me oyes? Tenemos que hablar.

Kasper la miró displicente. ¿Había oído sus cuchicheos? No, era porque Anna había llegado al punto más importante del orden del día. Kamilla se había colocado a su lado.

—Por lo tanto, yo asumiré el puesto de directora interina —dijo Anna—, y Kamilla ocupará el mío de subdirectora. Así que ya sabéis a quién debéis dirigirlos.

Anna sonrió. Dos de los educadores aplaudieron, los niños parecían aburrirse.

Eva cogió al niño del brazo.

—Tenemos que hablar, Malte. Es importante —
dijo.

El pequeño hizo un movimiento como si quisiera soltarse, pero el gesto no parecía del todo sincero. Eva necesitaba quedarse a solas con él unos segundos. Tenía que ser inmediatamente, no dispondría de mejor ocasión que aquella. Casi todos los adultos se habían reunido en un grupo. Kamilla estaba hablando sobre la seguridad, sobre lo que ella defendería como subdirectora, sobre los valores por los que lucharía.

Eva se levantó. Cogió a Malte de la mano.

—Malte tiene que ir al baño —le susurró a Kasper sin que Malte lo oyera. Se lo llevó—. Ven conmigo.

—¿Adónde vamos?

Eva no contestó. Malte no parecía querer

acompañarla.

—Me haces daño.

—Date prisa.

—¿Adónde vamos?

—Al parque infantil. Ven. Antes tenemos que ponernos los zapatos.

Eva no se detuvo hasta que llegó al guardarropa, sentó a Malte en el banco y se arrodilló frente a él. Seguía oyendo la voz de Kamilla en el aula común. Aplaudían. ¿Por qué aplaudían? ¿Porque Torben estaba fuera? El rey ha muerto. Porque quebró las reglas del sistema. Viva la nueva reina.

—¿Malte?

—Sí.

—Aquella noche... tu tío Christian. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

El niño no contestó.

—¿Te ha dicho alguien que no debías hablar de ello? ¿Alguien te ha dicho eso?

Malte bajó la mirada. Eva le cogió la cara, suavemente, con las dos manos.

—Ahora tienes que escucharme bien. Si tu madre o tu padre o cualquier otra persona te ha dicho que lo mantengas en secreto, me refiero a lo de que tu tío fue asesinado, es que miente. —Eva hablaba en voz baja, se dio cuenta de que había conseguido atraer su atención. Fue la palabra «miente» la que puso algo en marcha—. Miente. ¿Lo has entendido? Además, ya lo sabes, ¿verdad?

Al fin el niño dijo algo, en voz baja, casi para sí mismo.

—Tengo que irme.

—No te irás hasta que me cuentes lo que viste aquella noche...

—Lo van a enterrar —la interrumpió Malte.

—Es lo que se hace con todo el mundo cuando se muere.

—No quiero ir.

—¿No quieres ir? ¿Hoy? ¿Hoy lo entierran?

—¿Y si viene?

—¿Quién? Malte. Mírame. Es muy importante que me digas la verdad. Si no, no podré ayudarte.

Una voz desde atrás:

—¿Malte?

Eva alzó la vista. Helena la miró, con una mirada fría que hacía juego con el vestido negro y elegante, las gafas de sol oscuras. «Sí —pensó Eva—. Va vestida para un funeral».

—Ven aquí, Malte.

Malte se puso de pie.

—Me parece que vosotros dos os habéis hecho

buenos amigos —dijo Helena.

—Malte estaba un poco triste porque hoy entierran a su tío.

Helena dio unos pasos calmados más y se acercó a Eva. Era la primera vez que la veía tan de cerca, su fina piel, los labios que, a pesar de todo, tal vez no fueran del todo naturales, la sombra de ojos azul oscuro. Era condenadamente guapa.

—No quiero que te acerques a mi hijo. ¿Lo has entendido? —Le dio la espalda y se fue.

Roskilde

10.17

Eva salió, se colocó detrás del seto y vio a Malte subirse al Mercedes oscuro. ¿Qué había querido decir con «y si viene»? ¿Quién? ¿El que había disparado a Brix? Probablemente. El que había entrado en su casa por la fuerza, uno de los cerdos que la habían maniatado en su casa, que la habían maltratado, humillado. ¿Por qué iba a aparecer en el funeral de Brix? Porque lo conocía. Sí, posiblemente. El asesino debía de conocer a Brix, y a Helena. Era lo único que tenía sentido. Si no, ¿por qué remover cielo y tierra para recuperar un teléfono? Por fuerza la dama de compañía tenía que estar involucrada y, por alguna extraña razón, haber accedido a callar el verdadero motivo de la muerte de su hermano. «Piensa rápido. ¿Qué hago?». Dentro de un instante se habrían ido. Esa era la oportunidad

de Eva para identificar al asesino. ¿Cómo? Solo lo había visto a él, o a ellos, con la máscara puesta. Por la mordedura. Eva le había atravesado el guante con los dientes, lo había mordido con fuerza, había saboreado su sangre. El asesino de Brix y de Rico llevaría algún tipo de vendaje.

Helena seguía de pie junto al coche, fumando un cigarrillo medio a disgusto mientras hablaba por teléfono. No parecía fumadora. Tenía una piel perfecta, sin una sola arruga. A lo mejor fumaba de joven y había vuelto a hacerlo después de la muerte de su hermano. Pilló a Eva mirándola y le sostuvo la mirada mientras hablaba por teléfono. ¿Estaría hablando de ella? Tal vez con el que había asesinado a Rico, el que la había manoseado en la casa. ¿Qué decía Helena por teléfono? ¿Que la tipeja de la guardería seguía husmeando? ¿Que había que acabar con ella?

Nunca tendría una oportunidad mejor que aquella. Una mano con un vendaje. Tenía que

averiguar dónde se celebraba el funeral. Por las esquelas, ¿o le daba tiempo a seguir el coche? En la sala del personal, Eva encontró su bolso y se topó con la mirada extrañada de Mie.

—¿Te vas, Eva? —dijo, sorprendida.

—Solo será un momento.

No tenía tiempo para explicaciones. Tampoco sabía qué decir. Cogió la chaqueta y se apresuró a salir. Volvió a bajar las escaleras y salió al patio, donde casi se dio de bruces con Anna.

—¿Qué pasa?

—Es que...

Eva miró hacia el coche. Helena apagó el cigarrillo y se metió en el asiento de atrás con Malte. ¿Cristales tintados?

—Mi padre. Está...

—¿Tu padre?

—Sí, me acaban de llamar. Lo han atropellado.

—¡Dios mío, es terrible! —exclamó Anna—. ¿Le ha pasado algo?

—Él... —Eva tartamudeó, sintió las lágrimas y luego asombro por ellas. ¿Era la idea de su padre herido, atropellado, lo que la entristecía, o que le resultara tan fácil mentir?—. No conozco la gravedad —dijo, y se enjugó las mejillas.

—¿Cómo piensas llegar?

—Yo...

—Usa mi coche —la interrumpió Anna—. Faltaría más. —Rebuscó en los bolsillos pero no encontró la llave y se fue corriendo hacia la sala de personal.

Eva miró el Mercedes oscuro. Helena había cerrado la puerta, Malte bajó la ventanilla.

—¿Eva? Es el Mazda rojo que está allí —dijo Anna, señalando con el dedo—. Me temo que está un

poco desordenado, pero no te preocupes por eso.

—Mil gracias —dijo Eva—. Te prometo que volveré antes de...

—Conduce con prudencia, para que no acabe herida más gente.

Eva cruzó la verja. El Mercedes oscuro rodaba calle abajo. Desapareció tras la esquina.

—¡Venga, joder! —dijo Eva en voz alta, mientras se peleaba con la cerradura. Por fin se abrió. Apartó una botella de cola medio vacía del asiento del conductor y se acomodó. Puso la llave en el contacto. Pasó un momento, suficiente para que a Eva le diera tiempo a dudar si el coche se pondría en marcha alguna vez.

El sol entraba directamente por el parabrisas, un muro de luz y calor. Abrió la guantera y encontró lo que buscaba: un par de gafas de sol. ¿Dónde estaba ese jodido coche? ¿Lo había adelantado? Miró por

el retrovisor, por los espejos laterales. Allí. Ahora lo veía, en el otro carril. Lo vislumbró un breve instante antes de que una furgoneta blanca se interpusiera. El tráfico era lento. Obras. Ese día se movía despacio hacia el centro de Roskilde.

—¡Venga, joder! —masculló Eva.

La furgoneta seguía circulando entre Eva y el Mercedes oscuro. «Cátering», rezaba en un costado de la misma. Tal vez por eso a Eva la invadió un hambre repentina. ¿Cuándo había comido por última vez? Sin embargo, ya no estaba cansada. La adrenalina había vencido a la falta de sueño. La furgoneta cogió un desvío y dejó a Eva completamente al descubierto. Apenas la separaban unos metros del Mercedes y se sintió desprotegida. Si Helena se volvía en ese instante, si lo hacía Malte, probablemente la verían.

Eva se disponía a detenerse en el arcén para darles un poco más de ventaja cuando el coche que

iba delante decidió tomar una variante. Eva vio las dos torres, la casi icónica imagen de la catedral de Roskilde. Avanzaron paralelamente a la calle peatonal y acabaron en un pequeño mercado. La gente se arremolinaba en los puestecitos que vendían pescado, especias, libros, ropa de segunda mano. Había un museo a mano derecha. Volvieron a doblar a la derecha. Los adoquines sustituyeron el asfalto y el coche empezó a vibrar levemente. Casas amarillas de muros con vigas cruzadas contribuían a acentuar la impresión que tenía Eva de viajar hacia atrás en el tiempo, a tiempos pretéritos en que el rey era soberano, cuando Dios y monarca eran uno. ¿Cuántos años tenía la catedral de Roskilde? Eva no estaba segura, pero le parecía recordar haber oído que hacía más de un milenio que había allí una iglesia. Había reyes y reinas enterradas en ella, hasta ahí llegaban sus conocimientos. El más antiguo de todos era el rey vikingo Haroldo Diente Azul, cuyos restos mortales descansaban en el templo.

Parecía ser que también los de Svend Tveskæg y casi toda la lista de monarcas daneses hasta los tiempos modernos, incluido Federico IX. ¿También enterrarían a la reina Margarita allí? «Probablemente», pensó Eva.

La bandera de la iglesia, a media asta, colgaba flácida a lo largo del mástil. Había coches aparcados en una larga cola. Eva contó más de veinticinco, todos ellos de gama alta, casi iguales, indistinguibles, como en una cumbre de política internacional. Detuvo el Mazda a cierta distancia. Empezó a bajar gente de los coches. Hombres vestidos con americanas negras la recibían. Todos sin excepción lucían esa mirada afligida que solo se ve en los funerales, en los que nadie parece mirar a los demás, en los que la mirada siempre busca el suelo. ¿También había sido así en el funeral de Martin? Seguramente. Pero ella no se había dado cuenta. Se había sentido vacía, como si solo su cuerpo estuviera presente, el resto descansaba en el

ataúd, junto a Martín. Miró las manos de los hombres. Buscaba un vendaje que no encontró.

Helena y Malte esperaban frente a la iglesia. Helena tenía a Malte cogido de la mano. ¿Quién era el hombre que había al otro lado del niño? Probablemente el padre de Malte. Con el pelo negro y peinado hacia atrás, alto, erguido y aristocrático, tampoco él llevaba la mano vendada. A lo mejor se equivocaba. A lo mejor la herida ya había cicatrizado. En ese caso tendría que buscar a un hombre con una marca en la mano. No, cualquiera ocultaría una mordedura hasta que hubiera cicatrizado. Otra delegación se había congregado cerca de una de las torres. ¿Delegación? Un grupo de pensionistas con tarjetas de identificación con sus nombres enganchadas a la ropa. Eva no encajaría demasiado bien entre ellos. Varios llevaban una cámara colgada al cuello y formaban un círculo alrededor de un hombre que vestía una camisa blanca y arrugada. ¿Una visita guiada a la iglesia?

¿Era eso posible mientras se celebraba un funeral? Tal vez. La iglesia era enorme. Además, era su única posibilidad. Si podía mezclarse con los de la visita y de ese modo colarse sin ser vista en la iglesia... Bajó del coche justo cuando el guía decía algo y los viejos se ponían en marcha. ¿Qué les había dicho? Sin duda que no disponían de demasiado tiempo, que tenían que haber salido cuando empezara el funeral o algo así. Eva cogió aire. Esperaba que las gafas de sol le taparan buena parte de la cara. Ahora. La puerta del pórtico estaba abierta. Eva se coló entre los pensionistas. Por algunos fragmentos de las conversaciones, entendió que la visita guiada llevaba meses programada, pero que la muerte no respetaba nada ni a nadie. Unos cuantos ancianos rieron; los demás parecían tristes por la idea de una muerte irrespetuosa. Eva procuró mantener la mirada fija en los desgastados adoquines que tenía delante. «Evita el contacto visual —murmuró una voz en su cabeza—. Baja la mirada».

La catedral de Roskilde narraba la historia mejor que la mayoría de las iglesias: que Dios es grande, más grande que todos nosotros, y sobre todo que es danés. No había ninguna duda, por mucho que el estilo arquitectónico fuera gótico, los ladrillos eran inequívocamente nacionales, rojos, del mismo tipo que se utilizaba para construir chalés. Eva miró al hijo de Dios en la cruz: rubio, alto, danés, tal vez sueco, pero nada más exótico que eso.

El cortejo fúnebre estaba ocupando sus asientos en los bancos de madera ornamentales. El ataúd estaba en el pasillo central, cerca del altar. Eva reparó en las losas del suelo. Lápidas. Había obispos, nobles, ricos de un pasado lejano, era un gran cementerio. Eva miró a los congregados, intentando verles las manos, interpretar sus rostros. ¿Quién era esa gente? Rostros extranjeros, con rasgos típicamente de la Europa meridional. Oyó hablar en varias lenguas, entre susurros, y sin embargo el sonido era transportado por aquella

enorme nave. ¿Uno de ellos había asesinado a Brix? Eva, detrás de los viejos y el guía, estaba demasiado lejos para verles bien las manos. Trató de fingir que pertenecía al grupo y prestó atención.

—Nada menos que veintiún reyes y dieciocho reinas están enterrados aquí, en la catedral de Roskilde, que es la iglesia donde más monarcas descansan de todo el mundo —afirmó el guía, y siguió caminando mientras Eva se arrimaba a ellos, un pasito por detrás del grupo—: Antes que nada echaremos un vistazo a la famosa capilla situada a pocos metros de aquí y que, entre otras cosas, contiene los restos mortales de Christian IV y de Federico III.

Eva miró hacia los miembros del cortejo fúnebre. Helena, su marido y Malte estaban sentados en la primera fila, al lado de una mujer vestida de negro de unos cuarenta años, que tal vez fuera la mujer de la que Brix se estaba divorciando. Todos vestían bien, olían a dinero, a riqueza discreta, pero

no reconoció realmente a nadie, bueno, sí, a un analista de un banco, no recordaba cuál, un hombre elegante que a menudo era invitado a la televisión cuando había que comentar las cuentas anuales de las grandes empresas.

—Solo disponemos de cinco minutos más —dijo el guía.

«Tengo que acercarme». Eva vio un asiento vacío, se alejó un poco de los ancianos y se dirigió rápidamente hacia los bancos. Tomó asiento en la sexta fila, casi en línea recta detrás de Helena y en medio de un grupo de hombres que parecían no haber hecho otra cosa en su vida que tomar decisiones importantes en despachos de dirección con vistas al puerto. Les miró las manos, cuidadas, de uñas perfectas. Ninguna marca de dientes ni ningún vendaje. Más adelante. No podía apartar la mirada de un hombre en particular. Llevaba el pelo muy corto y estaba sentado de espaldas a Eva. Tenía la nuca ancha y fuerte, con un pliegue justo encima

del cuello de la camisa. Era recio y musculoso de una manera profesional, no de los que llevan años sudando en un gimnasio para conseguir un cuerpo atractivo. Eva esbozó una sonrisa de disculpa cuando volvió a levantarse y avanzó por el pasillo de la iglesia, mirando con avidez las manos de los presentes. Allí. Uno que ocultaba la mano izquierda en el bolsillo. Lo miró. ¿Era demasiado mayor? Se sentó a su lado. Él le hizo sitio, pero sin sacarse la mano del bolsillo. En cambio, no mostró ni con el más mínimo gesto que la hubiera reconocido. ¿Había lágrimas en sus ojos?

De repente, Helena se volvió y la miró, como si lo supiera, como si supiera que estaría allí sentada. Eva sintió una especie de hormigueo en el cuerpo y se agachó levemente, como para rezar, pero ya era demasiado tarde. La dama de compañía se reclinó en el asiento y le dijo algo a un hombre sentado detrás de ella. El hombre se levantó y se dirigió inmediatamente hacia Eva, con discreta eficacia,

como un camarero de restaurante caro, y le dijo en un tono de voz impersonal:

—No te quieren aquí.

—Pero...

Eva no sabía qué decir. Le miró la mano, fuerte, sin ninguna marca. Por un instante lamentó no haber previsto que podría darse una situación como aquella. Tal vez debería haber tenido un plan preconcebido, haber considerado qué decir en un caso así. Ya era demasiado tarde.

—Tengo que pedirte que te vayas —dijo el individuo en el mismo tono impersonal.

«Como un robot programado», pensó Eva. Un robot que solo era capaz de repetir una frase, una y otra vez: «Tengo que pedirte que te vayas».

Eva vaciló tanto rato que el robot se vio obligado a ampliar su vocabulario.

—Es un funeral privado y los extraños no son

bienvenidos.

—Pero todo el mundo puede... —Eva miró al hombre que estaba sentado a su lado, y él a ella antes de apartarse un poco—. Por supuesto —dijo finalmente.

Se levantó. Notaba que el hombre la seguía con la mirada. Bajó por el pasillo central y dobló entre las hileras de sillas, cerca del púlpito, en dirección al pórtico por donde había entrado. En ese momento los viejos estaban saliendo. Eva miró una sola vez por encima del hombro, ya nadie la vigilaba.

«No». Dio media vuelta, ciento ochenta grados y enfiló el pasillo lateral hasta el otro extremo de la iglesia, hacia los ancianos, buscando un lugar donde esconderse, un lugar desde donde pudiera observar a todos los dolientes a la vez. Se movió al amparo de las columnas góticas hasta que llegó a unas amplias y gastadas escaleras. El guía hablaba de la princesa Dagmar mientras Eva buscaba el lugar adecuado

donde colocarse para poder ver cuanto más mejor sin ser vista. La voz del guía era un eco, algo lejano, como venido del pasado, que narraba cómo la hija de Christian IX, la princesa Dagmar, había estado enterrada allí hasta septiembre de 2006, cuando su féretro emprendió un viaje que en un primer momento realizó en un coche fúnebre tirado por caballos hasta Copenhague y Langelinie.

Eva subió las escaleras, tranquilamente y siguiendo la cadencia de la voz del guía, que contaba cómo Dagmar había sido luego trasladada a San Petersburgo en barco y enterrada al lado de su esposo, el zar Alejandro III. Concluyó la visita. La puerta se cerró. Prohibida la entrada a toda persona ajena. Cuando empezó a sonar el órgano, Eva echó a correr escaleras arriba. Llegó al final de la escalera y se sentó un rato mientras el coro acababa de cantar el primer himno.

—«Aunque solo avance en los momentos de dolor...».

Eva aprovechó para echar un furtivo vistazo por la barandilla de la escalera hacia el cortejo. Primero vio a Malte. Miraba al frente, con la mirada vacía. ¿Quién era el que estaba sentado más cerca de la salida? ¿Llevaba allí todo el tiempo?

—«... y la dura piedra sea mi único lecho...».

Eva lo miró. El hombre observaba lo que sucedía a su alrededor, con la mirada atenta, como un guardaespaldas.

—«... el sueño me lleva a ti, más cerca, Oh, Dios, de ti...».

De pronto miró su teléfono. Helena atrajo a Malte hacia sí.

—«... más cerca de ti».

Una especie de saliente discurría a lo largo de la pared de la iglesia a unos quince metros del suelo. Su mirada se posó en un punto, unos metros más adelante: si seguía el arco que describía el saliente

llegaría al otro lado, y con ello conseguiría un ángulo de visión que le permitiría observarlos a todos. Si bien la distancia no sería ideal, les vería mejor las manos. «Prohibido el acceso a la pasarela». Miró el rótulo y luego la pasarela. Dio un paso adelante y echó a correr mientras el órgano y el coro alcanzaban un crescendo, al menos en cuanto a volumen. Por fin había llegado al otro lado. Corrió pegada a la pared para que no pudieran verla desde abajo, siguiendo el arco hasta que llegó al punto escogido. Se arriesgó a lanzar un rápido vistazo a los asistentes al funeral. Ya no veía al de la nuca de toro por ningún lado. A lo mejor se había ido. No, no se abandona un funeral. El primer himno había finalizado. La iglesia se había sumido en un profundo silencio cuando, de pronto, algunos de los hombres se levantaron. Eva vio cómo salían al pasillo central y se colocaban en fila. ¿Qué era lo que sujetaban en la mano? ¿Palos? Se sentó para ver mejor cómo los ocho hombres, vestidos casi igual,

casi de la misma edad, se acercaban al féretro y, uno tras otro, depositaban los dos palos sobre la tapa del féretro. Vio que Malte le susurraba algo a su madre. A lo mejor le estaba diciendo: «¿Qué demonios está pasando?». Exactamente lo mismo que pensaba Eva. La manera en que andaban, uno detrás de otro, tenía cierto aire ritual. De pronto vio lo que depositaban sobre la tapa. ¿Dos flechas? De las que se disparan con un arco. El penúltimo depositó sus dos flechas y la antigua munición retumbó contra la oscura tapa del féretro. Al igual que los demás, dirigió un discreto gesto con la cabeza a Helena y a la familia sentada en la primera fila, un gesto de respeto. Respeto por el difunto. ¿Era una especie de homenaje? ¿Qué significaba? ¿Eran compañeros de algún club de tiro? Ridículo. Ninguno parecía un compañero de nadie. Todos parecían ser hombres de los que ya han superado el punto en que se necesitan los compañeros y los amigos, de los que han decidido soportar el peso del mundo y su futuro

sobre sus hombros. El último depositó sus flechas. Helena apartó la mirada cuando se inclinó ante la familia, como si no estuviera dispuesta a aceptar sus respetos, como si los rechazara. Y entonces Eva le vio la mano, envuelta en un sencillo vendaje blanco. ¿Por qué no apartó la mirada? ¿Por qué se lo quedó mirando fijamente? Incluso cuando el hombre alzó la vista y la miró a los ojos.

Eva se apartó y se sentó tras la barandilla. Pensó: «Tengo que salir de aquí. Ahora». El organista se puso manos a la obra, el extraño espectáculo había terminado, y debajo de ella volvía a celebrarse un funeral danés normal y corriente. No lo veía por ningún lado. Un ruido a su espalda. «Está ahí arriba». Un rápido vistazo a su alrededor. El pánico se le extendió como un virus de un lugar del cuerpo al resto. Lo vio subir las escaleras y echó a correr. Nadie podía oír sus pasos, tanto el órgano como el coro se ocupaban del sonido. Podría haber gritado y nadie la hubiera oído. Hacia el otro lado.

Pero ¿por dónde? La puerta de la esquina. Debajo del reloj, apenas le dio tiempo a ver la figura de un hombre matando a un dragón, había una puerta estrecha de madera pintada de negro. Miró atrás al tiempo que la abría de un tirón. Estaba a escasos metros de ella. Cerró la puerta. La mano de él la agarró por el borde, ella tenía dos manos, él solo las puntas de los dedos en la puerta, y sin embargo consiguió abrirla. Eva la soltó y quiso seguir corriendo, pero él la agarró de un pie. Intentó arrastrarla hacia fuera.

—¡Suéltame, cerdo! —gritó Eva, y se volvió.

Miró la mano que la sujetaba por el tobillo. Vio el pequeño vendaje allí donde ella lo había mordido. Levantó el pie y lo lanzó con todas sus fuerzas contra su cara. Le dio en algún sitio. En cualquier caso el hombre encogió el brazo y la soltó. Volvió a ponerse en pie y echó a correr sin saber hacia dónde. Subió unas escaleras. A lo mejor se encontraba en una de las torres. Otra puerta que

abrió con dificultad. «¿Dónde estoy?». En un desván. En lo alto de la iglesia. Una luz débil entraba por las pequeñas ventanas. Suelos de madera clara sin cepillar. Vigas que se cruzaban en el techo. ¿Todavía la perseguía? No tenía tiempo para detenerse a averiguarlo. Tenía que seguir adelante. Cruzó otra puerta más. Estaba abierta, una nueva habitación, esta vez un gigantesco desván, una laberíntica tela de araña de pasarelas. Una escalera conducía al tejado, al chapitel. Siguió avanzando por una pasarela, por encima de las bóvedas de la iglesia. «Por encima del cielo», pensó. Un estrecho pasillo discurría a lo largo de una tela metálica de la altura de un hombre, al otro lado de la cual había palomas. La contemplaron curiosas cuando pasó corriendo. Entonces lo oyó: pasos. Casi sin preaviso se plantó delante de ella, pero al otro lado de la tela metálica. Se detuvo. Ella miró atrás. ¿Qué dirección debía tomar?

—Espera un poco —dijo él.

Eva tenía náuseas, sabía que las piernas le fallarían si aquel hombre se le acercaba. Pero estaban separados por la tela metálica. Los ojos de Eva examinaron coléricos la red que los separaba, instalada para impedir el paso a las palomas. Dos listones discurrían horizontalmente, a un metro de altura. La tela metálica estaba unida a ellos con clavos. Había un hueco, tal vez suficiente para introducir un brazo pero no todo el cuerpo. No la podía alcanzar. La cuestión era dónde ir.

—Eva. —El hombre vaciló. La miró—: Ojalá pudieras dejarlo correr. No tiene nada que ver contigo.

—Tú...

Las palabras se le atragantaron. Le temblaban las manos, sintió cómo le temblaba la mandíbula. Él miró al suelo y cabeceó, condescendiente. Eva siguió su mirada. Vio la orina. Fue entonces cuando reparó en el calor húmedo que le recorría la pierna

izquierda.

Finalmente el hombre abrió la boca:

—Ya veo que no te encuentras demasiado bien.

—No demasiado bien —masculló Eva. Quiso decir algo más, pero no pudo. Volvió a intentarlo. Cogió aire—. ¿Quién eres?

—Lo importante es quién eres tú —dijo él, e incluso consiguió esbozar una leve sonrisa—. Tú eres Eva, y no quieres saber nada de todo esto. Has aterrizado un poco por casualidad en medio de una historia y no estás en el reparto. ¿Lo comprendes?

—Yo...

Eva bajó la mirada. Seguían sin salirle las palabras. Quería decir algo acerca de Rico.

—Hay otras historias de las que puedes ser la protagonista. Mejores historias que esta. Confía en mí —dijo, y añadió—: Esto es una tragedia. Eres demasiado guapa para esto. Si lo dejas correr, a

partir de este momento... Mírame, así verás que lo digo en serio.

Eva buscó sus ojos, los ojos que habían presenciado la muerte de Rico. La del hombre que estaba debajo de ellos, en la iglesia, también la habían presenciado. ¿Por qué eran tan bellos? ¿Por qué transmitían tanta... confianza?

—Sí —dijo él—. Ya lo ves. Solo tienes que dejarlo correr. Darle la espalda. No contiene grandes revelaciones, solo cosas feas, acabará mal. Olvidémonos. Lo digo en serio. ¿No lo ves? ¿Eva? Contéstame. ¿No lo ves?

Eva lo miró. Se relajó un poco más. ¿Tendría razón? ¿No era mejor que saliera de la iglesia y lo olvidara todo? En ese mismo instante la agarró de la muñeca a través del hueco.

Eva gritó. Él la arrastró hacia sí, solo los separaban los dos listones y la red metálica. Intentaba agarrarla del cuello con la otra mano.

—¡Sí, te digo que lo olvidemos! —gritó Eva. Lo miró a los ojos, la habían engañado, nunca había tenido intención de dejarla escapar. Profirió un grito al tiempo que le golpeaba la cara con el dorso de la mano, apartó el brazo, se rasgó la piel en la tela metálica y cayó hacia atrás cuando él la soltó. El hombre no perdió ni un segundo. Empezó a dar patadas a la tela metálica, que cedió lentamente. En pie. Tenía que seguir. Oyó sus patadas agresivas y rítmicas contra la valla. Pronto la habría atravesado. ¿Por qué le faltaba tanto el aire? Respiraba como un paciente con enfermedad pulmonar terminal. Por un instante tuvo ganas de rendirse, echarse al suelo y esperar la muerte. Él nunca se rendiría. Allí. Una puerta ¿Daba a otro desván? Tal vez a una habitación desde la que podría volver a bajar, o a un lugar donde esconderse. El pequeño pestillo obedeció enseguida. Y...

Aire en el rostro. El sol que la cegó. Vistas sobre toda la ciudad de Roskilde. Una salida al

tejado. Una escalera que bajaba verticalmente. Tal vez había unos veinte metros hasta el siguiente tramo del tejado. ¿Debía...?

Ya había traspasado la tela metálica. Eva lo podía oír.

Acero frío contra sus manos. Estaba en el tejado. La escalera estaba sujeta al muro exterior mediante unos grandes pernos oxidados. Hacía mucho viento. Eva se concentró en no mirar hacia abajo, en no pensar en las consecuencias si el pie le resbalaba y se caía.

«Sigue —le susurró una voz interior—. Paso a paso». Tendría que saltar el último metro hasta el tejado inclinado de debajo. Desde allí había otra escalera, una especie de pasarela, a la que se podría agarrar, apenas a un par de metros de una abertura en el tejado, no muy diferente de aquella por la que acababa de salir. Ahora oía sus pasos en la escalera. Estaba bajando para atraparla. Si resultaba que la

puerta estaba cerrada, estaría acabada. No tendría escapatoria. Empujó la puerta. Se abrió. Dio unos pasos al interior envuelta en la penumbra. «¡No, piensa, joder!».

Dio media vuelta y encontró lo que andaba buscando: un pestillo. Lo corrió. Se quedó inmóvil un par de segundos, oyendo cómo tiraba de la puerta. Eva golpeó la madera con la mano, sintió las lágrimas contra sus mejillas, de pronto valiente, valiente porque él no podía alcanzarla.

—No olvidaremos. ¡Cerdo! —gritó, pensando en toda la mierda que le había soltado hacía un momento sobre el reparto—. Yo tengo el jodido papel protagonista en la que será tu tragedia personal.

Eva volvió a golpear la puerta. Sintió la ira, sintió el placer que suponía la ira en comparación con la desesperación. Aguzó el oído. Había desaparecido. Seguramente no había oído ni una sola palabra de lo que le había gritado. Estaba volviendo sobre sus pasos, por la escalera. Como la máquina

que era, no pensaba rendirse.

Eva corrió en la oscuridad. Descubrió la sangre en su brazo. Salió a un pasillo de comunicación, con cajas polvorientas y láminas apoyadas en la pared. Otra puerta más. Esta daba a unas escaleras de piedra de caracol que bajaban por la torre, y que Eva bajó lo más rápido que pudo sin caerse. Abajo, ¡lejos de allí! Llegó al pórtico justo cuando las campanas empezaban a tañer y los asistentes al funeral se disponían a salir de la iglesia. Ya estaba fuera. Aire, sol contra el adoquinado, el azul sobre su cabeza. Echó a correr hacia el coche.

Catedral de Roskilde

11.30

Estaban sacando el féretro. Marcus los vio desde el aparcamiento mientras hacía una llamada.

—¿Jefe? —respondió la voz de Trane.

—Eva.

Marcus se dio cuenta de que se había quedado sin aliento. La manga de su americana se había rasgado por la costura. Casi podía saborear sus lágrimas, su orina, su ira.

—¿Estás bien?

—No veo dónde está —dijo Marcus, intentando parecer sereno.

—Un momento.

Marcus contempló el cortejo. Estaban metiendo

el féretro en el coche fúnebre. «Idiota», pensó, y sintió una punzada de rabia. En aquel momento hubiera podido volver a matar a Brix. De no haber sido por su decisión fatal aquella noche, no habría estado allí.

—¿Jefe?

—Dime.

—Ha apagado el teléfono.

—¿Estás seguro? Se fue de aquí en un Mazda.

—¿Tienes la matrícula?

—Un Mazda viejo. Rojo.

—Complicado. Llevará su tiempo.

—De acuerdo. Pero en cuanto encienda el teléfono...

Trane lo interrumpió:

—Entonces me tendrás al teléfono al segundo.

Por cierto...

—¿Sí?

—Ese periodista.

—¿Quién?

—Rico, el de las bandas de motoristas.

—¿Sí?

—Lo han asesinado.

—¿Quién lo ha hecho?

—Bueno, ese es el asunto. ¿Tiene algo que ver con nosotros?

—No colaboramos con los motoristas, si te refieres a eso —dijo Marcus en un tono cortante.

—No, no. Es solo que...

—¿Algo más?

—No.

Marcus colgó. Se sentía tranquilo. Ya volvería a encender el teléfono. Entonces todo habría acabado. «Tiene que acabar esta misma noche», pensó, solo un poco preocupado por Trane. Tal vez había llegado la hora de iniciarlo.

La autopista

12.33

Eva solo se metió en el centro de Copenhague porque no sabía dónde ir si no. Podría perfectamente haber hecho lo contrario: haberse ido al campo, encontrado un desierto pueblucho cualquiera con una posada solitaria o una destartalada casa de cultura, haber tomado café con la mirada perdida, o mirado el cielo, soñándose lejos, en otra realidad, una realidad en la que nadie querría matarla, en la que nadie la asaltaría en su propia casa, la maniataría y manosearía. En lugar de eso optó por Copenhague, por el gentío, los coches, las tiendas, el bullicio; sería la ciudad que la protegería, que la ocultaría de un enemigo que ahora sabía que la quería matar.

Barrio de Valby. Eva no recordaba haber tomado el desvío. Tampoco sabía por qué, pero aparcó en la plaza. Se quedó sentada con el motor en marcha,

mirando a su alrededor. ¿La seguía alguien? Terrazas, gente que paseaba despreocupada o se sentaba a una mesa para disfrutar de la primavera mientras se tomaba un café con leche y un zumo de naranja recién exprimido, chicas de su misma edad que tenían a sus hijos en el regazo, cochecitos, novios y amigas y unas vidas absolutamente normales. Una vida normal, la clase de vida de la que Eva tendría que haber sido protagonista, tal como había dicho su enemigo justo antes de intentar asesinarla. Bajó del coche. Fue el olor de su propio pis lo que la sacó a la calle. Ya no era tan evidente, sus pantalones estaban casi secos. Se sentó en la silla de una terraza. Ahí no intentarían asesinarla.

—Disculpa —dijo Eva. La mujer se volvió—. ¿Puedo pedirte un cigarrillo?

—Sí. Por supuesto, aquí tienes.

Un rostro amable. Eva se podría haber quedado mirándolo todo el día. Encendió el cigarrillo. Eva

no había fumado desde que conoció a Martin. Era un fanático no fumador. Pero, ahora, de pronto, ¡era fantástico!

Pidió una copa de vino que no se podía permitir. «De acuerdo —se dijo a sí misma mientras sentía cómo el alcohol y la nicotina ejercían su efecto calmante sobre sus nervios—. ¿Qué hago? Hago lo que ahora mismo es más sensato. Hago lo único que importa. Me mantengo con vida. Me mantengo con vida».

Miró a su alrededor, los rostros de quienes la rodeaban. ¿Podía alguno de ellos estar compinchado con sus perseguidores? El joven que estaba sentado casi enfrente de ella y que daba sorbitos a un café mientras enviaba mensajes electrónicos al mundo. ¿Qué decir de la mujer de unos treinta años que llevaba las gafas de sol caladas en la frente y tenía un bebé en brazos? ¿El bebé como camuflaje? ¿No estaría en realidad vigilándola? Tal vez. Eva se levantó y se disponía a irse cuando oyó una voz

interior que le decía: «No». Volvió a sentarse. No debía permitir que la paranoia pudiera con ella. «Si lo haces, te volverás loca —le susurró la voz—. En su lugar debes luchar contra ella, y ganar el combate». Hizo acopio de fuerzas y miró a la mujer a los ojos, con toda la naturalidad y despreocupación que pudo fingir. Ninguna reacción. No eran más que dos personas cuyas miradas se habían cruzado casualmente, como suele suceder millones de veces cada día en cualquier ciudad del mundo. «Ojalá Martin estuviera aquí», pensó, y por un instante tuvo ganas de echarse a llorar. O al menos Rico. Alguien con quien poder hablar. Vació la copa y volvió a levantarse. De pronto sintió el cansancio en su cuerpo, una extraña rigidez en los brazos, las piernas pesadas, los ojos hinchados. ¿Y ahora qué? Sí, tenía que volver a El Manzanal. La esperaban. ¿Quiénes? ¿Los niños o su asesino? Tal vez ambos. No podía volver. La certeza tardó un rato en arraigar en ella. Así debía de ser siempre cuando

de pronto caía en la cuenta de algo. El reconocimiento llega de repente, pero necesita su tiempo para sedimentarse. «No puedo volver». No podía volver a El Manzanal, no podía volver a la casa de Hareskoven. No podía volver a la vida de la que tenía que haber sido protagonista, una vida que tendría que haber vivido como la mayoría de la gente, una vida de seguridad y complicidades, de rododendros, *footing* y paseos por la linde del bosque.

Eva estaba en la barra, esperando.

—¿Disculpa?

—¿Sí?

—¿Tenéis una puerta de servicio?

La camarera, rubia, de rasgos clásicos, con las cejas arqueadas, una Eva más joven, la miró sorprendida. El asombro que se reflejaba en sus ojos se transformó en comprensión, la comprensión que

se establece entre dos mujeres bellas que saben lo que quiere decir que te persigan los hombres.

—Por supuesto —dijo—. Sígueme.

La siguió a través de la cocina. La camarera le sostuvo la puerta.

—Gracias —dijo Eva, que de pronto se encontró entre cubos de basura y apoyada contra el muro. Esperó un momento. Nadie la siguió. Tampoco cuando salió del callejón y se quedó observando unos minutos los alrededores, el tráfico y la gente desde un pequeño parque. «Ahora mismo no me siguen —pensó—. Soy libre. Y no puedo volver». Al abandonar el lugar, casi llegó a sentir por un instante que una fuerza sobrehumana recorría su cuerpo, una fuerza que surgía de la nada. Un punto muerto, una zona cero interior: ninguna familia, ningún marido, ningún trabajo, y al día siguiente le retirarían la renta básica y pondrían su casa a subasta. Respiró hondo. Qué extraño, le resultaba

liberador. Enfiló la calle principal: sí, el miedo proviene del miedo a perder y ella ya no tenía nada que perder. En ese momento se hallaba absolutamente fuera de la sociedad, y nunca podría volver a la institución, fuera como fuese que se denominara a sí misma.

II

EL INDIVIDUO

Estación Central

19.00

Aunque se esté fuera de la sociedad, se sigue, no obstante, metido de lleno en ella. Eva se encontraba en medio del gentío de la Estación Central considerando sus posibilidades. Desgraciadamente, la euforia provocada por la falta de posesiones había disminuido considerablemente a lo largo de la tarde para ser sustituida poco a poco por el vacío, como si su cerebro fuera incapaz de engendrar un solo pensamiento coherente, y cuando finalmente le llegaron los pensamientos fue con una fuerza y una velocidad que casi la tumbó, como un bombardeo: la casa, Martin, el hombre al que había mordido, el que quería acabar con su vida, que le había quitado la vida a Rico. Más pensamientos. Mudarse. Escapar. Las Islas Feroe. Marruecos. No, Marruecos no, un lugar con alcohol.

Compró un café en el McDonald's y salió del vestíbulo de la estación. Salió al sol, al bullicio y a los gritos que provenían del parque de atracciones del Tívoli, al hedor de los alcohólicos que estaban sentados en las escaleras frente a la estación con las miradas clavadas como zombis en sus cervezas de graduación alta y sus cartones de vino. Ya no lloraba, las lágrimas habían sido sustituidas por la ira, un sentimiento irracional y claustrofóbico de estar encerrada aun encontrándose en el centro de Copenhague y pudiendo hacer exactamente lo que le diera la gana, siempre y cuando, claro, no le costara nada ni exigiera la participación de alguien más.

De pronto recordó algo que le había dicho Martin una noche en que estuvieron hablando de las operaciones militares en Afganistán: «Hay que conocer al enemigo». Sun Tzu, un general chino que había escrito un tratado hacía dos mil quinientos años. La Biblia de Martin. Siempre estaba sobre su mesita de noche, a temporadas era lo único que leía.

«Hay que conocer al enemigo», escribió Sun Tzu. Qué sabía Eva del suyo: que lo más probable era que hubiera asesinado a Brix, que sin lugar a dudas había asesinado a Rico, y que también iba por Eva. También sabía que tenía una mordedura en la mano izquierda que ella misma le había infligido, y a partir de aquel día también conocía su aspecto. ¡Tenía que identificarlo, que conocerlo!

—¡Mierda! —exclamó en voz alta, y sacudió la cabeza.

Un hombre la miró con severidad, como un maestro de escuela; tal vez había hablado en voz demasiado alta, pero él no sabía que acababa de caer en la cuenta de algo: que lo primero sería volver a casa. Su euforia había estallado demasiado pronto, como las yemas de una vid en el mes de abril que se abren con deleite al sol de la tarde solo para morir con las heladas de mayo. Todavía no era libre. Tenía que volver a casa. Tal vez su asesino estuviera esperándola. Sin embargo, le faltaban el pasaporte,

el cargador, la tarjeta MasterCard que su padre había insistido en que tuviera. La tarjeta cuyo titular era él, no ella, no Eva. Eva Katz era un nombre que hacía que cualquier cajero automático se fuera a negro y que daba escalofríos a cualquier banquero.

Hareskoven

19.01

Tenía que acabar ya. Había llegado demasiado lejos. Marcus miró el suelo del coche: el barro de la noche en el bosque se había endurecido. Cuando pisaba los pequeños terrones se convertían en polvo, en lo mismo que sería de él algún día, lo mismo en lo que pronto tendría que convertirse Eva. «Todos acabaremos así». ¿Por qué la gente le daba tanta importancia al cuándo? Marcus nunca lo había entendido. Echó un vistazo calle abajo, hacia la casa de Eva. Tendría que haber comido antes. A lo mejor encontraba algo en su nevera que podría coger. No, sería un acto profano vaciar su nevera y luego vaciarla a ella de vida. Sonó su teléfono.

—¿Trane? —dijo.

—Tengo cierta información para ti, sobre sus

antecedentes —dijo Trane.

—Cuéntame.

—Tuvo una relación con uno de los nuestros.

Marcus miró la casa mientras Trane seguía contando:

—Era oficial. Martin Selinius Andersen. ¿Has oído hablar de él?

—No. ¿Cuándo sirvió?

—Hasta el año pasado. Es decir, que era más joven que nosotros. Murió en acto de servicio.

—¿En Afganistán?

—Una mina.

—Vaya. Qué desgracia.

—Pues sí, también para nuestra nueva amiga. Compraron una casa juntos, pero no se casaron.

—Un clásico —dijo Marcus, y cogió aire. Había

un número sorprendentemente grande de soldados destacados que no se habían molestado en arreglar los requisitos formales en caso de que tuvieran que realizar el viaje de vuelta a casa en un féretro. A pesar de que Defensa predicaba lo importante que era. Pero era comprensible. Los jóvenes no soportaban tener que planear su propia muerte, mostrarse previsores, tenían miedo de que eso les provocara el pánico en el campo de batalla.

—¿Estás ahí?

—Te escucho —dijo Marcus.

—Bien. Ahora llega lo bueno: no le conceden ningún tipo de indemnización. Todo va a la suegra. Ella inicia acciones legales contra el Ministerio de Defensa. He estado haciendo algunas llamadas. Realmente llegó a escribir cosas muy feas.

—¿A qué te refieres?

—Rezuman verdadero odio, son cartas en las

que acusaba al Ministerio de ser el culpable de la muerte del soldado. Enloqueció. Montó un espectáculo en su funeral.

—¿Cómo?

—Gritó a los generales. Fue un escándalo, estaba totalmente fuera de sí.

Marcus cerró los ojos y los mantuvo cerrados, sin realmente saber qué encontraría en aquella oscuridad, tal vez algo que tuviera más sentido que la vida de Eva.

—Hay más.

—Adelante.

—Acabó cortando las coronas de su uniforme de gala y enviándoselas a la comandante en jefe.

—¿A qué te refieres?

—El soldado, Martin, pertenecía a la Guardia de la Reina.

—¿Y?

—¿Sabes el símbolo real que llevan en el hombro?

—Sí.

—Pues lo cortó. Lo envió a las Fuerzas Armadas, a la atención de la comandante en jefe.

—¿Por qué?

—Eso, ¿por qué?

—Muy bien. Tenemos que encontrarla. ¿Alguna noticia del teléfono? ¿Lo está utilizando para que la podamos rastrear?

—No. No está conectada. Sigue teniéndolo apagado.

—Gracias, Trane —dijo Marcus, y colgó.

Se quedó pensando un rato. Se sorprendió a sí mismo sacudiendo la cabeza. El Estado había actuado mal, pensó. En eso se fundamenta toda

guerra: aunque hayas ganado a tu adversario debes dejar abierto un pequeño flanco para que el vencido tenga la posibilidad de retirarse. No le habían dejado esa posibilidad a Eva. Defensa debería haberla ayudado con la casa. Eran demasiado estrechos de miras, y por esa misma razón Marcus se había apartado en su día, precisamente porque les faltaba una visión global. Habían empujado a Eva al abismo, y ahora se había convertido en el problema de otro. Primero hubieran tenido que mantenerla, era un problema económico. Ahora habría que acabar con su vida. Luego tendrían que investigar el caso. Nunca se llegaría a esclarecer el asesinato, pero costaría muchos miles de coronas, tal vez millones. Habría sido más barato pagarle esa maldita casa.

—Mierda —se oyó mascullar. Y lo dijo en serio.

Marcus se puso unos guantes finos y utilizó la misma entrada que la última vez: la puerta del jardín. La cerradura estaba tremendamente gastada; el viejo chالé casi parecía un museo de los años

setenta y ochenta, cuando también Marcus era niño. Metió el destornillador entre la puerta y el marco. Durante cuarenta años había servido para dejar a los niños en el jardín. Niños como habían sido Marcus y Eva, tenían la misma edad, podrían haber jugado juntos, jugado a la guerra y a los médicos, haber entrado y salido por puertas de jardín como aquella, haberse enamorado.

Cerró la puerta. Ya estaba en el salón. Se dio cuenta de lo cansado que estaba. No encendió la luz. Se sentaría allí y la esperaría. Aquello tenía que acabar de una vez. Sería un solo disparo. Nada de hacer que pareciera un accidente o un suicidio, no le quedaban fuerzas para ello. Se abriría una investigación policial, incluso sería escrupulosa. La policía relacionaría a Rico con Eva. La misma arma. Aun así seguiría culpando a la delincuencia organizada. Además: ¿qué podían hacer? Incluso si Marcus dejaba algún rastro, cosa que no creía, incluso si realmente lo hacía, la investigación nunca

conduciría a él.

Voces en la calle. Niños que pasaban corriendo, una mujer que los llamaba, que les pedía que bajaran el ritmo, que no corrieran por la calle. Advertencias. Cuán necesitados estamos de ellas, ojalá hubiera podido hablar con esa mujer, Eva, antes de que se llevara un teléfono que no era suyo.

Se fue a la cocina. Abrió la nevera. Fruta y yogur pasados. Volvió a cerrarla. Salió, subió las escaleras. Entró en su dormitorio. Un edredón. Dos mesitas de noche. Marcus se sentó en el lado desnudo de la cama, en el que no había edredón, donde tenía que haberse echado el soldado. Sobre la mesita de noche del soldado había un ejemplar de *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Qué bien conocía Marcus esta pequeña obra, un antiguo *best seller*. «Conoce a tu enemigo», esa clase de lugares comunes. Cosas que Marcus ya había dejado atrás. Sun Tzu enseña a la gente cómo ganar una guerra, pero no cómo ganar la paz, cómo dirigir y proteger

un país. Por eso Marcus había abandonado el Ejército. Era lo que tenía que haber hecho el soldado cuando todavía estaba a tiempo. Ahora Marcus estaba sentado en su cama, recordando el momento en que había tocado a Eva entre las piernas aquella noche. No podía comprender que fuera un acto que había realizado él, que realmente lo hubiera hecho; veía su acción como se ve la escena de una película.

Dejó el libro en su sitio. «Conoce a tu enemigo». Marcus no estaba tan seguro. Por cada detalle añadido a la enemiga que él llamaba Eva le resultaba más difícil tener que sacrificarla.

Bajó las escaleras. Una vez en el sótano se quedó un rato mirando las cajas apiladas a la luz del atardecer; el sol bajo atravesaba la ventana a la perfección, casi parecía un cuadro. Abrió un armario. Allí estaba el uniforme de gala del soldado, casi igual que el que Marcus tenía colgado en casa. Trane tenía razón: Eva lo había cortado, le había

quitado las coronas. ¿Había perdido la chaveta? ¿Era ese odio no resuelto lo que la impulsaba? La dama de compañía. ¿Realmente podía ser tan sencillo, que fuera la dama de compañía quien había despertado el odio latente en Eva, su sensación de que la reina le había quitado algo? Marcus miró las carpetas abiertas que había en el suelo. Leyó:

Sentiste necesidad de humillarme cuando entré en el aula. Me sonrojé, tú lo viste, seguiste dándome caña. «La hermosa chica», me llamaste, la que no necesita aprender bien la profesión. Eres un mierda, un malvado, un acomplejado. Descargas tu cólera sobre los demás. Se trata de «cargarse a los cerdos», dices. Has dividido tu mundo en buenos y malos, y en este mundo tú eres el único bueno y los demás son, o bien ignorantes que solo piensan en barrer para casa, o bien malos, malos, MALOS

Estación Central

19.30

Había dos extranjeros haciendo cola detrás de ella, gitanos, por lo que pudo deducir de su aspecto y su forma de hablar. Dos hombres impacientes. Querían acceder al teléfono para tarjetas. Eva volvió a llamar. Hacía dos minutos estaba esperando el tren a Hareskoven, pero sus piernas se negaron a subir. Sin embargo, necesitaba dinero. El hombre que lo tenía finalmente contestó:

—¿Eva?

—Papá.

—¡Eva! ¿Por qué no has llamado?

—No tengo mucho tiempo. Es importante que me escuches. ¿Estamos?

—¿Ha pasado algo?

—He estado trabajando en un caso.

—¿Un caso?

—Periodístico. Es un poco peligroso. No puedo volver a casa ahora mismo.

—Estamos en tu casa.

—Papá, ¿quiénes sois vosotros para...?

—La puerta del jardín no estaba bien cerrada —
la interrumpió su padre.

Eva reflexionó. ¿Había olvidado cerrar la puerta del jardín? No. Habían estado allí dentro, esperándola. Oyó gritar a Pernille al fondo.

—También ha olvidado apagar la luz.

—¡Papá! Tenéis que salir de ahí ahora mismo.

—Un momento, cariño. No os oigo si habláis al mismo tiempo.

—¡Papá! —Un teléfono que hacía ruido. Eva

gritó—: ¡Papá!

Los gitanos impacientes retrocedieron dos pasos. Se hizo el silencio durante unos segundos, el tiempo suficiente para que Eva se imaginara lo peor: a su padre y a Pernille muertos.

—¿Eva?

—¡Sí, papá!

—Ahora estamos en el jardín. ¡También has dejado la ventana del sótano abierta de par en par!

¿En qué estabas pensando, cariñito?

Eva sintió cómo se le agolpaban las lágrimas en los ojos.

—Papá. Escúchame. Tenéis que salir de ahí. Estáis en peligro.

—¿De qué me estás hablando? ¿Peligro? ¿Qué está pasando?

—Tenéis que alejaros de la casa.

—No entiendo nada.

—No puedo decirte gran cosa. Tiene que ver con el trabajo. Es importante.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, estoy estupendamente —dijo Eva, y vio su propio reflejo en el cristal—. Te prometo que volveré a llamar muy pronto y te contaré un poco más. Estoy bien. Vuelvo a tener trabajo de periodista. —Eva se dio cuenta de lo falsa que sonaba. Silencio que ella misma rompió—: No te preocupes, te llamaré pronto.

—Hazlo. Estamos muertos de preocupación.

—¿Podrías hacerme una transferencia?

—¿No tienes mi MasterCard? Puedes sacar lo que quieras.

—Está en la casa, y allí no puedo sacar dinero.

—¿Por qué? Tendrás que explicarnos...

—Papá. Por favor. Lo único que te pido es que hagas una transferencia. No, escucha, espera un poco. Asegúrate de que no haya nadie en la casa, y luego entras y coges la tarjeta y mi pasaporte. Están en el cajón de la cocina. Los recogeré mañana en tu trabajo. Déjalo todo en la recepción.

—¿Eva?

—Te dejo. Un beso.

Clic.

Biblioteca real

19.45

Eva no recordaba la última vez que había estado allí; tampoco sabía lo que pensaba de sí misma, pero en ese momento sentía que era el lugar adecuado en el que estar. Había gente y había paz para poder pensar, y además se sentía más o menos segura. También le gustaba el nombre. El Diamante Negro. Sonaba como el título de uno de los miles de cómics que había leído de niña echada en la hamaca de la casa de veraneo de su abuela paterna, en otros tiempos, unos tiempos en los que todo seguía siendo posible. Eva era incapaz de comprender a la gente que siempre decía que no cambiaría nada si tuviera la oportunidad de volver a empezar. La vida no era más que un esbozo, algo inacabado. Sí, Eva lo habría cambiado todo. No se habría prometido con un soldado. No habría comprado la jodida casa de

Hareskoven. De estar en disposición de volver a empezar, ¿seguiría siendo periodista? Tal vez, pero habría escuchado lo que tenía que decir aquel irritante profesor de la facultad de periodismo.

Miró a la gente que tenía alrededor. Estudiantes despreocupados, curiosos, que lo leían todo con gran interés, no había un tema que les fuera ajeno, la vida todavía podía llevarlos en mil direcciones, a Sierra Leona o a África central: dos de los títulos que tenían sobre la mesa dos mujeres que debatían en voz baja pero vivamente. Y luego, todo lo contrario, personas andrajosas que se sentaban en el pasillo, entre la vieja y la nueva biblioteca, personas cuya presencia y vestimenta no encajaban precisamente en el diseño vanguardista de El Diamante. Gente sin conexión a Internet. En muy pocos años, sin conexión a Internet se había convertido en sinónimo de indigente, alcohólico, sometido a la sociedad. Desgraciados enfermos mentales. Gente que ha sucumbido a los recortes y

para quien El Diamante Negro constituía una posibilidad de encontrar cobijo, acceso gratuito a un baño, un lavabo y un ordenador. Tal vez también acceso a un poco de dignidad. En cualquier caso, Eva se imaginaba que debía de resultar menos degradante estar allí que acostado sobre una rejilla del metro, esperando el cálido vapor del sistema de ventilación.

¿Me estoy convirtiendo en uno de ellos? Oía como ellos, a pesar de que había tratado de limpiar los pantalones con agua y jabón de mano en el servicio. Casi lo había empeorado. Daba igual. Tomó asiento frente a un ordenador que estaba libre. Se conectó. Pensó en el hombre con la marca de sus dientes en la mano. Evocó su rostro. Mirada cálida y embelesadora que invitaba a la confianza. Sus ojos irradiaban esperanza y voluntad cuando le dijo que no estaba en el reparto, que podía dar media vuelta y abandonar la tragedia sin más. Y acto seguido intentó asesinarla.

—De acuerdo, hijo de puta. Ahora quiero saber quién eres.

Buscó a Christian Brix en Google. Si el hombre había asistido al funeral de Brix tenían que conocerse. A lo mejor eran compañeros de trabajo. ¿Viejos amigos? En algún lugar aparecería una fotografía, algo que pudiera ayudarla a avanzar. Una vez más, sin embargo, constató que en general Brix brillaba por su ausencia en Google. De pronto Eva recordó algo que había leído en una ocasión: que una de las cosas que había puesto a los estadounidenses sobre la pista de Osama bin Laden fue que el líder terrorista vivía en un barrio acomodado pakistaní sin conexión telefónica ni a Internet. Fue precisamente su capacidad para ocultarse lo que había conducido a su detección. Como dijo alguien en el artículo: «A veces puede llegar a ser sospechoso no estar presente». ¿Por qué un hombre como Christian Brix no existía en el ciberespacio? Sí, ahí estaba, en el borrador de una

directiva de la Unión Europea de 2009. No podía ver de qué trataba la directiva, y cuando lo pinchó con el ratón, el archivo no quiso abrirse. También encontró a Brix en un par más de sitios. En una cita de un informe en el que por lo visto argumentaba en contra de una propuesta del comisario estonio Siim Kallas sobre una ulterior apertura del sistema de la Unión Europea. De nuevo el tal Systems Group. Un *lobby*. Eva cerró los ojos. La Unión Europea nunca le había interesado. Se cansaba al leer sobre ella, la simple palabra «Bruselas» desviaba en el acto su atención. La descarrilaba. Con los ojos cerrados se imaginó dinamita bajo las traviesas de la vía férrea, la explosión y el tren que volcaba de costado y caía por el barranco. Así eran Bruselas y la Unión Europea: dinamita bajo su capacidad de concentración.

—Muy bien. ¿Qué más hay, Eva? —masculló, por lo visto no lo bastante bajo, porque uno de los otros la miró disgustado.

Resumió la escasa información concreta de la que disponía: Brix; un SMS enviado después de su supuesto suicidio, algo que no podía probar. ¿Qué más tenía? ¡Ah, sí!, el cuadro desaparecido. ¿Cómo se llamaba el retratado? ¿Matternik? Lo tecleó y el buscador la corrigió: «Metternich, príncipe austriaco». ¿Qué demonios tenía él que ver en todo aquello? Se acordó del historiador del arte, de Weyland. Le había prometido darle más detalles acerca del cuadro. Tal vez ya le hubiera dejado un mensaje. Eva había olvidado cargar el teléfono y hacía tiempo que se había quedado sin batería. Volvió a leer acerca de Metternich. El típico aristócrata: nariz prominente, mirada despierta e inteligente, de alguien que lo había visto y comprendido casi todo, y que, sin embargo, acumulaba su excedente de sabiduría en una sonrisa discreta. Pasó las páginas sobre la Santa Alianza. El zar Alejandro se inspiró en una dama de la nobleza, una belleza, Barbara von Krüdener, para crear una

alianza entre las monarquías. Una alianza que lucharía contra la democracia y la sociedad impía. Eva contempló el único retrato que encontró de Barbara: una Afrodita, muy especial, con un vestido blanco que intentaba tapar un cuerpo exuberante, rizos rubios y frívolos, una sonrisa melancólica, ojos muy oscuros, atractiva, con una mirada que escondía un secreto.

—Una pura maniobra de distracción —dijo para sí, y de nuevo se encontró con una mirada de descontento.

—¿Vas a tardar mucho? —le preguntó un hombre que hacía cola.

—No —repuso, y volvió a la página. Sí, Barbara von Krüdener era una maniobra de distracción, una mística muerta hacía tiempo que había atrapado a un pobre zar con su mezcla de sensualidad exacerbada y de pensamiento esotérico. «¿Quién no preferiría leer sobre ella que sobre la

maldita Unión Europea?», pensó Eva, a punto de salir de la página con un sencillo *clic*. Al principio apenas comprendió lo que había encontrado en la parte inferior del cuadro, en la mano de Barbara, en la mano izquierda, ligeramente cerrada, casi con despreocupación, alrededor de dos flechas. Dos flechas como las que los compañeros anónimos de Brix habían depositado sobre su féretro. Eva trató de comprenderlo. Tal vez fuera una casualidad, tenía que serlo. Barbara murió el día de Navidad de 1825. ¿Qué significaban las dos flechas? En el cuadro, el hijo de Barbara posaba a su lado sosteniendo un arco, como un pequeño Cupido. Eva volvió a Google y primero escribió «arco y flechas significado». Al ver que apenas aparecía nada, escribió «*arrows meaning*». Su significado bíblico, concluyó, eran la verdad y la sabiduría. El arco simbolizaba la verdad y las flechas eran misiles sagrados cargados de sabiduría y conocimiento espirituales, algo que lanzar y con lo que alcanzar a

otros. ¿Tenía sentido? Eva tecleó en el buscador «Christian Brix+Barbara von Krüdener». No encontró nada que realmente los conectara. Leyó sobre Barbara, concretamente sobre la baronesa Barbara Juliane von Krüdener, nacida en Riga en 1764, cuyo padre luchó en las guerras de Catalina la Grande. Una cosa le quedó clara a Eva a medida que leía: el destino era algo que habíamos suprimido de nuestra realidad socialdemócrata. Menudas vidas tenían entonces. Eva deseó haber vivido entonces, junto a Barbara, a la que casaron con un hombre al que no amaba. Su marido fue destacado en...

Eva se detuvo y lo releyó con mayor detenimiento. Se obligó a leer cada palabra: su marido había sido nombrado embajador en Copenhague. ¡Copenhague! Es decir, que Barbara había estado allí, había paseado por la misma calle donde ahora mismo estaba sentada Eva. Aunque no por mucho tiempo. Su salud la obligó a trasladarse al sur, donde se enamoró de un capitán de

caballería...

—Cuidado con los soldados —le susurró Eva a Barbara—. Se mueren.

Siguió leyendo. De vuelta a Copenhague y a Barbara. Ya casi podía tocar a la bella Barbe-Julie, como la llamaban, que quería divorciarse pero cuyo marido no parecía estar por la labor. Vuelve a la corte prusiana donde su padre es embajador. Cuando el zar ruso es asesinado, las cosas se complican y Barbara escapa a París.

—Sí, llévame contigo —susurró Eva—. Sácame de esta tediosa sociedad del bienestar, devuélveme a un tiempo en el que podía suceder cualquier cosa y sucedía de todo.

Leyó cómo Barbara había conocido entonces a Chateaubriand y cómo provocó su conversión religiosa un hombre que cayó muerto a sus pies. Lo último que ve son los fantásticos ojos de la baronesa. Barbe-Julie empieza a reflexionar sobre la

vida, visita a un campesino con facultades proféticas, realiza viajes que la llevan a visitar todo el continente en busca del sentido de Dios, y lo encuentra. Un buen día, cuando el zar Alejandro, el hombre más poderoso de Europa, está inclinado sobre la Biblia, sumido en las mismas cavilaciones que ocupan al resto del continente, aparece la baronesa y le presenta su visión durante una conversación privada de tres horas de duración. El zar no deja de llorar durante toda la sesión; solloza de rodillas, como se suele hacer cuando la verdad le alcanza a uno. Y cuando viaja a París se lleva a su nuevo oráculo. Instalan a Barbara en la habitación contigua a la del zar, con acceso directo al hombre poderoso, y toda la elite intelectual hace cola. Todos quieren oírla, verla. En aquella casa nace la Santa Alianza. La Santa Alianza de Barbara, una idea sobre la paz universal entre naciones, sobre la condición divina de los monarcas, eso no puede ser muy complicado. Dios ha puesto a sus monarcas en

la tierra para que instauren la paz. Sanseacabó. El 26 de septiembre de 1815 los soberanos de Prusia, Rusia y Austria-Hungría firman el tratado. La Santa Alianza es una realidad.

Pausa. «Tendría que haber estado allí», pensó Eva. Tal vez ahora su vida era más como la de Barbara. Al fin y al cabo, Martin había volado por los aires y ella estaba huyendo. Se había arrancado a sí misma de la sombra del estado del bienestar. Ahora solo le faltaba un poco de grandeza, un poco de París y algunos atractivos poetas.

Siguió leyendo. Durante un tiempo, Barbara es la mujer vestida de sol que nos salvará a todos según el Apocalipsis. Sin embargo, todo poder es pasajero, y el príncipe Metternich de Austria, el verdadero líder del vasto Imperio austrohúngaro, toma las riendas de la Alianza.

Cogió aire. Muy bien. Místicos religiosos y alianzas muertas. ¿Qué tenía eso que ver con Brix?

De vuelta a la realidad socialdemócrata. Eva intentó de nuevo encontrar algo sobre el casi inexistente Brix y Systems Group. Tal vez un artículo en *Der Spiegel*...

«Traducir, Google, gracias». Las palabras ordenadas de cualquier manera y seguramente no del todo bien elegidas. Sin embargo, Eva pudo leer que el periodista alemán estaba tan irritado como ella por la falta de información acerca de Systems Group. Tenían oficinas en muchos países y eran aparentemente inmensamente ricos, pero nadie acaba de descubrir de qué y para quién realizaban su trabajo los del *lobby*. Sin embargo, el mensaje del artículo había sobrevivido incluso a la traducción de Google: ¡Más transparencia ya!

En la página cinco de los resultados de la búsqueda encontró finalmente un artículo danés en el que aparecía Brix. Uno que todavía no había leído. Barbara no aparecía por ningún lado. Casi no tenía fuerzas para más Unión Europea.

—¡Ponte las pilas! —susurró, y se enderezó.

Trató de encontrar sentido a los fragmentos de texto que acompañaban el nombre de Brix: uno sobre un grupo de presuntos *watchdogs*, periodistas de investigación, como el holandés Corporate Europe Observatory y la asociación Alliance for Lobbying Transparency and Ethics Regulation. Brix se declaraba crítico con estas fuerzas que luchaban por una mayor transparencia en el sistema. La cita procedía de un artículo, del cual Eva pudo leer las primeras frases. Era un artículo de *Information* y había que pagar para leerlo. Sin embargo, tenía el nombre del periodista: Jan Lagerkvist. Se reclinó en la silla, soltó el ratón, pensó un momento en Jan Lagerkvist. ¿Dónde había oído ese nombre? Y entonces lo recordó. Lagerkvist le había gritado al entrar en el aula que ahí estaba la chica guapa, la que no necesitaba llegar a la hora del único curso importante al que los estudiantes de periodismo asistirían alguna vez, que Eva sería igual que todos

los demás imbéciles faltos de talento, que haría unas cuantas llamadas a cambio de alguna que otra declaración hecha a toda prisa, eso en un día bueno, porque los demás seguramente se limitaría a citar de otros medios de comunicación, parafraseando a la agencia de noticias Ritzau, y se apresuraría a acabar cuanto antes para poder salir y tomarse un café con leche con las chicas en Café Victor. Eva lo buscó en Google y encontró una foto. Sí. Era él. Nacido en 1948. Según la revista especializada *Journalisten*, «el *enfant terrible* del periodismo danés». En otro sitio lo llamaban «el periodista más temido del país». Eva entró en Krak y buscó su número de teléfono.

Le pidió prestado el teléfono a uno de los empleados de la cafetería de la biblioteca y llamó. Solo había un Jan Lagerkvist en Selandia y vivía en la isla de Møn. Eva estaba dispuesta a dar con él aunque viviera en el Polo Sur. Necesitaba ayuda. «Está bien pedir ayuda», se dijo. El solo hecho de

tener que marcar su número puso a Eva extrañamente nerviosa. «Su inteligencia intimidada», había leído en un titular en la Red y, por un instante, en el instante en que una débil voz femenina se presentó como Anne-Louise Lagerkvist, Eva estuvo a punto de echarse atrás.

—¿Sí? —dijo la voz, al ver que Eva titubeaba demasiado.

—Disculpa que llame tan tarde. Me llamo Eva Katz. Soy periodista, y me gustaría hablar con tu marido.

Silencio.

—Jan está enfermo.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Puedo volver a llamar mañana?

—No creo que sea una buena idea. —Por mucho que la mujer hubiera pronunciado las palabras sin el más mínimo temblor, Eva presintió el llanto cuando

prosiguió—. ¿Sabes? Mi marido está gravemente enfermo. No estoy segura de que sea lo más apropiado que...

—No me alargaré —le prometió Eva—. Solo se trata de una pregunta. ¿Crees que podría hacérsela? ¿Dónde podría encontrarlo? Es extremadamente importante —dijo Eva.

La mujer cogió aire antes de susurrar las palabras:

—Jan está agonizando. Está ingresado en el hospicio de Hellerup.

El puerto

20.53

La muerte. Últimamente la perseguía, pensó Eva al salir de la biblioteca. Se demoró un poco, se acercó al borde del muelle y asomó la cabeza, como cuando alguien inhala el aroma de una olla. El olor del agua de la dársena del puerto vino a su encuentro. Alzó la mirada. Había anochecido. Las ventanas del otro lado daban vida al agua. Vivir y morir. Lagerkvist tenía sesenta y cinco años, y pronto se habría acabado todo para él. ¿Cuándo se habría terminado todo para ella? Esa misma noche, o mañana si no se andaba con cuidado. Pero ¿adónde podía ir? No podía volver a casa, eso estaba descartado. Tendría que encontrar otro lugar donde pasar la noche.

Barrio de Vesterbro

21.30

La fuerte y dura luz de la recepción del hotel dañó a los ojos de Eva. De pronto se dio cuenta de que la noche anterior no había dormido. Tenía la sensación de que los ojos se le habían secado, apenas era capaz de seguir parpadeando, como si estuviera fuera del mundo que la rodeaba y lo percibiera todo una fracción de segundo demasiado tarde. Se puso a esperar en la recepción. La recepcionista, una chica el doble de joven que Eva, tenía que acabar una conversación privada por teléfono. Atrapó el reflejo de su propio rostro en el espejo situado detrás del mostrador. No se reconocía. Estaba pálida, como si no le corriera sangre por las venas, parecía atemorizada y enfadada.

—Sebastian —dijo la recepcionista en tono de

advertencia, como una maestra a su alumno. Todavía no le había hecho caso a Eva—. Estoy trabajando. —Luego soltó una risotada.

Eva emitió un sonido adecuado en esta clase de situaciones, breve e impaciente, un gruñido.

—Ahora voy —dijo la recepcionista. Concluyó la conversación.

—Quiero una habitación.

—¿Cuántas noches?

—Solo esta.

—Muy bien. Tienes que rellenar este impreso y pagar por adelantado. ¿Tienes algún tipo de documentación?

—No la llevo encima.

—¿No tienes el carné de conducir o...?

—Me han robado la cartera esta misma tarde, en Strøget.

La recepcionista la miró un instante mientras Eva escribía. «Un momento absurdo», pensó Eva, porque la chica sabía que mentía, y sabía que Eva lo sabía. Pero le daba igual, claro que le daba igual. Tenía un trabajo de estudiante en un hotel barato de Vesterbro, le quedaban unas diez o doce horas de guardia y en lo único que pensaba era en volver a casa y follarse al tío con el que acababa de hablar.

—Hay muchos carteristas allí —dijo Eva, en un intento de romper aquella extraña atmósfera.

—Sí —le dio tiempo a decir a la chica antes de que su móvil volviera a sonar y le entraran las prisas—. Habitación 32, tercera planta. ¿De acuerdo? —Depositó una llave sobre el mostrador.

Eva pagó quinientas treinta coronas por una noche de sueño. Daba igual, en aquel momento habría pagado un millón.

—Verás que el ascensor está un poco oxidado, pero no suele pararse.

—Gracias —dijo Eva, y se metió la llave en el bolsillo—. Creo que subiré por las escaleras.

La chica ya tenía el teléfono en la mano.

—Haz el favor de no llamar todo el tiempo — oyó Eva que decía antes incluso de llegar a la escalera e iniciar el ascenso. Apenas había subido unos peldaños cuando se arrepintió y volvió al mostrador.

—¿Sí?

La chica tapó el auricular con una mano, incapaz de disimular su irritación.

—Disculpa un segundo que te moleste —dijo Eva—. Es muy importante lo que te voy a decir ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Sí. ¿Qué?

—Si aparece alguien preguntando por mí o por mi habitación, no dejes que suba. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Le dices que no estoy aquí, que nunca he estado aquí, que no sabes quién soy. Nada de visitas, por nada del mundo.

—De acuerdo.

—Y si pasa alguien por el mostrador, es decir, alguien que no esté alojado en el hotel y que no sepas qué hace aquí, me llamas inmediatamente. ¿Lo has entendido?

La chica no dijo nada. Su única reacción fue un leve cabeceo. Sin embargo, Eva detectó la curiosidad en sus ojos. Vio que la chica pensaba: «¿Quién eres?».

—Bien —dijo Eva, y esbozó una breve sonrisa—. Entonces estamos de acuerdo. Por cierto, ¿me prestas esto un momento?

—¿Qué? ¿Mi iPhone?

—El cargador —dijo Eva, y señaló—: ¿Lo necesitas ahora mismo?

—No, pero...

—¿A qué horas sales?

—A las nueve de la mañana.

—Perfecto —dijo Eva, y pensó que sería una noche muy larga. La muchacha ya parecía muerta de cansancio—. Te prometo que bajaré antes de las nueve. ¿Te parece bien?

—Muy bien —dijo la chica, y se apresuró a retomar la charla por teléfono.

Eva volvió a subir las escaleras: moqueta verde y raída; marcas de chicle y colillas; arpillera marrón en las paredes que llevó a Eva a pensar en Europa del Este y en el antiguo piso de su abuela paterna en Jutlandia; un ligero hedor a cigarrillos y vómito. Alguien discutía a grito limpio tras una de las puertas. Eva llegó al final de la escalera. Tercera

planta. Más arpillera. Parecía que las paredes succionaran la ya de por sí escasa luz. La habitación número treinta y dos se encontraba al final del pasillo y la puerta se abrió silenciosamente.

—*Home sweet home* —dijo Eva, totalmente en serio, porque en aquella habitación triste y modesta estaba todo lo que ella necesitaba en aquel momento: una cama que parecía más o menos confortable; una mesita de noche con una lámpara que no funcionaba.

Fue al baño y encendió la luz. Era del tamaño de un armario, tan pequeño que la puerta se abría hacia fuera. Se puso en marcha un ventilador con un sonido profundo y absorbente que Eva asoció inmediatamente con las profundidades de la tierra. Había una ancha grieta horizontal en el espejo. Al mirarse en él parecía que le hubieran cortado el cuello.

Eva conectó el teléfono al cargador y esperó un

poco mientras aspiraba vida. Lo encendió e introdujo su PIN, el cumpleaños de su madre: 1409. 14 de septiembre. Utilizaba a su madre para todas sus contraseñas. Si requería que fuera más larga y contuviera tanto números como letras solía usar Suzanne1409. En cierto modo, era como acudir al cementerio; según Eva, una manera de recordar a su madre. Estaba obligada a vivir con las secuelas: el sentimiento de mala conciencia por el alivio que sintió cuando su madre murió.

Un SMS anunció su entrada e interrumpió el momento complicado de Eva con su difunta madre.

Systems Group

22.45

El cuadro de Metternich estaba en el suelo, solo había que colgarlo. Fue Marcus quien le pidió a Trane que lo llevara al despacho. Era mejor ser prudentes y eliminar cualquier rastro. Además, Brix nunca debería haberlo colgado en su salón.

Marcus estaba tendido en el diván, un poco demasiado corto, del pequeño dormitorio que formaba parte de la oficina. No podía dormir, y eso lo tenía contrariado. Era una señal de debilidad. Marcus siempre había considerado importante poseer la capacidad de quedarse dormido en cualquier lugar y en cualquier momento, sobre todo para un soldado. Tan importante como poder andar, correr y matar. ¿Qué valor tenía un soldado agotado en una situación de combate? Se habían realizado muchos estudios al respecto, y la conclusión no

dejaba lugar a dudas: ninguno. Aparte del miedo, la falta de sueño era el mayor enemigo de cualquier soldado. Marcus pensó en las veces que había estado destacado en Irak y Afganistán. Pensó en el tópico según el cual un soldado de verdad solo duerme con un ojo cerrado. ¡Qué equivocada andaba la gente! Era todo lo contrario. Tu sueño es pesado y profundo hasta que recibes la orden de despertarte y estar fresco. Duermes cuando hay tiempo para hacerlo.

Se le revolvió el estómago. ¿Nerviosismo? No, ira. Ira porque las cosas hubieran tomado por aquellos derroteros. Ira consigo mismo por no haber finiquitado el caso hacía tiempo. Eva Katz. En otras circunstancias, en otro mundo, podrían haber estado juntos. Evocó su imagen, de pie en el desván de la catedral. Bella, vulnerable. Tenía algo. Se había orinado. Marcus había intentado agarrarla. Había inhalado su olor a sudor y orina, que, sin embargo, había removido algo en él. La diferencia entre matar

y amar apenas existía. Los dos fenómenos estaban conectados entre sí. Marcus lo había advertido muchas veces en situaciones de guerra. Parece que estás listo para apretar el gatillo, para vaciar el cargador sobre un grupo de hombres y mujeres con vestiduras largas y burkas y a lo mejor con explosivos fijados a la cintura. De pronto el intérprete grita algo y resulta que los hombres son aliados, y al instante siguiente los abrazas, te ríes con ellos, compartes una botella de agua, intercambias saliva y, como si de besos se tratara, sientes cierta complicidad con ellos. Así se sentía con Eva. No recordaba la última vez que se le había puesto tan dura. Solo con pensar en ella, en su orina, ni mucho menos repulsiva, sino dulce y desvalida. Ojalá el intérprete le gritara algo, ojalá todo se relajara, ojalá pudieran compartir una botella de agua. Ojalá pudiera besarla. Si ella era capaz de amar a un soldado, ¿por qué no iba a poder amarlo a él?

Marcus se subió los pantalones al oír pasos; sabía que era Trane. Conocía sus andares ligeramente pesados, sus pasos agresivos como si pateara la tierra, muy distintos de la manera que tenía David de moverse, sensible y casi sumisa. ¿Realmente preferiría que fuera David quien ahora mismo estuviera al otro lado de la puerta? David era su amigo; Trane era su compañero de trabajo, su subordinado. Dado el rumbo que habían tomado las cosas, sin embargo, tal vez este último fuera preferible. Trane era complicado, pero no le temblaba el pulso en los momentos decisivos, no le hacía falta una baja por enfermedad cuando la situación estaba al rojo vivo. Cuando la noche anterior había puesto a Trane al día de la gravedad del asunto de la periodista, de lo importante que era que la encontraran, de que las cosas podían ponerse muy feas, de que la supervivencia de la Institución estaba en juego, de que se trataba de una mujer dispuesta a prenderle fuego a la civilización, no

había planteado ninguna pregunta ni reaccionado lo más mínimo. Bueno, sí, había asentido brevemente con la cabeza, con decisión. Trane estaba listo para solucionar el problema, eso decían sus ojos. Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta. «Pero también siento un afecto indescriptible por David», pensó Marcus, y se preguntó si habría dormido, teniendo en cuenta lo sentimental que se había puesto de repente. No, solo habría dormitado brevemente.

—¿Marcus? —Por fin Trane abrió la puerta sin llamar y pasó. La luz entró a raudales y apareció una silueta en el vano de la puerta—. ¿Estás despierto?

Marcus sacó las piernas por el borde del diván y se levantó.

—La periodista —dijo Trane, y se quedó en la puerta—. Sabemos dónde está.

—¿Seguro? —dijo Marcus, sobre todo por ganar un segundo que le permitiera librarse de la rigidez que le atenazaba el cuerpo. El diván era jodidamente

incómodo.

—Hace dos minutos apareció en mi pantalla.

Marcus estuvo a punto de preguntarle por qué entonces no había venido antes. Dos minutos eran mucho tiempo. Le daban tiempo a Eva a escapar.

Marcus entró en el pequeño despacho, escasamente iluminado por una lámpara de mesa y los monitores de la pared, y por la luz azulada del portátil de Trane.

—Aquí —dijo Trane, y señaló un punto en la pantalla—. La tenemos controlada a través de LiveLink y podemos seguir todos sus pasos, siempre y cuando tenga encendido el móvil. Se ha registrado en un hotel. El hotel El León. ¿Lo conoces?

Marcus cabeceó y sacudió la cabeza. Pasó por alto las palabras de Trane cuando este dijo:

—Probablemente un lugar en el que pillas una enfermedad venérea solo con pisar la recepción.

—Vámonos —dijo, y se aseguró de que lo llevaba todo: teléfono, pistola, llaves del coche.

Cuando, tres minutos más tarde, salió por la puerta, no solo había alegría en el cuerpo de Marcus, había algo más. Tal vez dolor.

Vesterbro

23.00

Había leído el SMS tres veces: «Estimada Eva. El retrato de Metternich está seguro en el Museo de Historia del Arte de Viena. Espero que esto te sirva para tu investigación». Saludos, WEYLAND

Calle Viktoria

23.45

El taxista árabe de la esquina tenía un cigarrillo en la boca. ¿Los estaba mirando? No, Marcus lo descartó. Lo único que hacían era estar aparcados en una bocacalle anónima a un par de cientos de metros del hotel. ¿Qué podía tener eso de sospechoso? Además, el taxista no podía ver el portátil que descansaba sobre las rodillas de Trane. El hombre arrojó al suelo la colilla, volvió a meterse en el taxi y se fue. Marcus cogió un receptor inalámbrico.

—¿Te lo has colocado bien para que el sonido llegue lo mejor posible? —le preguntó Trane.

Marcus lo comprobó. Sí, el micrófono estaba bien colocado en su oído. Se quitó la americana y sacó la sobaquera de la parte trasera del coche. Se la colocó. Era donde prefería llevar la pistola, cerca

del corazón. Volvió a ponerse la americana. Trane lo miró.

—¿Recuerdas lo que te dije? Se trata de la supervivencia de la Institución —le insistió a Trane.

—No temas por mí —repuso este, y añadió—: Dispondrás de muy poco tiempo a partir de que corte la corriente.

—Concédeme unos minutos —dijo Marcus tras un instante de silencio.

—Por supuesto. La mayor parte de los hoteles disponen de un generador de emergencia.

Marcus bajó del coche.

Era la primera lección del manual: dejar las calles desiertas, cortar la luz, crear una confusión generalizada. Los ciudadanos estarían ocupados llamando a la policía, asustados; el más mínimo contratiempo en el mundo que dan por sentado desencadena una oleada de alarma social.

—Voy a cortar la corriente —dijo Trane en el oído de Marcus.

—Sí.

Pasaron unos minutos. Se apagó la luz en la zona que rodeaba el hotel, momento en que empezó a parpadear una alarma en la compañía Energinet. Ya se habían puesto en marcha dos técnicos, habían subido a una furgoneta de la compañía y se mantenían en contacto permanente con el director de operaciones. La red energética danesa es una de las más fiables del mundo, la mayoría de las averías se solucionan en apenas minutos. El sabotaje de Trane de la distribución local tardaría como mucho treinta minutos en ser subsanado, seguramente solo un cuarto de hora. Sin embargo, Marcus esperó. Antes de entrar en acción tenía que dar tiempo al pánico a extenderse. «Habría que recordar a los ciudadanos más a menudo que no pueden dar el paraíso por sentado —pensó—, que todo puede volatilizarse en cuestión de segundos, que en muy pocos días las

tiendas pueden quedarse sin comida, la electricidad no fluir, los hospitales cerrar, y todo el mundo verse obligado a vivir como en África, como en el pasado, en una sociedad violenta, en un país donde la supervivencia se convierte en una lucha individual. En aquel momento estaban experimentando un pequeño adelanto. Las mujeres despertarían a sus maridos. «Se ha ido la luz», dirían. ¿Y ahora qué? ¿Qué pasaría con la comida de la nevera y las provisiones del congelador, con los ordenadores que nadie encendía? De pronto se hacían una pequeña idea de cómo era en realidad el mundo tal como lo había descrito Darwin: brutal, despiadado.

—¿Estás ahí, jefe?

—Esperaré un minuto más —contestó Marcus.

—De acuerdo.

Marcus miró hacia la calle. En una ventana alguien había encendido un par de velas. Muy pronto la gente empezaría a llamar a la policía. Deseó que

el corte de luz se prolongara durante un par de semanas, para que a la gente le diera tiempo a reflexionar, y a notar, sobre todo, que este mundo es una bella y perfecta construcción, una estructura tan refinada y compleja que está más que justificado defenderlo tal y como se disponía a hacer el propio Marcus. Si se les recordaba eso a los ciudadanos, seguramente no se mostrarían tan hipócritas al oír hablar de transportes supuestamente ilegales, de Guantánamo, de tortura y ataques con drones, de soldados y generales, de Marcus y Trane. Alguien tenía que matar a los enemigos. Y sí, a menudo pagaban justos por pecadores, pero ese era el precio. El precio por esta sociedad. Era imposible defenderla sin pagarlo. Los enemigos ya no llegaban vistiendo uniforme o en formación, sino que descansaban en una habitación de hotel, eran, por ejemplo, una periodista dispuesta a incendiar el mundo, a renunciar a la seguridad de millones de personas normales y corrientes por un idiota como

Brix.

—Adelante, soldado —murmuró Marcus para sí.

—¿Decías algo, jefe?

—No.

—Date prisa —le dijo Trane en el oído.

—Voy a entrar.

«Discreción» era la palabra clave. Marcus se quedó en la acera de enfrente en un primer momento y pasó por delante del hotel. Registró todo lo que pudo desde la distancia, en la penumbra, con solo la luna y los faros de algún que otro coche como fuente de luz. La entrada tenía un aspecto más bien insignificante, sin ningún rótulo pretencioso dando la bienvenida a los clientes, sin ningún intento de irradiar confianza y amabilidad. Una puerta corredera de cristal rodeada de fachada gris y anónima dejaba bien a las claras que la mejor cualidad del hotel era el precio por noche. ¿Había

cámaras? En caso de apagón, recurrían a una batería, y si era necesario funcionaban a oscuras. Marcus se permitió detenerse un instante para echar un rápido vistazo a la entrada. No vio ninguna, pero las cámaras de vigilancia tenían que estar en la recepción. Salió a la calzada. El aire era fresco, parecía contener un débil rastro de los últimos estertores del invierno. Se oyó una sirena en algún lado. El pánico se estaba desatando, más de uno aprovecharía la oportunidad para, al amparo de las sombras, romper el escaparate de una tienda y llevarse un televisor o un ordenador. La última vez que había habido un apagón nocturno en la capital, el número de robos se disparó. Marcus pensó en Eva, en su piel clara, en sus ojos; no debía hacerlo, tenía que concentrarse en lo importante. Nueva Orleans, 2005: el huracán alcanza la zona. Veinticuatro horas más tarde, la ciudad estaba sumida en la anarquía, los ciudadanos en guerra contra otros ciudadanos... La civilización no es más que una cáscara de huevo,

una delgada capa de barniz...

Trane al oído:

—¿Marcus?

—Sí —susurró.

—La comunicación es perfecta. Solo quería verificarlo.

—Estoy buscando la mejor manera de entrar. No puedo utilizar la entrada principal.

—Tiene que haber otra.

—Esa puerta de ahí —dijo Marcus, y se acercó a ella. ¿La entrada de personal, tal vez?

—Un momento.

Marcus oyó el sonido de los dedos de Trane al pulsar las teclas.

—Sí, es un aparcamiento. Detrás del hotel también hay una escalera.

Marcus fue hacia allí. No vio ninguna cámara cerca de la puerta, solo el tenue brillo de la luna reflejado en esta. Bien. La oscuridad facilitaba las cosas. Cruzó el umbral, pasó entre dos coches y, efectivamente, llegó al patio trasero del hotel.

—Se encuentra a unos veinte metros de altura —dijo Trane—. ¿A qué corresponderá? ¿A un tercer piso? ¿A un cuarto?

Marcus echó un vistazo.

—Solo hay tres pisos.

—De acuerdo. ¿Ves las escaleras?

—Sí —susurró Marcus—. Conducen al sótano, y creo que también a la cocina. Las bajaré ahora mismo. Volveré a conectarme cuando esté dentro.

—Oído.

A paso rápido, enfiló un estrecho y sucio pasillo de cemento que discurría a lo largo de la parte posterior del hotel. Marcus miró por la ventana. La

débil luz roja de un rótulo anunciaba: «Salida de emergencia». Cacharros de cocina, cuchillos en la pared, unos fogones del tamaño de una mesa de billar. Se acercó a la puerta, tiró del pomo. Estaba cerrada, naturalmente, y parecía nueva y sólida. Un poco más adelante, otra ventana, casi oculta, pues la luz no llegaba hasta ella. Estaba a un metro y medio del suelo, tal vez a un poco más, y Marcus pasó el dedo por el marco. Viejo y podrido, con un único cristal.

Solo les había alcanzado el presupuesto para cambiar las puertas, pensó Marcus antes de considerar el ruido que podría llegar a hacer cuando lo atravesara con el codo y retirara la aldabilla. Había un viejo pedazo de tela tirado en el suelo. Marcus lo apoyó en la ventana con la esperanza de que absorbiera parte del estrépito.

Antes de romper el cristal pensó en una fecha concreta, el 19 de enero de 2010, y en un suceso concreto: el asesinato del líder palestino Mahmoud

al-Mabhouh, llevado a cabo por los servicios secretos israelíes, el Mossad. Pensó en ese asesinato porque lo admiraba, porque era una obra de arte, una genialidad técnica y logística realizada a la perfección. Los agentes del Mossad llegaron a Dubái con pasaportes de la Unión Europea robados a unos israelíes ignorantes con doble nacionalidad. Iban disfrazados de tenistas cuando entraron en el hotel. Se parecían al resto de los huéspedes, turistas acaudalados y decadentes de Oriente Próximo y Europa que se encontraban en Dubái para jugar al golf y al tenis y disfrutar del buen tiempo. Y entonces atacaron.

Eso fue lo que hizo Marcus. Rompió el cristal de un codazo seco y rápido. Constató que apenas había hecho ruido, metió dentro la mano y retiró la aldabilla. Levantó sin problemas sus noventa kilos de peso y los pasó por el estrecho hueco de la ventana. Se metió en la cocina. Permaneció quieto un instante, acostumbrándose a la oscuridad para

poderse guiar con la escasa luz roja. Olía a comida rancia, a beicon y a algo más. Cruzó la cocina hasta una escalera de subida. ¿Hacia dónde? Marcus subió los escalones en tres zancadas y abrió cautelosamente la puerta que daba al restaurante desierto. Las sillas y las mesas eran vagos bultos grises.

—¿Marcus? —le preguntó Trane por el auricular.

—Estoy dentro.

Cruzó el restaurante a toda prisa y salió a un pequeño pasillo donde había una puerta entreabierta que daba a la recepción. Le echó un vistazo y vio la silueta de una joven sentada hablando por teléfono, iluminada por la luz de una vela encendida sobre el mostrador. Mantenía conversación privada por su iPhone y no paraba de reír, completamente absorta. En la pared, detrás de ella, estaba el teléfono para los huéspedes del hotel, una antigualla. Las

escaleras se encontraban justo delante de la chica. Era imposible que Marcus llegara hasta ellas sin que lo viera. Sin embargo... Aunque levantara la cabeza y mirara hacia él, gran parte de su campo de visión estaría bloqueado por la columna de mármol que constituía el centro de la recepción.

Marcus retrocedió y volvió a meterse en el restaurante.

—¿Trane? —susurró.

—Sí.

—¿Hay línea telefónica?

—Sí, no tiene que ver con la red eléctrica.

—Entonces llama al hotel. En el vestíbulo hay un antiguo teléfono para los huéspedes.

—¿Ahora?

—Sí, no necesito más de veinte segundos. Di cualquier cosa.

—De acuerdo.

Marcus volvió al pasillo. Esperó. Al cabo de un instante sonó el teléfono, más fuerte de lo que había esperado. Incluso la recepcionista pareció sorprenderse cuando dejó en espera su conversación privada y se apresuró a levantar el auricular.

—¿Diga?

Marcus fue rápido. Ella le dio la espalda apenas unos segundos, pero los suficientes para que Marcus pudiera llegar a las escaleras y desaparecer. Cuando llegó a la tercera planta y salió a otro pasillo, la voz de Trane volvió a sonar en su oído.

—Pregunté si tenían una habitación libre en Nochebuena —dijo, no sin cierto orgullo—. Respondió que creía que sí.

—Ahora estoy en el pasillo —susurró Marcus.

—Lo veo todo desde aquí. Tienes que seguir por ese pasillo, pero ve despacio para que pueda

seguirte. Estás cerca.

Marcus asintió con la cabeza para sí. Estaba cerca.

13 de abril

Vesterbro

00.12

Eva se incorporó en la cama. Buscó a tientas el interruptor de la luz. No se encendió. Cogió su móvil. ¿Qué hora era? ¿Dónde estaba? Poco más de las doce, le informó la pantalla. ¿Por qué se había despertado? ¿Qué pasaba con la luz? Se levantó, utilizando el teléfono como fuente de iluminación. Miró a la calle. El alumbrado público no funcionaba. Solo los coches que pasaban ahuyentaban la oscuridad. Luego una mujer en el edificio de enfrente puso velas encendidas en la ventana. Alguien gritaba en la calle. Se oían sirenas.

—Un apagón —susurró, y decidió seguir durmiendo en cuanto volviera del baño. Se abrió paso a tientas en la oscuridad, empujó la puerta, se sentó, utilizó la débil luz del móvil para buscar el papel higiénico, hizo pis y tiró de la cadena. La

cisterna hizo un ruido ensordecedor. ¿Algo más se sumaba al estruendo? Alguien le había dado una patada a la pared de al lado o llamaba a una puerta o... No, seguramente no era más que...

La cerradura. Eva la encontró en la oscuridad, antes de que su cerebro hubiera entendido lo que acababa de suceder. Alguien tiraba del pomo de la puerta del baño, la pateaba. El primer pensamiento de Eva fue tirarse al suelo. A lo mejor decidía disparar a través de la puerta.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro!

Por un instante reinó el silencio. Luego volvió a empezar. Patadas duras y sólidas, como en la catedral. La puerta se abría hacia fuera, no era fácil abrirla a patadas. El marco cedió. ¿Alguien la oiría si seguía gritando? Tenía ganas de morir, de acabar de una vez por todas. Aquello nunca se terminaría. No hasta que él estuviera satisfecho. La sola idea la llevó a ponerse en pie.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¿Qué quieres de mí?

Iluminó el baño con el móvil. No había manera de salir de allí, la ventana era demasiado pequeña. ¿Por el techo? Una rejilla cuadrada de metal cubría el pequeño hueco entre las placas de yeso y tal vez podría alcanzarla si se subía al váter, apoyaba un pie en el lavabo y lo utilizaba para darse impulso. Ya estaba de pie sobre la tapa del váter, iluminando el techo con el móvil. Vio dos tornillos. Ojalá hubiese tenido una moneda a mano, pero solo tenía una uña y un dedo que consiguió introducir por debajo de la rejilla.

—¡Socorro!

Gritó con tal fuerza que sintió que se le desgarraba la garganta.

Los tornillos estaban muy duros y el espejo cayó sonoramente contra el lavabo. Debía de haberle dado una patada. El ruido ahogó por un instante el del hombre que luchaba por destrozar la puerta, y

ahora Eva tenía un pedazo de espejo roto en la mano. Lo iluminó. Lo introdujo en la hendidura del tornillo y lo utilizó como destornillador; lo giró una y otra vez. La sangre brotó de las yemas de sus dedos, pero el tornillo se soltó y pronto pudo sacarlo y dedicarse al otro, el último, que estaba más duro, que se negaba a soltarse, que más bien se había fundido con el yeso, que... La puerta estaba a punto de ceder. Se produjeron unas breves pausas entre los golpes. ¿Estaba tomando impulso para lanzarse contra ella? Tiró de la rejilla, la forzó hacia un lado hasta que el metal doblado se rindió, de la misma manera que el loco que había al otro lado de la puerta pretendía que ella se rindiera. La rejilla cayó al suelo con un sonido sordo y desagradable, un sonido inconcluso. «Esto no acaba aquí, te perseguirá...». Tal vez ese sonido indujo al hombre a detenerse un instante, a dejar de dar patadas. ¿A abandonar?

Eva consiguió auparse y reptar por el conducto.

Revoque, polvo y oscuridad. Telarañas. Tuvo que cerrar los ojos, avanzar a tientas por el estrecho conducto. Oyó que la puerta por fin cedía en el cuarto de baño. Eva se arrastraba hacia delante lo mejor que podía. Era un proceso lento. ¿Estaría justo detrás de ella? ¿Se le podía ocurrir disparar al interior del conducto? ¿Sería así como acabaría su vida, atrapada en un pequeño y claustrofóbico tubo, en el techo de un hotel de mierda del barrio de Vesterbro, como una rata, una alimaña a la que se extermina sin más? ¿Había oído un ruido detrás de ella? Le había quitado el seguro a su arma. Se quedó completamente quieta. Lo único que tenía que hacer era disparar la pistola dentro del conducto metálico y estaría muerta, su sangre correría por el conducto, se filtraría a las habitaciones del hotel, gotearía sobre los huéspedes, habría un poco de Eva sobre todos ellos. Oyó su respiración y, de pronto, le pareció que había desaparecido.

Llegó al final del conducto. ¿Otra rejilla? La

golpeó con todas sus fuerzas. Intentó empujarla, pero no cedía. Oyó un estruendo en algún lugar. ¿El loco estaba en su baño? ¿Se disponía a meter la pistola en el conducto y a disparar? Volvió a golpear la rejilla, esta vez con más fuerza. Un último golpe. Volvió a oír el mismo estruendo por segunda vez: el sonido de una rejilla metálica que daba contra el suelo en algún lugar. En otro mundo. Un mundo situado al otro lado del infierno en que se hallaba, al otro lado de...

Cayó cabeza abajo, tal vez dos metros. Le dolía el hombro derecho. El dolor se le extendió hasta la nuca y el resto del brazo. Se levantó. Se encontraba en un descansillo. ¿Dónde? En el hotel, o... Vio unas escaleras delante de ella. Había estado a punto de caer escaleras abajo en la oscuridad. El dolor en el hombro se intensificó. Pisó algo, abrió una puerta, entró en un despacho. La luz de la luna entraba por la ventana. No mucha, pero la suficiente para que pudiera ver que se encontraba en una oficina abierta,

con elegante suelo de madera, paredes de cristal, pantallas de ordenador. ¿Una agencia de publicidad? ¿Una compañía de seguros? Echó a correr sin más, de pronto consciente de que iba en braguitas y top corto de color blanco. Una puerta, una salida. Agarró el pomo. Estaba cerrada, como era de esperar. Tiró de ella, pero no consiguió abrirla. Había una silla de oficina al lado. La levantó y la lanzó contra la puerta de cristal. No obtuvo el efecto esperado; no se rompió, aunque se rajó y se disparó una alarma. La luz había vuelto. El pitido le atravesó el cerebro y amenazó con desgarrarle la cabeza desde dentro. Un nuevo golpe, esta vez con una papelera metálica. Puso todas sus fuerzas en él, lanzándola una y otra vez contra el cristal, y por fin lo atravesó. Cristales lloviendo en todas las direcciones, fragmentos de luz que volaban y aterrizaban, la alarma pitaba, Eva se abrió paso a través del hueco, salió a la calle. ¿Dónde? ¿Dónde?

Lille Colbjørnsensgade

00.35

Marcus oía a Trane en su oído cuando salió corriendo por donde había llegado.

—¿Por qué no la has cogido? —Trane volvió a preguntar—: ¿Por qué no la sacaste de allí?

Marcus le hubiera contestado, pero no podía.

—¿Dónde está? —dijo.

—Ha salido corriendo, tal vez en dirección a Istedgade. ¿Quieres que la coja?

—¡No!

Marcus se sorprendió por su propio tono de voz. Estaba en la calle. Vio a Eva un breve instante, iluminada por un taxi que pasaba por allí en ese momento.

—La tengo —dijo, y salió corriendo detrás de ella.

¿Qué había pasado?

Marcus se hizo esa misma pregunta mientras acortaba poco a poco distancias con la mujer. ¿Por qué no le había puesto fin cuando la tuvo encerrada en el conducto de ventilación? Nunca volvería a tenerlo tan fácil. Ni siquiera hubiese tenido que apuntar. Sin embargo, su dedo en el gatillo se había negado a obedecer. Había abandonado el baño un instante. Se había quedado inmóvil en medio de la humilde habitación de hotel, había dejado la pistola sobre la cama. Había juntado las manos, como si fuera la rigidez provocada por el frío lo que le había impedido mandar sobre su dedo índice derecho.

—¿Jefe?

—Voy detrás de ella —contestó Marcus.

Cruzó la calle. La veía, no estaba lejos. A lo

mejor esta vez le resultaría más fácil. Era un blanco móvil, un enemigo en la noche, no una pobre mujer atrapada en un tubo de aluminio. Alzó la pistola, la apoyó sobre la mano izquierda y apuntó.

—Venga —murmuró.

—¿Decías algo, jefe?

—No puedo.

Oyó que Trane había puesto el coche en marcha, ¿o era un sonido que provenía de la calle? Miró atrás. Nada. Eva se había alejado demasiado para que pudiera alcanzarla. ¿Qué le estaba pasando? Se miró la mano, le temblaba. Echó a correr. Le sentó bien. A lo mejor podía dejarla sin aliento, puesto que aquel maldito dedo índice se negaba a obedecer. Aceleró la marcha. Cruzó la calle. ¿Algo en el oído? Un breve chirrido. ¿Era Trane que le decía algo? El coche, se volvió. Le dio tiempo a ver dos faros y oír un sonido. Entonces lo atropelló. Tenía sensación de ingravidez, de flotar cómodamente en el aire. Era

una sensación agradable. Llegó la oscuridad.

En plena noche, una mujer en braguitas y top blanco corría por la fría ciudad de Copenhague. Llovía, pesadas gotas golpeaban el asfalto, le mojaban la cara. Había visto cómo el coche lo atropellaba y lo lanzaba en el aire como un muñeco. Se había detenido un instante; había considerado volver, acabar con él, con su enemigo, pero le había dado la espalda y había seguido corriendo. Alguien le gritó algo. Corrió Vesterbrogade abajo, a lo largo de los muros de las casas, no pensaba con claridad. A lo mejor había corrido en círculos. Se había centrado únicamente en la supervivencia, pero empezaba a tener frío ahora que estaba calada por la lluvia, que el frío de la noche la abrazaba. Ropa. Una lona. Algo que pudiera repeler el frío. Pero ¿dónde? No tenía dinero, no tenía nada. Todo era oscuridad, todo estaba cerrado y apagado. Una tienda de ropa de segunda mano. ¿De la Cruz Roja? Sí, a menudo había sacos llenos de ropa en la puerta.

Ropa para los pobres, para los que no tenían nada. Eva no tenía nada. La idea surgió del frío y arraigó en ella rápidamente, como una cuerda de salvamento a la que se aferraba desesperadamente; lo único que tenía, su único objetivo: la tienda de Cruz Roja en Istedgade. Dobló a la izquierda, corrió en dirección a Istedgade, casi chocó con un tipo que le gritó algo sobre su trasero, Eva no se volvió. A la izquierda de nuevo, ¿dónde estaba la tienda exactamente? Allí, un poco más adelante. Al otro lado de la calle. Por fin había llegado. Efectivamente, había un par de sacos de plástico en la puerta. Se oía el repiqueteo de la lluvia en ellos, un sonido agradable, como cuando cae sobre una tienda de campaña. Arrastró los sacos debajo de un tejadillo y volcó el contenido en el suelo. La gran mayoría era ropa de niño, pero había unos tejanos que tal vez le irían bien. Se los puso. Le iban un poco demasiado ceñidos, pero tenían un pase. También se puso un jersey de un extraño rojo mate que ella nunca habría escogido y una chaqueta

demasiado gruesa para la época del año, pero que ahora le iba perfecta porque estaba temblando de frío, no conseguía que las manos dejaran de sacudírsele, las tenía prácticamente en descomposición, como si llevaran demasiado tiempo sumergidas en agua. Buscó unos zapatos, pero no había. ¿En el otro saco tal vez? Sí, allí había un par de deportivas Nike, caras. Es increíble lo que la gente tira hoy en día, o dona. Le iban más o menos bien, tal vez medio número demasiado grandes. Todavía temblaba. Era una personita más pequeña que los pequeños de la guardería, más desvalida que el niño que habían abandonado en el bosque, pero su enemigo había... ¿qué? ¿Había muerto? Tal vez. Tenía más de uno, sin embargo. Habían ido dos a su casa. Seguramente eran más. Aquello no había terminado. Nunca se terminaría.

Hospicio de Sankt Lukas

08.20

La noche era lo único, en mucho tiempo, que se había comportado amablemente con ella y la había tratado con cierta solicitud. Eva había dormido en un banco, preguntándose si esa sería su cama a partir de entonces. Había donde escoger. Miró el reloj de la iglesia. Eran casi las ocho y media. ¿Podía permitirse hacerle una visita tan temprano? Había conciliado el sueño al lado de dos indigentes, cerca del canal y del palacio de Christiansborg; le había parecido un buen cobijo. Los indigentes, dos hombres, la habían mirado. Se había echado a unos metros de ellos, sobre el banco. No había dicho nada y ellos tampoco habían sentido la necesidad de decirle nada. Seguían durmiendo cuando Eva se levantó. Corrió hasta la estación para entrar en calor. Se había sentido ligera mientras esperaba el

tren a Hellerup. Había creído que ya no le quedaba nada por perder, después de haberse quedado sin la casa y sin el trabajo, pero había algo más: su dignidad.

—¿Te espera? —preguntó la enfermera, una joven con el pelo recogido en un moño. Miró a Eva de arriba abajo, no de manera condenatoria, solo para hacerse una idea de quién era.

—Sí —dijo Eva.

—¿Y te llamas?

—Eva.

—¿Eva?

—Él sabe quién soy. Su mujer lo ha avisado de que venía.

—De acuerdo, Eva. Toma asiento un momento. Veré si está despierto y tiene ganas de recibir visita.

Eva se sentó en una de las tres sillas adosadas a

la pared. Contempló las flores de las mesas, los carteles de la pared de enfrente: «Familiares: participad en la reunión informativa de los martes». Martes. Martin había muerto un martes. ¿Era preferible morir allí, en el hospicio, tranquilamente, que volar por los aires hecho pedazos en algún lejano desierto?

Eva se sentía más o menos despejada. Tenía el cuerpo dolorido, pero ya no parecía sentir el cansancio. Era como si se hubiera convertido en un estado permanente, una condición básica, como respirar. ¿O era la adrenalina lo que la mantenía despierta? Una especie de ganas de luchar, el instinto de supervivencia.

—¿Eva?

Seguramente la enfermera había dicho su nombre unas cuantas veces.

—Sí.

—No está seguro de quién eres, pero está despierto y le parece bien recibir una visita.

Eva se levantó y siguió a la enfermera pasillo abajo. No pudo resistirse a mirar al interior de las habitaciones donde los moribundos esperaban a que todo acabara definitivamente.

—Ya puedes entrar —dijo la mujer—. Pero no te quedes mucho rato, ¿de acuerdo? Jan está muy cansado.

Sin embargo, Eva llamó a la puerta dos veces con suavidad, como si un ruido inesperado pudiera quitarle la vida al periodista moribundo, antes de abrir. Jan Lagerkvist estaba sentado en la cama y la miraba. Estaba viejo, pensó Eva. Parecía mucho mayor de lo que en realidad era. La quimioterapia lo había dejado sin pelo y sin cejas, con los ojos cansados y hundidos.

—¿Quién eres?

Eva entró, cerró la puerta tras de sí y se acercó. Era evidente que intentaba ubicarla, que intentaba hacer memoria.

—¿No sé si te acordarás de mí?

Lagerkvist la miró, de la misma manera que se contempla una obra de arte moderna un domingo por la mañana: con recelo, desapasionadamente. Tal vez solo fuera por su vestimenta.

—¿Debería?

—Me diste clase en la facultad de periodismo, hace ya unos años.

—He tenido tantos alumnos... —dijo sin apartar los ojos de ella.

—Solía llegar tarde a las clases —dijo Eva, y esbozó una leve sonrisa.

Ninguna reacción en su rostro. Eva paseó la mirada por la habitación: una mesa para el televisor; una estantería con un par de libros; la mesita de

noche con una fotografía de una mujer, probablemente su mujer, con quien Eva había hablado por teléfono.

—¿Por qué estás aquí? —dijo Lagerkvist—. Me estoy muriendo. ¿Qué quieres de mí?

Eva bajó la mirada. «Sin duda ha sido un error venir», pensó. El pobre hombre se merecía algo mejor que tener que soportarla a ella.

—Lo siento —dijo.

—Tú también te morirás algún día. La gente le da mucha importancia al momento de la muerte, a si será hoy o mañana, o dentro de veinte años.

—Mi prometido fue asesinado, en Afganistán —dijo Eva, sin saber muy bien por qué.

—¿Era soldado?

—Sí —se apresuró a contestar—. Una mina.

Lagerkvist cabeceó.

—Muy triste —dijo—. E inútil.

—No sabría qué decirte.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Hay gente allí que ahora está mejor que antes.

—¿De veras? ¿Has estado?

—No, pero lo he leído.

—¿Qué has leído?

—Bueno, pues eso, que ahora la gente está mejor en Afganistán. Ahora los niños van al colegio y las mujeres...

Lagerkvist esbozó una sonrisa condescendiente.

—Ahora escúchame, ¿Erika?

—Eva.

—Pues Eva. Escucha: no están mejor. Créeme. El país ha sido devuelto a la Edad de Piedra a bombazos. No es que fuera una maravilla antes, pero

no hay nada que haya mejorado sustancialmente. Señores de la guerra, mafiosos, talibanes. Lo dirigen todo. ¿Y por qué? Porque estábamos dispuestos a enviarles a nuestros soldados y nuestra sangre, pero no quisimos darles la quincalla militar que hace falta para luchar contra los barones de la droga y los islamistas a los que llenan de oro los ricos saudíes. El Ejército gubernamental se mueve en... —Cerró los ojos un instante y Eva consideró si levantarse para correr la cortina y protegerlo del sol. Sin embargo, él continuó—: Las mujeres y los niños estaban mejor cuando la Unión Soviética dirigía Kabul. Piénsalo. Ya llevamos doce años de caos total. La gente que diga otra cosa miente. Desplázate apenas unos cientos de metros de las zonas más aseguradas y descubrirás que los últimos doce años han sido inútiles. La aventura afgana en su totalidad nos ha costado una suma comparable al Plan Marshall. Cantidades astronómicas de dinero. Siento decirlo, de veras, pero tanto la muerte de tu marido

como la mía carecen de sentido. Él murió como un soldado, intentando ayudar a una gente que no quiere ser ayudada, no por nosotros. Yo... —Tosió brevemente y miró por la ventana. Reflexionó—. Abandono un mundo que se ha vuelto incomprensiblemente más estúpido que cuando fui puesto en él hace ya muchos años. A lo largo de toda mi jodida vida he luchado por lo contrario, por la información, por la veracidad. En este sentido no temo tener que constatar que mi vida ha sido un fracaso, que moriré como un hombre desgraciado. La lucha ha sido en vano; los poderes contra los que me he tenido que enfrentar, muy superiores. Los poderes... —repitió, y añadió—: El embrutecimiento.

La enfermera asomó la cabeza por la puerta, sonriente.

—¿Os apetece tomar algo? ¿Café? ¿Tal vez algo dulce?

Eva y Lagerkvist contestaron a la vez. Ella dijo «sí» y él dijo «no».

—Me lo tomaré como un sí —dijo la enfermera, y se fue.

Lagerkvist volvió a mirar por la ventana, hacia el mundo que se había embrutecido tanto desde que formaba parte de él.

—Dennis Potter, ¿lo conoces? El autor de *El detective cantante*. Un dramaturgo británico, uno de los grandes. Hace unos años lo entrevistaron en Channel 4, poco antes de morir. Estaba sentado con un cóctel de morfina en la mano y cáncer en todo el cuerpo. ¿Sabes cómo llamaba a su tumor cancerígeno?

Eva no dijo nada.

—Rupert, por Rupert Murdoch. —Lagerkvist profirió un ruido que tal vez fuera una carcajada—. Potter vio, antes que nadie, que el mundo de los

medios de comunicación había degenerado por completo hasta convertirse en una chapuza. Y en su mundo, Murdoch era el símbolo de la muerte del periodismo. Yo simplemente no consigo encontrarle un nombre a mi tumor. ¿Tienes alguna propuesta?

Eva no dijo nada.

—Está justo aquí. —Se golpeó un punto del pecho—. Aquí empezó, en el páncreas, sea lo que sea eso, y luego se propagó, claro, como la estupidez, como un incendio forestal o... —De pronto se acordó de Eva—. ¿Por qué estás aquí? ¿Es esto una entrevista? Pues olvídate.

Eva titubeó. ¿Había ido allí para obtener la formación que había descuidado tantos años atrás porque se había enfadado, porque se había sentido denigrada?

—Estoy aquí por un dibujo.

—¿Un dibujo?

—De un asesinato —dijo, y se lo explicó. Le habló de la dama de compañía, del dibujo de Malte, de la hora que no encajaba, de Malte que tenía conocimiento del asesinato de su tío, el hombre pelirrojo, antes de que muriera. Eva le enseñó el cuello, allí donde el cordel le había cortado la piel, y le habló del asesinato de Rico.

—¿Rico? —la interrumpió Lagerkvist.

—Sí.

—Creía que habían sido las bandas de motoristas.

—No. Todo gira en torno a Christian Brix. ¿Lo conocías? Escribiste sobre él.

Una breve pausa. A lo mejor estaba pensando. A lo mejor no había oído lo último que le había dicho. Entonces asintió con la cabeza.

—Me temo que fue hace mucho tiempo. Creo que coincidí con él en Bruselas en una ocasión. ¿Puede

ser?

—Sí. Lo citaste. Era miembro de una especie de *lobby*, de Systems Group.

—¿Systems Group?

—Sí.

—Eso puede significar cualquier cosa. Bruselas, ¡menudo lugar! —Lagerkvist quiso reír, pero tuvo un acceso de tos. Carraspeó, parecía mareado—. Ahora escucha: Unión Europea. ¿Me sigues?

—No soy una completa idiota.

—Ya, pero ahora escúchame: 25 de marzo de 1957. Los fundadores de la Unión Europea, Jean Monnet, Schuman y demás pesos pesados, han luchado desde la Primera Guerra Mundial por fundar los Estados Unidos de Europa. Cada vez que airean su idea, la población europea se vuelve completamente loca. La sola idea de unión, solidaridad y paz saca lo peor de nosotros. Así que

los pesos pesados decidieron envolver el paquete de una manera un poco distinta, vino viejo en botellas nuevas, ¿me sigues?

—Sí.

—En 1957, seis países europeos firmaron el Tratado de la Comunidad del Carbón y el Acero. A nadie se le fue la olla por eso. ¿Verdad?

—No —dijo Eva.

—Pero durante la firma en Roma, Monnet se vuelve hacia Schuman y le susurra: «Esto no es la Comunidad del Carbón. Es el nacimiento de los Estados Unidos de Europa». ¿De acuerdo?

—Sí.

—Lo que te estoy contando ahora son hechos, ¡maldita sea! Pero puesto que saben que no nos pueden vender el invento a los locos europeos, como nacionalistas que somos, durante los últimos setenta años se han dedicado a embaucar a la población.

¿Cuántos europeos lo saben? ¿Cuántos saben que somos tan sanguinarios y odiamos a las otras naciones con tal intensidad que hay que colar la paz por la puerta de atrás de este continente?

—¿Muy pocos?

—¿Y cuánto se habla de la Unión Europea en las noticias?

—No mucho.

—¿No mucho? Si fuera proporcionalmente a lo que la Unión Europea influye sobre nuestras vidas debería ocupar dos terceras partes de los diarios y toda la franja de informativos de la televisión, exceptuando el tiempo. Pero ¿de qué hablamos en Dinamarca? De un niño de Marruecos que no está contento con sus padres adoptivos. ¿Qué más? De un tonto del pueblo que ha dicho cosas feas del islam. ¿Es eso relevante para la vida que vivimos? No, desde luego que no, y sin embargo nos obligan a oír hablar de ello durante semanas, hasta que encuentran

carne de caballo en la lasaña precocinada.

Hizo otra pausa y Eva dejó que el silencio quedara suspendido en el aire deliberadamente. A menudo, el silencio saca lo mejor de la gente.

—Ahora mismo, ¿de qué pruebas dispones? —preguntó Lagerkvist.

—¿Pruebas?

—De que la muerte de Brix no fue un suicidio.

—El teléfono que Rico consiguió desbloquear. El SMS que Brix envió a su hermana, fue enviado después de que Malte dibujara la muerte de su tío.

—¿Tienes el teléfono?

—No. Se lo quitaron a Rico.

—Así pues, ¿no tienes pruebas? ¿Nada que se pueda publicar en un diario?

—No.

—Supongo que de haberlas tenido no estarías aquí.

—Hay algo muy extraño —dijo Eva, y se atascó. No sabía si mencionar lo del cuadro con las dos flechas, tal vez fuera demasiado estúpido.

—¿Qué?

—No sé si tendrá algo que ver.

—Nunca se sabe.

—Había un cuadro colgado en una de las paredes de la casa de Brix.

—¿Cómo lo sabes?

—La casa está en venta. Se puede ver en la página web del agente inmobiliario —contestó Eva.

Los ojos de Lagerkvist se iluminaron, se enderezó:

—¿Y?

—Un día el cuadro estaba colgado en la pared y al siguiente habían sustituido la fotografía por otra.

—¿Qué piensas? ¿Que se trata de algo relacionado con el arte?

—Pensé que se trataba de un robo, pero resulta que el cuadro no es auténtico.

—Aunque así sea, puede tener que ver con arte, con falsificaciones.

—Tal vez, pero...

Eva volvió a titubear.

—¿Pero?

—Era un retrato de Metternich —dijo Eva.

—Un príncipe austriaco.

—Sí, ese. Y en el funeral de Brix algunos de los asistentes depositaron dos flechas sobre su féretro.

—¿Flechas?

—Ya sabes. El arco y flechas. Si has leído acerca de Metternich, sabrás que fue quien estaba detrás de la Santa Alianza.

—Efectivamente.

—Salvo por una cosa.

—¿Qué?

—Que fue otra persona quien tuvo la idea de la Santa Alianza, una dama de la nobleza de la que el zar ruso estaba prendado. El único retrato que existe de ella es uno en el que sostiene dos flechas en la mano.

Lagerkvist miró por la ventana. ¿Sacudía ligeramente la cabeza?

—Supongo que está cogido con alfileres —se apresuró a decir Eva. Luego añadió—: No tiene pies ni cabeza.

—No estés tan segura. Los ciudadanos de a pie ni siquiera sospechan que el mundo está dirigido por

grupos de poderosos que prefieren celebrar sus reuniones lejos de gente como nosotros. ¿Has oído hablar del Grupo Bilderberg?

—Sí.

—Las personas más poderosas del mundo que se reúnen una vez al año. Políticos y empresarios. Ningún acta, ningún periodista, ningún comentario. En Dinamarca están los grupos VL, formados por empresarios. No tienes más que buscarlo en la Red y ver quiénes conforman el primero de los grupos, te prometo que se te helará la sangre. Caballerizos mayores, directores de los grandes grupos mediáticos, altos ejecutivos del mundo empresarial y subsecretarios de Estado en un mismo jodido grupo. La Casa Real, los directores de prensa, altos funcionarios y lo más alto del empresariado danés indisolublemente unidos en una logia, y mientras tanto nosotros vamos por ahí creyendo que tenemos una democracia y que el teatro que nos presentan en la pantalla cada noche tiene algo que ver con la

realidad.

—¿Y ahora qué debo hacer?

—Lo contrario a lo que llevas haciendo hasta ahora. Lo has hecho todo mal. Todo —repitió.

Eva cogió aire, volvía a reconocer su tono despectivo.

—La manera en que te dirigiste a Juncker... ¡Madre mía!, casi tendría que idear un nuevo baremo para poder ponerte una nota que se ajustara a la manera más chapucera de abordar periodísticamente un caso que he visto en mi vida. —Eva bajó la mirada, Lagerkvist la miró sin compasión; retomó su discurso—: No puedes acudir a la gente hasta que, en principio, sepas todo lo que hay que saber. Nunca antes. En este tipo de periodismo, el de investigación, la gente nunca debe tener la impresión de que está siendo entrevistada. ¿Lo entiendes?

—No.

—Cuando acudes a alguien, siempre es para contarle lo que tú ya sabes. No debe quedarle la sensación de que pretendes sonsacarle algo. Sencillamente, tienes la amabilidad de contarle la historia que el diario llevará en primera plana la semana siguiente, y entonces pones todas las cartas sobre la mesa. Y entonces es cuando hablará, cualquiera, sin excepción.

—Pero...

—Pero ¿entonces cómo averiguas algo si no puedes coger el teléfono y llamar a la gente para preguntarle por las posibles correlaciones? ¿Es eso lo que querías preguntarme? Muy bien, hija mía, te lo diré: para empezar te olvidarás de Internet. De todas maneras ahí no encontrarás nada. Todos esos idiotas sin talento que componen las redacciones creen que pueden encontrar las historias en la Red y olvidan que la Red está llena de errores. Confunden Wikipedia con el mundo que hay al otro lado de su ventana. Por esta misma razón, todos los medios

cubren las mismas noticias. Además, te pueden rastrear. Todo lo que haces queda registrado, por Google, por la empresa para la que trabajas... Dejamos pisadas digitales de elefante por todos lados.

—De acuerdo. Nada de Internet.

—Sobre todo debes pensar en ti misma como en un submarino.

Eva lo miró. ¿Lo decía en serio?

—Debes desaparecer. Desaparecer por completo del campo visual. Todo el mundo tiene que olvidarse de ti, nadie debe creer que corretea por ahí una periodista haciendo toda clase de preguntas. ¿Lo has entendido?

—Un submarino, sí.

—Invisible. A continuación, deberás empezar por el principio. Por regla general, en el Archivo Nacional. Tienes que revisar todas las escrituras que

pueda haber firmado Brix a lo largo de los años, las compraventas. Todas estas cosas están disponibles para los que se molestan en hacer el trabajo. Luego pagarás por la realización de una búsqueda en el registro civil. ¿Existen hijos de anteriores matrimonios? ¿Tiene el padre hijos ilegítimos? ¿Tíos y tías? ¿Con quién estudió Brix? ¿Quiénes eran antes sus vecinos? ¿Recuerdas los antiguos listines de teléfono en los que la gente aparece clasificada por calles y portales?

—No.

—Consíguelos. Son imprescindibles. Allí encontrarás los nombres y apellidos de todo un portal o una calle determinada. Si hay algún nombre que se repite en las escrituras que has examinado, tienes que preguntarte por qué. Consultarás los obituarios y los registros matrimoniales, los archivos de la comisión encargada del control de los alquileres.

Se calló y miró a Eva.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—¿Por qué no tomas notas?

Eva se sonrojó. Miró a su alrededor, se levantó y fue hasta la recepción, donde le prestaron una libreta y un bolígrafo. Un minuto más tarde volvió a sentarse al lado de Lagerkvist, que había cerrado los ojos. Los mantuvo así cuando continuó:

—¿Lo tienes todo?

—Sí —dijo Eva, y fue anotando lo más rápido que pudo mientras Lagerkvist le regalaba su experiencia, le explicaba cómo debía acercarse lentamente desde la periferia a su víctima, habiendo hablado ya con los antiguos vecinos, con los compañeros de la escuela, con los antiguos compañeros de trabajo, seguidamente con las ex esposas o novias, todo ello con mucha cautela. Jamás debía recurrir a investigadores, tal como

hacían muchos periodistas hoy en día.

—Se trata de musicalidad. Considera a tu víctima como un instrumento que debes aprender a tocar. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí.

—De la misma manera que no podemos darle una guitarra a otra persona y decirle «aprende a tocarla por mí, hazme el favor», tampoco podemos pedirle a alguien que haga el trabajo de investigación por nosotros. A menudo, la más insignificante de las pistas se convierte en el resquicio por el que colarte, algo que cualquiera habría pasado por alto, algo que solo tú puedes saber qué significa porque la semana pasada hablaste con un antiguo vecino.

La puerta se abrió y la enfermera entró con una bandeja y una sonrisa que iluminó la habitación por entero.

—Café para nuestra invitada —dijo, y depositó una taza frente a Eva—, y una cosita para el goloso. —Dejó un platito con un par de onzas de chocolate en la mesa—. ¿Cómo estás, Jan? —le preguntó, y recibió un gruñido a modo de respuesta—. Ya no os molesto más.

—Gracias —dijo Eva, y le sonrió.

La puerta se cerró sin hacer ruido. Eva oyó unas voces débiles que provenían de la habitación contigua.

—Nuestro trabajo se asemeja, en muchos sentidos, a lo que hace la policía, o a lo que debería hacer —prosiguió Lagerkvist—. Con una gran diferencia: nosotros debemos escribir, ellos arrestar. Ten siempre el texto presente. Empieza cuanto antes con un titular. ¿Qué historia estás escribiendo?

¿Era una pregunta retórica? Eva no era capaz de determinarlo por su semblante.

—¡Venga! ¡Me estoy muriendo, maldita sea!

—¿A qué tengo que responder?

—¿Qué clase de historia es?

—¿La historia de un asesinato?

—¿Cuál es el titular?

—Es demasiado pronto. No lo sé.

—Tienes razón. Es demasiado pronto. Pero aun así tienes que ser capaz de visualizar el contorno de tu historia todo el tiempo. Debes formarte una idea del titular, del estilo, imaginártela. ¿Me sigues?

—Sí.

—Los periodistas son perezosos. Mira en tu interior. Descubre si eres perezosa o no. Si prefieres volver a casa a las cinco y cocinar para los críos.

—No hay nada. No tengo nada.

—Es un buen punto de partida. La pereza es el

mayor enemigo del periodismo. A lo mejor tienes una historia que te exige revisar el censo de Copenhague de cabo a rabo para encontrar a un Jensen en particular. A lo mejor te ves obligada a llamarlos a todos, a invertir cinco días enteros en ello, a hacer ochocientas llamadas en vano, pero sigue adelante. Sé perseverante. Tienes que entender que lo que andas buscando es la célebre aguja en el pajar. Lo insólito en medio de todo lo común. En el caso Christian Brix, yo empezaría por el informe de la autopsia. Consíguelo. ¿Sabes si le han hecho la autopsia? En caso afirmativo, ¿quién? ¿Hay alguien con quien puedas hablar de eso? ¿Hay algo fuera de lo común? ¿Algo que te ha sorprendido? ¿Quién lo conoce bien? ¿Quién lo vio con vida por última vez? ¿Dónde estaba? ¿Con quién habló? ¿A quién llamó? ¿Tenía alguna cuenta pendiente con alguien? Economía, amor, sexo, negocios. Investiga sus propiedades inmobiliarias.

—¿Te refieres a dónde vive?

—¿Alquila inmuebles? ¿Le ha vendido alguna vivienda a alguien? ¿A quién le ha comprado una? Cuando hay que mover grandes sumas de dinero de un lugar a otro siempre hay algún agente inmobiliario involucrado. Tan seguro como que dos y dos son cuatro, casi toda la delincuencia financiera de Dinamarca tiene su origen en el sector inmobiliario. ¿Por qué? Porque hay mucho dinero que ganar y porque nadie se asombra cuando alguien compra algo demasiado caro. No es ilegal ser estúpido o llevar a cabo malas inversiones. El mercado inmobiliario es básicamente anárquico, y la policía no dispone, ni mucho menos, de recursos para investigar quién le compra qué a quién, quién le alquila qué a quién. Todo eso. Además, los de la Brigada de Investigación de Delitos Económicos son más estúpidos que los delincuentes.

Respiró pesadamente. Cuatro o cinco veces, rápidamente, una detrás de otra.

—¿Has dicho que su hermana era dama de

compañía?

—Sí.

—Espero que la Casa Real no esté involucrada. Entonces lo mejor que puedes hacer es tirarte desde la azotea del hotel SAS.

—¿Por qué?

—Porque nadie querrá escribir sobre ello.

—¿Y si consigo las pruebas?

Lagerkvist cabeceó y cerró los ojos.

—A grandes rasgos, tenemos la misma relación con la reina que los musulmanes con Mahoma. Sí, sí, es verdad. Soportamos un mínimo de sátira, a algún actor gay ataviado con un vestido que da saltitos y hace el tonto por el escenario, a un bufón de la corte, de los que siempre hemos tenido. De este modo se suelta un poco la presión. Pero hasta ahí, no más. Nadie hace una verdadera crítica. El mundo empresarial danés y la Casa Real: intercambio de

dinero y servicios —dijo, y volvió a cabecear—. Lo que en Italia llaman «Cosa Nostra», la mafia, y en el resto del mundo «corrupción», en Dinamarca lo llamamos «Casa Real». —Cerró los ojos—. Estoy cansado —dijo.

Silencio. Eva ojeó sus notas y miró a Lagerkvist, que, con la boca abierta, respiraba profundamente. ¿Estaba dormido? Se levantó.

—Gracias por tu ayuda —susurró. No hubo respuesta. Se dirigió hacia la puerta de puntillas.

—Es curioso —dijo él.

Eva se volvió. Todavía tenía los ojos cerrados.

—Estaba esperando que alguien viniera a verme.

—¿Alguien?

—Cualquiera. Una esperanza. He leído los periódicos cada día, tal vez una nueva voz. He estado mirando la caja tonta —dijo, y señaló hacia el televisor, todavía con los ojos cerrados—. He

estado esperando a alguien.

—Y entonces llegué yo —dijo Eva, y bajó la mirada. Consideró disculparse. Disculparse porque no era la esperanza que él había esperado—. Gracias, en cualquier caso —dijo. Se disponía a salir cuando él la llamo.

—¿Eva?

—Sí.

Ahora la miraba.

—Lámame si pasa algo.

Hogar para mujeres

10.30

El submarino. Eva lo visualizó, un gigantesco monstruo de hierro. Vio cómo se deslizaba lentamente por debajo de la superficie hacia las profundidades, hasta que solo asomaba el periscopio, una última señal de vida, una última mirada curiosa al mundo, para finalmente desaparecer en lo desconocido.

El submarino de Eva estaba un poco apartado, oculto tras unos pequeños arbustos y una cerca baja.

Era un edificio grande y anónimo que con sus discretos tonos pardos no atraía demasiado la atención. De hecho le costó encontrarlo, y eso le pareció una buena señal. Unas baldosas con malas hierbas en las grietas conducían a las escaleras y a una puerta cerrada con llave. Titubeó un instante.

Pensó en qué diría. Era un hogar para mujeres maltratadas. ¿Acaso no la habían maltratado? Sí, pero sin duda tendría que modificar un poco la historia, tendría que inventarse algo. ¿Debía dar su nombre? Llevaba el pasaporte en el bolso, ¿le exigirían algún tipo de identificación? No tenía ni idea. Por el camino había pasado por la oficina de su padre. Había estado vigilando el edificio donde trabajaba media hora antes de entrar. Su padre había dejado un sobre con el pasaporte y la tarjeta MasterCard en el mostrador, y un *smiley* seguido de unas cuantas preocupaciones y advertencias escritas a mano en las que le pedía que no se olvidara de llamar. Ya tenía pasaporte. En cierto modo, Eva sentía que representaba un paso adelante en una nueva dirección. Además, se había comprado ropa y un bolsito para acumular cosas. No se dejaría hundir; se trataba de no perder nada más sino al contrario, de reconstruirse. Empezaría por allí, en el hogar para mujeres. Eva era una mujer y carecía de

hogar. Por lo tanto, llamó al portero automático con cierto derecho a hacerlo, esperando que su plan funcionara. Tenía que funcionar. Tenía que ser su submarino, el lugar donde no la podrían encontrar.

—Recepción.

—Hola —dijo Eva—. ¿Puedo entrar?

—¿De visita?

—No, me gustaría vivir una temporada aquí.

—Un momento.

Y pasó un momento, a lo sumo cinco segundos, hasta que una mujer alta y esbelta, en la cuarentena, de rasgos duros en un rostro por lo demás amable, le abrió la puerta.

—Adelante —dijo, y le tendió la mano a Eva—. Me llamo Liv y soy la directora, o la administradora si quieres, pero a mí me suena un poco anticuado. ¿Es tu único equipaje? —Miró el bolso de Eva.

—Sí.

Entraron en un pequeño distribuidor, con cajas de fruta y conservas amontonadas hasta el techo. Olía a manzana.

—Tenemos un acuerdo con los supermercados para que nos surtan de comida. Ya sabes, artículos que no pueden vender porque están a punto de caducar. Por aquí —dijo Liv, y abrió otra puerta.

Eva la siguió por un estrecho pasillo sin moqueta, con puertas a ambos lados, muy cerca una de la otra, como en una residencia estudiantil. Una joven árabe de poco más de veinte años se cruzó con ellas con un bebé en brazos.

—Hola, Bashira —la saludó Liv—. ¿Qué tal?

—Bien —dijo la joven.

—¿Y el pequeño?

—Está... —La mujer sonrió, renunciando a encontrar las palabras adecuadas.

—Ya hablaremos más tarde —dijo Liv, y sonrió a Bashira antes de abrir una puerta y mirar a Eva—. Aquí podremos charlar un poco. Siéntate.

Eva tomó asiento a la mesa cuadrada, de espaldas a la ventana. Intentó arrellanarse en la incómoda silla de madera. Consideró si cruzar las piernas, pero le pareció una postura demasiado indolente, así que optó por lo contrario: acercó la silla todo lo que pudo a la mesa y apoyó los codos en ella como una colegiala aplicada y atenta.

—Bueno —dijo Liv, y dejó una taza de café institucional frente a Eva antes de apartar una silla de la mesa y sentarse—. ¿Quieres decirme cómo te llamas?

—Eva.

—¿Solo Eva?

—Si puede ser.

—De acuerdo, Eva. Verás. Aquí nadie puede

hacerte daño. Tenemos vigilantes las veinticuatro horas del día. Videovigilancia, línea caliente con la policía, alarmas instaladas en todas las ventanas. La ayuda llega en un abrir y cerrar de ojos. —Posó la mano sobre la de Eva, solo brevemente. Tenía una mano agradablemente cálida—. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿De dónde vienes?

Eva pensó en la mentira. Una mujer maltratada, ¿con qué tipo de hombre podía convivir? Con el tipo que había entrado a la fuerza en su casa. Un psicópata con el magnetismo de un psicópata.

—¿Eva?

—Del piso de mi novio —dijo Eva, y pensó en él, en sus ojos.

—¿Vivís juntos?

—No tengo donde vivir, así que he dormido en su casa los últimos dos meses, en su piso.

—¿Dónde?

—En el barrio de Nørrebro.

—¿Y él dónde está ahora?

—No lo sé. A veces está fuera —dijo, lo que al fin y al cabo era cierto.

De pronto había aparecido en su salón. La había maniatado y había desaparecido. Cualquier día volvería.

—¿Fuera? ¿Trabajando?

—No tiene trabajo —dijo Eva—. Se va con sus amigos. Desaparece sin más.

—¿Y tú te has escapado?

—¿Estás segura de que no me encontrará aquí? Que no dará conmigo y...

—Eva, entiendo que tengas miedo, pero debes saber que nadie puede entrar aquí, nadie que quiera

hacerte daño.

—¿Me podrías enseñar la casa?

—¿Quieres ver con tus propios ojos si la seguridad es suficiente?

—Sí, si puede ser, sí. Gracias.

—Si eso te hace sentir mejor, adelante —dijo Liv, y se puso en pie.

—Este es Tom. Es quien cuida de nosotros hoy.

Eva saludó con la cabeza a un tipo corpulento y casi completamente calvo que estaba leyendo un periódico en una silla cercana a la entrada.

—Hola —dijo el guardia.

—Precisamente estaba asegurándole a Eva que no tiene nada que temer mientras esté aquí. —Volvió a mirar a Eva y sonrió—. Como ya te he dicho antes, también disponemos de una línea caliente con la policía. Eso significa que, si pasa algo, están aquí en

apenas unos minutos.

—¿Decías algo acerca de unas alarmas?

—Mira —dijo Liv, y se acercó a la ventana. Señaló un cuadradito negro con un piloto rojo intermitente—. Hay alarmas instaladas en todas las ventanas. Es imposible entrar sin que se disparen. Y ¿ves allí arriba? —Volvió a señalar—. Videovigilancia. Eva... —Liv se le acercó, la cogió del brazo—. Créeme, estás en las mejores manos.

—¿Qué me dices del sótano? —preguntó Eva, y pensó que Liv no conocía a su nuevo novio, el que le acariciaba la entrepierna cuando no intentaba quitarle la vida.

—Acompáñame.

Enfilaron un largo y estrecho pasillo hasta llegar a una puerta.

—¿Te he hablado de nuestra política de puertas cerradas?

—No —dijo Eva.

—Es una política que hemos instaurado y que significa que se le entregan dos llaves a cada una de las residentes, una de su habitación y otra del pasillo en el que vive. La llave del pasillo solo sirve para la planta en la que vive. Es decir, que no se puede acceder con ella a las demás. Eso implica mayor seguridad, también con respecto a los robos.

Liv abrió la puerta con su llave.

—A lo mejor podrías contarme un poco más mientras te enseño el resto.

—Sí.

Bajaron unas escaleras. La barandilla estaba recién pintada.

—¿No estaba en casa cuando te fuiste?

—No.

—¿Por qué decidiste irte precisamente hoy?

—Tuve miedo.

—Tenemos que entrar en este ascensor —dijo Liv, y señaló con el dedo—. Solo se puede bajar al sótano en el ascensor.

—De acuerdo —dijo Eva al entrar.

Liv volvió a mirar a Eva, el ascensor tembló levemente.

—No se puede decir que sea el último modelo en ascensores —dijo con una sonrisa—, pero suele funcionar. ¿De qué tenías miedo?

—De la idea de que pudiera volver en cualquier momento —dijo Eva.

—¿Porque te pega?

—Sí.

—¿Lo ha hecho muchas veces o solo una?

—Muchas veces.

—¿Dónde suele pegarte?

—En el cuerpo —dijo Eva—, y en la cara. Sobre todo en el cuerpo. Hace un par de días intentó estrangularme.

Eva se bajó el cuello del jersey y echó atrás la cabeza. El ascensor se detuvo con estruendo.

—¿Me dejas ver? —Liv se le acercó un poco más y examinó la marca que había dejado la cuerda. Sus dedos rozaron el cuello de Eva—. ¡Uf! —susurró—. ¿Con el cordón de una zapatilla o qué?

—Un trozo de cuerda —le explicó Eva—. Me la ató alrededor del cuello y la tensó.

—¿Cómo te liberaste?

—Estuve a punto de desmayarme, y me resistí y... entonces me soltó.

De pronto Eva sintió cómo las lágrimas se le agolpaban en los ojos. El recuerdo de la terrible noche en la casa... Liv posó una mano en su hombro

cuando salieron del ascensor.

—¿Por qué te lo hace?

—Dice que miro a otros hombres. Dice que ya no puede confiar en mí. No lo hago. No miro a nadie.

—¿Y la policía? ¿Has estado en contacto con ella?

Eva negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no? ¿Qué pasaría?

—Me mataría.

La directora del centro asintió serenamente.

—Bueno, verás, Eva, no puede hacerte esto. Es punible.

Eva no dijo nada. Liv se había detenido. Se encontraban en un sótano en penumbra.

—De hecho hay un par de ventanas aquí abajo, pero aunque alguien consiguiera entrar por ellas no podría acceder al hogar. La única manera de subir es usando el ascensor, y se necesita una llave para utilizarlo.

—De acuerdo —dijo Eva, aunque no sabía si se sentía segura.

—Entiendo que tengas miedo. La mayoría de las mujeres que viven aquí lo tienen, y yo también lo tendría. Por cierto, ¿tienes hambre? ¿Cuándo comiste por última vez?

—No, estoy bien.

—¿Estás segura?

Eva asintió con la cabeza.

—Tenemos que pasar por Urgencias, Eva. Necesitamos que te examine un médico. Podrías tener alguna lesión que no se ve a primera vista y que requiere algún tipo de tratamiento. ¿De acuerdo?

Eva volvió a asentir.

—Bien, cogeremos un taxi.

La había calmado un poco ver las medidas de seguridad, constató Eva cuando salieron a la puerta para esperar el taxi. Ahora se sentía un poco más segura. Pensó en lo fácil que le resultaba mentir, tal vez porque no parecía una mentira de verdad, tal vez porque en cierto modo era verdad lo que había contado. Un hombre peligroso iba tras ella. Le haría daño si la encontraba. Realmente tenía miedo.

El teléfono de Liv sonó en su despacho. Le hizo una seña para indicarle que volvería enseguida y al segundo siguiente apareció otra mujer junto a Eva.

—Hola —dijo, y sonrió.

«Bonita piel», pensó Eva antes de devolverle el saludo, color café con leche, casi dorada. El pelo de la mujer era ensortijado, negro e indomable. Apenas chapurreaba el danés, pero su voz estaba llena de

sentimiento.

—Yo también esperé taxi aquí primer día —dijo—. Tres meses hace ahora, pero... —Se atascó, rio y sacudió la cabeza, como si pudiera sacar las palabras danesas a sacudidas, como los cocos de una palmera. Pareció servirle un poco—: Siento hace tiempo.

—Ya tengo ganas de que llegue el momento en que sentiré que todo esto está muy lejos —dijo Eva.

Se miraron. La otra era mayor que Eva. No mucho, tal vez unos cinco años. ¿De dónde era? ¿Del norte de África? ¿Por eso había pensado en cocos?

—Alicia —se presentó.

—Eva.

Liv salió del despacho.

—El taxi nos espera fuera. ¿Estás lista?

Hospital del Reino

11.58

Le había ocurrido antes, hacía tiempo, en Irak, que una explosión lo lanzara varios metros hacia atrás, que lo dejara inconsciente. Entonces, igual que ahora, había dedicado sus primeros segundos despierto a constatar que no había muerto y que estaba ingresado en un hospital. Había una sola enfermera fuera. Le dolía la cabeza cada vez que intentaba volverla.

Marcus comprobó los dedos de sus pies. Se movían. Los brazos, los dedos de las manos; sí, los tenía condenadamente sensibles, pero parecía que todo le funcionaba, a pesar de todo.

—¿Estás despierto?

Marcus quiso volver la cabeza de nuevo. La voz provenía de su izquierda.

—¿Quién habla?

—¿Puedes moverte?

—Me duele un poco.

—Los médicos dicen que te pondrás bien —dijo Trane. Se levantó, se inclinó sobre Marcus.

—¿Trane?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—¿No lo recuerdas?

—No. Sí. ¿Un coche?

—Eso es.

—¿Quién era?

—*Hit and run* —dijo Trane.

—¿*Hit and run*?

—Saltaste delante de un coche. Fue un accidente.

¡Joder, casi me pareció que lo hacías aposta!

—¿Disteis con él?

Trane negó con la cabeza, y Marcus recordó cómo había corrido tras Eva, por... ¿por Istedgade? Había mirado por encima del hombro. Había visto dos faros. ¿Quién iba en el asiento del conductor?

—Y tú, ¿dónde estabas? —preguntó Marcus.

—Esperando en el coche. No le des más vueltas.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿Dónde si no?

Trane miró a Marcus de arriba abajo y asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo, ¿de acuerdo en qué? No se había producido una discusión. Tal vez estaba de acuerdo en el debate que en aquel momento Trane mantenía consigo mismo sobre qué hacer con Marcus. A saber cuál sería la conclusión.

—Volveré mañana.

—Espera. —Marcus intentó agarrar a Trane—.

La mujer. Eva.

—Deja de preocuparte por ella. A partir de ahora me ocuparé yo.

—¿Cómo?

—Me han puesto al corriente. Un asunto feo —dijo Trane, y añadió secamente—: Tal vez no haya sido manejado como era debido desde un principio.

La nuca de Marcus protestó cuando intentó incorporarse. No podía quedarse echado en la cama, de esta manera no podía recuperar su autoridad. Antes de que le hubiera dado tiempo a apoyarse en el codo, Trane llegó a la puerta, a punto de salir.

—¿Trane?

Se volvió. Marcus no tenía gran cosa con lo que compensar, era consciente de ello. Habían puesto a Trane «al corriente», y todo lo que había hecho

Marcus hasta entonces estaba mal.

—Supongo que tienes razón —dijo, al tiempo que buscaba las palabras capaces de imponer su voluntad. Pero ¿cuál era su voluntad? ¿Recuperar su empleo? Porque de eso era, en realidad, de lo que se trataba, de que Marcus estaba fuera y Trane había asumido el mando o...

—¿En qué estás pensando?

—Supongo que he ido demasiado lejos con la mujer.

—¿Demasiado lejos?

—No hace falta dejarla fuera de combate. Con una charla bastará.

Trane sonrió.

—Estás realmente desquiciado, ¿eh, jefe?

—No, esa es mi valoración profesional.

—Tomo nota —dijo Trane. Se fue y cerró la

puerta. Marcus vio que intercambiaba unas palabras con el médico al otro lado del cristal y que luego desaparecía.

Tenía que levantarse, que salir de allí. ¿Por qué? ¿Qué tenía que hacer? Su cabeza no estaba del todo despejada, pero sabía que había algo que debía hacer. Matarla. O salvarla. Miró su mano. El dedo que se había tomado ciertas libertades aquella noche en su casa. El mismo dedo que se había negado a apretar el gatillo. Se levantó. Los dolores en su espalda eran atroces. No eran más que dolores musculares, se dijo, magulladuras; no tenía fracturas, ninguna bala que le hubiera atravesado tejido y órganos. Estuvo a punto de caerse de camino a la ventana. Se agarró al postigo y aterrizó de rodillas. Detrás de él se cayó el gotero y la aguja salió disparada de su brazo. La sangre empezó a manar. Intentó incorporarse. Le dolía la cabeza. Miró afuera. Era de día. La gente iba y venía del hospital. Un taxi se detuvo en la puerta. Bajaron dos mujeres.

Una de ellas se parecía a Eva.

—¿Qué hace fuera de la cama?

La enfermera corrió hacia él. Marcus quiso protestar, decir algo.

—¿Alguien puede echarme una mano aquí dentro? —gritó ella, y acudieron dos enfermeras rápidamente.

—Tengo que salir —murmuró Marcus justo antes de desplomarse. Algo lo detuvo, tal vez el suelo, si no hubiera seguido en caída libre. Había perdido algo, o lo había encontrado.

Oscuridad. Eva.

Hospital del Reino

12.05

Liv había cogido a Eva de la mano de camino al Hospital del Reino. Habían guardado silencio durante el trayecto, apenas había tráfico, se oía una canción pop en la radio.

—Y suelen ser muy amables con nosotras —le había dicho Liv cuando se bajaron del coche y entraron en el hospital—. Seguramente nos atenderán enseguida.

El hospital era un mundo en blanco. El sol entraba por los amplios ventanales, pasillos luminosos, batas incoloras.

—Nos toca —dijo Liv, y se levantó—. ¿Puedes?

—Sí —dijo Eva.

El médico estaba un poco distraído, no parecía

médico, le pareció a Eva. No sabía qué aspecto debían tener los médicos, pero desde luego este no lo parecía, con aquel cuerpo de culturista, nuca de toro, nariz de antiguo boxeador. Boris, rezaba la placa de su bata. Liv se ocupó de ponerlo al día, Eva solo tuvo que añadir un par de gestos afirmativos con la cabeza y un breve comentario aquí y allá. Luego la examinó.

—Tengo que pedirte que te desnudes, ¿de acuerdo?

—¿También la ropa interior?

—¿Has sufrido algún tipo de agresión sexual?

—No.

—Entonces no hace falta. ¿Podrías sentarte aquí?

Eva se desnudó y tomó asiento. Le resultaba sorprendentemente poco desagradable estar sentada en el borde de una fría camilla, esperando a que la examinaran. La hacía sentirse segura, por mucho frío

que tuviera, segura por estar rodeada de personas amables en bata con voces serenas.

—¿Hay algún sitio que te duela especialmente?

Eva se encogió de hombros.

—¿No sospechas que te hayas roto nada? ¿Las manos, los dedos, los tobillos?

—No creo.

La auscultaron, la tocaron, le examinaron la garganta. El doctor se concentró sobre todo en su cuello y su garganta, y en los ojos. Se los examinó con una linterna y la cabeza muy cerca de la suya. Eva pudo oler su aliento y verle los labios agrietados. Luego suspiró, cabeceó para sí y le pidió que se vistiera.

—Bueno —dijo, y miró a Eva—. Primero la parte buena. No tienes ninguna fractura. Ni en la nuca, ni en las cervicales, ni en ninguna otra parte del cuerpo. El hombro también está bien.

—Y eso...

—Pero es un caso muy grave. —Ahora miraba a Liv, como si quisiera proteger a Eva de la terrible realidad—. Podía haberte matado. Unos segundos más y tu cerebro habría sufrido daños permanentes. En el peor de los casos podrías haber muerto estrangulada. Las marcas de tu cuello... —dijo, con un semblante de profundo abatimiento—. Te ha costado respirar, ¿verdad?

—Así es.

—Realmente el tipo no vale la pena —dijo Boris. Parecía con ganas de darle una paliza al agresor.

Eva miró a Liv. Por alguna extraña razón, sonreía. Tal vez porque estaba feliz de que las cosas no hubieran ido todo lo mal que podrían haber ido. Así era el trabajo de Liv, pensó Eva cuando se fueron de allí: hurgar en el fondo de la sociedad junto con mujeres infelices y encontrar fuerzas en

que, a pesar de todo, podría haber sido peor, no mucho peor, pero sí un poco. Podrían haber estrangulado a Eva, podría haber muerto.

Hogar para mujeres

12.55

—Aquí tienes un baño.

Liv abrió una puerta y encendió la luz.

—Perfecto —dijo Eva, y examinó el baño: baldosas blancas, una pequeña ducha, un espejo no demasiado grande; no había motivo para preocuparse demasiado por el aspecto físico, ahora no, no en este momento de la vida.

—Y luego hay una cocina común abajo, donde suelen reunirse unas cinco o seis mujeres para cenar cada noche. Saludaste a Alicia, ¿verdad?

—Sí. Es muy guapa.

—Sí. Suele cenar allí. Prepara unos platos muy interesantes para las demás internas.

Eva asintió con la cabeza e intentó esbozar una

sonrisa. Hacía tiempo que no comía algo decente.

—Pero claro, depende de ti. También hay una nevera aquí, si prefieres comer sola. Y tenemos una sala de televisión donde serás bienvenida, naturalmente. ¿Está todo bien?

Eva asintió con la cabeza.

—Bien. Te dejo en paz un rato.

—Dormiré un poco. ¡Estoy tan cansada!

—La llave, por supuesto —dijo Liv, y la dejó sobre la mesa—. Dos. Una para la habitación y otra para el pasillo. La política de puertas cerradas. Me parece que ya te puse al día antes.

—Política de puertas cerradas —repitió Eva.

Cuando Liv se fue, Eva se acercó a la ventana y miró a la calle. «Este es mi submarino», pensó cuando la puerta se cerró y el silencio pareció brotar de las paredes. Se volvió y miró a su alrededor. La habitación medía unos doce o catorce metros

cuadrados, tal vez incluso menos. Había una cama fijada en la pared, para que no ocupara demasiado espacio, una mesa, una silla, una lámpara, una nevera, una estantería de obra justo debajo del techo porque había que aprovechar el espacio reducido. En el mejor de los casos podía considerarse una habitación alquilada en un piso barato; en el peor, una celda. Se sentó en el borde de la cama y sintió cómo de pronto su cuerpo se rendía al cansancio. Llevaba días y noches sin dormir, sin descansar. Se metió en el baño. Todavía estaba un poco aturdida cuando se desvistió y abrió el agua de la ducha. Había champú. Se enjabonó. Olía a productos químicos. Cerró los ojos bajo el agua. «Ahora estoy a bordo de un submarino —pensó—, pero ¿cuál será el siguiente paso?». Pensó en Jan Lagerkvist. ¿Qué era lo que le había dicho el periodista moribundo? Que debía conseguir el informe de la autopsia, verlo todo con sus propios ojos, y que debía ser meticulosa, buscar todas las pequeñas grietas, todas

las rarezas. Forzar todas las puertas. Listines de teléfono, la guía Krak, contratos de compraventa. ¡No! Tenía que empezar por el principio.

Muy bien, ¿qué sabía?, se preguntó, sentada desnuda en la cama. La ropa recién comprada estaba al lado: tejanos, camiseta, calcetines, ropa interior. Sí, sabía que al parecer Christian Brix se había pegado un tiro. Al menos esa era la explicación oficial. Sabía que Malte estaba al tanto de la muerte de su tío antes de que el tío enviara el SMS. Sabía que había algo que no encajaba. ¿Qué podía ayudar a Eva a avanzar? «Ayudar». La palabra se quedó colgada un instante en su cabeza. Rico había mencionado a un ayudante. ¿Qué le había dicho? «Un ayudante devoto». ¿Qué significaba eso? ¿Alguien que le había facilitado información del teléfono de la dama de compañía? ¿Alguien que lo había ayudado a sacar información acerca del tráfico en el teléfono de Brix? Si eso era posible. ¿Alguien que había descubierto algo? ¿Qué? En cualquier caso,

era importante. Se lo había notado a Rico cuando la llamó poco antes de que lo asesinaran.

Sacó sus apuntes del bolso y el bolígrafo que había cogido en el hospicio. Le dio la vuelta al papel y escribió: «Lugar del crimen. El ayudante de Rico: ¿el que sabe lo que había en el teléfono? Malte: ¿testigo del crimen?».

Antes que nada había un lugar que debía visitar. «Tienes que verlo todo con tus propios ojos».

Hospital del Reino

13.07

Se despertó, tal vez llevaba un rato despierto. Había examinado su dedo índice, lo había movido hacia delante y hacia atrás, lo necesario para apretar el gatillo y desencadenar la explosión en la recámara que dispararía el proyectil. Se quedó así un buen rato, contemplando el movimiento que, en muchos sentidos, constituía la esencia del trabajo de un soldado. Estaba un poco aturdido. Intentó encontrar otras profesiones que pudieran reducirse a un movimiento tan pequeño. No encontró ninguna. Tampoco era soldado. Ya no. Pertenecía a un *lobby*. Trabajaba para la Institución. No. Eso tampoco. ¿Ahora qué era? Estaba solo.

La mujer.

Eva.

La primera mujer. Tonterías. Sus sentimientos lo traicionaban. Había tenido a demasiadas mujeres, a menudo por las que había pagado estando destacado. ¿Por qué era ella distinta? El amor no tenía un gran valor para él, como lo tenía para otros. Reconocía la existencia del amor, había sentido mucho por todas las mujeres con las que había estado, instinto de protección, que quería proteger un mundo en el que el mayor número posible de personas pudiera experimentar el amor, pudiera dedicarle tiempo en lugar de a la guerra y el caos. Eso condujo sus pensamientos de vuelta a la Institución: Marcus había sido expulsado de la Institución. Había ido demasiado lejos en su defensa del sistema en el que creía. Esa era la paradoja. El sistema solo puede sobrevivir si de vez en cuando hay alguien dispuesto a ir demasiado lejos. Si un funcionario está dispuesto a mentir, a destruir documentos, a borrar un correo electrónico; si los políticos están dispuestos a engañar a los votantes; si la policía y

los colegas de Marcus estaban dispuestos de vez en cuando a quebrantar la ley que constituía el fundamento de la Institución y con ello salvaguardar el sistema, aunque a costa de su propia vida, física o profesional. Eso era lo que había hecho Marcus. De no haberlo hecho, la Institución se habría desmoronado. Y ahora estaba fuera. Ya no les servía. También porque se había equivocado. A la hora de la verdad, en el momento más importante, había fallado. Había sido incapaz de apretar el gatillo. Ahora le correspondía a Trane defender a la institución. ¿En qué situación lo colocaba a él? ¿Era libre? Había dejado de ser el hombre del sistema. Sus obligaciones estaban en otro sitio. ¿Dónde?

Tenía que salir de allí. Lo perseguía una imagen: la de la mujer que se había bajado de un taxi frente al hospital. ¿Había sido un espejismo? ¿Era que veía a Eva por todos lados? Como los niños pequeños que ven a las pocas personas que conocen por todos lados, que de pronto exclaman durante unas

vacaciones en Tailandia: «¡Allí está la tía!». Señalan a una mujer que no se parece, ni por asomo, a su tía. Seguramente los médicos también lo habían hinchado de analgésicos y tenía el cerebro algo ofuscado. Justo antes de caerse la había visto entrar en el hospital. Sí. Quizá no, no lo sabía. Probablemente fuera una alucinación, un deseo no expresado. ¡Ojalá estuviera allí! Pero no: Marcus había sido herido anteriormente, lo habían hinchado a medicinas y, sin embargo, había analizado la situación correctamente. Por lo tanto, quizá sí que era ella, Eva, que había acudido al hospital para que le examinaran las horribles heridas que Marcus le había infligido. ¿Quién era la mujer que la acompañaba? Si la habían examinado... habría una historia clínica en formato digital. Era la única pista que Marcus tendría que seguir.

Visión de conjunto. Marcus repasó lo que sabía: que Trane había tomado posesión de su puesto; que si no le ponía remedio, Eva pronto estaría muerta y

enterrada; qué él había cambiado de bando y quería salvarla. ¿Qué más? Que el grupo ya no confiaba en él. Hasta que se recuperara, hasta que el asunto de Eva hubiera concluido, lo tendrían controlado. En su situación, Marcus habría hecho lo mismo. Pero no era uno de ellos, ya no. Ya no formaba parte de nada. Estaba solo.

Fue cuando sacó su ropa del armario que cayó en la cuenta de lo duro que había sido el golpe que había recibido. Los pantalones estaban desgarrados de arriba abajo, la camisa embadurnada de sangre; la mitad del tacón de su zapato izquierdo había desaparecido. Hubiérase dicho que alguien lo había atropellado con la intención de matarlo. Evocó el momento. Había mirado por encima del hombro. Eva estaba delante de él, en el semáforo, y había corrido algunos metros más antes de cruzar la calzada. Una vez en ella había vuelto a mirar atrás y oído el coche. ¿Por eso se volvió? Apenas le dio tiempo a ver nada más que los faros. ¿Quién iba al volante?

Tenía a Trane en el auricular. Lo había oído gritar.

Marcus sacudió la cabeza. Ahora mismo era un pésimo testigo de cargo para su propia memoria. Le hubiera gustado situar a Trane al volante, lo hubiera simplificado todo, las ganas de venganza, pero no estaba seguro. Pero ¿casi? Las sensaciones, el miedo, las alucinaciones y los recuerdos siempre se mezclan en esta clase de colisiones. «Lo sabía», pensó. Pensó en Trane. ¿Qué sabía Trane? ¿Realmente era el conductor del coche? ¿Era él quien había intentado asesinarlo? ¿Qué había dicho Trane? Que en aquel momento Eva volaba por debajo del radar, pero que la encontrarían. Marcus no disponía de mucho tiempo si quería salvarla. Por mucho que Eva hubiera ido mejorando sus habilidades día a día, no tenía nada que hacer contra ellos. Era cuestión de horas. Eva habría dejado sus huellas digitales en algún lugar, y la única pista que tenía Marcus era la mujer que quizá fuese Eva y a la que habían examinado en ese mismo hospital.

A lo mejor ya estaba muerta.

—¿Estás levantado? ¿Otra vez?

La enfermera estaba en la puerta.

—Estoy bien.

—Tienes que guardar cama.

—Tengo que ir al baño.

—Tienes que utilizar el timbre para llamarnos.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer,
¿estamos?

Una mirada de sorpresa que fue sustituida por la
ira:

—¡Eh, tú!

—¿Sabes quién soy?

—Sé lo fuerte que te han golpeado...

—Quiero hablar con tu jefe —le ordenó Marcus

—. No tengo ganas de discutir contigo. Búscame por

mi número de identificación personal. Averigua quién soy. ¡Ahora! Si no lo haces, te habrás quedado sin trabajo en cuatro minutos.

La enfermera giró airada sobre sus talones y se alejó por el pasillo. Marcus la siguió con la mirada. La observó desde lejos cuando entró en su despacho y se sentó al ordenador e introdujo el número de identificación personal de Marcus, tal como él le había ordenado. Desde aquel ordenador tenía acceso a la historia clínica de los pacientes, pensó, a la historia clínica de Eva. ¿Tal vez también una o dos palabras sobre su paradero actual? ¿Alguna prescripción médica a su nombre que hubiera que recoger en la farmacia? Cualquier cosa serviría. Sin duda hacía falta una clave de acceso para consultar las historias clínicas. Vio que la enfermera hablaba con el médico airadamente. Marcus volvió a su habitación a tiempo, antes de que apareciera el médico con la enfermera detrás.

—¿Qué problema hay aquí? —le preguntó el

facultativo.

—¿Estoy detenido? —preguntó Marcus.

—¿Detenido? Has estado involucrado en un grave accidente de tráfico.

—Me han atropellado. Te he hecho una pregunta. ¿Estoy detenido?

—En teoría, no. Pero si pensamos que supones un peligro para ti mismo y los que te rodean estamos en nuestro derecho de salvarte de tus propios actos.

—Sonrió. Tenía más energía que la enfermera—. ¿Por qué no te echas y lo hablamos?

—Venga. El médico cogió a Marcus por debajo del brazo.

Dyrehaven

14.10

No era paranoia. Era un hecho. Eva había descubierto la cámara al subir al autobús. Se había apresurado a sentarse maldiciéndose a sí misma. Debía ser más cuidadosa. ¿La vigilaban? Tal vez... No podía estar segura. Tal vez con una peluca oscura y gafas... ¿Le serviría de algo? Eva había seguido a una anciana en el autobús, había hablado con ella, se había sentado junto a ella y había tratado todo el tiempo de pensar como las personas que se sientan tras las pantallas, en algún lugar, y nos vigilan. Había pensado: «Buscan a una mujer sola». Allí había una mujer que acompaña a su abuela. Aunque Eva tenía que seguir hasta Dyrehaven, se había bajado con la anciana en Nørrebro para desempeñar su papel, para que no la encontraran. Había echado un vistazo a la cámara del autobús cuando este se

alejaba. La cámara: como un cielo invertido, con la parte cóncava vuelta hacia abajo y que nos observa.

Tardó lo suyo en encontrar la tienda de postizos. Muy poco en encontrar la peluca oscura, lisa, con flequillo. No había vuelto a ponerse peluca desde la representación del *Cuento de Navidad* de Dickens, en la escuela primaria. Se contempló en el espejo. Parecía una mujer de negocios del sur de Europa, una de esas elegantes mujeres francesas que se ven en las calles de París.

Compró las gafas en una gasolinera por 39,95 coronas. Luego retomó el viaje.

Eva se bajó del autobús en el área de descanso y miró a su alrededor. Había una solitaria mesa de madera atornillada al asfalto cuya superficie estaba cubierta de líquenes verdigrises. Un mapa del bosque descansaba sobre dos barras de hierro oxidadas. Christian Brix había llegado allí el lunes por la mañana, a eso de las siete. Poco después, se

había pegado un tiro.

Pasaron unos coches, uno aminoró la marcha y la conductora de un viejo coche japonés la miró. ¿La seguía? No. Eva se acercó al mapa del bosque, ilegible debido a los estragos del tiempo, casi blanco. Pasó el dorso de la mano por la lámina descolorida para quitarle el polvo. Buscó Ulvedalene.

Siguió el sendero del bosque, que se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. Christian Brix había entrado por allí. ¿Realmente había estado en ese lugar con un rifle de caza en la mano, completamente fuera de sí, temblando de miedo ante el panorama de lo que había planificado? O sereno y firme, tal vez. Pero les había enviado un SMS a sus hermanos varios minutos después de que Malte supiera que había muerto. Eso era un hecho, una de las pocas cosas de aquel caso de las que estaba completamente segura, y una de las razones por las que ahora ponía un pie delante del otro. Se alejó del

asfalto por el sendero, blando y anegado por la lluvia. Una corredora con el pelo largo y dorado apareció un poco más abajo.

—Hola —dijo la mujer, y sonrió al cruzarse con Eva.

—Hola.

La mujer siguió corriendo. Eva se volvió y la llamó:

—¡Disculpa!

La mujer se detuvo.

—¿Puedes ayudarme?

—¿Con qué?

—¿Ulvedalene?

La mujer volvió a su lado. Examinó su rostro un instante y Eva el suyo. Era una mujer de cuarenta y pocos, en buena forma, guapa, con una alianza elegante, bellos pendientes, la clase de mujer sobre

la que Eva había escrito artículos hacía pocos meses, cuando el mundo era distinto, cuando le parecía justificado ser ni más ni menos que una lectora despreocupada la mañana de un sábado cualquiera tomando una taza de café en el porche.

—Fue terrible —dijo la mujer—. Lo vi por la tele. ¿Lo conocías?

—No.

—¿Eres de la policía?

—Soy periodista.

La palabra provocó inmediatamente una reacción hostil en cadena en algún lugar de la mujer. Eva lo vio en sus ojos. Los periodistas sirven como entretenimiento, también cuando desenmascaran a los demás, pero nadie los quiere correteando en su patio trasero.

—¿Ulvedalene? —preguntó Eva.

La mujer titubeó un instante.

—Tienes que adentrarte más. Llegarás a un claro del bosque, a mano izquierda. Es una zona muy grande.

—Gracias.

Eva quiso darle la espalda, pero la mujer se quedó donde estaba. Como si quisiera algo de ella, como si tuviera algo que decirle.

—Conozco al hombre que lo encontró.

—¿Ah, sí? No tuvo que ser muy agradable.

—Recibió ayuda psicológica posteriormente.

—¿Vio a... alguien más?

—¿A qué te refieres? ¿No fue un suicidio?

—Eso es al menos lo que dice la policía.

—¿Eres de *Ekstra Bladet*?

—Has dado en el clavo —se apresuró a decir Eva.

—Ese diario no es que me vuelva loca.

—A mí tampoco —dijo Eva, y sonrió, se acercó unos centímetros más a la mujer y le susurró—: Pero de vez en cuando dice alguna verdad, algo que los demás no quieren escribir.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Sabes si la policía interrogó a la gente de por aquí? ¿Alguno de vosotros frecuenta el bosque a diario? Corredores y gente así. ¿Fueron a tu casa?

La mujer negó con la cabeza.

—Por lo que tengo entendido, solo en casa de Mikkelsen.

—¿Mikkelsen?

—Mi vecino, el que lo encontró.

—¿Dónde vive Mikkelsen?

La mujer volvió a titubear. No le entusiasmaba la idea de echarles una periodista encima a sus

vecinos.

—Está bien —dijo Eva—. No hace falta que contestes. No estás hablando con la policía.

—La verdad es que estoy pensando en mudarme de barrio.

—Conozco la sensación —dijo Eva.

—Sí, es horrible. Pienso en ello cada vez que me meto en el bosque. ¿Lo entiendes? Es como si el bosque..., como si de pronto fuera otro bosque muy distinto.

—Te entiendo demasiado bien —dijo Eva, y sonrió—. Gracias por tu ayuda.

Eva se volvió y siguió adelante. Se dio cuenta de que la guapa mujer seguía mirándola. Parecía seguir considerando si debía mudarse, si la tragedia del bosque había mancillado para siempre el pedacito de aquel paraíso por el que había luchado tan duro por formar parte.

Todavía había restos del cordón policial en el suelo del bosque. La hierba estaba aplastada; por allí habían pasado muchos coches y muchas personas. Durante unas horas, aquel claro había sido el centro del mundo para un ejército de agentes de policía. Allí había sucedido todo. Precisamente allí. Eva sintió un leve escalofrío. ¿La cercanía de la muerte? Pensó en la versión de la policía: que una mañana temprano Christian Brix se había sentado allí, fuera de sí o entero, o ambas cosas a la vez; que había escrito y enviado un SMS a su hermana segundos antes de meterse el cañón del rifle de caza en la boca, acomodar la boca del arma contra el paladar, apretar el gatillo y lanzar una ráfaga de perdigones a través de su cabeza.

Se sentó al lado del árbol sobre el que se había sentado Brix. Las hojas estaban pisoteadas, ya no quedaba ni rastro de sangre, aquella misma noche había llovido. Un ruido a su espalda. Pasos. Eva se levantó y se escondió detrás del árbol. Miró al

frente, rápidamente, y vio a tres de ellos, a bastante distancia de donde se encontraba. Sintió los latidos de su corazón.

—Nada de pánico —murmuró, pero ya era demasiado tarde. Oyó que hablaban en voz baja, que se acercaban. ¿La estaban buscando? La última vez habían sido dos, ¿por qué no tres? Había un tronco caído a un par de metros, un roble hendido o que el viento había tumbado. ¡Ojalá pudiera llegar hasta el árbol! «¿Y entonces qué, Eva?», se preguntó. De esta manera los vería mejor, podría esconderse o seguir adelante, cualquier cosa menos quedarse pegada a ese tronco de árbol, esperando a que dieran con ella y...

Miró al frente, los tres estaban inclinados sobre algo que no podía ver. Ahora o nunca. Corrió a paso ligero hacia la raíz del árbol caído. Allí se quedó un rato, escuchando. Seguían susurrando; podía oírlos a pesar de que estaban a cierta distancia. Ya solo debía procurar salir de allí, agachar la cabeza,

deslizarse a lo largo del tronco, escabullirse entre la maleza y marcharse de aquel bosque. Echó a andar, pero algo la indujo a detenerse. Sus voces. Uno de ellos se rio. Alzó la cabeza para echar un rápido vistazo y los vio. Estaban más cerca que antes. Eran niños, no hombres; no iban rapados; no eran más que unos niños que jugaban.

—He encontrado uno —dijo uno.

—Yo lo he visto primero —dijo otro.

Eva los vio buscando algo en el suelo del bosque, como pájaros picoteando entre la tierra. ¿Qué andaban buscando?

—Aquí hay uno —dijo el más joven de los tres, un chico de pelo rubio en cuya camiseta ponía «CemTech». Seguramente era la empresa de su padre. Hijos de familias acaudaladas. ¿Eran hermanos? No, tal vez el mayor y el menor, pero el del medio tenía rasgos meridionales y la piel oscura. Eva se acercó un poco, para verlos y oírlos mejor.

—Es el más grande de los que hemos encontrado —dijo el que parecía tener más edad, tal vez el hermano mayor.

—¿Qué quieres a cambio?

—No quiero hacer un trueque.

¿Un trueque? ¿Qué era lo que habían encontrado en el suelo del bosque? Le convenía hablar con ellos; todo aquel que ha estado cerca del lugar de un crimen es un testigo potencial. Dio un paso adelante.

—Hola, chicos —los saludó.

Los chicos se miraron.

—¿Qué hacéis?

—Nada —dijo el mayor. Ahora Eva podía verlo mejor. Hablaba con semblante seguro: valía más que ella, sin duda algo que su padre le había inculcado, el director de CemTech, fuera lo que fuese eso.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Eva.

—¿A ti qué te importa?

Eva lo miró. Los dos más jóvenes retrocedieron un par de pasos. Cada uno de ellos estrujaba una bolsita que contenía algo que Eva no atinaba a determinar.

—¿Habéis oído hablar del tipo que se pegó un tiro? Hará una semana escasa —preguntó.

—Pues no —contestó el chaval.

—Tenéis que haber oído hablar de él. Lo hizo aquí, justo al lado de este árbol.

El mayor miró a los otros. Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—A lo mejor habéis oído algo.

—¿Oído algo? ¿Qué quieres decir?

—De cómo se pegó un tiro.

—Pues no.

—¿Por eso recogéis cosas del suelo? ¿Qué hay en las bolsas?

—Nada.

—¿Son perdigones o algo parecido?

—No.

—¿Puedo verlo?

Dio un paso hacia ellos. El más joven fue el primero en salir corriendo, los otros dos lo siguieron al segundo.

—¡Eh!

Eva los llamó, pero no le sirvió de nada. Se quedó un instante mirándolos y luego salió corriendo detrás de ellos. No estaba en el mejor estado de forma, porque llevaba sin salir a correr desde que ella y Martin lo estuvieron haciendo durante una breve temporada, y ni siquiera entonces era la mejor

corredora del mundo. Martin tuvo que introducir varios *sprints* en su carrera, adelante y atrás, a lo largo del lago, para sacarle algún provecho, mientras Eva corría siguiendo a su propio ritmo pausado. Los chicos eran rápidos. Vislumbró dónde acababa el bosque y empezaban los grandes chalés. Tenía que alcanzarlos antes de que llegaran a casa.

—Venga, Martin —dijo. Apretó los dientes y apretó el paso. Saltó por encima de un tronco de pino tirado en el suelo del bosque, como si simplemente se estuviera echando una siesta, cansado de estar en pie, tal como llevaba ella sintiéndose desde la muerte de Martin. Ahora él corría a su lado, llamándola, bromeando con ella. «¡Venga, tú puedes más que eso!», le gritaba. Eva estiró el brazo para agarrar al niño y consiguió pillarlo del cuello de la chaqueta.

—¡Suéltame!

Eva lo sujetó.

—¡Párate!

—¡Suéltame! —le gritó de nuevo el niño a la cara. Era un crío desagradable, tenía saliva en las comisuras de los labios, los ojos pequeños.

—¿Por qué corres?

—¿A ti qué te importa?

—¿Eres consciente de con quién estás hablando? ¿Quieres que te lleve a comisaría? ¡Así tus padres podrán venir a recogerte allí!

El niño la miró fijamente. Por primera vez vio un atisbo de respeto en sus ojos. Si por los padres o porque había dicho que era policía, era imposible saberlo.

—¿Por qué has salido corriendo?

—Por nada.

—¿Dónde están tus amigos?

El chico se encogió de hombros.

—Estabais buscando algo. Os he visto —insistió
Eva.

—¡No es verdad!

—Buscabais algo en el suelo del bosque. ¿Qué era?

El chico no contestó. Eva miró la bolsa de plástico que sostenía en la mano. Una bolsa de congelación que había cogido de un cajón de la cocina de su madre.

—¿Qué es esto?

—Nada.

Eva arqueó las cejas.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce y medio.

—¿Y cómo te llamas?

Se negó a contestar. Se miró los zapatos. Caros,

unos Lloyds.

—Muy bien. Pues vámonos a la comisaría — dijo Eva, y lo agarró del cuello.

—¡Rune! ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Rune. Ahora escúchame bien. Cuando te pregunto qué llevas en la mano eres demasiado mayor para decir «nada». Tú no eres un bebé, ¿verdad?

—No.

—Así, pues, ¿qué llevas en la mano?

El chico alzó la bolsa para que Eva lo pudiera ver. Pedacitos de algo blanco, tal vez de tiza.

—¿Qué es?

El chico se encogió de hombros. Eva abrió la bolsa. Sacó uno de los terroncitos blancos, no mucho más grande que una antigua moneda de cinco céntimos.

—¿Es tiza?

El chico cabeceó. Eva sacó un pedazo más grande, era blanco y... ¿rojizo? Fue el pelo rojizo pegado a uno de los pedazos que por fin llevó a Eva a comprender lo que tenía en la mano.

Cuando los otros dos chicos los vieron a ella y a Rune acercarse, no hicieron ademán de escapar. Rune era el líder, el juego se había terminado, se habían resignado. Eva vio que los dos sostenían sus bolsitas en la mano. Rune le había contado que su plan era recoger todos los pedazos; llevaban días peinando el suelo del bosque. Una vez recogidos, se sentarían en casa y juntarían el cráneo, como si fuera una maqueta, con pegamento y movimientos cautelosos. ¡Y el resultado tendría más valor que la maqueta de avión más molona del mundo! El resultado sería escalofriante y les granjearía el respeto de los demás chavales de la calle: el cráneo de un hombre muerto.

—Bueno, chicos. No vamos bien —dijo Eva.

—No hemos hecho nada malo —dijo Rune.
Llevaba diciendo lo mismo un buen rato.

—Son pruebas —sostuvo Eva.

Los chavales la miraron, pero Eva no estaba segura de que entendieran lo que les acababa de decir.

—Dádmelas. Los dos —les ordenó.

El más pequeño fue el primero en reaccionar. Le dio la bolsa. Al final el chico de piel oscura se rindió y le dio la suya.

—Ya os podéis ir.

—¿Podemos ver tu placa?

—¿Mi placa?

—Tu placa de policía.

—Claro que no. ¡Largaos ahora mismo!

Los chicos se alejaron cabizbajos hacia un chalé blanco de lustrosas tejas barnizadas. Eva abrió una de las bolsas. Sangre coagulada, el pelo rojo de Brix todavía pegado a un par de fragmentos de su cráneo, los que habían salido disparados por el bosque una mañana temprano bajo la lluvia, el mismo día que Eva había empezado en su nuevo empleo. Activación laboral al servicio del Estado. Activación. ¿Y qué más?

Hospital del Reino

14.21

Marcus estaba en el pasillo. Había estado esperando un buen rato a que las cosas se calmaran antes de abandonar su habitación. Echó un vistazo al despacho donde estaba el ordenador, tentándolo con la promesa de una respuesta al paradero de Eva Katz. Lo habían recorrido muchos sentimientos durante los escasos minutos que había esperado. Impotencia. La sensación de haberlo perdido todo. Pero no era cierto. Todo estaba en perfecto orden, el sistema funcionaba debidamente. Siempre había sabido que llegaría un día en que sería el sacrificado. Era lo que le había explicado a Brix aquella fatal noche, solo que Marcus no creía entonces que fuera a ser tan inmediato.

La enfermera salió del despacho en dirección a Marcus, que volvió a meterse en la habitación. Ella

pasó de largo. Él salió. La parte posterior del muslo derecho casi no quería obedecerlo. Se metió en el despacho renqueando, apoyándose en la pared. Se sentó frente al ordenador. Le dio a una única tecla y la pantalla se iluminó. «Contraseña». Miró a su alrededor. No había una contraseña sobre la mesa, ni colgada en el tablero de las postales. Entonces, ¿qué? Debía observar a un empleado introduciendo su contraseña. El abecé del espía. No podía esconderse en el despacho, era demasiado pequeño; se pusiera donde se pusiera, lo verían. Oyó zuecos contra el suelo de linóleo. La enfermera estaba volviendo. «Piensa». «Rápido». Estaba a pocos pasos del despacho.

—Un espejo —murmuró. Ningún espejo. Marcos. ¿Un cristal? Descolgó uno de los cuadros, un Renoir. Lo dejó sobre la mesa, contra la pared. Echó un vistazo al pasillo. La mujer estaba charlando con un paciente, todavía le quedaban unos segundos. Se sentó en la silla frente a la mesa, la

silla de los pacientes, y verificó el ángulo; no estaba bien del todo, faltaba luz. Corrigió la posición de la lámpara de mesa, dirigiéndola hacia el teclado.

—¿A quién tenemos aquí?

Marcus se volvió. Era el médico.

—La lámpara. Me estaba cegando.

—Es normal —dijo el médico secamente—. Dolor de cabeza tras el golpe, fotosensibilidad.

Se sentó.

—Disculpa que estuviera tan enfadado. Estoy confuso —dijo Marcus.

—No pienses más en ello, pero tienes que volver a la cama —dijo. Lanzó una mirada de asombro hacia el cuadro que estaba sobre la mesa.

—Hay algo muy importante que tengo que consultarte.

—¿Sí?

—Tengo intolerancia a ciertos analgésicos y a la penicilina —dijo Marcus.

—Estoy seguro de que estamos al corriente.

—Mi médico de cabecera lo ha anotado en mi historia clínica.

—Seguramente...

Marcus lo interrumpió:

—No podré dormir si antes no confirmamos que no me los habéis administrado. La última vez estuve a punto de morirme. Sufrí unos dolores terribles.

El médico lo observó brevemente, sacudió la cabeza.

—¿Tu número de identificación personal?

Marcus puso toda su atención en el Renoir. Vio los dedos del médico flotando sobre el teclado. Con uno presionó la tecla de las mayúsculas mientras con el índice izquierdo tecleaba: «R», «I», «G». Soltó la

tecla de las mayúsculas y escribió tres números muy rápido, pero Marcus estaba casi seguro: 363. RIG363.

—¿Tu número de identificación personal? — repitió. Atrapó a Marcus mirando fijamente el Renoir. El médico giró la cabeza, también contempló la obra de arte durante un instante—. Sí. ¿Qué demonios hace aquí?

Instituto Anatómico Forense

16.02

No hay acceso a los expedientes. Así de simple sonó el mensaje de la policía. Fuera Eva o cualquier otro medio de comunicación quien lo preguntara, la respuesta era la misma: los expedientes de la policía no son públicos; el cuarto poder estatal no tiene derecho a ver nada de nada. Por eso ahora Eva se hallaba frente al Instituto Anatómico Forense, con el parque de Fælledparken justo detrás de ella. El sol primaveral había arrancado a unas madres de mirada cansada con cochecitos de niños de sus pisos, a pacientes del hospital y había jubilados sentados en los bancos. Dos camilleros estaban fumando en las escaleras del Instituto Anatómico Forense. ¿Qué era lo que había dicho Lagerkvist? Que solo se te brinda una oportunidad para interrogar a la gente. Si no tienes los hechos claros, si es evidente que lo único

que pretendes es sacarles información sin antes haberte puesto al día, no abren el pico. Y que la oportunidad no vuelve a darse.

—Hola, chicos —dijo Eva a los camilleros. Obreros en extinción, cervezas por la mañana, primero de mayo y solidaridad. Todo eso. La miraron. Ella sonrió—. ¿Por fin se ha acabado la jornada?

—Hola, guapa —dijo el mayor de los dos—. ¿Disfrutando del buen tiempo?

Eva dio unos pasos hacia él y subió las escaleras.

—¿No sería mejor que me lo pidieras directamente? —Volvía a ser el mayor—. No tienes por qué avergonzarte de ser demasiado pobre para comprarte un paquete de cigarrillos.

Eva se rio, aceptó un cigarrillo y él se lo encendió. Por un instante se sintió eufórica. El sabor

era fantástico, motivo por el que había empezado a fumar en su día, cuando tenía dieciséis años y necesitaba estimulantes para soportar el paso por un instituto de bachillerato de provincias de ladrillo amarillo.

—Gracias —dijo Eva.

—Sienta bien, ¿verdad? Así que ¿qué más da que llegues a parecerle a los que llevamos nosotros en el coche?

—¿Se les nota? —preguntó Eva, y se preguntó cómo pasar del comadreo a su verdadero cometido.

—¿Si son fumadores?

—Sí.

—¿Estás loca? Claro que sí.

—¿Tú participas en las autopsias?

El hombre negó con la cabeza. Miró a su compañero que contestó:

—Solo los transportamos.

—Pero ¿eso no os disuade?

—¿Si llegaré o no a ser un cadáver bello? —Se encogió de hombros.

Eva dio otra calada al cigarrillo, cerró los ojos y dejó que el sol la calentara. No había ninguna transición ideal. Al menos ella no la supo encontrar. Tuvo que aceptar un cambio de tema duro y poco elegante:

—¿Os acordáis del tipo que se voló la tapa de los sesos?

Los dos hombres se miraron.

—Hará una semana, quizás un poco menos —insistió Eva.

—¿El del bosque? —contestó el mayor de los dos.

—Sí, ese.

—La verdad es que no quedaba mucho de él.
¡Joder!

Ahora había llegado el momento en que debía infundirles confianza con sus conocimientos, los pocos que tenía.

—Se metió el cañón en la boca y *¡pum!*

—Yo lo metí en la sala —dijo el más joven.

—¿La sala?

—La sala de autopsias.

—¿Quién fue el doctor que realizó la autopsia?

Por primera vez comprendieron que no se trataba de una charla casual. Eva tenía una misión. El más joven apagó el cigarrillo y se metió por la puerta sin decir nada. El mayor se la quedó mirando sorprendido, tal vez con escepticismo.

—La policía la ha cagado. Ha echado a perder la investigación —dijo Eva.

—¿Eres periodista?

Eva se encogió de hombros.

—Solo porque el tipo conocía a unas cuantas celebridades, no ha habido investigación.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir lo que digo. Porque estaba a partir un piñón con los de la realeza, la policía decidió renunciar a investigar el caso.

—¿Quieres decir que no se pegó un tiro, sin más?

Eva negó con la cabeza.

El viejo camillero se encogió de hombros, dio una última calada al cigarrillo y dejó que el humo abandonara su boca acompañado de tres palabras: Hans Jørgen Hansen.

—¿Hans Jørgen Hansen? —repitió Eva.

—Me has preguntado el nombre del médico que

realizó la autopsia.

La mujer pelirroja de la recepción no alzó la mirada cuando Eva se dirigió a ella.

—Tengo algo para Hans Jørgen.

—Puedes dejarlo aquí —dijo la mujer.

—Tengo que dárselo personalmente.

Por fin alzó la vista.

—Hoy no está.

—¿Tienes su dirección?

—¿De qué se trata?

—Es un asunto urgente.

La mujer negó con la cabeza.

—No damos información acerca de nuestros empleados —dijo, y cogió el teléfono que había empezado a sonar.

En Internet había un montón de cosas sobre el

médico forense Hans Jørgen Hansen: que había asistido recientemente a una conferencia en Washington D. C., organizada por el FBI; que se le consideraba uno de los expertos más importantes en heridas de bala; que conocía los métodos más punteros en el campo del escaneo láser y del análisis post mórtem del iris. Encontró un mar de artículos en el semanario para médicos, pero ninguna dirección. En cambio, en las Páginas Amarillas descubrió que había quince que se llamaban Hans Jørgen Hansen en Selandia, dos de ellos en el barrio de Nørrebro, a los que Eva descartó rápidamente considerando que un prestigioso médico forense ganaba lo suficiente para poder permitirse algo mejor. Luego pensó en Lagerkvist, en los viejos listines telefónicos y los registros públicos, en todo lo que tendría que haber sabido pero que ignoraba por completo. Había tres Hans Jørgen Hansen en el norte de Selandia, dos de ellos con número secreto. Eva encontró una solitaria cabina de teléfonos en el barrio de Østerbro y llamó

al que no lo era. Resultó ser un maestro jubilado. Luego buscó los vecinos de los dos con número secreto. Sí, buenos días, ¿su vecino no será por casualidad el doctor Hans Jørgen Hansen? ¿De dónde dice que llama? ¿De Interflora? ¿Con un ramo, dice? Sí, efectivamente, el vecino era médico en el Hospital del Reino. Un gilipollas arrogante, añadió el vecino, y no, de ninguna de las maneras podía Interflora dejar un ramo de flores en su casa hasta que Hans Jørgen volviera a la suya. Acto seguido, el vecino colgó.

Club de tenis de Hellerup

17.05

No sin cierto orgullo, Eva se bajó del autobús y recorrió los últimos quinientos metros hasta las pistas de tenis. Por mucho que perteneciera a la sección de menudencias y por mucho que no hubiera conseguido una exclusiva periodística, había triunfado. No se había sentado al teléfono, tal como le había dicho Lagerkvist que no había que hacer jamás. Había estado allí, había encontrado algo que la policía no había encontrado y había dado con el médico forense: estaba en las pistas de tenis, eso era lo que le había dicho su hija cuando Eva se presentó en su domicilio. Además le había contado que conducía un Mercedes Coupé plateado. Lo localizó rápidamente en el aparcamiento y decidió esperar allí a Hans Jørgen en lugar de ir en su busca en mitad del tercer set.

Esperó un buen rato sentada en el bordillo, al sol primaveral, escuchando el sonido un poco enervante característico de la pelota de tenis contra la raqueta. Martin apareció inmediatamente en sus pensamientos. Siempre le pasaba cuando se quedaba sentada sin hacer nada. Tenía que mantenerse en movimiento, pensó, tenía que estar en constante movimiento. «Hay que alejar la pena por medio del deporte y el trabajo».

—Pásatelo bien, Hans Jørgen.

—Nos vemos, viejo.

Eva alzó la mirada. Hans Jørgen le dio un rápido abrazo a su viejo amigo antes de lanzar la bolsa de deporte en el portamaletas. Eva se puso de pie. Tenía que alcanzarlo antes de que se subiera al coche, pensó. Un coche era un baluarte, un lugar desde el que subir la ventanilla, una especie de puente levadizo sobre el foso cuando ya no querías seguir hablando.

—¿Hans Jørgen Hansen?

El hombre miró atrás. Tenía la puerta abierta, listo para subirse al coche.

—¿Te conozco? —preguntó, en tono autoritario. Llevaba el pelo, canoso y corto, todavía húmedo de la ducha.

—Tu hija me ha dicho que te encontraría aquí.

Eva se dio cuenta de que el compañero de tenis de Hans Jørgen los miraba con curiosidad, preguntándose quién sería la joven dama.

—¿De qué se trata?

—¿Tienes cinco minutos?

—¿Para qué?

—Para una charla sobre Christian Brix.

Por un instante, Hans Jørgen pareció desorientado; necesitaba un momento para resituarse y rehacerse.

—¿Quién eres? ¿Periodista?

Eva miró atrás. El compañero de tenis no hacía nada por ocultar su curiosidad.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —dijo Eva.

—Antes tendrás que presentarte.

—Soy Eva. Y sí, soy periodista —dijo.

—Me parece fuera de lugar presentarse aquí para hablar de algo que tiene que ver con el trabajo —dijo el doctor en un tono cortante—. Mi tiempo de ocio es sagrado. Puedes dirigirte al Instituto Anatómico Forense dentro del horario de atención al público.

Se disponía a meterse en el coche cuando Eva lo cogió del brazo.

—Brix no se suicidó —dijo.

Él la miró fijamente.

—¿Va todo bien, Hans Jørgen? —lo llamó su amigo.

Primero le respondió con un gesto de la mano, luego con una sonrisa y finalmente con palabras.

—¡Perfecto! Nos vemos el jueves.

Hans Jørgen Hansen miró a Eva. Era ahora o nunca. Tenía que ganárselo con lo que sabía. «Solo dispones de una oportunidad».

—Murió antes de enviar el SMS.

—No entiendo.

—Unos minutos antes de que se pegara un tiro, el sobrino de Christian contaba que su tío había sido asesinado.

Hans Jørgen Hansen la miró. Iba a decir algo, pero cambió de idea.

—¿Cómo demonios lo sabes? —le preguntó.

Eva sopesó si debía decirle la verdad o mentir y

decir que había hablado con un educador. Su boca tomó la decisión por ella.

—Porque trabajaba en la guardería a la que va el sobrino de Brix. Tengo la carrera de periodismo, fui redactora de *Berlingske* hasta que una mina mató a mi prometido en Afganistán.

—Lo siento mucho.

Eva no le hizo caso.

—Así que estuve hundida unos meses, por decirlo suavemente —prosiguió—. Encima me tocó la crisis financiera, perdí el trabajo y acabé en el programa de reinserción laboral. Así es la vida, no he venido aquí a hablar de eso. Solo del hecho de que Malte, el sobrino de Christian Brix, conocía el asesinato antes de que Brix, o quien fuera, enviara un SMS. —Dejó de hablar. Tenía más cosas guardadas en el arsenal, pero debía concederle la oportunidad de hacer sus preguntas.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Te enviaron su cadáver aquella mañana?

—Sí. ¿Para quién estoy hablando?

—Me hablas a mí, Eva. Extraoficialmente.

—De forma absolutamente anónima; nada de citas, en ningún lugar.

—Tienes mi palabra.

Hans Jørgen Hansen titubeó. Se la quedó mirando. Sopesó si le bastaba con su palabra.

—Casi no me dieron tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Al poco tiempo de que lo trajeran apareció su hermana con alguien.

—¿Es eso habitual? Que los familiares se personen sin más en el Instituto Anatómico Forense.

—La verdad es que no.

—¿Con qué frecuencia sucede?

—Más o menos nunca.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—La policía también se presentó.

—¿En... en la sala de autopsias?

—La llamamos sala de disección. No. Me reuní con ellos en el despacho. La policía dijo que era un caso cerrado.

—¿Quién de la policía?

Se encogió de hombros.

—¿Juncker? —dijo Eva—. ¿Jens Juncker?

—Sí, ese era su nombre.

—Entonces, ¿qué sucedió? ¿Qué dijo?

—Querían que les entregásemos el cuerpo cuanto antes. Era el deseo de la familia. Pero hice mi trabajo. No me lo impidieron, pero...

—¿Pero?

Hans Jørgen Hansen reflexionó.

—Pero es posible que hubiera cierta presión subyacente. Y luego sonó su teléfono, por cierto.

—¿El de Juncker?

—Sí, mientras estábamos hablando. Después parecía un perro apaleado. De pronto era más importante todavía para él que le entregáramos el cadáver. No es que me influyera. Hicimos nuestro trabajo como es debido. Calculamos el ángulo del disparo, tomamos muestras de sangre, esa clase de cosas. Como solemos hacer siempre.

—¿Podríais haber hecho algo más?

—Sí, si la policía hubiera tenido sospechas fundadas. Obviamente, de haber sido así, habríamos podido pasarnos semanas indagando y removiendo el cadáver. Pero las autopsias son caras y, a no ser que nos lo pidan, no vamos hasta el fin del mundo.

—¿Te sorprendió? Que no te lo pidieran.

Reflexionó, al final soltó la puerta del coche.

—¿Cuál habría sido el procedimiento habitual?

—le preguntó Eva.

—¿Si se sospecha que se trata de un asesinato?

—Así es.

—Siempre hay que pasar por la mesa de operaciones. Una operación de cabo a rabo. Análisis de sangre, de tejido, rastreo de tóxicos, posibles fracturas óseas, marcas en la piel producidas por golpes, arañazos, daños en el cerebro. En resumidas cuentas, todo lo que pueda poner en duda la causa de la muerte.

—Pero esta vez no.

—No.

Eva cogió aire con solemnidad.

—Mi colega de *Ekstra Bladet*, Rico Jacobsen,

me echó una mano al principio de este caso. Hice algo que no se debe hacer. Robé el teléfono de la hermana de Brix. Quería echarle un vistazo al SMS que supuestamente envió Brix justo antes de su muerte, pero el teléfono estaba bloqueado. Así que Rico accedió a desbloquearlo. Lo tenía en su piso. Poco después...

—Murió —dijo el médico forense entrado en años.

—¿Has oído hablar de ello?

—Me tocó a mí. La policía dijo que se trataba de un asesinato cometido por las bandas organizadas. Por alguien que pretendía vengarse por algo que había escrito.

—Es posible. El caso de Rico sobre las bandas de motoristas se remonta a varios años. Ya sabes lo que se dice.

—*Enlighten me*, ilumíname —dijo con un acento

inglés de clase alta.

—¿Qué es lo más probable? ¿Que Rico muriera porque escribía sobre los motoristas o porque intentó desbloquear el teléfono de la dama de compañía? La misma noche que le di el teléfono, dos hombres irrumpieron en mi casa y me hicieron esto.

Eva se apartó el pañuelo del cuello. Sin mover la cabeza ni un solo centímetro, el médico paseó la mirada por las marcas.

—Me maniataron —dijo Eva—. Registraron la casa.

El médico forense se le acercó.

—Tal vez no deberíamos hablar aquí. ¿Has venido en coche?

Club Náutico de Hellerup

17.35

Eva se bajó del autobús en la primera parada de Strandvejen, tal como habían acordado. Era preferible no ir juntos, había dicho él. «Si es verdad lo que dices no estará de más que seamos cautelosos». Vio su Mercedes plateado detenido frente a la cafetería, tal como había dicho que haría. El hombre se dirigió hacia el puerto. Ella lo siguió, cruzó la carretera, enfiló el sendero. La asaltó un pensamiento repentino: era uno de ellos. Por un breve instante la sola idea le alteró la respiración. ¿Era posible que estuviera a punto de caer en una trampa? El hombre aparcó en el puerto recreativo. Eva titubeó. Habían quedado en que se verían en su barco. Eva se imaginó cómo la golpearían hasta dejarla inconsciente para luego atarla a algo pesado, un ancla, y hundirla en el agua turbia. Al fin y al

cabo, ¿qué sabía en realidad de Hans Jørgen Hansen? Que era el médico forense que estaba de guardia la mañana en que trasladaron el cadáver de Brix. ¿Algo más? No. La verdad era que no sabía nada de su enemigo.

—Conoce a tu enemigo —dijo para sí.

Como le había explicado Martin, si no entendías quién era el enemigo perdías la guerra, y Eva no sabía nada de su enemigo.

Él ya se había apeado del coche y le hacía señas discretamente. «¡Sígueme! —decía el pequeño gesto—. Aquí, en mi barco, estamos a salvo». Eva miró por encima del hombro. Por lo que pudo apreciar, nadie la había seguido. Sin embargo, al meterse en el coche, justo después de que hubieran acordado que ella tomaría el autobús, había echado mano de su teléfono. ¿A quién había llamado? Debería haberlo investigado más a fondo antes de darse a conocer. En eso Lagerkvist le habría dado la razón.

«¿Quién es tu adversario? ¿De qué logias y consejos de administración es miembro? ¿Qué pasado tiene, el Ejército?». ».

Volvió a mirar por encima del hombro mientras lo seguía por la pasarela. ¿Había alguien detrás de ella, tal vez en el barco? ¿La estaban esperando?

—Bienvenida a bordo —dijo Hans Jørgen. Estaba en la cubierta y le tendía la mano.

—¿A quién llamabas?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando has subido al coche.

La miró con frialdad, irritado.

—Tengo que estar segura —dijo—. He estado muy cerca de ellos.

—¿Crees que formo parte de todo esto?

Un sonido despectivo escapó de su nariz.

—No sé qué creer.

—¿Por qué me buscaste si...?

—¿A quién llamaste? —lo interrumpió Eva.

—A mi hija. ¡Pero si has sido tú quien se ha puesto en contacto conmigo!

—¿Puedo ver tu teléfono?

Él la miró, lo sopesó y acabó esbozando una sonrisa que sorprendió a Eva antes de sacarse la Blackberry del bolsillo. Dos llamadas perdidas. Última llamada saliente: Katrine.

—¿Satisfecha?

Ella lo miró a los ojos. Estaban en el camarote. Por primera vez desde que lo conocía vio algo infantil en él, una alegría especial. Eva miró a su alrededor y comprendió por qué: se hallaba en el lugar más sagrado, en el mundo que mejor lo representaba. Cartas náuticas enmarcadas, tal vez antiguas, sueños aventureros de dar la vuelta al

mundo en velero, bellos muebles empotrados de la misma madera de caoba que la cubierta.

—Menuda nave —dijo Eva, antes de corregirse —: Barco, barco quería decir barco.

Él asintió con la cabeza.

—Toma asiento. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

Abrió la nevera, y Eva abrió el bolso. Dejó las tres bolsitas en la mesa. Él abrió los botellines de espaldas a ella, se volvió y primero miró a Eva y luego las bolsas.

—Pedazos de cráneo —dijo Eva.

Él dejó los dos botellines de cerveza en la mesa. Eva no detectó señal de sorpresa alguna en su rostro.

—¿Has...?

—Me encontré con tres niños en el bosque donde murió Brix. Los estaban reuniendo como si

fueran piezas de Lego.

—¿Y estás segura?

Eva asintió.

—No hace falta ser médico forense para determinarlo.

—¿Cuántos hay?

—No lo sé. No los he tocado. ¿En cuántos pedazos se te rompe el cráneo si te pegas un tiro en la cabeza?

Él se encogió de hombros y toqueteó la etiqueta de su cerveza.

—Imposible determinarlo. Tres pedazos. Diez. Tal vez cien. Depende de muchas cosas.

—¿Y si se trata de una escopeta de caza?

—De todos modos, desde esa distancia no da tiempo a que los perdigones se dispersen. Imagina que se te cae un bol de, pongamos por caso, cristal.

Algunas veces se rompe en dos, otras veces casi se pulveriza. Esto es lo mismo.

—¿Podrías examinarlos por mí? Ver si puede haber algo que...

—¿Puedo preguntarte una cosa? —la interrumpió.

Eva lo miró. Había algo en su mirada que no le gustaba.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—Porque hay algo que no encaja.

—Pero ¿por qué lo haces precisamente tú? Al fin y al cabo, no los conoces. No conocías a Christian Brix. Para ti no es más que un fallecimiento sospechoso. De esos hay muchos.

La sensación de malestar aumentó. Eva no sabía qué decir.

—Como ya te dije antes, perdí a mi prometido

en Afganistán. Lo perdí todo. Mi casa, mi economía, mi amor, mi... todo.

—Y ahora te parece que luchas por, ¿por qué? ¿Por vengarle?

Eva se encogió de hombros. De pronto cayó en la cuenta de que estaba a bordo de un barco. No tenía tierra firme bajo los pies. Tenía ganas de salir. Tenía ganas de decir algo, de darle una explicación. De decirle algo así como que sentía que luchaba contra los que habían asesinado a Martin. No contra los talibanes. Al fin y al cabo, no eran más que guerreros primitivos que luchaban contra una potencia de ocupación, era comprensible, sino contra algo más grande, un sistema. Contra los que habían destinado a Martin. Eva luchaba contra ellos. Contra los que habían embaucado a Martin para que creyera que luchaba por una buena causa, por todo lo que ellos representaban. La retórica ampulosa sobre una verdad superior. Que estaba en el bando correcto. Dios, Rey, Patria, todo eso, codo con codo

con maravillosas fuerzas en busca perpetua de la libertad. Allí estaba Martin cuando voló por los aires. Allí estaba, en medio del desierto, destrozado hasta lo irreconocible. Allí, mano a mano con la Dinamarca oficial y todo lo que se suponía que representaba la seguridad, la verdad y la igualdad. Le hubiera gustado decir todo eso, pero no dijo nada, ni una sola palabra.

—¿Por qué lo haces tú? —preguntó por fin—. Tú tampoco conoces a los que tienes sobre tu mesa un día sí y otro también.

—¿Sinceramente?

—A poder ser.

—Fue una casualidad. Mi padre era médico, yo me hice médico. Sabía que no quería dedicarme a la medicina general, ser médico en ejercicio.

—¿Mejor los muertos que los vivos?

—Al menos no se quejan —dijo, y cogió una de

las bolsas, como si se hubiera hartado de la conversación. La examinó un momento—. Es increíble que hayan andado por ahí recogiendo pedazos de cráneo. Es un juego un tanto macabro.

—A lo mejor se esconde un futuro médico forense en uno de ellos

Él se rio sonoramente y dejó el botellín sobre la mesa. Abrió una bolsa y vació su contenido. Se quedó un rato con algún pedazo del cráneo en la mano, con familiaridad.

—¿Cómo doy contigo? —dijo por fin.

Hospital del Reino

19.12

Se despertó. Estiró el brazo para agarrar a alguien, pero se encontró con una almohada y un gotero. ¿Qué hora era? Era de noche, todavía no había luz fuera. Lo habían anestesiado con algo. Era incapaz de pensar con claridad. Era por la mentira de todo lo que no toleraba: los medicamentos y la penicilina. El médico había llegado a la conclusión de que estaba confuso, de que había que calmarlo para darle descanso al cuerpo. Sí, lo había acompañado hasta la habitación. Le había dicho que estaba aturdido por el golpe en la cabeza. Marcus se había echado en la cama mientras repetía la contraseña una y otra vez para sus adentros. Luego había cerrado los ojos brevemente. ¿Se había dormido? El médico debió de inyectar algo en el gotero. Como el tío de Hamlet, que había echado

veneno en la oreja de su hermano, el rey, mientras este dormía. Si no, Marcus no habría estado tan... trastornado.

Eva.

¿Por qué Eva?

Daba igual. Faltaba la lógica. Pero le pasaba algo cuando respiraba, como si ella fuera el aire. Aparecieron tres letras y tres números. RIG363.

—Venga, soldado —susurró. Estaba cerca. Era el mejor espía de todos. Mejor que el resto de la sección, pensó, e intentó encontrar el equilibrio sobre sus pies mientras se convencía a sí mismo de su propia grandeza. Los demás... no hacían más que mirar pantallas. Vigilancia. Trane. Capullo. Ya lo pondría en su sitio. Ya vería lo que vale un pelo. Si Marcus no asesinaba a Eva, no lo haría nadie. No, tenía que salvarla. Era lo que quería. Quería salvar a Eva Katz. ¿Era por venganza? ¿Quería vengarse de Trane? ¿Por eso estaba Eva en el aire, en sus

pulmones?

Barrio de Vesterbro

20.30

No era un cibercafé, sino más bien una salón de juegos, pero a esas horas tendría que contentarse con lo que había. Además era barato. Una sonrisa al hombre de aspecto indio sentado tras el mostrador había bastado, eso le había asegurado él, y además le había prometido una taza de café.

Estaba inclinada sobre el ordenador del rincón, explorando incesantemente la sala en busca de potenciales amenazas, sobre todo la puerta. ¿Quién entraba? ¿Tipos de aspecto militar? ¿Alguien que pudiera amenazarla? Lo único que vio fueron niños y adolescentes jugando a videojuegos y bebiendo colas.

Una cuestión no dejaba de atormentarla. ¿Había dejado algún rastro? No, estaba casi segura, pero no

se atrevía a comprar otro teléfono móvil, aunque no se registrara en ningún sitio. En cuanto llamara a alguien, a su padre, al médico forense, a cualquiera, se volvería vulnerable. A lo mejor tenían pinchados todos los números a los que podría ocurrírsele llamar. En cualquier caso, eso temía. Si así era rastrearían su número y a ella tal como habían hecho la última vez que introdujo el cargador de su teléfono móvil en el enchufe del hotel. Ellos. Quienesquiera que fueran. No, se mantendría alejada de los móviles. Nada de rastros electrónicos que pudieran conducir a ella. Pero tenía que saber más acerca de sus enemigos. ¿Cuántos eran? ¿Dos o más? ¿Qué fuerza tenían? A lo mejor le convenía asomar la patita, obligarlos a salir. ¿Y luego qué?

—¿Un poco de leche y azúcar? —preguntó el indio, y alzó una taza de plástico.

—Sí, gracias —dijo Eva.

El local estaba prácticamente a oscuras. Eva

miró la pantalla fijamente y trató de concentrarse.

—Muy bien —dijo para sí—. El ayudante de Rico.

¿Qué había dicho Rico? Que había descubierto algo muy grande. Y algo más: que tenía un ayudante devoto. Eva recordaba la palabra porque le había sonado rara en boca de Rico, anticuada. ¿Quién era ese ayudante? ¿Qué era eso tan grande? ¿Sabría el devoto ayudante algo acerca del enemigo de Eva?

Facebook: una fuente inagotable de datos personales. Quién eres. Quién te gustaría ser. Dónde estás. A quién conoces. Hacienda utilizaba Facebook. La policía también y las autoridades que perseguían a la gente que hacía trampa con el subsidio por desempleo. Facebook constituía una ayuda inestimable también para los periodistas. Ahora, todo aquello a lo que antes los periodistas se veían obligados a dedicar tres días lo descubrían en pocos minutos, por mucho que Lagerkvist pensara lo

contrario.

Eva entró en el perfil de Rico en Facebook. Cuatrocientos cincuenta y cinco amigos. Había estudiado periodismo en Århus. Sorpresa, pensó Eva, y retomó la búsqueda. Trabajaba en *Ekstra Bladet* desde 2005. «Le gustaban» un montón de cosas, entre otras Bruce Springsteen, el Liverpool Football Club, el sindicato de periodistas Dansk Journalistforbund, la revista *Ræson*, el Club Enológico de Copenhague, James Ellroy, John Fante, la editorial Ekstra Bladets Forlag y Save the Children. Había muy pocas fotos. Eva las examinó. En una Rico aparecía en una playa exótica de Chetumal, a saber dónde estaría eso. ¿Tal vez en México? Un par de fotografías del club de enología donde se lo veía bebiendo vino sentado a una larga mesa junto con otras seis personas.

«Muy bien», pensó, y cliqueó sobre la lista de cuatrocientos cincuenta y cinco amigos. ¿Sería el ayudante de Rico uno de ellos? Tal vez.

Probablemente. Eva contempló la lista con tantísimos nombres. ¿Podía descartar alguno? No estaba segura, pero acabó convenciéndose de que era poco factible que su ayudante se hallara entre los amigos de más de sesenta años. Probablemente tampoco entre los menores de veinticinco. No tenía ninguna pista para el resto. Sí, «devoto». Un ayudante devoto. Se trataba de una mujer. Eva estaba segura. Era más que una ayudante. De no ser así, nunca habría utilizado esa palabra. ¿Una amante? ¿Una novia? Un sencillo recuento le indicó que trescientos doce de los amigos de Rico eran hombres. Este filtro redujo la lista considerablemente. Pudo descartar a más de una tercera parte de los restantes debido a su edad. Rico no tendría una amante de más de cincuenta. No lo creía. Unas veinticinco eran demasiado jóvenes. ¿Cuántas quedaban? Eva examinó sus rostros. Tenía vistas a varias. Eran periodistas conocidas de los diarios y la televisión. También descartó a las que

arruinaría su carrera si las pillaban realizando algún acto criminal. ¿Qué más tenía? Sí, su aspecto. Algunas eran sencillamente demasiado poco atractivas para Rico, decidió. Otras no eran de la clase de mujer dispuesta a mantener una relación con él. Quedaban dieciséis. Eva estudió sus fotos, entró en sus perfiles, intentó imaginárselas con Rico. Otros dos descartes. Quedaban catorce. ¿Dónde vivían? Tres en Århus, una en Ålborg, dos en ciudades menores de la isla de Fionia y de Jutlandia. ¿Mantendría Rico una relación con una chica de Ålborg? No, era demasiado complicado. Quedaban ocho. Eva sintió la tensión en el cuerpo. Se estaba acercando. Realmente confiaba en su método. Naturalmente podía haberse equivocado en un sinfín de puntos, pero no lo creía. Ocho mujeres de edades comprendidas entre los veinticuatro y los cuarenta y siete años. Todas del área metropolitana de Copenhague, todas con un físico y un perfil que hacían que Eva pudiera imaginárselas como amantes

de Rico. Eva anotó los ocho nombres por orden alfabético. Abelone la primera, Vibeke la última.

Las buscó en Google. Abelone Ørum. Solo había una con ese nombre en Copenhague, cocinera en un restaurante de pescado del barrio de Frederiksberg. No era el perfil más evidente de una experta en telefonía. La siguiente: Anna Brink. Jurista. Trabajaba en la Universidad Técnica de Dinamarca. Tal vez. Siguiendo: Beatrice Bendixen. Nada. Erika...

Eva vaciló. Beatrice Bendixen. El nombre se resistía a desaparecer de su cabeza. ¿Era alguien a quien conocía? ¿De la facultad? Beatrice Bendixen. No, nada. Estaba casi segura.

El club del vino. ¿Por qué se acordaba de eso ahora? En las fotografías del club del vino al que Rico pertenecía... Volvió a entrar en su perfil de Facebook, miró otra vez las fotos. Encontró la de los seis amantes del vino alrededor de una mesa. Pasó

el cursor por la fotografía para que los nombres de los participantes aparecieran uno detrás de otro. Beatrice Bendixen. Allí estaba. ¿Había visto su nombre la última vez que había entrado? Tal vez. Eva no lo recordaba. Pero seguramente se había fijado en él inconscientemente. ¿Por qué? Miró la fotografía apenas un instante y supo la respuesta: porque se miraban en la foto. Rico y Beatrice. Contacto visual. No una mirada cualquiera. Allí había algo. ¿Enamoramiento? ¿Atracción? No podía descartarlo. Sobre todo en ella, por sus ojos, por la manera en que ladeaba la cabeza levemente. Sentía admiración. Era guapa: melena larga y negra, pómulos altos, piel lisa y fina que la hacía parecer más joven de lo que era. Eva la encontró en Facebook. Bachillerato en el Instituto de Christianshavn, graduada en 1990. Domicilio en el centro de la ciudad. Casada con Jørn Albæk. Nada acerca de su trabajo. Nada que pudiera justificar que sabía algo sobre telefonía. «¡Mierda!», pensó. Nada.

Nada más allá de un físico atractivo y... Jørn Albæk. Lo buscó en Google. Contratista. Una entrevista para una revista de empresa dos años atrás. Archivo PDF. Eva ojeó la entrevista. Iba sobre conciliar la vida familiar con doscientos días al año en Malasia y Singapur. «Se trata de confianza y respeto», rezaba el titular. Doscientos días, pensó Eva. Más de la mitad del año lejos de su bella mujer que pasaba algunas noches en un club de enología con Rico.

Eva lo presentía. Ahí había algo. El último rastro de duda se esfumó cuando encontró a Beatrice en LinkedIn. «Trabaja en la compañía de telefonía TDC».

Hospital del Reino

22.30

Marcus se detuvo un instante, se restregó la cara. Se sentía aturdido, en un mundo desdibujado lleno de medicamentos, de las sustancias que le habían inyectado y lo obnubilaban. Le sangraba la mano, allí donde había llevado el gotero antes de arrancárselo.

—RIG363 —murmuró. Sabía lo que tenía que hacer: llegar a la puerta y abrirla, empujándola, no con el pie, que le dolía, sino con el hombro; sentarse frente al ordenador. Encontrarla.

—¿No deberías estar en la cama?

¿De dónde había salido? De pronto estaba allí. Sonriente, amable, pero con una mirada que le exigía una respuesta.

—Solo quería...

—Ahora te ayudo a volver a tu habitación —dijo la enfermera, y se acercó a él.

—Ya puedo yo. Solo quería estirar las piernas.

—Ahora tienes que dormir —insistió la enfermera—. ¿En qué habitación estás?

—Allí, allí —respondió, e hizo un gesto con la cabeza pasillo abajo—. Justo allí.

—¿Y crees que podrás?

—Sí.

—Bien. Pues entonces buenas noches —dijo la enfermera, y lo siguió con la mirada unos largos segundos en los que Marcus se concentró en andar de la forma más normal posible, sin mostrar ninguna señal de dolor ni de confusión, pensando que tenía que irse, que debía desaparecer cuanto antes.

Marcus oyó sus pasos. Se fueron apagando

lentamente. No se volvió, siguió avanzando hacia la rendija de luz.

Una puerta entreabierta. Un cambio de escenario. La abrió, entró, se quedó un instante sin saber muy bien por qué estaba allí. Pensó: «RIG363». Volvió a pensarlo una y otra vez, luego se acercó al ordenador encendido; tal vez fuera la única luz que había allí dentro, una pantalla, una ventana, un sitio por donde mirar, para ver, ver dónde estaba para encontrarla y salvarla. Se sentó delante de la pantalla. «Contraseña». Escribió: «RIG363». Pulsó «intro» y entonces... nada. ¿Por qué? ¿Qué faltaba? Un *login*. ¿Cuál? De cuatro letras. Lo veía. Las cuatro casillas vacías que parpadeaban, un corazón que latía. ¿El suyo? Lo oía. Veía las casillas vacías. Letras que faltaban, o números. No, letras, ¿tal vez iniciales? No, no había solo dos, sino cuatro. Miró a su alrededor. Nada. Salió del despacho. Echó un rápido vistazo a la puerta. «Jefe médico Johannes Frausing», ponía. Marcus volvió a entrar en el

despacho. Johannes Frausing. Marcus pensó en las contraseñas y los códigos ID que todos los soldados del Ejército tenían. Siempre estaban compuestos por las dos primeras letras del nombre y del apellido. Escribió JOFR en las cuatro casillas vacías debajo de la contraseña, le dio a la tecla «intro» y esperó. Y ante sus ojos se abrió un mundo nuevo. Uno más, pensó. Pacientes, sus expedientes. Solo faltaba un *clic* y estaría dentro.

«Número de identificación personal». «Nombre». No sabía su número de identificación. Tendría que bastar con el nombre, poco habitual. Lo tecleó y en ese momento le pareció que nunca había oído un nombre más bello que aquel: Eva Katz.

Una breve historia clínica, lacónica. Le habían realizado una revisión ginecológica preventiva para descartar cambios celulares en algún momento en la década de los noventa. La píldora anticonceptiva. Daba igual, no tenía que escribir su biografía. Pasando al presente. Marcas de estrangulamiento en

el cuello. Lesiones por golpes o patadas en varias zonas del cuerpo. Violencia. Más abajo: tratada por Boris Munck. El médico que la había ayudado, el médico que había visto con quién había estado, a la mujer que la escondía. ¿La mujer la había acogido en su casa? Sí. Era probable. Y era a quien debía encontrar. Pero antes tendría que encontrar a Boris Munck, hablar con él, conseguir que hablara.

Barrio de Amager

23.07

Era arriesgado pero necesario. Avanzaba a tientas: tenía que conseguir sacarlos de su madriguera. Ese era su plan. Saber lo cerca que estaban. Lo fuertes que eran, a cuántos se enfrentaba. Conoce a tu enemigo. Todo aquello de lo que le había hablado Martin. El cajero automático estaba en la esquina de Amagerbrogade con Amager Boulevard y había sido elegido escrupulosamente, sería su instrumento para testar el poder y los conocimientos del enemigo. Sabía que eran capaces de rastrear teléfonos. Pero hoy en día había mucha gente que podía. Lagerkvist había hablado del magnate mediático australiano Rupert Murdoch. Los periodistas de los diarios de Murdoch habían realizado escuchas telefónicas, incluso habían intervenido los teléfonos de la Casa Real británica.

Eran puras menudencias. Hasta allí llegaba. ¿Sus enemigos tenían acceso a algo más? ¿A las cámaras de vigilancia de la calle? ¿A los datos de las tarjetas de crédito? Cosas así.

Pasó por delante de Christianshavns Vold. Vio las siluetas de los oscuros árboles, la superficie oleaginosa del lago. Era su lugar. Era allí donde tenía pensado apostarse, en un punto entre los árboles con vistas a Amager Boulevard, oculta en la oscuridad. Llegarían desde el centro de la ciudad, supuso. Si es que venían.

Una chica rubia estaba sacando dinero del cajero. Eva no quería arriesgarse a que se viera involucrada en algo, así que esperó pacientemente hasta que desapareció del todo de su campo de visión para quitarse la peluca e introducir la tarjeta en la máquina. Se oyó un pequeño chasquido cuando el cajero se la tragó. Eva sacó doscientas coronas y se las metió en el bolsillo. Procuró colocarse justo delante del cajero, a la luz de una farola, ladeando la

cabeza levemente en dirección a la cámara de vigilancia. Se quedó así unos diez segundos, con el rostro vuelto hacia la cámara, mientras se tomaba su tiempo para meterse el dinero y la MasterCard en el bolsillo. «Muy bien», pensó. Tendría que bastar. Si podían hacerlo ya la habrían visto. Había llegado la hora de hacer otra cosa: salir de allí cuanto antes.

Echó a correr por donde había venido, en dirección a la fortificación. Solo tardó un par de minutos. Se metió entre los árboles. Allí se quedó esperando, jadeante. Advirtió casi enseguida que era un mal lugar, y peligroso. Si pretendía asegurarse unas buenas vistas sobre la calle corría el riesgo de quedar al descubierto. Una escena terrorífica cruzó por su mente: la perseguían por el parque, la alcanzaban en algún lugar, en la oscuridad, no había nadie que pudiera oír sus gritos. Un disparo en la cabeza, su cuerpo hundiéndose en las aguas cenagosas del lago. Desaparecida.

Otra posibilidad se elevaba hacia el cielo.

Enfrente estaba el hotel SAS, uno de los edificios más altos de Copenhague. ¿Por qué no lo había pensado antes? El bar de la última planta. Había estado allí antes. En otra vida. Sí, esa sería su atalaya. Su puesto de vigilancia.

Cruzó la calle y luego el aparcamiento en dirección a la entrada del hotel. El presidente chino había estado hospedado allí recientemente. Por lo visto había dispuesto de toda una planta para él solo. Eva no necesitaba una planta entera, solo un descubridor. Entró en el vestíbulo entre jadeos. Un mundo de espejos, cristal y acero. Todos los recepcionistas se parecían y sonreían mecánicamente cuando se metió en el ascensor y pulsó el botón de la planta veinticinco. Pocos segundos más tarde entró en *The Dining Room*, la versión de Copenhague de *Windows on the World* del World Trade Center antes de que ese se viniera abajo. Gente guapa a su alrededor. Ropa cara, botox en los labios, manos cuidadas y una mezcla de

muchos perfumes. Se acercó a la ventana, miró afuera. Un camarero que estaba despejando la mesa que tenía al lado le preguntó si quería tomar algo.

—Ahora mismo —dijo Eva— solo quiero disfrutar de las vistas un momento.

—Por supuesto.

La versión viva de Google Earth se extendía ante sus ojos. Solo le faltaba la función de *zoom*. El cielo estaba completamente despejado. La luna estaba muy baja, el cielo no acababa de decidir si quería ser azul oscuro o negro. Miró hacia la calle buscando a sus enemigos, si es que todavía seguían allí, los coches que pasaban por Amager Boulevard. No había gran cosa que ver. Los había sobrevalorado. Mejor eso que lo contrario, se dijo. Claro que no tenían acceso a esas cosas. Solo lo tenía la policía. Eso fue lo que le dio tiempo a pensar antes de ver unos cristales tintados. A pesar de la gran distancia no tuvo ninguna duda. Negro, amenazador, el coche

pareció deslizarse furtivamente por el puente de Langebro. Le recordó a Eva un reptil o la sombra de un tiburón que nadaba justo por debajo de la superficie, con rumbo fijo hacia su presa. Al instante siguiente apareció otro a gran velocidad, adelantando coches, en sentido contrario. Aparcaron frente al banco. Eva los vio bajarse de los coches. La imagen era borrosa pero lo bastante nítida como para saber que eran ellos. Eran tres, tres sombras, tres en cada coche. A lo mejor estaban discutiendo. «¿Qué ha sido de ella? Si vosotros cogéis por Amagerbrogade, nosotros nos dirigiremos hacia el centro». Sí, volvieron a subirse a los coches. Volvieron sobre sus pasos en dirección a... ¿ella? ¿Sabían dónde estaba? Eva miró hacia el ascensor. ¿Cómo podía bajar? ¿Había escaleras o solo tenía la opción del ascensor? «No, tranquila», pensó, y volvió a repasar mentalmente la llegada al hotel. ¿Los recepcionistas? ¿Formaban parte de ese tinglado? No, imposible. ¿Alguien más la podía

haber visto? ¿Las cámaras?

Sin embargo, los coches pasaron de largo. Cruzaron Langebro en dirección al centro. Mientras bajaba en el ascensor volvió a pensar en tiburones. Ahora sabía que estaban allí, justo debajo de la superficie. Se trataba de no echar más sangre al agua.

Hogar para mujeres

23.59

Había alguien en la habitación. Lo notó aún dormida, apartó el edredón y buscó a tientas el interruptor. Encendió la luz. Estaba sola.

Qué extraño. Hubiera jurado que estaba inclinado sobre ella. El de los bellos ojos, ese al que tanto le hubiera gustado poder creer cuando le dijo que le esperaban otros papeles mejores, el papel protagonista de una vida bella.

Se incorporó. Escuchó. El hogar para mujeres estaba saturado de ruidos por la noche, había que acostumbrarse a ello. Algunas mujeres lloraban cuando se apagaban las luces, naturalmente que sí. Su situación era desesperada. Huían de unos hombres que querían matarlas. «Debería ser al revés —pensó—. Debería haber hogares para hombres,

casas enormes, gigantescas, llenas de miles de hombres huyendo de unas mujeres que querían matarlos a ellos». Eva encendió un cigarrillo y abrió la ventana. Dio una profunda calada, si no por otro motivo al menos para acortar su miserable vida. Recordó, volvió a pensar en su perseguidor. En la noche en que fue atropellado por un coche. La noche en que podía haberle disparado fácilmente. ¿Por qué no lo hizo? Ella corría por la calzada. Había mirado atrás, había visto su semblante en el mismo instante en que supo que lo atropellaría el coche. La había mirado desvalido, como un niño. A lo mejor había muerto. Pero había otros, Eva lo sabía: el hombre de la iglesia que le había pedido que se fuera, el otro que había estado en su casa. Los tiburones.

Arrojó el cigarrillo por la ventana. Sacó el papel. Leyó: «Lugar del crimen. El ayudante de Rico: ¿el que sabía lo que escondía el teléfono? Malte: ¿testigo del crimen?».

Añadió: «Cuadro. ¿Metternich? ¿Barbara von

Krüdener? Las dos flechas. ¿Qué significa?». Una idea le vino de pronto a la cabeza. ¿Por qué no le solicitaba al agente inmobiliario una visita a la casa de Brix, tal como animaba a hacer en la parte inferior de su oferta? ¡Claro! Saltaba a la vista. Al fin y al cabo había que vender la casa, tendrían que haberlo hecho incluso antes de la muerte de Brix, y ahora era aún más urgente.

El destartado ordenador en el comedor del hogar para mujeres olía a lágrimas, a sal. Allí se habían sentado mujeres a llorar año tras año mientras leían sus correos electrónicos o examinaban sus cuentas bancarias para concluir que sus vidas eran una mierda. Primero las habían golpeado sus maridos y, tras la huida, los hombres seguían su interminable campaña, persiguiéndolas físicamente, digitalmente, escribiéndoles correos electrónicos llenos de odio, retirando el dinero de las cuentas, difundiendo mentiras.

La Red. La página web del agente inmobiliario.

Eva dejó que el cursor planeara sobre «solicitar visita» unos segundos, nervioso, trémulo; no se apreciaba, pero miles de impulsos recorrían la mano de Eva y se propagaban al ratón. ¿Estarían vigilando quién solicitaba una visita? No. Era una locura. «No te vuelvas paranoica por mucho que te persigan».

Clic. «Cita concertada para el domingo a las 17 horas». ¿Al día siguiente? Sí, 14 de abril. Casilla nueva. «Nombre». «Dirección». Eva se hizo pasar por una tal Birgitte que vivía en Nørrebrogade, y apretó «enviar».

14 de abril

Centro de la ciudad

09.30

La cabina telefónica olía a orina. Eva llamó al médico forense mientras contemplaba el portal del edificio donde vivía Beatrice Bendixen, la devota ayudante de Rico.

—Hans Jørgen —dijo el médico forense con impaciencia. La muerte no se hace esperar, parecía decir su tono de voz.

—Soy yo —dijo Eva, y se apresuró a añadir—: No utilicemos nombres por teléfono.

—Un segundo —dijo él.

Eva oyó que dejaba el teléfono sobre la mesa y cerraba una puerta en algún lugar.

—Ya estoy aquí.

—¿Has descubierto algo?

—Sí. ¿Podemos vernos?

Eva vaciló. ¿Estaba compinchado con ellos?
¿Podía fiarse de él?

—Sí.

—Acabaré a eso de las once y media.

—¿Mismo lugar que la última vez?

—No. Tendrá que ser en el Instituto Anatómico Forense.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Hans Jørgen Hansen se rio, y su risa tuvo un efecto tranquilizador en ella—. Porque mi instrumental está aquí, maldita sea —gruñó.

—De acuerdo —dijo Eva, y colgó.

Eva hizo acopio de valor. Cruzó la calle y se acercó al número veintidós. Leyó los nombres en el portero automático. Tercer piso. Pensó que también podía quedarse donde estaba, esperando a que

Beatrice saliera a tomar el sol primaveral.

—¿Hola?

La voz de un niño en el portero automático.
¿Cuándo había tomado Eva la decisión de llamar?

—Sí, hola. ¿Está Beatrice en casa?

No hubo respuesta, solo el sonido de la cerradura de la puerta deslizándose con un pequeño suspiro electrónico.

Antes de subir las escaleras pensó: «No puedo dejar rastro por el camino; ahora soy un submarino, sumergido, invisible».

—Buenos días.

Eva bajó la mirada al cruzarse con un alegre vecino.

—Buenos días —masculló.

Un piso más. La puerta estaba abierta. Sonidos histéricos de dibujos animados en el interior del

piso. Beatrice Bendixen apareció en la umbral con semblante asustado. Miró a Eva.

—¿Beatrice?

—¿Te conozco?

—Se trata de Rico —le dio tiempo a decir a Eva antes de que apareciera una niña al lado de su madre.

—¿Quién es? —preguntó la niña.

—Vete un momento al salón, por favor, cariño. Dos minutos.

Al irse, la niña la miró por encima del hombro con manifiesta curiosidad. Beatrice intentó aparentar desconcierto, confusión, pero era una pésima actriz.

—¿Rico? ¿Qué Rico?

—Déjalo, Beatrice. No estoy aquí para destrozarte la vida, pero tenemos que hablar.

Beatrice miró a Eva de arriba abajo y luego

hacia la puerta del salón.

—¿Quieres que hablemos fuera? —le dijo Eva con discreción, casi susurrando.

Eva esperó en la acera, frente al edificio. Se subió el cuello de la chaqueta. Había demasiados coches, demasiada gente que podía verla. Al poco tiempo apareció Beatrice.

—Solo dispongo de cinco minutos —dijo, y añadió—: Los niños están solos.

—Iremos a la catedral —dijo Eva—. Sígueme, pero no demasiado de cerca.

Cruzaron la calle. La catedral estaba a unos cien metros calle abajo, frente a la iglesia de Sankt Petri. ¿Por qué habían construido dos iglesias tan cerca la una de la otra?, le dio tiempo a pensar a Eva antes de bajar la cabeza y entrar. El organista estaba calentando. El culto divino empezaría al cabo de media hora. Apareció Beatrice. Eva se retiró al

pasillo lateral, donde se hallaban las grandes estatuas de los apóstoles. Desde allí podía controlar quién entraba y salía.

—¿De qué va todo esto?

Beatrice estaba enfadada, o manifiestamente aterrorizada.

—¿Sabes que Rico ha muerto? —dijo Eva finalmente.

—¿Y? Apenas lo conocía. Simplemente estábamos en el mismo club de vinos.

—Hace un momento ni siquiera lo conocías.

—¿Eres periodista?

—Sí.

Beatrice cogió aire.

—Aquel día le diste cierta información, justo antes de que lo asesinaran —dijo Eva.

—No. No sé de qué me estás hablando.

—Beatrice, esa información provocó su muerte.

Beatrice cabeceó.

—De verdad, no sé de qué me hablas.

—No se trata de vuestra aventura amorosa —la interrumpió Eva, y pensó en Lagerkvist, en su doctrina sobre la sabiduría: «la gente solo se presta a hablar con un periodista si este ya tiene toda la información de antemano»—. No se trata ni del club del vino ni de tu marido que está de viaje doscientos días al año. No se trata de todas las solitarias noches que pasas en casa echando de menos una vida normal, una vida con un marido que no esté siempre fuera. —Eva vio lágrimas en los ojos de Beatrice, tal vez por eso le cogió la mano y le dio un leve apretón antes de hundir el cuchillo hasta el mango—: Cualquiera se puede enamorar, Beatrice, sobre todo si está sola con dos hijos. Lo comprendo perfectamente. Y Rico era sin duda un hombre

atractivo.

Beatrice bajó la mirada. Eva todavía sostenía su mano entre las suyas. Una lágrima dio contra el suelo de la iglesia, allí donde Eva oficiaba de sacerdote ese día, escuchando la confesión de una mujer.

—Mírame.

Beatrice la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No pretendo destrozar nada —dijo Eva—.

¿Lo comprendes?

Beatrice asintió con la cabeza.

—Pero tengo que saber qué información le diste a Rico antes de que lo asesinaran.

Beatrice se enjugó las lágrimas con la mano que tenía libre, miró al techo, un solitario «joder» escapó de sus labios antes de rehacerse.

—¿Mi vida corre peligro?

—Si estaban dispuestos a matar a Rico debemos suponer que están dispuestos a cualquier cosa.

Beatrice reflexionó largamente antes de decir:

—¿Cómo lo descubriste?

—Rico me lo contó antes de que lo asesinaran.

—¿Te habló de mí?

—Sí. No mencionó tu nombre, pero lo deduje.

—¿Cómo?

Eva la miró.

De pronto sonó el teléfono de Beatrice. Consultó la pantalla.

—Es mi marido —dijo con tristeza, como si en breve todo fuera a acabar—. Tal vez debería acudir a la policía en lugar de hablar contigo.

—Si pueden ayudarte... —dijo Eva.

—¿Qué quieres decir?

—Acudí a ellos. Les conté lo que pienso: que Brix fue asesinado, igual que Rico. Que Rico fue asesinado porque estaba investigando la muerte de Brix. No me creyeron.

—Creía que era un asunto de bandas.

—Eso es lo que dice la policía. Beatrice, escúchame, tengo que saber qué le contaste a Rico. Es nuestra única esperanza. La única posibilidad de que esto se resuelva. De que sean castigados los culpables.

Beatrice volvió a titubear.

—Rico quería información del teléfono de Brix —dijo por fin.

—¿De Brix? No lo entiendo.

—Había desbloqueado el teléfono de su hermana, ¿no es así?

—Sí.

—Había un mensaje de él. Rico vio su número de teléfono. Se puso en contacto conmigo.

—¿Por qué?

—Porque trabajo en la compañía de telefonía de la cual Brix era abonado.

—¡Qué suerte! —dijo Eva, y se dio cuenta al instante de que había metido la pata. Rico yacía en una cámara refrigerada con un agujero en la frente.

—No seamos ingenuas —dijo Beatrice, herida.

—¿A qué te refieres?

—No importa la compañía de telefonía que hubiera sido. Rico siempre habría conocido a alguien de dentro. Él era así. Por eso me buscó. Me utilizó, y yo lo utilicé a él. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pero es ilegal. ¿Lo entiendes?

—Pero tú ya le habías echado una mano otras

veces —dijo Eva con aplomo, y de pronto vio cómo se desarrollaba una pequeña historia ante sus ojos: una historia sobre una mujer insegura y bella que estaba sola y que se había dejado utilizar por Rico; una mujer que le daba información mientras él, a cambio, le arrojaba un poco de polvo de estrellas desde la redacción y le concedía algunos momentos de cercanía, momentos en que ella no se sentía sola en el mundo.

—Le dije que no quería hacerlo.

—Por supuesto.

—Que era la última vez —dijo Beatrice en voz alta, al tiempo que el organista soltaba las teclas. La repentina suspensión de la música hizo que sus palabras se alzaran por encima de los ruidos en la iglesia, como si fuera la última frase de una prédica.

Una mujer mayor se volvió y las miró a ambas.

Eva bajó la voz.

—¿Qué era lo que quería saber Rico?

—Las llamadas entrantes y salientes de la línea de teléfono de Brix.

—Con quién estuvo en contacto.

—Así es. Todo lo que pude encontrar de la noche en que murió.

—¿Qué encontraste?

—No tenía acceso a sus SMS. Para eso tenía que pasar por mis jefes, están muy protegidos.

—Pero ¿entonces qué?

—La única información a la que tenemos acceso en nuestro departamento son los números a los que llamó. Son los datos que utilizamos cuando los clientes sostienen que sus facturas están equivocadas. Resulta muy cómodo poder probar que la gente ha llamado a líneas calientes que salen muy caras si de pronto les falla la memoria. También podemos consultar las coordenadas GPS.

—¿Cómo?

—Ayudamos a localizar los teléfonos robados o extraviados. Esa clase de cosas.

—¿Y qué descubriste?

—Que según las coordenadas, Brix apagó su teléfono en un lugar determinado de Copenhague y que no lo volvió a encender hasta que llegó al bosque, aproximadamente ocho horas después.

—¿Eso es todo?

—¿Con qué frecuencia apagas tu teléfono?

—No lo sé.

—¿Cuando te subes a un avión?

—Sí.

—¿Brix se subió a un avión?

—No, estuvo...

Eva se atascó. Las preguntas y los pensamientos

se agolpaban en su cabeza. ¿Qué era lo que le había llamado tanto la atención a Rico? Por qué era tan importante para él que Eva lo supiera. Un teléfono apagado, que sigue apagado durante muchas horas. Un hombre que recibe un disparo en la cabeza.

—¿Recuerdas las coordenadas?

Beatrice escudriñó el rostro de Eva.

—Venga, Beatrice. Rico ha sido asesinado. Es importante.

Beatrice sacó su teléfono del bolsillo.

—Se las envié por mail. ¿Tienes algo con qué apuntar?

Eva rebuscó en su bolso desmañadamente; encontró el bolígrafo, pero seguía sintiéndose como una aficionada.

—Sí.

Beatrice apuntó las coordenadas.

—¿Dónde es eso?

La puerta se abrió a su espalda.

—No tengo ni idea. Los niños están solos —dijo Beatrice.

Eva asintió con la cabeza. Por un instante tuvo ganas de abrazarla, de consolarla, de decirle que todo volvería a estar bien.

Calle de Fredericia

11.45

«¡Todo es tan complicado!», pensó Eva cuando llegó a Fredericiagade, el punto geográfico correspondiente a las coordenadas que le había dado Beatrice Bendixen, no muy lejos de un café, el Café Óscar. ¿Había dado cuenta de su última comida allí, de su última copa de vino? ¿Había salido del restaurante, echado la cabeza hacia atrás y disfrutado de los últimos rayos de sol del día?

Eva volvió a comprobar los números: sí, estaba en el lugar correcto. ¿Por qué Rico se había mostrado tan eufórico? Eva echó un vistazo a las tiendas de alrededor. Casas de alfombras. Anticuarios. Muebles antiguos. Una joyería. Nada que pudiera relacionar con Brix. «Pero, ¿por qué precisamente aquí? —se preguntó Eva—. ¿Por qué decidió Christian Brix cortar la conexión con el

mundo exterior precisamente en este lugar?».

Cruzó la calle. Se metió en los portales para verificar las placas de las puertas. ¿Una editorial de literatura infantil? Poco probable. ¿Una agencia de modelos? Tal vez. Las mujeres bellas y las muertes repentinas siempre habían encajado bien. ¿Un bufete de abogados? Podía ser. Sí, era una posibilidad. Miró el letrero de latón que hacía todo lo que podía por transmitir que se trataba de una empresa tanto con solera como con músculo: «Bufete de abogados Classens ApS». Sin duda Brix era un hombre que a menudo necesitaba abogados. Los enemigos siempre siguen la estela de la opulencia y el poder. Alguien a quien hemos pisoteado, alguien que se ha sentido engañado, alguien que va detrás de nosotros. «Sí, en el fondo los abogados fueron puestos en el mundo precisamente con este objetivo», pensó Eva. Para ayudar a la gente acomodada a mantener los problemas a raya. Pero ¿por qué apagó el móvil antes de reunirse con su abogado? Durante tantas

horas. ¿Y por qué se reunió con su abogado a esas horas de la noche? No. Eva volvió al café y observó a los hombres que entraban y salían. Trajes caros, barrigones, bellas mujeres que sobre todo estaban de florero. A lo mejor un camarero había visto algo, había presenciado una discusión, una conversación telefónica subida de tono. Si Lagerkvist hubiera estado allí en ese momento, le habría dicho a Eva que verificara todos los nombres y establecimientos, los cotejara con viejos amigos, compañeros de estudios y amantes de Brix. La sola idea le resultó descorazonadora. Entró en el café y no tuvo más que pronunciar el nombre de Christian Brix para que el camarero se apresurara a sacudir la cabeza enérgicamente.

—Estuvo aquí hace un par de días —dijo Eva, y quiso enseñarle una foto de Brix en su teléfono.

—¿Ha reservado mesa? —preguntó el camarero.

—No, pero...

Eva se distrajo con el sonido de tambores, flautas y botas contra el asfalto. Se volvió y miró hacia la calle. Subían desde la plaza de Kongens Nytorv. Era el desfile de los soldados de la Guardia Real, con sus gorros de piel de oso, sus botas lustradas y sus instrumentos musicales.

Salió a la calle. Contempló el enjambre de turistas que lo seguían, a los niños que luchaban por subirse a los hombros de sus padres. Eva fue al encuentro de la muchedumbre. Miró atrás. Fredericiagade. «Llega hasta allí en coche. Aparca, apaga el teléfono». La pomposa marcha militar se acercaba. Eva tomó por Bredgade. Siguió a la Guardia Real cuando esta dobló a la izquierda al llegar a Frederiksgade, entró en la plaza del castillo hacia la estatua de Federico V, entre los cuatro palacios. La Iglesia de Mármol estaba a su espalda; al otro lado de las aguas del canal se erguía la Ópera. Poder. Sí. Brix había aparcado en Fredericiagade, una modesta callejuela, pero una de

las posibilidades más cercanas para encontrar aparcamiento si lo que pretendía era entrar en palacio.

—Apagó el teléfono después de aparcar el coche —dijo Eva en voz alta para sí, a sabiendas de que la música ahogaría sus palabras—. Y entonces entró en el palacio. Unas horas más tarde estaba muerto.

Hospital del Reino

12.07

Sus efectos personales se reducían a una cartera y un iPhone que estaban en el cajón de la mesita de noche. La ropa, que probablemente pertenecía a otro paciente, la encontró en la habitación de al lado. No era demasiado elegante, pero le quedaba más o menos bien, y al menos no estaba llena de sangre ni desgarrada. El dolor le dificultaba la tarea. Sobre todo tuvo problemas con los pantalones. Le costaba doblar la pierna izquierda, a lo mejor el coche lo había golpeado por este lado, ¿o fue sobre el que aterrizó cuando el vehículo lo lanzó por los aires? Pero no tenía nada roto, se consoló, y si se sentaba en el borde de la cama y se apoyaba en el cabecero y pensaba en algo bueno, en una imagen de su infancia, en el día que le compraron su primer uniforme de explorador color azul oscuro con el

pañuelo, en los ojos de su padre; si pensaba en ello conseguiría apartar el dolor y levantarse. Ahora. Arriba. De vuelta al pasillo. Tocaba buscar a Boris Munck, estuviera donde estuviera. La única persona que podía ayudarle. Boris Munck.

Se metió en el ascensor y apretó un botón al azar. Apenas recorrió unos metros; se bajó en la planta de abajo o la de arriba, daba igual, no importaba a qué pasillo saliera. El Hospital del Reino estaba lleno de pasillos y todos daban lo mismo; solo había dos cosas importantes, no solo una: tenía que encontrar a Eva y salvarla. Pero antes tendría que encontrar al médico que la había tratado, que lo conduciría hasta...

El camillero venía hacia él. Era un tipo fornido de barba cerrada.

—¿No conocerás por casualidad a un médico que se llama Boris Munck? —le preguntó Marcus.

—¿Aquí, en el Departamento de Neurología y

Anestesia?

—Es médico.

—Me temo que tenemos unos cuantos. Tal vez deberías probar en recepción.

Tenía que volver sobre sus pasos. El ascensor lo llevaría hasta allí directamente.

Había dos hombres sentados tras el mostrador. Uno hablaba por teléfono, al fondo; el otro, un tipo joven, sencillamente parecía cansado.

—¿En qué le puedo ayudar? —dijo el joven, e intentó sonreír.

—Busco a un empleado del hospital. Boris Munck.

—¿Y está trabajando ahora mismo?

—En Urgencias.

—No lo creo, no tenemos Urgencias aquí. Tenemos un centro de traumatología, pero es para

heridos graves, accidentes de tráfico y cosas así. Si tienen que ponerte una tirita tienes que acudir a los hospitales de Hvidovre o de Frederiksberg, o llamar al médico de guardia.

—Tenemos una cita. Tiene que examinarme.

Se volvió hacia la pantalla y tecleó algo.

—¿Ha dicho Munck?

—Boris.

—Un momento.

—Sí. ¿Está?

—Un momento, he dicho. Sí, aquí lo tenemos. Estaba casi en lo cierto. De hecho es médico del centro de traumatología. Sección 3193.

—Gracias —dijo Marcus, y volvió hacia el ascensor.

Fælledparken

12.45

Eva dobló la esquina de Blegdamsvej y siguió en dirección al Instituto Anatómico Forense. No dejaba de mirar por encima del hombro. ¿La estaba siguiendo alguien? ¿La vigilaba alguien desde los coches aparcados a lo largo del bordillo? No, nadie.

—Calma —susurró.

Desde Fælledparken llegaba el olor a hierba y a primavera, el sonido de niños jugando a la pelota. El edificio parecía surgir de la nada, no era precisamente una visión alentadora: el ataúd más grande del país, una caja gris llena de cadáveres, un portal por el que, antes o después, tendrían que pasar casi todos los habitantes de Copenhague de camino a la eternidad o a la nada.

El médico forense la estaba esperando. La

recibió con un rápido apretón de manos.

—Hoy utilizaremos excepcionalmente la puerta de atrás —dijo—. Nos saltaremos un par de alarmas. Tengo algo que debes ver.

—Eso me dijiste.

Avanzaron en silencio. El sonido de suelas de goma contra el piso de piedra y los pequeños pitidos cada vez que el médico forense alzaba la tarjeta y se abría paso hacia lo más íntimo, hacia el corazón del instituto. Tuvo que detenerse un par de veces para introducir un código.

—¡Lo han convertido en un nuevo Fort Knox! —murmuró. Se detuvo y pulsó el botón del ascensor—. ¿Juegas al tenis?

—¿Qué? No.

—Es muy duro para las rodillas. Así que evito las escaleras.

—¿Qué es lo que me quieres enseñar?

—Por aquí.

Un nuevo pasillo. Despachos a ambos lados. Suelos de linóleo. Nada en las paredes. El médico forense saludó a un colega con el que se cruzaron.

—Aquí, en este rincón, tengo mis dependencias —dijo, y señaló.

La puerta estaba entreabierta. ¿Le habían tendido una trampa?

—Incluso es posible que con un poco de magia consiga un par de cafés. ¿Te apetece?

El forense abrió la puerta y entraron en el despacho.

Eva paseó la mirada por la gran habitación, casi cuadrada. A un lado, un escritorio; al otro, un tresillo. Estanterías con carpetas de anillas y libros.

—¿Estaremos seguros aquí? —preguntó Eva.

—¿A qué te refieres?

—A todo un poco. —Eva se encogió de hombros y se acercó a la ventana. Miró hacia la calle. ¿Había algún coche sospechoso allí abajo? ¿Algo que no estuviera como debería estar?

—Ahora te enseñaré una cosa —dijo Hans Jørgen, y encendió un aparato que había sobre la mesa. Una luz iluminó desde abajo algo que había sobre una placa de cristal. Eva no pudo evitar pensar en el retroproyector de su antiguo colegio de primaria.

—¿Qué es?

Eva se acercó. Ahora lo veía: los pedazos de cráneo estaban dispuestos uno al lado del otro, como piezas de un rompecabezas.

—Ha sido un arduo trabajo de ensamblaje. Pero lo niños se emplearon a fondo, hay que decirlo, no falta nada —dijo el forense—. ¿Te acuerdas de la bomba de Lockerbie?

—¿La bomba del avión?

—Creo que fue en 1988. Un Boeing voló en mil pedazos a una altura de casi diez kilómetros. Y luego los técnicos consiguieron volver a juntar el avión. Como parte de la investigación. Por lo que se dice, tardaron varios años. —La miró con un semblante ligeramente ceremonioso—. Ese es nuestro trabajo. Se tarda fracciones de segundo en desatar el infierno y un número insospechado de horas en volver a ponerlo todo en su sitio, en recoger las muestras.

—Aprecio tu trabajo —se apresuró a decir Eva.

—Hemos estado trabajando dos personas en ello. Primero lo juntamos todo a mano.

Recogió uno de los pedacitos de cráneo, con tal ligereza y desenfado que parecía que se tratara de un objeto cotidiano cualquiera. Y lo era, al menos para él.

—Luego escaneamos cada uno de los pedazos.

Los volvimos a juntar en el ordenador.

—Suena complicado.

El médico miró la pantalla de un ordenador y Eva se acercó aún más. Contempló la imagen rugosa, con zonas blancas y zonas oscuras. Ocupaba casi toda la pantalla.

—Parece la Luna —dijo Eva.

—¿Ves las manchas oscuras? —El forense se las señaló.

Eva estaba tan cerca de él que podía olerlo. Sudor, el cuerpo de un hombre mayor, rastro de desodorante de un día.

—Hay indentaciones en el cráneo —prosiguió—. Parece que haya recibido un golpe. Aquí ves una más, un poco más pequeña pero más profunda.

—¿Indentaciones?

—Eso es. Y aunque hay pequeñas

irregularidades que pueden ser innatas, estas marcas son inconfundibles. Le golpearon la cabeza con algo. Algo pesado.

—Pero si recibió un disparo —objetó Eva.

El médico forense no le hizo caso.

—Podría ser una herramienta, un arma, o a lo mejor chocó con algo. De hecho creo que se trata de esto último. —El médico forense amplió la imagen y miró la pantalla fijamente—. Yo diría que se cayó sobre algo. Estoy pensando en el ángulo. Si fue atacado con un objeto, este le golpeó de abajo arriba. Eso no lo haría nadie. No. Se cayó sobre algo. Se cayó o lo empujaron.

—¿Y esta conclusión se sostendría ante un tribunal?

—Desde luego. Algo le golpeó con mucha fuerza la parte posterior de la cabeza.

—¿Fue mortal?

—No puedo afirmarlo con certeza. Pero fue un objeto el que causó las marcas profundas en su cráneo. En cualquier caso, podemos realizar una impresión 3D de una parte del hueso craneal, y tal vez nos pueda decir qué causó estas marcas.

—Vas a tener que explicármelo.

—De cada uno de los pedazos del cráneo, los que muestran indentaciones, el ordenador nos puede decir la profundidad exacta de las marcas. No solo puede calcular la profundidad, también es capaz de determinar el ángulo exacto. Una impresora 3D es como una impresora normal. Se basa en el mismo principio, solo que más refinada e imprime en tres dimensiones, tal como indica su nombre. Puedes colocar, por ejemplo, una taza sobre la placa, y en un pispás la impresora crea una nueva taza de plástico duro. El único límite es la imaginación. Claro que en Estados Unidos ya hay quien ha empezado a imprimir armas de fuego. Armas que funcionan, que conste.

—O sea, que podrías...

—Hacer una impresión de la parte del cráneo donde aparece la marca del golpe. Mira —dijo, y señaló en la pantalla la hendidura del hueso—. Mi primera sospecha fue un pie de cabra. Pero no hay dos marcas sino tres, y algunas estrías en la zona exterior.

—Sí. ¿Qué es?

—¿Lo ves? Un triángulo. Casi.

Eva miró las tres manchas oscuras en la pantalla, el hundimiento, un cráter lunar.

—Son ángulos de más de noventa grados —dijo el forense, y retiró la silla un poquito de la mesa—. Escúchame. A estas alturas no estoy del todo seguro de lo que te voy a decir. No al ciento por ciento. Pero considera lo siguiente como, llamémoslo así, una hipótesis cualificada.

—¿De qué?

—Me imagino que nuestro amigo se ha golpeado contra un objeto capaz de dejar una marca como esta. Puede haberse caído o pueden haberle empujado, imposible determinarlo. —El forense señaló la marca y volvió a mirar a Eva—. No podemos descartar que haya muerto a causa del golpe, aunque lo más probable es que solo lo haya dejado inconsciente. Y luego...

Eva acabó la frase:

—¿Le disparan?

—Atravesándole la cabeza, sí. El cañón en la boca. *Pum*.

—Pero ¿por qué?

El médico forense se encogió de hombros. Eva volvió a examinar la pequeña marca triangular del cráneo.

—Las líneas de fractura relativamente largas podrían sugerir un golpe de cierta contundencia.

—Pero no crees que sea la causa de la muerte.

—No necesariamente. Las lesiones en el cráneo no son mortales en sí. Lo son las hemorragias internas que conllevan. Una hemorragia producida por un traumatismo por debajo de la duramadre.

—¿Qué más puedes decirme?

—Cuesta impresionarte —dijo el forense, y sonrió—. Una vez más: debes tomarte todo lo que te diga con cierta reserva, pero tal como lo veo yo, se disparó a sí mismo con...

—O pudo dispararle otra persona —lo interrumpió Eva—. Me refiero al cadáver.

—U otra persona, sí. Que tal vez le disparó cuando estaba mortalmente herido o ya muerto. En cualquier caso, alguien le metió el rifle de caza en la boca y apretó el gatillo. Utilizaron postas como munición, así que no se andaban con chiquitas. Munición prohibida, según recuerdo. Pero hemos

tenido suerte o, mejor dicho, tus chicos del bosque tuvieron suerte.

—¿Cómo?

—Al utilizar postas, el cráneo se partió en trozos relativamente grandes. Podría haberse roto en miles de pedazos.

—¿Qué otra munición se suele utilizar?

—Perdigones. Son mucho más pequeños.

—De acuerdo —dijo Eva, y se quedó un rato pensativa—. Es decir, que podemos deducir que a nuestro buen amigo aquí presente lo empujaron contra...

—No.

—¿No?

—No puedes llegar directamente a la conclusión que más te conviene —dijo el forense—. Limítate a los hechos. No podemos afirmar que lo empujaron.

—Muy bien. Entonces, ¿podemos establecer que se cayó o que lo empujaron?

—Mejor.

—Contra algo que produjo unas marcas en su cráneo y le causó hemorragias mortales en el cerebro. Y luego alguien le atravesó la cabeza de un disparo con un rifle de caza. ¿Con el fin de camuflar lo primero?

—Especulaciones.

—Si tú tuvieras que formularlo —dijo Eva—. Sin especular.

Inspiración profunda. El forense carraspeó como si estuviera sentado ante el juez.

—El difunto sufrió un golpe potencialmente mortal en el cráneo y posteriormente un disparo, realizado a dieciocho centímetros de la parte posterior del cráneo, que le causó una muerte instantánea.

—Muy bien. Perfecto. Solo hechos. Pero ¿cómo?

—Eso es cosa de la policía.

—Esta vez la policía no está de nuestra parte, Hans Jørgen —dijo Eva—. Así que especulemos juntos, ¿de acuerdo? Se cayó y luego ellos... No —se corrigió Eva—. Primero lo llevaron al bosque, y una vez allí le pegaron un tiro en la cabeza para que pareciera un suicidio.

Silencio. Al médico forense no le gustaba demasiado especular.

—¿Existen otras posibles opciones? —preguntó Eva.

—Que él... No.

—Que primero lo golpearon y luego, tal vez para librarse del dolor, se pegó un tiro en la cabeza.

Hans Jørgen negó con la cabeza:

—Pero ¿cómo se supone que llegó al bosque con

un golpe así?

—Se dirigió al bosque con la intención de suicidarse, pero una vez allí se cae y se golpea la cabeza. Luego lleva a cabo el suicidio con el rifle de caza.

—Es poco probable, teniendo en cuenta el fuerte golpe que recibió en la cabeza.

—Entonces, ¿estamos hablando de un asesinato camuflado como suicidio?

—No —dijo el médico forense.

—¿No?

—Las cosas no van así.

—¿Qué?

—Avanzas demasiado rápido —dijo, ligeramente irritado—. No puedes hacer conjeturas de esta manera a partir de la fractura de cráneo.

—¿Pudo deberse a un accidente?

—Exactamente. No lo sabemos. Más allá de que antes recibiera un golpe en la cabeza, pudo haberse caído.

—Primero recibió un golpe. Tal vez resbaló en una piel de plátano. Quizá lo empujaron, quizá se cayó en el baño. No lo sabemos. Pero luego alguien le pegó un tiro en la cabeza, ¿o qué?

El forense profirió un sonido con el que dio a entender que estaba de acuerdo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eva.

—En circunstancias normales intentaríamos encontrar el objeto con el que se golpeó la cabeza.

—Sí.

—Y hay bastantes posibilidades de que lo descubramos.

—¿Por qué?

—Como ya he dicho antes, recibió el golpe de

abajo arriba. Es decir, que cayó sobre algo. Seguramente algo estacionario. ¿Una mesa? ¿El alféizar de una ventana? Puede ser cualquier cosa, pero no algo de lo que resulte tan fácil desprenderse como un pie de cabra o un bate. Y con un modelo 3D del cráneo es probable que se pueda encontrar el objeto que encaja con las marcas del golpe. —El forense juntó los dedos para ilustrar cómo podían encajar dos cosas—. La única duda es si sabes dónde buscar.

—Sí que lo sé. Desgraciadamente.

—Voy a poner en marcha la impresora —dijo Hans Jørgen.

Barrio de Østerbro

13.30

La Casa Real. Pensó en ella al salir del Instituto Anatómico Forense. En lo poco que sabía de ella. De lo paradójico que resultaba que en líneas generales no supiera nada de ella aunque la familia real fuera con creces la familia más famosa y expuesta del país. ¿Qué sabía, en realidad? Sabía cómo se llamaban sus miembros y el aspecto que tenían. Sabía que vivían en Amalienborg y que...

No, Eva interrumpió sus pensamientos y achicó los ojos un instante para protegérselos del fuerte sol. ¿Realmente vivían en Amalienborg? La pareja soberana sí, desde luego, cuando no se hospedaba en el palacio de Marselisborg, en Aarhus, o en la finca vinícola en Francia, pero ¿y los príncipes y sus respectivas familias? El príncipe Joaquín y Marie debían de vivir en Møgeltønder. ¿Y Federico y

Mary? Sí, sabía que ellos vivían en Amalienborg. En su día, *Berlingske* publicó una serie de artículos sobre los artistas que habían decorado su piso en uno de los palacetes. Pero a lo mejor también tenían pisos en otros lugares. ¿Y las hermanas de la reina, Benedikte y Anne-Marie, dónde vivían? ¿Y qué hacían los miembros de la Casa Real en su vida cotidiana? Cuando no asistían a las cenas de gala con las demás familias reales ni cortaban bandas en inauguraciones ni daban la vuelta al mundo en compañía de representantes del empresariado, ¿qué hacían? Eva no tenía ni idea. ¿Cómo era su vida? ¿Estaban contentos o tristes? ¿Satisfechos o insatisfechos? ¿Trabajaban mucho o poco? ¿Quién decidía su jornada laboral? ¿A quién frecuentaban? ¿Cómo eran sus finanzas? ¿Tenía el príncipe heredero una cuenta normal en el Danske Bank? ¿Quién decidía cómo debía vestir?

Eva cruzó la calle y se detuvo en un quiosco. Permaneció un instante mirando la portada de la

revista *Billedbladet* en que la princesa consorte esbozaba su sonrisa bella y un poco fría. «En resumidas cuentas —concluyó Eva—, creemos saber un montón acerca de ellos; las revistas nos hacen creer que, de hecho, lo sabemos todo, pero nada más lejos de la verdad. No sabemos nada de la realeza. Prueba de ello son los rumores que permanentemente corren acerca de ella. El rumor surge precisamente cuando hay falta de transparencia. Cuando nadie, o solo unos pocos, realmente saben algo». Dejando aparte por un instante las imágenes propias de Walt Disney de los vestidos y los peinados que salían en las revistas, cabía más bien concluir que la Casa Real era terreno inexplorado, que el público en general conocía mejor la superficie de Marte que lo que sucedía en ella. Y a este terreno inexplorado, con Amalienborg como centro absoluto, llegó Brix la noche previa a su muerte. Era allí donde había pasado sus últimas horas. ¿Qué había sucedido aquella noche en palacio? ¿Quién había estado

presente? Y luego pensó: «¿Por qué no considerar la Casa Real como una especie de Vaticano danés? Un Estado dentro del Estado». Todo encajaba: el barniz pomposo, la historia, la falta de información.

El ser humano iba camino de convertirse en algo superfluo, pensó Eva al entrar en la biblioteca de Islands Brygge. Autoservicio de los domingos, ni la sombra de un bibliotecario a la vista. Y apenas nada de público. Saludó a un caballero de pelo canoso que estaba hojeando un diario. Una joven madre y su hijo pequeño leían libros infantiles en un sofá. Por lo demás, estaba sola. Una rápida búsqueda en el ordenador le indicó que encontraría las biografías de los miembros de la Casa Real en el grupo 99.4 y que los libros sobre historia de Dinamarca estaban en el grupo 96.

Primero las biografías. Las había de todo tipo: de políticos insípidos, jugadores de fútbol, jefes de bandas de motoristas. Por lo visto, no había tema insignificante. Y desde luego los biógrafos de la

Casa Real tampoco se reprimían. Había biografías de cualquier persona que a lo largo de la historia hubiera ostentado algo que pudiera parecerse remotamente a un título nobiliario. Reyes, reinas, príncipes y princesas. Duques y duquesas, condes, condesas, barones y baronesas. Eva escogió una biografía de la reina Margarita, otra del príncipe Enrique y un libro de entrevistas con el príncipe heredero que llevaba por título *Federico*, príncipe heredero de Dinamarca.

Se puso en cuclillas y los hojeó. Encontró un capítulo dedicado a las joyas y los vestidos de la reina. Otro a la decoración de Amalienborg. Constató rápidamente que la mayor parte de lo publicado era mera publicidad.

Notó que se le dormían las piernas y se incorporó. Se paseó un poco para que la sangre fluyera antes de encontrar su siguiente objetivo: los libros sobre la Casa Real desde una perspectiva histórica. Pasó los dedos por los lomos. Tenían

polvo. No se trataba precisamente de unos libros por los que hubiera que hacer cola. Escogió un par de los que parecían menos aburridos. Sonreía al caballero del pelo cano que en ese momento pasaba por su lado cuando su mirada cayó sobre dos volúmenes que estaban en la mesa contigua. Por sus títulos estaba claro que se trataba de libros críticos con la Casa Real. Hojeó uno de ellos. *Para qué necesita Dinamarca una Casa Real*, ponía en el lomo. El otro trataba de dinero. El título del primer capítulo era «¿Cuánto le cuesta realmente la Casa Real a la sociedad danesa?».

Eva se sentó en la sección infantil y empezó a hojear un par de libros de historia. El pequeño todavía escuchaba a su madre leerle en voz alta, pero parecía a punto de dormirse. Eva leyó aquí y allá. Sobre cómo las islas Orcadas y las Shetland pertenecerían en la actualidad a Dinamarca de no haber sido por Christian I, que en 1468 y 1469 empeñó las islas a modo de pago por la dote con

motivo de los esponsales de su hija. Sobre cómo la reina Luisa y la hija de Christian IX, la princesa Thyra, tuvieron un hijo ilegítimo con un oficial, y cómo, poco después, el rey le ordenó al oficial que se quitara la vida.

Había más anécdotas, un montón de escándalos directamente vinculados con la Casa Real danesa; historias que conocía muy poca gente y que, como un oscuro hilo, discurrían paralelamente a la versión de la Casa Real centrada en los bellos vestidos y las amplias sonrisas. «El lado oscuro de la Casa Real», pensó Eva. ¿Por qué a la gente no le interesaba? ¿Cuántos sabían que Christian IX, que era alemán, había estado a un milímetro de vender Dinamarca a la Confederación Germánica o que un sinfín de orates habían ocupado el trono de Dinamarca a lo largo de la historia?

Todo el mundo había oído hablar de la enfermedad mental de Christian VII. Pero ¿todo el mundo sabía que Federico VII era alcohólico y un

mentiroso patológico, que a lo largo de toda su vida había estado de gira permanente con embustes acerca de sus propias hazañas? ¿Quién sabía que Federico V era un sádico de tomo y lomo, que, entre otras cosas, solía flagelar a sus amantes hasta hacerlas sangrar? Por no hablar de la mentira acerca de que la Casa Real iba ininterrumpidamente desde los vikingos hasta la actualidad. Por ejemplo, en el caso de Federico VII, que no tuvo hijos, hubo por lo tanto que desenterrar a un pariente lejano de Alemania y nombrarlo rey de Dinamarca.

Eva se levantó y se volvió. La acechaba un ligero dolor de cabeza. Llevaba leyendo más de una hora. El niño se había ido a casa y había sido sustituido por una niña de más o menos la misma edad. Estaba montando un rompecabezas con su padre. Eva se metió en el baño y bebió agua del grifo antes de volver. Pensó en la Casa Real como institución. En la historia. Una monarquía milenaria. Despotismo. ¿Cuál era la diferencia? Ejecución de

críticos, encarcelamiento de adversarios, destierros, detractores que eran silenciados de las maneras más salvajes, corrupción. La Casa Real había dejado un auténtico reguero de sangre a su paso por la historia, y a nadie parecía preocuparle. Eva pensó en la manera en que habían sobrevivido a todos los escándalos. Su primera explicación fue que en su día no habían salido a la luz. Antes no había medios de comunicación para cubrir los hechos, no había transparencia, no había Internet. Pero no. Incluso ahora, cuando el mundo se estaba ahogando en medios que tenían el cometido de llenar veinticuatro horas de anécdotas y escándalos, la Casa Real, a grandes rasgos, se libraba.

Libro viejo, cubiertas ajadas. Eva leyó acerca de las casas reales europeas, de las conexiones entre ellas. De cómo la británica, al igual que la danesa, en realidad era alemana. De cómo las grandes familias europeas se repartían los países: cuando Grecia se quedó sin rey, en 1862, las demás grandes

potencias decidieron instituir a un príncipe alemán. Se convirtió en rey de un país en el que prácticamente no había puesto un pie. Y cuando en Dinamarca se quedaron sin heredero para la corona, el zar ruso decidió que había que nombrar a otro príncipe alemán, el que se convertiría en Christian IX. Eva leyó las páginas por encima. Confundía los nombres, ¡había tantos! La casa de Wettin...

—Nunca había oído hablar de ella —susurró para sí, aunque acabó concluyendo que esa Casa europea gobernó en Bulgaria, Polonia, Gran Bretaña y Bélgica, y que hacía muchos siglos se había emparentado con la Casa Real danesa, la española y la francesa. Leyó que cualquier europeo con sangre azul en las venas podía encontrar a veinte reyes o reinas entre sus antepasados. Todos los miembros de las casas reales estaban unidos, sin excepción, por lazos de sangre. Formaban un gran linaje que se remontaba varios milenios.

Era imposible leerlo todo. Tardaría años. Eva

hojeó el libro. Alguien había subrayado ciertas partes con bolígrafo rojo hacía tiempo, tal vez veinte años, porque era un ejemplar viejo y gastado. Eva se limitó a leer las palabras subrayadas. «Casa Real». «Trata de esclavos». «Peter von Scholten». Solo por los subrayados rojos se le hizo rápidamente evidente lo que había interesado al lector mucho antes que a Eva: la participación de la Casa Real danesa en el tráfico de esclavos. También en eso se había manchado las manos de sangre. Tal vez por eso los subrayados estaban hechos en rojo. Los reyes daneses se habían lucrado durante siglos con el comercio de personas cazadas en África. Un sinnúmero de africanos murieron durante los viajes desde la Costa de Oro hasta las Indias Occidentales Danesas. Nadie sabe cuántos, pero lo que sí se sabe es que todo estaba organizado por el rey. El negocio en sí tomó forma gracias a una Carta Real de Privilegios de 1671. Y no hay más que contar, todavía se puede admirar la firma del rey en el

documento que dio el pistoletazo al capítulo más negro de la historia de la humanidad. ¿Y el cuento de que Dinamarca fue el primer país que abolió la esclavitud? Pamplinas. La esclavitud aumentó después de que se aprobara una ley que pretendía prohibir la esclavitud en el futuro. El rey y sus consejeros ofrecían una cara al exterior con la que se intentó satisfacer las numerosas voces en Europa que exigían la abolición de la esclavitud al tiempo que aumentaba el tráfico de seres humanos. La esclavitud llegó a su fin cuando un hombre se rebeló contra el rey: Peter von Scholten. Fue castigado por ello.

Eva se reclinó en la silla. Respiró hondo. Cogió otro libro, uno de los críticos. Le dio la vuelta, examinó la fotografía de la autora, Tine Pihl, periodista, escritora y conferenciante. Eva la había visto en la televisión y en las revistas. Era una de las detractoras más combativas de la Casa Real del país, una mujer mordaz que no estaba dispuesta a

pasar nada por alto, por mucho que se escudara tras una sonrisa aparentemente ingenua. Eva hojeó el libro. Apenas trescientas páginas que, según el subtítulo, prometían «una mirada inusitadamente desgarrada de los entresijos de la familia más poderosa del país». Retórica ampulosa, pero funcionaba. Eva estaba fascinada. Leyó por encima algunas páginas, se saltó otras, pero leyó las restantes profundamente concentrada. Por lo visto, la crisis económica internacional no había llegado a la Casa Real. El libro exponía un ejemplo detrás de otro de la relación extremadamente negligente de la familia real con el dinero. «La reina es veintiséis veces más cara que el presidente irlandés», rezaba uno de los titulares. En un párrafo decía que, cuando la reina Margarita asistió en 2011 a una boda en Berleburg, llegó rodeada de gran boato y solo el viaje en helicóptero costó cuatrocientas sesenta mil coronas a los contribuyentes daneses. En otro ponía que «a la reina le gusta visitar el museo de Skagen

para admirar los cuadros de Krøyer, y también tiene por costumbre dejarse transportar hasta allí en helicóptero. Es decir, que solo el transporte hasta y desde el museo asciende a más de trescientas mil coronas».

Y así sucesivamente, una página detrás de otra, capítulo tras capítulo, siempre la misma historia sobre una familia derrochadora que permitía de buena gana que lo más granado del mundo empresarial danés pagara a cambio de invitarlos al círculo más íntimo, a las elegantes fiestas en Amalienborg, a los buenos vinos, la comida cara, por el espaldarazo que suponía tanto para la identidad como para el valor de las acciones y por la atención de los medios de comunicación al estar en compañía del príncipe heredero y su esposa sonriendo a *Billedbladet* cuando las puertas de la cena de gala en palacio se abrían. La palabra «corrupción» no aparecía por ningún lado, a lo mejor la autora temía ser demandada, aunque sí

subyacía como una sombra entre líneas. Lagerkvist había insinuado lo mismo. A él no le había dado miedo pronunciar la palabra, y cuando Eva dejó el libro le costó no darle la razón. ¿Cómo si no cabía llamar a la circunstancia de que los ricos pagaran grandes sumas a las personas más poderosas del país con el propósito de obtener mayor influencia?

Sin embargo, el libro no solo versaba sobre economía. También había capítulos dedicados a asuntos judiciales. Al hecho de que los miembros de la Casa Real están por encima de las leyes y el orden y que no pueden ser enjuiciados. Que en la práctica pueden hacer lo que les dé la gana, y que lo hacen. Recogía incontables ejemplos de abuso de poder y de la imagen idealizada que la Casa Real gustaba de construir a su alrededor. Entre otras anécdotas, el libro contaba que en varias ocasiones la pareja principesca había incidido en que no dejarían a sus hijos al cuidado de terceros. No, ellos mismos se harían cargo de su educación diaria,

querían ser una familia moderna que se espabilaba sola. Entonces, ¿cómo se explicaban las veintiséis personas empleadas para encargarse del gobierno de la casa?, preguntaba el libro. Entre ellas, un ejército de niñeras.

Eva volvió a mirar la fotografía de la autora. «Tine Pihl frecuentó durante años los círculos más íntimos de la Casa Real —decía el texto—. Algunas de las fuentes desean permanecer en el anonimato, pero la autora ha hablado personalmente con todas ellas». Eva se levantó, con el cuerpo entumecido por haber permanecido sentada tanto tiempo. Una mujer se disponía a marcharse, por lo demás la biblioteca estaba desierta. «Frecuentó a diario los círculos más íntimos —pensó Eva—. Entonces, a lo mejor también habló con Brix».

Antes de marcharse de la biblioteca, Eva echó un vistazo a las dos pilas de libros. Una te prometía que, fuera cual fuera el brutal capítulo de la historia de Dinamarca que consultaras, encontrarías a un rey

o a una reina responsable de él. Eran viles asesinos, ni un ápice mejor que los dictadores de la actualidad, personas codiciosas y sedientas de poder con un único objetivo: acaparar bienes. Luego estaba la otra, que ofrecía un relato algo más agradable sobre reyes populares barrigones y que amaban a la población. Por alguna extraña razón, no había libros que recogieran el espectro intermedio. Lo malo o lo bueno. Escoge tú mismo.

Hospital del Reino

13.45

Marcus se quedó inmóvil un instante escuchando la puerta cerrarse a sus espaldas. Había médicos y enfermeras: algunos parecían no tener ninguna prisa, otros corrían. Avanzó. Pasos pesados. Consideró gritar con todas sus fuerzas: «¿Quién es Boris Munck?», pero en vez de eso abrió una puerta, una puerta cualquiera, y entró en un despacho. Vacío. Siguió avanzando por el pasillo, siguiente puerta. Estaba abierta a un despacho un poco más grande. Voces, tazas tintineando, una mesa oval, dos mujeres y dos hombres, miradas graves.

Marcus se disponía a entrar cuando algo lo indujo a detenerse, un nombre: Boris. En el despacho una voz de mujer y un hombre que decía algo. «Boris», pensó Marcus. Estaba allí dentro. Pero el secreto profesional... El médico no quería

hablar con él, por supuesto que no. ¡Claro que no le daría el nombre de un paciente! Ni de un familiar, ya puestos. Menos aún a un extraño. Pero a lo mejor no debía pensar tanto. A lo mejor debía entrar en el despacho sin más, poner al médico contra la pared y amenazarlo para que le dijera con quién había venido. Amenazarlo para que le proporcionara los documentos necesarios. No, llamarían a la policía. Marcus sería detenido. Ellos encontrarían. Trane. Entonces, ¿quién salvaría a Eva? Tendría que buscar otra solución.

Sonó un teléfono en algún lado, solo brevemente, pero lo suficiente para que a Marcus se le ocurriera una idea. Volvió atrás diez pasos y entró en el despacho, que todavía estaba vacío. Sacó su teléfono destrozado. Una enorme grieta atravesaba la pantalla en su totalidad. No podía recibir llamadas. Pero a lo mejor el micrófono seguía funcionando. Encontró la función sencilla de grabar, la activó.

—Hola —dijo. Lo dejó sobre la mesa. Se apartó

un poco—. ¿Se me oye? —preguntó retóricamente, nadie contestó. No hasta que detuvo la grabación y la reprodujo. Sí, se le oía.

Volvió al pasillo, se dirigió hacia el despacho grande cuya puerta ahora estaba cerrada. Llamó y entró.

—¿Buscas a alguien?

—Sí —dijo Marcus, y trató de determinar quién le había hablado.

La mujer de las gafas oscuras. Parecía eficiente, justo lo que necesitaba.

—Tengo que hablar con Boris Munck.

La mujer volvió la cabeza levemente. Un hombre alzó la mirada. Era más joven que muchos otros médicos. Irradiaba una arrogancia y una obstinación que no casaban con su agradable voz.

—Estoy aquí —dijo, y miró a Marcus a los ojos con frialdad—. Me temo que voy a tener que pedirte

que te vayas. No es lugar para familiares o pacientes.

—¿Podríamos hablar un momento? —dijo Marcus, y acabó de entrar en el despacho. Se colocó al lado de la ventana.

Boris se levantó. El tipo estaba en forma.

—Ahora mismo te vas, colega.

El teléfono ya estaba en el alféizar de la ventana, oculto tras la cortina.

—Se trata de Eva, —dijo Marcus—. De Eva Katz.

—¿Quién?

—Una mujer a la que has atendido. Acudió al hospital con otra mujer, hace un par de días. Como ya te he dicho, se llama Eva Katz. Guapa, esbelta, melena hasta los hombros. Tenía marcas en el cuello, como si alguien hubiera intentado estrangularla...

—¿Has oído lo que te he dicho? —lo interrumpió Boris, y se volvió hacia uno de los presentes—. Llama al guardia de seguridad.

Una vez en el pasillo, Marcus empezó a sudar como si la reacción se produjera ahora. Marcus no estaba contento con su plan. Tenía demasiados puntos débiles, demasiados aspectos que no podía controlar. Se dirigió al extremo opuesto del pasillo y se quedó allí un par de minutos. Ojalá abandonaran el despacho, pero no lo hicieron. Así que volvió, no le quedaba más remedio. Llamó a la puerta, esta vez con más educación, casi con humildad.

—Me he dejado una cosa —dijo, y entró.

Nadie dijo nada. Miradas de asombro, de enfado en el caso de Boris Munck. Una mirada que le decía a Marcus que estaba a un segundo de llamar al guardia de seguridad y a la policía. Marcus cogió el teléfono y se lo metió en el bolsillo. Salió a toda prisa.

—Ha cogido algo —dijo una mujer a sus espaldas.

—¿Qué?

Pero Marcus había desaparecido. Corrió pasillo abajo, se metió en el ascensor, bajó. No sacó el teléfono hasta que estuvo en la calle. Se quedó al sol escuchando, mientras miraba hacia arriba, donde un avión partía el cielo en dos. No lo oyó todo, era como si su cerebro seleccionara por él y solo permitiera que destacaran los fragmentos importantes.

La voz de la mujer se oía nítidamente: «¿Quién era?».

Boris: «Yo diría que el marido violento».

Voz de mujer: «Le pediré a Lene que llame a la policía. ¿Por quién preguntaba?».

Boris: «Por Eva Katz. Vas a tener que buscarla en el sistema, la traté ayer. Pobre chica. El hombre

intentó estrangularla».

No pudo oír mucho más. La puerta se abrió, chirrido de sillas por el suelo, la acústica ahogaba la inteligibilidad.

Marcus se alejó del hospital a paso lento. Cuando llegó la ambulancia con las sirenas puestas se dio cuenta finalmente de que le pasaba algo en los oídos. Seguía oyendo la grabación, seguía sonando en su cabeza. Escuchó las palabras, rebuscando en ella, buscando algo. «Marido violento». Eso era lo que había dicho el médico. Pero ¿por qué? ¿Por qué sospechaba el médico que él era el marido violento? ¿Acaso Eva Katz tenía uno? No, tenía un prometido muerto; ni siquiera estaban casados, no tenía nada. Pero, entonces, ¿por qué? ¿Por qué era lo primero que se le había ocurrido a Munck? ¿Sería por algo que le había dicho Eva? Marcus ya había llegado a la calle. El tráfico sonaba normal en sus oídos, el sonido había vuelto. Y pensó: «¿Para qué podía servirle una mentira como esta? ¿Qué...?».

No, tendría que empezar por otro lado. Ponerse en su situación, tratar de entender cómo pensaba. «De acuerdo». ¿Qué necesitaba Eva? ¿Cuál era su objetivo? ¿Escondarse? Eso entre otras cosas. Sí, ahora mismo eso era lo más importante para ella. Escondarse en algún sitio donde pudiera estar en paz. Los pensamientos llovían sobre él: «Pobre. Huida. ¿De quién? Maridos. Violentos. Mujeres. Hombres. Huida. Hogar. Hogar para mujeres».

Havneholmen

15.40

El edificio triangular de espejos que albergaba la sede principal del grupo Aller encajaba bien en el paisaje ligeramente futurista de Havneholmen. Eva no tenía ninguna cita con Tine Pihl, solo un acuerdo consigo misma de que no iba a rendirse. Y por eso estaba ahora allí sentada, esperando, confiando. El hijo adolescente aquejado de una terrible resaca se lo había explicado por teléfono: su madre estaba trabajando.

Eva se levantó y miró a través de la puerta acristalada. Se fijó en un reloj de pared. Todavía le sobraba tiempo para reunirse con el agente inmobiliario frente a la casa de Brix. Echó un vistazo a las revistas de papel cuché dispuestas en la sala de espera. *Billedbladet. Familie Journalen. Tidens Kvinder. Kig Ind. Se og Hør.* Un sinnúmero

de revistas más. Se sentó en un banco y esperó. Pensó que los empleados de la casa producían la única lectura de muchas personas. Un taxi se detuvo frente al edificio y un hombre elegantemente vestido desapareció en el interior. Salió una joven. Subió a un coche, desapareció. Era sorprendente la cantidad de gente que trabajaba en domingo. O tal vez no fuera tan sorprendente. El cargo que ocupaba actualmente en la empresa era de redactora de una web, y las ganas de los lectores de noticias, chismorreos o consejos para adelgazar no disminuían solo porque fuera domingo. Al contrario. Los domingos tenían tiempo. Eva contempló las vistas sobre las aguas del puerto, y cuando volvió a mirar hacia el edificio, Tine Pihl se estaba yendo en compañía de una amiga o una colega. En cualquier caso salieron juntas, con un café en la mano, un cigarrillo. Se acercaban a Eva. Decidió quedarse sentada hasta que hubieran pasado de largo, y luego... Sí, ¿luego qué? ¿Qué le diría? ¿Era

preferible esperar a que Tine se quedara sola? Captó una frase suelta de su conversación y reconoció la voz de Tine de la televisión: «Pero no por eso podemos estar seguras de que lo diga en serio».

Eva se levantó y las siguió. Estaban paseando y charlando. Se mantuvo a unos diez metros de distancia, esperando el momento adecuado y reflexionando sobre qué decirle. Cruzaron un aparcamiento, se detuvieron frente a un Passat rojo flamante. Querían acabar de charlar. Grandes abrazos y besos en la mejilla, y la amiga se metió en el coche y se fue. Eva aprovechó.

—¿Tine Pihl? —dijo, y se concentró en parecer amable.

—¿Quién eres?

—¿Podemos hablar un momento?

—¿Quién eres?

—Me llamo Eva —dijo Eva, y le tendió la

mano.

Tine la miró.

—De acuerdo, Eva. ¿De qué se trata? Tengo un poco de prisa.

Echó a andar, Eva iba a su lado, de vuelta hacia la entrada.

—De Christian Brix —dijo Eva—. ¿Lo conocías?

—Yo no conozco a nadie hasta que me hayas contado quién eres y por qué estamos hablando.

—Soy periodista, igual que tú.

—¿Eva qué?

—Katz. Trabajé en *Berlingske*.

—¿Trabajaste? Es decir, que estás en el paro y buscas una historia que devuelva tu nombre a la lista de los pocos periodistas que alguien está dispuesto a contratar.

Eva se paró. Tine siguió unos pasos antes de que Eva decidiera continuar. Estaban a unos metros la una de la otra.

—Tine. Brix estuvo en Amalienborg justo antes de morir.

—¿Cómo lo sabes?

—Por llamémoslo un testigo de primera mano. ¿Conocías a Brix?

Esta vez fue Tine quien dio unos pasos hacia Eva.

—No personalmente —dijo.

—Pero ¿has coincidido con él?

—En varias ocasiones, sí. Pero eso fue antes de que me pusieran en cuarentena.

—Te pusieron en cuarentena. ¿Por qué?

—Disculpa, ¿de qué se trata? ¿Por qué estamos hablando tú y yo?

—Se trata de Brix. ¿A qué te refieres cuando dices en cuarentena?

Tine Pihl no estaba satisfecha con la respuesta de Eva. Se lo notó en la voz cuando dijo:

—Ya no soy bienvenida en la alta sociedad. Es por eso que ya no estoy en *Billedbladet*. Ahora me dedico a los consejos en la Red. —Miró brevemente a Eva—. No podría decirlo más claro.

—¿Por qué no?

—Si ya lo sabes —dijo Tine Pihl, irritada—. ¿Realmente es necesario que vengas a buscarme aquí por algo que ya sabes? Algo que puedes encontrar en cualquiera de los libros que he escrito. Doce en total, desde que comprobé la liquidación de las bibliotecas por última vez.

—Christian Brix no se suicidó, y las últimas personas con las que estuvo antes de morir eran gente de Amalienborg. Fue la noche anterior.

—¿Estás diciendo que la reina asesinó a Brix?
—Soltó una risa ronca que hablaba a gritos de cigarrillos y de una vida poco saludable—. Me parece que no estás demasiado bien de la cabeza, querida.

Tine le dio la espalda y echó a andar. Eva la siguió. Metió la mano en el bolso en busca de la reproducción.

—Tine. ¿Qué es esto? ¡Échale un vistazo!

Una mirada rápida a lo que Eva sostenía en la mano.

—Es del Instituto Anatómico Forense —le explicó esta—. Es una reproducción de una parte del cráneo de Brix. Los pedazos que fueron reconstruidos después de que se pegara un tiro en la cabeza.

De nuevo los pasos de Tine se ralentizaron. Eva se paró. Era como un ballet, pensó, repulsión y

atracción, adelante y atrás. Ahora adelante. Tine se acercó a Eva.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo sé que no estás loca de remate?

—¿Te parezco una loca?

—¿Quieres que te conteste?

—Si quieres, podemos ir juntas al Instituto Anatómico Forense. Así el forense te podrá contar cómo le arrancaron prácticamente el cadáver de Brix de las manos. No había que investigar nada.

—Entonces, ¿cómo lo descubrió?

—Mediante los fragmentos del cráneo, unidos como en un puzle. Eso que ves aquí —dijo Eva, y señaló el cráneo, las indentaciones—. Aquí fue donde Christian Brix recibió un golpe.

Tine miró fijamente la reproducción. Pasó los dedos por las indentaciones, asegurándose.

—Necesito ponerme en contacto con alguien de dentro —dijo Eva.

—¿De palacio?

—Sí.

—No habrá nadie dispuesto a ayudarte.

—Pero está toda la gente que frecuenta el lugar a diario. Como tú antes. Tiene que haber una manera de acceder a ella.

—Empiezo a creer que realmente no has entendido nada. —Tine cabeceó y sacó un cigarrillo del paquete mientras consideraba algo. Lo encendió y tomó el chute que necesitaba, tal vez por eso dijo —: El palacio es un pedazo de la Edad Media en pleno Copenhague. Todos aquellos que crean que la reina no tiene poder son tan condenadamente ingenuos que merecen una muerte dolorosa por su ignorancia.

Eva miró a Tine y vio dolor en su semblante

cuando continuó.

—Sí, sí, la reina no dicta las leyes, se limita a firmarlas. Así pues, la gente suele decir que no tiene poder, que no puede influir en nada. Como si lo único que le interesara fueran la escuela, la agricultura y los límites de velocidad. A los reyes les interesan dos cosas: el poder y el dinero, no las necesidades de la población. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí.

—¿Y cómo consiguen el poder?

—Cuéntamelo.

—La reina posee el poder social, que es el más importante. Fíjate en la estructura de poder de Dinamarca. No es difícil, cualquier idiota puede sentarse y ver quién decide qué. La elite del empresariado, la elite política, entre ella algunos subsecretarios de Estado. Luego están los creadores

de opinión, el redactor jefe de *Politiken*, por ejemplo. ¿Dirías que estas tres cajas contienen más o menos el poder del país?

—¿Los sindicatos?

—¡Venga, por favor!

—El empresariado, la elite política y los creadores de opinión. Te sigo.

—Es una estructura de poder tremendamente antigua, tremendamente arraigada en el tejido que llamamos Dinamarca. En cuanto estás a punto de llegar a ser alguien, te invitan a entrar. Puede ser a una fiesta en casa de tu jefe, a algún evento al que asistirá uno de los miembros de la realeza. Es tu examen de ingreso. Dura unos años. Que lo superes depende de tu grado de lealtad. Empiezas a subir peldaños lentamente. Es un proceso natural, cuanto más alto llegas en la sociedad, más integrado estás en el circuito del poder. A través de él adquieres mayor influencia gracias a los contactos que haces.

Tu lealtad al sistema viene sola. Y en tu camino de ascenso ni siquiera te planteas ¿esto está bien? ¿Es así como debe ser? Entonces, ¿cómo vamos a cambiar alguna vez el sistema? Y las decisiones que se toman, ¿se toman teniendo en cuenta también a la población? ¿Son para el bien común?

—Pero ¿tú lo hiciste?

—¿Hice qué?

—Te planteaste la pregunta. Cuando trabajabas en *Billedbladet* y tenías un pie dentro.

—Al principio no. No. No lo haces. Estás seducida. Cuando acabas de asistir a tu primera velada de verdad con la reina y el príncipe heredero estás vendida. Incluso los jefes de redacción y los artistas, gente normalmente muy capaz de alzar el grito al cielo, se echan al suelo como perros sumisos. Yo hice lo mismo. De pronto estás sentada con un heredero de Mærsk a un lado y con un subsecretario de Estado que le acaba de estrechar la

mano a Obama el día antes al otro.

—¿Pero?

—Pero entonces conocí a un hombre. Estuve viviendo en Estados Unidos unos años. Estuve distanciada un tiempo. Y la distancia te influye. Empecé a pensar tal como debe hacer un periodista pero no hace nadie.

—¿Qué pensaste?

—Que Dinamarca es más una monarquía que una democracia. Contrariamente a lo que la población suele andar por ahí creyendo.

—Pero la legislación... —dijo Eva, antes de que Tine la interrumpiera sacudiendo la cabeza.

—Escucha, guapa. Si pudiera, la reina se limpiaría el culo con las leyes que firma. Como ya te dije antes: cuotas de pesca y reformas municipales. ¿A quién le importa? —Se acercó un poco más a Eva antes de continuar—: El poder social. Quién

llega a ser alguien en este país. A quién se le permite. El poder por el poder. Para permanecer en el trono. Riqueza, estatus social. Lo custodian. Todos sin excepción. Es como una colmena. Con la reina en el centro. Y todos los demás solo piensan en ayudarla y en protegerla; cuanto mejor la protejas más alto llegas. ¿Crees que un redactor jefe vuelve a casa y escribe un artículo crítico después de haber tenido a la princesa consorte en su regazo en una fiesta y de haber acordado sus próximas vacaciones con los herederos de Lego? Piénsalo. Destino República Mauricio en su jet privado, y de camino tenéis que recoger a Tony Blair. ¿No lo entiendes? Resulta tan... —Tine pareció buscar la palabra adecuada—: Embriagador. Realmente sientes que estás cerca de lo que pasa, y no solo en Dinamarca. La mitad de la gente que se reúne para una velada de bridge con la reina acaba de aterrizar en un jodido Learjet después de haber celebrado una reunión con los demás que gobiernan el mundo. Es la droga más

potente de todas. Te vuelves adicta. Del todo. Estás colocada. Lo notas hasta en el bajo vientre, lo ves en los rostros, en las fiestas, la gente se pone cachonda. —Dio una rápida calada al cigarrillo—. Solo tienes que pensar en ello como en una logia. Y si detectan la más mínima señal de traición, estás fuera. Del todo. Todo el mundo saca algún provecho. Recibes ayuda para ascender. Eso trae consigo estatus y dinero. Y tú devuelves el favor mediante tu lealtad. Lealtad incondicional.

—¿Y tú estás fuera?

—Absolutamente. Tengo suerte por tener un trabajo. Conté las cosas tal como eran. Me pareció que ya era hora de que los ciudadanos recibieran un poco de información sobre el destino de su dinero y de cómo la monarquía funciona, de cómo no funciona la democracia. Pero nunca debería haberlo hecho. En el momento en que se publicó mi libro estuve en *bad standing*. Mi reputación estaba por los suelos y nadie quería oír la verdad.

—*Bad standing* —dijo Eva.

—Pongamos, por ejemplo, a nuestra querida reina. ¿Cuántos daneses saben que es una yonqui enganchada a los medicamentos? ¿Quién escribe sobre ello? Nadie. ¿Quién dice la verdad tal como es?: que cada día ceban a la reina con medicamentos contra los dolores reumáticos y tranquilizantes en un cóctel que resulta tan aturdidor como el opio puro.

—No lo sabía —dijo Eva.

—¡No! ¡Claro que no! Porque nadie lo escribe; porque nadie soporta reflexionar sobre la realidad en que vivimos.

—¿Y qué es?

—Que tenemos a una regente que la mayor parte del tiempo va tan drogada que es incapaz de reaccionar como su padre, a ratos alcoholizado, o como Christian VII, que estaba loco de atar. ¿Y quién reacciona entonces? Quién decide qué jefes de

Estado hay que invitar a una cena de gala, qué empresarios deben incluirse en la escolta real en su viaje a China. Si no es la reina, será alguien de su gabinete. Altos funcionarios. Gente a la que no conocemos. Gente que ni ha sido elegida ni pertenece a la realeza. Los que en realidad dirigen el cotarro. El poder en el poder. ¿Y quién escribe sobre ello? Nadie nos cuenta nada. Ni la más mínima insinuación de que tal vez sería una buena idea una baja por enfermedad. ¿Y por qué? Porque nadie se atreve a decir la verdad. Yo lo he intentado, muchas veces, pero nadie parece querer escuchar. No, antes prefieren escuchar a la princesa consorte. ¿Sabes lo que dice de mí?

—No.

—En varias ocasiones ha declarado que está decepcionada conmigo. —Tine volvió a soltar su risa malsana—. Imagínate: una muchacha absolutamente desconocida e insulsa del otro lado del globo es traída a Dinamarca, y de un día para

otro la sobredoran más allá de todo criterio. Estamos hablando de millones y millones de coronas, y todo el mundo la aclama y le aplaude y piensa que es adorable, la criatura más fantástica que jamás haya puesto sus pies sobre la tierra. Y luego va y está tan, tan, tan decepcionada conmigo, una antigua periodista de *Billedbladet* a la que de todas formas nadie quiere escuchar, solo porque me he permitido ser un poco crítica. ¡Casi me resulta conmovedor, joder! ¿Y sabes lo que demuestra?

—No.

—Demuestra que lo mejor que puedes hacer es rendirte. Nadie escribe nada negativo sobre la Casa Real. Nadie quiere conocer la verdadera historia.

—¿Y cuál es?

—Una historia negra como el carbón sobre milenios de déspotas que han reprimido todo intento de oposición, que han encarcelado y ejecutado a sus adversarios, que nunca han cedido ni un mísero

céntimo voluntariamente. ¿Cuánto hace que la reina danesa visitó al rey de Bahrein y le concedió la Gran Cruz de Dannebrog? ¿Dos años? Y declaró que era un rey muy preocupado por sus súbditos o alguna mierda por el estilo. —Tine tenía saliva en las comisuras de los labios. Eva bajó la mirada mientras ella seguía adelante con su diatriba—: Estamos hablando de un dictador que tiraniza y asesina sistemáticamente a la población. Herman Göring, la mano derecha de Hitler, recibió la misma condecoración de un rey danés. La lista de tiranos que condecoran a otros tiranos es infinita. Y cuando la reina recorre la ciudad en su carroza y nosotros nos quedamos mirando desde la acera, agitando nuestras banderitas con los niños subidos a los hombros, festejamos a una familia que lleva milenios enriqueciéndose a costa de los demás, una familia que ha enviado a la población a un sinfín de guerras imposibles con el solo fin de enriquecerse aún más. El hombre de a pie ha tenido que luchar

por todos y cada uno de los derechos y los bienes adquiridos. La corona danesa es un símbolo de la represión. Ni más ni menos. El hecho de que los ciudadanos daneses consideren la corona un símbolo de algo bueno no dista mucho de cuando la gente se pone de rodillas para rezar a una piedra negra o a una figura de mármol y grita que Dios es grande. No son más que puras invenciones, una concepción absolutamente distorsionada de la realidad. Y yo creí que podría...

Enmudeció. Eva se dio cuenta enseguida. Había estado a punto de irse de la lengua.

—¿Creíste que podrías qué? —dijo Eva.

—Derrumbar toda esa mierda.

—¿Cómo?

—Porque sé algo. Pero si lo digo y quiero que parezca auténtico tendré que revelar mis fuentes, descubrir a los que han pertenecido al círculo más

íntimo...

Eva la interrumpió:

—¿Entonces sí que hay gente que está dispuesta a hablar?

—Sí. Es posible. Antiguas niñeras. Ayudas de cámara. Amigos expulsados. Pero, ¿sabes?, nadie quiere oírlo.

—¿Oír qué?

—Estoy hablando de violencia, psíquica y física. Al fin y al cabo, los príncipes lo han reconocido. Su padre también. En mi mundo no hay ninguna duda. Esos niños se han criado con un déspota violento. Incluso hay gente que habla de agresiones sexuales.

Eva la miró.

—¿Dirigidas a quién?

Tine miró a Eva. Había dicho más de lo que tenía ganas de decir. Pero ¿mentía? Eva no era capaz

de determinarlo. Parecía decir la verdad. Tenía mala fama, pero a lo mejor la mala fama formaba parte de una conspiración contra ella. Contra los que no hacían reverencias y aplaudían a los miembros de la Casa Real. Contra los que escribían lo que nadie quería escuchar.

—Ahora tengo que irme —dijo Tine, e hizo un rápido movimiento con el brazo y se liberó.

Eva la siguió con una repentina ira que no podía reprimir.

—Escúchame bien. Para mí es una cuestión de vida o muerte. Intentan asesinarme. Lo intentan con tal tenacidad que he tenido que esconderme. Ahora te contaré dónde vivo, nadie más lo sabe, Tine.

—Entonces no lo hagas.

—No. Cuando vuelvas a casa esta noche, y pienses que el asesinato es otra cosa. A lo mejor lo que hace falta es precisamente un asesinato para que

alguien escuche.

—No cuentes con ello.

—Pero si esta noche te pones a pensar... —dijo Eva, y agarró a Tine del brazo con fuerza.

—¿Qué coño haces?

—Yo soy mujer. Tú eres mujer. Yo soy periodista, tú eres periodista; yo quiero que salga la verdad a la luz, tú quieres que salga la verdad a la luz; a mí me persigue alguien vinculado a la Casa Real, a ti también. ¿Por qué me ves como a una enemiga, como alguien con quien apenas te dignas hablar?

Tine apartó la mano de Eva.

—¿Tienes un bolígrafo? ¿Algo con qué escribir? —le preguntó esta.

—¿Por qué?

Las dos mujeres se miraron. Un instante de

silencio. Finalmente, Tine abrió su bolso con gesto decidido y le ofreció un bolígrafo.

—Y el paquete de cigarrillos.

Tina lo sacó. Era un paquete de Prince.

Eva anotó la dirección en el cartón duro, justo debajo del símbolo de la corona.

—Es aquí donde vivo. Un hogar para mujeres maltratadas. Por si se te ocurre alguien. Tiene que haber alguien que pueda ayudarme. Tiene que haber alguien allí afuera. Como dijiste tú misma: una antigua dama de compañía, un chófer al que hayan despedido. Qué sé yo. Lo único que sé es que tengo que contactar con alguien que pueda ayudarme. Alguien de dentro.

Tine Pihl no dijo nada. Trató de hacer ver que no oía lo que le decía Eva. Pero Eva lo vio en sus ojos: escuchaba. Y las palabras la impresionaron.

Jens Juels Gade

16.50

Pensó en Lagerkvist cuando miró por encima del hombro, pensó si todavía seguía con vida. Al menos sus palabras vivían en ella. «Acércate a tu presa desde los márgenes. Como un depredador. No inicies un ataque directo, habla con sus viejos amigos, con antiguas novias y vecinos». Bajó por Jens Juels Gade en dirección a la casa de Brix. ¿La estarían vigilando? Pasó por delante de la casa con la cabeza gacha. No había más que un hombre que estaba lavando su coche un poco más abajo. Y estaba demasiado gordo. No tenían su aspecto, eran más como Martin. Todavía quedaba tiempo para su cita con el agente inmobiliario. Aquel día Eva no se llamaba Eva, sino Birgitte. Aquel día era una mujer normal con intereses normales, que asistiría a una jornada de puertas abiertas en una radiante tarde de

domingo con otras personas igualmente normales. Casi llegó a creérselo mientras avanzaba calle abajo y olvidó mirar atrás, vigilar a su enemigo.

No había señales de que el propietario de la casa hubiera sufrido una muerte atroz hacía apenas unos días. Ningún cordón policial, solo los quehaceres típicos de un domingo por la tarde en Kartoffelrækkerne. Alguien había pegado un cartel en la ventana: «Se vende».

El vecino seguía limpiando su coche, a fondo, con movimientos enérgicos y circulares.

—Hola —dijo Eva, y se acercó.

El hombre le dio un repaso que a su mujer no le habría gustado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—¿Christian Brix?

El hombre dejó la bayeta sobre el capó y asintió con la cabeza.

—Lo vi en la tele.

—¿No lo conocías?

—Solo nos habíamos saludado alguna vez, hace poco que me mudé aquí.

—Pero ¿no viste nada fuera de lo normal?

—¿A qué te refieres?

—A algo que hubiera en la casa, algún ruido, algún escándalo. Algo así.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Nada? ¿No oíste nada?

—¿Eres periodista?

—Sí.

Un breve instante de desconfianza en su mirada. «Riesgos laborales», pensó Eva. Debería reportarle

una prima.

—No, nada —dijo el hombre—. Me parece que acababa de divorciarse.

Por un instante pareció avergonzado, como si fuera consciente de que aquel último dato no era más que un chismorreo.

—Muy bien —dijo Eva, y sonrió—. Hasta luego.

Se apartó un poco y se quedó un instante contemplando la casa. No sabía gran cosa del barrio de Kartoffelrækkerne, más allá de lo obvio: que era para gente con buenos ingresos, gente que elegía vivir en el centro en lugar de mudarse al norte de la ciudad. ¿De qué estaba cerca? ¿Del aeropuerto? Relativamente. ¿De Amalienborg?

Cayó en la cuenta de que había dado al traste con la concentración del vecino. Seguía con la bayeta pegada al coche, pero era incapaz de apartar los ojos de ella. También cuando subió las escaleras de

la casa de al lado y llamó al timbre. Al cabo de un instante la puerta se abrió y Eva se encontró con una mirada a la vez apática y suspicaz de un adolescente que llevaba un monopatín bajo el brazo y al cual era evidente que la vida le parecía dura.

—Hola —dijo Eva—. ¿Están en casa tu madre o tu padre?

—Mi padre está de viaje y mi madre está trabajando.

—De acuerdo, pero... —dijo Eva, titubeante—. No importa, adiós.

Oyó que el chico también salía de la casa, pero no le dijo nada más. Se dirigió a la casa del otro vecino y llamó al timbre. No funcionaba, así que golpeó la puerta y esperó.

A la señora que abrió le pareció emocionante que Eva le preguntara por Brix. No podía disimularlo. Los ojos le brillaban de curiosidad y

hablaba en voz un poco demasiado alta.

—No, no he visto nada directamente sospechoso —dijo—. Pero...

Tenía muchas ganas de aportar algo, era evidente, cualquier cosa que convenciera a Eva para quedarse un rato más. En ningún momento le preguntó quién era ni por qué andaba llamando a las puertas, y Eva se dio cuenta de que estaba considerando si mentir, si inventarse algo que aportara un poco de emoción a la vida trivial de un ama de casa en Kartoffelrækkerne.

—A lo mejor se te ocurre algo más tarde —dijo Eva, y se fue.

—Sí, y entonces te llamo, te lo prometo.

«No, no lo harás —pensó Eva—. Porque no tienes ni idea de quién soy ni tienes mi número».

El vecino de Brix había desaparecido, solo quedaba el lustroso Opel azul y el cubo con agua

jabonosa. En ese momento, el adolescente pasó por delante de ella subido a su monopatín. Se detuvo y la miró.

—¿Qué? —dijo Eva.

—No eres de la policía —dijo.

—¿No parezco de la policía?

—Siempre vienen dos. Entonces, ¿qué eres?

—Soy periodista —dijo Eva, y volvió a parecerle que la palabra se amoldaba bien a su boca.

—No te he visto en la tele.

—Escribo. Para un diario.

—¿De qué?

—De todo un poco.

—¿Del muerto? —dijo el chaval, y lanzó una mirada a la casa.

—¿Sabes algo de él?

—Quizá.

—¿Qué?

—¿Me pagarás por...?

—¿Qué sabes? —lo interrumpió Eva.

—¿Qué me darás?

—¿A cambio de qué?

—A cambio de que te cuente lo que sé.

—Tú me lo cuentas y luego yo te digo lo que vale.

El chaval arrugó la nariz.

—Pero entonces ya te lo habré contado.

—Si vale algo te pago. ¿Qué es?

—Aquella noche estuve jugando.

—¿Jugando?

—En el ordenador. Pero mis padres no pueden saberlo. No me dejan jugar por la noche.

—Es comprensible —dijo Eva.

—Se detuvo un coche.

—¿De quién era? ¿De Brix?

—No lo sé. La verdad es que no le di demasiadas vueltas.

—¿Pero?

—Pero entonces me enteré de que se había volado la cabeza. Y entonces sí que le di unas cuantas vueltas.

—Pero no se lo podías decir a nadie porque entonces se habría descubierto que te pasas las noches frente al ordenador.

El chico se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo Eva—. Apareció un coche.
¿Qué más?

—No mucho más. Entró un hombre y poco después volvió a salir con un rifle de caza en la mano.

—¿Estás seguro? ¿No será algo que te estés inventando porque lo leíste en los diarios?

—Bastante seguro. Pero no creo que fuera él.

—¿Él?

—El que vivía en la casa. Era un tipo algo flaco.

—Muy bien. ¿Qué aspecto tenía, entonces?

—Ancho. Era más fuerte, o así.

Eva lo miró. No estaba segura de si se lo inventaba o no. Su mirada destilaba cierta insolencia.

—Cien coronas —dijo de repente, y tendió la mano.

Eva lo miró con una sonrisa incipiente.

—Lárgate, chaval.

El chico se rio, lanzó su monopatín al suelo, puso un pie sobre la tabla, otra en el asfalto, y se puso en marcha a golpes secos. Hacía un terrible ruido, mucho más que el coche eléctrico con el que estuvo a punto de chocar al doblar la esquina.

Eva esperaba a un hombre, en cualquier caso no a una chica tan joven como la que se bajó del Polo rojo y fue al encuentro de Eva con una sonrisa. Se llamaba Lisa, la agente inmobiliaria, y parecía alguien que tendría que haber estado estudiando todavía. Pelo rubio de rusa, chaqueta deportiva azul y un lenguaje corporal al límite de ser excesivo.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó la agente, y añadió—: ¿Esperamos a las demás parejas?

Eva se sorprendió. ¿Las demás parejas? ¿Quiénes eran la primera pareja? ¿Eva y Lisa? La idea de que viviría allí con esa joven la persiguió

mientras avanzaba en dirección a la casa, detrás de Lisa. Afortunadamente aparecieron las demás parejas e interrumpieron sus absurdos pensamientos. No hubo apretones de manos. Todos se miraban desconfiados, como rivales en una competición deportiva.

—Ahora ya solo falta el último —dijo Lisa—. A lo mejor es el que viene por ahí.

Eva miró atrás, hacia el hombre que se acercaba con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Es la visita? —preguntó. Mantuvo la sonrisa al mirar a Eva, que por un instante perdió toda su energía. En una fracción de segundo el miedo se propagó por todo su cuerpo como un temblor. No estaba segura de quién era, pero estaba casi segura de que era uno de ellos. Ellos. Se parecía a ellos. El pelo al cepillo, los ojos... ¿Cómo la habían encontrado? ¿Sabían dónde vivía?

—Bueno, ¿y si entras tú primero? —dijo la

agente, y le dio un empujoncito para que entrara en el vestíbulo.

¿Qué haría?, pensó Eva. No podía asesinarla allí, delante de tres mujeres y dos hombres. Una ocurrencia repentina: ¿y si resultaba que todos estaban implicados? Se detuvo en el vestíbulo, los demás entraban detrás de ella. Estaba atrapada. No podía salir.

—Tiene tres plantas —dijo la agente.

Los de las dos parejas hablaban entre sí, susurrando. Una mujer reprendió a su marido. No, no estaban en el ajo, el hombre estaba solo. ¿Por qué? Miró a Eva, que avanzó hacia el salón mientras intentaba calmarse. Sus manos... ¿Qué iba a hacer? ¿Salir corriendo ahora que los demás habían entrado?

Voces, conversaciones dispersas.

—¿Podemos subir?

—Es un barrio muy tranquilo —dijo Lisa—. Cuesta creer que estemos en el corazón de Copenhague.

—¿Dónde está el salón?

—Arriba. Pero antes tendrías que ver la terraza. Es increíble, tiene un encanto especial. —Lisa cruzó la habitación y descorrió una puerta—. ¿Qué me decís?

Eva seguía en la cocina. El rapado le siguió un poco la corriente y miró hacia la terraza. Y luego miró a Eva.

—¿Qué me dices? —dijo la agente. Parecía sinceramente entusiasmada—. Por mucho que sople el viento no llega aquí. Y casi está orientada al sur, así que da el sol cuando vuelves a casa del trabajo.

—¡Fantástico! —dijo una de las mujeres.

—¿Vives en la zona?

Eva se dio cuenta de que Lisa le estaba

hablando.

—En Nørrebrogade —dijo Eva. El rapado sonrió y miró al suelo.

—¿Podemos subir? —dijo uno de los hombres.

—Por supuesto.

Lisa iba delante. Eva la siguió. ¿Qué plan tenía el hombre? ¿Asesinarla en cuanto saliera? Miró a su alrededor. «Tal vez debería largarme ahora mismo. No». ¿Por qué allí? ¿De qué tenían miedo, de que fuera a encontrar algo? Lisa hablaba como suelen hacerlo los agentes inmobiliarios.

—Las casas de Kartoffelrækkerne tienen muchas escaleras. Tienen más de cien años, también forma parte de su encanto. En su día fueron viviendas para obreros y ahora es un buen barrio. Acomodado. Elegante. Este es el salón. Mucha luz. Y los suelos fueron pulidos el año pasado.

Eva paseó la mirada por el salón vacío. El único

rastro de que alguna vez había habido un cuadro colgado en la pared era un halo amarillento en el papel pintado blanco.

—Y le cambiaron el tejado a la casa en 2011 —dijo Lisa, y buscó el contacto visual con Eva—. ¿Te pasa algo?

Eva se dio cuenta de que se había acercado a la pared y pasaba la mano por la superficie rugosa.

—Es solo que... Había un cuadro colgado aquí. Un lienzo.

Lisa sonrió porque no sabía qué decir. Eva miró al hombre del pelo corto. Él ya no sonreía.

—¿Por qué lo quitaron?

—No entiendo.

—En el anuncio de la Red —dijo Eva—. Entré para ver las fotografías de la casa, y al día siguiente la foto con el cuadro había sido sustituida por una tomada prácticamente desde el mismo ángulo, esta

vez sin el cuadro. ¿Sabes por qué? Solo es por curiosidad —se apresuró a añadir Eva.

Lisa se encogió de hombros.

—¿Has venido para ver arte o para comprar una vivienda?

Los demás se rieron. El hombre se acercó a Eva, ahora que los demás se alejaban.

—¿Venís? —Lisa los miró, agitó la mano un poco impaciente.

Esta vez fue Eva quien se adelantó escaleras arriba hasta la planta superior. Fue la primera en entrar en el estudio. Había un escritorio en el centro de la habitación: bello, antiguo, oscuro.

—Lo utiliza como su despacho en casa. Pero también puede ser una fantástica habitación infantil —dijo la agente, y miró el vientre de Eva solo un instante, una rápida comprobación, por si había algún indicio, por pequeño que fuera—. ¿Tienes

hijos?

—No —dijo Eva, sorprendida de que la agente se hubiera referido a Brix en presente. A lo mejor no sabía que estaba muerto. A lo mejor era para evitar cualquier asociación con la muerte en medio de una informal y simpática visita. Eva se colocó detrás del escritorio de Brix. Él la vigilaba. También cuando examinó la papelería. No estaba vacía. ¿Era una tarjeta de embarque lo que había?

Eva abandonó la casa junto con la última pareja. Los demás se habían ido. No era para ellos, le había dicho el hombre en voz baja a la agente de la inmobiliaria. Ahora solo quedaba ella, sola con él.

—Me he olvidado una cosa —dijo Eva, justo cuando la agente se disponía a cerrar la puerta con llave—. Ya voy yo.

Eva fue rápida. Subió las escaleras. Oyó a Lisa a sus espaldas hablando por teléfono. Entró en el despacho de Brix. Sobre la mesa, la carta de una

compañía de seguros. Un escrito del banco sobre una próxima reunión. El orden del día de una junta general de la comunidad de vecinos. Cajón superior: un bloc de notas, un par de plumas caras, una revista: *Caza & Armas*. Papelera: una tarjeta de embarque. Eva la sacó y la examinó. SAS. «¿Cuándo murió?», se preguntó, y se metió la tarjeta en el bolsillo. Hacía una semana. Es decir, que acababa de volver cuando sucedió. Llevaba pocas horas en casa. Siguiente cajón: las actas de una reunión del consejo de administración de una empresa de la que Eva nunca había oído hablar. Una fotografía de Brix junto a Helena, cogidos del brazo en una fiesta. Ella parecía borracha, alegre; en esa foto el parecido entre los dos hermanos era evidente.

El teléfono: descolgó el auricular. Un botón de rellamada, la última llamada realizada desde el teléfono o recibida. Lo pulsó. El número apareció en la pantalla. Era un número del extranjero, con un código de país: 0039.

Eva se inclinó un poco hacia delante y miró por la ventana. La agente inmobiliaria seguía hablando por teléfono. Él también seguía allí. Al otro lado de la calle, la esperaba. Paso un largo rato en el que Eva estuvo a punto de interrumpir la llamada cuando de pronto se oyó un breve silbido seguido de una voz electrónica que decía algo en... ¿español? ¿En italiano? Un voz de mujer.

—*English?*

—*Yes, madam. Who am I talking to?*

Eva vaciló. De pronto no sabía qué decir.

—¿A quién he llamado? —dijo finalmente en inglés.

—Al hotel Villa Maria.

—¿Que está dónde?

—Disculpe. ¿De qué se trata? ¿Desea reservar una habitación?

—¿Dónde está el hotel?

—En San Menaio.

—¿Italia?

—Sí.

—¿El aeropuerto más cercano?

—*Madam, that would be Rome.*

¿Un hotel cercano a Roma? Una llamada que Brix había realizado poco antes de morir. Eva oyó a Lisa. Estaba entrando a buscarla.

—Hace una semana —dijo Eva, apretó el auricular contra su oreja, pensó rápidamente mientras luchaba por no perder la cuenta de los días — u ocho días. Un hombre llamó desde Dinamarca. ¿Le suena? A lo mejor estuvo hospedado en su hotel. Christian Brix.

—*No. No. We can't... information. Sorry.*

—*Please.*

Pasos en las escaleras. Eva tenía la tarjeta de embarque en la mano cuando la agente inmobiliaria entró en el vestíbulo. Roma. Fiumicino. Lo tenía allí, negro sobre blanco. Brix había vuelto de Roma el día antes de su muerte. Y se había encontrado con alguien allí. ¿Había vuelto a casa y se había apresurado a llamar al hotel Villa Maria? ¿A quién? ¿A quién llamas a un hotel en Italia? ¿A una amante? ¿A alguien que tenía algo que ver con su muerte? Tal vez.

Lisa estaba delante de ella. Eva colgó.

—¿Eres de esas tías raras? —dijo, enojada.

Eva miró por la ventana. El hombre había desaparecido. Ya no estaba al otro lado de la calle.

—¿Una de esas a las que les gusta revolver las casas de los demás? ¿Nos vamos ya?

Lisa iba detrás de ella. Cerró escrupulosamente la puerta con llave. Eva se quedó sola frente a la

casa. No lo veía por ningún lado. ¿Serían imaginaciones suyas? El hombre rapado... ¿Paranoia?

Allí. Una parada de autobús. Un autobús que estaba llegando. Paranoia o no, tenía que estar entre otras personas. Gente a modo de escudo. Cruzó la calle en el último instante, justo cuando el autobús pasaba. Luego miró por encima del hombro. Se metió en el autobús; no tenía billete, al conductor le daba igual. Eva aprovechó el tiempo hasta Rådhuspladsen para odiarse a sí misma. Era la última vez que quebrantaba las recomendaciones de Lagerkvist. ¿Acaso no le había dicho que no utilizara la Red?

«Para empezar, vas a prescindir de Internet», le había dicho. A partir de ahora seguiría la ley de Lagerkvist. «Eva, eres una idiota». Para gente con el equipo adecuado resulta tan sencillo seguir un rastro electrónico como unas pisadas en la nieve. Y tenían el equipo adecuado, lo había ido comprendiendo

poco a poco. «Sí, ya lo he aprendido. Solo te pido que me ayudes a superar el día de hoy, Lagerkvist».

Eva se bajó del autobús. Cogió un tren. Se subió y se bajó, metro, taxi. Entrada la noche se atrevió a volver a casa, al submarino, y sumergirse.

H. C. Andersen Boulevard

20.30

Marcus miró hacia la entrada del hogar para mujeres. El más famoso de todos, el hogar Grevinde Danner para mujeres necesitadas. Vio entrar a dos y salir a una. Pero parecían trabajar allí, no necesitadas, fuera cual fuese el aspecto que estas tuvieran.

Eva era más lista de lo que Marcus había pensado. Lo de ingresar en un hogar para mujeres maltratadas era sencillamente una genialidad. Ningún hombre puede poner los pies en un hogar para mujeres. Todos los hombres estaban bajo sospecha, todos los hombres eran cerdos en potencia. Al igual que Marcus. Marcus, que había atado de pies y manos a una mujer, que le había tocado la entrepierna. Se miró el dedo. Por un instante imaginó que su índice derecho, el que había

sentido su calor, se había contagiado de algo. Algo que le había impedido apretar el gatillo. Si hubiera puesto fin a la historia de Eva cuando la tenía en el conducto de ventilación... Pues sí, no habría estado donde estaba, con los pulmones llenos de ella cada vez que respiraba. Volvió la mirada hacia el hogar de mujeres: cerradura en la puerta, guardia, muro, alarmas en las ventanas. Tampoco pretendía entrar a la fuerza. Entonces, ¿qué debía hacer? Tenía que advertirla. Tenía que contarle que era la única persona que podía salvarla. Tenía que alertarla contra Trane, que la andaba buscando y quería matarla. ¿Por qué iba a creerle? Porque no le había disparado. Porque lo habían atropellado. Porque se había sacrificado por ella.

Cruzó la calle. Sintió un terrible dolor en la pierna derecha donde el coche lo había alcanzado. Un conductor usó el claxon. Miró airado a Marcus. Al llegar al portero automático, titubeó. Había más de un hogar para mujeres, o centro para mujeres, en

la capital. ¿Por qué iba a estar allí? Porque estaba desesperada. Tenía que actuar con rapidez. Al igual que Marcus, en una situación cualquiera elegiría el primero que se le ocurriera. Danner, el más conocido. Cercano al hospital. Sí, tenía que estar allí. Llamó a la puerta.

—Hola.

Una voz de mujer, hostil. Una cámara sobre la puerta vigilaba a Marcus.

—Yo...

—¿En qué puedo ayudarte?

—Hay una mujer que vive aquí. Está en peligro —dijo Marcus, y se dio cuenta enseguida de cómo había sonado aquello.

—Tengo que pedirte que te alejes de nuestra entrada. Si no, llamaremos a la policía.

—Escúchame, por favor. Yo no soy uno de ellos —dijo, y se trabó. No lo era. No era uno de esos

hombres que agreden a las mujeres, incapaces de amar porque sus madres y sus padres no les han querido. No, había atado a Eva porque la Institución era más importante que ella. Porque estaba dispuesta a prenderle fuego a todo aquello que representaba la paz y el amor.

—Ya hemos llamado a la policía.

—Un momento. Solo quiero saber si vive con vosotras una mujer que se llama Eva. Es muy guapa. Pelo castaño, ojos verdes. Debe de tener, como mucho, treinta años. Dile que van por ella. Que yo soy el único capaz de protegerla. Que no ha entendido lo poderosos que son. Dile que la espero... —Marcus se atascó. ¿Dónde podía esperarla?—. Dile que la espero en el bar donde nos vimos por primera vez. Que quiero ayudarla. ¿Hola?

El interfono fue interrumpido. Marcus volvió a llamar. La mujer no contestó. Sirenas a lo lejos. Tal vez venían por él. Tal vez no. Alzó la mirada hacia

el edificio. Se sentía aturdido. Se dirigió al parque para esconderse. En su día formaba parte del foso que entonces rodeaba la ciudad de Copenhague. Era una parte de lo que se suponía que protegería el reino. Tal como había hecho Marcus. Ahora dejaría de hacerlo. La salvaría a ella. Todavía no tenía muy claro el porqué. ¿Sencillamente porque no tenía a nadie más a quien proteger? Toda su vida, desde que protegió a su hermana pequeña acosada por su madre, todo lo que había hecho en el Ejército, siempre había tenido que proteger algo o a alguien. Y ya no quedaba nadie. Solo ella.

15 de abril

Metro al aeropuerto

05.30

Cuando Eva se dirigió al aeropuerto no sabía los vuelos que había a Roma, no tenía manera de averiguarlo si no entraba en la Red. Pensó en la vez que arrojó monedas a la Fontana di Trevi y luego quiso volver al coche porque quería más monedas para poderlas arrojar a la fuente. Tenía cinco años. Quería estar segura de que volvería a Roma. Y entonces se perdió. Pasó muchas horas vagando por las calles de Roma antes de cansarse. Y entonces se echó a llorar. Y llamaron a la policía, aún recordaba algo. Partes de los recuerdos que guardaba sin duda eran cosas que su padre le había contado siendo adulta. Su madre no soportaba hablar de ello. Y Eva no había vuelto a Roma, a pesar de las monedas arrojadas a la fuente. Hasta ahora, por orden de Lagerkvist. «Sigue la pista, no dejes de buscar

aunque tengas que llamar a todos los que se apelliden Jensen». O viajar a Roma, la ciudad en la que se había perdido. Sin embargo, había algo que sí recordaba. El hogar infantil al que la policía la llevó. Donde había pasado una noche entera esperando a sus padres. Nadie sabía hablar danés. Hubo mucho consuelo y cuidados; manos, manos cálidas en sus mejillas. Llegó a hacerse de día antes de que la policía, sus padres y la embajada danesa atasen cabos. Entonces pasaron muchas cosas. Se torcieron muchas cosas. Se rompieron muchas cosas para siempre.

—¿Puedo ayudarla?

Eva alzó la mirada. El hombre parecía cansado. Un empleo matutino en el mostrador de venta de pasajes del aeropuerto.

—¿Roma?

—Roma —dijo él, y lo repitió con un acento italiano aún más cantarín—. Roma, Roma. —

Mientras sus dedos bailaban por el teclado. Miró el reloj—. Primer vuelo de la mañana dentro de treinta minutos. Tiene que darse prisa. Puerta de embarque B12.

Procuró ser la primera en subir al avión, la primera en tomar asiento. Desde allí podía vigilar a cada uno de los pasajeros que agachaban la cabeza y entraban, sobre todo hombres y mujeres de negocios que aquella mañana tenían que asistir a una reunión en Roma. No lo vio entre ellos. Tal vez a uno que tenía cierto parecido, pero iba acompañado de otros dos, y Eva los oyó hablar de leonas romanas y Vespas, una inocente charla matutina, y además vio la expectación en sus ojos. Sí, él y sus colegas se dirigían a Roma para vender algún producto, quizá para comprar tomate triturado o diez millones de toneladas de pasta para la cadena Netto, y Eva la veía en sus ojos la alegría por estar lejos de casa, lejos de los niños, las fiambreras y la mujer. Una noche en Trastevere.

Se sentaron detrás de Eva. Uno de ellos se agarró con fuerza a su respaldo cuando se dejó caer en el asiento.

—¿Cuánto tiempo tendremos en Roma? —preguntó el hombre.

—Solo disponemos de veinte minutos hasta el siguiente vuelo —contestó el otro, y luego pasaron a discutir cómo llegar a Tirana si no les daba tiempo a tomar el avión.

Eva sacudió la cabeza. Nada de sacar conclusiones sin hechos, pensó. Tal como le había enseñado el médico forense, solo porque se hubieran subido tres hombres al avión a Roma no quería decir que ese fuera su destino final. Y, por mucho que Brix hubiera volado desde Roma el día antes de su muerte, no tenía por qué haber estado en Italia. También cabía la posibilidad de que hubiera hecho escala, al igual que los hombres que estaban sentados detrás de ella, que seguían viaje a Albania.

Pero de lo que no cabía duda era de que había aterrizado en Copenhague, en un vuelo procedente de Roma. Había vuelto a casa y había tirado la tarjeta de embarque en la papelera. Y había llamado a Villa Maria, en San Menaio.

Roma

09.20

Roma Termini. Estación central de Roma. El nombre llevó a Eva a pensar en Lagerkvist. *Termini*. Terminal. Algo que acaba. Pero mientras bajaba las escaleras mecánicas le dio tiempo a leer de dónde venía el nombre. La lámina colgaba sobre la entrada a los andenes, con un dibujo completo de los baños romanos. *Thermae*. Uno de los emperadores romanos había construido las termas en la zona donde hora estaba la estación central. El lugar al que llevaban todos los caminos, a no ser que el tópico hubiera despojado el viejo refrán de toda verdad. En cualquier caso, Eva estaba allí. Y no paraba de correr de un lado a otro.

—*Excuse me?*

Un hombre de negocios trajeado con medio

panini en la mano.

—*Sì?*

—*Track nine?*

El hombre se encogió de hombros, disculpándose.

Eva siguió corriendo. ¿Por qué tenía que ser tan complicado? Miró el reloj. Faltaban cinco minutos para la salida del tren a Foggia. Desde allí, en autobús o taxi. Un revisor.

—*Track nine?* —dijo Eva, y le enseñó el billete.

—*Sì. Come! Come!*

Como si hubiera leído la desesperación en su rostro, el revisor la cogió del brazo y la condujo de vuelta, escaleras mecánicas arriba. Por fin, allí estaban los andenes, los veía.

—*Thank you!*

—*Prego.*

Eva estaba empapada de sudor cuando finalmente encontró el asiento número cincuenta y tres, ventanilla. Y sofocada. La mujer que sería su vecina durante el próximo par de horas la miró contrariada. Se sintió torpe cuando se dejó caer en el asiento. Ni de lejos como las pequeñas leonas romanas que la rodeaban. Perfectas, bien vestidas, guapas, impecables. Examinó a las mujeres al tiempo que el tren se ponía en movimiento. Uñas largas, pintadas, maquillaje que debía llevarles una hora cada mañana, peinados que necesitaban cuidados profesionales cada semana. Y la ropa...

—*Oh my God!* —susurró, y cabeceó—. *In your dreams*, Eva.

Ahora mismo era una mujer maltratada que se había quedado descolgada del sistema. Una fracasada. Estaba muy lejos de sus hermanas que ocupaban los demás asientos. Sin embargo, una de ellas le lanzó una sonrisa.

San Menaio

13.30

Solo con ver el Adriático por la ventanilla del tren Eva recobró todas sus fuerzas. El taxista la había dejado en un pueblecito al lado del mar y le había insistido en que recorriera los últimos kilómetros en el tren de cercanías. Nunca entendió por qué, por mucho que el hombre se lo hubiera explicado de tres maneras diferentes, eso sí, las tres en italiano. Era temporada baja y no había turistas, solo un mar de un azul profundo y un suave calor mediterráneo. En la playa, un *bulldozer* daba vueltas empujando montones de arena; se podían seguir los trabajos de limpieza desde el tren. Eva se fijó en el Hotel Sole y en un par más que se veían desde la vía férrea que discurría a lo largo de la costa, pero no vio ningún Villa Maria por ningún lado.

Se bajó. No llevaba equipaje, iba con lo puesto.

En ese mismo instante cayó en la cuenta de que era precisamente con un lugar así con el que había estado soñando durante meses después de la muerte de Martin. Debería haberse instalado en un lugar como ese y haberse convertido en una dama un poco misteriosa a la que, tal vez, si uno se afanaba, podría follarse; aunque realmente no quería a ningún hombre cerca. Su corazón se había endurecido, se había convertido en cuarzo, en algo que ninguna anémona, ninguna primavera, ningún hombre ni ningún dios podrían derretir. Sin embargo, los habitantes del pueblo empezaban a respetar poco a poco a la dama un poco chalada del norte. Con el tiempo, su belleza se marchitaría, sería como un árbol que se va secando lentamente. Entonces parecería cada vez más una chiflada, con el pelo alborotado, una loca que bebía Campari en la plaza a la hora del almuerzo, que siempre estaba borracha pero que nunca rechazaba una copa que pudiera posarse como una película alrededor de su corazón

de piedra. Sí. Este era el lugar. Allí debía encontrar una casa para vivir. Entró en la primera tienda que encontró, una farmacia, y preguntó cómo llegar al Villa Maria.

—*Due minuti* —le aseguró el farmacéutico, y señaló hacia un callejón.

—*Grazie.*

No había muchos, constató Eva cuando volvió a salir, solo la polvorienta calle principal que subía serpenteante ladera arriba y el callejón sin salida. Frente al Villa Maria. Era rosa, como en las fotografías, solo que más bello, más romántico, un lugar construido para la noche de bodas de alguien, no la de Eva, que, sin embargo, entró en la recepción.

Estaba desierta pero limpia, con flores frescas en dos jarrones colocados a ambos lados del espejo. Vio a dos mujeres en el restaurante, disponiendo la cubertería en las pocas mesas que había.

—*Excuse me.*

Las dos levantaron la mirada. La más joven con una sonrisa, la mayor sin.

—*English?* —preguntó Eva.

—*Yes, of course* —dijo la más joven.

¿Cómo se lo podía explicar? Pensó en el periodista moribundo. En lo que él habría hecho. No le sirvió de nada.

—*Can we help you?*

Eva empezó en inglés, lentamente.

—Estoy aquí porque alguien asesinó a un hombre en Dinamarca. *Dead. Understand?*

—*No.*

La joven miró a la mayor.

—Han asesinado a un hombre en Dinamarca —volvió a explicar Eva—. Lo último que hizo antes de

morir fue llamar a este hotel.

La joven tradujo. La mayor cabeceó y se encogió de hombros al mismo tiempo, todo un popurrí del rechazo.

—*Understand?*

—*No!*

Eva decidió empezar de nuevo, pero de un modo un poco distinto. Avanzó hacia ellas y les tendió la mano. Primero a la mayor, que se secó las manos en el delantal y habló con la joven. Discutieron. Tuvo que abandonar el proyecto de la mano tendida. La joven le explicó en su inglés limitado:

—No sabemos nada de un asesinato. Nada. Te has equivocado de personas. *Wrong people! Wrong*—repitió.

La mayor hizo ademán de irse y dijo algo que reavivó la discusión. Eva no entendía nada, aunque comprendió que no llegaría a ninguna parte con

aquellas dos y volvió a la recepción. Se quedó un momento esperando, pensando si debía tocar el timbre. Apareció una mujer en la puerta del despacho. Elegante, de cuarenta y pocos, con curvas, una Madre Tierra, con una placa identificativa justo encima de su gran pecho: «Claudia. Gerente».

La discusión encendida se propagó hasta la recepción en cuanto irrumpieron los dos gallos de pelea. Era un auténtico drama italiano en el que todos hablaban al mismo tiempo. La mayor explicaba y gesticulaba sobre Eva y hacia Eva; la joven la suplía y Claudia, la gerente, las miraba alternativamente. Al final miró a Eva.

—Lagerkvist —susurró esta para sí, como un recordatorio de todo lo que debía y no debía hacer. Tenía que explicárselo tal como era. Era lo que él le había dicho: «No acudes a ellos para que te expliquen la historia. Acudes para contarles tú la historia». Sí, eso era lo que él le había advertido—. Escuchadme —dijo.

Las mujeres la miraron. Eva les explicó la situación. Les habló de Christian Brix. De su muerte. De que había estado allí, que había llamado.

No le dio tiempo a más.

—*Please. Leave! Go!* —la interrumpió Claudia, la gerente.

—Te lo ruego —insistió Eva una vez más en inglés—. Solo estoy intentando averiguar...

—¡No! —la cortó. Sus ojos coléricos, su voz agresiva no encajaban con su apariencia calmada. Agitó las manos como si Eva fuera una mosca irritante que revoloteaba alrededor de su comida—. *Out!*

Eva se retiró hacia la salida, impulsada por las palabras, las miradas y la gesticulación de las empleadas que no le deseaban una larga y feliz vida precisamente. Se volvió al llegar a la puerta. Su mirada se cruzó con la de Claudia. Muy brevemente.

Claudia quería decirle algo con su mirada, algo que no podía decirle de otra manera, palabras que no podían ser pronunciadas.

Eva se quedó en la calle. Solo un instante. Confusa. ¿La mujer quería hablar con ella o no? Cuando la había mirado al pronunciar ella el nombre de Brix, había sido como si dos impulsos contradictorios se enfrentaran en lo más profundo de la mujer. Callar o hablar.

Eva echó a andar por la calle. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia el hotel.

—¿Y ahora qué, Lagerkvist? —dijo en voz alta. Un coche se acercaba en sentido contrario. Iba a toda velocidad. ¿La iban a atropellar? Se echó a un lado y pisó la hierba alta. El viejo Fiat frenó bruscamente. La mujer del hotel, Claudia, la miró airada. Se había quitado el letrero con su nombre. Había un bolso en el asiento.

—*Entrare!* —dijo, enfadada. Y luego añadió en

inglés—: ¡Ahora!

Eva se subió. La mujer miró por encima del hombro antes de dar media vuelta y dirigirse de nuevo hacia el hotel. Pasó de largo por delante y siguió carretera arriba. En lugar de por la ancha calle principal tomó por un camino sinuoso, no lo bastante ancho para el tráfico en los dos sentidos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Eva.

—¿De dónde has venido?

—De Roma.

—Entonces iremos a Roma.

—Yo no... —Eva se atascó. Hizo de tripas corazón—: Para el coche.

—¿Con quién has hablado?

Eva la miró. Su ira parecía a punto de llevarla al colapso.

—¡Contesta! —gritó Claudia—. Pones mi vida

en peligro. Pones la tuya en peligro viniendo aquí y haciendo preguntas. ¿Con quién has hablado?

—Con vosotras. En el hotel.

—¿Con quién más?

—Con nadie.

—¿Estás segura? Con nadie. ¿Y en el camino hasta aquí?

—Con el taxista de Foggia. No hablamos de nada.

—¿Nadie más? *No one?* ¿De camino al hotel?

—Le he pedido indicaciones al farmacéutico.

—¿Le has contado por qué querías llegar al hotel?

—No.

—Piénsalo bien. *Think!*

—¿Fue a ti a quien llamó Christian? Aquella

noche. Antes de morir.

—¿Qué quieres? —la interrumpió Claudia, de pronto con dureza—. ¿Por qué has venido a Italia? ¿Para hablar conmigo?

—Porque quiero saber quién asesinó a Christian Brix y por qué.

—Se suicidó. ¿Es que no lees los diarios?

—Sabes muy bien que no es verdad. Fue a ti a quien llamó. ¿Qué erais? ¿Amantes?

Claudia sacudió la cabeza, golpeó el volante con rabia o impotencia, fue la palabra «amantes» la que provocó aquella reacción. Frenó bruscamente y se llevó la mano derecha a la boca, solo un instante, y se la mordió. Eva vio la sangre brotar.

—*No!* —Agarró la mano de Claudia, que todavía tenía los dientes hincados en ella—. ¡Para ya!

Por fin lo dejó, tal vez fuera la palabra en danés

la que obró el milagro. Por fin brotaron las lágrimas que había contenido. En silencio, completamente en silencio. Eva intentó abrazarla, pero resultaba difícil en un coche tan pequeño. Violento.

—¿Nos sigue alguien? —preguntó Claudia, dificultada por las lágrimas, pensando por un instante en la supervivencia en medio de la impotencia. Eva sabía exactamente cómo se sentía. Experimentaba un profundo deseo de morir mezclado con el instinto de conservación que siempre acababa imponiéndose.

Eva se volvió. Miró por la luna trasera hacia una polvorienta carretera de montaña con olivos a ambos lados.

—No. Nadie nos sigue.

Silencio. De la clase que hace ruido. Eva le cedió la palabra al llanto, durante unos segundos no hubo espacio para nada más.

Pausa. Aire en los pulmones. Claudia la miró.

—¿Quién eres? ¿Eres periodista? No deberías haber venido. Supongo que eres consciente de lo peligroso que es.

Se miró la mano, las escasas gotas de sangre, como si fueran un aviso de toda la sangre que se derramaría antes de que la tragedia hubiera llegado a su fin.

—¿Estar aquí?

—Que te vean en mi compañía.

—Lo es igualmente dejarse ver conmigo. Han intentado asesinarme. —Eva se bajó el pañuelo de seda. Claudia le miró el cuello—. Estamos juntas en esto.

—No. —Claudia soltó una risa falsa—. No estamos juntas en esto. Yo he perdido.

—Yo también he perdido. Mi novio ha muerto. Han asesinado a uno de mis viejos amigos. ¿Qué

erais, Brix y tú?

Claudia vaciló.

—Nos conocíamos desde niños. Su familia tenía una casa aquí. Solíamos jugar juntos.

—¿Novios de la infancia?

—Sí. *Amore*. Siempre hemos formado parte de la vida del otro.

—*Amore*? ¿Por eso quería divorciarse?

Claudia asintió con la cabeza.

—¿Y fue a ti a quien visitó antes de morir?

—Sí.

—¿Para qué te llamó?

—Para decirme que me amaba, pero que tenía miedo.

—¿De? —Silencio. Eva lo intentó por otra vía

—: ¿Trabajas en el hotel?

—Es mío, pero están allí constantemente. Y mi casa está bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Mi teléfono está pinchado. Controlan cualquier rastro electrónico que dejo.

—¿Quiénes son ellos? ¿Los que asesinaron a Brix? ¿Los conoces?

Eva podría haber seguido preguntando, tenía cientos de preguntas y tenía ganas de hacérselas todas a la vez.

Claudia puso el coche en marcha.

—Ahora iremos a Roma. No puedes quedarte aquí. Por el camino hablaremos. Pero, antes que nada, dime, ¿quién eres?

Claudia y Eva cruzaron los Apeninos en dirección a Roma mientras Eva se explicaba. Le contó lo del dibujo, el SMS, las horas que no cuadraban. La italiana no pareció sorprenderse ni una sola vez. Al contrario, Eva tuvo la sensación de

estarle contando una película a alguien que ya la había visto.

—De acuerdo —dijo Claudia cuando se produjo una nueva pausa—. Sabes mucho.

—Ellos lo asesinaron. Encontré la prueba. ¿Quiénes son ellos? ¿Por qué?

—Debes preguntarme quién era él —dijo Claudia—. Brix.

—Muy bien. ¿Quién era?

Claudia sonrió, con una sonrisa repentina que sorprendió a Eva.

—Es un hombre magnífico —dijo Claudia. Volvía a estar vivo en su recuerdo, en aquel mímico momento. Eva lo vio en sus ojos. Así es como mantenemos con vida a los muertos, recordando una caricia, una palabra que fue pronunciada, tal como había hecho Eva con Martín—. Pero nació con un compromiso —continuó Claudia—. Sus padres

conocían a la familia real.

—¿A la danesa?

—Y a otras casas reales extranjeras. Formaba parte de todo ese circo.

—¿Tú también?

—¿Yo? —Claudia se rio—. Soy la propietaria de un hotel en una provincia italiana de la que pocos han oído hablar. Soy su novia de la infancia. Era su recuerdo de otra vida. Y él era mi recuerdo del amor. Jugábamos juntos y éramos algo del todo especial el uno para el otro. Algo que ambos queríamos recuperar: la inocencia.

—¿A qué te refieres cuando dices «todo ese circo»?

Claudia cabeceó, pero Eva la presionó.

—Tú misma lo dijiste. Están por todas partes. Tendrás que abrir la boca. Es lo único que podrá protegerte. A ti. A nosotras. Cuanta más gente oiga

hablar de ello, más protegidas estaremos. Eso les dificulta las cosas. ¿No lo ves?

Claudia negó con la cabeza.

—¿Estás hablando de escribirlo?

—Es el único escudo que tenemos, que todo el mundo lo pueda leer.

—Nadie está dispuesto a publicarlo.

—Por supuesto que hay quien sí.

—Me temo que no has entendido nada —dijo Claudia.

—Entonces explícamelo. Cuéntame todo lo que sepas. Hazlo también por Brix.

—Son muy poderosos —dijo Claudia antes de meterse en la autopista y echar un último vistazo por el retrovisor.

—¿La familia real?

—Es una gran familia. Las siete grandes monarquías que quedan en Europa están emparentadas entre sí. Todos son hermanos y primos, cualquier monarca europeo actual tiene un padre o un abuelo o una madre o una abuela que fue rey o príncipe en una de las otras casas reales. ¿Lo comprendes? Están unidos por lazos de sangre. No debes pensar en ellos como en la Casa Real danesa, la noruega o la española. Debes pensar en ellos como un todo. Una casa. Una familia. Una familia cuyos miembros llevan milenios combatiendo entre sí, pero que también se han ayudado. Se han casado entre ellos. —Claudia soltó el volante un segundo y juntó las manos para ilustrar lo unidos que estaban —. Así que ahora tienes a los jefes de Estado de Gran Bretaña, Escandinavia, Holanda, Bélgica, España. Una gran familia, ¿no te parece? —dijo, y enseñó sus dedos entrelazados.

—Te sigo. Ahora solo te pido que vuelvas a coger el volante.

—No, no me sigues. Aquí está la familia. Un milenio de antigüedad. Saben que solo con que uno falle, solo con que la población de un país ponga a una rama de la familia de patitas en la calle, se producirá un efecto dominó. Las historias negativas empezarán a salir a raudales, arrastrarán a los demás como un virus que se propaga. Tal vez no en una semana, pero de forma segura e inexorable.

—¿Así fue como te lo contó Christian?

—Ya sabían tras la Revolución Francesa que la democracia y la sociedad impía suponían una amenaza para la monarquía. Crearon una alianza.

—La Santa Alianza —dijo Eva.

—El zar de Rusia, el rey de Prusia y el Imperio austrohúngaro. El objetivo era mantener a raya la sociedad impía y la democracia. En 1815. El pacto en sí solo duró oficialmente unos pocos años, pero en realidad nunca se derogó.

Eva miró a Claudia. Era Brix quien hablaba a través de ella. La explicación que le había dado eran sus palabras, como cuando un adolescente habla de política y se oyen las opiniones de sus padres salir de su boca. Aquella era una voz de ultratumba. Una voz que daba a entender que la Santa Alianza en realidad supuso el nacimiento de la Unión Europea: una coalición de estados soberanos europeos unidos por el deseo común de preservar la paz.

—La Santa Alianza nunca se rompió —dijo Claudia—. Al contrario. La familia europea se mantiene unida. Después de la Santa Alianza cambiaron el nombre por el del cuarteto y el quinteto. El éxito tiene muchos nombres. Y Christian era una especie de *lobbyst* de ese tinglado.

—¿Te lo explicó con esas palabras?

Claudia vaciló.

—Necesito oírlo tal como te lo explicó —dijo Eva.

—Se consideraba a sí mismo un Metternich moderno.

—¿El príncipe Metternich? —dijo Eva, y pensó en el cuadro de casa de Brix que alguien había descolgado.

—Metternich fue el padrino de la Santa Alianza. Estaba en contra de la democracia y el nacionalismo, a favor de Dios y de la monarquía. Era un buen hombre que deseaba la estabilidad, el progreso y la paz, y que consideraba al monarca como alguien a quien Dios había puesto en la Tierra —dijo Claudia mientras sus ojos controlaban el tráfico por el retrovisor.

—¿Y si Dios ha puesto a los monarcas en la Tierra estos tienen la obligación de instaurar el reino sobre la Tierra? —dijo Eva.

—Estás muy puesta en el asunto. Así se ven los monarcas. Lo hacían entonces y lo hacen hoy. Por la gracia de Dios.

—Y así se veía Christian a sí mismo.

—Sí.

—¿Trabajaba como *lobbyist* para la monarquía danesa? ¿Es así como debo entenderlo?

—Eres como todos los demás. Crees que se trata de un país en concreto. De princesas de color de rosa y ridículos desfiles cuando un príncipe británico o una princesa danesa se casan.

—Entonces explícamelo.

—Imagínate las familias más poderosas del mundo. Siete grandes monarquías más unas cuantas menores. Llevan un milenio o más en el poder. En principio, son una gran familia. ¿De qué crees que hablan cuando se reúnen? Y se reúnen a menudo.

—De... No lo sé —dijo Eva, y se arrepintió al instante. Sonaba como si fuera incapaz de pensar, y aunque se daba cuenta de adónde quería llegar Claudia, prefería oírlo de su boca en lugar de tener

que hacer conjeturas.

—¿Hablan de vestidos y de grandes bailes? ¿De cómo hay que posar ante los fotógrafos en la próxima fiesta?

—Cuéntamelo, Claudia. Cuéntame lo que sabes. Tal como te lo explicó Christian.

—Hablan de la manera de conservar el poder, y de cómo rehabilitar a antiguos monarcas en los tronos vacantes. Deja que te dé un ejemplo. Hace pocos años, en 2004, en el palacio de La Zarzuela, los dos rivales que se disputan el trono italiano llegaron a las manos. Si quieres puedes leerlo en los diarios de entonces, no es ningún secreto. Vittorio Emanuele, el hijo del rey italiano depuesto, y el príncipe Amedeo se pelearon por cuál de los dos era el heredero legítimo del trono de Italia.

—Pero si sois una república.

—También lo era España hasta mediados de los

setenta.

—¿Y los italianos quieren que vuelva el rey?

—Al rey nunca lo habrían derrocado si no hubiera apoyado a Mussolini.

—Pero lo hizo. Y lo echaron, ¿verdad?

—Desde entonces tenemos la democracia más inestable de Europa. Cada vez hay un mayor número de italianos que se muestran favorables a la idea de reinstaurar la monarquía. ¿Realmente crees que los dos riquísimos príncipes se pelearon por nada en las escaleras del palacio de La Zarzuela? ¿Y sabes quién agarró al príncipe vencido?

—No.

—La reina Ana Maria de Grecia.

—¿La hermana de la reina danesa?

—Exactamente. Derrocada en algún momento de los años setenta, pese a lo que sin embargo todo el

mundo sigue llamando a su esposo rey de Grecia y a ella reina de Grecia. Incluso vuestra reina nunca ha aceptado la democracia griega. Siempre le da el trato de reina de Grecia a su hermana Ana Maria. Y el Gobierno griego tiene el mismo miedo cerval que el italiano. Hace muy pocos años que dejaron entrar a Vittorio Emanuele en Italia, en 2002. El heredero al trono llevaba más de cincuenta años sin poner los pies en suelo italiano. El Gobierno italiano no quería, bajo ningún concepto, dejar entrar al príncipe heredero en el país. Pero ¿quién crees que, a la postre, echó una mano a Vittorio Emanuele?

—¿Brix?

—La Unión Europea —dijo Claudia, triunfante. Y continuó tras una pausa teatral—: El Tribunal Europeo de Derechos Humanos se opone frontalmente a los deseos del Gobierno italiano. Estamos hablando de un hombre que es nieto del rey que colaboró con Mussolini. Estamos hablando de un hombre que en 1969 se proclamó rey de Italia *in*

absentia, a quien le importa un pepino la democracia. Pues a este hombre lo deja entrar la Unión Europea. ¿Y a quién le hace la primera visita? —Claudia miró a Eva, esperando una conjetura que, sin embargo, no llegó—. Al Papa, en audiencia privada. Bendecido por el Papa en el Vaticano.

—¿Y los italianos no podrían haberle negado la entrada?

—No hay nada que hacer ante el Tribunal de Derechos Humanos. Y el Gobierno italiano solo lo dejó entrar después de que firmara la Constitución italiana y hubiera renunciado a cualquier derecho sobre bienes inmuebles, títulos, poder o privilegios en Italia. En ese momento, el hijo del hermano del último rey, el príncipe Amedeo, se convirtió en heredero oficial del trono. Por eso la pelea en casa del rey español.

—¿Y las dos flechas?

—Sí. Las dos flechas. Barbara von Krüdener. La

mujer que sedujo al zar.

—Con ideas sobre el derecho divino a los tronos...

—Christian me contó que aparece en vuestra Constitución que es reina por la gracia de Dios. Es decir, que Dios está indirectamente implicado en la condición de reina de vuestra reina. ¿Sabías que es profunda, pero profundamente religiosa?

—No. Bueno, sí, quizás.

—También lo ha declarado en varias entrevistas. Durante largos períodos estuvo yendo a la iglesia diariamente. En un momento dado, su marido estuvo a punto de enloquecer. Está realmente convencida de que Dios la ha puesto en el trono. En este sentido no hay diferencia entre Dinamarca e Irán. Ambos países están presididos, en última instancia, por un fanático religioso que cree haber recibido su mandato del Todopoderoso. Luego es posible que haya un Primer Ministro y un Parlamento. Pero todo el mundo que

asciende...

—Todo el mundo que asciende —la interrumpió Eva— lo hace mediante la estructura de poder.

—Exacto. Y la reina tiene a Dios de su parte cuando decide quién asciende y a quién hay que excluir.

Eva reflexionó mientras respiraba hondo, como si se hubiera contenido hasta entonces.

—¿Qué más te dijo?

—En 2005 se publicó un libro en Rusia. Al principio solo se editaron trescientos ejemplares. Era una edición bellamente encuadernada, de distribución limitada entre los rusos más influyentes y los mandamases del sistema de la Unión Europea. El libro versa sobre la manera de fortalecer Rusia, de restituir a los zares y de contener la democracia. Más tarde el libro fue publicado por una gran editorial y se convirtió en un éxito de ventas en

Rusia.

—¿Quién lo escribió?

—Es una obra anónima. El año pasado un rico oligarca asumió la responsabilidad de su publicación, pero es una obra a la que han contribuido muchas manos. Existen libros similares sobre Grecia e Italia, y sobre los Balcanes, Albania, Bulgaria, Rumanía. Y así podría seguir. Los reyes y los zares de estos países nunca se han rendido y nunca se rendirán. Varios de ellos están más cerca de ser restituidos que nunca. ¿Cómo? Por la presión exterior. Un trabajo constante. Libros que se distribuyen en secreto. Todo ello orquestado por...

Claudia miró a Eva.

—¿Christian?

Claudia asintió con la cabeza.

—Por la familia. La Santa Alianza.

—Es absolutamente demencial.

—Y ahora hazme el favor de no tomarme la palabra. Vuelve a casa y haz tus deberes. Todo está puesto por escrito, solo hay que buscarlo.

—¿Y cómo es que nadie lo hace?

—Ningún político ni ningún periodista mira más allá de las fronteras de su propio país, pero en realidad es bastante lógico. Solo hay que pensarlo un momento: la familia más poderosa del mundo. Sus amigos más íntimos ocupan los puestos más influyentes del mundo. Gobernadores de bancos, presidentes, primeros ministros, ricachones. ¿Crees que esta familia tiene la intención de recostarse tranquilamente mientras contempla cómo el resto de su poder se deshace entre sus dedos? ¿No es más razonable pensar que esta gente, inteligente, todos ellos con estudios superiores, alumnos de los mejores colegios de Europa y Estados Unidos, con una historia milenaria en la mochila, lucharán por conservar el poder? —Miró a Eva y prosiguió—: En

algunos países han llegado muy lejos abriendo el camino para que los reyes puedan volver. En Serbia y en Albania y en Montenegro. Hace apenas unos años se dieron los primeros pasos oficiales en Rusia. La familia del zar fue enterrada concienzudamente. Creo recordar que hubo una zarina de origen danés.

—Dagmar —dijo Eva, y pensó en la catedral de Roskilde.

—Madre del último zar. Su tumba fue trasladada a la catedral de San Petersburgo; volvieron a enterrarla.

—Sí, lo recuerdo.

—Y la familia del zar recuperó mediante ley sus derechos sobre sus antiguas propiedades en Rusia. La cabeza de familia, Maria Vladimirovna, vive actualmente en España. Además participó en la célebre cena en que los príncipes llegaron a las manos en su disputa por el trono italiano. Maria

Vladimirovna libra su propia batalla contra una parte de la familia Románov por decidir quién será el próximo zar. ¿Empiezas a ver cómo se perfila una imagen?

—Sí —contestó Eva, y contempló el perfil de Claudia. Era fácil adivinar lo que había enamorado a Brix. La tez dorada y su pelo negro, en forma y color como el verano. Casi era la personificación de la idea de otra vida. Una vida fuera del mundo, una vida como la de una revista de interiorismo, con bellas vistas, buena comida y mucho amor. Nada de alta política, nada de estrés, nada de perseguir la riqueza y la fama. Solo vida, la vida en su esencia más pura. Sentada al lado de Claudia, Eva casi podía saborear la necesidad de mandarlo todo a tomar por culo, de darle la espalda a toda esta compleja maquinaria que llamamos civilización. Un pescado del mar. Un tomate del huerto. Uvas de una parra. Besos de Claudia.

—¿Me estás escuchando? —preguntó—. Si no,

con mucho gusto te lo acabaré de perfilar. En Francia, parte de la Casa de Borbón lucha en los tribunales franceses por resolver quién es el heredero legítimo. Luis XX recibe el tratamiento de Alteza Real, sus hijos son bendecidos personalmente por el Papa, el movimiento monárquico está creciendo a marchas forzadas en Francia. El heredero al trono alemán, el príncipe Jorge Federico, declaró recientemente a *Vanity Fair*: «El pueblo alemán debería considerar la reinstauración de la monarquía. Estoy convencido de que así será». Está casado con una princesa alemana, ambos pertenecen a familias riquísimas, sus antepasados se remontan tan atrás en la estructura de poder europea que una casi llega a convencerse de que realmente tienen derecho a gobernar el mundo.

—¿Es esa tu postura?

Claudia ignoró la pregunta y continuó.

—Si te molestaras en echar un vistazo a la gente

que asiste a una boda como esta te quedarías boquiabierta. Estamos hablando de reyes derrocados y herederos de Portugal, del Imperio austrohúngaro, de Albania, de la princesa rusa, estamos hablando de condes y barones alemanes de todos y cada uno de los Länder de la antigua Prusia. De gente a la que hace tiempo que echaron a la calle en sus respectivos países. Y fíjate en los puestos que ocupan todos ellos en la actualidad. Figuras decorativas en la administración de la Unión Europea, en el sector financiero, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y puestos en los diferentes departamentos ministeriales de sus respectivos países. El único trabajo que nunca aceptan, ¿cuál es?

—¿Cuál?

—Echa la cuenta. ¿Sabrías decírmelo?

—No.

—La política. ¿Y por qué?

—¿Sería lo mismo que aceptar la democracia?

—Exactamente. Si quisieran, les resultaría muy fácil conseguir escaños en los diferentes Parlamentos europeos. Pero no lo hacen. La Alianza ha tomado una decisión unánime que consiste en no buscar ejercer la influencia directa a través de un cargo político. Ha habido uno que sí que lo ha hecho, el antiguo rey de Bulgaria. Ya no pertenece a la alta sociedad.

—¿Por qué?

—Porque un monarca no puede caer tan bajo. Está con Dios. La democracia está con el pueblo. Por esta misma razón vuestro rey danés no quiso vivir en Christiansborg cuando finalizó su reconstrucción tras el incendio de 1794. ¿No es así?

Eva no dijo nada.

—La idea era que el rey viviera en el mismo palacio que albergaba al Parlamento.

—¿Pero?

—Pero él se negó. Sabía que supondría el final de la monarquía. O bien tienes una estructura jerárquica, o bien una estructura horizontal.

—Si eso es cierto, ¿por qué iba alguien a ayudarlos?

—¿Ayudarlos?

—A reyes y príncipes, a reinas y princesas. ¿Por qué iba alguien a ayudarlos?

—Porque en una monarquía el monarca le puede ofrecer a tu familia acceso al poder. Hacer que tus hijos se sienten a la gran mesa. Y tus nietos también. ¿Qué auténtica democracia puede prometerte algo así?

Eva reflexionó mientras miraba la carretera. El mar Adriático asomaba aquí y allá entre las colinas y las vides que todavía no habían brotado y sobresalían como tristes palos del suelo desnudo.

¿Era eso cierto? ¿Era cierto lo que decía, eso de que un monarca podía ofrecer a tu familia prosperidad por muchos años? Tal vez. Cuando pensaba en las fotografías, en las revistas, en lo que había leído... Sí, era exactamente lo que podía hacer la monarquía. Tal vez no podía garantizarla, pero al menos podía abrirles puertas a tus hijos para que entraran a formar parte de la fiesta, para que tuvieran acceso al club de todos los que son alguien en este mundo y que siguen siéndolo gracias al apoyo mutuo con el monarca como garante.

Claudia interrumpió sus pensamientos.

—¿Eres consciente de que el antiguo rey griego se niega a adoptar un apellido por mucho que el Gobierno griego lo exige?

—¿Por qué?

—¿Por qué? Los reyes no tienen apellidos. Se niega a renunciar. En cambio, el Gobierno danés le ha concedido un pasaporte diplomático. ¿Quién

crees que gestiona estos temas?

—¿Brix?

—Él y toda una plantilla de gente que trabaja para la Alianza. Pero aquella noche quiso retirarse.

—¿La noche en palacio? ¿La última noche?

Claudia asintió con la cabeza.

—¿Retirarse de qué? ¿De su trabajo para la Alianza? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí. Grecia le daba miedo.

—¿Por qué?

—Un país arrojado a un siglo de miseria.

—No creo que se le pueda achacar a él.

—Pero la Alianza tampoco ha ayudado precisamente. Al contrario, ha estado ejerciendo presión. Ha presionado para que se aplicaran fuertes sanciones, para que los sueldos fueran precarios.

Todo lo que pueda contribuir a la causa de la Alianza. Y lo ha conseguido.

—¿Cómo? Sigue sin haber un rey griego.

—Durante muchos años ha estado prohibido por ley presentarse al Parlamento griego con un programa promonárquico. Esa ley fue derogada durante la crisis. El camino se ha allanado para que el rey pueda volver. Podríamos decir que, cuanta menos estabilidad, mayor es la posibilidad de reinstaurar la monarquía. Por eso la Alianza no deseaba ayudar a Grecia a salir de su fangal económico.

—Aquella noche, cuando él te llamó...

—¿Sí?

—¿Qué te dijo?

—Que tenía que hablar con ellos, comunicarles que su trabajo había concluido. No quería seguir.

—¿Tenía miedo?

—Lo que más temía era que amenazaran a su familia. A su hermana.

—¿Amenazarla, cómo?

—Que su familia fuera a perder sus privilegios.

—¿Temía que lo asesinaran?

—No. Jamás. —Claudia miró a Eva—. De hecho...

—¿Qué?

—La verdad es que creí que había sido un suicidio. Durante el primer par de días. Tal vez porque sus sentimientos estaban muy divididos, pensé. Recuerda que él también creía en la causa. Creía sinceramente que los monarcas eran lo mejor para el mundo. Siempre decía que los alemanes eligieron a Hitler democráticamente. Que ni la Primera ni la Segunda Guerra Mundial habrían estallado si los reyes hubieran estado en el poder.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú qué crees?

—Da igual lo que yo crea. Él lo creía. A ratos. A ratos dudaba.

—Estoy en condiciones de decirte que no se suicidó, pero no sé exactamente lo que sucedió aquella noche. ¿Te contó con quién iba a reunirse?

—Iba a cenar en palacio y luego hablaría con los demás.

—¿Con los miembros de la Casa Real?

—No. Nunca están directamente involucrados. Tienen secretarios, gente en la corte.

—¿Te dio algún nombre?

Claudia la miró, tal vez asintió con la cabeza, pero sobre todo miró a Eva, como una persona adulta mira a un niño.

—Si yo fuera tú... No estoy segura de si querría saber todo esto.

—¿Por qué?

—Porque creo que las cosas son al revés de lo que tú dices. Hablas de conocimientos y verdades como si fueran un escudo. Yo hablo de todo lo contrario: de conocimientos que te convierten en el enemigo. Christian se había convertido en su enemigo. En el momento en que les dejó claro que quería retirarse, divorciarse, irse a vivir conmigo, empezar una nueva vida.

Eva miró por el parabrisas. Todavía quedaba un buen trecho para llegar a Roma.

Nørrebro

16.10

Estaba sentado en el edificio de oficinas abandonado mirando hacia la finca de enfrente. Al piso de David. El viejo asbesto colgaba sobre su cabeza. Iban a demoler el edificio. Hasta entonces era un lugar ideal para Marcus desde el que vigilar la calle. No había ni rastro de los hombres de Trane. ¿De Trane? Eran «sus» hombres. No. No era así. Nadie posee la Institución. Formas parte de ella, y mientras seas útil todo va bien. Cuando dejas de serlo estás fuera.

Pasó un coche. No era uno de los suyos, nunca usaban coches viejos. Le sorprendía que Trane no vigilara el piso, todos eran conocedores de la amistad que unía a Marcus y a David. Era evidente que Marcus se pondría en contacto con David. ¿Adónde iría si no? Coche nuevo. Era David, estaba

aparcando, una maniobra complicada, no había muchas plazas frente al complejo de pisos. Marcus se levantó. Llevaba horas esperándolo. Le dolía la espalda. Hubo un tiempo en que era mejor. Hubo un tiempo en que le resultaba mucho más fácil reprimir el hambre, el dolor. Pero ya no, se había vuelto débil. Y la debilidad había llegado después de que se hubiera sentado en una silla de oficina hacía un par de años, con un trabajo que primordialmente consistía en mirar una pantalla.

Había pasado la noche en el parque con los parias. Con los que no tenían sitio en ningún lado. Había dedicado la mañana a recoger información sobre los hogares para mujeres de Copenhague. Había al menos cinco, el resto se ubicaban en las afueras. El Nido, en Vesterbro, un centro en Frederiksberg, otro en Østerbro, un cuarto en Nørrebro, el Danner. Cada barrio de la ciudad disponía de una herramienta de urgencia las veinticuatro horas del día. ¡Había tantos hombres

que querían pegar y hacer daño a las mujeres! Además, había un hogar secreto en algún lugar del país. Un centro de acogida tan secreto que solo los empleados conocían su ubicación. Lo sabía porque una de las intérpretes que el Ejército utilizó en Helmand fue trasladada allí. Su vida estaba amenazada porque había ayudado a las tropas danesas, y eso no bastó para concederle asilo en Dinamarca. Había simpatizantes de los talibanes también dentro de las fronteras danesas. Por eso la habían trasladado al lugar definitivamente más protegido del reino. Marcus no creía que Eva estuviera allí, sin embargo. Seguía necesitando poder ir y venir.

David había salido del coche. Parecía cansado. Abrió la puerta del portal con su llave. Antes de abandonar el edificio contaminado echó un vistazo a la calle una última vez.

Esperó en el patio, cerca del cobertizo de las bicicletas. A lo mejor Trane estaba observando la

calle desde un lugar que Marcus no había visto. Se había colado en el patio con una familia de cinco miembros. Había mantenido la cabeza baja y había hablado con ellos en un intento de parecer un ciudadano normal y corriente con quehaceres de lo más banales. Lo habían mirado extrañados, pero no habían dicho nada. Ahora estaba esperando a que alguien saliera por la escalera de servicio. Que bajara la basura o que tuviera que sacar a uno de los niños. Por fin. Dos chicas. La puerta se estaba cerrando a su espalda.

—¿Me da tiempo a entrar con vosotras?

Lo miraron. Una de las chicas agarró la puerta antes de que se cerrara.

—Gracias.

Subió las escaleras de servicio a toda prisa. Había cajas de cerveza con botellas vacías, bidones de agua y todo lo que está prohibido dejar en una salida de emergencia, la clase de cosas sobre las

que hay establecidas normas, sistemas, algo que existe para todo el mundo. Marcus se quedó un instante frente a la puerta del piso de David, escuchando. Nada. Llamó a la puerta. Pasos. Una silla arrastrada por el suelo.

—¿Quién es? —dijo una voz apagada desde el interior.

—Soy yo. Ábreme.

David obedeció. Abrió la puerta. Cayó revoque del techo, solo un poco, como la primera nieve del año.

—Estás hecho una mierda.

—He sufrido un accidente.

—¿Por qué te has escapado del hospital?

—¿Puedo entrar?

David vaciló. Abrió la puerta. Volvió a cerrarla detrás de Marcus.

—Hace tiempo que no como nada. ¿Tienes algo?

—¿Raviolis de lata?

—Perfecto.

Marcus entró en el salón. Miró a su alrededor. ¿Qué se había imaginado, que Trane estaría esperándolo? Sonrió al ver la flor del desierto de David en el alféizar de la ventana. David era blando. Demasiado blando. Debió de darse cuenta entonces, en la tienda de campaña donde dedicó horas a esa jodida flor.

—Estoy calentándolos —dijo David.

Se miraron brevemente.

—¿Qué es lo que fue mal?

—Tengo que encontrarla. A Eva Katz.

—Trane ha puesto a varios hombres a buscarla. No te preocupes, acabarán el trabajo.

Marcus inspiró hondo.

—Me malinterpretas —dijo—. Tengo que ayudarla. Ahora mismo no te lo puedo explicar, pero esto está mal.

—¿Mal? ¿Y me lo dices ahora? Ya te dije que estaba mal lo del viejo en los baños públicos. Lo del periodista.

Marcus oyó cómo hervía la salsa de tomate en la cocina.

—Estuvo bien en su caso, y está bien que estés contra mí ahora. Yo estoy fuera, David.

—No eres dueño de ti mismo.

—No. Es cierto. No soy dueño de mí mismo. Estoy fuera. Tú estás dentro. Sigues teniendo que defenderte contra gente como yo. Soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea ella. Ahora estoy en mi derecho. ¿Comprendes? Quiero salvarla.

—Comprendo que te has golpeado la cabeza.

—Por los viejos tiempos. ¿Tienen alguna pista?

¿Sabes dónde está?

David negó con la cabeza.

—¿No quieres decírmelo o no lo saben?

—No podemos hablar de ello.

—¿Tú y yo?

—¿Tú hablarías conmigo si la situación fuera a la inversa?

—No te diría ni una sola palabra. Te sacrificaría inmediatamente. Informaría. Te denunciaría. Probablemente te mataría.

David bajó la mirada, herido. No había sido la intención de Marcus. Dio un paso adelante y abrazó a su viejo amigo. Los brazos de David colgaban laxos.

—Hazme un pequeño favor —le susurró Marcus al oído.

David quiso apartarse, pero Marcus lo sujetó,

siguió susurrando, nunca se sabía quién estaría escuchando.

—Cuando la hayan encontrado, avísame. Retira la flor del desierto que tienes en el alféizar de la ventana. Esa será la señal.

David se apartó, miró la planta. Comprendió lo que Marcus quería que hiciera: darle una señal. Una señal muy sencilla, primer punto del manual del espía, algo que nadie pudiera rastrear. Marcus podía pasar inadvertido, comprobarlo. Cuando Trane hubiera encontrado a Eva, la planta desaparecería, y entonces Marcus tendría mucha prisa o bien todo habría acabado.

—*Please* —susurró Marcus.

Un gesto afirmativo apenas perceptible de David. Un gesto que revelaba mucho más de lo que David había imaginado: que no la habían encontrado. Que probablemente no sabían dónde estaba Eva. En ese mismo instante afloró un

sentimiento inesperado en Marcus. Soledad. ¿Sería porque él y David ya no pertenecían al mismo bando o simplemente porque necesitaba ayuda? No podía vigilar tantos hogares para mujeres a la vez. No tenía ni la más mínima posibilidad. Ella tampoco.

Via Bartolomea Capitanio

17.30

Eva estaba sentada en un taxi. Llevaba metida en un coche prácticamente desde la mañana. Apenas hacía veinte minutos que Claudia la había dejado. Se habían abrazado, Eva había inspirado el aroma a infancia e inocencia que Brix había encontrado lo bastante prometedor como para jugárselo todo a cara o cruz. Y Eva le daba la razón. Si alguna vez hubo una mujer que se lo mereció, en este caso desde luego la había encontrado. Aunque demasiado tarde. Eva había prometido que no volvería a llamar a Claudia, que no arrastraría el rastro de muerte y desgracia hacia ella. Llegó a prometérselo tres veces antes de que Claudia accediera a soltarla. ¿Claudia tampoco quería conocer el final de la historia si Eva descubría cómo había muerto Brix? No. Estaba muerto. Si pretendía sacarle aunque solo

fuera un poco de la vida que le quedaba tendría que olvidarlo, olvidarlo todo. Y animó a Eva a hacer lo mismo.

—Via Bartolomea —dijo el taxista, y miró el taxímetro—. *Chiuso! Sì?*

¿Era allí? Un montón de grava bloqueaba la calle.

—*Sì?* —dijo el taxista, y repitió—: ¡Via Bartolomea!

—*Sì.*

Eva sacó veinte euros.

El taxista miró el billete como si estuviera lejos de bastar. El taxímetro indicaba dieciocho con cincuenta.

—*Return, return* —dijo el taxista, y dio paso a una larga serenata italiana según la cual también tendría que volver y que, por lo tanto, costaba el doble. Eva cerró la puerta de golpe y lo ignoró.

Seguía gritándole cuando pasó por encima del montón de grava. ¿Realmente era allí? A lo mejor su padre lo recordaba mal. Lo habían hablado unas semanas después de la muerte de su madre. Habían hablado de la noche de la que nunca habían podido hablar mientras su madre todavía vivía. La noche que se había instalado como un trauma, no solo en Eva, sino en toda la familia, la noche en que Eva se perdió, con apenas cinco años, en un país extraño. A lo mejor aquella noche también había convertido a Eva en hija única. En cualquier caso, esa era la opinión de su padre: que a partir de entonces su madre se había refugiado en sí misma; que se había quedado paralizada de miedo y de pérdida en las horas en las que Eva estuvo desaparecida; que desde entonces nunca volvió a ser la misma. Había gritado y llorado, le contó su padre. Estaba convencida de que habían secuestrado a Eva y de que nunca volvería a ver a su hija. Cuando volvieron a Dinamarca, apenas perdía a Eva de vista unos

minutos y se le disparaba el corazón de angustia. Nunca volvieron a insinuar siquiera la posibilidad de tener otro hijo. La madre de Eva había tenido más que suficiente vigilando a la única hija que tenía, a esa niña rubia para quien el mundo era demasiado peligroso.

Eva siguió avanzando por el borde de los campos. Pinos y cigarras. Se le ocurrió una idea: también se podía vivir allí, a las afueras de Roma, muy lejos de todo y de todos a los que había conocido hasta entonces, pero envuelta en la calidez y la sensación bamboleante de la Antigüedad, como ese camino, ese lugar que inducía a pensar en los movimientos del tiempo, en el César que había pasado por allí a lomos de un caballo y acompañado por una legión hacía varios milenios, en grandiosos ejércitos romanos que marchaban precisamente envueltos en ese aire polvoriento. Por la noche podría beber vino fresco y pensar en los primeros cristianos de Roma, en la historia, en todo lo que

había sucedido antes de nosotros, las guerras, los esclavos, los muertos en el campo de batalla. Otros antes que ella habían sostenido una dura y descabellada lucha y habían tenido todas las de perder. Y cuando estas cosas suceden hay que reconocer lo poco que puede abarcar uno, cuán pequeño es, y confiar en que los próximos mil años solucionarán el problema.

El perro había visto a Eva antes de que ella lo viera a él. Había dejado el camino y ahora le gruñía escondido entre los arbustos.

—¡Lárgate!

Le enseñó los dientes a Eva. Gastados como los dientes de un lobo. A lo mejor era un lobo. Eva se agachó a coger una piedra, la mínima defensa que tenía. El movimiento bastó para que la bestia saliera corriendo. Estaba acostumbrada a ello; los niños llevaban una eternidad lanzándole piedras. Se quedó un ratito estrujando su defensa en la mano antes de

seguir adelante. No soltó la piedra hasta que vio el edificio, como si por fin se hubiera liberado de la angustia que había apresado su corazón durante tanto tiempo. Ya había llegado. Sí. Ese era el lugar, las ruinas del hogar infantil a la que la habían llevado de niña. No cabía duda. Aunque no quedaba ni un solo cristal en las ventanas, todavía daba aquella sensación de castillo que había admirado entonces, cuando tuvo la sensación de haber llegado a un palacio. Los agentes de policía la habían sacado del coche. Una monja la había recibido en las escaleras. Las manos, tan cálidas contra sus mejillas. Abrazos. Muchas manos y muchas mujeres vestidas igual, todas se parecían.

Eva pasó por encima de un montón de madera vieja y restos de un sofá. Una parra se había hecho fuerte, se había metido por la ventana; la vanguardia de la naturaleza se preparaba para asumir la dirección, para borrar las huellas del ser humano y de todas las desgracias que hemos acometido.

Desgracias, huérfanos, Eva todavía recordaba a todas las niñas. Varias de ellas estaban despiertas cuando la llevaron al dormitorio. La miraron. Una le susurró algo, pero Eva no entendió lo que le decía. La monja les chistó. Se quedó un rato acariciándole la mejilla, le dijo algo sin duda cariñoso y tranquilizador, y luego se fue. Un poco después, Eva se había incorporado en la cama. Había vuelto a llorar. No podía dormir. Todavía no. La otra niña le había sonreído, o algo parecido, así era como Eva lo recordaba. ¿Qué era lo que le había dicho a la psicóloga, muchos años después, la primera vez que la visitó, meses después de la muerte de Martín? Algo que a la psicóloga le había parecido fantástico. Algo que Eva había pensado, en su pequeña versión de sí misma, a los cinco años, estando echada en una de las camas del dormitorio, junto a las demás niñas.

Eva no estaba segura. Se encontraba en una habitación oval, con ventanas redondas, grafiti en las paredes, podía ser el dormitorio donde se había

incorporado en plena noche. Donde había mirado a las demás niñas. Donde había pensado que nunca más volvería a ver a su madre, que estaba sola. Eso era lo que había pensado. Estaba sola como las otras niñas. Y luego había pensado otra cosa que también le había contado a la psicóloga, ¿por qué le costaba tanto recordarlo? Al fin y al cabo, había pensado que, si todas las niñas en el dormitorio podían soportarlo, ella también podría. Todo se arreglaría. Era capaz de estar sola. Le parecía bien.

Sydhavnen

18.30

La tienda seguía abierta y no parecía gran cosa. Pero tal vez fuera una buena señal, pensó Marcus. Era tranquilizador que una tienda que vendía alarmas y cámaras de vigilancia fuera discreta y anónima. Había un letrero en el escaparate: «Vuelvo enseguida». Marcus aprovechó la espera para recorrer los escasos metros que le separaban del puerto, del puerto de Copenhague y el agua negra como su alma. Colgaban algunas redes en un par de barcos. Un tipo que disfrutaba claramente de su tiempo libre saludó a Marcus con un gesto aislado de la cabeza y luego dedicó toda su atención a su bote. Había que rascar los bajos y pintarlo. Marcus sonrió. Desde luego no había planeado aquello. Una bella noche, un bello lugar. Si algún día Marcus tenía que abandonar el mundo, y si las cosas tenían

que ir un poco deprisa, ese podría ser el lugar donde desaparecer. Una red con algo pesado dentro alrededor de la pierna y al mar de la ciudad, al fondo, con los demás soldados que habían acabado sus vidas en estas aguas. Los que lucharon en la Batalla Naval de Copenhague, los que atravesaron el hielo cuando llegaron marchando los suecos. Sí, era un buen lugar para los que ya no estaban.

Marcus entró en la tienda aparentemente anodina. El hombre que había tras el mostrador encajaba en ella a la perfección. Ropa amplia, estatura media, pelo rubio castaño, un rostro falto de todo carácter.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó el dependiente con una voz que insinuaba que estaba a punto de pillar un catarro.

—Necesito cinco cámaras de vigilancia.

—¿Cinco? No es moco de pavo. —Una sonrisita que desapareció rápidamente.

—A pilas —dijo Marcus—. Y con posibilidad de conexión a un iPhone.

—¿Interiores o exteriores?

—Exteriores. Deben poder grabar día y noche.

—Por supuesto. ¿De qué distancia estamos hablando? ¿Son para colgarlas justo encima de una puerta o...?

Marcus reflexionó. ¿Cuánto podría acercarse? Sin duda los hogares para mujeres estarían vigilados, así que no podría acercarse demasiado.

—Un momento. —El dependiente carraspeó impaciente y se fijó en una pantalla de ordenador—. Mira —dijo.

Marcus se disponía a rodear el mostrador, pero el otro giró la pantalla ligeramente para que pudieran verla los dos—. ¿Cuándo las necesitarás?

—Hoy. Ahora mismo.

—Muy bien. Entonces esta no —murmuró para sí—. En cambio creo que tenemos esta en *stock*. La AB335. Una cámara de red Dome. Impermeable. Apropriada para uso exterior. Soporta temperaturas de hasta diez grados bajo cero. Fácil de montar. Clavijas y tornillos, todo va incluido. Además pesa muy poco, solo setecientos gramos. Buena resolución de quinientas cuarenta líneas. Capaz de grabar a veinticinco metros de distancia, y puede conseguir un ángulo de hasta ciento cuarenta grados. Al fin y al cabo, no solo queremos ver a los ladrones. Todo el mundo quiere vigilar a todo el mundo. A la mujer, a la novia, al vecino; queremos saber lo que hacen.

—¿Y tienes cinco es *stock*?

—Sí, señor.

—¿Y puedo seguirlas a través de mi iPhone?

—Bueno, lo siento, eso era lo que me has pedido, es cierto. —El dependiente esbozó una

sonrisa de disculpa—. No, entonces más bien tendremos que irnos a esto —dijo, y pulsó un par de veces con el ratón—. Una cámara Abus IP. Es digital, imágenes espléndidas, y además puedes estar sentado en el trabajo o en el coche, siguiendo por el teléfono a tu señora echada en la cama haciendo... Bueno, no hablemos de eso. —Se rio un poco demasiado alto y tal vez se dio cuenta, porque volvió a ponerse serio rápidamente—. ¿Por dónde íbamos? Estamos hablando de una cámara en red Dome HD 2,9 MPx con ángulo de visión de setenta y un grados. Vigilancia impecable sin zonas muertas, con *zoom* digital, magnífica compresión de imagen y obturador electrónico. No es muy adecuada para temperaturas bajo cero, pero tampoco creo que sea el caso ahora mismo. —El dependiente sonrió—. Recapitulemos. Las palabras clave son fácil de manejo, claridad e instalación rápida y sencilla.

—¿Y qué me dices de la conexión con el iPhone?

—*No problem.* Solo tienes que entrar en algo que se llama KWeye, buscar el app adecuado e introducir una dirección IP.

Marcus lo miró y asintió con la cabeza. Dejó su iPhone delante del dependiente.

—Si lo haces por mí, me llevo cinco unidades.

Forum Romanum

19.10

El teléfono móvil rosa era más barato que la tarjeta de prepago. El vendedor le había asegurado a Eva que podía llamar al extranjero con ella perfectamente, que treinta euros eran más que suficientes para realizar una llamada a Dinamarca. Eva se dirigió al Foro Romano. Pasó por debajo de un arco de triunfo, escuchó un rato lo que decía un guía a un grupo de turistas sudorosos sobre los cambistas en la Roma de la Antigüedad.

Miró hacia atrás, hacia el Coliseo. Cerró los ojos un instante. No, tenía que sentarse. Notaba en los muslos que iba cuesta arriba. Seguramente hacia una de las siete colinas de Roma, ¿no era así? Y desde esa colina se gobernaba el mundo. En tiempos pasados.

Tecleó el número, y junto con el tono de llamada le vino un pensamiento a la cabeza: «¿Ahora podrán rastrearne? ¿Desde un móvil extranjero?». Tal vez, no podía descartarlo. Si vigilaban todas las llamadas a Lagerkvist verían que le habían llamado desde un número italiano. Decidió deshacerse del teléfono en cuanto hubiera terminado. Solo tenía que utilizar ese teléfono una única vez. El clásico sonido de cuando llamas desde el extranjero, comprimido, un poco más emocionante que los demás sonidos de un teléfono, en cierto modo lleno de expectación y leyenda, «como una postal; sí, si una postal tuviera sonido sería este», fue interrumpido por la voz de una mujer que dijo ser Lis. Eva se disculpó por la hora y pidió hablar con Lagerkvist, diciendo que era importante.

—No sé si estará durmiendo. ¿Quién puedo decir que le llama?

—Eva.

—¿Eva? Un momento, Eva.

Pasos que se alejaban. Eva se sentó en un bloque de mármol. Le dio tiempo a pensar que seguramente estaba prohibido antes de oír a Lagerkvist tosiendo en el otro extremo de la línea.

—¿Eva?

Eva carraspeó. De pronto sintió cómo las lágrimas se le agolpaban en los ojos; llegaron inesperadamente, al igual que sus primeras palabras.

—Me viene demasiado grande. No me las apaño sola.

Oyó que Lagerkvist respiraba con dificultad; era el sonido de un hombre al borde de la muerte. Por fin rompió el silencio.

—¿Dónde estás?

—Estoy en Roma.

—¿Qué ha pasado?

Eva consideró por dónde empezar.

—Me viene demasiado grande. No puedo.

—Siempre es más grande cuando empiezas — dijo Lagerkvist—. Siempre. Mucho más grande de lo que imaginabas al principio.

Eva no sabía si contárselo todo.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Rendirte?

Su voz era cortante, Eva volvía a reconocerla de cuando le gritó en la facultad, cuando todo estaba bien, cuando Martin todavía vivía.

—No te oigo.

—No.

—¿En qué estás pensando?

—Pensaba en la vez que me gritaste en la facultad de periodismo, en que todo era mejor entonces. Martin vivía. Rico...

—Estás diciendo que es mejor permanecer en la ignorancia —la interrumpió Lagerkvist—. No compro. ¿Un idiota feliz? Lo único que pasa es que has llegado a comprender lo poco que sabemos. Felicidades. Lo mismo hizo Sócrates. Era lo único que sabía: sabía lo poco que sabemos. —Pausa. Su respiración entrecortada en el oído—. Cuéntame lo que no sabemos —le susurró Lagerkvist.

—No sabemos cómo está relacionado todo —empezó Eva, y pasó a hablarle de Brix. Le contó que formaba parte de la Alianza, de la familia más antigua de Europa, una que todavía mantenía a ocho soberanos en el trono que no pensaban quedarse de brazos cruzados esperando a que alguien los empujara de allí uno detrás de otro. Hablaba rápido, temía que los treinta euros se le acabaran o que Lagerkvist se muriera antes de que le hubiera dado tiempo a contárselo todo. Le habló del nacimiento de la Unión Europea, una idea botada mucho antes de lo que la mayoría sospechaba por una mística de

nombre Barbara. Le habló de la idea de alcanzar la paz en el continente mediante una gran alianza con los monarcas presidiendo la mesa. La democracia nunca lo lograría. Al final repitió su entrada:

—Me viene demasiado grande.

—Bueno. —Así, apenas una palabra contemplativa en el otro extremo de la línea—. No es demasiado grande, solo es lógico —añadió Lagerkvist.

—¿Lógico?

—Como tú misma has dicho, se trata de una de las familias más ricas del mundo, la familia más antigua y poderosa del mundo. —Vaciló un momento—. Recibí una visita de una antigua alumna, Tine Pihl. Ha escrito bastante sobre la Casa Real. Me contó que te habías puesto en contacto con ella. Me dio una dirección. Una que tenía que darte si volvía a hablar contigo. La impresionaste.

—Muy bien.

—¿Tienes algo con lo que anotar?

—Creo que seré capaz de memorizar una dirección. Si no, la grabaré en mármol.

—Número ciento doce de Havneforeningen, en Amager Strandvej.

—De acuerdo. ¿Qué encontraré allí?

—No lo sé. Simplemente me la dio y me pidió que te la diera si hablaba contigo.

Eva reflexionó. ¿Una casita en una zona de huertecitos urbanos de Amager? ¿Quién? ¿Qué?

—¿Estás sola? —le preguntó Lagerkvist.

—¿Por qué?

—A veces es preferible ser dos.

—Me siento cómoda estando sola.

—Aun así —dijo, y suspiró—. A veces es mejor

tener a un *sparring*, alguien con quien contrastar ideas.

—Y lo tengo. Está justo aquí, a mi lado, en esta misma colina de Roma.

—¿Un periodista? ¿Quién está contigo?

—Tú.

Silencio. Canto de pájaros, la respiración de Eva.

—¿Eva?

—Sí.

—Cuéntame cómo son las vistas.

—¿Quieres un sólido reportaje periodístico desde el Foro en Roma?

—Solo dime cómo son.

—No sé cómo se llaman los edificios y todo eso.

—Venga. Me estoy muriendo. Necesito ver algo

que no sea la jodida cárcel en la que me han metido.

—¿Lagerkvist?

—¿Sí?

—¡Es todo tan bello! El sol irrumpe a través de los arcos más altos del Coliseo. Estoy sentada sobre un antiguo bloque de mármol. Oí decir a uno de los guías que los bloques de mármol eran las mesas de los cambistas y de los banqueros, o sus chiringuitos, como prefieras, en el Foro Romano, y que los rompían si el cambista quebraba. Partidos por la mitad, como cuando Bruce Lee partía un ladrillo por la mitad con la mano.

—¿De veras?

—De veras.

—Esos sí que sabían, los antiguos romanos —dijo Lagerkvist, y añadió—: Hoy en día, cuando los bancos quiebran se les da más dinero. El dinero de los ciudadanos, sin preguntarles antes.

—A mi espalda se eleva la colina hacia el Senado.

—El Senado —dijo Lagerkvist, melancólico.

—Y el templo de Vesta centellea al sol vespertino.

—Estás sentada donde empezó la batalla, no lo olvides.

—¿La batalla?

—¿Qué preferimos? ¿Un tirano o una democracia? Disfrutaron de varios siglos de democracia hasta que César entró a lomos de un caballo y se hizo con el poder. ¿Sabías que el nombre de César se convirtió en «Káiser»?

—No.

—Pues sí. En latín la «C» se pronuncia como la «K». Pruébalo.

—Keser —dijo Eva, y se rio. Él era el maestro,

por siempre el maestro, el docente, el llamado a despertar al mundo.

—Fue aquí donde todo empezó —dijo Eva, y se enderezó. Los últimos turistas estaban abandonando el Foro.

—La democracia exige mucho de la gente —dijo Lagerkvist.

—Se rinden y les entran ganas de que venga un tirano y les solucione los problemas —dijo Eva.

—Si no nos andamos con cuidado, sí. Y es ahí donde entramos nosotros. Información. La verdad. Siempre.

—Siempre —repitió Eva, y buscó las palabras, aunque solo fuera una.

Él se le adelantó, carraspeó.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez? —le preguntó.

—Dijiste muchas cosas —contestó Eva, y miró el sol que estaba desapareciendo de la antigua arena.

—Te conté que había estado esperando a alguien antes de morirme.

—Sí.

—Y llegó.

Silencio, solicitud europea, del sur al norte y de vuelta. Solo su respiración pesada, el fuelle de Europa en su oído.

III

EL CASTILLO

16 de abril

Kastrup

11.30

Aquella mañana, las bombas que habían estallado en Boston ocupaban los titulares de las noticias. Junto con el cumpleaños de la reina. Eva vio las banderas desde el avión, la bandera más antigua del mundo, y todas ellas en uso el día que se conmemoraba que una niña hubiera llegado al mundo setenta y tres años atrás. Solo tenía que haber sido princesa. Dinamarca necesita un rey, eso era lo que decía la Constitución. Sin embargo, la engorrosa verdad era que el príncipe Ingolf sencillamente era demasiado feo para el trono. Así que se eliminó a un rey y hubo que conformarse con una reina a la que se agasajaba aquel día. Una persona a la que conocían todos los habitantes del país. Y que nadie conocía.

Malte era el único testigo, y esa era la única posibilidad que tenía de volverlo a ver. Eso fue lo

que pensó Eva cuando cogió el metro desde el aeropuerto directamente hacia Kongens Nytorv. Sabía que todos los niños de El Manzanal estarían reunidos frente al castillo. Era una de las primeras cosas que le dijeron el día que empezó a trabajar en la guardería. Para Eva era como si hubieran pasado años desde entonces. ¿Qué quería sonsacarle a Malte? Exactamente lo que había sucedido con Brix aquella noche. Dónde estaba cuando murió. Lo que había visto. Qué era lo que había tratado de dibujar.

Los niños estarían allí, con otros miles de niños y adultos. Cogió las escaleras mecánicas, cruzó la calle, pasó por delante del Teatro Real al trote, se metió en Bredgade. Casi no le quedaba aliento cuando llegó a la plaza del palacio. Era una religión, pensó Eva, al ver a la multitud que se había congregado en la plaza, con la misma fuerza de atracción y el mismo magnetismo que la Kaaba en La Meca: un peregrinaje que cualquier niño debía realizar al menos una vez en la vida. La oleada de

gente la llevó entre los cuatro palacios, donde por fin encontró su objetivo, el centro del poder. Era imposible avanzar o retroceder. Los turistas insistían en filmarlo todo para llevárselo a Tokio o Madrid. Los niños llevaban la bandera de Dinamarca pintada en las mejillas, como si aquello fuera un partido de la selección de fútbol. Muchos llevaban banderas en la mano. Un coche de TV2 estaba estacionado frente a la entrada de uno de los palacios, junto a un puñado de coches patrulla. Unos técnicos estaban desenrollando cables y colocando cámaras. En lo alto, sobre la plaza, un helicóptero daba vueltas como un ave de presa rabiosa, y aunque la multitud la ocultaba, Eva sintió una punzada de pánico. «¿Pueden verme entre la muchedumbre? No —se tranquilizó—. Si finalmente resulta que están aquí tendrán otras cosas de las que ocuparse». Terroristas, alborotadores, activistas, gente que quería hacer daño a la reina. No, no era cierto. La única que quería hacerle daño a la reina, o que

sencillamente quería sacar la verdad a la luz, era Eva. Los demás querían protegerla. Como en la leyenda del rey danés que recibe a un zar o a un emperador en el muelle de Copenhague. El monarca extranjero no entiende dónde está la Guardia Real:

«¿Quién te protege?», pregunta, asombrado. «¿Todo el mundo! El pueblo me protege», contesta el rey, haciendo un gesto hacia sus súbditos.

«Sí, todos», pensó Eva. Todo el mundo a su alrededor protegería a la reina. Harían oídos sordos si alguien les decía la verdad. Se taparían los ojos si alguien intentaba mostrársela.

La estatua ecuestre del centro de la plaza parecía ejercer una fuerte atracción sobre la multitud. Todos se dirigían hacia la reproducción de bronce de Federico V a caballo. El artista francés había tardado veinte años en acabarla y había costado quinientos mil táleros de la época, un regalo del pueblo al rey, o eso decían. Pero no era cierto, ahora

Eva lo sabía. Al igual que todos los demás supuestos regalos del pueblo, eran unos pocos ricos los que habían contribuido con dinero para la realeza, pues a cambio se les concedía una silla a la mesa de los poderosos. Empresarios dispuestos a pagar por obtener algún beneficio, por sentarse a la mesa con algún ministro de Comercio chino. La compañía Lego, por ejemplo, ponía su avión a disposición de la familia real. Y eso era impagable. Los hijos de los príncipes herederos tenían una pieza de Lego entre las manos en cualquier situación imaginable. ¿Qué era lo que había dicho Lagerkvist? Lo que en Italia llaman «mafia», lo que en el resto del mundo llaman «corrupción», nosotros, en Dinamarca, lo llamamos «Casa Real». «No —pensó Eva—. En Dinamarca a la corrupción la llamamos “regalos del pueblo”».

Echó un vistazo a la plaza. Era como si todas las guarderías del país hubieran acudido al cumpleaños, pero Eva no veía a Malte por ningún lado. Intentó

avanzar. El redoble de tambores se mezclaba con sus pasos. Había agentes de policía redirigiendo a parte de la muchedumbre hacia un lado, a turistas que no querían o no podían entender lo que debían hacer. En algún lugar, detrás de Eva, había unos niños que chillaban, y en otro, cerca del palacio, a la izquierda de Eva, un comandante empezó a dar voces. Más música, ahora proveniente de otro sitio. Un joven intentaba subirse a la estatua ecuestre para hacerse una foto, pero enseguida lo obligó a bajar un agente de policía. Allí. Allí estaba Kamilla, al otro lado de la estatua. Tenía a uno de los niños de la guardería agarrado de la mano. «Un pequeño», se dijo Eva, como había insistido Anna en que los llamara. Y pronto saldrían al balcón los grandes. Personas pequeñas y grandes. Eva vio a un niño cerca de Kamilla que a lo mejor era Malte. Estaba de espaldas. La altura coincidía, y el pelo también, pero alguien le tapaba la vista. Eva dio media vuelta e intentó llegar por detrás, rodeando la estatua, pero

era complicado porque se movía a contracorriente. No quería enfrentarse a los adultos de El Manzanal. Se extrañarían. «¿Por qué desapareciste? ¿Fuiste tú quien robó el coche de Anna? ¿La que no volvió con él? ¿La que está pirada?» «Sí. Fui yo. La que robó el teléfono, la que os mintió, la que abandonó un coche en el centro de Copenhague y la que se largó. Pero no fui yo quien se dejó a un niño en el bosque. No fui yo quien le pegó un tiro en la cabeza a un hombre. No fui yo quien encubrió la verdad».

—Disculpe —dijo Eva, interrumpiendo así sus propios pensamientos—. *Excuse me.*

Malte. Sí, era él. Se había apartado un poco de los demás. Sostenía una bandera en la mano. Parecía triste. Eva esperaba a que la familia saliera al balcón. Entonces todas las miradas estarían puestas en ellos y no en ella.

Se abrió camino en los últimos metros a empellones. Kamilla se volvió. Eva bajó la mirada.

Se apartó. ¿La habían descubierto? De pronto un grito sofocado, como el sonido de una psicosis colectiva, recorrió la muchedumbre y todos miraron hacia el balcón. La reina y el príncipe consorte salieron, seguidos por el príncipe heredero, la princesa consorte y sus hijos. Una postal viviente. Una señora al lado de Eva parecía a punto de desmayarse. La multitud que la rodeaba estaba tan apretujada que apenas podía moverse. La reina alzó la mano y saludó. Un grupo de niños delante de Eva le devolvieron el saludo y gritaron. Nunca encontraría mejor momento. Tendría que tocarlo para que se volviera.

—¿Malte?

El niño se volvió. ¿La había reconocido? «Sí», pensó Eva. Incluso era posible que sonriera.

—¿Recuerdas el dibujo que me diste? —le dijo, y temió haber procedido demasiado rápido—. Dibujaste a tu tío.

El niño no contestó.

—¡El dibujo! —gritó Eva, y más bien obligó a Malte a que la mirara—. ¿Lo recuerdas? El de tu tío.

No estaba segura de que el niño la hubiera oído. Había mucho ruido, resultaba desagradable. Todos miraban fijamente hacia el balcón salvo Malte. Él miraba en otra dirección, noventa grados hacia la derecha.

«Quiere advertirme de algo —pensó Eva—. ¿Hay alguien?». Se volvió.

—¿Qué pasa, Malte? ¿Qué es lo que me quieres mostrar? ¿A quién estás mirando?

Solo vislumbró un rostro, justo cuando la música volvió a sonar. No vio nada más, pero fue suficiente, porque la miraba directamente a ella. Llevaba unos auriculares, como el guardaespaldas de un presidente. ¿Por qué la miraba de aquella manera? Estaba a unos quince metros de ella, tal vez a un

poco más. Vio que estaba hablando con alguien por el micrófono. Giró la cabeza un par de veces, miró por encima del hombro, volvió a mirar a Eva. ¿Con quién estaría hablando? Pasó un segundo y de pronto el hombre desapareció de su campo de visión. «Última oportunidad», pensó Eva, y cogió a Malte de la manga.

—Malte... ¿Dónde le hicieron daño a tu tío? ¿Fue ahí dentro?

La mirada del niño seguía fija en la misma dirección, lejos de la multitud. Señaló con el dedo apenas un instante.

—¿Qué es lo que me señalas?

Eva miró. ¿Qué o a quién estaba mirando? Revuelo entre la muchedumbre. Hombres con auriculares. Se dirigían hacia ella, pero les costaba avanzar entre la multitud. ¿Eran dos o tres? «Me han encontrado». Rostros asustados de niños, la música de la Guardia Real, los gorros de piel de oso, los

turistas con sus cámaras, la reina que saludaba, la claustrofobia, Kamilla que se había subido a uno de los niños a los hombros, los adoquines bajo sus pies, el rostro apocado de Malte. «Nada de pánico», trató de convencerse a sí misma, pero...

Hizo cuanto pudo por marcharse. Empujó a una joven madre y sopesó las dos posibilidades que tenía: intentar alejarse de allí o adentrarse aún más en la muchedumbre, apostar porque la protegiera. Optó por esto último. Si salía corriendo quedaría totalmente al descubierto. No, debía confundirse con la multitud, perderse entre la gente. Agacharse. ¿La perseguían? No lo sabía. Era imposible determinarlo. Eva buscó conscientemente los puntos donde la gente estaba más apretada, donde literalmente no podía ver más allá de un palmo de su nariz.

—Perdón —iba diciendo, abriéndose paso a codazos—. Cuidado.

Aire a su alrededor. Por fin era capaz de moverse. Aunque conocía el riesgo de no estar al abrigo de la multitud, sintió un gran alivio en el cuerpo. Ahora podía volverse. Allí. Uno de ellos, con gafas oscuras, casi calvo, estaba a unos veinte o treinta metros de ella. A lo mejor la habían perdido de vista. A lo mejor ni siquiera iban detrás de ella. A lo mejor no era más que una loca que vejaba a un niño y robaba teléfonos y coches y que no servía para nada.

Apretó el paso, salió de la multitud, se metió a toda prisa en el parque Amalievaven, dejó atrás la fuente y siguió en dirección al puerto. No se volvió. Simplemente siguió corriendo. Sintió cómo soplaba la brisa cerca del mar, que el aire sabía a sal. Un autobús acuático estaba a punto de zarpar. Los pasajeros subían a bordo. Eva no sabía si sería una jugada inteligente cogerlo, pero aun así lo hizo, entre jadeos. La gente la miraba, le daba igual. No vio a nadie en el muelle. Se veían el castillo y los cuatro

palacios. Eva luchó por recuperar el aliento. Pensó en Malte, en su mirada, que se había desviado en otra dirección que la del resto de la muchedumbre, en su manita con el lunar. Hacia dónde señalaba. ¿Hacia el hombre? ¿Hacia quién? «No, no hacia quién —pensó—, hacia qué. Se sentó en un asiento, miró el agua y dejó que la idea arraigara en ella. Sí. Hacia dónde. Eso era lo que había querido decirle: en cuál de los cuatro palacios había sido testigo de algo que ya nunca podría olvidar.

Vesterbro

14.30

Marcus siempre había sentido cierta debilidad por la cinta americana. Tal vez le viniera de sus tiempos de soldado destacado en continentes polvorientos, lejos de mecánicos y reparadores: funcionaba con casi todo: una reja suelta del faro de un transporte blindado de personal; una culata rajada; un agujero en la cabeza; el fondo de una mochila. ¿Por qué no con las cámaras de vigilancia? Era más fácil y más rápido usar cinta que tornillos y clavijas. Además: solo debía resistir unas horas, a lo sumo un par de días. Para entonces Trane la habría encontrado, si Marcus no se le adelantaba.

Primera cámara: estaba en Colbjørnsensgade. No era un lugar que frecuentara normalmente. Demasiado ruido, demasiado sucio, demasiada gente de vidas truncadas. Un par de ellas discutían frente

al centro de crisis Reden. Dos mujeres andrajosas, probablemente drogadictas, con la piel amarillenta y cuerpos como juncos que se quiebran al viento. Tops mini, faldas cortas de plástico rojo, medias agujereadas, ojos sin vida. Marcus sintió al instante una profunda e instintiva compasión por ellas. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué tenía que haber mujeres que se escurrían hasta tal punto entre la malla de la red social? Mujeres que habían tocado un fondo que la mayoría de la gente ni siquiera sospechaba que existiera. No era justo. Era algo en lo que todo el mundo debería trabajar, toda la sociedad: los ciudadanos, los políticos, los que tomaban las decisiones. Había que zurcir la red un poco más para que nadie se escurriera. Procurar que todos disfrutaran de una vida de sosiego y paz.

—¡Eh, tú! —gritó una de las mujeres mirando a Marcus, en un tono agresivo, el tono gélido de la calle.

—¿Sí?

—¿Tienes un cigarrillo para mí?

Marcus se acercó y le dio un billete de cincuenta coronas, evitando tocarla.

—Así te los puedes comprar tú misma —dijo.

Cruzó al otro lado de la calle. Se quedó un momento buscando dos cosas: el lugar adecuado para montar la cámara y alguna señal de que Trane y los demás estaban cerca. No encontró esto último. Ningún coche que pudiera relacionar con Systems Group. Ninguna persona con un comportamiento sospechoso. Volvió a la entrada del centro y miró hacia arriba. Hacia las ventanas de enfrente. Los pisos. ¿Se habría instalado Trane en uno de ellos? ¿Estaría sentado allí arriba, tras las cortinas, vigilando a Eva? ¿Quién iba y venía? Tal vez, no podía descartarlo. Pero no, Marcus no lo creía. Sería muy engorroso. Obtener acceso a un piso requería tiempo. ¿Otras señales? No, Marcus no vio ninguna. Además, tampoco era seguro que Trane

supiera todavía lo que sabía Marcus, que Eva vivía en uno de esos hogares.

Prestó atención a lo que en ese momento le parecía lo más importante: encontrar el emplazamiento adecuado para la cámara. ¿La farola? No, no podía subirse a ella sin llamar la atención. ¿La señal de aparcamiento? No, parecería extraño. Las mujeres echaron a andar y se metieron en una tienda, charlando y entre risas, de nuevo amigas. Había otra señal más abajo, pero estaba demasiado lejos. El bar de enfrente sería mejor. Por encima del bar. En la parte superior de la reja. Un buen ángulo, la distancia adecuada, y podía subirse al tragaluz para instalarla. ¿Lo vería alguien? Sí, tal vez. ¿Reaccionaría alguien? No. Nadie reaccionaba ante algo así, y era una señal de salud, o eso le parecía. Solo se podía considerar positivo que los ciudadanos confiaran en las autoridades, que confiaran en que las autoridades les prestaban la protección necesaria. Bajo esta premisa

aceptábamos de buenas a primeras cierto grado de vigilancia. Porque sabíamos que era por nuestro bien. Para protegernos, para que los delitos se resolvieran, para que pudiéramos sentirnos seguros por las calles. Por eso la estampa de un hombre de pelo corto y bien vestido encaramado a un tragaluz, trasteando con un aparato electrónico en una callejuela cualquiera de Copenhague, no provocaría ni una sola protesta. ¿Por qué preocuparse? Seguramente era el propietario del bar que quería tener su propiedad vigilada, o tal vez un agente de policía de paisano que estaba ajustando una de las miles de cámaras que había instaladas por toda la ciudad.

—¡Gracias de nuevo, amigo! —gritó la mujer desde la otra acera, con un cigarrillo en la boca y una cerveza de graduación alta en la mano. La otra se rio y saludó.

Marcus se limitó a saludarlas con la mano mientras las veía desaparecer en el interior de

Reden. Algo en los movimientos de la mujer, sus caderas, o tal vez solo fuera su pelo, le recordó a Eva. ¡Pensar que era por ella que estaba haciendo lo que hacía! Para salvarla. ¿No lo hacía también por él mismo, porque esperaba poder encontrarse con ella, encontrarse con ella de verdad, conocerla? Se quedó un instante buscando la respuesta, pero no la encontró.

Se subió al tragaluz de un salto. Trató de desconectar sus pensamientos y concentrarse en la misión. Las últimas cámaras estaban en una bolsa, pronto las habría montado. Sacó su teléfono. Entró en la aplicación que el dependiente le había indicado. Apenas había pasado un segundo cuando vio una imagen en la pantalla. Vigilancia. Hubo un tiempo en que le correspondía al Estado, ahora le correspondía a todo el mundo. Por un par de miles de coronas y una batería se podía vigilar a la esposa o a los niños día y noche, aunque sin sonido. Las cámaras se podían hacer perfectamente con audio,

solo era una cuestión de demanda. La gente quería ver lo que hacían su mujer o su marido o sus hijos, pero no querían saber lo que decían.

No disponía de mucho tiempo, tenía que montar las cámaras cuanto antes. Una en cada hogar. Pensó en el dependiente mientras estaba de puntillas, fijando la cámara a la reja con cinta americana, en el hombre que le había vendido la cámara, en sus palabras acerca de lo sencillo que era montarla. Y tenía razón, era fácil. Tardó tal vez unos cinco minutos en acabar de fijarla adecuadamente, en el ángulo perfecto, sin haber sudado lo más mínimo. Saltó del tragaluz y se concedió medio minuto para admirar su obra. Discreta, una informe masa negra de la que nadie se preocuparía. Funcionaba. Ya solo le faltaban las otras cuatro.

—Con un poco de suerte... —susurró para sí.

Con un poco de suerte, Marcus sería el primero en encontrarla. Y en salvarla.

Amager

14.45

Eva se detuvo y echó un último vistazo a la playa de Amager y el puente que unía Dinamarca con Suecia antes de abrir la verja. Bajó los escalones hasta un sendero de grava. Pensó: «¿Qué hago aquí? ¿Con quién voy a reunirme?». Buscó el número ciento doce, la dirección que Tine Pihl le había facilitado a través de Lagerkvist. Seguramente allí se estaba muy bien en verano, pensó Eva, pero ahora mismo, bajo el sol primaveral, era como si alguien hubiera encendido las luces a las tres de la mañana en una discoteca.

—¿Disculpe? —dijo Eva.

—¿Sí? —Una amplia sonrisa, como si nadie le hubiera hablado a la mujer en los últimos veinte años.

—¿El número ciento doce?

—Todo recto.

—Gracias.

Eva siguió recto y no tardó en encontrarse frente a una pequeña y deteriorada cabaña que tal vez en el pasado había sido azul celeste. Miró atrás. ¿Sería una trampa? ¿Quién la oiría gritar allí? Sin embargo, dio los últimos pasos hasta la casa. Leyó el nombre de la puerta. «Rigmor», habían escrito con una caligrafía pulcra directamente sobre la madera. Cogió aire y llamó tres veces. Pasos en el interior. La puerta se abrió. Una vieja fumadora la abrió. Tenía la piel gris y el pelo a juego. ¿Rigmor? Eva la podía oler a pesar de que estaba a un metro de la puerta. Cigarrillos, alcohol, algo acre. Se estudiaron un instante. Eva vio a una persona cansada, que quizás en su día había sido agraciada, hacía muchos años. La anciana se volvió sin cerrar la puerta. ¿A lo mejor era así como se le daba la bienvenida a una

visita por allí? Eva entró. Se quedó inmóvil un instante antes de cerrar la puerta. Dejó los zapatos al lado de los tres pares idénticos de botas de agua. Tal vez la mujer no fuera la única habitante de la casa.

—¿Has traído una grabadora? —le gritó desde la cocina.

—¿Cómo?

—No quiero que grabes lo que te diga.

«¿Qué es esto? —pensó Eva—. ¿Por qué me ha enviado Tine Pihl hasta aquí?». Un par de viejas cajas de madera que hacían las veces de estantería se apilaban en una esquina, rebosantes de libros. Libros sobre la Casa Real. Al menos el primero que sacó. Y el siguiente. Todos. El príncipe heredero, el príncipe consorte, el paso del año en la Casa Real, el palacio de Amalienborg, el castillo de Caix. Había revistas por todas partes, sobre todo números de *Billedbladet*, cuyo papel cuché reflejaba el sol que entraba por la ventana. Pilas de revistas en la

estantería y en cajas a lo largo de las paredes. El último número estaba sobre la mesa, frente a Eva, justo al lado de una botella de jerez medio vacía y un cenicero sobrecargado. Un artículo sobre el nuevo peinado de la princesa consorte Mary. Famosos que le ponían nota en una escala del uno al diez.

—No tengo ni leche ni azúcar —dijo Rigmor, y dejó una taza de té delante de Eva—. Espero que te parezca bien.

—Gracias.

—He empezado a liar los cigarrillos. Se ahorra un poco haciéndolo. ¿Dónde está mi encendedor? —dijo la mujer, y rebuscó en los bolsillos. Lo encontró, encendió el cigarrillo. Eva le miró las uñas.

El humo del tabaco no era desagradable, y junto con el vapor del té se posó como un velo entre las dos mujeres. Eva dedicó un instante a contemplar el

rostro de Rigmor, fino, un poco anguloso, entre todo el gris todavía le quedaba un poco de pelo negro, un recuerdo de la mujer que fue.

—¿Te parece que le queda bien?

—¿Cómo?

Rigmor hizo un gesto con la cabeza en dirección a la revista.

—El pelo.

—¡Ah! —dijo Eva, y echó una rápida mirada a la revista que tenía delante—. Es muy guapa.

—La primera vez que la vi, te lo juro, estuve a punto de caerme de espaldas. Le pasó a todo el mundo. Los hombres la miraban boquiabiertos. Pero es muy fría.

Rigmor le dio una profunda calada al cigarrillo, mantuvo el humo en los pulmones durante más tiempo que la mayoría de fumadores antes de soltarlo. Una fumadora economizadora: se trataba de

aprovechar el alquitrán al máximo.

Eva titubeó un instante mientras paseaba la mirada a su alrededor. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso Rigmor era una especie de experta en chismes, una entendida en la realeza que registraba las idas y venidas de los miembros de la Casa Real desde su satélite en los confines de Dinamarca con todas esas revistas? Libros. Platos de adorno. En otra de las paredes había una fotografía enmarcada de Rigmor junto a dos niños pequeños. A juzgar por su peinado, con ondas suaves y raya en medio, podía ser de los setenta.

—Pues aquí estamos —dijo.

—Sí. —Eva lo intentó con una sonrisa—. ¿Estás jubilada?

—Supongo que podría decirse que sí.

—¿En qué trabajabas?

—Cuidando niños. Entre otras cosas.

—¿A ellos? —Eva se levantó. Miró las fotografías enmarcadas, centradas en la pared—. ¿Son tuyos?

Rigmor sonrió.

—¿Míos? Podría decirse que sí.

Eva se fijó. Eran los príncipes. Tenía al príncipe heredero colgado del cuello. Su hermano pequeño estaba al lado, sin mirar a la cámara.

—¿Trabajaste en palacio?

—No seamos tan concretas.

—¿Por qué no?

—Podemos hablar de funciones.

—No acabo de entenderte.

—¿Cuál es tu función?

—¿Mi función?

—Cariño mío, no somos más que fichas de un

gran juego, todos sin excepción. Algo que pueden mover a su antojo. Como en un tablero de ajedrez. Peones. Alfiles. Caballos. Yo era un caballo —dijo Rigmor, y apagó el cigarrillo en el cenicero antes de continuar, al tiempo que encendía uno nuevo—: ¿Eres la que introduce la mano en su bañera para evaluar si la temperatura del agua es la adecuada?

—¿En la bañera de quién? Me temo que hablas en clave. Bueno, bien, disculpa.

—¿Le sacas la ropa y se la dispones sobre la cama? ¿La planchas? ¿Cambias la ropa de cama? Algunas veces por la tarde, si alguien ha dormido la siesta. ¿O eres tú quien carga con las maletas, quien le saca brillo a sus zapatos, quien limpia los suelos? —Se inclinó hacia delante y susurró—: ¿O eres tú quien ayuda con la boca o con la mano? —preguntó, y realizó un feo gesto con la mano izquierda, como si estuviera haciéndole una paja a un hombre—. Eres una función.

—¿Y cuál era tu función?

—Un poco de todo. Nada de limpieza. Como ya te he dicho, era un caballo. Saltaba por ellos. Día y noche.

—¿Y ahora estás despedida?

Rigmor se encogió de hombros.

—¿Y estás enfadada con ellos? ¿Con quién?

—Estoy enfadada con esa familia porque me ha tratado como a una mierda. Y porque trata a todos sus empleados como a una mierda, entre ellos a mi hermana. ¿Es explicación suficiente?

—¿Tu hermana? ¿Ella también trabaja allí?

La idea tomó forma inmediatamente en la cabeza de Eva. Tal vez fuera por eso que Tine Pihl la había enviado hasta allí.

—¿Puedes colarme?

Una mirada sorprendida.

—¿En palacio?

—Sí.

—Puedes apuntarte a una visita guiada prácticamente cada día laboral durante todo el año por algunos de los palacios. A cambio de una considerable suma de dinero, naturalmente.

—No me estás entendiendo. No pueden saber que voy. Me están buscando.

—¿Quién?

—Alguien que está vinculado con los que viven allí.

—¿Qué les has hecho?

—¿Tine no te ha contado nada?

—Un poco. Me gustaría oírlo de tu boca.

—Necesito tu ayuda para entrar —dijo Eva, desentendiéndose así de la pregunta—, o la de tu hermana. ¿Lo harás por mí?

—Tendría que haber sido en los viejos tiempos —dijo Rigmor, y el recuerdo de los viejos tiempos le arrancó una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuánto hará? Hará casi quince años que se acabó, si es que alguna vez fue.

—Tendrás que explicarte mejor.

—Era una, ¿cómo te lo diría?, una práctica, entre algunos de los empleados. Dejar entrar a los amigos por la noche a cambio de dinero. Ofrecerles una pequeña visita guiada. Pero solo en los palacetes que no están habitados.

—¿Podríamos resucitar esta práctica? Aunque solo sea por una vez.

—¿Por qué quieres entrar allí? —preguntó Rigmor, al tiempo que luchaba por succionar la última nicotina que le quedaba al cigarrillo.

—Por la misma razón que estás sentada

hablando conmigo. Ha sucedido algo del todo injusto. ¿Acaso no es el motivo por el que estás dispuesta a ayudarme?

No hubo respuesta.

—Christian Brix. ¿Lo conoces? —preguntó Eva.

—No personalmente. Formaba parte del círculo más íntimo. Desde que era niño.

—Oficialmente se pegó un tiro en Dyrehaven, pero yo sé que es mentira. Murió allí. No sé cómo. No lo sabré hasta que consiga entrar.

—¿Y luego qué harás? ¿Arrastrar a toda la familia a los tribunales? —Rigmor soltó una risa sonora y desdeñosa—. No, perdóname, pero eso es demasiado ingenuo. Un momento. —Se levantó y volvió con dos copas en la mano. Sirvió jerez hasta el borde y se volvió—. ¿Quieres saber más acerca de lo que pasó aquella noche en palacio?

—Sí.

Rigmor sacó una libreta de detrás, colocada de manera que siempre pudiera alcanzarla con un solo movimiento. Tal vez una agenda. La abrió y pasó las páginas.

—Se celebró una cena, pero sin la presencia de los miembros de la Casa Real. Empezó a las ocho.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por tu hermana?

Rigmor se encogió de hombros.

—¿Sigues anotando lo que tiene lugar allí dentro?

Ninguna respuesta. Eva miró la libreta. Con mucha calma, como si estuviera sentada frente a una fiera que no soportaba los movimientos bruscos, la volvió hacia sí. Leyó: «domingo, 7 de abril». Figuraban todos los habitantes de palacio. Quién lo abandonaba, cuándo, quién recibía qué visitas. «Cena de carácter administrativo en Rosen», había escrito Rigmor. A Eva le dio tiempo a hojear el libro

y certificar el verdadero alcance de la obsesión de Rigmor. Cada uno de los actos de los miembros de la Casa Real estaba registrado en ella. En esa casa. Rigmor le quitó la libreta.

—Sabes todo lo que hacen.

—Casi.

—¿Quién te cuenta todo esto? ¿Tu hermana?

—Me parece que eso no importa.

—Y esa cena... ¿Qué significa «de carácter administrativo»?

—Puede significar cualquier cosa. Un miembro de la corte que se reúne con un miembro de otra familia real para organizar una visita. Esa clase de cosas. Si quieres saberlo, puedo averiguar quién asistió a la cena.

—¿Y dónde se celebró?

—Se celebró en el palacio de Christian VII,

también llamado palacio de Moltke.

—¿Qué es?

—El palacio de invitados y de representación de la reina. Pero ha cumplido muchas funciones a lo largo de los años. Cuando los chicos eran pequeños se utilizó como guardería y escuela. Sobre todo es donde se hospedan los invitados daneses y extranjeros. Además se celebran muchas fiestas en la Sala de los Caballeros. Por ejemplo, la cena de gala de Año Nuevo. Diversos banquetes. También fue desde aquí que Federico y Mary salieron al balcón después de su boda para dejarse homenajear.

—Un momento, creo que antes tendré que situarme —dijo Eva, y usó la revista como estatua ecuestre—. Aquí tenemos la estatua. La iglesia de Mármol está aquí, la Ópera aquí. Entonces, ¿dónde está...?

—El palacio Moltke. Aquí —dijo Rigmor, y empujó con cuidado la copa de jerez un par de

centímetros por la mesa—. El palacio constituye el ala suroeste de Amalienborg.

Eva asintió con la cabeza y pensó en Malte. Concordaba con la dirección de su mirada.

—El palacio Moltke.

—Adam Gottlob Moltke —dijo Rigmor—. Uno de los hombres más importantes del país en el siglo XVIII

Nørrebro

21.30

«Toda esta fealdad», pensó Marcus. Placas de amianto descompuestas que colgaban del techo, cables sueltos que acababan en un barullo; el polvo que lo cubría todo, que colgaba en el aire, que se metía por los poros de la piel, por debajo de los párpados, que se pegaba al paladar y a la cavidad bucal como la arena de un desierto de un continente lejano. Marcus no sabía hacia dónde mirar. Optó por fijarse en la flor del alféizar de la ventana del piso de enfrente. La señal. Seguía allí. Todavía no la habían encontrado. Pensó en David. En los muchos sentimientos que había albergado por él, que todavía albergaba. Porque habían vivido muchas cosas juntos. Habían luchado hombro con hombro, habían visto las mismas cosas, muerte y miseria y desdicha. Y pensó en David como en un soldado herido al que

tendría que abandonar en el campo de batalla. Alguien a quien tendría que decir adiós para siempre. Ya no pertenecían al mismo bando, y estaba bien así. Cualquier soldado conocía el significado de saber despedirse. De la familia cuando te ibas, de los amigos en casa, de los compañeros cuando uno de ellos caía, o de tu propia vida. Marcus sacó su iPhone. Se sentó en el alféizar de la ventana. Podía cambiar de una cámara a otra. Cuatro de ellas transmitían a la perfección, solo la situada frente a Reden estaba un poco fuera de foco. A lo mejor se había dado demasiada prisa a la hora de montarla. Pero le servía, todavía podía ver quién entraba y quién salía. Una joven se acercó al centro Danner, arrastrando una maleta por la acera. Vaciló frente a la puerta. Se apartó un poco. ¿Por qué? Porque tenía miedo del hombre, claro. Todas lo tenían, todas las que huían a un centro para mujeres maltratadas, al fin y al cabo era lo que les decían los hombres: «Si me abandonas te encontraré, aunque te vayas al fin

del mundo. Y entonces te mataré». Marcus se sintió aliviado cuando la chica finalmente llamó a la puerta y la dejaron entrar.

—Bien por ti —murmuró.

¿Qué le estaba pasando? No lo sabía, no lo entendía. Miró la pantalla de su iPhone. ¿El hogar de mujeres de Jagtvej? Nada. Todo parecía estar bien, incluso daba la sensación de agradable masedumbre. ¿Reden? Reconoció a una de las dos prostitutas del día anterior. Por lo visto dedicaba su vida a apostarse frente al centro y alborotar. Parecía ebria. Una rápida mirada a la entrada de Egmontgården. No se veía a Eva por ningún lado. Miró hacia el piso de David y vio que la flor había desaparecido. La señal. La habían encontrado. ¿Dónde? Saltó del alféizar. Estaba en el centro de la habitación, volvió a mirar su iPhone. Pasó las imágenes de las cinco cámaras. Tenía las manos sudadas, la pantalla estaba grasienta. ¿Dónde estaban? ¿Allí? Había una furgoneta oscura con los

crisales linalos aparcala en una calle lateral del
centro para mujeres maltratadas Danner.

Bredgade

22.10

Todo empezó con muerte y destrucción, con ciento ochenta personas abandonadas a las llamas, con los gritos de una terrible catástrofe, cuando el castillo de Sophie Amalienborg ardió en 1689 coincidiendo con la celebración del cuarenta y cuatro aniversario de Christian V. Lo que tenía que haber sido una velada fantástica, con música y fiesta, acabó en pesadilla. Una lámpara de aceite volcada prendió en una decoración y el fuego se propagó a la velocidad del rayo. Sin embargo, el accidente también había supuesto el inicio de las obras del nuevo castillo, de los cuatro palacios que conocemos hoy como Amalienborg, tal vez la obra de arquitectura rococó más exquisita de Europa. No se dejó nada al azar en su construcción. El barrio de Frederiksstaden fue elegido escrupulosamente por

Federico V. En el corazón de la ciudad y, sin embargo, apartado de la Copenhague pobre y oscura. Se levantó el palacio real a una distancia prudente del populacho para unir a Dios, el rey, el cielo y el mar. Se puso la estatua ecuestre en medio de la plaza. El rey llega a lomos de un caballo desde el mar, su mirada se posa en la iglesia de Mármol, situada a unos cientos de metros. En la parte superior del templo, la pequeña cúpula conocida como La Linterna simboliza la abertura al cielo y a lo divino. Sin embargo, todo se construyó sobre los gritos de la mayor catástrofe civil de la historia de Copenhague.

Eva se metió las manos en los bolsillos al pasar por delante del Teatro Real, asegurándose de que tenía lo más importante: la copia del cráneo de Christian Brix. Sentía el borde del duro plástico contra la piel a través de la tela del bolsillo. Ya solo le faltaba encontrar el arma homicida. La llave que encajaba en la cerradura. Hacía frío. Caminó

deprisa Bredgade abajo, pasando por delante de escaparates iluminados con muebles antiguos y armaduras de tiendas que vendían las reliquias de los tiempos por los que Brix había luchado. Tiempos de absolutismo, con menos espacio para la expansión personal, pero también más sensatos; tiempos en que la gente no elegía a individuos como Hitler. Eva reflexionó: «¿Y yo qué pienso?». Y concluyó: «Mi opinión personal no importa. Lo único que debo hacer es contar la verdad. Son los lectores los que deben posicionarse».

—¿Eva?

La voz era débil y pertenecía a la mujer que estaba esperando a unos cinco o seis metros del lugar acordado.

—Sí.

—Sígueme.

La mujer se subió el cuello, ocultando su rostro.

Eva la siguió a cierta distancia sin decir nada. Nada de preguntas superfluas, le había repetido Rigmor varias veces en su huertecito. Menudo contraste, había pensado Eva, y se había imaginado la vida de Rigmor. Una vida patas arriba. Un día tu vida se desarrolla en un palacio, al siguiente te echan y te pudres en un huertecito con la única compañía de unos cigarrillos liados y una botella de jerez barato. En cierto modo, a Eva no le extrañaba que las dos hermanas buscaran venganza, algo casi imposible de conseguir con esa familia, con ese poderío. Rigmor había pasado una hora con Eva revisando los planos del palacio Moltke, el lugar donde Brix fue visto por última vez, el único palacio que solo se utilizaba para acoger invitados y cenas.

Buscó a la mujer con la mirada, se le había adelantado bastante. Llegaron al final de la calle, pasaron junto a las oscuras ventanas en silencio, doblaron la esquina y se detuvieron. Eva la alcanzó.

—¿Puedes ir a mi ritmo?

—Sí. Disculpa.

Pasaron un par de taxis; por lo demás, las calles estaban prácticamente desiertas. La oscuridad no tenía ningún problema con el esporádico alumbrado público.

—Es aquí —dijo la mujer, tal vez la hermana de Rigmor, Eva no estaba segura. Lo único que sabía era que estaba dispuesta a ayudarla a entrar. Luego tendría que arreglárselas sola.

Las miradas de las dos mujeres se cruzaron un instante, por primera vez, y Eva vio algo en aquellos ojos. ¿Qué era? ¿Humillación? ¿Una vida fracasada? Fue entonces, no antes, bajo una farola, que Eva pudo hacerse una idea del aspecto de la mujer. Tenía alrededor de cincuenta años e iba encogida, como un barco a punto de zozobrar. Intentaba eludir la mirada de Eva en todo momento, como si se avergonzara. Era la misma mirada que había visto en la cabaña del huertecito. La mirada de una adicta, de alguien

dependiente, pero que sabe que está mal. ¿Cuál sería su adicción? ¿Los que vivían en el palacio? De la misma manera que los habitantes del palacio dependían de los de fuera, incapaces de arreglárselas sin el dinero de los ciudadanos. A lo mejor en eso consistía la Santa Alianza. La mujer no miró a Eva a los ojos cuando dijo:

—¿Christian Brix?

Eva asintió.

—¿Sabes algo?

—Solo que Malte y su madre estuvieron aquí aquella noche, tal como te contó Rigmor. La noche antes de que muriera Brix. Los príncipes estaban fuera, y ella tenía que cuidar de los niños, que quedarse a dormir en las habitaciones de invitados del palacio Moltke. Y sé que sucedió algo por la noche. Por lo que tengo entendido, a primera hora de la noche.

—¿Algo?

—Hubo alboroto, revuelo, una discusión.

—¿Quién discutió?

—Pensaba que ya habías hablado de todo esto con Rigmor.

—Me gustaría que me lo contaras tú con tus propias palabras. Tú has estado más cerca. Es importante. A lo mejor hay algún detalle que...

La mujer le interrumpió:

—No sé lo que te ha contado mi hermana, pero cenaron en la Sala Rosa. Al principio todo era normal, pero entonces sucedió algo. El ambiente se cargó. Brix y un par de hombres pasaron al Salón de Banquetes. Se oyeron gritos desde allí. Y luego se le pidió al servicio que se marchara, que abandonara el palacio inmediatamente.

—¿Había sucedido antes?

—¿Que nos pidan que nos marchemos?

—Sí.

—A menudo.

—Pero ¿tú qué crees que sucedió aquella noche?

—A mí no me lo preguntes.

—¿Por qué no?

—Tenemos que entrar por aquí —dijo la mujer, y abrió un portón.

Eva se sorprendió. Estaban algo lejos del palacio. Se adentraron en una densa oscuridad. El suelo era de adoquines. Salía vapor de una rejilla lateral. Se detuvieron un momento, como si de pronto la mujer titubeara y estuviera a punto de arrepentirse.

—Ven conmigo —dijo. Cruzó el portón, llegó a otra puerta y la abrió. Salieron a un pasillo cuyos suelos y paredes eran de cemento. El aire estaba

cargado de humedad, se oía el sonido de agua goteando en algún lugar.

Eva percibió cierta impaciencia en la mujer, no paraba de mirar por encima del hombro, como si creyera que las seguían.

—Aquí hay unas escaleras —dijo, y señaló.

Doce peldaños. Por alguna razón Eva los contó, diciendo mentalmente cada número. La puerta que tenía enfrente estaba cerrada, pero la mujer tenía la llave. Los goznes estaban oxidados y tuvo que utilizar las dos manos para abrirla. La humedad desapareció, sustituida por un calor seco. La mujer abrió el bolso.

—Solo tenía una —dijo, y sacó una linterna de mano. Dirigió el haz de luz hacia arriba. Un par de tuberías que discurrían por el techo desvelaron cuál era la fuente de calor.

—Espero que te vayan bien —dijo la mujer,

iluminando dos pares de botas de agua con el haz—. Es posible que haya bastante agua allí abajo.

Eva titubeó. La otra se quitó los zapatos y se calzó las botas de agua. Eva siguió su ejemplo. Le iban un poco grandes.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Ahora hay que bajar dos peldaños, y luego nos encontraremos con el agua. Cuidado, está bastante resbaladizo.

Eva metió el pie en el agua, de la que solo había un par de centímetros. No olía bien. Olía a agua salobre o a cloaca.

—Y ahora tendremos que andar un poco.

«Un poco o mucho», pensó Eva cuando llevaban unos cuantos minutos avanzando en silencio. El nivel del agua había subido tal vez unos diez centímetros y su nariz no daba muestras de haberse habituado al

olor; al contrario, a cada paso que daba era más fuerte.

—Cuidado con la cabeza. Aquí el pasillo se estrecha. ¿Puedes soportar el olor? El agua se filtra por todos lados. Frederiksstadén está construido sobre un pantano. Arenas movedizas y aguas freáticas; es casi imposible impedir que entren.

—¿Qué es eso? —dijo Eva, y señaló algo que se movía en el agua.

No hizo falta que la mujer contestara. De pronto la cabeza de la rata asomó en la superficie del agua antes de que saliera pitando y desapareciera.

—¡Joder! —murmuró Eva, y tuvo más ganas que nunca de dar media vuelta.

—No hacen nada.

—Sí que lo hacen. ¿Queda mucho?

La mujer contestó diciendo algo completamente distinto:

—Empezaron a construir el túnel en el otoño de 1944.

—¿Quién?

—La Resistencia. Habían oído rumores de que los alemanes tomarían a los miembros de la familia real como rehenes, que tal vez los asesinarían.

—¿Pretendían sacarlos clandestinamente?

—Al menos querían poder contar con esa posibilidad. Querían construir una salida secreta de Amalienborg. Después de meses de arduo trabajo, el túnel estuvo terminado, en febrero de 1945. —La mujer pasó por encima de una piedra sumergida en el agua—. Únicamente los miembros de mayor confianza de la Resistencia sabían de la existencia del túnel. Estuvieron trabajando cerca de dieciocho horas al día y no pudieron utilizar maquinaria.

—¿Por el ruido?

—Trabajaban delante de las mismas narices de

los alemanes. Sin duda, fue el momento más peligroso de la ocupación. La policía había sido puesta fuera de servicio, los agentes enviados a los campos de concentración. Los miembros de la Resistencia que eran atrapados no tenían nada que hacer, eran enviados directamente a Ryvangen, para ser ejecutados.

—¿Todavía se utiliza?

—No. Apenas nadie sabe que existe. Por lo que yo sé, se ha considerado clausurarlo varias veces, pero nunca se ha llegado a hacer.

El nivel del agua seguía subiendo. A lo largo de unos cinco metros tuvieron que soportar que les llegara por encima de las botas de agua. Eva sintió cómo la fría y repugnante agua le mojaba los dedos de los pies. Siguieron avanzando por la ruta de evasión real. Tal vez la reina y sus hijos deberían haberla utilizado cuando su padre quiso pegarles. Siguió pensando. Todas las casas deberían estar

provistas de un túnel como aquel, para poder escapar de todo sin ser vistos y empezar de cero una nueva vida. Tal vez fuera un proyecto para su padre cuando, al cabo de tres años, acabara la casa de Hareskoven.

—Ya casi hemos llegado —dijo la mujer, y señaló.

—¿Dónde?

—¿Ves esas escaleras de ahí?

Eva miró. La mujer iluminó con la linterna. La mancha de luz era como un ojo en medio de la oscuridad.

—Están un poco sueltas, pero se pueden utilizar.

Se acercaron. Eva miró las oxidadas escaleras de hierro fijadas al muro con pernos, de quizás un metro y medio de altura. La mujer se detuvo. Otro de esos momentos en que se quedaban paradas sin decir nada. ¿Estaba escuchando?

—¿Adónde conduce?

—Muy bien —dijo la mujer—. Subiré yo primero. Sostén la linterna.

La mujer le pasó la linterna a Eva y se agarró con fuerza a la escalera. Luego puso el pie en el primer peldaño y empezó a subir. Había seis peldaños hasta una pequeña abertura. Metió los brazos por ella, se dio impulso y se aupó.

—El suelo puede estar resbaladizo —oyó Eva que decía—. Pásame la linterna.

Eva la siguió escalera arriba y por la abertura.

—No vas a poder andar erguida por aquí —le advirtió la mujer. Había empezado a hablar en voz baja—. No es más que una pequeña cavidad, tenemos que seguir subiendo por aquí.

—¿Por dónde?

—A partir de ahora solo hablaremos en voz baja —dijo la mujer.

—¿Dónde estamos? —susurró Eva.

—Por aquí. —Dio un par de pasos y abrió la puerta—. Tenemos que pasar por el garaje.

Eva la siguió a través de la puerta. Había una luz tenue en el techo. Una luz amarillenta en medio de la oscuridad, pero suficiente para que Eva viera que tenía un Rolls-Royce negro delante y que había varios coches detrás: Mercedes, BMW, Jaguar. Pero fue al viejo Rolls-Royce el que atrajo toda su atención, incluso en la oscuridad. Por un instante Eva se vio entre la muchedumbre, en la plaza del castillo o tal vez en Kongens Nytorv o en otro punto de Copenhague, un día de verano, con la ciudad bañada por el sol, y oyó el clamor de miles de personas que vitoreaban a la reina, sentada en aquel coche, vio su mano saludando a sus súbditos, su sonrisa. Imágenes icónicas; las había visto un sinnúmero de veces en la televisión. Más tarde, cuando la muchedumbre se hubo dispersado y volvió a estar en

el oscuro garaje, pensó en Tine Pihl, en lo que le había contado sobre el efecto que tenía en la gente estar cerca de los miembros de la realeza. «La gente se pone cachonda», esas fueron las palabras que había utilizado.

—Venga.

Eva se centró y se acercó a la mujer, que la esperaba impaciente.

—Tenemos que salir por aquí —dijo.

El suelo de cemento fue sustituido por otro de adoquines. La mujer apretó el paso.

—Tenemos que darnos prisa —susurró, y miró el reloj—. Es aquí.

Se detuvieron en un portal.

—Allí fuera —susurró la mujer, y señaló—, al otro lado del portón, está la plaza del castillo. Y esta puerta te conducirá al palacio Moltke. Pero tienes que darte prisa, porque el guardia hace una ronda

cada hora. Así que dispones de... —Volvió a echar un vistazo al reloj—. Tienes como máximo treinta minutos, tal vez incluso un poco menos, para estar de vuelta.

—¿No vienes conmigo?

—Entrarás sola. Todo irá bien. No te encontrarás con nadie. Y si sucediera, solo tienes que sonreír y seguir adelante a toda prisa. Habrá invitados y criados.

—¿Cómo saldré?

—Por donde has entrado, es decir, por esta puerta, pero no tendrás que volver a atravesar todo el túnel. Saldrás por el portón, cruzarás la plaza a toda prisa y estarás en la calle. El portón se abre desde dentro. Dámelas.

La mujer miró las botas de agua y Eva se las quitó. Abrió el bolso y le dio los zapatos.

—¿Y qué me dices de las alarmas?

—El lugar está protegido por todo un regimiento de soldados armados hasta los dientes, no existe mejor alarma que esa. Pero, una vez estás dentro, no hay alarmas. Además, tienen invitados en palacio.

—¿Dónde?

—La reina celebra una cena de gala en el palacio de Christian IX. Al fin y al cabo, hoy es su cumpleaños. Pero también hay un banquete en el palacio Moltke. En la Sala Rosa.

—¿Qué banquete?

—Una cena de trabajo del Mariscalato Real. Nada grande.

—¿La Sala Rosa está cerca del Salón de Banquetes?

—Tendría que haber pensado en eso.

—¿En qué?

—En coger un plano. —Un suspiro de

impaciencia. La mujer metió la mano en el bolso y sacó un bolígrafo.

—¿Tienes papel?

—No —dijo Eva.

—Súbete la manga.

Eva hizo lo que le ordenó.

—Saca el brazo.

Eva obedeció, y la mujer empezó a dibujar en su antebrazo. Le picaba la piel, dolía un poco, pero Eva no dijo nada, se limitó a mirar a la mujer que seguía dibujando concentrada sobre su brazo.

—Espero que seas capaz de descifrarlo. Esto es el entresuelo. Tienes que subir por las escaleras principales que están justo al otro lado de la puerta, aquí puedes ver la línea en zigzag, y después tendrás que doblar a la derecha cuando llegues al gran espejo del vestíbulo. Después solo tendrás que seguir la flecha hasta que llegues aquí. —La mujer

señaló—. Voy a sombrear el campo. Y sigues hasta aquí.

La mujer dibujó un cuadradito y escribió: «SCH».

—¿SCH? —dijo Eva.

—El Salón Chino. Y luego sigues la flecha en este sentido. En realidad solo tienes que continuar recto hasta que llegues a la pinacoteca, la atraviesas y sigues hasta la SC.

—¿La Sala de los Caballeros?

—No tiene pérdida. A final sales por esta puerta a un pequeño pasillo y entras aquí. Es el Salón de Banquetes. ¿De acuerdo?

La mujer dibujó un círculo alrededor de las letras «SB».

Eva vaciló.

—De acuerdo —susurró finalmente—. ¿Me

prestas la linterna?

—Sí, pero debes darte prisa —dijo la mujer antes de abrir la puerta y dejar paso a Eva—. Como ya te he dicho, dispones de menos de media hora.

«Un arma letal», pensó Eva. Era justo lo que andaba buscando. Y luego pensó que la oscuridad la protegería y que lo mejor sería tener la linterna apagada. Subió las escaleras principales, las mismas escaleras que ministros y jefes de Estado subían con motivo de la recepción de Año Nuevo y demás cenas de gala en palacio. Eva lo había visto muchas veces en la televisión. Había visto cómo los mandamases, los más importantes creadores de opinión y la flor y nata de la elite cultural del país llegaban a palacio con las miradas llenas de expectación y perplejidad. La sensación de encontrarse entre los elegidos.

No se atrevía a tocar nada, como si fuera una turista en una visita guiada, una extraña descarriada.

La alfombra absorbía la mayor parte del ruido que producían sus pasos. Al final de las escaleras se detuvo y miró el reloj. Las 22.35. La próxima ronda del guardia era a las once. Pasó por delante de un par de espejos de varios metros de altura y echó un vistazo a la plaza del castillo. Un solitario ciclista cruzaba inseguro el adoquinado. Los guardias estaban tan quietos que parecían estatuas. Eva aguzó el oído. ¿Oía voces? ¿Pasos? No, nada. Probó la puerta que tenía enfrente y entró. Los suelos eran de madera vieja y barnizada; cada vez que posaba el pie se oía un pequeño chirrido. Se quitó los zapatos, los sostuvo en la mano.

La luz de la luna entraba por la ventana, justo lo suficiente para que pudiera ver dónde estaba: en una antecámara menor del Salón Chino. Había una mesa ornamentada con un par de sillas altas. Viejos cuadros en las paredes. Tal vez seis u ocho metros hasta el techo. Rococó. Eva no sabía mucho de arquitectura, pero a los lectores de *Berlinske* les

gustaba leer sobre bellos hogares, interiorismo y arquitectos estrella, y en una ocasión había escrito un artículo sobre el estilo rococó. Si no recordaba mal, estaba inspirado en el arte oriental. Formas sinuosas inspiradas en la naturaleza. Eva se miró el brazo, consultando el plano que la hermana de Rigmor había dibujado. Seguía sin oírse nada. Era como pasearse sola por un museo en plena noche, con el débil olor de los óleos y del barniz del suelo. Por la clase de museo que visitas el último día de tus vacaciones en una gran ciudad, a las afueras, medio aburrida porque has visto el Louvre, la Gemäldegalerie y la Tate Modern. Había que seguir. La puerta estaba entornada, solo emitió un leve sonido cuando la abrió y pasó al Salón Chino. Oscuridad. Enormes cuadros en las paredes, tal vez de mercaderes chinos, de un mercado de los viejos tiempos en el Lejano Oriente. Contornos de distinguidas mesas y sillas. Una especie de ponchera en el centro, quizás un regalo de algún emperador

chino.

Eva avanzó por la habitación, se detuvo frente a la puerta. Voces. Débiles, pero estaba casi segura. No en la habitación del otro lado de la puerta, sino más adentro. ¿Tal vez en la Sala de los Caballeros? ¿O acaso se oían las voces desde la Sala Rosa, que según el plano dibujado a mano era la habitación más alejada? Eva abrió la puerta y se esforzó por hacer el mínimo ruido. Tenía ganas de encender la linterna de mano, de poder orientarse, pero sabía que era demasiado arriesgado, así que decidió quedarse frente a la puerta escuchando. Sí, se oían voces, lejanas e indistinguibles como un enjambre de moscas. Oía desde lejos palabras y sonidos transportados a través del aire por manos invisibles. Una habitación menor, no muy distinta de la primera en la que había entrado. Avanzó hasta la siguiente puerta. Cada vez se acercaba más a las voces. Alguien reía. ¿Dónde? Eva se quedó completamente quieta. Pasos, alguien se dirigía directamente hacia

donde estaba ella. El sofá, ¿debía echarse detrás? Era el único escondite. Eva iba hacia él cuando de pronto los pasos se apagaron. Se quedó quieta, asegurándose de no tener que esconderse, intentando hacer acopio de fuerzas para seguir adelante. ¿Cuánto tiempo llevaba en el palacio? ¿Un cuarto de hora? Entonces el guardia pronto iniciaría su ronda.

—Veamos —susurró para sí—. La ruta es: entrar en la siguiente habitación, seguir hasta la Sala de los Caballeros, salir al pasillo o a un pequeño descansillo, doblar a la izquierda y pasar al Salón de Banquetes.

La siguiente habitación era la más grande en la que había estado jamás. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de todos los tamaños. En un extremo, una especie de salón con una exposición de porcelanas en pequeñas vitrinas. Allí el suelo era peor y hacía mucho ruido a cada paso que daba, irregular, con pequeñas cavidades probablemente producidas por tacones de aguja, por mujeres

distinguidas con copas altas en las manos. El volumen de las voces aumentó. Distinguía alguna frase suelta. «La última vez». «Pero no». «Velada». No estaba segura, tal vez fuera su cerebro que insistía en encontrar aunque solo fuese un poco de congruencia, algún punto de referencia en el turbio fondo sonoro que la rodeaba.

Apretó el paso, quería acabar cuanto antes. Lanzó una rápida ojeada por la siguiente puerta. La Sala de los Caballeros. La luz de la luna que entraba por las ventanas relucía en las arañas y las cortinas, los espejos y los marcos dorados de los cuadros. Tenía que seguir. De pronto Eva entendió varias palabras, oyó el sonido de cristal y cubiertos contra los platos; a lo mejor los comensales estaban disfrutando de algo de comer y una copita de buen coñac. Un vistazo al pasillo que estuvo a punto de obligarla a dar media vuelta. La puerta del final del pasillo estaba entreabierta y tal vez le separaban diez metros de ella. Había una mujer sentada de

perfil tomando una copa de vino. Si se volvía, la vería. La separaban unos tres o cuatro metros de la puerta que conducía a la Sala de los Caballeros. Tres o cuatro metros en los que quedaría al descubierto, aproximadamente cinco segundos en los que solo podría encomendarse a la suerte, esperando que la mujer no volviera la cabeza y que nadie saliera de la Sala Rosa. Fue rápida hacia la puerta. Por un segundo temió que estuviera cerrada con llave, pero simplemente pesaba más de lo que creía. La abrió ayudándose con el hombro, entró, la cerró con mucho cuidado. De pronto se encontraba donde sucedió todo, en el Salón de Banquetes, la habitación donde el personal había presenciado una discusión. Les habían ordenado que se fueran. Que se marcharan del palacio. Ocho horas más tarde Christian Brix estaba muerto en el bosque.

No se adaptaba demasiado bien a su mano. La reproducción del cráneo era angulosa y de bordes afilados. No pesaba nada, era como llevar una

cáscara de huevo grande. El Salón de Banquetes era más pequeño que la Sala de los Caballeros. Las ventanas daban al otro lado del edificio y solo recibía la luz de la luna esporádicamente. Le quedaban, como mucho, diez minutos; no disponía de más tiempo. Diez minutos en los que la puerta se podía abrir en cualquier momento. Diez minutos para intentar encontrar el arma o el objeto que había matado a Brix. Eso si aquel objeto se encontraba en aquella habitación. A lo mejor se trataba de una especie de arma contundente, un arma que se llevaron inmediatamente después del crimen. No, debía fiarse de lo que había dicho el médico forense: que Brix se había caído sobre algo. Avanzó a lo largo de una pared. No había armas expuestas, ninguna armadura con armas contundentes en las manos. ¿El canto de una mesa? ¿Era posible que alguien hubiera empujado a Brix, que este se hubiera caído y se hubiera golpeado la cabeza con el canto de la mesa? No, de ser así solo habría una única

marca en la cabeza, no tres. ¿Los rodapiés? Se había puesto a cuatro patas y buscaba a oscuras intentando encontrar una esquina, un borde, una punta, algo en lo que encajaran las tres hendiduras del cráneo. ¿La silla del rincón? Eva se levantó, se acercó, escuchó, ¿venía alguien? No era la silla, y eso que tenía las patas finamente talladas con dibujos sinuosos, posiblemente de marfil; pero las marcas no encajaban en ningún sitio. ¿Los armarios de la pared contraria? ¿La esquina inferior del armario? No, imposible, era imposible darse en la cabeza en ese ángulo al caerse. Tendría que haber caído de abajo arriba. De pronto oyó pasos justo al otro lado de la puerta. ¿Sería el guardia? Se levantó, corrió hacia la puerta que había en el extremo opuesto de la sala, la abrió y la cerró en el mismo instante en que la del Salón de Banquetes se abría.

Un estrecho pasillo, absoluta oscuridad. Por primera vez se atrevió a encender la linterna, solo brevemente. Voces masculinas que provenían de la

sala que había dejado atrás. Alguien encendió la luz, lo vio por debajo de la puerta. ¿Sería el guardia haciendo su ronda o algún comensal del banquete que quería estirar las piernas y se había metido en la sala contigua? De pronto se sumó a la primera una voz femenina. ¿Un miembro del servicio o una comensal? Eva tenía que salir de allí. Si abrían la puerta se toparía con ella. Otra puerta, la probó sin tener ni idea de dónde conduciría. A unas escaleras. Se quedó un instante parada mientras pensaba. ¿Dónde estaba? En las escaleras oscuras. Rigmor le había hablado de algo que llamaban las escaleras oscuras. Las escaleras secretas. ¿Serían estas? ¿Qué era lo que le había dicho Rigmor? Que Malte debió de abandonar la habitación de invitados la noche en que Brix fue asesinado, que probablemente había subido por aquellas escaleras. Eva se lo imaginó: un niño pequeño, de solo cinco años, en plena noche. Quizá llevaba un pijama con un estampado de coches o de peligrosos leones. ¿Qué había visto?

¿Qué había oído? Voces que provenían del Salón de Banquetes, voces como las que en aquel momento estaba oyendo Eva, solo que más airadas, más amenazadoras, y entonces, ¿dónde había ido? ¿Se había asustado? Sí, por supuesto, un niño pequeño, soñoliento y confuso, que se paseaba solo por un palacio en plena noche mientras las voces exaltadas subían de tono, por supuesto que tuvo miedo. Estaba aterrorizado y no entró en la sala, tenía demasiado miedo, y sin embargo no pudo resistirse a mirar. ¿Cómo? El cuadro. El cuadro especial del que le había hablado Rigmor, el cuadro de cristal. ¿Se habría colocado allí? Ahora veía el pequeño descansillo al final de las escaleras. Eva tenía que subir un par de escalones y luego auparse a un descansillo que estaba a un metro escaso del suelo. ¿Podía hacerlo un niño de solo cinco años? Eva apagó la linterna. Sí, tal vez. Se subió, no era difícil, el niño también podría haberlo hecho. Además, la reina y sus hermanas se habían subido allí de

pequeñas. Rigmor se lo había explicado todo. Ahora las voces eran más nítidas. Un hombre decía algo así como que no tardaría mucho en acostarse. La risa de una mujer. Eva miró hacia la placa de vidrio, hacia el cuadro pintado sobre un cristal. Era un cuadro de animales. Papagayos, un mono. Rigmor le había contado que se podía abrir, que podía hacer las veces de trampilla. A través del cristal Eva vio la espalda de un hombre de esmoquin, con el pelo cano, de hombros estrechos. Cerró los ojos un momento, apartó las voces a un segundo plano, pensó.

—Veamos —murmuró—. El niño que no puede dormir está sentado aquí. Se llama Malte. Su madre está durmiendo en la habitación de invitados mientras él está sentado aquí. Tiene miedo, porque está presenciando una violenta discusión que tiene lugar en la sala. Y lo ve todo por el cristal. Sí, acerca la cabeza al cuadro, mira a través del espejo, ve cómo los hombres discuten, ve cómo se gritan,

cómo Brix es amenazado. Tiene que ver con su hermana, le dicen que si se retira su hermana también será apartada. Han estado bebiendo, ¿quién empuja primero? Brix cae al suelo con el otro hombre encima. Es un hombre grande y pesado el que aterriza sobre él, y su nuca se estrella contra...

Eva miró al hombre que estaba de espaldas en la sala, vio cómo desaparecía, cómo salía de su campo de visión. Vio lo que había detrás de él.

Entonces se apagaron las luces, las voces se desvanecieron.

Eva escuchó. ¿Se había cerrado la puerta? Sí, estaba casi segura de ello. Esperó un momento, reuniendo fuerzas antes de abandonar su escondite. Se bajó del descansillo, bajó las escaleras, salió al pequeño pasillo. Se quedó quieta un instante y volvió a prestar atención antes de abrir la puerta del Salón de Banquetes. Se acercó a... Sí, ¿qué era? Encendió la linterna. Dirigió el haz de luz hacia el

objeto de arte que parecía una escultura que tenía delante. ¿Era la figura que Malte había intentado dibujar, lo que Eva había tomado por una cara? ¿Era un lavamanos? Sí, un lavamanos que tenía la forma de una enorme concha. De piedra. Tal vez de mármol. En cualquier caso, lo bastante duro para dejar unas profundas marcas en el cráneo de alguien si se caía o lo empujaban contra él. ¿Era una enredadera o algún tipo de planta trepadora acuática lo que se suponía que subía por la concha? Eva no estaba segura, pero encajaba con lo que sabía del estilo rococó. La naturaleza incorporada a la arquitectura. Se volvió y miró hacia el escondite situado detrás del vitral. Sí, el gran número de bordes afilados y dentados casaba. Sacó la reproducción del cráneo del bolsillo. Prestó atención. Voces en la habitación contigua. Si la puerta se abría la descubrirían inmediatamente. Tenía prisa. Miró las marcas del hueso, las tres indentaciones. Intentó encontrar un punto en la

concha de mármol donde encajaban las marcas. No. Nada. El haz de luz era débil. ¡Ojalá hubiera podido encender la luz del techo! ¡Ojalá hubiera sido capaz de centrar la atención! Pero las imágenes de su cerebro se lo impedían. Pequeños destellos de luz estroboscópica le bombardeaban el cerebro. Veía imágenes de un niño pequeño en lo alto de las escaleras oscuras, sentado tras el vitral, que presenciaba una discusión. Es Christian Brix quien discute con alguien. Acaba de comunicar que no quiere seguir, que quiere divorciarse e irse a vivir con su amante italiana, con el amor de su vida, empezar una nueva vida. Sus palabras exasperan a los hombres. Llegan a las manos. Han bebido. Embriaguez, ira. El niño ha estado a punto de gritar de tanto miedo que ha pasado, ha llorado en silencio. Ha reprimido las ganas de huir, se ha obligado a mirar a su tío que se ha caído y se ha golpeado contra la concha, contra uno de sus bordes afilados, con el otro hombre encima. Brix está

inconsciente, tal vez herido, está sangrando, es posible que sufra hemorragia cerebral. Ha cundido el pánico. Caos. Tenemos a un moribundo en el Salón de Banquetes. ¿Qué hacemos? Eva se imaginaba a los hombres con sus caros trajes corriendo de un lado para otro, susurrando, discutiendo aterrorizados. ¿Qué pueden hacer, con quién deben ponerse en contacto, a quién deben llamar? ¿A una ambulancia? ¿A la policía? Pero ¿qué dirá la prensa? Meterá las narices, hurgará. ¿De qué habían discutido? Se les exigiría una explicación, habría interrogatorios, los pondrían en la picota, se les pediría transparencia, todo aquello que un lugar como Amalienborg no deseaba.

¿Y si Brix no estaba muerto? Entonces ¿qué? ¿Qué le habían hecho? No recibió ninguna ayuda, eso lo sabía. No llamaron a ningún médico, ninguna ambulancia. A lo mejor incluso lo ayudaron en el último tránsito al gran silencio. ¿Cómo? ¿Le taparon la cara con un cojín? O algo más sencillo: una mano

sobre la nariz y la boca, una mano fuerte que apretó con fuerza cortándole el oxígeno por completo, dejando al hombre severamente herido sin una oportunidad de sobrevivir, abandonándolo a su suerte, en espera de la oscuridad. ¿Era así como habían ido las cosas? ¿Eso había visto el niño, el único testigo? Antes de huir escaleras abajo, fuera de control, dando bandazos, de vuelta a la habitación de invitados donde dormía su madre, fuera de sí, aterrorizado, para refugiarse en el sueño de nuevo, en un lugar donde todo lo que había presenciado no fuera más que una pesadilla. Nuevas imágenes le llegaban a Eva en pequeñas oleadas. Imágenes de hombres trasladando el cadáver de Christian Brix fuera del palacio. De noche, sin prácticamente nadie que pudiera verlo. Lo meten en un coche, discusiones. ¿Ahora qué? Suicidio, propone uno. Otro dice que se acaba de divorciar. Divorcio y suicidio van unidos como el caballo al carro. Fuera de la ciudad, uno se muestra resuelto y recuerda que

deben pasar por su casa para recoger su rifle de caza. Luego al bosque. A un lugar cualquiera. No, no del todo. Deben adentrarse en el bosque. Lluvia, agua que cae a chorros y que borrará cualquier rastro, el rifle en la boca del cadáver, apretar el gatillo, volar el cerebro de otra persona en mil pedazos. Uno propone lo del SMS. ¿Para quién? La hermana, naturalmente. Para disipar cualquier duda. Aquí, apoyado contra este árbol en lo más profundo del bosque, un hombre ha decidido ponerle fin a su vida. Despedirse de la vida de una manera rápida y brutal. ¿Quién puede dudar de algo así? ¿Quién hay capaz de poner en duda que no haya sido precisamente así? De no haber sido porque Malte lo presencié todo y dibujé la muerte de su tío antes de que ellos enviaran el SMS... Y aunque Helena sufrió mucho, decidió seguirles el juego porque sabía lo que se jugaba: la monarquía, ella misma y toda su existencia, el futuro de los niños, el futuro de Malte, el futuro que el palacio le había prometido que

estaba asegurado. Siempre y cuando fuera leal. Helena arrancó la página de la agenda de la guardería. Así debió de suceder. La arrancó de manera que nadie pudiera cotejar el momento en que dejó a Malte en la guardería y el niño habló de la muerte de su tío con el momento en que fue enviado el SMS.

Eva estaba al lado de la escultura de mármol. Intentó acercar el cráneo a los bordes de la concha, como una niña que busca dos piezas de un rompecabezas que encajen. Si se había caído, a lo mejor se había dado contra algo a ras de suelo, cerca del...

Oyó un *clic* como el de la verja de la guardería el primer día que llegó. No, solo fue en su cabeza. Un leve sonido cuando de pronto las tres hendiduras del cráneo encajaron con las tres puntas de la parte inferior de la concha, cómodamente, como si fueran absorbidas por ella. *Clic*. Eva se echó un instante como Brix debió yacer durante los últimos segundos,

como un animal herido e indefenso, tal como había yacido Martin aquel terrible día en un lejano desierto, tal como Eva había yacido en casa, durante demasiado tiempo, esperando que la vida volviera a hacer presa en ella, simplemente esperando. Luego se levantó, corrió hacia la puerta y pegó la oreja a ella. Cuando le pareció que tenía vía libre, la abrió e inició su huida del palacio.

H. C. Andersens Boulevard

22.30

El hogar para mujeres de Grevinde Danner. Así pues, su primera idea había sido acertada. Debía de estar aquí. Hasta aquí la había rastreado Trane. Marcus avanzaba por la acera opuesta del bulevar, pegado a una pareja con su estúpido perro. Nunca había entendido qué sentido tenía un perro en la ciudad. La soledad hay que combatirla con compañía humana. Mejor Reikiavik, donde había que pedir permiso para tener perro, permiso para curar la soledad con criaturas de cuatro patas. ¿Por qué pensaba en ello? En la soledad. Porque nunca la tendría. Viviría solo o moriría solo.

Desde el otro lado de la calle veía la furgoneta oscura con los cristales tintados. Trane estaba sentado en ella, de eso Marcus estaba seguro. Debía procurar que no lo vieran. Se acercó un poco más a

la pareja del perro. Echó un vistazo atrás, hacia el vehículo. La mejor coartada, con diferencia, era ir acompañado de gente que no parecía pertenecer al mundo de Marcus y de Trane.

—Vaya, qué perro tan estupendo —dijo.

—Sí, es maravilloso.

—¿Es un collie?

—¡No! —dijo la mujer, negando con la cabeza como si Marcus hubiera dicho algo absolutamente disparatado—. Es un golden retriever.

—Vaya —dijo Marcus, y añadió cuando llegaron a la esquina—: Buenas tardes.

La pareja desapareció y Marcus se situó. ¿Habían destacado a un hombre? No a primera vista. Entonces sucedió algo: la puerta del vehículo se abrió. Se bajaron dos hombres. Ambos vestían mono de trabajo. ¿Ese era el plan de Trane? ¿Introducirse en el hogar como operarios? ¿Acceder mediante una

mentira, para reparar unos supuestos cables telefónicos defectuosos o unos desagües atascados? Examinó a los dos hombres. Uno abrió la puerta trasera y sacó unos carteles mientras el otro recorría el par de metros que los separaban de la parada del autobús. Abrió el expositor luminoso, sacó un viejo póster de cine y lo tiró al suelo. Entre los dos fijaron el nuevo cartel publicitario, de una mujer con un helado.

Recogieron la basura y se fueron. Marcus miró hacia el viejo hogar para mujeres. ¿Se había equivocado? Sacó el teléfono. ¿El hogar Reden? Todo parecía estar en calma. ¿Y los otros tres centros? ¿El de Jagtvejen? Un vistazo al centro Danner. ¿Cuánto hacía que David lo había avisado? ¿Una hora? A lo mejor ya era demasiado tarde. A lo mejor la habían cogido mientras estaba fuera del centro. ¿Por qué iba a estar fuera a esas horas de la noche? No. Miró otra vez la pantalla del teléfono. Tenía que salvarla. Sería su última misión. Si

conseguía tener una mejor visión de conjunto, tal vez si bajaba al jardín que había en la parte posterior del centro Danner... ¿Desde dónde atacaría él? Seguramente desde el jardín. Sí, escalaría el muro, entraría por las ventanas de arriba, donde no habría alarmas. Marcus se orientó: el edificio de enfrente, viviendas. Echó a correr. Pensaba que conseguiría las mejores vistas del centro para mujeres desde el tejado. Desde allí podría vigilar todas las entradas. ¿Y entonces qué haría? ¿Llamar a la policía? ¿Por qué no? Sería lo más sencillo. Él estaba solo. Ellos eran muchos. No podría hacer nada.

—¿Hola? —dijo la voz adormilada en el portero automático. Los ojos de Marcus buscaron un nombre adecuado entre los doce que aparecían en la placa.

Carraspeó.

—Sí, perdona. Soy Michael, el que vive en casa de Pernille, en la primera planta. Mi llave del portal se ha roto en la cerradura. ¿Te importaría bajar a

abrirme?

Silencio.

—¿Bajar? ¿Y no puedo abrirte desde aquí?

—Inténtalo.

El sonido de la cerradura que se descorría.

Marcus abrió.

—¿Has podido entrar?

—¡Gracias!

Marcus echó a correr, dejó atrás la escalera principal. Era un edificio viejo. Tenía que usar las escaleras de servicio. Siempre conducían al desván. Desde allí saldría al tejado. Visión de conjunto. Perspectiva.

Hogar para mujeres

22.55

Más cansada que redimida y todavía asustada. Así se sentía Eva mientras se acercaba al hogar para mujeres. ¿La había seguido alguien? ¿La había visto alguien? ¿Podía fiarse de Rigmor y de su hermana? Tal vez una cámara en el portón cuando salió del palacio Moltke. Un guardia que la había visto cuando abrió la puerta y cruzó la plaza del palacio. A lo mejor alguien la había visto desde alguna ventana. De hecho, al volverse había divisado una silueta en una de las ventanas del palacio, ¿o acaso no era más que la paranoia que se negaba a abandonarla?

Una cosa sí sabía: esa noche había conseguido algo. Sin embargo no se sentía orgullosa. Rico había dicho de ella que carecía de talento, que era una pava que había progresado gracias a su físico y a su

habilidad para utilizarlo, una persona a la que no le importaba su propia vacuidad porque no había nadie a quien le preocupara, porque a todo el mundo le daba igual siempre y cuando siguiera sonriendo dulcemente, vistiera ropa ceñida y se metiera en la cama con la persona adecuada. ¿Había estado en lo cierto?

Pero ahora sabía algo, algo por lo que había luchado, una verdad. Tenía que escribir el artículo en el que contaría toda la historia. Al día siguiente, cuando hubiera descansado, cuando hubiera recuperado la calma, lo haría. Lo contaría todo acerca del asesinato de Christian Brix, del palacio como lugar del crimen, del abuso de poder, de las estructuras de poder dignas de una república bananera, de la policía que obstruía la investigación, de la policía que se tendía a los pies de la Familia, que obedecía hasta el más pequeño guiño, de los políticos y los redactores jefe a quienes les daba igual, a los que solo les importaba su propia carrera,

su propia reputación, de una sociedad que solo se preocupaba de la verdad cuando esta encajaba en...

Se atascó. Rabia. Se atascó por la ira que sentía, la impotencia, la voluntad de cambio, de decir a gritos todo lo que no se podía decir. Pero ¿era una verdad que alguien estaba dispuesto a oír? No, no a juzgar por la gente con la que se había topado a lo largo de su viaje. Recordó la conversación mantenida en el hospicio, las palabras del periodista moribundo sobre la estupidez que en estos años arrasaba el mundo como un incendio forestal. Recordó la convicción de Claudia y Tine Pihl de que nadie quería oír la verdad sobre el modo de hacer de las monarquías europeas. Y pensó en por qué era así. ¿Por qué? Su mejor respuesta le llegó cuando abrió la puerta del hogar para mujeres y sintió cómo el cansancio se apoderaba de ella. Era muy sencilla. Nadie estaba dispuesto a oír la verdad porque era engorrosa, porque era problemática como podía ser la realidad, con todas sus aristas y sus trampas y sus

callejones sin salida, y por eso optábamos todos por la solución más fácil: habíamos creado otra realidad, una realidad sencilla y maravillosa. Como en Facebook. Solo que aquí no había bollos de espelta y sesiones de *footing* sobre los que mentir, sino la idea de una monarquía feliz, de una sociedad que no conocía la corrupción ni el abuso de poder.

Se oía música en la cocina. Tal vez africana, en cualquier caso étnica, ritmos de tambor y flautas. Voces, mujeres que reían. Eva solo quería dormir, descansar la cabeza, reflexionar sobre qué hacer con lo que sabía acerca de un crimen cometido en el corazón de la monarquía danesa, pero alguien la llamó cuando pasó por delante de la cocina, una voz conocida, la de Alicia.

—Hola, Eva —llamó, y agitó la mano.

—Hola.

—Tienes que probar esto.

—¿Qué es? —Eva tuvo que entrar en la cocina donde estaban sentadas cinco mujeres a la mesa comiendo pasteles.

—*Halwa Chabakia*. No la había probado desde que era niña. —Le ofreció un trozo a Eva, que lo probó—. Con sésamo y miel. ¿Es demasiado dulce para ti?

—No, está bueno, pero es que estoy muy cansada.

—Pareces cansada —dijo una de las otras. Acento del este de Europa, un rostro que había tenido que soportar un poco de todo y que había renunciado a seguir ocultándolo.

—Buenas noches —dijo Eva—. Guardadme un poco de pastel para mañana.

Las mujeres se rieron, Eva todavía oía sus voces cuando desapareció pasillo abajo y abrió la puerta que daba a las escaleras. Salió al pasillo, metió la

llave en la cerradura de su habitación y entró. La puerta se cerró con un suspiro, con un sonido lleno de añoranza y soledad. Encendió la luz. Paseó la mirada por la habitación prácticamente vacía que en aquel momento constituía su hogar. Tal vez para siempre. ¿Alguna vez cambiaría? «No, ahora no — pensó—. Esta noche estos estúpidos pensamientos, no». Se acercó a la ventana. Se quitó los zapatos y los calcetines, se sentó en el alféizar tal como había hecho tantas veces en su juventud, en los años inmediatamente posteriores a que abandonara la casa de sus padres, en los años con novios cambiantes que solo tenían en común que sabía con toda seguridad que no eran el adecuado para ella y que hacían las veces de dique que la protegía del miedo a estar sola, el miedo que su madre le había inculcado. Allí se había sentado a menudo, en el alféizar, mirando hacia la calle del centro de la ciudad, en los barrios de Østerbro y Nørrebro, donde fuera que había vivido realquilada,

escuchando música, a Emmylou Harris, ¿por qué pensaba en ella ahora? Y sentada allí, como entonces, sintió cómo la calma la inundaba, la esperanza, la fe en que allí estaría segura. Un par de coches pasaron por la calle. Ninguno se detuvo, ningún hombre se bajó. Seguridad. Repitió la palabra mentalmente un par de veces. Disfrutó pronuciándola tanto rápida como lentamente, hasta que finalmente, media hora más tarde, se bajó del alféizar, se quitó la ropa y se acostó. Se quedó echada pensando en el palacio. En todo lo que había visto, en todo lo que había oído. Y tal vez fuera precisamente porque ella misma, por primera vez en mucho tiempo, se sentía segura, que pensó en lo que había oído acerca de la violencia. Violencia contra los niños, contra los príncipes cuando eran pequeños. Ellos no pudieron huir y esconderse en un centro; estaban encerrados, atrapados para siempre. Aprisionados por las expectativas y las ilusiones de felicidad, las esperanzas de la familia, sí, sobre todo

esto último, pensó Eva. La familia admirada por todo un país. La familia en la que todo un país se miraba. ¿Y qué veríamos cuando nos miráramos en el espejo? Veríamos felicidad, veríamos sonrisas amplias, veríamos belleza y amor, niños bonitos, armonía.

Lo último que vio Eva antes de quedarse dormida fue a dos niños pequeños. Dos niños pequeños encerrados en el palacio.

H. C. Andersens Boulevard

23.05

El tendedero en el desván, olor a detergente. A hogar, a madre, a la madre de cualquiera, una madre mejor que la de Marcus. Dejó atrás las sábanas y las fundas de edredón en busca de una salida, de un trampilla en el techo. Allí. Aún mejor, una puerta. Cerradura antigua, pedía a gritos una llave pero recibió una patada. El marco se desprendió de la puerta con tal facilidad que diríase que llevaba dos siglos esperando ese momento. Marcus salió y tuvo que esperar un instante a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Allí arriba el aire era frío. Se movió con pasos cautelosos. El centro Danner estaba allí abajo, desde donde estaba lo veía perfectamente. El bello patio estaba parcialmente iluminado por la luz de las ventanas. ¿No había oído en algún sitio que también tenían una escuela? A

Marcus le parecía recordar algo así. Una sociedad completa en miniatura. Sin hombres. No había nada que ver. Ningún Trane, ninguno de los tan temidos hombres. Miró en su teléfono las imágenes de vigilancia de las otras cámaras. Y entonces le ocurrió algo que nunca había experimentado. Lo había detectado en la mirada de los hombres que había dirigido en el combate. Había visto desaparecer en ellos la esperanza. La esperanza de salir vivos de allí. O la esperanza de un mundo mejor. Y entonces le sucedió a él. Su esperanza desapareció cuando vio en el iPhone que una de las cámaras dejaba de funcionar, la que había montado frente al centro de Jagtvej. La pantalla se fue a negro. Pensó: «No voy a poder cumplir mi cometido. No puedo salvarla. Morirá, y soy quien ha fallado». A lo mejor las pilas se habían agotado. En tal caso, las otras no tardarían en apagarse. Trane sería el primero en llegar, Eva moriría.

Los ojos de Marcus se fijaron en la esquina

inferior izquierda. «Live. 23.08.» Por un instante no entendió lo que estaba sucediendo. La cámara funcionaba. Los segundos pasaban, pero la pantalla estaba a oscuras. ¿Alguien había colocado algo delante de la cámara? ¿Un coche se había detenido delante? Imposible, estaba demasiado alta. Entonces ¿qué? Se volvió y miró hacia el barrio, hacia Nørrebro. Jagtvej. Vio cómo un barrio entero se quedaba a oscuras.

—Trane —dijo antes de saltar al tendedero y correr hacia la salida.

Hogar para mujeres

23.50

Eva despertó. Se levantó, miró por la ventana: oscuridad. Tan densa y arrolladora que era imposible en una gran ciudad. Tal vez en el campo, en el quinto pino, o en un bosque, pero no en Copenhague. Sin embargo, tardó un rato en caer en la cuenta de que la luz se había ido. Las farolas, los anuncios, los semáforos estaban apagados.

Abrió la puerta que daba al pasillo, accionó el interruptor. Nada. Se abrió una puerta al final del pasillo, una mujer pequeña y delicada salió y le dijo algo, quizás en inglés, Eva no la entendía.

—*Yes, dark* —dijo Eva—. *No light*.

La mujer dijo algo más. Eva solo entendió la palabra «*fix*».

—*Yes, they will fix it. Very soon, don't worry.*

Volvió a meterse en la habitación, el cansancio la empujaba hacia la cama. Cuando ya se había acostado y estaba al borde del sueño, algo dentro de ella atrajo su atención. Se incorporó. El apagón. Como cuando durmió en el hotel. Justo antes de que atacaran. ¿Podía tratarse de...? No, estaba paranoica. Decidió volver a acostarse. Su cerebro concluyó que era lo más adecuado: combatir la paranoia, rechazar el miedo; pero su cuerpo no la obedeció. Se levantó, volvió a la puerta. Se quedó escuchando. ¿El pitido había sonado todo el tiempo? No, acababa de dispararse, tal vez se había intensificado, acabó en una explosión que la llevó a taparse los oídos un instante, pero no le sirvió de nada. El sonido lo atravesaba todo, estaba diseñado para ello, para penetrar hasta el sueño más profundo, despertar a la gente, gritarle a la cara que debía levantarse a toda prisa, salir a la calle, que había un incendio.

Caos. En el pasillo, en la densa oscuridad, siluetas de mujeres, una que gritaba, frases a medias, toda clase de acentos, salidas y entradas, puertas cerradas con llave, intentos desesperados de encontrar una llave en la oscuridad, bolsos, artículos de primera necesidad. Y en medio de todo aquello Eva pensaba que era como si una psicosis colectiva se hubiera apoderado del hogar para mujeres, como si de pronto hubieran retirado la tapa y todo el miedo se hubiera derramado de golpe, como si las mujeres, en toda su fragilidad, con los nervios destrozados por una vida llena de angustia, estuvieran convencidas de que había llegado su hora. Liv también lo estaba. ¿Llevaba todo el tiempo allí o la habían llamado? Su voz apenas era capaz de imponerse al barullo, pero la oyó porque estaba justo a su lado.

—Calma —gritó—. Es la alarma contra incendios, pero el fuego está en el sótano, y si todas salimos a la escalera y bajamos tranquilamente no

pasará nada. —Repitió el mensaje un par de veces —. Que no cunda el pánico. ¡Calma! *Take it easy!*

Una mujer somalí con un bebé en brazos parecía conmocionada. Eva trató de calmarla.

—*No worry* —le repitió varias veces. Al final, tal vez porque el bebé rompió a llorar, la mujer salió de su estado catatónico y siguió a las demás.

Las escaleras parecían el escenario de una película de catástrofes.

—*Smoke!* —gritó una mujer.

Sin embargo, Eva no vio ni olió humo por ningún lado. Llegaron a la recepción y de pronto apareció el humo. Un humo denso y negro. Era imposible ver de dónde provenía, tal vez del sótano, tal vez subía por el hueco del ascensor o se colaba entre las grietas del viejo edificio. Liv estaba en la puerta. ¿O no era ella? A Eva le costaba ver nada debido a la oscuridad y al humo. Le escocían los ojos. La mujer

agitó los brazos y gritó algo, que se calmaran y abandonaran el centro, que se reunieran en la calle, que ya habían llamado a los bomberos. Y luego gritó algo más. Preguntó si estaban todas. Tuvo que desistir porque no lograba hacerse oír en medio de aquel caos, y el guardia tomó la palabra, con su profunda y atronadora voz de bajo que, sin embargo, no resultaba más fácil de oír que la de Liv.

—¿Queda alguien en las habitaciones? ¿Hay alguien que siga durmiendo?

Algunas mujeres contestaron a gritos y al mismo tiempo. El guardia se inclinó hacia Liv y le gritó algo al oído, algo así como que tal vez no fueran más que bombas de humo, pero que no podía asegurarlo con certeza. Eva oyó las sirenas a lo lejos. Se acercaban. Siguió a las demás hacia la puerta, hacia el exterior, hacia la noche, hacia la oscura calle.

—Por aquí —dijo Liv, y gesticuló con los brazos—. Salid por aquí.

Y allí estaba la oscuridad que llevó a Eva a detenerse. ¿O fue la misma sensación que la había despertado hacía apenas un rato? Era como un dedo invisible que le daba golpecitos en el hombro. Ya había llegado a la puerta. Se encontraba en el pequeño pasillo con las cajas de fruta. Las mujeres, desesperadas, la empujaban y se abrían paso a codazos, querían salir cuanto antes y ponerse a salvo.

El apagón repentino.

Como aquella noche en el hotel.

Fuego en el sótano. La calle a oscuras, pánico y caos. De pronto lo comprendió todo, de pronto todo encajó y se convirtió en una larga concatenación de ideas con principio, desarrollo y final: todo giraba en torno a ella. Claro, ¿por qué no se le había ocurrido antes? El apagón, el pánico, el humo denso y oscuro, se debiera este a un incendio o a una bomba de humo, mujeres que se veían obligadas a

huir al exterior, a adentrarse en una oscuridad cerrada. Se trataba de ella. Era su plan, su manera de hacerla salir allá donde no estaría protegida, ¿y qué mejor para sacar a la gente que prender fuego a su guarida? Era un truco que había sido utilizado en todas las épocas, en todas las guerras, por vikingos, caballeros, indios y soldados modernos. Todo el mundo conocía el método: pégale fuego a su refugio y verás cómo salen. *Let's smoke 'em out*. Eva dio media vuelta y corrió en dirección contraria, hacia el interior del hogar para mujeres en llamas.

Eva no sabía dónde ir, pero optó por subir. Simplemente subir. De este modo el humo tardaría más tiempo en alcanzarla, tal vez lo suficiente para que diera tiempo a apagar el fuego, y sobre todo evitaría caer en la trampa que le habían tendido, evitaría salir corriendo a la oscuridad, caer en manos de su enemigo. Sin embargo, la oscuridad se lo ponía difícil y el humo era cada vez más denso, más negro. Le picaban los ojos, la nariz, le dolían

los pulmones. Al acercarse al ascensor notó un desagradable sabor a productos químicos en el hueco de la escalera. Cuando pasó corriendo por delante vio el resplandor. No se trataba de una bomba de humo. Eran llamas.

Consiguió salir a las escaleras. Subió corriendo. Cada paso que daba le resultaba un suplicio. Vio una silueta delante, pero era de una joven confusa, asustada. Se había envuelto en una manta mojada. Se agarró a Eva.

—*You have to get out of here* —le gritó Eva—. *Fire, fire.*

La mujer se apresuró a bajar las escaleras. Eva no tardó en llegar de nuevo al tercer piso. Se detuvo. Le temblaban las piernas. Se concedió un segundo. Allí arriba había menos humo pero seguía estando a oscuras, y el humo acabaría llegando. Boqueó.

—Tranquila —susurró para sí—. Tranquila.

Trató de pensar como ellos. ¿Qué esperaban que hiciera? ¿Que saliera con las demás? Él o ellos estaban allí afuera, entre la gente, aprovechándose de la oscuridad y la confusión. Entre bomberos, auxiliares, vecinos y empleados del centro, personas que no se conocían, que no se veían, allí estaría él. O allí estarían ellos. Buscándola. ¿Con un cuchillo en la mano? Tal vez, o con un arma de fuego. No haría mucho ruido. ¿Con silenciador? ¿Por qué no? «Cuchillo», la palabra quedó suspendida en su conciencia un instante. Un arma. ¿Por qué no había pensado en eso antes? Tenía que conseguir una. Porque pronto llegaría, dentro de escasos minutos si no estaba ya allí. Descubriría que ella no estaba en la calle, que su plan había fracasado, y aprovecharía la confusión para colarse, tal vez haciéndose pasar por un bombero o un conductor de ambulancia, tal vez por un policía, porque seguramente también habían llamado a la policía. A lo mejor aprovecharía sin más que cualquiera podía entrar y

salir durante esos caóticos minutos, que no había nada que se interpusiera entre él y Eva. El plan era el siguiente, pensó: bajar a la cocina, encontrar un arma, volver a subir hasta arriba del todo, tal vez hasta el tejado, si era posible, donde podría esconderse, esperar hasta que él se hubiera rendido. Sí, así tendría que ser. No se le ocurría nada mejor.

Las escaleras. El humo era más denso. Volvió a bajar. Oyó gritos que provenían de la calle, mujeres que lloraban, a alguien que intentaba consolarlas. Se mezclaron nuevos sonidos. Un estruendo en el sótano. Cristales que se rompían, tal vez porque los bomberos estaban entrando, tal vez por culpa del calor. Un destello del fuego tras las puertas del hueco del ascensor.

De vuelta a la planta baja, humo negro grisáceo, un intento desesperado de abrirse camino a tientas en esa pesadilla. La puerta de la cocina. ¿Cuchillos? ¿Dónde? ¿En qué dirección? Dio un par de pasos a la izquierda. Se golpeó la cadera contra algo duro.

El dolor le recorrió su muslo, le envolvió la rodilla. Se había dado contra la mesa. Se agarró al borde y avanzó cogida de él hasta los cajones. Abrió el de arriba, le pareció ver algo en el fondo, una superficie brillante, metió la mano: un cuchillo corto, afilado. No, no era suficientemente largo. Tenía que poder clavárselo a ese cerdo hasta la empuñadura. Encontró otro, tal vez un poco pesado, pero fue el mejor que encontró. Volvió sobre sus pasos. Salió a la escalera. La puerta se cerró detrás de ella. Tal vez había subido diez peldaños cuando oyó los pasos de otra persona que se mezclaban con los suyos. Miró hacia abajo. La oscuridad le impidió ver más allá de una silueta, pero no lo dudó: estaba en la escalera y subía hacia ella.

17 de abril

Jagtvej

00.12

Parecía el rodaje de una película. Fue lo primero que pensó Marcus cuando llegó al hogar para mujeres. Había mujeres llorando envueltas en mantas en la calle. Habían formado grupitos y se consolaban mutuamente. Las luces de las ambulancias y los camiones de bomberos, niños gritando, agentes de policía, hombres uniformados, oscuridad.

Vio las llamas en el interior, los destellos rojos y amarillos a través de las ventanas. El humo casi se confundía con la oscuridad, con un matiz grisáceo que le irritaba los ojos y la garganta. Ya se había mezclado con la multitud. ¿Dónde estaba ella? No estaba nervioso. Nadie lo conocía, todos tenían más que suficiente encargándose de su propia supervivencia, no era más que un hombre entre todos

los demás hombres. Buscó a Trane y a los otros con la mirada. ¿Había llegado tarde? Era como si su vida dependiera de una sola cosa: salvarla antes de que fuera demasiado tarde. Solo tardó un instante en darse cuenta de que no la encontraría allí. Era demasiado hábil. Era demasiado lista. Claro que sabía que habían sido ellos los que habían provocado el apagón, los que habían provocado el incendio en el hogar. Sabía que era una trampa, un intento de obligarla a salir. Tal vez también fuera una ventaja para él, su ventaja frente a Trane. Trane no sabía a quién se enfrentaba, la subestimaba, el peor error que puede cometer un soldado. Vietnam, Chequia, Afganistán. La historia era una sarta de ejemplos de fuerzas militares superiores que habían subestimado a sus adversarios con consecuencias catastróficas. En cambio Marcus la conocía. En aquel mismo momento la tenía en la retina, la veía buscando un escondite en el interior del centro, un lugar donde ni el fuego ni el humo ni Trane pudieran

alcanzarla.

—¿Puedo pasar?

Bomberos en las escaleras que conducían a la entrada principal. Otros, equipados con casco y máscara antihumo, estaban entrando por las ventanas del sótano. El sonido de un cristal que se rompía. Gritos: «¿Estamos seguros de que no hay nadie en el interior?». Varias órdenes, una voz amplificada por un megáfono: «¡Atrás! ¡Échense más atrás!».

Pero Marcus hizo lo contrario. Se acercó más. No estaba nervioso. Sabía que tenía el aspecto adecuado, parecía un agente de policía, sabía que se trataba de aparentar calma, de irradiar autoridad y fuerza. De ese modo nadie sospecharía de él, todos creerían que era uno de los suyos. Saludó tranquilamente a un bombero. Posiblemente parecía alguien que quería formarse una idea general de la situación. Oyó a otro bombero decir algo acerca del riesgo de desprendimientos. Más gritos por el

megáfono. Marcus entró por la puerta del hogar para mujeres y desapareció entre la oscuridad y el humo.

Hogar para mujeres

00.14

La Eva que ella conocía desapareció, sustituida por el puro instinto, por la voluntad de sobrevivir. Casi pudo sentir cómo su cerebro desconectaba cuando subió las escaleras corriendo en la oscuridad. Le oía con toda claridad, tal vez porque la alarma había dejado de sonar, tal vez porque de pronto se encontraban en una especie de vacío, un lugar que nada tenía que ver con el resto del mundo que los rodeaba, un mundo habitado por dos seres humanos, dos personas en unas escaleras, un hombre y una mujer; el hombre quiere asesinar a la mujer, la mujer huye, una huida absurda, pues ella sabe que él la alcanzará y él sabe que ella no tiene escapatoria, todas sus ideas de buscar refugio en el tejado son inútiles, está demasiado lejos, es demasiado débil.

¿Le había gritado algo? No estaba segura, no se

volvió, sencillamente permitió que el cuerpo hiciera lo que le diera la gana, poner un pie delante del otro, peldaño a peldaño, hacia arriba.

Sí, le gritaba algo, pero no pudo oír qué, y eso la sorprendió. Tal vez fuera un mecanismo de defensa que su cuerpo había puesto en marcha, una función que la protegía de lo que quisiera decirle un hombre que en ese mismo momento la perseguía salvajemente, un hombre que quería matarla.

Eva abrió la puerta de la cuarta planta. El calor le golpeó la cara. Procedía del hueco. No podía avanzar más. No sabía por dónde se salía al tejado. Se volvió. Lo vio, casi parecía haber surgido de la oscuridad. Empuñó fuertemente el cuchillo. Él estiró el brazo para cogerla. Intentó pincharlo pero la esquivó, la agarró del brazo, se lo retorció, la obligó a agacharse. Volvió a intentar clavarle el cuchillo. Dio contra algo, lo suficiente para que la soltara. Eva volvió a ponerse en pie. Huyó hacia arriba. Dos escalones, tres. Miró atrás, no lo veía por ninguna

parte. Había desaparecido. A lo mejor lo había herido. No le dio tiempo a asimilarlo cuando de pronto vio su rostro a pocos centímetros del suyo. Era otro, no el que le había hablado de encontrar un papel protagonista en una vida mejor. Tendría que haberlo escuchado, ahora se encontraba frente a frente con otro. El hombre la agarró de la muñeca, se la torció y el cuchillo se le cayó de la mano. Un golpe en la cabeza, todo se volvió negro, se desmayó. Cuando volvió a sentir algo fueron sus manos alrededor del cuello. ¿Era así como pensaba hacerlo? Nada de armas, ni siquiera una piedra, tal como los hombres primitivos se mataban mucho antes de que se le ocurriera a alguien utilizar un arma. Oscuridad. Estaba bien. De no haber sido por el dolor en el cuello habría sido una sensación bienvenida, el final. Era muy fuerte. Estaban tendidos en las escaleras. La cabeza de Eva en el escalón superior, con la nuca empotrada contra el borde. Con las puntas de los dedos tocaba algo,

probablemente la barandilla. Perdió la conciencia un instante. ¿Estaba muerta? No, oía su propia respiración, ronca y silbante. La había soltado. Saboreó algo que podía ser sangre, y de pronto oyó algo nuevo, una voz que gritaba algo. Vio a los dos hombres y pensó: «¿Por qué tenían que ser dos para acabar conmigo?». El cuchillo estaba a su lado. Lo cogió. Volvió a mirar a los dos hombres. ¿Estaban luchando? Uno intentaba golpear al otro. Un grito o dos, uno cayó y luego fue por ella. Eva se había levantado. Los movimientos del hombre ahora eran lentos, trató de agarrarla con las manos. «Deja que se acerque —pensó Eva—. Acércate, venga». Fue entonces cuando pudo ver sus ojos, aquellos ojos tan bonitos que le habían mentido, que le habían hecho creer que podría salir de esa ilesa. Incluso le sonrió. Se le congeló la sonrisa. Bajó la mirada hacia el cuchillo. Eva lo sacó. La sangre manaba de su abdomen.

—Eva —dijo. Nada más. Luchaba por recuperar

el equilibrio. Miró por encima del hombro hacia el otro hombre. Había desaparecido. Cuando volvió a mirar a Eva, ella le clavó el cuchillo por segunda vez. Sintió cómo la sangre corría por su mano, como pequeños insectos, en gotitas. Eva retrocedió hacia la puerta de la cuarta planta. Tenía que salir de allí. Estrujaba el cuchillo con tal fuerza que si hubiera apretado un poco más se habría convertido irremediabilmente en parte de su cuerpo, en algo imposible de separar de su mano. Un vistazo atrás. Nadie. Desde el extremo opuesto del pasillo una voz gritó:

—¡Tenemos a otra aquí dentro, en las escaleras!

Eva se cayó. Alguien la abrazó; unos brazos fuertes la alzaron en el aire. Gritó. Luchó con el cuchillo. Quería matar a esos cerdos, a todos ellos, acuchillarlos, sacarles las malditas entrañas, pero ya no tenía el cuchillo, alguien se lo había quitado, o a lo mejor ellos se lo habían quitado.

El hombre, su voz.

—Tranquila, ahora cálmate —dijo un desconocido. Sus ojos asomaban por debajo del casco.

Otra voz.

—Sácala de aquí.

Y entonces Eva voló escaleras abajo, como un pájaro que levantaba el vuelo del nido por primera vez. Flotaba en el aire, flotaba a través de la oscuridad, le llegaban voces, voces sin sentido. Estaba muerta. Estaba casi segura de ello. Era delicioso volar cogida por dos fuertes brazos. Ya estaba fuera. El aire y el frío. Era todo lo que sentía, todo lo que necesitaba: el aire contra su cara, el frío en sus mejillas. Y era una sensación agradable.

Jagtvej

00.40

Fue como cuando había llegado: nadie se fijó en él. ¿Por qué iban a hacerlo? Sirenas, llanto, todos tenían más que suficiente con lo suyo. Nadie veía las profundas heridas en su abdomen, la sangre que manaba de sus entrañas. Nadie más que él sentía el dolor, únicamente él, que estaba herido, que pronto moriría. Pero ante todo tenía que salir de allí. Eso era lo más importante. Estar solo. Marcus pensó en las profundas heridas de arma blanca. Como una bayoneta. Sí, así era como se lo imaginaba en ese momento. Así se veía a sí mismo. Como un soldado mortalmente herido. Durante la Primera Guerra Mundial, por ejemplo. Siempre había admirado a los soldados de la Primera Guerra Mundial. Había admirado su valentía, su muerte. Esa guerra fue algo especial. La más heroica y la más estúpida. Evocó

su imagen. Los soldados llegando a pie, cogidos de la mano, con los ojos vendados. Cegados por los gases mostaza y los mortales vapores de gas cloro avanzaban a trompicones por el campo de batalla, abriéndose paso entre los escombros de una Europa en ruinas, el continente que se había propuesto abolir la monarquía y que de pronto vio a los pueblos aniquilándose mutuamente, que vio los cadáveres de diez millones de soldados; solo en Verdún, un cuarto de millón. Sí, ahora los veía con toda nitidez. Veía cómo caminaban camino de la trinchera, el único lugar donde estaban protegidos de las balas. Para sentarse con la espalda apoyada contra el fangoso terraplén. Sin ningún lugar adonde ir. Ojos vacíos. La sangre de sus entrañas reventadas. El estómago perforado. El dolor. Y la perspectiva de una muerte lenta y dolorosa. ¿Dónde estaría su trinchera?

Marcus ya había llegado a la calle, lejos de la muchedumbre. ¿Un banco? Dobló una esquina. Los

gritos del campo de batalla decrecieron. El fuego de los cañones se extinguió lentamente. Los lamentos de los heridos. Y el silencio volvió. Absorbió todos los sonidos. Se metió en un portal. No sabía por qué, pero la puerta estaba abierta. Necesitaba sentarse un momento. Como los soldados moribundos en las trincheras. Sentarse y pensar. En ella. Sobreviviría. Él la había salvado. Había cumplido su misión. Solo le faltaba un superior a quien dar parte. Alguien con quien compartirlo. Pero tendría que contentarse consigo mismo. Ahora el dolor le llegaba en punzadas. Como las contracciones en un parto, supuso. Nacimiento y muerte, todo estaba relacionado. Quiso gritar. Tal vez lo hizo, no lo sabía. Pero la había salvado. Al menos por un tiempo. La dejarían escapar por un tiempo, tal vez para siempre. Porque eran listos. Porque sabían que ahora estaría en el punto de mira de la policía, del público en general. Había llamado la atención. Se la vería. Y si había algo de lo que huían como de la

peste era precisamente de la atención pública. Él lo sabía. Sabía esa sola cosa. ¿Había algo más que valiera la pena saber? Lágrimas en los ojos. Era una manera condenadamente dolorosa de morir, condenadamente errónea y, a la vez, condenadamente acertada. Estar sentado allí, esperando la muerte, tenía sentido para él. Le confería sentido a su vida, a su lucha por lo que creía, a su lucha por salvar a Eva. Sin embargo, Marcus consiguió levantarse. Por culpa del dolor. No quería dejarlo en paz, quería impulsarlo a seguir adelante, obligarlo a buscar un lugar aún más apartado, como un elefante moribundo. Tenía que encontrar un cráter, o un cementerio. El lugar adecuado. Su cementerio. Y sabía exactamente dónde estaba, en llegar a aquel destino debía emplear sus últimas fuerzas. La imagen del elefante volvió. Le dio fuerzas. Lejos estaba ya el soldado moribundo en el campo de batalla. Ahora pensaba en sí mismo como en un viejo paquidermo, grande, uno que había sido muy

fuerte toda su vida, más fuerte que los demás, que había tenido fuerza y potencia para hacer lo necesario, defender, pero que sabía que todo había acabado y que nadie debía encontrar su cuerpo exánime. No, el lugar en el que desaparecería sería un misterio, como aquel al que iban los viejos elefantes. Se subió la cremallera de la cazadora. Un taxi pasó por su lado, ignoró su mano levantada. El siguiente se detuvo. Se sentó en el asiento trasero, detrás del conductor.

—¿Adónde, jefe?

—A Sydhavnen.

Marcus cerró los ojos. Pensó en Eva. Lo reconfortó.

Junio

Hareskoven

Bar Bo-bi

Christiansborg

14.15

Había llegado tarde. Los demás, los que también recibirían algún tipo de condecoración aquel día, ya ocupaban sus asientos en los bancos, frente a la doble puerta de roble. Le dio tiempo a recibir las últimas instrucciones, en un tono aleccionador, amable pero decidido, de un caballero vestido para la ocasión, con solemnidad y rectitud. Eva examinó a los demás mientras les contaba que no debían darle la espalda a la reina al salir. Que estarían solos, a solas con la reina. Que la audiencia podía prolongarse entre unos pocos minutos y un cuarto de hora, tal vez más, aunque eso solo ocurría en contadas ocasiones. Eva intentó adivinar quiénes eran los otros que también estaban citados aquel día para recibir una condecoración y una medalla al mérito. No tenía que haberse molestado: el nombre y

el título de cada uno de los presentes era anunciado más bien a gritos antes de que entraran a ver a la reina. El primero era alcalde. Lo siguieron un primer secretario, un catedrático y un par de directores y miembros de distintos consejos de administración. Eva pensó en lo que le habían contado hacía tiempo: que en cuanto empiezas a subir en el escalafón te dejan entrar. Poco a poco, la Institución atrae a sus sujetos cada vez más cerca, los críticos se convierten en aliados, así de sencillo.

—Eva Katz —dijo el caballero con voz clara y contundente.

Eva lo miró. ¿La había llamado dos veces? Parecía impaciente.

—Sí —dijo, poniéndose en pie. Se arregló la falda. Fue a su encuentro. La puerta de la Sala de los Caballeros todavía estaba cerrada.

—¿Ha comprendido que...?

—Que debo salir reculando —lo interrumpió Eva—, que no debo darle la espalda a la reina. Y que la reina me lo indicará cuando hayamos terminado. Sí.

El caballero sonrió.

—¿Ha traído guantes?

—No.

—¿Le gustaría que le prestáramos un par?

—Sí, gracias.

Miró las manos de Eva. Evaluó la talla que necesitaría. Sacó unos guantes blancos.

—¿Está lista?

Eva respiró hondo. ¿Lo estaba? ¿Estaba lista? Esa era la entrevista sobre la que Lagerkvist la había sermoneado: «Solo tendrás una oportunidad. Tu víctima no debe percibir que se trata de una entrevista, simplemente estás allí para exponer los

hechos y solo pretendes que los comente. Atente a la verdad. Tu alianza es con la verdad, nada más. Y es sagrada».

—¿Señora?

—Estoy lista —dijo Eva.

Posó la mano en el pomo de la puerta. La abrió.

—Eva Katz, periodista —anunció con voz firme.

—Y no sabes tú hasta qué punto —masculló Eva,
y entró.

Agradecimientos

Solemos tener una larga lista de agradecimientos que incluye a todos los expertos que ponen sus conocimientos y experiencias a nuestro alcance. Esta vez nuestra investigación ha sido más extensa que nunca, y más retadora. Sin embargo, de toda la gente con la que hemos hablado, solo unos pocos desean ver su nombre incluido en la lista de agradecimientos de un libro que alude a la estructura de poder monárquico del país. Así pues, en esta página nos limitaremos a dar las gracias al médico forense Hans Peter Hougen, a los periodistas Niels Sandøe y Pernille Eckhoff, al exinspector de policía Jørgen Moos, a la directora de Kvindehjemmet (Casa de la Mujer) de Jagtvej, Birgit Søderberg, y a la directora de la guardería Fasangården, Joan Kvist Olsen, aunque estamos agradecidos con todos aquellos que nos han hablado de sucesos que, en

circunstancias normales, se habrían guardado para sí. Gracias.

A. J. KAZINSKI



A. J. KAZINSKI, es el pseudónimo del autor y director de cine Anders Rønnow Klarlund y el escritor Jacob Weinreich, ambos de origen danés.

Klarlund escribió y dirigió las películas *Besat*, *Den attende*, *Strings* y *Hvordan slipper vi af med de andre*.

Por su parte, Jacob Weinreich se graduó en la Danish School of Film como guionista y debutó con su primera novela en 2001. Ha escrito varios libros infantiles y juveniles, entre los que destacan *Krubet*

y las series *Monsterjægerne* y *Kaptajn Blodskæg*.